SANTIAGO ALBERIONE

OPERA OMNIA

PARA UNA RENOVACIÓN ESPIRITUAL

SANTIAGO ALBERIONE

PARA UNA RENOVACIÓN ESPIRITUAL

Predicación
a las comunidades paulinas en Roma
1952-1954

SAN PABLO

Edición preparada por el CENTRO DE ESPIRITUALIDAD PAULINA (CSP) con la colaboración del Secretariado Internacional de Espiritualidad de las Hijas de San Pablo, a quienes va nuestro sentido agradecimiento.

© Sociedad de San Pablo, Casa General, Roma 2005

Textos originales de la Serie "A las Familias Paulinas"
Tip. Hijas de San Pablo [Para uso manuscrito]:

Para una renovación espiritual, EP, Roma 1952
Predicación del Rdo. Primer Maestro: Agosto-Noviembre 1952, EP, Roma 1953
Predicación del Rdo. Primer Maestro: Diciembre 1952-Dic. 1953, EP, Roma 1954
Predicación del Rdo. Primer Maestro: Marzo-Diciembre 1954, EP, Roma 1957

Visto, se autoriza la impresión
Roma, 4 de abril de 2005
SAC. SILVIO SASSI, Sup. Gen. SSP

Sigla de la obra: RSP

Título original: *Per un rinnovamento spirituale*

Traducido por TEÓFILO PÉREZ

© SASP s.r.l., 2006

INTRODUCCIÓN

Los textos reunidos en este volumen se remontan al trienio 1952-1954. Pertenecen a uno de los períodos más fecundos en la vida y en la actividad del P. Alberione. Como es sabido, a partir de la inmediata posguerra (1945) y hasta abril de 1960 cuando declaró "completada" la Familia Paulina,[1] la tarea constante del Fundador consistió en dar una sistematización orgánica y una formulación definida a su pensamiento, sobre todo en lo concerniente a la fisonomía espiritual de sus fundaciones.

Es en este período cuando nacen obras como la *Vía humanitatis*,[2] y la historia carismática *Abundantes divitiæ gratiæ suæ*.[3] En tal período el Fundador elabora y publica en el boletín *San Paolo* los temas monográficos de los siete opúsculos, recientemente reeditados en un solo volumen.[4] En el mismo período va cultivando de manera más decidida el sueño de una *Enciclopedia sobre Jesús Maestro*,[5] y prepara la "reunión" de Ariccia para el mes de Ejercicios espirituales (abril de 1960), durante los cuales resumirá definitivamente las líneas vehiculantes del carisma recibido y del modo de aplicarlo.[6]

Y es también en este período cuando el P. Alberione dicta a las comunidades de la Familia Paulina, reunidas en el santuario romano *Regina Apostolorum*, memorables meditaciones sobre los temas centrales de su espiritualidad. De esas meditaciones publicamos ahora las dictadas entre el 27 de enero de 1952 (inauguración de la Cripta) y el 8 de diciembre de 1954 (dedicación del Santuario).

---

[1] Cf. S. ALBERIONE, *Ut perfectus sit homo Dei (UPS)*, San Paolo, Roma 1998, I, 19.

[2] Breve síntesis teológica de la historia de la salvación. Cf. ROSARIO F. ESPÓSITO, *La dimensión cósmica de la oración: La "Vía Humanitatis" del P. Santiago Alberione*, San Paolo, Roma 1999.

[3] Aparecida primero con el título *"Yo estoy con vosotros"* (1969), tuvo luego diversas ediciones: en 1971 preparada por G. Barbero; en 1985 preparada por E. Pasotti-L. Giovannini (ed. crít.); en 1998 preparada por A. Colacrai-E. Sgarbossa.

[4] G. ALBERIONE, *Alma y cuerpo para el Evangelio*, opúsculos para una pedagogía apostólica, San Paolo, Cinisello Bálsamo 2005.

[5] Cf. *Esquema de estudio sobre Jesús Maestro*, en *San Paolo*, septiembre de 1959.

[6] Cf. *UPS*, cit.

Se trata de una serie consistente de intervenciones (unas 140), resumidas o registradas en magnetófono: homilías litúrgicas, meditaciones sobre temas variados, Horas de adoración comentadas ante el Smo. Sacramento, retiros, reflexiones sobre los misterios del rosario o sobre las estaciones del vía crucis, explicaciones de oraciones (las "coronitas" a san Pablo, a Jesús Maestro...).

Ocasión inmediata

La circunstancia inspiradora y unificadora de estas meditaciones fue la "segunda inauguración" del primer espacio sagrado en el conjunto del santuario *Regina Apostolorum*, llamado comúnmente la Cripta.[7] Aclara este punto la crónica registrada en el Diario[8] del P. Antonio Speciale:

«*27 de enero de 1952 (domingo 3º de Epifanía).*

Hoy, domingo, según [lo] programado por el Primer Maestro, la jornada se dedicará a la segunda inauguración de la Cripta del Santuario *Regina Apostolorum*. – La primera inauguración se hizo el 25 del mes ú.p., o sea en Navidad, cuando la Familia Paulina (por voluntad del Fundador) tomó [sólo] posesión del lugar sagrado como lugar de oración, que tuviera unidos alrededor del altar central a todos los miembros. No todo estaba preparado y acabado (por ej. faltaban el órgano, los bancos nuevos, los candeleros, etc., y aún falta el altar monolito en mármol blanco...). Hoy, domingo 27, se hace la verdadera inauguración de la Cripta, celebrando también la fiesta de la Conversión de san Pablo que caía el pasado viernes, 25 de enero...

El Primer Maestro ha celebrado la misa esta mañana (hacia las cinco y media) en el altar central, que provisionalmente es de

---

[7] Es la iglesia intermedia, situada entre la Subcripta o Cripta inferior y el Templo superior. El Santuario tiene su ingreso en el terreno de las Hijas de San Pablo, en la zona sur del conjunto paulino en Roma, mientras a la Cripta se accede por una escalinata que arranca de los patios de la comunidad masculina.

[8] Se trata de la crónica, prácticamente cotidiana, de la vida y de la actividad del P. Santiago Alberione, hilvanada por su secretario, P. Antonio Speciale, ssp. La misma cubre el último período de la vida del Fundador de la Familia Paulina: desde 1946 al 26 de noviembre de 1971, fecha de su muerte. En este volumen la citaremos por: *"Diario"*.

yeso... Durante la misa solemne [a las 9] tuvo la homilía, exaltando la misericordia y sabiduría de Dios por la vida nueva de Pablo en la conversión y la vida nueva que deben comenzar los neo-vestidos (SSP) y las neo-vestidas (FSP) para que toda esta vida sea vivida por Cristo y transformada en él a ejemplo del Apóstol...».

Hay que tener presente toda la historia del Santuario,[9] desde el voto del Fundador hasta la dedicación final, para situar en el tiempo y en el espacio estas intervenciones del P. Alberione. La Familia Paulina vivía un momento mágico de su existencia: era la vigilia del Año Mariano y se acercaba el 70º cumpleaños del Fundador, con la perspectiva de la coronación de su obra, mediante la constitución de los últimos Institutos.

Transcurrían meses de gran actividad y de viajes casi continuos del Padre, como se deduce del *Diario* del fiel secretario personal, P. Antonio Speciale, cuyas páginas registran paso a paso los gestos y movimientos del Fundador: desde las primerísimas horas de la mañana, con la celebración eucarística personal, y luego las meditaciones dictadas a diversos grupos de las comunidades romanas, y después las horas de trabajo –correspondencia, audiencias, visitas a otras comunidades de la ciudad o alrededores– y al final las horas de oración que cerraban la jornada del mismo modo que había comenzado: "ante el sagrario".

Este ritmo, increíble si se piensa en las condiciones físicas de un hombre agobiado por los años, no variaba mucho durante los viajes, de breve o largo trayecto. Baste comprobar la crónica de uno de los días precedentes al comienzo de estas meditaciones: por ejemplo, del 24 de enero de 1952.[10]

---

[9] Cf. G. B. PÉREGO, *El Santuario Basílica "Regina Apostolorum"*, Apuntes históricos, ed. Archivo Histórico General de la Familia Paulina, Roma 1985.

[10] «Regresa de Catania con el avión de la LAI hacia las 16,15... Nos dice que ha hecho un buen viaje, a pesar del fuerte viento. Apenas llega a casa, uno de sus primeros pensamientos va a los trabajos de la Cripta del Santuario Regina Ap., que visita enseguida antes de ir a su despacho; y mientras camina me entrega una carta que ha escrito al superior de Catania, en el avión... Vuelto de la inspección a los trabajos, que le ha ocupado una horita, sube al despacho y abre la correspondencia. Manda un telegrama a California (USA)... Escribe luego una carta personal a D.T.R. en Bálsamo (Milán); y tras haber cambiado algunas palabras con el Procurador general, P. Federico, baja a la capilla para la visita al Smo. Sacramento».

Los viajes fuera de Italia –que explican los intervalos en la serie de meditaciones aquí recogidas– cambiaban el género de las tareas, pero no modificaban la densidad del trabajo en los lugares visitados. Y durante las horas de vuelo o de navegación por mar, la oración se alternaba con la escritura o la predicación para las Hermanas o Hermanos que le acompañaban, sugiriendo meditaciones y programas apostólicos. Más de un "retiro" lo predicó a bordo de transatlánticos, como atestiguan las recopilaciones "A las Hijas de San Pablo" o "A las Pías Discípulas del Divino Maestro".

Tal y tanta actividad, lejos de disociar su unidad interior, la hacía más tenaz y al mismo tiempo más concreta, más vinculada a la gracia del momento, más abierta a la comunicación formativa.

Es comprensible que, aun estando en casa, faltase a menudo la preparación inmediata, que asegura una perfecta linealidad del discurso. Pero la riqueza de su patrimonio interior, con el auxilio de una excelente memoria, consentía al Fundador estar siempre a la altura de su cometido y de su nombre, de "Primer Maestro", como se le llamaba.[11]

Temática, finalidad y estilo

Los volúmenes de meditaciones ya publicados[12] documentan la naturaleza de las intervenciones y el amplio abanico de los temas tratados por el P. Alberione en su predicación casi diaria.

Siguiendo el método irrenunciable de la "integralidad", su don carismático inspirado en el trinomio Camino-Verdad-Vida, él desarrolla en forma cíclica la triple dimensión de la realidad cristiana: Doctrina, Moral y Culto. Exponía ante todo, como puntos de partida, los "principios": las principales verdades de fe, privile-

---

[11] El sentido de semejante título, bien lejos de intentos ambiciosos, se explica por referencia a la figura de Cristo Maestro, y como herencia del juvenil trato habido con la orden dominica, cuyo Superior general se denomina "Maestro general" (cf. AA.VV., *Jesús el Maestro, ayer, hoy y siempre*, San Paolo, 1997, pp. 76-78).

[12] Cf. *A las Hijas de San Pablo* (5 vols., de 1929 a 1961, todavía en fase de publicación); *A las Pías Discípulas del Divino Maestro* (11 vols., de 1955 a 1966); *A las Hermanas de Jesús Buen Pastor* (10 vols., de 1957 a 1968)...

giando la enseñanza de Jesús y los textos de san Pablo. Resaltaba luego las consecuencias en el plano del vivir y del hacer: las virtudes teologales y morales; los compromisos de la vida consagrada; los votos; el "celo por las almas" y la fidelidad al apostolado; el puntual cumplimiento de los "deberes" específicos. Y, para fecundar todo esto, el determinante trato vital con Dios, la oración, modulada en sus diversas expresiones: la piedad personal y comunitaria, la vida sacramental, las "prácticas" y las "devociones"...

En fin, una propuesta totalizante y "tridimensional" [13] de meditaciones encaminadas a lograr la consiguiente integral cualidad de la vida y del empeño apostólico.

LAS FUENTES de las que el orador se servía eran las comunes en la predicación de entonces: Liturgia del tiempo y de las Horas (obviamente anterior a la reforma conciliar); luego la Ascética y la Espiritualidad tradicional,[14] la Legislación canónica y particularmente las Constituciones. A todo ello se añadía el patrimonio acumulado durante los años y enriquecido trámite una gran capacidad de absorción de cada experiencia y relación humana: lecturas juveniles y de actualización; conversaciones remotas con el canónigo Chiesa [15] y el amigo teólogo José Priero; señalaciones y aportes de cohermanos y colaboradores.

Finalmente, en cuanto a la FORMA EXPRESIVA, es harto sabido que el P. Alberione miraba al núcleo de los contenidos más que al estilo. Nadie esperaba de él un lenguaje brillante o un

---

[13] Una demostración ejemplar de tal procedimiento "tridimensional" la observamos en las oraciones compuestas por él, particularmente en la coronita a Jesús Maestro. Véase asimismo la división tripartita de las reflexiones en las "Horas de adoración".

[14] Texto preferido: *Compendio de Teología Ascética y Mística*, de Adolfo Tanquerey, Roma-París 1927. Más tarde, en los años 60, el P. Alberione hará amplio uso de la *Teología de la perfección cristiana* de A. Royo Marín O.P., Ed. Paoline, Roma 1960 (original español en la BAC).

[15] Recordamos las obras principales de F. CHIESA: *Jesucristo Rey; Jesús Maestro; Ego sum Vita*; *Formación pedagógica de los catequistas*; *Introducción a la Ascética*; *La llave de la vida*; *Lectiones theologíæ dogmáticæ* (4 vols.); *Historia de la Filosofía*; *Para la unidad en la formación del clero*; *La llave de la Biblia*; *Reparación*; *Contricción perfecta*; *La Sagrada Familia*; *Para pensar* [*"Pensarci su"*]; etc.

modo de discurrir que no fuera el suyo: sobrio, esencial, aunque no carente de vivacidad y rico siempre de realismo, de concreción e incisividad. Partía, en efecto, de "principios" firmemente fundados –Evangelio, san Pablo, documentos eclesiales...– y de una clara declaración de intentos: explicitaba desde el principio el "fruto" que debía obtenerse con la meditación propuesta.

Tal finalidad, empero, no era tanto la edificación momentánea del oyente, cuanto la profundización y consolidación de valores vehiculantes, la formación continua y la auténtica "construcción" de las personas «hasta que Cristo tome forma plenamente en todos» (cf. Gál 4,19).

De los discursos del P. Alberione, como de sus escritos, creemos pueda decirse lo que san Pablo afirmaba de sí: «Mis discursos y mi mensaje no usaban argumentos hábiles y persuasivos, la demostración consistía en la fuerza del Espíritu, para que vuestra fe no se basara en saber humano, sino en la fuerza de Dios» (1Cor 2,4-5).

"Para una renovación espiritual"

Con este título apareció, el 18 de marzo de 1952, la primera recopilación parcial de 35 breves meditaciones más 8 Horas de adoración, publicada por iniciativa de las Hijas de San Pablo. Una breve presentación advertía: *«Reproducimos –tal como hemos podido recoger– la preciosa palabra que el Revmo. Primer Maestro dirigió a las Familias Paulinas, reunidas en la Cripta del templo Regina Apostolorum, desde el día de la inauguración, 29 de enero, al 19 de marzo*[16] *de 1952»*.

Este inciso deja entender el procedimiento de registración mediante el que nos han llegado las meditaciones de esta recopilación. Dado que aún no se disponía de un registrador magnético, las pláticas eran transcritas a mano por una oyente.[17] Este particular no puede olvidarse: sobre todo en esta primera sección (35

[16] En realidad, la recopilación concluía con la meditación del 16 de marzo.

[17] Testimonios dignos de fe aseguran que la veloz "escribana" fue Maestra Ignacia Balla FSP, habilísima en trasladar al papel cuanto el predicador iba exponiendo. Ella transcribía luego completamente el texto y lo sometía al control del P. Alberione, antes de pasarlo a la Hna. Clementina Laudanno, responsable de la tipografía.

meditaciones) el texto nos da ciertamente el *contenido,* el *pensamiento* del Fundador, pero no las exactísimas palabras o expresiones usadas por él. Ello queda confirmado también confrontándolas con la relación que de algunas de esas mismas pláticas compiló el P. Antonio Speciale.[18] Aparte eso, resulta muy atinada la elección del título, tomado del exordio de la primera meditación: «La inauguración de la Cripta tiene que ir acompañada por *una renovación de espíritu*».

Otra notable circunstancia hay que señalar: la fecha de publicación, *18 de marzo.* Sabemos que el 19 de marzo, solemnidad de san José, era el onomástico del P. Alberione, que había tomado como segundo nombre el del Patriarca nazaretano. Se quería, pues, tributar por parte de las "Familias Paulinas" (como se solía decir entonces para indicar a cada uno de los institutos) un filial homenaje al Fundador imprimiendo sus meditaciones habladas.

Idéntica es la destinación de la segunda recopilación, editada también por las Hijas de San Pablo y fechada el *17 de marzo de 1953.* En la portada, se indicaba: *«A las Familias Paulinas. Pláticas del Revdo. Primer Maestro – Agosto-Noviembre de 1952»*. Contenía 37 meditaciones, dictadas aún en la Cripta desde el 7 de agosto al 23 de noviembre de 1952, y finalmente registradas en cinta magnética. Son particularmente significativas las pronunciadas con motivo de la consagración del altar marmóreo (20 de agosto), y las dedicadas a la "santificación de la lengua", al sentido de nuestro apostolado y a la Reina de los Apóstoles.

El 9 de marzo de 1954 salía la tercera recopilación: *«Pláticas del Primer Maestro – Diciembre de 1952-Diciembre de 1953. Para uso manuscrito»*. Reproducía 31 meditaciones, dictadas desde el 30 de noviembre de 1952 al 13 de diciembre de 1953, registradas en cinta. De particular importancia son el conmovedor recuerdo del P. Giaccardo en el quinto aniversario de su muerte (24 de enero de 1953), las meditaciones sobre los dones del Espíritu Santo (novena de Pentecostés) y sobre María Mediadora de todas las gracias (13 de diciembre de 1953).

Y en fin, la cuarta recopilación, *«Pláticas del Primer Maestro – Marzo-Diciembre de 1954»,* publicada el 15 de marzo de

[18] Ver más adelante, pp. 19, 22, 41...

1957. Nótese aún la fecha significativa, en la proximidad del onomástico y en el año del Jubileo sacerdotal del P. Alberione (1907-1957). Hay registradas 29 meditaciones, propuestas desde el Jueves santo al 8 de diciembre de 1954.[19] Las últimas coinciden con los festejos solemnes para la Dedicación del Santuario y la conclusión del Año Mariano, acontecimientos que consagraban en el signo de María un arco de meses extremadamente cargados de significado carismático y de creatividad apostólica.

¿Cómo acercarse a estas páginas?

Al ser el eco vivo de un mensaje con valor testamentario (recuérdese que en el umbral de los setenta años, al P. Alberione le gustaba citar el salmo 89: «Los años de nuestra vida son setenta, ochenta para los más robustos»), estas páginas tienen que releerse con escucha interior y con devoción, como textos inspirados. Ellas siguen transmitiéndonos, a veces con una fuerza mayor que la de la viva voz, lo que el Fundador pretendía instilar en los corazones para que constituyera el fundamento duradero de su herencia.

En la medida en que sepamos escuchar, yendo más allá de algunas frases arcaicas, captaremos la continuidad de un magisterio, que arrancando del Maestro divino y a través de la mediación de Pablo, nos transmite lecciones vitales. Nos harán, al mismo tiempo, "discípulos de la Palabra" y secuaces creíbles de un humilde sacerdote, que llevó con honor el título de "Primer Maestro". Tal sigue siendo el P. Alberione para nosotros y para la Iglesia de hoy y de mañana.

Roma, 4 de abril de 2005

CENTRO DE ESPIRITUALIDAD PAULINA

[19] Una de ellas, empero, ha sido omitida por ser extraña al contexto y al destino del presente volumen, como se dirá a su debido tiempo.

ADVERTENCIAS

1. Los textos reproducidos en estas páginas responden a las siguientes siglas:

RSp = *Para una renovación espiritual*, E.P., Roma 1952
Pr 1 = *Predicación del Revdo. Primer Maestro: Agosto-Noviembre de 1952*, [vol. I], E.P., Roma 1953
Pr 2 = *Predicación del Revdo. Primer Maestro: Diciembre de 1952-Diciembre de 1953*, [vol. II], E.P., Roma 1954
Pr 5 = *Predicación del Revdo. Primer Maestro: Marzo-Diciembre de 1954*, [vol. V], E.P., Roma 1957.

2. Los volúmenes III y IV de la *Predicación del Revdo. Primer Maestro* no se han insertado en esta recopilación porque las meditaciones contenidas en ellos están reservadas a las Hijas de San Pablo.

3. Para la necesaria uniformidad de citas de las obras del Fundador, en cualquier edición y lengua, es indispensable adoptar como único criterio de referencia remitir a la numeración de página de la edición italiana original. Tal numeración está indicada en el margen del texto: el cambio de página, cuando cae en medio de una línea, se señala con el signo "|".

Por tanto, también para esta edición, las citas del texto deberán referirse a la fuente indicada en el margen y no al número de página del presente volumen.

PARA UNA RENOVACIÓN ESPIRITUAL

Meditaciones dictadas en la Cripta
del 29 de enero al 15 de marzo de 1952

RENOVACIÓN DE ESPÍRITU [1]

La inauguración de la Cripta tiene que ir acompañada por una renovación de espíritu. Esta iglesia deberá ser como el corazón de todo el Instituto. La Cripta es [así se ha querido] especialmente para las prácticas de piedad «íntima»; es necesario orientarse aquí, ya desde ahora.

Esta mañana veamos en qué debe consistir la renovación de espíritu, considerando las palabras de san Pablo a Timoteo: *«Sectare justitiam, pietatem, fidem, mansuetúdinem et patientiam»*.[2]

«Sectare justitiam»: Hemos de ser justos con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos.

«Sectare pietatem»: Hermosas funciones, misas devotas, bien escuchadas, sacramentos bien recibidos. Las Pías Discípulas han empezado ya a hacer la adoración nocturna, continua; muchas gracias aguardamos de esta adoración.

«Sectare fidem»: Hay aún muchos pensamientos que no son conformes al Evangelio. ¡A corregirlos!

«Sectare mansuetúdinem, patientiam»: Hemos de combatir también nosotros la buena batalla [cf. 2Tim 4,7], dominar las pasiones; éstas son fuerzas que deben canalizarse, si no, hacen como las aguas del Po en los pasados meses:[3] producen riadas desastrosas.

Es necesario que nos dirijamos con más fervor a la Reina de los Apóstoles; cantar solemnemente y devotamente la *Salve Regina*. Ella es nuestra Madre, Maestra y Reina: de ella esperamos las gracias necesarias para cada uno.

---

[1] Meditación dictada el martes 29 de enero de 1952. – Del *"Diario":* «El Primer Maestro celebra pronto [la misa], después se queda en la capilla de la Casa general rezando y al mismo tiempo escucha las misas que en ella se celebran; luego... se dirige a la Cripta. Dicta la meditación a las 6,30 a todos los sacerdotes allí reunidos, a los clérigos, a las religiosas (Hijas de San Pablo y Pías Discípulas) y a los aspirantes...».

[2] 1Tim 6,11: «Esmérate en la rectitud, la piedad, la fidelidad, el amor, la constancia, la delicadeza».

[3] Se refiere a la desastrosa inundación del río Po acaecida en los últimos días de 1951. La riada afectó a las provincias de Reggio y de Parma, y sobre todo a la comarca del Polésine, donde 100.000 hectáreas de terreno quedaron cubiertas por las aguas.

Falta desde hace un tiempo la meditación profunda y serena
RSp de los *novísimos*,[4] | y esto explica muchas cosas... Digamos a la
p. 4 Virgen que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos; digámosle que nos ayude a dirigir nuestra mente y nuestro corazón al cielo.

Viniendo aquí, para la adoración, muchas cuestiones se resuelven sin tanto parloteo. Hay aún demasiadas palabras, demasiados pensamientos no conformes a la «religión», a la vida religiosa.

Digamos a la Virgen que nos muestre después de este destierro a Jesús y que nos haga dignos de alabarla también en esta tierra.

Hay por lo menos tres gracias importantes que yo engarzo a la *Salve Regina:* una concierne al espíritu, otra al apostolado, la tercera a las intenciones que una vez me confiaba el Señor Maestro,[5] diciéndome: «Estas intenciones nunca las predicaré, se las digo sólo a ella».

Nuestro camino será el del eterno gozo en el cielo, después de haber sido el camino de la paz en la tierra.

---

[4] Sobre este tema el P. Alberione volverá frecuentemente, como se verá a continuación (cf. 9 de marzo de 1952).

[5] Con esta expresión se refería al P. Timoteo Giaccardo. De él escribió el Fundador: «Al P. Timoteo se le llamaba y era de veras el *Señor Maestro*» (P. Alberione, en *San Paolo*, febrero 1948, pp. 2-3). – José Timoteo Giaccardo nació en Narzole (Cúneo, Italia), diócesis de Alba, el 13 de junio de 1896. El 17 de octubre de 1908 entra en el seminario de Alba y el 4 de julio de 1917 pasa a la naciente Sociedad de San Pablo. El 19 de octubre de 1919 es ordenado sacerdote por el obispo de Alba. En enero de 1926, por su gran amor al Papa, el P. Alberione le manda a Roma para fundar la primera Casa filial de la Congregación. En 1936 regresa a Alba como superior de la Casa Madre y está allí hasta 1946, año en que vuelve a Roma, como Vicario general de la Sociedad de San Pablo. Colaborador fidelísimo del Fundador, se prodiga por las Congregaciones paulinas, hasta ofrecer la propia vida para que fuera reconocida en la Iglesia la Congregación paulina de las Pías Discípulas del Divino Maestro. Muere de leucemia fulminante el sábado 24 de enero de 1948, día de su onomástico y vigilia de la fiesta de la Conversión de san Pablo.

COMENZAR BIEN LA JORNADA [1]

La Cripta está dispuesta de modo que por una parte se representa la unidad de espíritu de las varias Familias Paulinas y por otra haya la debida separación.

Comenzar bien la jornada. Comenzar bien la jornada significa disponerse a pasarla como si fuera la última de la vida. Disponerse luego al descanso como si de noche hubiera que morir. Si la jornada se comienza bien, se tiene la garantía de que estará llena de méritos; pero si la jornada no se comienza bien, tampoco se

---

[1] Meditación dictada el miércoles 30 de enero de 1952. – Del *"Diario":* «El Primer Maestro celebra en la Cripta hacia las 4/4,30; hace un frío que hiela los huesos. Después se queda rezando y escucha las misas que se celebran (3-4). A las 6,30 dicta a toda la comunidad la meditación».

Para confrontarla con el texto presente, he aquí la misma meditación referida por el P. A. Speciale: «La Cripta se ha hecho de modo que toda la Familia Paulina pueda encontrarse unida en oración alrededor del altar; y al mismo tiempo se ha hecho de modo que cada Congregación esté separada. Es el modo que ha parecido conveniente. Y ahora, al argumento.

Pasar bien la jornada. Quien la empieza bien está contento y es bendecido para el resto de las horas. Hay que dirigir todas las acciones a la eternidad. ¡Seamos realistas! Nos encontraremos pronto en la otra vida (para alguno quizás dentro de pocos años, para otros más tarde); de cualquier modo nos encontraremos todos o entre los bienaventurados del cielo gozando de Dios para siempre, o entre los condenados a sufrir por siempre. Nos toca elegir. Aquí está pues la importancia de ofrecer toda la jornada por Jesús. Desde la mañanita rezar el "*Benedicamus Domino*" y toda o en parte la coronita "Virgen María, Madre de Jesús, ¡haznos santos!". Es una gracia que estemos aún vivos. El aseo del cuerpo ha de hacerse con el cuidado y esmero con que se limpia el copón o el cáliz consagrados que van a contener el cuerpo y la sangre de Jesús. Así se expresaba el P. Giaccardo hablando a un clérigo, ya sacerdote.

Quien por la mañana come el Pan del cielo no desfallece durante el día y por el camino.

En práctica, la jornada se pasa bien, con una buena meditación (preparación de la mente), con una buena misa (preparación de la voluntad), con una buena comunión (preparación del corazón y de todas las fuerzas). Si el sarmiento está unido a la vid, produce fruto y por tanto no muere. Y esta linfa divina se nota durante la jornada. Pasar bien la jornada es acabarla bien. Si una soga está bien tensa y fija en los dos extremos con dos buenos clavos, seguramente que no cae; pero si falla un clavo, la soga ciertamente cae. Este ejemplo o parangón sirve para darnos a entender y recordar lo que hemos dicho, que la jornada tiene que ser santificada de principio a fin».

tendrá luego la fuerza necesaria para pasarla bien. Nuestra vida | está toda dirigida al cielo; estamos sólo de viaje aquí abajo. RSp p. 5

Pensemos en la eternidad. *Eternidad:* palabra que se pronuncia en un instante y que significa una duración sin fin.

Nadie puede vivir de fantasía. Vivamos en la realidad de la vida. La vida está toda ella ordenada a la eternidad. Es como para llorar al ver la necedad o la malicia o la debilidad de quien no ordena la vida a la eternidad. Preguntémonos: «¿Y si esta jornada fuera la última de mi vida?».

Cada mañana nos ponemos al seguimiento de Jesús. El camino del cielo es uno solo; Jesús nos lo repite, especialmente después de la comunión: *«Yo soy el camino, quien quiera venirse conmigo, reniegue de sí mismo, cargue con su cruz y me siga»* (Mt 16,24). Responderé a la invitación de Jesús: «Heme aquí, estoy dispuesto, a tu servicio, te seguiré donde quieras».

Hay que agradecerle al Señor por la buena noche pasada.

Al asearse, hacedlo como se limpiaría el cáliz o el copón que luego contendrán la Hostia, Jesús; reverencia hacia el cuerpo como se tiene al cáliz y al copón (así enseñaba el P. Giaccardo). Pero si uno comienza la jornada con un acto de desobediencia o de pereza, no la empieza del modo mejor...

Hay que correr enseguida a la iglesia, a la fuente de las gracias, como la cierva corre a la fuente de agua viva [cf. Sal 42/41,2]. *«Dadles vosotros de comer..., no sea que se desmayen por el camino»* (Mt 14,16; 15,32)[2] dijo Jesús a los apóstoles, cuando ellos le urgían que despidiese a la multitud.

Si comenzamos la jornada haciendo bien la preparación de la mente con una buena meditación (precedida o concluida con el examen preventivo); con una buena preparación de la voluntad, asistiendo bien a la santa misa (misa entera y, posiblemente, con una breve introducción y una breve | conclusión); con una buena preparación del corazón en la santa comunión, entonces tendremos la fuerza de pasar bien la jornada, una jornada llena de méritos, venciendo las dificultades y las tentaciones que puedan llegar, y uniéndonos cada vez más íntimamente a Jesús. RSp p. 6

El alma que ama a Jesús, se entretiene a gusto con él, le habla de sus cosas, y en sustancia le dice: «Estoy contigo, Jesús,

[2] La cita en el original es Mt 15,34.

que eres el Camino, la Verdad y la Vida, que has pasado por la vía del Calvario, que has tenido también jornadas difíciles, pero luego has ascendido al cielo. Estoy contigo, que eres mi fuerza ahora y serás mi delicia en el cielo».

Comenzada bien la jornada, se pasarán asimismo bien las varias horas de estudio, de apostolado, de oración, y Dios estará con nosotros, con su fuerza, su luz y su gracia.

Empezad bien la jornada, ¡tendréis la garantía de que vuestra vida estará llena de méritos!

CÓMO TERMINAR LA JORNADA [1]

En la sagrada Escritura se leen estas palabras: *«Por la tarde, en la mañana, al mediodía, alabaré tu nombre, oh Señor»* (Sal 55/54,18 según Vulgata). Es necesario que todos los corazones de la Familia Paulina se encuentren aquí, en el sagrario, en el Corazón eucarístico de Jesús. Por la mañana, durante la santa misa

---

[1] Meditación dictada el jueves 31 de enero de 1952. – Del *"Diario":* «Estas son las palabras que he podido recoger de su viva voz: Por la mañana todos nuestros corazones –como todos los corazones de los miembros de nuestras familias religiosas– deben encontrarse en el Corazón eucarístico de Jesús, vivo, presente aquí en medio de nosotros. Nuestras tres devociones: a Jesús Maestro, a la Reina de los Apóstoles y a san Pablo apóstol, no queden nunca en segundo plano, sino que sean sentidas siempre. Recítese la correspondiente coronita, especialmente en la primera semana del mes; y récese a menudo la coronita a san Pablo. Asimismo se entone algún canto en su honor, por ejemplo: "De todo apóstol Reina", etc.; y también se recomienda rezar la oración de ofrecimiento que empieza así: "Señor, en unión con todos los sacerdotes que hoy celebran la santa misa, te ofrezco a Jesús hostia y a mí mismo, pequeña víctima", etc.

Esta mañana meditaremos sobre cómo *cerrar santamente la jornada*, de modo que por la noche, al dormirnos, estemos tranquilos, incluso si al despertarnos por la mañana tuviéramos que afrontar el juicio de Dios.

1) La jornada se cierra bien, agradeciendo a Dios: "Te damos gracias, Señor, por todos tus beneficios". A este respecto, la oración "Te adoro" que suele rezarse, es ya una buena plegaria de agradecimiento. De todos modos, nunca debe faltar nuestro agradecimiento espontáneo por el pan de la verdad recibido, por el pan eucarístico y por el pan material. Hay además otros motivos para agradecer a Dios por todas las gracias recibidas, por ej. el hecho de encontrarnos reunidos al atardecer en este hermoso Santuario; por el sol que ha calentado e iluminado nuestra cabeza y nuestras paredes, etc.

2) Un acto importante que cumplir antes de ir a descansar es pedir perdón a Dios de todas nuestras faltas. Nunca ir a la cama con el pecado en el alma, sino siempre reconciliados.

3) Otro acto que realizar es pedir la bendición de nuestro descanso. Al cerrar los ojos por la noche deberíamos sentir también nosotros la benevolencia del Padre celeste, como si nos dijera, pasando junto a nuestro lecho: "Este es un hijo predilecto en quien me complazco".

De ahora en adelante habrá también aquí, como en Alba, la adoración continua, es decir día y noche, pasando a turno los varios grupos. Es necesario que nos aseguremos la bendición de Dios con la continuidad de las oraciones».

se entonen, según nuestras devociones, tres cantos: uno al divino Maestro, uno a la Reina de los Apóstoles y uno a san Pablo.

Ayer consideramos cómo comenzar la jornada, ahora consideraremos cómo terminar la jornada.

Al anochecer predominen tres pensamientos, tres sentimientos, tres actos: 1. Reconocimiento al Señor por las gracias recibidas durante el día; 2. dolor de los pecados cometidos, de las incorrespondencias a la gracia, de las ingratitudes; 3. súplica al Señor para que nos conceda pasar bien la noche, como si fuera la última, como si después de ella debiéramos presentarnos a su tribunal. Las gracias que recibimos en la jornada son tantas. ¿Sabemos apreciar el valor de una misa, de la comunión que hacemos o podemos hacer cada día? ¿Sabemos apreciar el valor de la vida religiosa con el continuo sucederse de obras encaminadas al servicio de Dios? RSp p. 7

¿Sabemos apreciar el valor de la instrucción, de la asistencia, de la corrección fraterna? Hemos de agradecer al Señor no sólo el alimento que nos da, sino también todo el conjunto de dones naturales de que gozamos, por ejemplo, de este Santuario, del aire que respiramos, del sol que nos calienta. Desafortunadamente estamos tan acostumbrados a estas cosas que ya ni les hacemos caso ni pensamos en agradecerlas... Sin embargo, cuando éramos pequeños, nuestra madre nos hacía decir *«gracias»* a quien nos daba algo, aunque fuera un simple caramelo.

El segundo sentimiento que debe dominar por la noche es el dolor de los pecados. En las oraciones que de pequeños se nos enseñaron, había esta expresión: «Señor, mira que mientras tú multiplicas mis días, yo multiplico los pecados». Consideremos nuestra miseria; mientras el Señor nos multiplica los dones y las gracias, nosotros multiplicamos los pecados: pecados de soberbia, de envidia, pecados contra los votos, pecados de tibieza; pecados cometidos con los sentidos, con la fantasía, con el corazón, porque no sabemos dominarnos. Hay que hacer buenos exámenes de conciencia y confesiones dolorosas; arrojarse a los pies del Señor como el hijo | pródigo a los pies del padre y decirle: *«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»* (Lc 15,18). RSp p. 8

Nunca debemos ir a descansar con el pecado en el alma; aunque no sea posible confesarse, hacer un acto de dolor, de dolor perfecto que ponga al alma en gracia.

Tercer pensamiento y tercer acto que hacer al anochecer, pedir la bendición del Señor sobre nosotros y nuestro descanso: «Señor, que tus ángeles habiten en esta casa y nos guarden del pecado». Y pedir la bendición del Señor también para todos nuestros seres queridos. Por la noche obsérvese el máximo recogimiento; ninguna distracción, más bien orientar todo nuestro espíritu hacia el Señor, pensando: "¿Y si esta noche pasara yo a la eternidad?" Dice el Evangelio: *«No sabéis cuándo va a llegar el dueño (el juez), si al oscurecer o a media noche o al canto del gallo o de mañana»* (Mc 13,35). Hay que estar preparados.

Al final del día, cantar la *Salve Regina;* y luego, yendo a descansar, tener el rosario en la mano, rezar con fe la coronita «Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos». ¡Qué gozo pensar, por la noche, que todos van a descansar en paz, en recogimiento, bajo la mirada del Padre celeste! Parece que él se asome desde el cielo para decir: «Estos hijos me gustan».

Conviene hacer los turnos continuos para la visita [eucarística]: la continuidad de la oración nos asegura la continuidad de las misericordias de Dios.

CÓMO PASAR LA JORNADA [1]

Orientemos este mes de febrero *a la gloria de Dios y a la paz de los hombres.* En primer lugar nos referimos a la paz en nosotros mismos, es decir nuestra santificación; | luego, la salvación de todas las almas. RSp p. 9

Hemos considerado cómo comenzar y cómo terminar la jornada. (¡No deben olvidarse nunca las tres avemarías ni al principio ni al final de ella!). Ahora consideraremos cómo pasar toda la jornada.

Tenemos garantía de que la jornada sea santa si se hace bien la adoración al Smo. Sacramento. Los turnos de adoración son como una cadena de oraciones, de adoraciones, que será de gloria para Dios y de ventaja para nosotros.

Meditemos esto, hoy, primer viernes del mes. Está haciéndose un gran obsequio al Maestro divino con las fiestas del Evangelio, celebradas casi en todas partes por iniciativa de la Sociedad de San Pablo.[2] Quien ama el Evangelio, quien lo lleva consigo y lo lee gustosamente, adquiere poco a poco el espíritu de Jesús. La meditación del Evangelio hace penetrar las verdades divinas en nuestro ánimo; no es una simple lectura, pues el agua que corre sólo por la superficie del terreno no es la que aprovecha a las raíces de la planta.

Quien hace la visita con verdadero espíritu, sentándose a los pies de Jesús, conversando con él, Camino y Verdad y Vida,

---

[1] Meditación dictada el viernes 1° de febrero de 1952. – Anota el P. A. Speciale en el *"Diario":* «[Después de la meditación en la Cripta], al ir a su despacho, [el Primer Maestro] me da enseguida a dactilografiar el siguiente *Aviso:* "JMJP. Todos los sacerdotes, inclusive quienes tienen que ir a las 6 a celebrar fuera de casa, estén a las 5,30 en la *Cripta* para rezar. Asegurarse la piedad anticipadamente para una jornada llena de méritos y de buen fruto para las almas"».

[2] Cf. *Vida Pastoral*, noviembre de 1924: «Instituir la Fiesta del Evangelio»; – dic. 1924: «La Sociedad Bíblica para la difusión de los santos Evangelios»; – marzo 1925: «Es urgente la Fiesta del Evangelio»; – oct. 1925: «Para difundir el Evangelio: Fiesta del divino Maestro»... Hasta 1935 cada año, en los meses de febrero o agosto u octubre, en la revista aparece un artículo con programa de celebración para la Fiesta del Evangelio, o del divino Maestro, a menudo con el esquema tripartito, según el método camino-verdad-vida.

adquiere una garantía de salvación. En el paraíso tendremos la contemplación, la posesión, el gozo de Dios; y bien, la visita es como un preludio de lo que haremos en el cielo. Y hay otras inmensas ventajas: de las adoraciones se consigue sabiduría y sensatez en el apostolado; Jesús Maestro nos da gracia para no considerarlo un mero trabajo, sino un auténtico apostolado.

En la primera parte de la adoración, se honra a Jesús Verdad. Para considerar y honrar a Jesús Verdad, tomamos el Evangelio en nuestra mano: ahí está todo. Al acercarnos al altar, figurémonos oír la invitación de Jesús: *«Venite ad me omnes qui onerati et laborati estis et ego reficiam vos»* (Mt 11,28).[3]

RSp p. 10 He aquí la hora más hermosa de la jornada. Quien hace bien | la visita, hará bien la comunión, oirá bien la misa.

Hay que preferir para la lectura de la primera parte en la visita el Evangelio, la Escritura en general, las Cartas de san Pablo. Hacer la genuflexión no sólo con las rodillas, sino con la mente. Decir al Señor: «Creo en ti, tú solo tienes palabras de vida eterna» [cf. Jn 6,67].

En la segunda parte se honra a Jesús Camino: Jesús es el camino de la paz del mundo, es el camino esencial para ir al Padre; la gracia que nos constituye en la vida sobrenatural nos viene por Cristo. Así como para completar la primera parte se canta *«In principio erat Verbum»*,[4] así a conclusión de la segunda parte conviene cantar las Bienaventuranzas, que están también figuradas en el pavimento de esta Cripta, y bien distribuidas según las necesidades de los distintos grupos.[5]

En la tercera parte se honra a Jesús Vida. Se hace la comunión espiritual y se piden las gracias, primero en general (primera parte del padrenuestro), luego nuestra santificación perso-

---

[3] «Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro».

[4] Jn 1,1: «Al principio ya existía la Palabra»; del Prólogo del evangelio de Juan.

[5] Las palabras de las bienaventuranzas, acompañadas de las figuras en mosaico de las principales virtudes, están grabadas en el mármol del deambulatorio que rodea el presbiterio. La alusión a los “varios grupos” se refiere a los formados por aspirantes, profesos, religiosas (FSP y PD) presentes en los cuatro brazos de la Cripta, estructurada en forma de cruz griega, con el altar al centro.

nal (segunda parte del padrenuestro). Puede rezarse la coronita «Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos». Y pídanse gracias particulares: la pureza, la limpidez, la firmeza en mantener los propósitos; y luego ayuda para los estudios, la observancia religiosa y la correspondencia a la vocación.

Ahora hagamos un obsequio a Jesús Maestro cantando *«O Vía, Vita, Véritas»*,[6] y formulemos también el propósito de hacer siempre bien la visita. De ello vendrán gracias para todas las Familias de San Pablo.

A quien preguntaba a Jesús: *«Maestro, ¿dónde vives?»*, Jesús respondió: *«Venid y lo veréis»* (Jn 1,38-39).

Ellos fueron, y aquel mismo día se quedaron a vivir con él: se hicieron apóstoles.

[6] "Oh Camino, Vida, Verdad".

FIESTA DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA [1]

Hoy es la fiesta de la Purificación.[2] En tiempos pasados esta fiesta era la segunda por importancia entre las fiestas de María, después de la Asunción. Ahora más que fiesta de María, lo es de Jesús que es llevado al templo. Tenemos la bendición de las candelas: Jesús es la luz de las gentes [cf. Lc 2,32], el signo de contradicción [cf. Lc 2,34]. Él será amado por muchos, y por muchos odiado: será la víctima, la hostia santa ofrecida al Padre. La función litúrgica de esta mañana es altamente simbólica. En el *oremus* [3] se pide que nosotros podamos ser presentados al templo eterno, en el cielo.

Tres pensamientos: 1° Considerar a Jesús como Maestro divino que viene a iluminar el mundo. Él es el Maestro, nosotros nos arrodillamos ante él diciendo: «Habla, Señor, que tu siervo te escucha» [cf. 1Sam 3,10].

2° Seguir al Maestro divino: Jesús en la hostia es la víctima por nuestros pecados; en cada misa hemos de acompañarle al Calvario.

3° Jesús es sacerdote. En cada misa hemos de entrar en la intimidad de las intenciones de Jesús. Es el mejor método para escuchar la misa: unirse a Jesús sacerdote y víctima, penetrar en la intimidad de sus intenciones, oír bien la misa y seguir la función pidiendo estas gracias.

---

[1] Meditación dictada el sábado 2 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «Celebra, como de costumbre, muy pronto, en la Cripta; y después se queda a escuchar otras misas allí celebradas, ayudando incluso, si es el caso, a los sacerdotes celebrantes. [Recuérdese que en la Cripta, además del altar central, había ocho altares movibles, dos por cada brazo del crucero, donde se alternaban los celebrantes, antes de que se permitiera la concelebración]. Siendo la fiesta de la "Candelaria", a la hora establecida dicta algunos pensamientos desde el altar».

[2] Así se llamaba la fiesta de la Presentación del Señor, antes de la reforma litúrgica.

[3] La colecta.

EL APOSTOLADO [1]

RSp
p. 12

En la oración «Corazón divino de Jesús», ofreciendo nuestras acciones al Señor, se dice también: «...y según las intenciones del Primer Maestro». Los lunes las intenciones del Primer Maestro se refieren especialmente al apostolado, es decir: a la formación de los apóstoles, al ejercicio del apostolado, a la docilidad de aquellos a quienes nos dirigimos, a las almas, o sea, a quienes llegarán nuestras ediciones.

Ante todo, la formación de los apóstoles; y conviene que antes del apostolado se celebren aquí muchas misas y se rece y se obre con fe. Quien tiene poca fe, tiene poco celo; quien tiene poca fe, no persuade a nadie; en cambio, el que tiene fe, tiene el ideal de Dios: *«Deus vult omnes hómines salvos fíeri»*,[2] el ideal de Jesucristo: *«Me ha mandado a dar la buena noticia a los pobres»* (Lc 4,18).

Quien tiene el ideal de «dar a Dios al mundo y el mundo a Dios», logra ser eficaz en el apostolado, camina tras las huellas de san Pablo, que *«creyó»* y fue el Apóstol de las gentes. Él creyó en la fuerza del Evangelio, creyó que sólo de Jesucristo vienen la verdad, la santidad, la paz y la salvación.

San Pablo creyó, y es a esto a lo que debemos llegar nosotros: a tener mucha fe. Cuando se tiene fe, todo se hace converger en el Evangelio, en el apostolado, como san Pablo, o sea: mente, corazón, voluntad, actividad, salud.

Es simbólico que hoy, debajo de la iglesia, se estén preparando los locales para el cine y para la offset.[3] ¡Hay que sentir el deber del apostolado! Quien siente, previene; quien siente, ocupa intensamente el tiempo. Deseemos iluminar | a todas las gentes. Y hoy es la radio la que puede iluminarlas; es la prensa; es el cine. Debemos sentir la belleza de esta misión. *«Omnia facio propter evangelium»*.[4]

RSp
p. 13

---

[1] Meditación dictada el lunes 4 de febrero de 1952.

[2] 1Tim 2,4: «Dios quiere que todos los hombres se salven [y lleguen a conocer la verdad]».

[3] En los locales de la planta baja, contiguos a la Subcripta, estuvo la primera sede de la San Pablo Film (llamada entonces *Romana Editora Film: REF*) y, en parte, las secciones de litografía y almacén.

[4] 1Cor 9,23: «Todo lo hago por el Evangelio» (cf. también Mc 10,29).

Lo primero es procurar la formación espiritual: lo nuestro es apostolado, no «trabajo».

Luego, la formación intelectual, cuidando las clases de bachillerato para todos, para hacerse menos inhábiles en el apostolado, siendo asimismo dóciles a los maestros, apreciando mucho la fatiga de quien enseña.

Además, ejercitar el apostolado; poner bien las intenciones de que el Señor ilumine y sostenga a quienes se dedican a la redacción, a quienes realizan el apostolado técnico. Hay que progresar; si no, quienes difunden el mal nos adelantan.

Es necesario rezar para que el Señor sostenga e ilumine a los que se dedican a la propaganda. En este campo se requiere una gracia particular: mucha luz, iniciativa, inteligencia, sacrificio.

Y por fin, hay que cuidar la parte económica, o mejor, la pobreza. La administración, olvidada por los más, entraña en el encargado muchas mortificaciones y sacrificios, y para nuestro apostolado es un elemento necesario.

Y sobre el carro que se apoya en estas cuatro ruedas,[5] va el Evangelio. Vuestras manos llevan el Evangelio y deben llevarlo a todas partes. Hay que tener en la mente y en el corazón a todas las naciones del mundo y cada una de las almas, y rezar por ellas, como hacía san Pablo que oraba mucho antes de dirigirse a los romanos y a los demás pueblos.

¡Infelices los que creen mancharse las manos manejando los caracteres [tipográficos] o los otros medios de apostolado! San Pablo trabajaba, y a veces hasta de noche, para no ser de peso a nadie [cf. 2Tes 3,8]. ¡Todos al apostolado! ¡Todo en orden al apostolado!

¿Hay en nosotros tanto amor de Dios como para desear que este Dios sea conocido, amado; que venga su reino? Se necesita
RSp p. 14 un fuego en el alma con dos llamas: el amor | de Dios y el amor a las almas. En el amor, la vida: «El amor de Cristo no nos deja escapatoria» [2Cor 5,14]. *«Omnia facio propter evangelium»*.

---

[5] El proyecto pedagógico espiritual del P. Alberione, en el que se va al Maestro con toda la mente, la voluntad, el corazón, las fuerzas físicas, se aplica también a la tarea apostólica, y se expresa plásticamente en la imagen de un carro que corre sobre cuatro ruedas: piedad, estudio, apostolado, pobreza (cf. *Abundantes divitiæ*, n. 100). Sobre el significado de la metáfora, ver *El "Carro" paulino, Orientaciones para el desarrollo integral...*, de J.M. GALAVIZ (vers. it., Società San Paolo, Roma 1993).

EL PECADO VENIAL [1]

Las intenciones del primer martes de mes son especialmente dos:

1. *Sufragar a las almas del purgatorio,* de modo particular a nuestros difuntos y difuntas, a los padres de nuestras religiosas y de nuestros religiosos que ya pasaron a la eternidad. Esta mañana he recordado especialmente a los padres y madres que han dado últimamente este paso y también al difunto Ferraro Paolo,[2] que ha muerto después de tanto trabajo y tantos sufrimientos, mereciendo nuestro reconocimiento y nuestros sufragios.

Recordemos siempre: Iglesia militante, Iglesia purgante, Iglesia triunfante. A menudo hemos de encomendarnos a los difuntos que han pasado a la eternidad habiendo dejado ejemplos de piedad, de observancia religiosa y de generosidad en el apostolado. Y hay que recordar a la Iglesia triunfante, a quienes están ya en el cielo y nos aguardan: su pensamiento debe servirnos de aliento; han combatido la buena batalla y han sido coronados [cf. 2Tim 4,7].

2. La segunda intención para el primer martes del mes es esta: *Lucha al pecado venial.* De modo particular hay que detestar *algún* [3] pecado venial, para no caer también nosotros en el purgatorio: detestar en primer lugar el orgullo, del que dependen tantos pecados. No es sólo un pecado capital, sino el primero y causa de tantos otros. El orgulloso no reza, o reza mal; y de quien reza mal o poco, ¿qué podéis esperar? | Nacerá la envidia, la flojera, la ira y muchos otros desórdenes. RSp p. 15

Hay que detestar el orgullo que nos lleva a la insubordinación, a ir por nuestra cuenta, a contradecir las disposiciones de Dios y de los superiores, a no estar nunca contentos. El no estar nunca contentos de nuestra situación es, en general, fruto del orgullo: uno se espera siempre más, se cree digno de mayor estima, de

---

[1] Meditación dictada el martes 5 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «[Después de la plática] hacia las 7 va al despacho y continúa escribiendo un artículo que había comenzado ayer o durante la noche, titulado *In Christo et in Ecclesia*, sobre la Liturgia».

[2] Un benemérito propagandista de las ediciones paulinas, afectado por la Tbc, fallecido en la clínica paulina de Sanfré (Cúneo).

[3] «*Algún* pecado venial»: en el sentido de «*cualquier* pecado venial».

mayor aprecio, etc. El orgullo nos lleva luego a cometer faltas de caridad con nuestro prójimo: superiores, iguales y súbditos.

Otro pecado a evitar, porque es sumamente dañino, es el pecado contra la vida religiosa, contra los votos. El voto, especialmente si es perpetuo, incluye la perseverancia.

¿Por qué desagrada tanto a Dios el pecado contra el voto? Porque el voto perpetuo se hizo con plena conciencia, y el Señor detesta la transgresión a una promesa tan solemne de fidelidad. Detesta todas las transgresiones a dicha promesa, sea que consistan en pensamientos o palabras o actos o actitudes o en la práctica de la vida.

Los votos bautismales se hicieron cuando aún no se tenía el uso de razón. Pero los votos perpetuos se han hecho cuando el uso de razón se tenía ya por tres o cuatro veces.[4] En la oración de recomendación del alma de un moribundo se dice: «Señor, no recuerdes los pecados de su juventud» [cf. Sal 25/24,7]: eran pecados de ignorancia, de debilidad. Pero cuando se han hecho los votos perpetuos, ¿puede aún hablarse de ser ignorantes, de no conocer nuestras obligaciones? No nos declaremos estúpidos o ignorantes nosotros mismos. No dejemos la parte mejor, para volver a la peor. No hagamos como los hebreos que añoraban las cebollas de Egipto [cf. Núm 11,5]; pensemos en el paraíso cercano. ¡Buena parte de la vida ya pasó!... ¡Oración, fe viva!

Pero deberíamos recordar aún otros pecados veniales, como
RSp hablar deslenguadamente, las groserías, | tratar mal a las personas.
p. 16 Todas estas cosas desagradan a los hombres y también a Dios, disgustándole especialmente las faltas de respeto en la iglesia.

«No me dejéis mucho tiempo en el purgatorio», decía un enfermo. «Tratemos ante todo de no ir allí», le respondía un amigo. Dolor vivo; actos de caridad perfecta. Convenzámonos nosotros mismos de que al purgatorio se va por los pecados veniales.

Examen de conciencia: ¿Tenemos horror al pecado venial? ¿Vigilamos las palabras, los pensamientos, los sentimientos? ¿Combatimos el orgullo? ¿Vivimos la vida religiosa?

Recitemos el *De profundis.*[5]

---

[4] O sea superados ya los 21 años, cuando la proverbial edad de 7 años se ha multiplicada por 3 o 4 veces.

[5] Sal 130/129: «Desde lo hondo a ti grito, Señor...», salmo frecuente en la liturgia de difuntos.

LA BUENA MUERTE [1]

Vamos a dedicar la jornada a honrar a san José, pidiendo la gracia de imitar a este santo del silencio y del recogimiento; recomendándole la Iglesia, de la que es el protector, y suplicándole la gracia de tener una santa muerte, de prepararnos a ella con una santa vida, con una vida de penitencia y de mortificación.

«*Máxima pœnitentia vita communis*».[2] En la vida común está incluida la puntualidad a los horarios. Cuando se dice que la misa es a las seis, significa que empieza a las seis, que el sacerdote a las seis está ya en el altar, no que salga entonces de casa. ¡Hay que ser puntuales!

Pidamos a san José la gracia de una santa muerte, semejante a la suya. Decía ya un pagano: «Cerrar bien la vida es la mayor fortuna que le pueda tocar a un hombre». ¡Y era un pagano! ¿Qué decir de un cristiano, de un religioso?

La muerte santa asegura | la entrada al cielo, la consecución de la finalidad de la vida; sólo para esto vivimos. RSp p. 17

Pero ¿y si se cierra mal? ¿Si se cierra como la cerró Judas, no obstante haber sido llamado al apostolado y vivir con Jesucristo? Entonces de veras se podrá decir: «Más valdría no haber nacido» [cf. Mt 26,24]. Dice Tertuliano:[3] «Para evitar la pena de morir mal, bien merece someternos a la pena que comporta evitar el pecado y hacer las mortificaciones necesarias para ello».

En general, quien ha vivido bien, no puede morir mal. Si una persona ha hecho, por ejemplo, durante diez años 52 buenas confesiones, al final de los diez tendrá 520 confesiones bien hechas. Pero ¿y quien las hubiera descuidado? Es verdad que siempre se puede obtener el perdón de los pecados cometidos, pero nunca podrá tenerse un bien no cumplido. Quien ha com-

---

[1] Meditación dictada el miércoles 6 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «A las 6,30 dicta la meditación para el primer miércoles del mes, dedicado a san José... Habla de la puntualidad a los horarios y de la vida común... Tras la meditación, se queda aún en la Cripta para la misa cantada por el superior P. Tito Armani, que festeja su onomástico».

[2] «Mi mayor penitencia es la vida común»: célebre máxima de san Juan Berchmans, clérigo jesuita (1599-1621).

[3] Tertuliano (hacia 160-220), apologista cristiano de Cartago.

batido el mal (¡y cuántas batallas se combaten en el corazón, desconocidas a todos!), quien ha buscado a Dios, cuando se presente a su tribunal no será rechazado, sino acogido por Jesús con rostro benigno e introducido en el gozo eterno.

San José terminó su vida en los brazos de Jesús y de María. Cierto, la separación habrá sido dolorosa (Jesús lloró ante la tumba de Lázaro *«Amicus nóster»* [4]). ¡Pero qué consolador habrá sido ver la serenidad, la paz de los justos en el rostro de san José, que había correspondido plenamente a su vocación!

Concédanos el Señor tener una santa muerte, y conceda esta gracia a todos los nuestros, a todos los Cooperadores y lectores de nuestras publicaciones.

¿Nos aseguramos nosotros, con una buena vida, la gracia de una santa muerte? ¿Nos preparamos a la muerte? ¿Pedimos, con la gracia de una santa muerte, la de una santa vida?

Ninguna garantía de morir bien es más segura que ésta: ser buenos religiosos. El buen religioso está seguro de morir bien. San José fue religioso perfecto: obedientísimo, purísimo, pobrísimo, a ejemplo de María.

[4] Cf. Jn 11,1-35: «Nuestro amigo Lázaro...».

LOS ÁNGELES CUSTODIOS [1]

Hemos rezado la coronita a los ángeles custodios,[2] y luego hemos cantado la antífona [3] con el *Magníficat.*

La primera intención de esta jornada, dedicada a los ángeles, es *por la pureza,* para que ellos, que son puros espíritus y no están sometidos a dificultades como el hombre, nos hagan tan puros que merezcamos entrar acompañándoles en el cielo.

La segunda intención es para recordar *la ayuda del ángel custodio* en todas las necesidades espirituales y materiales, pues él nos ha sido puesto a nuestro lado desde la cuna y nos acompañará hasta la entrada al premio eterno.

Cuando Dios creó los ángeles, en el cielo hubo una batalla entre los rebeldes y los que se sometieron al Señor [cf. Ap 12,7-12]: «¿Quién como Dios?», ¿quién puede compararse a él? Después de la batalla, san Miguel fue elegido jefe de los ángeles custodios. Pero la batalla no acabó: desde el cielo se ha trasladado a la tierra. El ángel malo, bajo forma de serpiente, tentó a nuestros progenitores [cf. Gén 3,1-7]. Y cuando Jesús se preparaba a empezar su ministerio, le lanzó tres tentaciones [cf. Mt 4,1-11].

El diablo no tiene respeto a nadie, ni a un alma santa, ni al propio Jesús –por eso san Pedro advierte: *«Vuestro enemigo ronda buscando a quien devorar»* (1Pe 5,8)– y tampoco respeta a un hombre santo; incluso en la iglesia lanza tentaciones y trae a la mente pensamientos contra la piedad.

San Pablo dice: *«Nuestra lucha no es contra hombres..., sino contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal»* (cf. Ef 6,12).

---

[1] Meditación dictada el jueves 7 de febrero de 1952.

[2] Alude a la coronita de san Alfonso que se rezaba entonces (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, ed. 1952, pp. 73-75), antes que el P. Alberione escribiera la propia (cf. *Las Oraciones de la Familia Paulina*, ed. 1971, pp. 115-118; ed. 1985, pp. 133-136; ed. esp. 1993, pp. 149-153). La fecha de su redacción la precisa el *"Diario"* de A. Speciale: 6-7 de marzo de 1953. En la presente meditación se anticipan ya los temas que se desarrollarán en dicha coronita bajo forma de oración.

[3] Antífona *«Sancti Ángeli...»* (cf. *Las Oraciones...* o.c., ed. 1985, p. 136; ed. esp. 1993, pág. 153 da otro texto).

La lucha se ha trasladado a la tierra y el Dios-Hombre ha puesto a nuestro lado un ángel que debe defendernos. Los ángeles custodios nos defienden de las tentaciones | de Satanás, sugiriéndonos pensamientos santos, dándonos fuerza cuando el diablo nos tienta y ayudándonos en el cumplimiento de nuestros deberes. Satanás lanza tentaciones, pero los ángeles buenos las alejan, nos sostienen, nos guían. Dios, en su bondad infinita, nos ha confiado a un ángel bueno.

RSp p. 19

Tenemos que invocar al ángel por la mañana, para que nos acompañe durante la jornada; por la noche, para que extienda sus alas sobre nosotros; invocarle cuando nos preparamos a la comunión, para que nos sugiera pensamientos y afectos santos, para poder adorar a Dios como ellos lo hacen en el paraíso, y alimentarnos del mismo manjar celeste del que se nutren ellos.

Hemos de rezar a los ángeles, pedir su ayuda. En clase, el maestro [4] invoque a los ángeles de los alumnos y éstos al ángel del maestro. El que escribe, invoque al ángel custodio; invoque al ángel custodio quien conduce un automóvil, para que no sucedan desgracias. Se debe invocar al ángel custodio para que nos acompañe a la confesión y nos obtenga la gracia de acusarnos con sinceridad.

Dice san Bernardo [5] que el ángel Gabriel, quien anunció a María la encarnación del Verbo divino, era el ángel custodio de la Virgen.

Invoquemos al ángel de la anunciación, para que nos mantenga recogidos mientras rezamos los misterios gozosos. En los misterios dolorosos invoquemos al ángel que consoló a Jesús, para que venga junto a nosotros y nos dé gracia para meditar esos pasos de dolor. En los misterios gloriosos invoquemos al ángel de la resurrección, para que nos asista de cerca hasta la nuestra, nos escolte en el juicio y nos haga subir en su compañía al cielo.

Hay que invocar a los ángeles para que nos ayuden a usar bien los libros y todo el utillaje del estudio; y recordarnos de

---

[4] El enseñante, o profesor, siempre es llamado por el P. Alberione maestro, en referencia al Maestro divino.

[5] Bernardo de Claraval (1090-1153), francés; monje en Citeaux (Císter) y fundador del monasterio de Clairvaux (Claraval). Ejerció un gran influjo en la reforma eclesiástica. Son célebres sus sermones sobre la Virgen María. Canonizado en 1174, fue proclamado doctor de la Iglesia por Pío VIII.

que tenemos a nuestro lado al ángel para estar en clase de modo decoroso y humilde.

Hay que invocar a los ángeles custodios para que podamos entender bien el Evangelio; invocarles en las tentaciones; invocarles | para ser justos; invocarles para que podamos dar lo que debemos al Instituto, para ser precisos en los deberes de la vida religiosa. Hay que invocar a los ángeles custodios para la salud; invocarles para que nos hagan entender bien qué es el apostolado; invocarles en todas las necesidades particulares.

RSp p. 20

Cuando estamos en misa, invocar a los ángeles que asisten alrededor del altar. ¡Setecientas personas somos hoy en esta Cripta, y setecientos ángeles!

El día del juicio universal bajarán los ángeles divididos en dos grupos: a la izquierda, Satanás con sus secuaces, es decir los ángeles malos, que perdieron la guerra; a la derecha, los ángeles vencedores, y con ellos todos los buenos, los santos. Éstos serán invitados a tomar posesión del premio preparado para ellos desde el principio del mundo: *«Venid, benditos de mi Padre»* (Mt 25,34). A los malos se les dirá: *«Apartaos de mí, malditos, id al fuego perenne»* (Mt 25,41).

Pidamos, por medio de nuestro ángel custodio, las gracias que nos son necesarias. Pidamos al arcángel san Miguel por la Iglesia universal con la oración de León XIII: [6] *«Arcángel san Miguel, defiéndenos en la batalla, ven en nuestro socorro contra la malicia y las insidias del diablo; haz, te rogamos, que Dios ejerza sobre nosotros su imperio; y tú, príncipe de la milicia celeste, con el divino poder encadena en el infierno a Satanás y demás espíritus malignos, que para perdición de las almas recorren el mundo. Así sea».*

[6] León XIII (1810-1903), Vicente Joaquín de los condes Pecci, papa desde 1878. Conocido particularmente por la encíclica *Rerum Novarum* (1891) sobre la doctrina social de la Iglesia; dejó numerosas encíclicas de carácter mariano y en especial sobre el rosario.

RSp
p. 21

EL TRABAJO ESPIRITUAL [1]

La intención para hoy es esta: *Invocar al Espíritu Santo sobre nuestro trabajo espiritual,* para que ilumine, conceda la buena voluntad e infunda el fervor en nuestro corazón.

El trabajo espiritual está indicado en el evangelio y en la epístola de hoy. El Evangelio es el primer libro que hemos de tener en nuestras manos; después del Evangelio, el *Libro de las Oraciones,* después el misalito. Hay que pedir siempre al Señor el *«spíritum precum»,*[2] el aprender a rezar.

Evangelio del domingo de Septuagésima (Mt 20,1-16): *Los obreros de la viña.*

Esta parábola tiene muchas interpretaciones, pero vamos a tomarla en un sentido general y aplicarla a nuestro trabajo espiritual. Nuestra viña es el alma. Hay que trabajar esta viña. Y hay quien trabaja, comenzando desde la primera hora, o sea desde joven; otros comienzan más tarde; otros no hacen casi nada; a éstos se les podría preguntar: *«¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?»* [cf. Mt 20,6].

El trabajo de apostolado, y también el intelectual, se ve; pero ¿quién controla el trabajo espiritual? Es el trabajo de la corrección de los defectos, de la adquisición de las virtudes, del espíritu paulino.

¿Quién controla este trabajo? En primer lugar debemos controlarlo nosotros mismos, en los exámenes de conciencia, en las confesiones, en los retiros mensuales. Examinarse en la visita, por la noche, durante el día, según el consejo de los santos (y hasta de los paganos).

El trabajo espiritual lo notan también las demás personas, si no enseguida, al menos tras un poco de tiempo. ¿Y cómo se conoce? *«Ex frúctibus cognoscetis eos».*[3] Si aquella persona, después de cierto tiempo, se ha hecho más | delicada de conciencia, más obediente, más fervorosa, es señal de que ha trabajado; si

RSp
p. 22

---

[1] Meditación dictada el domingo 10 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «Domingo de Septuagésima. Celebra la santa misa a las 5 en la Cripta y luego se queda en oración oyendo otras dos misas. A las 6,30 dicta la meditación, que es transcrita por la Pía Discípula sor M. Celeste Falletti».

[2] Espíritu de oración. Del breve pontificio de León XIII *"Salutaris ille spíritus precum"* del 1° sept. de 1883.

[3] Mt 7,16: «Por sus frutos los conoceréis».

en cambio crecen los defectos y el campo se llena de hierbajos y ortigas, entonces hay que decir: esa persona no ha trabajado.

Es de modo especial el domingo el día más adecuado para nuestro trabajo espiritual. El domingo no es para el deporte, sino para el trabajo espiritual. ¡Hay que santificar el domingo!

Se dirá: "Esto requiere sacrificio, abnegación". Cierto, pero debemos pensar en las palabras de san Pablo: «¿No sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la carrera, pero uno solo se lleva el premio? Ellos lo hacen para ganar una corona que se marchita, nosotros una que no se marchita. Pues yo corro de esa manera, no dando golpes al aire; nada de eso, mis directos van a mi cuerpo y lo obligo a que me sirva, no sea que después de predicar a otros me descalifiquen a mí» (1Cor 9,24-27).

Particularmente nos damos cuenta del trabajo espiritual en el examen de conciencia y en las confesiones, cuando hemos de ver si el trabajo de la última semana ha sido más intenso que el de la precedente.

Los buenos administradores tienen en cuenta incluso los céntimos y los registran justamente (¡sería grave no hacerlo!); y bien, en el asunto de nuestra alma, de nuestra santificación, de las ganancias eternas, ¿no anotamos nunca nada? ¿Nunca registramos nada? San Pablo advierte que tenemos un negocio, un asunto entre manos que supera todos los negocios y asuntos: es el negocio eterno, el asunto eterno, el interés eterno. Los ricachones de este mundo nada se llevarán con ellos, ni siquiera un hilo. En cambio, las obras buenas nos seguirán, y serán para nosotros un honor en el juicio.

Hagámonos algunas preguntas: ¿Yo trabajo espiritualmente? ¿Voy corrigiéndome y mejorando? En el estudio, en la piedad, en la vida de apostolado, ¿soy sensato? ¿Guío bien mi alma? Todos debemos ser artistas de nuestra alma, y guiarla bien, sin ir a darnos contra el parachoques de los otros automóviles.

¿Hago bien los exámenes de conciencia, | las confesiones, comparando una semana con otra? ¿Tengo el libro espiritual de anotaciones concernientes al trabajo externo e interno? ¿Cómo hago mis confesiones? ¿Controlo los defectos acusados en la última confesión con los acusados en la precedente? RSp p. 23

Invoquemos al Espíritu Santo con el canto *«Veni, creátor Spíritus»*, pues el trabajo espiritual es, más que ningún otro, fruto de la gracia.

EL PARAÍSO [1]

La presente meditación tiene la finalidad de reavivar nuestra fe en el paraíso, nuestra esperanza del paraíso, el deseo de trabajar constantemente por el paraíso.

Hoy, fiesta de la Inmaculada de Lourdes, la Iglesia nos recuerda cómo la santísima Virgen María bajó del paraíso a la tierra para invitar a los hombres a penitencia.

Ella es la Madre bajada del cielo en medio de sus hijos. Tenemos que recordar el paraíso, donde esta nuestra Madre nos aguarda. Todas sus misericordias miran a este fin: nuestra salvación eterna.

De mañanita todos nos reunimos aquí para pedir una gracia que incluye cualquiera otra: ir todos al paraíso. Pidamos también esta: la santidad, pues debemos merecer un paraíso especial.

El pensamiento del paraíso disuelve cualquier dificultad: "Pero tengo esto, tengo aquello", decimos a veces; hay esta o aquella dificultad. Respondamos: "¡Pero está también el paraíso!". San Pablo nos amonesta: *«Cúrrite ut comprehendatis!»* (1Cor 9,24).[2] ¡Ánimo! Camina bien, de modo que alcances el
RSp p. 24 paraíso. Los que juegan, | hacen sacrificios para obtener una corona corruptible, ¿los hacemos nosotros para una incorruptible? [cf. 1Cor 9,24-25]. ¡Paraíso! Premio que satisface al hombre entero, a todas sus facultades y que dura eternamente.

¿De qué le sirve al hombre ser un gran científico, satisfacer todos sus deseos, ser estimado, si luego pierde el paraíso? [cf. Mc 8,36]. Para quienes se condenan, acaban los goces con la muerte; mientras que para los santos, con la muerte empieza todo.

El religioso que ha empleado toda su vida en el apostolado, que la ha ofrecido en unión al sacrificio de Jesucristo, tras haber recibido la indulgencia plenaria, oirá que Jesucristo le repite: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

Pero el religioso debe tener un paraíso más hermoso, porque ha debido conseguir una santidad especial. A esto hemos

---

[1] Meditación dictada el lunes 11 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «...a la hora establecida dicta la meditación a toda la comunidad, no obstante la escasa voz».

[2] «Corred así, para ganar».

de mirar, a la santidad, a la perfección; para esto hemos venido aquí.

Estamos aquí como acordonados en un recinto, en el que hay como un jardín, donde tienen que florecer azucenas, violetas, rosas de caridad. ¡Que el pecado no entre en este recinto y nunca salgamos de él sino para cumplir nuestros deberes!

Y aquí, en el centro, está la fuente de la gracia para regar todos los parterres del jardín. ¡Que haya pureza, santidad, inocencia!

¿No habéis oído nunca el deseo de san Pablo: *«Cupio dissolvi et esse cum Christo»*?[3] ¡Ánimo!, levantad cada mañana la mirada al cielo. Allá arriba los santos nos aguardan, y desde allí los ángeles nos estimulan.

Es verdad que la senda que lleva al paraíso es estrecha; pero es la que conduce a la vida [cf. Mt 7,14]. Cuanto más trabajo y más fatiga hagamos en la lucha contra nosotros mismos, tanto mayor será el premio.

No son necios los religiosos, no son tontos, sino personas sensatas y entendidas.[4]

Grábese bien en nosotros, en nuestras almas, la gran verdad: la vida eterna. ¡Creo en la vida eterna, espero la vida eterna! RSp p. 25

Así pues, ¡al trabajo, al estudio, al apostolado, a la observancia de la pobreza, al trabajo interior, alegrándonos con el pensamiento del paraíso![5]

---

[3] Flp 1,23: «Deseo morirme y estar con Cristo».

[4] Al respecto, cf. *UPS*, o.c., I, 55; 516-517.

[5] El *"Diario"*, redactado por el P. A. Speciale, trae esta conclusión: «Después del pensamiento a Jesús Maestro, a la Reina de los Apóstoles, a san Pablo apóstol, nuestro pensamiento dominante debe ser el del paraíso. Decimos en el credo: "Creo en la vida eterna". ¿Creemos de veras? ¿Estamos convencidos de que Dios nos aguarda en el paraíso? Cuando muere un religioso o una religiosa que en su vida han observado bien las Constituciones, ¿cómo no pensar que han merecido un hermoso paraíso? ¡Dios es fiel!».

EL APOSTOLADO [1]

La intención de la meditación de hoy es esta: obtener de Jesús Maestro *una mayor inteligencia para el apostolado,* un deseo ardiente de ayudar a las almas a salvarse y por tanto una dedicación generosa al apostolado del sufrimiento, de la oración, de la edición.[2]

El segundo fin de nuestra Congregación [3] es dar a conocer la doctrina de Jesucristo con los medios más rápidos y eficaces: la prensa, el cine, la radio, etc. Un solo amor: Jesucristo, que vive en el sagrario; por tanto, servicio diligente al altar, oración abundante y fervorosa, que alimente el espíritu. De esta nutrición brota el apostolado de la edición. Ciertamente si san Pablo viviera ahora, usaría los medios más eficaces y más rápidos para llegar a todos, como en sus días, para llegar a todos, escribió catorce inmortales Cartas [4] inspiradas por el Espíritu Santo.

Jesús es el Apóstol del Padre. Él, tras haber pasado una noche en oración, escogió a los doce para hacerles partícipes de su apostolado [cf. Lc 6,12-13]. Luego eligió a los discípulos y les mandó por las ciudades para preparar los ánimos a recibir su palabra [cf. Lc 10,1]. Lo que entonces hizo Jesucristo, se repitió en los siglos, siguiendo su mandato: «*Id y | haced discípulos de todas las naciones,* bautizándolos para vincularlos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo y enseñadles a guardar todo lo que os mandé: mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin de esta edad» (Mt 28,20).

RSp
p. 26

---

[1] Meditación dictada el martes 12 de febrero de 1952.

[2] El *"Diario"* compendia el comienzo en estos términos: «La meditación de esta mañana tiene esta finalidad: obtener del divino Maestro la gracia de *mayor inteligencia en nuestro apostolado*. Apostolado de las Ediciones, que debe ser alimentado por la oración y por el servicio litúrgico».

[3] El "segundo fin", o fin apostólico, suponía como primero la "gloria de Dios" unida a la santificación de los miembros (cf. *Constituciones 1949*, art. 1).

[4] Sobre el número de las Cartas paulinas los biblistas de hoy tienen sus reservas, distinguiendo las de indudable atribución de las consideradas como de la "tradición paulina".

No crea el apóstol acabar su vida entre aplausos. *«Mirad que os envío como corderos entre lobos»* (Lc 10,3). Si uno desempeñase su apostolado en medio de aplausos, buscando la aprobación de los hombres, habría anulado e impedido el fruto de su palabra. Sólo por Jesucristo debe obrar el apóstol, llamado a difundir la divina palabra.

Santidad y apostolado: ¡oh, la divina vocación que tenemos! ¡Oh, la confusión de no saber aún ejercitar convenientemente nuestro apostolado! No es el trabajo lo que mancha las manos; ¡sólo el pecado las mancha! La cosa mejor es «arder e iluminar» [5] dice un santo Padre. San Pablo se preparó a su misión con el estudio y el apostolado; en Antioquía, entre los apóstoles y los fieles, se mantenía humilde, en el último puesto, silencioso, buscando únicamente la gloria de Dios. Se necesitó la palabra directa de Dios para ponerle sobre el candelero [cf. He 13,1-2]. Se requiere preparación al apostolado, con el estudio y la piedad sincera; todo debemos recabarlo del sagrario. Jesús escogió a sus apóstoles *«ut essent cum illo»,* para que estuvieran con él [Mc 3,14] y aprendieran a rezar y hacer como hacía él.

Esta meditación profunda, esta piedad honda, este estudio intenso son necesarios para una buena preparación al apostolado; si no, quien está vacío ¿qué dirá? «Demasiadas almas viven entumecidas», lamenta el Papa, y añade: «Es hora de dar otros pasos, es hora de sacudir este funesto letargo».[6]

Hay personas que tras meses y años de haber entrado en la

---

[5] La expresión sale en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, referida a profetas, a Juan Bautista y, en la liturgia, a varios santos. Es notable la cita y el comentario de una convertida, la doctora Pía Scandiani (1903-1951), que tomó esa expresión como programa de vida: «Contemplar a Dios. Sumergirse en él, trámite Jesucristo. Donar a los demás el Dios contemplado. Enamorar de él a los demás. *Arder e iluminar*. Estar en la escuela de Jesús, única Verdad, para dar a Jesús, única Verdad» (*Convertida del Hebraísmo*, Autobiografía, Ed. Pro Sanctitate, Roma 1979).

[6] Del *"Diario":* «[El Primer Maestro] termina la meditación leyéndonos algunas líneas del radiomensaje que el Papa dirigió el domingo pasado a los fieles. Se trata de una exhortación en la que Pío XII anhela una acción regeneradora y salvadora especialmente por parte de los hombres de buena voluntad. He aquí algunas palabras que subrayó: "Es necesario rehacer todo un mundo desde sus fundamentos, es necesario trasformarlo de salvaje en humano"».

San Pablo,[7] saben aún poquísimo. ¿Pero por qué no aprendéis? ¡Es hora de despertaros del sueño! [cf. Rom 13,11].

RSp p. 27 «Es necesario rehacer todo un mundo | desde sus fundamentos». Yo estoy persuadido de que no todos comprenden la gravedad de esta frase, pero muchos sí la comprenden. Sesenta millones de organizados estaban representados este otoño en el Congreso del Apostolado de los Laicos: éstos sí comprenden la urgencia y la gravedad de la obra que realizar.[8]

Si amáis a ese Jesús que habéis apenas recibido en vuestro corazón, escuchad su invitación: *«Proclamad la buena noticia a toda la humanidad»* [Mc 16,15].

¡Vocaciones! Rogad a María que suscite apóstoles que en todas partes prediquen a su Hijo. Se busca la verdad, la felicidad, y en cambio se ofrece a los hombres algo que se resuelve en tormento y desilusión.

¿Cómo se hace el apostolado? ¿Hay buena voluntad? ¿Hay esfuerzo por aprender? ¿Hay estima hacia quienes desempeñan el apostolado en la redacción, en la técnica o en la propaganda?

Nadie debe estar mirando. Quien está mirando, juzgando, ya es culpable. Quien no hace está fallando continuamente. Dios nos pedirá cuenta de cómo hemos hecho nuestro apostolado.

Preparémonos a presentarnos a él con gavillas abundantes de almas, y concluyamos con la oración: *«Para quien tiene sed de almas como Jesús»*.[9]

---

[7] Se entiende: en la Pía Sociedad de San Pablo.

[8] Sobre este tema el P. Alberione volverá con más insistencia en 1958, al exponer las finalidades de los institutos San Gabriel Arcángel y Virgen de la Anunciación (cf. *San Paolo*, mayo 1958).

[9] Cf. *Las Oraciones de la Familia Paulina*, en varias ediciones [it.: 1952, pp. 28-30; 1985, pp. 40-41] y formulaciones (Ofertorio paulino).

EL ESPÍRITU DE FE [1]

Pidamos esta mañana, por intercesión de san José, un aumento de fe, de esperanza, de caridad. De fe: es decir creer que el Señor ha establecido para nosotros una misión, con las ayudas y gracias necesarias. Fe que se demuestra con la vida práctica, haciendo como si todo dependiera de nosotros, y confiando en Dios, como si | todo dependiese de él. RSp p. 28

Fe que expresamos en el *"Pacto"* o *"Secreto del éxito"*, que forma parte de nuestras oraciones. Son ciertísimas estas expresiones: la fe es la raíz de toda santificación; el espíritu de fe es el principio de la santidad. De la fe [brotan] la esperanza, la caridad, las virtudes religiosas. De la fe, los frutos del apostolado.

Quien cree, verá a Dios, porque se salvará; quien cree, sabe que hay que ir al sagrario para tener la fuerza necesaria en el apostolado. Creed y veréis realizarse lo que fue anunciado. Cuando falta la fe, falta la raíz; y cuando en un árbol falta la raíz, muere. El Señor nos escucha a medida de la fe; y si uno tiene poca fe, es como quien teniendo poca tela, puede hacer sólo un pequeño vestido de muñeca o para un nene.

Debemos apoyarnos en la gracia de la vocación y del oficio. Cuando Dios da una vocación, una misión a un alma, le da también todas las gracias, los auxilios necesarios para desempeñar dicha misión.

Él no falla nunca. Podemos fallar nosotros, con nuestra inconstancia y debilidad en la fe, pero Dios no: él nunca falla.

Respecto a nosotros en concreto, tenemos también la prueba de los hechos: hemos llevado el Evangelio a más de 20 naciones; y eso, habiendo empezado de nada, incluso menos aún; porque un hombre, además de ser una nada, puede a la vez ser pecador. Hemos de perfeccionar las intenciones, las disposicio-

---

[1] Meditación dictada el miércoles 13 de febrero de 1952. – El *"Diario"* refiere la siguiente introducción: «Esta mañana pidamos al Señor *el aumento de la fe*. Isabel dijo a María: "¡Dichosa tú por haber creído que llegará a cumplirse lo que te han dicho de parte del Señor!" (Lc 1,45). Cuando en la vida espiritual falta la virtud de la fe, es como si a una planta le faltara la raíz: la planta no sólo no crece ya, sino que se seca. Hay que tener la fe del centurión del Evangelio... Fe humilde, sencilla».

nes, la confianza que se tuvo al principio, cuando se empezó esta misión, a la que el Primer Maestro no podía substraerse bajo pena de condenación.

Fe en Dios, no en nosotros, haciendo un "Pacto" con él. Así empieza el "Pacto" que se estipuló ante dos testigos: María Reina de los Apóstoles y san Pablo (se necesitan dos testigos cuando se hacen cosas de gran importancia): «Nosotros debemos llegar al grado de perfección | y gloria celeste a que nos has destinado y santamente ejercitar el apostolado de las ediciones. Pero nos vemos debilísimos, etc.». Es decir, confesamos sinceramente toda nuestra debilidad. Demasiadas veces atribuimos a nosotros, en vez de a Dios, lo que hacemos; demasiadas veces pedimos que se nos dé reconocimiento, mientras que éste corresponde sólo a Dios.

RSp p. 29

Con el Señor hacemos un verdadero "Pacto", decimos lo que queremos dar: «Buscar en todo, sólo y siempre tu gloria y el bien de las almas» (y la primera alma es la nuestra). Luego decimos lo que aguardamos de él: «Contamos con que de tu parte nos des un espíritu bueno, gracia, ciencia y los medios necesarios para hacer el bien»: eso es lo que esperamos de Dios.

Nuestra piedad no debe ser una piedad estéril, cumplida sólo para tramitar un deber que nos pesa: ha de ser una piedad que nos haga sentir de veras la necesidad de Dios; que nos haga llegar verdaderamente a una gran santidad.

Fe en el estudio, que nos dará mucho fruto. A menudo se truecan las cosas: nos apoyamos en nuestras dotes, nuestras cualidades, el espíritu del mundo, incluso en la educación. Uno trata de agradar, de complacer para hacerse querer por los demás... Pero eso es como si apoyáramos un candelero en el vacío.

«No dudamos de ti, pero tememos nuestra insuficiencia»: somos nosotros quienes podemos fallar; Dios no falla.

Hay que vivir según el espíritu del "Secreto del éxito", recitarlo cada mañana; en él nos apoyamos, pues es una buena base, firme, sobre la que se podrá construir. Se producirán obras vivas, porque en ellas está Cristo; no tendremos obras de vida insuficiente, iniciativas estériles, ineficaces, sino obras eficaces; no cadáveres que cargar, sino personas ágiles que *corren* para llegar a la meta, para obtener el premio [cf. Flp 3,14].

En el apostolado conviene decir frecuentes jaculatorias y, en las secciones donde se puede, rezar el rosario, especialmente los misterios que aluden al apostolado.[2]

[2] Conclusión según el *"Diario":* «Por la mañana, después de haber rezado una de las coronitas (divino Maestro, Reina de los Apóstoles, san Pablo, etc.), conviene recitar también el "Secreto del éxito". Propósito: competir a porfía para llegar antes a la iglesia, y tener tiempo para todo».

Sigue un interesante apunte de crónica: «[En la misma mañana el P.M.] tiene también tiempo de hacer una escapadita al Policlínico Humberto I, para visitar a la postulante Pastorcita enferma, llamada M. C. Reza con ella un avemaría; y luego la hace contar brevemente cómo ha visto al P. Giaccardo [difunto cuatro años atrás] y qué le ha dicho. Al final, antes de darle la bendición, le pregunta: "Y si Jesús permitiera que siguieras en cama, enferma, ¿qué dirías?"... Durante el viaje [de vuelta] alguien le pregunta si hay que prestar fe al hecho de que el P. Giaccardo se haya aparecido a la enferma y la haya curado. Él no dice enseguida que sí; pero admite que le haya hablado. Añade: "La curación está ordenada a la vocación"».

LA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO [1]

Pidamos a los ángeles custodios que nos obtengan esta gracia de Jesús eucarístico: saber adorarle como ellos le adoran. Los ángeles recogen en sus manos nuestras plegarias y las presentan al Señor junto a sus propias adoraciones, agradecimientos y súplicas inefables.

Nuestras visitas sean luz para nuestra mente, es decir ejercicio de fe, pues Jesús es Verdad; examen y propósitos, pues Jesús es Camino; oraciones y súplicas para obtener gracias, todas las gracias necesarias al espíritu, al estudio, al apostolado, a la pobreza, pues Jesús es Vida. Y luego el santo rosario, en el que pedimos las gracias necesarias por medio de María.

Es cierto que quien hace bien la visita, hará bien asimismo la meditación, la comunión, oirá bien la misa [2] y se nutrirá en su espíritu. Hay que dar el primer puesto a la visita, a la oración: nuestro primer fin es nuestra santificación. El bien viene de Dios: ¡metérselo bien en la cabeza! [3]

El medio más eficaz para encontrar buenas salidas en nuestras dificultades es siempre la oración. Puede suceder que se busque durante meses y meses una solución y no se logre encontrarla: ¡vete al sagrario! «No sé ya dónde meter la cabeza»,

---

[1] Meditación dictada el jueves 14 de febrero de 1952.

[2] Para comprender esta distinción entre la comunión y la misa (como si fueran realidades distintas) y el acostumbrado verbo *"oír"* la misa, debe recordarse que antes de la reforma litúrgica posconciliar, la celebración eucarística concedía una reducida participación activa de los fieles, y además éstos no siempre se acercaban a la comunión.

[3] Del *"Diario":* «El primer trabajo que aprender en nuestra Congregación, y en la Familia Paulina, es la oración. Es el medio de los medios. Con él se recaba el agua de la fuente, de la fuente de toda gracia... Cuando falta Dios, falta toda virtud: obediencia, pobreza, castidad, etc. Cuando está Dios, está todo... Ha habido algunos católicos que se han pasado a la parte protestante; y bien, leyendo un artículo escrito por un escritor protestante que decía: "La Iglesia Católica ha limpiado su jardín y ha tirado las malas hierbas en el nuestro", yo he pensado que las malas hierbas, para ese escritor, son quienes ya no rezan y que no son buenos ni en una parte ni en la otra».

decía una persona que se encontraba en muchas dificultades internas y externas. «Date de cabezadas en el sagrario». Otra persona no sabía cómo resolver una situación, pero no rezaba: pedía consejo a todos y no a Dios. Se encontró con uno que venía de la adoración y le preguntó qué le había dado a entender Dios mientras oraba, y le respondió: «Que se piden, tal vez, consejos y auxilios a todos | excepto a él. – Pero yo esto no lo entiendo». Respondió la otra persona: «¡Lo entiendo yo!». RSp p. 31

Cuando no hacemos bien la visita, no sentimos la necesidad de Dios, no sacamos provecho, ¿debemos por eso abandonarla? No, sino hacerla mejor.

Nuestro primer trabajo es la santificación, luego viene el apostolado. Pero todo ello, al ser sobrenatural, ha de venir de Dios. ¿Creemos quizás que baste nuestra inteligencia, nuestra salud, los consejos recibidos a derecha e izquierda (y no siempre de Dios)? No, no bastará todo esto. Se requiere la luz, la gracia que viene de Dios.

«¡Pero yo tengo tantas cosas que hacer!». Pero la primera que debes hacer es salvar el alma; se necesita, pues, la oración.

El abandono de la oración significa querer ir por nuestra cuenta; se dice prácticamente: «No necesito a Dios». ¿Y creemos que, yendo por nuestra cuenta, podremos hacer algo bueno?

Lo que toca a nuestra santificación y a nuestro apostolado, ¡viene de Dios, de Dios!

Así pues, esta mañana hagamos el propósito sobre la oración, y particularmente sobre la visita.

Una cosa es la oración del niño y otra la del adulto. Al llegar a una cierta edad, se siente más necesidad de Dios. Se comprende mejor cómo hay que rezar: nuestra oración tiene que ser más sensata.

Cuando la oración no es suficiente, o no se hace bien, entonces nos convertimos en menos caritativos, menos pacientes, menos obedientes..., porque falta Dios.

¿Rezamos suficientemente, en cuanto a tiempo? ¿Y rezamos suficientemente bien, con las debidas disposiciones de fe, humildad y perseverancia?

RSp
p. 32

NUESTRA VOCACIÓN [1]

Esta mañana agradecemos al Señor, con María, el don de la vocación a la vida religiosa. Después del bautismo, la vocación a la vida religiosa es la mayor de las gracias. María es la más perfecta religiosa: castísima, obedientísima, amantísima de la pobreza. Y después de ella, san José, perfecto religioso: castísimo, obedientísimo, amantísimo también él de la pobreza y del trabajo.

El Señor ha querido entre sus fidelísimos formarse una *elite*, es decir una selección de almas que estuviesen con él, le siguieran también por el camino de los consejos, para subir a los más altos grados de santidad, y consiguientemente a los mejores lugares en el paraíso. De veras el Señor, así como llama más cerca de sí en esta tierra, así llama más cerca de sí en el paraíso a las almas que quieren seguirle.

Hay que fijar la vista en ese puesto escogido que nos aguarda; tratar de acercarse cada vez más a los querubines, a los apóstoles Pedro y Pablo, a la Virgen, a Jesús: ¡que el corazón esté siempre allá arriba en un puesto muy distinguido!

Jesús, para formarse esta *elite* de almas, les habla en la intimidad, con la palabra y con el ejemplo, de la castidad, de la obediencia y de la pobreza: *«Si quieres ser un hombre logrado...»* [Mt 19,21]. ¡Esta es la *elite,* los perfectos! No es que lo seamos ya, pero queremos serlo, y nos esforzamos para ello.

Entre las varias formas de vida religiosa, está la nuestra, la paulina, que por una parte, es la búsqueda de una gran santidad, a la que nos invita nuestro Padre y protector san Pablo; y por otra, es el apostolado con los medios más eficaces y rápidos.

Si los demás Institutos deben actualizarse por consejo, nosotros debemos estar actualizados por mandato, para amoldarnos a las Constituciones, | para no dejarnos dominar por el entumecimiento espiritual, por la anemia del cristianismo, la indiferencia.
RSp
p. 33

Aquí se imprime el Evangelio, allí los santos Padres; en otra parte se imprimen vidas de santos, libros de cultura; es una ca-

[1] Meditación dictada el sábado 16 de febrero de 1952.

rrera a porfía de actividades: ¡adelante en esta línea! La fidelidad a las gracias de hoy nos asegura las gracias mayores de mañana. Los comienzos son siempre muy humildes; pero, si se corresponde, «*majora facient*».[2]

La puntualidad, la costumbre a la puntualidad, a la rapidez, [nos asocia] a María, ella que fue «a toda prisa» a visitar a santa Isabel [cf. Lc 1,39]. La piedad es ciertamente el gran medio para corresponder a nuestra vocación. ¡Nada de monotonía ni prolijidades, que son la tumba de la piedad, sino ser puntuales en comenzar y puntuales en acabar!

La devoción es la prontitud a cumplir en el servicio de Dios. Si no os establecéis bien en los pensamientos contenidos en el "Secreto del éxito", no tendréis frutos; y, en cambio, nosotros queremos recabar el mayor fruto en la piedad, en el estudio, en el apostolado, en la pobreza, porque nuestros apostolados son costosísimos.

Hay que rezar con recogimiento el *"Pacto"*.

Entre lo que hemos de valorar en nuestra vida está esto: tenemos muchas misas. Hemos de unirnos a todas, aunque debamos atender a otras cosas necesarias. Sí, hemos de unirnos a todas las misas celebradas por nuestros sacerdotes, en todas las naciones, y por los sacerdotes de todo el mundo.

---

[2] Cf. Jn 1,50: «Harán cosas más grandes», referido a los llamados por Jesús.

LA PALABRA DE DIOS [1]

Esta mañana pretendemos honrar y agradecer al Maestro divino, que nos ha traído del cielo su Evangelio. Honramos al divino Maestro también por haber | dejado a la Iglesia para continuar su misión, para difundir el Evangelio.

RSp p. 34

Démosle gracias asimismo porque entre nosotros la palabra de Dios es muy abundante y, por otra parte, preguntémonos si correspondemos a la gracia de esta abundancia de palabra de Dios entre nosotros.

(Canto del *Magníficat*).

Evangelio del domingo de Sexagésima: «En aquel tiempo, como se había juntado una gran multitud y en cada pueblo se iba añadiendo más gente, dijo (Jesús) en forma de parábola: "Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrar, algo cayó junto al camino, lo pisaron y los pájaros se lo comieron"...» [2] (Lc 8,4-18).

Hay cuatro clases de terreno en que cae la semilla divina.

RSp p. 35

El divino Sembrador lanza con abundancia la semilla divina, pero los hombres no siempre están dispuestos a recibirla; no siempre son sensatos como nos aconseja san Pablo que seamos. ¡Cuántos prescindirían de la meditación o de la lectura espiritual! Las almas orgullosas no sienten la necesidad de la palabra de Dios, están llenas de sí, Dios ya no les cabe.

Las almas áridas, que no rezan, pueden sentir por curiosidad una meditación, pero sin sacar fruto. La meditación bien hecha debe ser luz para la mente, alivio para la voluntad y oración para que la simiente nazca, crezca, dé buenos frutos.

El alma perezosa, indiferente, llena de vanidad y con todos los siete vicios capitales, no puede recibir bien la palabra de Dios y no puede hacerla fructificar.

Pero están finalmente las almas que reciben con buenas disposiciones la palabra de Dios; que piden luz para entenderla bien, fuerza para hacer serios propósitos y rezan para poder mantenerlos.

La jornada de hoy nos recuerda el fruto que san Pablo sacó de la palabra de Dios: el ciento por uno [cf. Lc 8,8]. De ahí el

---

[1] Meditación dictada el domingo 17 de febrero de 1952.

[2] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

oremus: «Oh Dios, que ves cómo no confiamos en ninguna acción nuestra, concédenos ser defendidos por la protección del Doctor de las gentes».

¿Hay en nosotros deseo de la palabra de Dios? ¿La escuchamos con fervor? ¿Hay en nosotros un corazón humilde y sediento de la verdad? Después de la meditación ¿recordamos los propósitos formulados? La abundancia de la palabra de Dios no nos lleve a la indiferencia y al descuido.

Leamos la epístola de la misa de hoy,[3] y recemos el "Secreto del éxito", para que nosotros, llamados a difundir el Evangelio, sepamos practicarlo y llevarlo a los demás.[4]

---

[3] Estaba tomada de 2Cor 11,19-33; 12,1-9.

[4] Del *"Diario"* sabemos que, por la tarde del mismo domingo, el P. Alberione animó una Hora de adoración y, enseguida después, partió en automóvil hacia Nápoles y Bari, con la Maestra Tecla y dos Hijas de San Pablo de conductoras. Viaje aventurado, por las malas condiciones climáticas y varios contratiempos, concluido a mediodía del 19. – Prosigue el *"Diario":* «Después de las oraciones de la noche, que se dicen en común, da a los presentes estos avisos: "Como sabéis, hoy empieza el mes de preparación a la fiesta de san José, y os invito a rezarle para obtener estas gracias: 1ª Por la Iglesia universal, para que venza a todos sus enemigos. 2ª Rezar cada día por quienes pasan de este mundo a la eternidad, para que san José les asista y acompañe al premio. 3ª Para que en cada Paulino y Paulina se incremente el espíritu de piedad, con una oración continua (a turno) en esta Cripta"».

RSp
p. 36

SANTIFICAR LA VIDA [1]

Tres gracias hemos de pedir hoy a san José:

Encomendamos a san José la Iglesia.

Encomendamos a san José los moribundos.

Encomendamos a san José nuestra piedad: que se dé en ella un fortalecimiento; que sea una piedad inteligente, viva, práctica, o sea que lleve al ejercicio de la virtud; que honre a Dios y nos conduzca a la santidad.

Gran cosa es por la mañana, tempranito, estar todos juntos aquí alrededor del altar, ofreciendo a Dios la Hostia santa.

La piedad tiende a hacerse algo mecánico, mientras que debe ser una cosa activa, hacernos obtener las luces necesarias a las ocupaciones, al apostolado.

Luego hay que ir con fervor a los varios deberes. Y entonces ¡cómo bendecirá Dios los estudios, las ocupaciones, las familias, las casas! Será Jesús quien pasará haciendo el bien y sanando todas las enfermedades espirituales.

Hoy vamos a dar gracias al Señor, de modo especial, por el don de la vida, proponiéndonos hacerlo así cada día y santificar la vida. Pero no sólo querer santificar la vida, así genéricamente, sino santificar *esta* jornada, *esta* semana; y santificar la lengua, la mente, el corazón, el tiempo.

Agradecemos a Dios que nos ha creado y nos ha dado la inteligencia, la palabra, la vista. Agradecemos a Dios que nos ha creado para la santidad: *«ut essemus sancti»*.[2] Le agradecemos por habernos creado para la felicidad de que goza él mismo.

Nos aguarda el paraíso, estamos destinados al cielo. ¿Podía Dios darnos un fin más elevado, más noble, más santo?

RSp
p. 37

¡Oh, el Padre celeste, cuánto nos ama! ¿Lo pensamos? ¿Se lo agradecemos? ¡Oh, el don inefable de la vida! ¡Oh, el don inefable del tiempo! ¡Qué gran cosa es pasar cierto tiempo a servicio de Dios, preparando nuestra corona [de gloria]! Pero nuestra vida tiene que ser fructuosa; deben ser fructuosas nuestras jornadas. Estamos aquí sólo para esto, para la gloria de

---

[1] Meditación dictada el miércoles 20 de febrero de 1952.

[2] Ef 1,4: «Para que estuviéramos consagrados».

Dios, para el paraíso, donde los goces serán muy diversos de los terrenos. Jesús despreció estos goces [terrenos]; le bastó una gruta y un pesebre; le bastó predicar el Evangelio; le bastó una cruz para morir en ella.

La vida es preciosa: ¡hay que aprovecharla al máximo! Lamentarse de esto o de lo otro, significa no entender nada, no comprender que lo que cuenta es la virtud, la privación, el sacrificio. Dios, providente, piensa darnos las ocasiones de mérito, las ocasiones para ofrecerle sacrificios, para practicar la virtud y adquirir el paraíso: ¡aprovechémonos!

¡Es hermosa la vida consumida por Dios y por las almas! ¡Hermosa la vida transcurrida en la inocencia! En cambio, cuando todo se mancha, cuando se descuida la pobreza y se abandona la piedad, ¡no se sabe dónde y cómo irá uno a parar!

Una vida de inocencia, una vida de piedad, una vida de unión con Dios, una vida de apostolado: ¡así debe ser nuestra vida! Se ha organizado una fiesta a una religiosa que había bautizado a mil personas; debería hacerse también una fiesta a la religiosa que hubiera distribuido un millón de evangelios.

¿Cómo empleó san José su vida? Fue toda para Dios, para Jesús, de quien era padre putativo. Debemos imitar a san José en su vida de servicio sereno al Señor, de conformidad plena a su voluntad.

¡Hay que emplear bien la vida! Algunos, de la vida, tienen una fantasía extraña. Miremos las cosas en su realidad, la vida es para el paraíso. Puede preverse a qué punto de santidad llegará un alma y si hará bien | al mundo. Pensemos en santa Teresita.[3] Se hace el bien en cuanto se «toma de Dios», de Jesús, Camino, Verdad y Vida. RSp p. 38

Quien descuida la piedad, no hace el propio interés; se ocasiona daño cada día, como un mal comerciante (como quien compra la docena de huevos a 100 y la vende a 90). Y, yendo más a lo concreto, hay que cuidar la visita, hacerla con tiempo, asegurarla, pues no se sabe lo que sucederá en la jornada. Pero

[3] Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz (Teresa Martín, 1873-1897): monja carmelita en el monasterio francés de Lisieux, autora de *Historia de un alma*. Canonizada en 1925; declarada doctora de la Iglesia en 1997, es patrona universal de las Misiones católicas.

que sea no sólo una visita de cumplimiento, sino una visita viva, sentida. Debe leerse bien el Evangelio en la vida.

Hay una cosa que este año tenemos que lograr todos, a saber: hacer en casa todo el trabajo posible en la técnica y en la redacción. Demasiado fácilmente se recurre a otros. El Señor da para ello las gracias al Instituto con miembros inteligentes, que tienen ya tanta experiencia, han estudiado mucho, tienen tanta generosidad...

¡Nos estimamos demasiado poco! ¡Aunque somos bastante soberbios! No estimamos nuestros estudios, nuestros trabajos, nuestro apostolado. ¡Hay que utilizar los medios que tenemos!

¿Se está dando, en este campo, un paso adelante? ¡He celebrado ya para esto muchas misas! No puedo bajar a detalles, pero en estas propuestas cada uno entienda lo que quiero decir, y se lo aplique.

Vamos a rezar el “Pacto” para interesar cada vez más al Señor.

EL INFIERNO [1]

¡Hay que fortalecer la piedad! Y en esto entra también la selección de los cantos, entonando los que están repletos de verdad, de espíritu, de sentimiento religioso, es decir los que expresan nuestra fe, nuestra voluntad de servir fielmente a Dios, y nuestro amor a él.

Cantemos cosas hermosas, llenas de sentido, de devoción, | de modo que resulten bien las funciones, y no se saquen a colación cantos extraños.[2] La Familia Paulina debe también ser maestra de «piedad». RSp p. 39

Consideremos ahora lo que vendrá después de la muerte, los tres estados en que podrá encontrarse el alma. Conviene a este respecto leer las descripciones de las penas del infierno que hace santa Teresa en sus *Obras,* muy bien traducidas.[3]

Si se considerasen estos sufrimientos, y los del purgatorio, ¡ah, con qué atención se evitaría el pecado! ¡Ánimo, hijos, que nos aguarda el premio eterno!

Al haceros religiosos, no aspiráis a una vida de ocio, de placeres, de honores, sino a la vida eterna, al paraíso. Hemos de orientarnos siempre más hacia el cielo, la meta a que debemos tender, y liberarnos de cuanto nos impide el camino. ¿Es que, cuando se hace un viaje, uno se carga de equipaje inútil? Tomamos sólo todo lo que puede hacernos más seguro el trayecto. Viajaremos en un "cuatrimotor", es decir: Eucaristía, María, Vida religiosa atenta, Apostolado; el [vehículo] más amplio que pueda imaginarse.[4] Así se tiene la seguridad de hacer un buen viaje y de llegar a la meta.

---

[1] Meditación dictada el jueves 21 de febrero de 1952.

[2] Este es el juicio al respecto registrado en el *"Diario":* «No salir, cada tanto, con himnos y cantos nuevos que en vez de fomentar la piedad causan distracción. Hace unos años se tuvo la triste ocurrencia de reunir en un libro (¿"Lauda Síon"?) estos cantos; pero si a alguien le viniera aún la idea de reimprimirlo, yo le diría que más bien lo quemara». No menos drásticas, en este campo, fueron algunas intervenciones, como cuando, la tarde del 20 de marzo de 1952 y en noviembre de 1954 (en el Santuario, la víspera de la Dedicación), el P. Alberione se levantó del banco y subió al presbiterio para imponer la interrupción de unos cantos, nada más entonados, considerados inapropiados a la circunstancia, y hacerlos sustituir con cantos "nuestros".

[3] Las obras de santa Teresa de Ávila (Teresa de Cepeda y Ahumada, 1515-1582) –*El Libro de mi Vida, El Castillo interior, Camino de perfección, Fundaciones*, etc.– fueron traducidas en italiano por la Maestra Nazarena Morando FSP (1904-1984) y publicadas en la colección "Maestros espirituales".

[4] Es original esta metáfora aeronáutica, usada aquí quizás por primera

Conviene considerar a menudo la parábola del rico epulón y de Lázaro [cf. Lc 16,19-31]. ¡Qué contraste entre ambos! ¿Pero fue siempre así? No, en la otra vida hubo justicia, y el rico epulón tuvo que pedir un poco de alivio a Lázaro, sin poder recibirlo. Un abismo se había abierto entre los dos. Y tampoco pudo obtener, el rico epulón, que Lázaro fuese a regañar a sus hermanos. «Tienen a Moisés y a los Profetas, que los escuchen» (Lc 16,29).

Estemos con el Evangelio. No vayamos buscando teorías nuevas, bajo el pretexto de la modernidad (¡son modernas como Adán y Eva, que ya probaron la gula; como Caín, que era ya envidioso!). Los vicios capitales son siempre de gran actualidad, aunque se remontan a la más lejana antigüedad.

Nos toca *ordenarnos,* saber vivir: *«age quod agis»,*[5] *«attende tibi»;*[6] mira bien lo que haces.

RSp p. 40 A medida que se va adelante, hay que adquirir el espíritu de libertad frente a la gula, la pereza, el orgullo. Aspiremos a la libertad de los hijos de Dios. Si no sabemos regularnos en cuanto a comida y descanso, nunca seremos "libres" con auténtica libertad. Cuando uno sabe regularse en la comida y el descanso, adquiere salud (el exceso de alimento y de reposo no ayuda a la salud, la perjudica). ¡Cuántos se debilitan por no saber regularse!

Hay que adquirir energía, dominio de sí, agilidad en todo. Cuando se ve a los jugadores, piénsese lo que dice san Pablo [cf. 1Cor 9,24-27].

¡Agilidad y energía!, para vivir de veras como hombres, como cristianos, como religiosos; para de veras santificarnos; para gozar de mayores consolaciones divinas; para dar mayor gloria a Dios; para tener mejor salud y ligereza; para dar más buen ejemplo; para llevar una vida más serena; para vencer más fácilmente cualquier mala tendencia; para emplear mejor a gloria de Dios todas las fuerzas.[7]

---

vez. Pero no resulta inesperada, por parte de un hombre que había hecho ya el periplo del planeta, a bordo de los "Superconstellation" de Air France y de la TWA (cf. "Por vía aérea, contactos con los cinco continentes", en *Carissimi in San Paolo,* pp. 1007-1048).

[5] «Haz bien lo que haces»: proverbio latino.

[6] «Preocúpate de ti»: advertencia frecuente en la Biblia: cf. Tob 4,13; Si 29,27; 1Tim 4,16.

[7] Del *"Diario":* «Al final de la meditación hizo rezar la oración ofertorial: "Señor, te ofrezco con todos lo sacerdotes, etc." y después mandó entonar un canto apropiado, indicando él mismo la página».

PASAR BIEN LA JORNADA [1]

«Todo de Dios y todo para Dios; sin Dios, nada». Para pasar bien la jornada, es necesario evitar el pecado a cualquier costo. El diablo no ha de entrar en nuestra casa, pues no paga pensión, no tiene los requisitos exigidos; no tiene vocación: ¡echémosle!

Veamos el modo de pasar la jornada. Para ello es preciso:

1. *Que todas las obras se hagan en gracia de Dios.* Si no hay esta gracia, no hay mérito; seríamos como un árbol seco. Para dar frutos, el árbol debe estar vivo, estar plantado junto al curso | de agua, o al menos tener nutrición suficiente. Pensando RSp
en la tierra quemada, tras la guerra, alrededor de Cassino,[2] te- p. 41
nemos el símbolo de un alma separada de Dios. Hay que vivir siempre en gracia, llevar siempre a Jesús con nosotros, y entonces daremos los frutos de Jesús: «El que sigue conmigo... ese produce mucho fruto» [cf. Jn 15,5].

2. *Que todo se haga en obediencia.* Es la que nos debe guiar, la que nos comunica la voluntad de Dios y nos mantiene en ella. Debemos ayudar a los superiores para que conozcan la voluntad de Dios. Cumplir el deber en obediencia es un acto de adoración muy superior a la genuflexión; es el ofrecimiento de nuestra mente, de nuestra voluntad, de nuestro corazón a Dios.

3. *Que haya recta intención.* Nunca la ambición, pues queremos la voluntad de Dios, queremos el paraíso. Nuestra alma anhela a Dios, el Dios que nos nutre de sí en la comunión. A él debemos aspirar, a él ofrecérselo todo, según las mismas intenciones que tiene Jesús, sustituyendo nuestras cosas imperfectas con sus intenciones santísimas por las que se inmola renovadamente cada día en nuestros altares.

---

[1] Meditación dictada el viernes 22 de febrero de 1952. – Es notable el comienzo, según el *"Diario":* «Insisto aún en el canto y en la puntualidad, especialmente la puntualidad al horario de la oración en la iglesia. Hay dos medios que facilitan y acompañan nuestro deber. En el canto nos acompaña el órgano para cantar bien y unidos, haciendo competencia a los ángeles. Para la puntualidad nos guía al deber el reloj».

[2] Cassino, ciudad del Lazio en la provincia de Frosinone, en cuyo territorio se desencadenó una larga batalla (de noviembre de 1943 a mayo de 1944) con duros bombardeos anglo-americanos que destruyeron también la abadía de Montecassino.

4. *Que las cosas se hagan bien,* es decir con prontitud. Cuando hay que ir al estudio o al apostolado, no se pierda tiempo, dando vueltas por aquí y allá. Prestos al altar, prestos al trabajo. Vida común en la iglesia, en el estudio, en el apostolado, en el comedor, doquier. *«Pœnitentia mea máxima vita communis»*.[3] hay que hacer las cosas bien: estudiar bien; realizar bien el apostolado, sea el que fuere; hacer bien la limpieza; hacer con diligencia cada cosa, prestar atención en clase; y, cuando se está en la iglesia, se está en la iglesia, siendo educados con Dios: entrar, por tanto, en la iglesia con alma purificada, con el hábito en orden; y estar luego de modo conveniente. Ciertas maneras de comportarse indican poca fe, mientras otras maneras indican mucha fe.

RSp p. 42 Examen de conciencia: ¿Tenemos recta intención? | ¿Estamos en la obediencia? ¿Cumplimos las cosas con toda la perfección que nos es posible?

Recemos la oración: «Querida y tierna Madre, María...».

[3] «Mi máxima penitencia es la vida común». Famoso dicho de san Juan Berchmans, clérigo jesuita (1599-1621).

EL SANTO ROSARIO [1]

Para llegar a la santidad a que estamos llamados y cumplir bien nuestro apostolado, nos es necesaria la piedad, como nos es necesario el estudio, como nos es necesario alimentarnos y descansar en medida adecuada. Así es para cada uno de nosotros, y así es para el Instituto en su conjunto. Si hay suficiente piedad, habrá bendiciones del Señor en el estudio y en el apostolado; habrá una administración recta y regular, y el Señor no dejará faltar a los apóstoles el pan necesario; él, que provee a los pájaros, se cuidará de sus hijos amadísimos [cf. Mt 6,26].

La devoción a la Virgen en nuestra piedad ha de ocupar un puesto particular. Esta devoción tiene manifestaciones especiales. Ciertamente ninguno de vosotros olvidará las tres avemarías por la mañana y por la noche. Ninguno se olvidará de consagrar a la Virgen el sábado, el mes de octubre y el mes de mayo.

Esta mañana vamos a hablar del Rosario, del que tanto han escrito y dicho los sumos Pontífices, interpretando los deseos de Jesucristo y de la Virgen. En Lourdes y en Fátima, María ha exhortado al rezo del rosario.

La devoción al rosario es devoción fácil, eficaz, adecuada a todos los tiempos, lugares y personas. Hay que implorar la gracia de saber rezar bien el rosario, de saber meditar bien los misterios, de pedir en cada uno de ellos una gracia particular.

Cada misterio nos | propone una enseñanza que sacar, una virtud que practicar, una gracia que pedir, tal como se enuncian los misterios en el *Libro de las Oraciones*.[2] A medida que uno crece en la devoción, encuentra muchos otros modos para meditar los misterios, según las disposiciones, inclinaciones y necesidades propias, además de los puntos de meditación señalados en el citado *Libro de las Oraciones*.

RSp p. 43

---

[1] Meditación dictada el sábado 23 de febrero de 1952.

[2] Alude obviamente al manualito *Las Oraciones de la Familia Paulina* (o bien *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, ed. 1952; ed. esp. 1993, p. 95-102). En él, a cada enunciación del misterio sigue una serie de puntos de meditación: *Jesús en el rosario, María en el rosario, Fruto, Intención, Palabras, Eucaristía, Amor puro.*

Es preciso que el rezo del rosario no sea monótono, sino inteligente. Quienes aman a la Virgen intensamente y comprenden la bondad y eficacia de la devoción a ella, llegan pronto a la práctica del rosario entero.

Conviene llenar los vacíos del día con misterios del rosario.

Si se reza bien el rosario, tendremos a lo largo de nuestra vida, las gracias necesarias para nosotros y para nuestro apostolado. Y cuando hayamos de emprender iniciativas o hacer algún sacrificio, tendremos a la Madre con nosotros. ¿Entendemos qué significa tener, ayudándonos, una tal Madre?

En el momento de la muerte, la Virgen, tantas veces invocada, vendrá a asistirnos; hará con nosotros como hizo con Jesús: cuando supo que había sido condenado a muerte, corrió a su encuentro para asistirle. Y será dulce reponer nuestro espíritu en las manos de María.

Propósito sobre el rosario: rezarlo, rezarlo abundantemente, rezarlo bien, con fruto.[3]

---

[3] En el *"Diario"*, la meditación queda sintetizada así: «Para ser bendecidos por Dios en el estudio, apostolado, educación, pobreza, etc., es preciso tener una piedad justa y atinada. Y bien, con una devoción tierna y filial a María Sma. iremos adelante bien en todo. Por María se va a Jesús, como Jesús vino a nosotros por medio de María. – En 1916 quise contar todas las encíclicas y artículos que los Papas han escrito sobre el rosario de la Virgen; me salieron unas cuarenta. – Hagamos el examen de conciencia y escrutémonos para ver si conocemos bien a María, si la imitamos, si la damos a conocer. ¿Cuántos libros y artículos hemos leído sobre ella? ¡Han salido tantos! Preguntémonos si rezamos cada día el santo rosario, si meditamos los misterios (¡y cada uno de ellos nos lleva a meditar sobre tantas cosas de nuestra vida!) y si el rosario lo rezamos entero. – Si rezamos el rosario entero cada día, recibiremos muchas gracias. Serán 150 "avemarías" y en cada una recordaremos a la Virgen que ruegue por nosotros "ahora y en la hora de nuestra muerte"; y entonces ¿cómo podrá la Virgen abandonarnos?».

LA REPARACIÓN [1]

Evangelio del domingo de Quincuagésima: «Jesús se llevó consigo a los Doce y les dijo: "Vamos a subir a Jerusalén y va a cumplirse todo lo que escribieron los profetas acerca del Hombre | Le entregarán a los paganos,[2] se burlarán de él, le insultarán, le escupirán; después de azotarle, le matarán, pero al tercer día resucitará". Ellos no entendieron nada de este lenguaje...». Sigue el relato de la curación de un ciego cerca de Jericó (cf. Lc 18,31-43). RSp p. 44

Los apóstoles no entendieron..., el sentido de las palabras de Jesús les estaba escondido... A menudo somos como los apóstoles. Se necesita mucha luz y gracia; pero también un corazón abierto y buena voluntad para entender y hacer lo que el Señor desea.

Hoy, último domingo de carnaval, en muchas parroquias suele hacerse la jornada reparadora. Nuestra reparación debe entonarse a nuestro espíritu: reparar los pecados que se cometen con la mala prensa, el cine inmoral, la radio mala.

Estos pecados son los más numerosos. Algunos diarios tiran hasta 6 ó 7 millones de ejemplares. ¿Y cuántos son los espectadores del cine y del cine inmoral? ¿Y cuántas son las transmisiones no buenas?

Estos pecados son los más graves, van directamente contra Jesucristo: cátedra contra cátedra. Y son los pecados de | consecuencias más dañinas. ¿Quién podría decir el mal que se deriva de estos pecados? El espíritu del mal se sirve de todas las invenciones modernas para difundir lo que es contrario a la doctrina católica, lo que es contrario a la moral católica y al culto católico. RSp p. 45

Hemos de reparar:

1° con la diligencia en el apostolado;

2° con funciones hermosas, devotas;

---

[1] Meditación dictada el domingo 24 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «[El Primer Maestro] celebra la santa misa en la Cripta una media hora más tarde, para permitir a algunas Pías Discípulas descansar y poder participar». Por la tarde del mismo domingo guiará una Hora de adoración.

[2] "*Paganos"* o *"gentiles":* latinismo por "lejanos", pertenecientes a las gentes diversas del hebraísmo.

3° con la aplicación al estudio.

Reparación “vital” significa reparar con el amor a la Congregación. El Señor nos ofrece los medios más eficaces, más fecundos para hacer el bien: ¡debemos asumirlos!

No hemos de tocar nunca una publicación mala; ni asistir nunca a cines no buenos; ni escuchar nunca la radio cuando transmite cosas no buenas, no aptas para nosotros o que están fuera de tiempo.

Estas cosas están ya reguladas por la legislación eclesiástica. Y de todos modos, para regularlas está siempre la ley natural.

LA REDACCIÓN EN EL APOSTOLADO [1]

Hemos cantado las letanías, o mejor las invocaciones a los santos escritores, con la intención de rezar por cuantos se ocupan de la redacción, sea que escriban libros o que se ocupen de cine o preparen programas para la radio; en sustancia por la redacción, pues el apostolado tiene siempre tres partes: redacción, técnica y divulgación.

Nuestra vocación se manifiesta especialmente con tres signos: 1° el amor a la verdad; 2° la imitación, el amor a Jesús; 3° el amor a la piedad.

1. *El amor a la verdad* se demuestra con el amor al catecismo, a las buenas lecturas, a los libros de los santos padres y a la sagrada teología y su divulgación. El amor | a la verdad se demuestra asimismo con el amor a la *veracidad.* RSp p. 46

2. *El amor y la imitación del divino Maestro:* la pureza, el espíritu de orden y de pobreza, la docilidad a la Iglesia y a los superiores.

3. *El amor a la oración:* el amor a la devoción; el amor a Jesucristo sacramentado, a María, al culto sacro.

La vocación es seguir más de cerca a Jesús Maestro, que es Camino, Verdad y Vida, queriendo conocer y dar a conocer la verdad; y queriendo imitar y hacer imitar las virtudes del Maestro divino; es sentir amor a la oración queriendo llevar a los demás a ella. Así vendrá el apostolado, que es fruto de la vocación, un fruto que debe derivar de una raíz buena.

Dios misericordioso, incluso tras la caída de Adán y Eva, no ha dejado al género humano sin luz. La palabra de Dios a través de los profetas, a través de Jesucristo y a través de la Iglesia, ha guiado y guiará siempre los hombres a la vida eterna. La Iglesia recaba las verdades de la Escritura y de la Tradición, las interpreta y nos las propone para creerlas.

---

[1] Meditación dictada el martes 26 de febrero de 1952. – Del *"Diario":* «Celebra de mañanita, hacia las 4; luego se queda para la acción de gracias y escuchar otras misas y prepararse a la meditación. La noche anterior había pedido el librito con la Letanía de los Escritores. A las 6,30 comienza la meditación haciendo cantar a todos la Letanía de los Escritores. Luego explica el motivo».

En las letanías, primero se pide perdón al Señor (porque para presentarnos a Dios debemos antes hacer limpieza); luego invocamos a la Sma. Trinidad y nos dirigimos en particular a Jesucristo, el Verbo del Padre, el Maestro bueno que es Camino, Verdad y Vida, la expectación de los profetas, el Maestro de los apóstoles, el Doctor de los evangelistas, la luz de los padres y de los doctores, el ejemplar de los santos. Después nos dirigimos a María, que es la Madre de Cristo y Madre nuestra, la Madre de la divina gracia, para que podamos aprender; enseguida nos dirigimos a los santos escritores, sea del Antiguo como del Nuevo Testamento; invocamos a los padres apostólicos, los doctores de la Iglesia oriental, que en los primeros siglos dio tantos santos y tantos mártires. Invocamos luego a los padres y doctores de la Iglesia occidental.

RSp p. 47 También invocamos a dos santas escritoras: santa Teresa [de Ávila] y santa Catalina [de Siena],[2] que nos han dejado libros llenos de sabiduría y de piedad.

Después pedimos a Dios que nos libre de todo mal, de la negligencia en el estudio de las cosas santas, y ello por el misterio de la encarnación de Jesucristo, por su predicación y divinísima vida, por su pasión y por su muerte.

Conclusiones prácticas: estudiar, aprender bien la ciencia sacra y las lenguas, para poder comunicarla; estudiar la literatura de las varias naciones, para poder escribir y difundir. Invocar a los escritores santos, particularmente para la redacción y luego para el apostolado en general, y para cuantos se dedican a él o se preparan.

---

[2] Catalina de Siena (1347-1380), terciaria dominica. Su doctrina mística está contenida en sus trescientas cartas además de en el *Diálogo sobre la Divina Providencia*. En 1939 fue proclamada patrona de Italia, en 1970 doctora de la Iglesia y en 1999 compatrona de Europa.

LAS PENITENCIAS MÁS OPORTUNAS EN CUARESMA [1]

Hemos de rezar con la Iglesia, en la Iglesia y por cada uno de los hijos, de los miembros de la Iglesia. Debemos seguir, en lo posible, el misalito, sobre todo esta mañana, con una liturgia tan bella. Igual que tenéis el libro de gramática, el de geografía y los de las demás ciencias que estudiáis, así debéis tener el misalito para la piedad litúrgica. No temáis hacer ese gasto, pues lo más necesario de todo es nutrir el espíritu.

La liturgia de la Cuaresma se entona a la penitencia. En espíritu de penitencia se bendice y se impone la ceniza. El sentido de la función lo expone de modo fácil y sencillo el segundo *oremus* de la bendición de la ceniza: «Oh Dios, que no quieres la muerte del pecador, sino | su arrepentimiento, escucha con RSp p. 48 bondad nuestras súplicas y dígnate bendecir esta ceniza que vamos a imponer sobre nuestra cabeza; y porque sabemos que somos polvo y al polvo hemos de volver, concédenos, por medio de las prácticas cuaresmales, el perdón de los pecados; así podremos alcanzar, a imagen de tu Hijo resucitado, la vida nueva de tu reino».

Para quien se humille hasta el llanto, hasta detestar sus pasados errores, habrá una resurrección gloriosa.

Hay que empezar enseguida una vida nueva, para resurgir después del sepulcro.

El evangelio del miércoles de Ceniza está tomado de san Mateo: «Cuando ayunéis, no os pongáis cariacontecidos, como los hipócritas, que se afean la cara para ostentar ante la gente que ayunan... Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara...» (Mt 6,16-21).

Este paso evangélico nos habla de la penitencia hecha en silencio, sin que todos lo sepan; nos enseña a soportar algo por amor de Dios, unidos a los dolores de la pasión, a los méritos de la crucifixión y muerte de Jesús. ¡Oh, nuestros pequeños sufrimientos, qué premio adquirirán así!

San Juan Bautista [2] predicaba: «Si no os enmendáis, todos

---

[1] Meditación dictada el 27 de febrero de 1952, miércoles de Ceniza.

[2] *Lapsus:* las palabras citadas son de Jesús, no de san Juan Bautista.

RSp p. 49 vosotros pereceréis también» (Lc 13,3). | El pecado, aquí o allá, hay que descontarlo. Los sensatos provean a tiempo, pues aquí se descuenta fácilmente.

¿Qué penitencias proponer para la Cuaresma? Podríamos aconsejar muchas.

La caridad paciente es la primera penitencia; caridad benigna... [cf. 1Cor 13,1ss]; caridad paciente con todos, y también con nosotros mismos.

Otra penitencia: la vida común, la puntualidad al horario; *«mea máxima pœnitentia, vita communis»*,[3] decía san Juan Berchmans.

Otra penitencia: el ejercicio rápido, diligente, del apostolado, hecho con espíritu sobrenatural.

Pero esta mañana yo quería aconsejar y proponer, antes de cualquier otra, la penitencia de la oración, de la devoción, que abarca todas las prácticas de piedad del día, de la semana, del mes y del año. Así pues:

1. Hacer todas estas prácticas; hacerlas enteramente.

2. Hacerlas con el espíritu de las Constituciones, honrando a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida, armonizando cada práctica con dicho espíritu, sobre todo la visita al Smo. Sacramento. Hay visitas que es necesario revisar y mejorar radicalmente.

3. Estudiar al Maestro divino, leyendo el Evangelio, tratando de entenderlo, de comprenderlo bien.

Intensificar la práctica de las virtudes de la humildad y de la caridad; y preferir en esta Cuaresma oraciones de penitencia, como el *Miserere* [Sal 51/50], el *De profundis* [Sal 130/129]... Así nos prepararemos a una santa Pascua.

Ahora cantad el *«Parce, Dómine»*,[4] cantadlo con el espíritu que nos sugiere la lectura de la misa: «Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto» (Jl 2,12).[5]

---

[3] «Mi máxima penitencia es la vida común».

[4] Jl 2,17: «Perdona, Señor...», antífona repetida en el tiempo de Cuaresma.

[5] El *"Diario"* añade: «En la función de la imposición de la ceniza, el Primer Maestro se acerca al altar en roquete, como simple clérigo, y con la cabeza gacha se deja imponer por el sacerdote celebrante la sacra ceniza. Después permanece de rodillas en su banco, profundamente recogido... Vuelve a la Cripta a las 9 para la renovación de los votos de las Hijas de San Pablo, que concluyen los Ejercicios espirituales».

LA SANTA MISA [1]

Hemos cantado las invocaciones para la formación de los escritores, para la redacción. Las Hijas de San Pablo las canten también en la visita, pues han abierto ahora la Casa para las escritoras.[2]

Las Pías Discípulas las canten asimismo en la visita, pues este año han progresado en el apostolado litúrgico y han empezado a publicar una nueva revista.[3]

La gracia más urgente que hemos de pedir es la de mejorar la piedad; la de rezar y rezar bien.

Viniendo al detalle, hoy pedimos la gracia de oír bien la misa, con las debidas disposiciones, comprendiéndola mejor, para sacar el máximo fruto; asistir a la santa misa con las disposiciones que tuvo la Virgen en el Calvario.

La misa se divide en tres partes,[4] más la introducción y la conclusión. La introducción es la parte en que el sacerdote dice las preces al pie del altar, [5] y está encaminada a pedir al Señor el perdón de los pecados y la gracia de asistir bien al santo Sacrificio.

La conclusión de la misa (último evangelio,[6] tres avemarías, etc.) es para agradecer por la misa y para pedir, por intercesión de María, que saquemos el mayor fruto.

En la santa misa [es necesario] unirse a las disposiciones de María y de san Juan. En el Calvario estaban los enemigos de Jesús, como asimismo los curiosos. También ahora hay de unos y otros, que desafían a la Iglesia o son indiferentes hacia ella. Re-

---

[1] Meditación dictada el viernes 29 de febrero de 1952. Los textos de las lecturas eran: Is 58,1-9; Mt 5,43-48; 6,1-4.

[2] Se refiere a la casa de Grottaferrata, en las cercanías de Roma.

[3] Cf. *La Vida en Cristo y en la Iglesia*, mensual de formación e información litúrgica. El primer número salió en Alba en enero de 1952.

[4] Esta división fue ilustrada gráficamente en el esquema en forma de cruz "Mi misa", reproducido en el libro *Las oraciones de la Familia Paulina* (pp. 40-41 ed. 1971; pp. 48-49 ed. 1985; pp. 48-49 ed. esp. 1993).

[5] Era el llamado Introito: antífona *"Introibo ad altare Dei..."*, salmo 42 y *"Confíteor"* [Confieso].

[6] Prólogo de Juan (Jn 1,1ss), y luego la oración de León XIII a san Miguel arcángel.

cemos para que la Sangre de Jesucristo baje sobre ellos, como baño de regeneración, no como lo invocaron los judíos.[7]

La misa, luego, tiene tres partes sustanciales: la primera RSp p. 51 parte | es instructiva, pues al acercarnos a Dios debemos, en primer lugar, hacerle obsequio de la mente. Conviene seguir al sacerdote todo lo posible. En el *oremus* de la misa generalmente se indica la gracia que pedir. Es como la tesis de la misa. Hoy, por ejemplo, en el *oremus* se pide perdón de los pecados: y uno, pues, se arrepiente especialmente de los pecados contra la piedad (rosarios mal rezados, visitas descuidadas, misas oídas mal). También la epístola nos excita al arrepentimiento de los pecados, para librarnos de ellos. El evangelio nos habla de la caridad.

En la parte central y esencial, tras el ofrecimiento del pan y del vino, se invita a todos los ángeles del cielo a venir alrededor del altar, donde va a renovarse lo que Jesús hizo en la última Cena.[8]

La tercera parte de la misa tiene su centro en la comunión.

Después del *Páter*, el sacerdote se prepara a la santa comunión; e igual deben hacer los fieles que quieran comulgar.

Examinémonos: ¿Hago bien la preparación a la misa? ¿La concluyo bien, o escapo distraído? ¿Entiendo bien las tres partes de la misa, en especial la parte central? ¿Asisto al Sacrificio con las disposiciones que tenían la Virgen y san Juan en el Calvario? ¿Divido bien las tres partes de la misa? ¿Me preparo bien a la santa comunión?

---

[7] Cf. Mt 27,25: «Nosotros y nuestros hijos respondemos de su sangre».

[8] Recuérdese que la plegaria eucarística era entonces el Canon romano (la actual Plegaria I).

LA MEDITACIÓN DE LOS MISTERIOS DEL ROSARIO [1]

Debemos mejorar la oración. Ayer consideramos cómo mejorar el modo de oír la santa misa. Hoy consideraremos cómo mejorar el rezo del santo rosario. | Ya vimos, hace unos días,[2] que el mejor modo de rezar el rosario es meditar los misterios; de ese modo rezarán la mente, el corazón, los labios y todo nuestro ser. Esta mañana vamos a hacer un ejemplo meditando el primer misterio doloroso (lectura del santo Evangelio según san Lucas: 22,39-46). RSp p. 52

Jesús ha sido siempre para nosotros un modelo perfecto de oración. Pero desde la última Cena hasta el momento en que expiró en la cruz, su oración nos parece, podríamos casi decir, más perfecta.

Son dos las consideraciones que hacer:

1. Hay almas que, frente a las dificultades, tentaciones etc., se abaten y dejan la oración, ¡justo cuando la necesidad es mayor! ¡No hacemos así para nada [3] cuando nos sentimos débiles físicamente, al contrario, se come más veces al día, se ingieren alimentos más sustanciosos y se toman reconstituyentes!

2. La oración debe tener un fin predominante. Aun pudiendo pedir cualquier gracia, la que más importa es "hacer la voluntad de Dios", o sea corresponder a la vocación, a las gracias del Señor, a las gracias de esta jornada en particular. ¡Esa es la gracia que debemos pedir siempre!

Consideremos cómo reza Jesús: lo hace con humildad, casi como si fuera un hombre igual que nosotros; pide el socorro de Dios Padre; reza con perseverancia. La perseverancia es la condición que más a menudo le falta a nuestra oración. Pedimos un

---

[1] Meditación dictada el sábado 1° de marzo de 1952. – Del *"Diario":* «Ha pasado la noche con fiebre fuerte, causada por la inyección que le pusieron ayer en vistas del viaje que hará al extranjero. No obstante sigue el horario acostumbrado para levantarse y para la misa, que celebra a las 4. Dicta la meditación a las 6,30, leyendo antes el paso del Evangelio donde se narra la agonía de Jesús en el huerto de los olivos».

[2] Cf. *arriba*, pág. 61s.

[3] *Para nada* (en italiano *"mica"*, expresión del lenguaje popular).

poco y enseguida nos cansamos. ¡No!, debemos seguir pidiendo con insistencia, implorar especialmente la gracia de cumplir la voluntad de Dios, siempre, de pasar por donde Dios Padre quiere que pasemos; por esos caminos él nos hace pasar sólo porque quiere conducirnos al cielo, donde está su divino Hijo, donde se nos aguarda en la casa paterna.

La de Jesús es una oración que concierne a la salud[4] de las
RSp almas. Jesús acepta la voluntad del Padre; | el Hijo de Dios en-
p. 53 carnado se inmolará de veras por ellas. Nuestra oración ha de mirar también ella a la salud de las almas. Cierto, los sacerdotes, en la misa y en el breviario, rezamos por toda la humanidad; pero también vosotros debéis acostumbraros a pensar en los demás. Por esto decimos «Padre nuestro» y rezamos al plural. ¡Que nuestra oración sea caritativa, piadosa, devota!

[Preguntémonos:] ¿Meditamos los misterios del rosario, o bien nuestros rosarios los rezamos un tanto a lo loco? Hemos de poner atención, reflexión, recogimiento.

En este primer misterio doloroso pidamos la gracia de saber rezar bien, a imitación del Maestro divino, nuestro modelo de oración.

[4] *Salud*: del latín “salus”, aquí indica «salvación».

LA VISITA AL SMO. SACRAMENTO [1]

Las intenciones particulares del Primer Maestro en este mes miran a obtener un fortalecimiento de la piedad. Piedad más intensa en la misa, en el rosario, en las visitas al Smo. Sacramento.

La visita no es una lectura, ni una cadena de oraciones; todo esto es también oración, pero la visita es otra cosa. La visita a Jesús y a María corresponde más o menos a la visita que se hace a una persona querida, sea por necesidades suyas (por ejemplo, visita a un enfermo), sea por necesidades nuestras, como cuando se va a pedir la caridad a los bienhechores. ¡Cuántas visitas hacen las Hijas de San Pablo hoy día a diversas familias! Son visitas para hacer el bien.

La visita tiene que aportar tres frutos:

1. Hacemos a Jesús homenaje de la mente, y queremos obtener la santificación de nuestra mente.

2. Hacemos a Jesús | homenaje de la voluntad, y le pedimos poder corregir los defectos y adquirir las virtudes. RSp p. 54

3. Le hacemos don de nuestro amor, y pedimos las gracias necesarias para nuestra alma; le pedimos unirnos íntimamente a él.

Después salimos de la iglesia tras haber hecho la comunión espiritual.

La visita debe tener una introducción: recogerse, figurarse que vamos a encontrarnos con Jesús en el portal de Belén; o bien que estamos a los pies de Jesús Maestro mientras enseña a la gente las bienaventuranzas; o ante Jesús crucificado, como estaba la Virgen en el Calvario.

Consideremos la visita de los Magos al Niño Jesús. Hacen el sacrificio de un largo y difícil camino para encontrar a Jesús. Tres cosas realizan los Magos según dice el Evangelio: adoran, ofrecen dones y regresan a sus casas por otro camino.

---

[1] Meditación dictada el domingo 2 de marzo de 1952. – Del *"Diario":* «Esta mañana meditaremos brevemente sobre el modo de hacer la visita, dejando para la Hora de adoración de esta tarde la meditación sobre Jesús crucificado. El modo de hacer la *visita* en nuestra casa es el expresado en la frase con que Jesús Maestro se ha autodefinido: "Yo soy *el Camino, la Verdad y la Vida*"».

1. Para hacer a Jesús el *homenaje de nuestra mente,* leer la sagrada Escritura o algún otro libro bueno que ilumine la mente; reflexionar; cantar el *Gloria* o el *Sanctus;* rezar algún misterio del rosario.

2. Los Magos por amor a Jesús se desprendieron de alguna cosa; y nosotros hacemos a Jesús el *homenaje de la voluntad.* En la segunda parte de la visita, que puede durar diez o veinte o cuarenta minutos, según que sea una visita de media hora, de una hora o de dos horas, debe hacerse el examen de conciencia. Se puede empezar con la lectura de algo concerniente a nuestro propósito principal, o reflexionando sobre algún ejemplo de Jesús, verbigracia, *el lavatorio de los pies a los apóstoles* (Jn 13,1-20),[2] si uno tiene el propósito sobre la humildad. Se pueden hacer pasar las varias acciones de la jornada, o bien las virtudes, viendo si santificamos la mente o si servimos al Señor con todas las fuerzas, si es él dueño de nuestro corazón o si le amamos con toda el alma. Después, el examen de conciencia sobre el propósito principal, sobre el que conviene detenerse más ampliamente,
RSp p. 55 para | hacer luego la «confesión espiritual» a Jesús mismo, exponiéndole nuestras faltas, nuestro dolor por haber vuelto a ofenderle, y estar atentos oyendo sus avisos, que sin duda serán buenos; él nos animará y nos ayudará. Los Magos se desprendieron de algo y ofrecieron a Jesús oro, incienso y mirra; despeguémonos de algo también nosotros: será del orgullo, será de cualquier otro defecto o capricho que nos mantiene lejos de Dios, ¡de eso hay que despegarse! Finalmente, volver a casa «por otro camino», es decir, no ya por el camino de la soberbia, sino por el de la humildad; no ya por el camino de la pereza sino por el del fervor.

3. En la tercera parte de la visita hemos de pedir las gracias para nuestra alma, para nuestros seres queridos, para el Instituto; pedir la santidad de cada uno, la aplicación a los estudios, la generosidad en el apostolado y cuanto puede entrar en la expresión «vida religiosa paulina bien vivida».

¿Realizamos estos tres actos en la visita? ¿La hacemos bien? La visita es un gran menester de nuestra jornada, pero es también difícil; por ello quien es flojo la descuida y, aunque vaya a la iglesia, no puede decirse que haga la visita.

Es necesario rezar para lograr hacerla bien.

---

[2] La cita en el original (Jn 13,17-26) no es correcta.

EL TRABAJO ESPIRITUAL [1]

En el Evangelio unas treinta veces se le llama «Maestro» a Jesucristo. *«Vos vocatis me Magíster et Dómine et bene dícitis, sum étenim»* [2] (Jn 13,13). Esta mañana, por intercesión de san José, pidamos a Jesús Maestro la gracia de hacer bien el examen de conciencia, para ser «personas que saben lo que hacen». | Debemos recordar que el principal medio para progresar en el espíritu es la energía; así como el principal enemigo que nos impide el progreso es la pereza, sobre todo en las cosas espirituales. RSp p. 56

San José es el hombre del silencio y del recogimiento. Prefería *«hacer»*, no hablar. Más que hablar con los hombres, gustaba de hablar con Dios. En el silencio de su juventud, en el silencio de su virilidad [3] cuando ya era esposo de María Sma., cumplió su misión, haciendo más que hablando. Pasó la vida en la casita de Nazaret, donde no se oía estrépito de palabras; donde se amaba al Señor, en el silencio, en la laboriosidad. Amaba conservar el recogimiento, la unión con Dios, en quien encontraba su paz. Pasó de esta vida a la otra silenciosamente.

En los primeros siglos de la Iglesia, sobre él, por prudencia altísima, se hizo silencio. Pero ahora se ha escrito y publicado mucho sobre san José y hay hasta dos revistas tituladas *«Ite ad Jóseph» y «Jóseph»*,[4] con cien mil ejemplares.

El recogimiento nos lleva a considerar nuestro interior, a trabajar en el alma. Hay personas que no saben qué hacen espiritualmente; para ellas la religión se reduce a un conjunto de oraciones y prácticas exteriores, de fórmulas cuyo significado ni

---

[1] Meditación dictada el miércoles 5 de marzo de 1952. Notable circunstancia la registrada en el *"Diario":* «Ayer por la mañana... con el P. Perino Renato se reunieron en Recco (Génova) en casa del pintor de la cúpula del Santuario, el Prof. José Santágata. Después de ver los [bocetos de los] trabajos, partieron de Génova hacia las 15,30 y llegaron a Roma a eso de medianoche. El Primer Maestro toma sólo una tacita de café y se retira a descansar. Por la mañana, se levanta como siempre...».

[2] «Me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy».

[3] *Virilidad*, en el P. Alberione, tiene siempre el significado de "edad adulta", *madurez*, contrapuesta a juventud, sin referencias al sexo.

[4] *"Id a José", "José"* (cf. Gén 41,55).

siquiera comprenden. No han hecho en los Ejercicios un programa de trabajo determinado; no se aprovechan de los retiros mensuales ni de las confesiones semanales.

Hay personas que no trabajan el espíritu, no tienen energía, al menos espiritual. Hay otras, en cambio, que trabajan espiritualmente, en el silencio y el recogimiento. Ellas saben lo que es en práctica el amor de Dios.

En primer lugar, el amor de Dios entraña la adquisición de la sabiduría y una fe cada vez más viva, la adquisición de las virtudes propias del propio estado, la adquisición de sentimientos de verdadero amor de Dios. Cuando nuestra vida es rica de las
RSp virtudes propias | de nuestro estado de hombres, de cristianos,
p. 57 de religiosos, entonces se vive la «propia vida». Pero ello depende del continuo quehacer espiritual, del dolor de los pecados, de los propósitos que se hacen y de su cumplimiento.

Todo esto supone el examen de conciencia, que es una mirada al alma para ver lo que hay de bien, agradeciendo por ello al Señor; y para ver lo que hay de mal en nosotros y detestarlo. El examen de conciencia es esa mirada a nuestra alma, ante Dios y ante los propios deberes.

Un buen examen requiere ponerse ante Dios, pasar revista a nuestros propósitos y deberes, arrepentirse del mal cometido, agradecer a Dios el bien cumplido y renovar los propósitos para mejorar en el futuro. Tenemos que adquirir algo en esta tierra, y [en cambio] vamos adelante quizás con las manos vacías.

¿Qué fruto saco yo de la comunión, de la misa, de la visita? ¿Qué fruto saco de los Ejercicios, de los retiros, de las confesiones semanales? Si somos sensatos, hagamos como hacían ya los paganos “sabios”: reemprender la marcha, tras haber notado lo que no funciona en nosotros; renovar nuestros propósitos, tras haber detestado el mal cometido.

La vida no es un juego; la vida es una cosa seria, tiene consecuencias eternas. Cada cual trabaja para sí mismo, para construir su casa en la eternidad. Algunos no construyen nada, pierden el tiempo.

¡Invoquemos la gracia del Señor! Que su luz nos guíe siempre; que seamos razonables! A veces, ya con veinte o treinta años, podrían preguntarnos si tenemos el uso de razón, si sabemos cuál es nuestro interés.

¡Pasa el tiempo! Las palabras que decimos, como también las acciones, nos son imputadas o a mérito o a demérito. ¡Seamos enérgicos, volitivos! No hagamos como aquel estudiante de medicina que retrasaba los exámenes, | no se preocupaba de estudiar, y acabó por hacer de empleado en una carnicería. RSp p. 58

¿Hemos formulado propósitos claros en los Ejercicios?

Cuando se empieza el año escolástico, se hace un programa y se escogen los textos. ¿Tenemos un programa de vida espiritual? Si a los veinte años aún no se tiene carácter, se ha desaprovechado la juventud... En cambio, hay personas que a los veinte años sí tienen carácter; saben resolver las dificultades, cumplir su deber, ir adelante, como hizo Jesús que cumplió su misión: *«Cálicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?»*.[5] Como hizo san José, que cumplió el propio deber hasta el fin.

¿Hemos hecho los propósitos en los Ejercicios? ¿Los renovamos por la mañana, los recordamos durante la jornada? ¿Somos siempre "asistentes" de nosotros mismos; siempre vigilantes? ¿Controlamos siempre nuestras palabras y corazón? [6]

Y no olvidemos el "Secreto del éxito"; así tendremos abundancia de gracias para el espíritu, el estudio, el apostolado, la administración, la pobreza.[7]

---

[5] Jn 18,11: «El trago que me ha mandado beber el Padre, ¿voy a dejar de beberlo?».

[6] Del *"Diario":* «Guiémonos a nosotros mismos como buenos conductores, y luego sabremos guiar bien también a los demás».

[7] Otra anotación significativa del Secretario: «...me llama al despacho y, después de cerrar las puertas para no ser molestado por nadie, *me dicta la oración de la Buena Muerte*, siguiendo la pauta de una meditación».

LA CONFESIÓN [1]

Ayer celebramos la primera entronización del santo Evangelio; ahora es el caso de solicitar que en todas partes, en los locales de estudio, del cine, del apostolado-prensa, quede expuesto el Evangelio: de ahí provienen la luz, la sabiduría, la fortaleza.[2]

En Cuaresma, de modo especial, hágase con generosidad la mortificación de la mañana: levantarse diligentemente en penitencia de nuestros pecados.[3] Empezar bien la | jornada, equivale
RSp p. 59
a comenzar bien la vida. Una juventud estudiosa, virtuosa, una juventud de carácter firme, preludia a una virilidad rica de actividad, de méritos y socialmente útil. ¡Qué hermoso es, de mañanita y con tiempo, encontrarnos todos unidos a los pies de Jesús para recibir de él la luz, la gracia necesaria para empezar con él la jornada y luego ir con prontitud al apostolado!

Esta mañana hemos rezado tres veces el "Ángel de Dios" con el fin de mejorar nuestras confesiones. Hay una condición de la que dependen todas las demás, y en ella quiero insistir hoy: *confesarse con humildad.* Así será fácil confesarse con sinceridad, escuchar con reverencia los avisos del confesor y salir de la iglesia decididos a cambiar nuestra conducta.

Lucifer se arruinó por el orgullo; mientras que san Miguel tomó la defensa de Dios: *«Quis ut Deus?»*.[4] El pecado, en fin de cuentas, es orgullo; de la soberbia llegó la ruina de la humanidad, y persiste la ruina de los hombres que se salen del camino por orgullo.

Primero faltamos con los pensamientos, por nuestra testarudez; diciendo también nosotros: *«Non serviam»*.[5] Los santos, en

---

[1] Meditación dictada el jueves 6 de marzo de 1952.

[2] En el *"Diario"* se añadía: «El 16 de marzo próximo (domingo) se hará la entronización del Evangelio en los distintos locales. El Evangelio es la Buena Nueva traída del cielo por Jesús, y es el modelo de todas nuestras Ediciones».

[3] La noche anterior, «va al comedor del Vocacionario, y a los sacerdotes y hermanos que habían llegado un poco antes a la mesa, les recomienda levantarse todos a las 5 de la mañana, para estar con tiempo en la Cripta a las 5,30: "Esto lo digo para todos y no sólo para algunos". Luego les desea "buen provecho" y sale» (cf. *"Diario"*, 5 marzo 1952).

[4] «¡Quién como Dios?».

[5] Jer 2,20: «No te serviré».

cambio, se amoldan a Jesucristo que «fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz» [Flp 2,8]; *«Propter quod et Deus exaltavit illum»*.[6]

Amad la obediencia. Considerad el ejemplo de Jesucristo, que se humilla ante sus adversarios, que se humilla ante el Padre, y no queráis ser más que él.

Conviene comenzar la preparación a la confesión, rezando un *Pater noster,* una *Salve Regina* a la Dolorosa, un *Ángel de Dios* a nuestro ángel custodio, para que nos haga recordar los pecados cometidos en su presencia. Luego, hacer el examen de conciencia y después incitarse al dolor, mirando al crucifijo.

Es bueno recitar, sobre todo en Cuaresma, el *Miserere.* Y hacer el propósito: un propósito con las condiciones indicadas en el | catecismo, que en este punto es clarísimo. RSp p. 60

Al confesionario, presentarse con humildad. San Remigio[7] dijo a Clodoveo, rey de los francos, disponiéndole a recibir el bautismo: «Dobla la cabeza y empieza a detestar lo que hasta ahora has amado y a amar lo que hasta ahora has detestado». También a san Pablo debieron decirle unas palabras, que, en sustancia, tenían este mismo significado.

¿O es que nuestro orgullo nos va a acompañar incluso hasta el confesionario, haciéndonos callar nuestras faltas o reduciéndolas al mínimo, de modo que no se vea su gravedad?

Nada de escrúpulos, pero sí sinceridad: *«Est, est; non, non»*.[8] ¡Así es! Lo demás viene del maligno, y el maligno no nos lleva ciertamente al confesionario.

Cuando uno se confiesa con humildad, se levanta del confesionario hecho una persona recta, decidida a cambiar vida, bien dispuesta a cumplir el deber.

Y luego, docilidad al confesor, la satisfacción o penitencia, y sobre todo aún *humildad.* «Reconozco mi debilidad, he faltado porque no he rezado; de ahora en adelante rezaré, vigilaré, confiaré más en el Señor».

---

[6] Flp 2,9: «Por eso Dios le encumbró sobre todo».

[7] Remigio (hacia 438-530), arzobispo de Reims en Francia, convirtió y bautizó en 496 a Clodoveo I rey de los francos (hacia 466-511), fundador de la dinastía Merovingia.

[8] Mt 5,37: «Sí, sí; no, no».

¿Nos confesamos bien? ¿Con esa humildad que es la base para todas las demás disposiciones? ¿Lloramos alguna vez nuestros pecados? A menudo se llora por tonterías, y uno se alegra por el mal cometido. ¡Ah, si se entendiese, si se supiera! Los ángeles nos compadecen en nuestra miseria. Especialmente nosotros los religiosos tenemos que llorar nuestros pecados «entre el atrio y el altar» [Jl 2,17] y suplicar: *«Parce, Dómine, parce pópulo tuo»*.[9]

Hemos de pedir perdón al Señor de nuestros pecados y especialmente de nuestras confesiones no suficientemente bien preparadas y no suficientemente bien hechas.

[9] Jl 2,17: «Perdona, Señor, a tu pueblo».

SANTO TOMÁS DE AQUINO [1]

RSp
p. 61

Hoy damos gracias al Maestro divino, que por medio de santo Tomás de Aquino [2] ha otorgado muchos beneficios a la Iglesia, tanto que el *oremus* de la misa dice: *«Oh Dios, que iluminas a tu Iglesia con la admirable doctrina del bienaventurado Tomás, tu confesor, y la fecundas con sus santas obras: concédenos, te rogamos, comprender sus enseñanzas e imitar su vida»*. Él hizo fecunda a la Iglesia con su apostolado y la ilustró con su doctrina.

La Iglesia, en la liturgia de hoy, nos hace notar que santo Tomás fue un modelo de inocencia y tuvo ciencia altísima. Pidamos al Señor el amor a la inocencia, a la pureza, a la ciencia.

Quienes aman la ciencia hablan noblemente, viven en una atmósfera elevada, no se pierden en chismorreos o en murmuraciones contra los hermanos.

Quienes aman la inocencia y viven en ella, aman la sensatez, tienen el don del consejo, aspiraciones elevadas; no se rebajan a groserías, a mundanerías o a bromas, ni de palabra ni de hecho. Estas mundanerías degradan el espíritu, y entonces es difícil que en un alma entre la sabiduría divina.

Santo Tomás desde niño mostró su tierno afecto a María Sma. Tuvo que luchar mucho por su vocación, contra las pésimas astucias que le tendieron los de su casa. A las hermanas, que fueron a convencerle de volver con la familia, él las convenció a dedicarse al servicio de Dios y a consagrarse al Señor.

Entrado en la Orden dominica, se dio sin tasa al estudio; nunca abrió un libro ni tomó la pluma en su mano sin antes haber rezado (esto sirve tanto para | quien estudia, como para quien se dedica a la redacción).

RSp
p. 62

En determinado momento, tras haber escrito tanto, tuvo alguna duda sobre sus libros, pero el Crucifijo se las disipó, di-

---

[1] Meditación dictada el viernes 7 de marzo de 1952. – En la liturgia preconciliar ese día caía la memoria de santo Tomás de Aquino.

[2] Tomás de Aquino (1225-1274), nativo de la Campania (Italia); sacerdote dominico, estudió en París y Colonia. Sus obras más célebres son la *Summa Teológica* y la *Summa contra gentiles*. Canonizado en 1323; declarado doctor de la Iglesia y patrón de las universidades católicas en 1880.

ciéndole: *«Bene scripsisti de me, Thoma»*.[3] Y ante la pregunta: «¿Qué premio quieres?», él respondió: *«Non aliam nisi Te»*.[4] Pidió ver al Señor en el paraíso, la máxima recompensa que hubiera podido desear.

Estudió a los Padres, predicó mucho, se le llamó "el ángel de las escuelas"; y se le ha puesto como modelo para los estudiantes. De él debemos aprender la inocencia de la vida y el amor a la pureza, a la virtud. Formemos un ambiente elevado.

¿Qué pretendemos? ¿Que el mundo no sea como es? ¿Que el Señor, después de haber creado el mundo, nos construya también los puentes? ¿Que nos asfalte las carreteras? ¿Que nos haga el pan? ¡Consideremos la vida tal cual es: un medio para alcanzar la eternidad! Creamos ahora; en el cielo veremos.

¿Cómo estamos en el amor al estudio? ¿Se toman en cuenta las conferencias? En clase y en el salón del estudio ¿se ocupa bien el tiempo? ¿Hay en nuestras casas un ambiente elevado, que espira perfume de azucena, o están manchados los muros de pecados de pensamientos, de palabras o de actos?

¡Elevarse! Llamados a ser ciudadanos del cielo, hemos de procurar vivir ya desde ahora en la atmósfera que respiran, por decirlo así, los querubines y los serafines en el cielo. Se requiere esfuerzo: el aeroplano no despega por sí solo hacia el cielo, se necesitan algunos medios; así es también para nosotros: se requiere esfuerzo para levantarnos hacia el cielo.

Pidamos, por intercesión de santo Tomás, el amor a la ciencia y a la virtud.

---

[3] «Has escrito bien de mí, Tomás».
[4] «Ningún otro [premio] fuera de ti».

LA MEDITACIÓN DE LOS MISTERIOS [1]

RSp p. 63

Consideramos ya el modo de rezar el santo rosario, y pusimos también un ejemplo, meditando el primer misterio doloroso. Hoy vamos a meditar el segundo misterio doloroso: *Jesús atado a la columna y cruelmente azotado*, pidiendo, por intercesión de nuestra Madre, Maestra y Reina de los Apóstoles, la gracia de saber mortificarnos: 1° en lo que sería ilícito; 2° en lo que, aun siendo lícito, alguna vez debemos moderarnos.

Es preciso dominar nuestras pasiones, hacer penitencia de nuestros pecados, y cumplir bien nuestros deberes. Las mortificaciones son especialmente tres, si queremos seguir al Maestro divino.

Está la mortificación que concierne al interior: la mente, la razón; luego la mortificación que afecta a la voluntad; en fin, la mortificación del corazón, de los sentimientos.

La *mortificación de la mente* implica quitar todo pensamiento contrario a la caridad, a la paciencia, a la fe, a la pureza; y sustituir con pensamientos elevados: pensamientos de fe, pensamientos que incumben a nuestras ocupaciones, nuestros estudios; pensamientos íntegros; sobre todo gran fe, una fe sentida. Hemos de pensar en lo que debemos hacer, en nuestros deberes.

La *mortificación de la voluntad* exige agilidad, energía, puntualidad, no sólo en lo concerniente a la marcha de la jornada, sino a todo cuanto es necesario para rechazar las tentaciones, para resistir al mal.

La *mortificación del corazón* entraña frenar las pasiones: | el orgullo, la ira, la envidia, la pereza; frenar el corazón: recogimiento en la oración, oración siempre más elevada, unión habitual del alma con Dios. RSp p. 64

Contemplemos a Jesús flagelado. Pilato, por una parte, estaba convencido de la inocencia de Jesús. Sabía que los sacerdotes se lo habían entregado por envidia, porque todo el pueblo le seguía; por otra parte, débil como era, por falsa estima y respeto humano, adopta una media medida: le hace azotar. Y ahí tenemos al inocente Jesús despojado de sus vestidos, atado a una

[1] Meditación dictada el sábado 8 de marzo de 1952.

columna y sometido a una tempestad de azotes [cf. Mt 27,18-26]. ¡Había quien sabía muy bien excitar los tormentos entre aquella gente llena de odio y de envidia!

Contemplamos al inocentísimo y mansísimo Jesús; contemplamos al Hijo de Dios encarnado para salvarnos, acusado y condenado por la crueldad de aquellos a quienes él viene a traer la salvación.

Consideremos a Dios, Padre de nuestras almas, golpeado por sus hijos; Jesús, amigo verdadero, flagelado y ultrajado por sus amigos, y maltratado por quienes son pecadores.

Al contemplar este misterio y ver a Jesús bajo la tempestad de los golpes, ¿qué sentimos en el corazón? ¿Qué pensamientos en la mente? ¿Entendemos la profunda humillación de Jesús presentado al pueblo, atado, afrentado como si hubiera sido un malhechor?

Su humildad nos ha redimido; en cambio, el orgullo nos ha arruinado; no sólo el orgullo de nuestros progenitores, sino también el de cada uno de nosotros. El orgullo es la causa de todos los males y se manifiesta o en una u otra pasión más violenta.

La virtud arranca siempre de la humildad. Todos serían dominados por la pasión, si no estuviera la humildad, que nos lleva a la oración, nos lleva a huir de las tentaciones, nos lleva a pedir consejos. Toda pasión podría ser dominada por una humildad verdadera. Y cabe decir que | ningún pecado se comete que no esté acompañado del orgullo, de la soberbia, de la vanidad.

RSp p. 65

¡Afuera, pues, los malos pensamientos, las distracciones, y apliquémonos con recogimiento a la oración! Prestemos atención a las explicaciones. A veces quisiéramos hablar y no conviene; otras veces, en cambio, es necesario hablar, por ejemplo en la confesión, y quisiéramos callar.

Hay que vivir como hombres; sobre el hombre se edificará el cristiano, y cuando seamos cristianos perfectos, entonces se podrá construir la vocación verdadera del alma al servicio de Dios y al apostolado. Una vocación que es en definitiva una entrega más intensa, más perfecta al Señor; un amor más hondo a Dios, un deseo mayor de alcanzar la más elevada santidad.

Hemos de abstenernos de lo que no nos es conveniente ni como hombres ni como cristianos ni como religiosos; ciertas cosas no son propias ni de hombres ni de cristianos ni de reli-

giosos; abandonar las prácticas de piedad no es ni de hombres ni de cristianos ni de religiosos.

En Cuaresma hemos de saber decir que no a ciertas cosas, tanto más cuanto son dañinas a nuestra vida, a nuestra salud, y nos procuran deshonor y desestima.

Jesús flagelado nos enseña la mortificación. Pidamos en este misterio la gracia de vencer nuestras pasiones y de saber abstenernos y mortificarnos con auténtica generosidad, con verdadero amor de Dios, con prontitud a cuanto el Señor nos pide.

Es hermoso pensar que ante este altar, noche y día, se reza continuamente. Por otra parte no debemos oponer resistencia a Dios, a su invitación, a sus gracias. ¿Por qué resistir a las gracias, a las invitaciones divinas?

El bien no nace propiamente de nosotros mismos, sino de la gracia de Dios; pero luego seremos nosotros quienes gozaremos de los frutos de gloria eterna.

Consideremos las bienaventuranzas: «Dichosos los que eligen ser pobres; dichosos los sometidos...», con mansedumbre que no es sólo una | disposición natural; «dichosos los que sufren; dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios...» [cf. Mt 5,1-12]. RSp p. 66

Meditemos a menudo estas bienaventuranzas para elevarnos siempre más en los pensamientos, en los sentimientos, en las palabras, en la vida, en las aspiraciones: ¡elevarse, no rebajarse!

Ahora dirijámonos a María. Pensemos en el cielo, donde se encuentra el premio que nos aguarda. Entonemos el canto «Un día a verla iré».

LOS NOVÍSIMOS [1]

Este día pidamos al divino Maestro la gracia de hacer lo que él quiere, o sea de recordar siempre el "fin", los "novísimos": *«Memorare novíssima tua et in æternum non peccabis»* [2] (Si 7,36). De la meditación de los novísimos nos vendrá la auténtica sensatez, la de quienes trabajan con una finalidad. Guardémonos bien de ser uno de quienes no se conocen a sí mismos, que van al encuentro del peligro y hacia la eternidad sin saber dónde se dirigen: ¡seamos sensatos y prudentes!

El evangelio del 2º domingo de Cuaresma recuerda: «Seis días después se llevó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y subió con ellos a un monte alto y apartado. Allí se transfiguró delante de ellos...» [3] (Mt 17,1-13).

RSp p. 67 La visión de Jesús en el monte Tabor nos recuerda el paraíso; pero antes de ir a él ¡hay que morir! *«Memento, homo, quia pulvis es et in púlverem reverteris»*.[4]

Pensemos también en la parábola de las cinco muchachas sensatas y de las cinco muchachas necias. El esposo tardó en llegar; pero cuando llegó, las muchachas prudentes salieron a su encuentro y entraron con él a la sala del banquete; las muchachas necias, en cambio, llegaron tarde porque tuvieron que ir a comprar el aceite, y quedaron fuera, se vieron rechazadas [cf. Mt 25,1-13]. Tenemos aquí simbolizadas las dos muertes: la de quien está preparado en cualquier día y en cualquier hora; y la

---

[1] Meditación dictada el domingo 9 de marzo de 1952. Como se observó precedentemente, el P. Alberione insistía sobre el tema de los novísimos desde los primeros años de la fundación. En 1934 él agradecía a unos clérigos el «haber recopilado los pensamientos predicados en las Horas de adoración en San Pablo» (Alba); pensamientos publicados después por las Hijas de San Pablo, en 1937, con el título *Los Novísimos considerados ante el Smo. Sacramento*. En el opúsculo *"Testimonium conscientiæ nostræ"* de 1957, el Fundador declara que «el Instituto progresará en personas, obras y santificación cuanto mejor se mediten los novísimos». Y no carece de significado el que, en el último decenio de su vida, haya hecho la meditación a los sacerdotes paulinos de Roma, durante meses, sobre el *Aparejo a la muerte* de san Alfonso de Ligorio.

[2] «En todas tus acciones piensa en el desenlace, y nunca pecarás».

[3] En el original el texto se transcribe entero.

[4] Cf. Gén 3,19: «Recuérdate, hombre, que eres polvo y al polvo volverás».

muerte de quien no está preparado. Este último ¿podrá, quizás, durante una enfermedad, adquirir los méritos no adquiridos hasta entonces? ¡No!

Debemos recordar el juicio particular. Se presentará el siervo bueno y fiel y dirá al Señor: «Cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros | cinco»; o bien: «dos talentos me dejaste; mira, RSp p. 68
he ganado otros dos» [Mt 25,20-22].

La respuesta del juez es consoladora: «¡Muy bien, empleado bueno y fiel!, pasa a la fiesta de tu Señor» (Mt 25,23). No será así para quien, teniendo un talento solo fue a enterrarlo. A este el juez le dirá: «¡Empleado malvado!» [Mt 25,26] y le condenará. Dos juicios tenemos aquí, o mejor un juicio con dos conclusiones bien diversas. Quien trabaja con generosidad, se ha dado enteramente al Señor y se mantiene fiel, tendrá la respuesta que recibió el siervo bueno; pero quien es infiel, quien no ocupa bien su mente y no emplea sus fuerzas en el servicio de Dios, tema la sentencia del siervo infiel.

Todos vamos acercándonos al juicio de Dios, sea quienes han recibido mayor número de talentos y tienen, por tanto, mayor responsabilidad, sea quienes han recibido menos.

Que no se aleje nunca de nosotros el pensamiento del infierno, ni el del paraíso. Recordemos otra parábola: «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino, y banqueteaba todos los días espléndidamente. Un pobre llamado Lázaro estaba echado en el portal, cubierto de llagas; habría querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico... Se murió el pobre y los ángeles le reclinaron a la mesa al lado de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron, en el lugar de los muertos en medio de tormentos...» [5] (Lc 16,19-31).

Dentro de no muchos años estaremos en una de las dos eter- RSp
nidades. ¿Cuál será la nuestra? La que ahora preparamos. p. 69

Eran doce los apóstoles; de ellos uno está en el infierno, los otros en el cielo, alrededor del Cordero inmaculado.

Pensemos en el juicio universal y en las dos sentencias diversas, que dará el Juez divino: «Venid, benditos» y «apartaos de mí, malditos» [cf. Mt 25,34-41]. Se cerrará así la historia humana y no quedará más que paraíso e infierno eternos. ¿Dón-

[5] En el original se transcribe el texto completo.

de estaremos nosotros? Nuestra vida ¿a cuál de las dos eternidades nos prepara?

¿Por qué vereda caminamos, por la ancha o por la estrecha? La estrecha es la vía de la fe viva, de la observancia religiosa, del apostolado generoso; es, sí, un camino estrecho, pero siempre iluminado por la luz de Dios.

Examinémonos. ¿Recordamos los novísimos, la muerte, el juicio particular, el juicio universal, la eternidad del infierno y del paraíso?

De esta meditación viene la luz.

Como propósito podría servir la palabra de san Pablo en la epístola: «Os pedimos que el modo de proceder agradando a Dios que aprendisteis de nosotros y que ya practicáis siga haciendo progresos... Esta es la | voluntad de Dios: que seáis santos» (cf. 1Tes 4,1-3).

RSp p. 70

Y tratemos de reparar las ofensas hechas a Dios con los medios más modernos y más rápidos, rogando para que todos los hombres comprendan la necesidad de procurarse una felicidad eterna, el paraíso.

LA SAGRADA ESCRITURA

Qué es – Qué culto le debemos – Cómo leerla [1]

Ayer tuvimos otras bendiciones y entronizaciones del santo Evangelio en los varios locales.

Esta mañana veremos qué es la sagrada Escritura; qué culto debemos a la sagrada Escritura; cómo leer la sagrada Escritura.

1. La sagrada Escritura es el gran libro de la humanidad: el autor principal es Dios; los hagiógrafos son autores secundarios; como en la misa, donde tenemos el ministro principal, Jesucristo, y el ministro secundario que le presta, por decirlo así, su lengua y sus manos.

La Biblia se llama libro divino por su autor principal, y luego porque enseña cosas divinas, adaptadas a todos los hombres. La sagrada Escritura es un libro inspirado [cf. 2Tim 3,16], y esto es artículo de fe (concilio de Trento).

Nosotros debemos poner y tener la Biblia, particularmente el santo Evangelio, en debido honor; la Iglesia nos hace besar e incensar el Evangelio. La Iglesia –dijo León XIII– considera sagrados los libros de la Biblia porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor; Dios asistió a los hagiógrafos de modo tal que ellos escribieran sólo lo que | él les inspiraba (diversamente los libros sacros no tendrían a Dios por autor).[2] RSp p. 71

En una biblioteca, el rey de los libros es la sagrada Escritura.

Quien hace el apostolado de las ediciones, ha de tener la Escritura en el debido honor, inspirarse en ella e imitarla. Nada puede hacerse mejor que imitar a Dios al escribir.

2. ¿Qué culto le debemos a la sagrada Escritura? Un culto de inteligencia, un culto de voluntad y un culto de sentimiento, de corazón. Hay que creer a las palabras de la Escritura, a las sentencias, a cada una de las partes, con fe católica, con fe cristiana, con fe sencilla y fuerte.

---

[1] Meditación dictada el martes 11 de marzo de 1952. – El P. Alberione expone aquí los temas tratados en dos obras de 1933: *Apostolado de la Prensa* y *Leed las Sagradas Escrituras* (publicadas ambas en nueva edición, respectivamente el año 2000 [*El Apostolado de la Edición*] y el año 2004 [*Leed las Sagradas Escrituras*] en esta serie de Ópera Omnia).

[2] León XIII, encíclica *Providentíssimus Deus*, 18 nov. 1893: sobre los estudios de la sagrada Escritura. Cf. Denzinger-Schönmetzer, n. 3293.

Uno que hubiera leído muchos libros y no hubiese leído la sagrada Escritura, se merecería el reproche que Dios hizo a san Jerónimo [3] al decirle: «Tú eres ciceroniano, no cristiano».

3. [¿Cómo leerla? ¿Cómo interpretarla?] Los comentarios de la Biblia deben hacerse según el espíritu de la Iglesia, porque ésta es la depositaria de la verdad y ha sido destinada por Dios para amaestrarnos. Es verdad que leyendo la sagrada Escritura tenemos luces particulares, pero nosotros solos no sabemos distinguir entre estas luces las que vienen de Dios y las que no. Es la Iglesia quien debe decírnoslo; la guía es la Iglesia, los editores no son inspirados; en efecto, la Iglesia no deja imprimir la Biblia a cualquier tipógrafo. Hay que rechazar, pues, toda Biblia que no tenga ese respaldo.

Esto significa leer la Biblia con *fe católica.*

Además debemos leer la Biblia con *fe cristiana:* La Escritura nos habla de Jesucristo. El paso que dice: *«Misit me evangelizare paupéribus»* [4] Jesús se lo apropió justamente.

Con fe sencilla. Cuando leemos la Escritura, no hemos de hacerlo con espíritu de crítica, sino con sencillez; como lee el hijo la carta del padre, sin hacer el análisis gramatical; como se come en la mesa el pan, sin hacer el análisis químico (éste se hace en los laboratorios).

RSp p. 72 *Con fe fuerte.* La Iglesia, durante la santa misa, nos manda levantarnos [estar de pie] al leerse el Evangelio, para demostrar que estamos dispuestos a confesar nuestra fe, a defender el Evangelio. De aquí la gran variedad de libros de apología y de cultura.

Alrededor de la Biblia hay como una irradiación de otros libros. La Biblia ilumina toda otra ciencia, incluso las que parecen muy alejadas de ella.

Examen. ¿Cómo tenemos el Evangelio? ¿Cuánto lo estimamos? ¿Cómo lo leemos? ¿Qué fruto sacamos de su lectura? ¡Cuántas veces el Señor ha hablado a sordos! Alabemos al Señor que nos ha dado la sagrada Escritura.

Cantamos el *«Laudate Dóminum, omnes gentes».*[5]

---

[3] San Jerónimo (340-420), dálmata; sacerdote, padre y doctor de la Iglesia. Insigne biblista, fue asceta en Roma y en Belén, director espiritual de nobles matronas.

[4] Lc 4,18: «Me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres».

[5] Sal 117/116,1: «Alabad al Señor, todas las naciones».

LA SAGRADA ESCRITURA

Fuente de revelación [1]

En estos últimos días el Papa [2] ha hecho oír una vibrante exhortación a una vida más cristiana, más conforme a la fe; y en las últimas audiencias públicas y privadas ha insistido sobre ello, dirigiéndose particularmente a los sacerdotes y religiosos. Les ha recomendado Ejercicios y retiros más fervorosos este año, jornadas eucarísticas, jornadas marianas y otras celebraciones que sirvan para reavivar la fe. Nosotros haremos algunas Horas de adoración en preparación a la Jornada del Evangelio.

Esta mañana quisiera insistir sobre un punto: tengo la impresión de que en general hay que mejorar las confesiones y los exámenes de conciencia para llegar a confesiones bien hechas. Es preciso tener quien guíe el alma atinadamente. Pero sobre todo, se necesita cuidar el examen de conciencia, que nos hace entrar en nosotros | mismos y mejorar la parte espiritual, la parte del estudio, la parte del apostolado y la parte de la pobreza. RSp p. 73

Esta [virtud] es muy importante, pues si no somos fidelísimos a la pobreza, se empieza a abrir una puerta por la que no se sabe lo que pueda entrar. Judas comenzó reteniendo algo para sí, queriendo ahorrar, murmurando de quien ungía los pies a Jesús con un ungüento precioso. Pero san Juan, atento a los detalles, nota que a Judas poco le importaban los pobres [cf. Jn 12,6]; él quería proveerse de cosas, por si Jesús hubiera hecho bancarrota. ¡Le bastaron luego una cuerda y un árbol! Atentos a la pobreza, y no sólo a la parte negativa; también a la positiva.

¡Ah, si se hicieran bien las prácticas de piedad! Se obtendrían resultados que algunos ni osan esperar. Pero se requiere el dolor de los pecados, el examen de conciencia y la piedad esmeradamente cuidada.

Volvamos ahora a la meditación sobre la Biblia. Dios ha hablado a los hombres muchas veces y de muchos modos [cf. Heb 1,1]. La palabra de Dios fue en parte escrita y en parte trasmitida de viva voz, como sucedió también con muchas de las cosas

---

[1] Meditación dictada el miércoles 12 de marzo de 1952.

[2] Pío XII (1876-1958).

dichas y hechas por Jesús. Tenemos así la Tradición: el magisterio extraordinario y [el] ordinario de la Iglesia.

Es como una corriente de agua. Parte de ella, caída en los montes, se congela (y puede compararse a la Escritura); otra parte cae en el valle y sirve para dar crecimiento a las plantas (y puede parangonarse a la Tradición).

San Pablo recomienda a los fieles que «sigan firmes» [cf. 2Tes 2,15] manteniendo las tradiciones aprendidas de palabra o por carta.

En estos últimos años se sentía la necesidad de que los católicos volvieran al Evangelio, y a tal fin se han promovido las Fiestas del Evangelio, que ahora están muy apoyadas por los obispos. Pero aún no se ha hecho todo; hay que llevar a los fieles a la Escritura y al catecismo. El próximo otoño saldrá la Revista catequística [3] que se está ya preparando con fervor.

RSp p. 74 Lo mejor | es unir la sagrada Escritura al catecismo y a la predicación; por tanto, notas catequísticas, referencias a la moral y a la oración, de modo que Jesucristo sea dado todo entero: Camino, Verdad y Vida. Sería mucho más lozana la vida cristiana si se inspirara más en la Escritura. Debemos gran reverencia a la Escritura y a la Tradición. La Iglesia está asistida por el Espíritu Santo y fija parte de su magisterio en los cánones y en las definiciones.

La Escritura fija con precisión la enseñanza de Dios. Con todo, mirando las necesidades, debe decirse que la primera necesidad es el catecismo, oír la predicación. Y bien, cuanto más unimos la Escritura y la Tradición al catecismo, mayor será el fruto. La Tradición es más antigua que la Escritura (el evangelio de san Mateo por ej. se predicó antes de escribirlo).

Hemos de estar muy agradecidos al Maestro divino, quien dijo e hizo tantas cosas que, según san Juan, si se hubieran escrito todas, el mundo no podría contener los libros resultantes [cf. Jn 21,25].

Ahora nosotros debemos decir: escuchad a la Iglesia: *«Ipsam audite!»*.[4]

---

[3] Es la revista *Via, Verità e Vita*, que comenzó a publicarse en Roma, como mensual, en octubre de 1952.

[4] «¡Escuchadla!» en analogía con el mandato de escuchar a Jesús, el Hijo predilecto (cf. Mt 17,5).

¿Tenemos por la palabra de Dios el respeto y veneración que merece? ¿O nos aburre? Hay quien ni acude a escucharla ni la lee, y quien en cambio tiene hambre y sed de ella, tratando de fijarla en apuntes y particularmente en el corazón.

Hay quien durante el día recuerda lo oído por la mañana en la plática, tratando de sacar fruto. ¿Cómo hacemos nosotros? Hay quien no escucha a Jesús: *«Et sui eum non receperunt»*.[5] Pero también hay quien le escucha: «A cuantos le han aceptado, les ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios» [Jn 1,12].

Pidamos al Señor la gracia de escuchar siempre con reverencia su Palabra; de tener hambre y sed de ella y de practicarla.

[5] Jn 1,11: «Pero los suyos no le acogieron».

LA SAGRADA ESCRITURA

El culto que se le debe [1]

Merecen atenta consideración las palabras de Benedicto XV,[2] que deseaba ardientemente la entrada de los Libros sagrados en los hogares cristianos para ser en ellos como la perla preciosa [cf. Mt 13,45], que todos los fieles buscan y guardan celosamente, hasta uniformar siempre sus pensamientos a la sagrada Escritura viviendo según la voluntad de Dios.

Es, pues, una viva exhortación a guardar, a leer, a comentar cada día el Evangelio, para aprender a vivir santamente, en modo conforme a la divina voluntad.

Al Evangelio se le debe un culto de latría,[3] aunque relativo.

El concilio de Nicea [4] dice que al Evangelio se le debe la reverencia, el beso, la incensación y la iluminación. La imagen de Cristo y el Evangelio requieren nuestra adoración, si bien sólo relativa, como hemos dicho.[5]

El culto que debemos al Evangelio es el de la mente, de la voluntad y del corazón. La razón de ello está en que la sagrada Escritura constituye la osamenta de la teología dogmática, de la teología moral, de la teología ascética y de la teología pastoral. La sagrada Escritura es la base del derecho canónico y el nervio, más aún la parte esencial, de la liturgia.

El culto de la mente consiste especialmente en la fe; el culto de la voluntad consiste especialmente en la obediencia, en la conformidad de nuestro querer al querer de Dios, de modo que le demos un amor completo, con todas nuestras fuerzas. En tercer lugar, a la sagrada Escritura se le debe el culto del corazón.

---

[1] Meditación dictada el jueves 13 de marzo de 1952.

[2] Benedicto XV (1854-1922), Santiago Della Chiesa, genovés, papa en 1914, es recordado como el papa de la "gran guerra" (la 1ª mundial): sufrió mucho y se esforzó por reinstaurar la paz entre las naciones.

[3] Culto de *latría* es la *adoración* tributada a la divinidad. Se precisa que es *relativo*, o sea en referencia a la persona divina de Cristo.

[4] El concilio de Nicea (VII ecuménico) celebrado el año 787. Afirmó contra la teoría iconoclasta la legitimidad del culto a las imágenes sacras.

[5] En el *"Diario"* se añade: «El concilio de Constantinopla dice que al Evangelio se le dé el mismo culto que al Crucifijo e "igual culto que a la imagen del Salvador"».

La oración constituye la parte más importante y esencial de la sagrada Escritura. Todo lo referente a la santa misa y los sacramentos... lo conocemos ante todo por la sagrada Escritura, luego por las aplicaciones y comentarios que ha hecho la Iglesia. El sacerdote en la misa, llegado al evangelio, se persigna, o sea traza tres cruces: en la frente, en los labios, en el pecho, para significar que quiere vivir en todo según el Evangelio. Y cuando se bendicen los evangelios, ante todo se bendicen las mentes, las cabezas; se bendicen las bocas, se bendicen los corazones. RSp p. 76

El Evangelio debe estar, sí, en el puesto más honorífico de nuestros locales; pero sobre todo en el puesto de honor de nuestro corazón; debe penetrar en nuestra mente y en nuestra voluntad, porque es la directriz de toda nuestra vida.

La sagrada Escritura forma la sustancia del pensamiento cristiano; la que nos presenta los medios de gracia y de santidad. ¿Dónde encontrar un libro de ascética mejor que la sagrada Escritura, y en particular que los libros del Nuevo Testamento? Y sin embargo hay quienes van buscando novedades. También deben leerse, es verdad, otros libros, pero prefiriendo siempre a cualquiera la Escritura, en especial el Nuevo Testamento, el Evangelio y, para nosotros, las Cartas de san Pablo. La teología moral está constituida en su sustancia por la sagrada Escritura, especialmente en lo tocante a los mandamientos, los sacramentos y la Iglesia.

Por eso recordamos el culto que los santos tenían a la sagrada Escritura: san Gabriel de la Dolorosa,[6] por ej., copiaba las mejores sentencias en papelitos para tenerlas presentes y practicarlas. He conocido sacerdotes que sabían de memoria toda la Biblia, habiendo estudiado dos o tres versillos por vez. San Cipriano[7] transcribía los pasos bíblicos concernientes a la defensa de la Iglesia y la santidad de la vida, y en el momento oportuno se servía de ellos, sacando muchas ventajas, especialmente en la lucha contra los herejes.

Volvamos al examen de conciencia. ¿Tenemos | el Evangelio en el puesto de honor? ¿Le damos el culto debido? ¿Lo lee- RSp p. 77

---

[6] Gabriel de la Dolorosa (Francisco Possenti, de Asís, 1838-1862), de la Orden de los Pasionistas. Canonizado en 1920, es patrono de la Acción Católica y del Abruzzo (una región italiana).

[7] Nacido en Cartago hacia el 210, elegido obispo de su ciudad en el 249, muere mártir en el 258. Padre y doctor de la Iglesia.

mos? ¿Tratamos de practicarlo? Él es el código de la vida cristiana, el constitutivo de la vida cristiana; es la principal guía en la obra de nuestra santificación.

Hay que vencer la rutina consistente en un cierto descuido, por el que a la Biblia no se le da el puesto de honor, el culto debido. Para lograrlo vamos a rezar el "Secreto del éxito".[8]

[8] Esa misma mañana, el Fundador procedió a la bendición del Evangelio. Así consta en el *"Diario":* «Prepara el programa para una Fiesta del Evangelio, con la bendición y la entronización, que luego hace él mismo, con roquete y estola, bendiciendo los varios evangelios que se exponen a continuación [en los distintos locales]: Casa del apostolado, dormitorios, aulas de estudio, recibidores del Vocacionario de Roma... Para esta función se queda hasta las 13 (hora del almuerzo) con el superior y los varios maestros de grupo... Copio el esquema que el Primer Maestro ha escrito de propio puño para la bendición de los evangelios...». – Nueva solemne bendición, con "Promesas" de obsequio al Evangelio, el 16 de marzo (ver nota 1 en la pág. 103).

LA SAGRADA ESCRITURA

es para nosotros protección y salud [1]

Hay tres hermosas jaculatorias sobre el santo Evangelio:
«Evangélica lectio sit nobis salus et protectio».[2]
«Per evangélica dicta deleantur nostra delicta».[3]
«Verba Sancti Evangelii dóceat nobis Filius Dei».[4]

Concretamente, entronizando el santo Evangelio en las oficinas y los diversos locales, se ha pretendido pedir la salud y la protección que viene del santo Evangelio. En el libro *«Leed las Sagradas Escrituras»* [5] hay treinta consideraciones, entre ellas tres sobre este argumento: Cómo la sagrada Escritura nos libra del pecado; cómo la sagrada Escritura es para nosotros salud y protección; cómo la sagrada Escritura es nuestro refugio y nuestra consolación.[6]

Recordemos el ejemplo de san Agustín.[7] En lucha consigo mismo, oyó las palabras: «Toma y lee». Tomó la Biblia y, abriéndola, le cayó ante los ojos el paso de san Pablo en la Carta a los Romanos: *«Nada de comilonas ni borracheras, nada de orgías ni desenfrenos, nada de riñas ni porfías. En vez de eso, revestíos del Señor Jesucristo»* (Rom 13,14). Aquel mismo día Dios dio a la | Iglesia un gran santo.[8] ¡Y qué magnífica misión realizó en la Iglesia san Agustín! Cuando llevamos con nosotros el Evangelio,[9] tenemos una fuerte defensa.

RSp p. 78

---

[1] Meditación dictada el viernes 14 de marzo de 1952.

[2] «La lectura del santo Evangelio nos sirva de salud y protección».

[3] «Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados».

[4] «El Hijo de Dios nos enseñe las palabras del santo Evangelio».

[5] ALBERIONE S., *Leed las Sagradas Escrituras*, Pía Sociedad de Hijas de San Pablo, 1937. Nueva edición para la Ópera Omnia, Roma 2000.

[6] *Ibid*., pp. 299-333; 422-433.

[7] Aurelio Agustín (354-430), nacido en Tagaste (Tunicia), después de una juventud inquieta, se convirtió, se hizo monje, sacerdote, obispo de Hipona y doctor de la Iglesia. Entre sus obras más célebres figuran *Las Confesiones*, *La Ciudad de Dios*, *La Trinidad*.

[8] Cf. *Las Confesiones*, VIII, 12. En referencia al episodio citado, una de las colecciones más ricas de narrativa paulina se tituló “Tolle et Lege” (“Toma y lee”).

[9] Aquí puede captarse una referencia al hecho de que el P. Alberione llevaba siempre consigo, cerca del corazón, algunas páginas del Evangelio.

1. La sagrada Escritura es protección contra el demonio, que huye cuando se lee la Biblia. En los exorcismos, la Iglesia hace leer algunos pasos del Evangelio. Es la fuerza del Evangelio la que arroja al demonio: *«Echarán demonios en mi nombre»* (Mc 16,17). «Señor, hasta los demonios se nos someten por tu nombre» (Lc 10,17). «Ya veía yo que Satanás caería del cielo como un rayo» (Lc 10,18). «Si yo echo los demonios con la fuerza de Dios –dijo Jesús–, señal de que el reinado de Dios ha llegado hasta vosotros» (Lc 11,20).

Cuando el demonio tienta, tocad luego el santo Evangelio.

2. El Evangelio es protección contra las tentaciones de la carne.

San Ignacio de Loyola,[10] viéndose herido y teniendo que pasar una larga temporada en cama, leyó biografías de santos y sobre todo el Evangelio. Impresionado por estas lecturas, se convirtió, y se puso a servicio del Rey divino, estableció su Compañía, que de veras es una compañía en lucha, pero en lucha contra el demonio.

Se dice que Cristóbal Colón [11] en los momentos más difíciles de su viaje leía la Biblia que el Papa mismo le había dado y que obtuvo consuelo para proseguir su difícil viaje.

3. El Evangelio es protección contra el espíritu del mundo. Somos así: a menudo nos dejamos impresionar por lo que vemos o sentimos en el mundo. «Dime con quién vas y te diré quién eres». Podríamos también decir: «Dime qué lees y te diré quién eres».

Si lees las cosas que ha hecho escribir Dios, pensarás según Dios; si lees las cosas mundanas, vacías, te harás mundano,
RSp p. 79 pensarás como los mundanos. Pero nosotros no | somos del mundo, como tampoco Jesús era del mundo [cf. Jn 17,14]. El beato Contardo Ferrini,[12] brillante profesor universitario, sabía

---

[10] Ignacio de Loyola (1491-1556) de noble familia vasca. Su aventura espiritual, narrada en la *Historia de un peregrino*, maduraría en los *Ejercicios espirituales.* En 1540 fundó la "Compañía de Jesús". Fue canonizado en 1622.

[11] Cristóbal Colón (1451-1506), navegante genovés al servicio del rey de España. Entre 1492 y 1498 hizo tres viajes atlánticos, descubriendo diversas islas y territorios de Centroamérica.

[12] Jurista, nacido en Milán (1859-1902). Especialista en derecho romano, tradujo muchos antiguos textos jurídicos. Terciario franciscano, la fe profunda que le animaba la llevó a la escuela, la cátedra, la vida.

de memoria las Cartas de san Pablo y leía con gusto y devoción la Biblia en hebreo.

También Silvio Péllico [13] leía con predilección la Sagrada Biblia. En los días más turbios [de la prisión] la había dejado a parte, permitiendo que la cubriera una capa de polvo. El hijo del carcelero lo notó y llamó a la Biblia un «librote». Silvio Péllico se disgustó, tomó la Biblia y quitó el polvo; abriéndola al azar, cuenta él mismo, «me cayeron ante los ojos estas palabras: *"¡Ay del hombre por quien llega el escándalo!"* (Mt 18,7)». Quedó impresionado por esas palabras y cambió de actitud.

La Biblia tiene su sitio: es el "libro por excelencia entre todos los libros". Aun cuando en una biblioteca hubiera mil volúmenes, si faltara la Biblia, faltaría todo; como le falta todo al hombre que carece de Dios: ¿qué tendrá en la eternidad? En cambio, cuando un alma lee la Biblia, con devoción, con gusto, tendrá a Dios consigo y se ganará una eternidad feliz.

Perdónanos, Señor, por ser tantas veces sordos y, podemos decir, insensatos: ¡escuchamos más a los hombres que a vos! [14]

Pidamos perdón por nosotros y por todos los hombres que han descuidado la palabra de Dios.

---

[13] Patriota italiano y escritor (1789-1854), nacido en Saluzzo (Cúneo). Ardiente "carbonario", fue arrestado y condenado a quince años de cárcel en la fortaleza morava del Spielberg. Regresado a la patria, escribió *Mis prisiones* (1832), sereno testimonio de su reclusión.

[14] En este caso, como otras veces, el P. Alberione en el coloquio con Dios pasa del *"Tú"* al *"Vos"* en el curso de la misma frase.

LA ESCRITURA CAMINO, VERDAD Y VIDA
PARA EL APOSTOLADO DE LAS EDICIONES [1]

El lunes por la mañana tendremos el funeral por la Hna. María Amábile Lombardi,[2] que puede ser propuesta como un modelo para las propagandistas. Aun cuando estaba ya ciega, se esforzaba en difundir los libros en los lugares que conocía por haberlos visitado muchas veces.

Es muy hermoso, despertándose durante la noche, oír la rotativa en movimiento, gracias al sacrificio de los Discípulos; pensar en la adoración continua que hacen las Pías Discípulas, representando a todas las Familias Paulinas; y nos conforta asimismo pensar que dentro de poco las 40 personas que en Japón se dedican ya al apostolado de la radio, harán oír la «Voz de San Pablo» [3] en conexión con otras 12 estaciones.

El Apostolado de las Ediciones tiene su modelo, objeto y fuerza en los Libros sagrados, que son la Palabra de Dios escrita y trasmitida fielmente hasta nosotros.

1. *Verdad.* El Apostolado de las Ediciones repite la Escritura. ¿Qué decimos a las almas? Nosotros decimos a las almas, en sustancia, lo que en general ha dicho Dios a la humanidad. Nos lamentamos de no poder dar siempre la palabra de Dios genuina, porque a menudo, para adaptarnos a la capacidad y a la miseria humana, hemos de limitarnos a dar lo que no contiene nada de mal.

---

[1] Meditación dictada el sábado 15 de marzo de 1952. – Del *"Diario":* «Algunos minutos antes de la meditación, pide humildemente al P. Pablo Ruggeri que le confiese y va a arrodillarse en el confesionario para acusarse. Se había confesado tres días antes; pero lo hace [de nuevo] también para dar buen ejemplo, porque en el programa había escrito que deseaba que todos se confesasen los días 13-14 y 15 de este mes».

[2] Hija de San Pablo, nacida el 21 de enero de 1910, muerta el 15 de marzo de 1952.

[3] La realización de una gran emisora de radio pareció presentarse en Japón tras la guerra. Se empezó a construir el edificio en Tokyo-Wakaba, y a instalar los aparatos técnicos para las transmisiones. Pero, por diversos condicionamientos, hubo que recortar los programas. Una exposición objetiva de la situación de la Radio paulina en Japón la hizo el P. Bartolomé Pablo Marcellino (1902-1978), en su *"Relación sobre la Radio católica en Japón"* (*San Paolo*, agosto de 1951).

La Biblia, el Evangelio y el Apostolado de las Ediciones tienen las mismas verdades que dar a los hombres.

Dios es el primer editor; su palabra es eficaz, pues los hombres difícilmente se inclinan a otros hombres, pero sí a Dios... ¿quién puede resistirle?

Luis Veuillot,[4] director del periódico católico | *L'Univers*, se había formado con estudios profundos; pero los estudios más profundos y más científicos son siempre los que se hacen a la luz de los libros divinos. Este célebre periodista llevaba siempre consigo el Evangelio, y compuso una de las más apasionadas "vida de Jesús". Es admirable su *«Testamento espiritual»*. RSp p. 81

2. La Biblia es el *camino* que debe seguir el apóstol de las Ediciones, imitando a Dios editor, que es también maestro del escribir bien. El propio Voltaire[5] afirma: «La santidad y la sencillez del Evangelio hablan a mi corazón y lo conquistan».

¿Cuáles son las características de la Escritura, por las que resulta modelo para todo Apostolado de las Ediciones? Son tres:

1) *La universalidad.* La edición será mayormente eficaz y ventajosa cuanto más se dirija a toda la humanidad.

2) *La sencillez de la forma.* Cuando un autor domina hasta el fondo y con claridad las cosas, incluso las más grandes y hermosas, las expresa de modo muy sencillo. No es raro el caso de grandes escritores que al final de su vida dejan un librito muy sencillo, con lo mejor de cuanto habían escrito.

3) *La Biblia tiene carácter «permanente».* San Juan Bosco[6] decía no dudar en llamar "divino" al medio de la buena prensa, con la que se mantiene viva la fe en el pueblo y se difunden las

---

[4] Periodista y escritor francés (1813-1883). El "Testamento" al que se alude consiste en cuatro versos compuestos para grabarlos en su tumba como epitafio. Son éstos (en versión libre): «Junto a mi pluma a Cristo pondréis / –único gozo de mi corazón–; / y este volumen [*La Vida de Jesucristo*, escrita por él] quede a mis pies; / cerrad la caja, es todo, ¡adiós!».

[5] Voltaire, pseudónimo de François-Marie Arouet (1694-1778), filósofo iluminista francés; novelista y ensayista, acérrimo adversario del catolicismo.

[6] Juan Bosco (1815-1888), sacerdote educador piamontés, en 1859 fundó la Pía Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos) y más tarde las Hijas de María Auxiliadora. Se distinguió en el campo de la pedagogía por su "método preventivo". Fue canonizado en 1934 por Pío XI.

verdades contenidas en los libros santos. San Bernardo, cuando escribía, entretejía sus textos con sentencias espirituales para expresar así mejor sus pensamientos.

3. La Biblia es también la *vida* para el apóstol de las Ediciones, pues encuentra en ella su consuelo y su luz para cumplir el apostolado con generosidad: *«Cáritas Christi urget nos»*.[7] La Escritura une a Dios, enciende el regocijo del Espíritu Santo, caldea los corazones. San Jerónimo dice: «Ignorar la Biblia es ignorar a Jesucristo... ¡Que el sueño os sorprenda mientras estáis | meditando, y el sacro Texto acoja vuestra cabeza desmayada».

RSp p. 82

La entronización del Evangelio nos ha alegrado a todos; hay que dar ahora un paso adelante: leerlo, meditarlo, practicarlo.

Si nuestro apostolado sigue de veras a Dios escritor y editor, será sin duda fecundo, no acabará nunca: las vocaciones se multiplicarán. Las vocaciones nos siguen cuando ven que damos a los hombres la sabiduría de Dios; y nos abandonan si no ven esto. Dar [el Evangelio] a los hombres sea nuestro anhelo diario, y nuestra oración.

Invoquemos ahora sobre nuestros propósitos la bendición de María: «Querida y tierna Madre mía, María...».

---

[7] 2Cor 5,14: «El amor de Cristo no nos deja escapatoria».

QUÉ ORDEN SEGUIR AL LEER LA SAGRADA ESCRITURA [1]

Esta tarde para la bendición del Evangelio, cada cual traiga consigo el texto que tenga, el Evangelio o, mejor, la sagrada Biblia. Entre las ediciones del Evangelio es preferible la que contiene también los Hechos de los Apóstoles.

Se ha completado y revisado la recopilación de nuestras oraciones; cada uno utilice el libro que se distribuirá hoy, para que podamos rezar juntos y bien, pues muchas expresiones han sido revisadas y modificadas.

Cómo leer la sagrada Escritura. Se empieza con la oración *«Jesús Maestro, que eres...»* (*Libro de las Oraciones*,[2] pág. 44); se dice la jaculatoria: *«Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, ten piedad de nosotros»*.

Lectura del evangelio de la misa de hoy, domingo 3º de Cuaresma: «Estaba echando un demonio que dejaba mudo...» [3] (Lc 11,14-28). RSp p. 83

Orden al leer la Biblia.[4] Igual que hay un orden al tomar alimentos, según las disposiciones de cada cual, así hay un orden al leer la Biblia. RSp p. 84

---

[1] Meditación dictada el domingo 16 de marzo de 1952, 3º de Cuaresma. – Del *"Diario":* «Por la tarde se prepara para la fiesta de la entronización del Evangelio y escribe las siguientes "PROMESAS" para honrar el santo Evangelio:

1° Prometo honrar el Evangelio con el culto debido, o sea de latría relativo.

2° Prestar al Evangelio un obsequio entero de mente, voluntad y corazón.

3° Considerar el Evangelio como la verdad, el camino, la vida para mi apostolado.

4° Leer el Evangelio y meditarlo según el espíritu de la Iglesia católica...

5° Defender el Evangelio y ocuparme en multiplicar los ejemplares y difundirlo con amor constante.

6° Uniformar al Evangelio toda la vida, tenerlo cerca al tiempo de morir y sobre mi pecho en el ataúd».

[2] *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, EP, Roma 1952 (en la versión española de 1993, pág. 75).

[3] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

¿Qué orden seguir al leer los varios libros de la sagrada Escritura? Puede seguirse uno de estos tres, eligiendo cada cual el preferido.

Hay un orden teológico-histórico, que consiste en leer los libros de la Biblia en el orden del catálogo dado por el concilio de Trento, el mismo en que generalmente se imprimen. Si uno, cada día, dedicara cinco o seis minutos a la Biblia, en cinco o seis años la leería toda. Si no leemos al menos una vez toda la Biblia, cuando nos presentemos al juicio de Dios, mereceremos un reproche: «Tú no has leído mi palabra, no has querido conocer mi voluntad, no has leído la carta que yo he escrito a los hombres...».

Hay otro orden, llamado común, aconsejado por muchos autores de ascética, especialmente para los jóvenes y para las familias: consiste en leer primero los libros del Nuevo Testamento, donde se da el desarrollo y el cumplimiento de todas las profecías concernientes a Jesucristo, al sacerdocio hebraico, etc. Del Nuevo Testamento brota tanta luz que hace comprender también el Antiguo Testamento, como del rostro transfigurado de Jesús en el monte Tabor salía tanta luz que iluminaba también a Moisés y Elías [cf. Mt 17,1-8]. Después del Nuevo Testamento, se pasa a leer los libros históricos del Antiguo Testamento, luego los libros didácticos, sapienciales, y al final los proféticos.

Hay, por último, un orden más cercano al litúrgico y al empleado por la Iglesia en la distribución del breviario.

La Iglesia, en la ordenación del diácono y del subdiácono[5] exhorta a la lectura del Evangelio y a practicarlo; | en la consagración del obispo le pone el sacro Texto en las manos.

RSp p. 85

En las lecturas del breviario, en los domingos que preceden el Adviento, la Iglesia hace leer los Profetas; después de Navidad, las Cartas de san Pablo; en el tiempo de Cuaresma hace leer el Génesis y otros pasos que describen la caída de la humani-

---

[4] En esta sección él P. Alberione se atiene a su libro: *Leed las Sagradas Escrituras*, o. c., cap. XXVII, pp. 381-390.

[5] En el ordenamiento jurídico-litúrgico del tiempo el subdiaconado figuraba, con el diaconado y el presbiterado, entre las “órdenes mayores”. Después, el papa Pablo VI decretó la reforma: «Las funciones encomendadas hasta ahora al subdiácono, se confían al lector y al acólito, y por tanto, en la Iglesia latina, ya no existe el orden mayor del subdiaconado» (Pablo VI, *Ministeria quædam*, 15 agosto 1972).

dad y su miseria necesitada del Redentor; en el tiempo de Pasión nos deja oír los gemidos de Isaías.

Podemos seguir cualquier orden, es verdad; pero si adoptamos el indicado por quien ya tiene experiencia, lograremos mayor ventaja de la lectura. «La sagrada Escritura se explica con la sagrada Escritura», decía Pascal.[6] Leamos con reverencia la palabra de Dios. Un autor afirmaba: «Lo que no entiendes acéptalo con delicia; lo que te resulta oscuro, adóralo de lejos para poder verlo después de cerca».

Dante[7] en su poema reproduce a menudo pasos de la sagrada Escritura, enflorando así la Divina Comedia con numerosos ejemplos. Son conocidos estos versos suyos:

> «Tenéis el Nuevo y el Viejo Testamento,
> y el pastor de la Iglesia es vuestro guía:
> esto basta para vuestro salvamento».[8]

Así pues, podemos escoger el modo que nos parezca más oportuno para leer la Biblia; ¡lo que importa es leerla!

Vamos a formular esta mañana la promesa contenida en el *oremus* de la bendición del evangelio: «Señor Jesucristo, que por tu inmenso amor, te has hecho Maestro, Camino-Verdad-Vida de la humanidad, bendice estos libros de tu Evangelio, y concédenos guardarlos con honor y leerlos según el espíritu de la Iglesia para que, por intercesión de María Reina de los Apóstoles y de san Pablo apóstol, podamos asemejarnos a ti en la mente, la voluntad y el corazón y alcanzar la vida eterna. Tú que vives...».[9]

---

[6] Blaise Pascal, matemático, físico y filósofo francés (1623-1662). Espíritu profundamente religioso, se dedicó a la búsqueda de Dios. Son famosos sus *Pensamientos*, que se publicaron póstumos.

[7] Dante Alighieri (1265-1321), poeta-teólogo florentino, desterrado en Verona. Se le considera el padre de la lengua italiana, gracias a sus obras en prosa y sobre todo en poesía. Es célebre su poema didascálico *La Divina Comedia*.

[8] DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, "Paraíso", V. 76.

[9] En el original: *«Dómine Jesu Christe, qui propter nimiam caritatem tuam, humanitatis factus es Magister Via, Véritas et Vita, bénedic hos tui Evangelii libros: et nobis concede eos honorífice custodire, Spíritu Ecclesiæ légere, et constanter divulgare; ut, intercedéntibus María Apostolorum Regina ac Sancto Paulo Apóstolo, mente, voluntate et corde tibi símiles inveniámur et ad vitam perveniamus æternam. Qui vivis...».*

RSp p. 86 Y pidamos estas gracias: 1) que tengamos siempre la Biblia en el debido honor; 2) que podamos leerla y meditarla, según el espíritu de la Iglesia, nuestra Maestra; 3) que la difundamos con nuestro apostolado, cuidando la edición, la técnica y la difusión. ¡Que la propaganda sea siempre más inteligente y eficaz!

El Maestro divino nos acogerá con rostro alegre, cuando nos presentemos a él para recibir el premio. «El que cumpla y enseñe [estos mandamientos míos], ése será llamado grande en el reino de Dios» [cf. Mt 5,19].

BENEFICIOS QUE SE RECABAN DE LEER LA SAGRADA ESCRITURA [1]

Muchos beneficios nos vienen de la lectura de la sagrada Escritura; recordaremos particularmente tres.

1. En primer lugar, *aumento de fe:* los milagros que en ella se narran y las profecías que van cumpliéndose en el curso de los siglos producen aumento de fe.

2. *Aumento de esperanza:* la esperanza cristiana de tener en esta vida las gracias necesarias para nuestra salvación y el paraíso en la otra; la bondad del Padre, la muerte de Jesucristo en cruz, su presencia en la Eucaristía, constituyen nuestra confianza.

3. *Aumento de caridad:* se considera el amor del Padre: *«Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigénitum daret»;* [2] el amor del Hijo *«qui dilexit me | et trádidit semetipsum pro me»*,[3] y la caridad del Espíritu Santo, el espíritu del amor. RSp p. 87

En la Biblia hay una referencia a todas las virtudes individuales y al sacerdocio de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. En el Evangelio tenemos la referencia a todas las virtudes sociales. Todo cuanto de bien se va practicando, incluso a favor de los pobres, los obreros... todo está ya contenido en la Biblia; así como también se contiene en ella, particularmente en el Evangelio, cuanto se refiere al estado religioso.

En la Biblia está todo; la Biblia es camino, verdad y vida para el apóstol de la Edición.

Ahora, a conclusión de esta fiesta hagamos nuestras promesas; promesas que cada cual llevará con él y tratará de practicar.

---

[1] Meditación dictada por la tarde del mismo domingo 16 de marzo de 1952, después de la procesión, la bendición y la entronización del Evangelio. – Del *"Diario":* «La procesión con la estatua del divino Maestro y con el sagrado texto del Evangelio fue a las 16 de la tarde, transcurriendo desde la Cripta por los patios que rodean nuestras casas y las de las Hijas de San Pablo. Al final de la procesión, el Primer Maestro, que hizo de celebrante principal, puso el sacro Texto en el nuevo reclinatorio entre dos velas, y después, desde el altar central, tuvo el sermón, concluyendo con la lectura de las "promesas" que hemos reproducido más arriba».

[2] Jn 3,16: «Así demostró Dios su amor al mundo, llegando a dar a su Hijo único».

[3] Gál 2,20: «...me amó y se entregó por mí».

Si llevamos siempre el Evangelio con nosotros y lo practicamos, nuestro progreso individual será evidente; entonces el Instituto dará grandes pasos; entonces cumpliremos la misión que Dios nos ha confiado por medio de la Iglesia.

En el Evangelio se apoya la pluma que hemos ofrecido a Jesús Maestro,[4] como signo de la promesa que hemos hecho de esforzarnos, de comprometernos en la redacción, la promesa de escribir en conformidad al espíritu de la Iglesia, la promesa de rezar por los escritores, de apreciar y hacer apreciar sus fatigas.

Estas son las promesas que deben hacer los apóstoles de la edición, particularmente quienes se dedican a la redacción.[5]

---

[4] Esa pluma, de oro, con la tradicional forma de pluma de oca, estuvo en el facistol-reclinatorio de la Cripta hasta los años 70.

[5] Sobre esta celebración véase el artículo "Fiesta del divino Maestro" publicado en el *San Paolo* de marzo de 1952, donde se da también el ritual de la bendición del evangelio.

HORAS DE ADORACIÓN

AL PADRE CELESTIAL [1]

RSp
p. 91

La Hora de adoración de hoy al Padre celestial, la hacemos con Jesús, adivinando sus sentimientos de adoración y de amor a su Padre. Él quiso que en la gruta donde nació se cantase el *«Gloria in excelsis»*,[2] gloria al Padre celestial.

PRIMERA PARTE

Conocer al Padre. Levantemos nuestro pensamiento y nuestro corazón al cielo, a la Sma. Trinidad. Miremos al Padre que, desde toda la eternidad, continuamente engendra al Hijo; miremos al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo.

Adoremos a Dios creador de todas las cosas, visibles e invisibles. Jesús nos hace conocer a Dios como "Padre", para que los hombres no tengan sólo temor de él, sino que le amen como hijos. Nos lo da a conocer como "Padre nuestro" [cf. Mt 6,9]; y, en fin, como "Padre suyo" [cf. Jn 14,2]. El corazón de Jesús estaba lleno de amor al Padre, tanto que en su última oración le nombra 17 veces. En el huerto de los Olivos le invoca [cf. Mc 14,36] y en la cruz le confía su espíritu [cf. Lc 23,46].

Adoremos al Padre, principio de todas las cosas. Adoremos al Padre con su Hijo Jesucristo.

(Canto del padrenuestro).

La oración del "padrenuestro" fue compuesta por la sabiduría de Jesús. Recémosla a menudo, especialmente de mañanita y luego durante el día. Cuando nos encontremos en alguna dificultad y en alguna duda, recemos el "padrenuestro".

SEGUNDA PARTE

RSp
p. 92

Providencia del Padre celestial. «Por eso os digo: no andéis preocupados por la vida, pensando qué vais a comer; ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. Porque la vida vale

---

[1] Meditación dictada en las vísperas del domingo 17 de febrero de 1952. – Se advierte que en esta sección (pp. 111-140) la sucesión de las meditaciones no sigue el orden cronológico sino el sistemático de las materias, conforme a la edición original.

[2] Cf. Lc 2,14: «Gloria a Dios en el cielo».

más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo Dios los alimenta. ¡Y cuánto más valéis vosotros que los pájaros! ¿Y quién de vosotros a fuerza de preocuparse podrá añadir una hora sola al tiempo de su vida? Entonces, si no sois capaces ni siquiera de lo pequeño, ¿por qué os preocupáis de lo demás? Fijaos cómo crecen los lirios: ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿cuánto más no hará por vosotros, gente de poca fe? No estéis con el alma en un hilo, buscando qué comer o qué beber. Son los paganos del mundo entero quienes ponen su afán en esas cosas; pero ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de ellas. Por el contrario, buscad que él reine, y eso se os dará por añadidura. No temas, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Padre reinar de hecho entre vosotros. Vended vuestros bienes y dadlo en limosna; haceos bolsas que no se estropeen, una riqueza inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni echa a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis el corazón» (Lc 12,22-34).

Hemos de adorar la divina Providencia, de la que los hombres tan a menudo se quejan; porque nosotros, pobre gente, no entendemos, mientras que Dios dispone las cosas con infinita sabiduría.

El hombre había caído en un abismo con el pecado original. RSp p. 93 Dios Padre halla el modo de levantarle, | anunciando la redención mediante el sacrificio de su Hijo, a quien ordena los siglos de antes y después, hasta cuando él diga a los buenos: «Venid, benditos» [Mt 25,34].

Si queremos comprender la Providencia respecto a nosotros, pensemos en esto: Dios nos ha creado; nos ha salvado enviando a su divino Hijo a la tierra; nos ha dado una vocación especial; nos mantiene en vida; nos manda cada día su Espíritu, hasta que, si somos fieles, oigamos repetir: «Muy bien, empleado bueno y fiel» [Mt 25,21]. ¿Y quién podrá entonces medir el abismo de gozo que nos inundará en aquel momento?

Cantemos ahora el *«Dixit Dóminus»*.[3] En este salmo mesiánico vemos la providencia del Padre en orden al Hijo.

---

[3] Sal 110/109,1: «Oráculo del Señor».

TERCERA PARTE

Imitemos y oremos al Padre celestial. Imitar, tal es la invitación de Jesús: «Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo» (Mt 5,48). Debemos modelarnos en Dios, así nos lo indicó Jesús: «Felipe, quien me ve a mí esta viendo al Padre» (Jn 14,9). Imitando las virtudes de Jesús, imitamos al Padre. «A quien te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda. Os han enseñado que se mandó: "Amarás a tu prójimo" y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por quienes os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,42-45).

Al rezar, siempre nuestras oraciones de alguna manera se dirigen a él, el Padre. En la oración especial que dirigió al Padre, Jesús se encomendó a sí mismo [cf. Jn 17,1-26]. Encomendémonos también nosotros al Padre. | Jesús encomendó a los apóstoles; encomendemos también nosotros a quienes trabajan a nuestro lado en el apostolado del cine, de la prensa y de la radio. RSp p. 94

ELEVACIONES AL ETERNO PADRE

Padre, que nos has manifestado tu amor, mandando al mundo a tu Hijo unigénito, para que por medio de él, tengamos la vida (1Jn 4,9).

Padre, que en tu amor, nos has predestinado a ser hijos tuyos adoptivos, por medio de Cristo Jesús (Ef 1,5).

Padre, que nos has amado tanto que has querido hacernos realmente hijos tuyos (1Jn 3,1).

Padre, que has enviado a nuestros corazones el Espíritu de tu Hijo, que grita: «¡Abbá, Padre!» (Gál 4,6).

Padre, que en Cristo nos has bendecido con toda bendición del Espíritu (Ef 1,3).

Padre, que nos has elegido antes de la fundación del mundo para que estuviésemos consagrados y sin defecto a tus ojos (Ef 1,4).[4]

Padre, que nos has librado del poder de las tinieblas, trasladándonos al reino de tu querido Hijo (Col 1,13).

---

[4] En el original: Ef 1,3.

Padre, que nos has capacitado para tener parte en la herencia de los consagrados, en la luz (Col 1,12).

Padre, que nos has amado tanto y graciosamente nos has dado un ánimo indefectible y una magnífica esperanza (2Tes 2,16).[5]

Padre de Jesús, que por tu gran misericordia nos has hecho nacer de nuevo para la viva esperanza que nos diste resucitando de la muerte a Jesucristo (1Pe 1,3).[6]

Padre cariñoso y Dios de todo consuelo (2Cor 1,3).[7]

RSp p. 95 *Padre, que haces salir el sol sobre malos y buenos | y mandas la lluvia sobre justos e injustos* (Mt 5,45).

Padre, que no sentencias contra nadie, sino que la sentencia la has delegado toda en tu Hijo (Jn 5,22).

Padre, que dispones de la vida en ti mismo y también le has concedido al Hijo disponer de la vida (Jn 5,26).

Padre, que has enviado a tu Hijo Jesús para que todo quien le reconozca y le preste adhesión tenga vida definitiva (Jn 6,40).

Padre de Jesús, que nos das el verdadero pan del cielo (Jn 6,32).

Padre, que ves en lo escondido de nuestras almas (Mt 6,18).

Padre, que conoces todas nuestras necesidades (Mt 6,32).

Padre, que nutres los pájaros del cielo y haces crecer los lirios del campo (Mt 6,26).

Padre, sin cuyo permiso ni siquiera un pájaro cae al suelo (Mt 10,29).

Padre, Señor del cielo y de la tierra, que has escondido las cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla (Mt 11,25).

Padre, que buscas adoradores en espíritu y lealtad (Jn 4,23).

Padre de Jesús, de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15).

Padre de todos los hombres, que estás por encima de todos (Ef 4,6).

Padre de los astros de quien viene todo buen regalo (Sant 1,17a).

Padre, en quien no hay fases ni períodos de sombra (Sant 1,17b).

Dame el verdadero espíritu de adoración y haz que en cualquier acontecimiento de mi vida, reconozca un acto de amor de tu divina, inmutable y dulcísima paternidad.

---

[5] En el original: Tes 2,15.

[6] En el original: Pe 1,1-3.

[7] En el original: 1Cor 2,1-3.

A JESÚS CRUCIFICADO [1]

RSp
p. 96

La adoración de hoy va dirigida al crucifijo. Acompañemos hasta el Calvario al Salvador, con su Madre dolorosa. ¡Miremos a Jesús crucificado! La cruz era entonces una ignominia; ahora en cambio se eleva sobre las cimas de los montes, se expone en las escuelas y en las aulas de los tribunales. Después que Jesús murió en ella, la cruz ha pasado a ser un signo de victoria.

PRIMERA PARTE

Jesús fue crucificado porque vino a dar testimonio a la verdad. Murió por la verdad: «Desde ahora vais a ver al Hombre sentado a la derecha de la Potencia y llegar sobre las nubes del cielo» (Mt 26,64); «Luego ¿tú eres rey? –le dijo Pilato–. Contestó Jesús: "Tú lo estás diciendo, yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a favor de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz"» (cf. Jn 18,37). Jesús dio testimonio explícito a la verdad, proclamándose claramente rey, y diciendo haber venido justo para esto, «para dar testimonio a favor de la verdad». Los falsos testigos acusaban a Jesús de ser un seductor de las muchedumbres; pero un día ellos mismos habían dicho: «Maestro, sabemos que hablas y enseñas como se debe, sin tener en cuenta lo que cada uno sea» [Lc 20,21]. Pilato condena a Jesús porque se proclama rey y dice la verdad. Nosotros en cambio le glorificamos por eso.

Jesús fue víctima de la verdad, como lo fueron también sus seguidores, los mártires de todos los tiempos: desde los primeros hasta los de hoy en día. Hemos de estar firmes en la verdad, profesar nuestra fe con sinceridad. Hoy la fe es demasiado débil, en general. Si nos mantenemos firmes en la verdad, poco a poco nuestra fe se orienta hacia Dios y el cielo.

(Canto del himno a Jesús Maestro Verdad: «Lux una, Christe...»).[2] RSp

Ante el crucifijo confesamos la divinidad de Jesucristo que pende de ese duro madero y confesamos también su realeza. p. 97

(Rezo del credo).

---

[1] Meditación dictada la tarde del domingo 2 de marzo de 1952.

[2] «Oh sola luz, oh Cristo».

SEGUNDA PARTE

«Y cargando él mismo con la cruz, salió para el que llamaban "lugar de la Calavera" (que en la lengua del país, se dice Gólgota); allí le crucificaron y, con él, a otros dos, a un lado y a otro; en medio, a Jesús. Pilato escribió además un letrero y lo fijó en la cruz; estaba escrito: JESÚS EL NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS. Este letrero lo leyeron muchos judíos, porque estaba cerca de la ciudad el lugar donde fue crucificado Jesús. Y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Dijeron entonces a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos: "No dejes escrito: 'el rey de los judíos', sino: Este dijo: Soy rey de los judíos". Replicó Pilato: "Lo que he escrito, escrito lo dejo". Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su manto y lo hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado; además, la túnica. La túnica no tenía costura, estaba tejida toda entera desde arriba» (Jn 19,17-23).

Aquí tenemos a nuestro modelo, Jesús nuestro Camino. Él es ejemplo de misericordia: implora al Padre el perdón para quienes le clavaron en la cruz. Para el buen ladrón arrepentido tiene una promesa, que nos parece misteriosa: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» [Lc 23,43]. Tiene sed de almas: *«Sitio»* [Jn 19,28]. Lo ha concluido todo: *«Consummatum est»!* [Jn 19,30].

Ahora se comprende mejor la frase de Jesús: *«Si quis vult post me venire ábneget semetipsum, tollat crucem suam»*.[3] Se llegará como él incluso al Calvario, pero luego se llegará también a la ascensión al cielo. Si este es el camino de la gloria, ¡animémonos! Tenemos que beber también nosotros el cáliz del Salvador: *«Cálicem meum quidem bibetis»*,[4] pero asimismo seremos glorificados con él.

RSp p. 98 *(Canto del himno | a Jesús Camino: «Tu certa, Christe...»* [5] y *rezo del acto de caridad).*

Examen de conciencia sobre las virtudes de las que Jesús nos da ejemplo en la cruz: la benignidad, la misericordia, la pobreza, la obediencia, la mortificación. Cada uno diga de cora-

---

[3] Mt 16,24: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga».

[4] Mc 10,39: «El trago que voy a pasar yo, lo pasaréis».

[5] «Tú, Cristo, eres el único Camino».

zón: «Acuérdate, oh Jesús, de mí cuando vengas como rey, y ten piedad de mí y de todos los pecadores» [cf. Lc 23,42]; «Oh Jesús encendido de amor...»; [6] *Confíteor*.

TERCERA PARTE

Jesús, dando su vida por nosotros, nos salvó de la muerte. Y así como por el pecado de un solo hombre, todos nacemos con el pecado, así por la muerte de un solo hombre, que es también Dios, todos somos redimidos, justificados, rehabilitados [cf. Rom 5,12-21]. Somos de nuevo hijos de Dios y, como tales, también sus herederos, coherederos de Cristo [cf. Rom 8,17].

La Cruz es el estandarte de victoria; y asimismo símbolo de resurrección. Del costado abierto de Jesucristo «salió sangre y agua» [Jn 19,34]. Salió la Iglesia. El agua recuerda la del bautismo; la sangre recuerda el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que nutre nuestra alma.

Jesucristo es nuestra Vida. Debemos desear que esta vida se comunique a todos los hombres, del polo norte al polo sur. Debemos pedir sobre todo la gracia de que podamos siempre alimentar esta vida sobrenatural en nosotros, mediante el sacramento de la Eucaristía y de la confesión, ¡que hagamos siempre bien nuestras confesiones! A veces, pasando por las calles de la ciudad, el corazón se nos encoge: se ve un gran movimiento, parece haber la máxima vitalidad, y sin embargo son «cadáveres ambulantes»; muchas de esas personas que caminan, no tienen la vida de Jesucristo en ellas, son almas muertas.

Con nuestro apostolado, debemos llevar la vida a estas almas; debemos llevar las almas a Jesucristo. Entendamos la naturaleza del apostolado: no estamos aquí para divertirnos; hemos de llevar las almas a los sacramentos, a la confesión y a la comunión; | escribir sobre los sacramentos, medios de vida; ordenar a ellos todo nuestro apostolado; mientras no hayamos llevado las almas al confesionario, no hemos hecho nada, aunque las hayamos conmovido hasta las lágrimas. A estas lágrimas es

RSp p. 99

[6] La invocación completa muy usada en Italia sonaría así: «Jesús, de amor encendido, ¡nunca te hubiese ofendido! Oh Jesús bueno y clemente, ¡no quiero más ofenderte!».

necesario unir la Sangre de Jesucristo, para que obtengan el perdón de los pecados.

(Canto del himno a Jesús Camino: «Fons Christe...» [7]*).*

Jesús es llevado al sepulcro acompañado por María. Presentemos a Jesús, por medio de María, nuestras peticiones. Cada uno piense en las gracias que desea pedir, las que más le interesan, acerca de la piedad, el estudio, la pobreza, el apostolado.

(Padrenuestro, Salve Regina, Himno al divino Maestro: «Unus est Magíster vester...» [8]*).*

[7] «Oh Cristo, fuente de vida...».
[8] «Uno solo es vuestro Maestro».

AL ESPÍRITU SANTO [1]

PRIMERA PARTE

Lucas 1,15: «...Porque él [Juan Bautista] va a ser grande a los ojos del Señor; no beberá vino ni licor, se llenará de Espíritu Santo ya en el vientre de su madre».

La adoración de hoy la dirigimos al Espíritu Santo, pidiéndole que nos obtenga el amor a la vida interior.

En la anunciación a María, el ángel dijo: «El Espíritu Santo bajará sobre ti» (Lc 1,35).[2] Y entonces se formó Jesucristo en el vientre de María por obra del Espíritu Santo.

También en nosotros por medio del Espíritu Santo en el bautismo se forma una nueva creatura, el cristiano. Esta nueva creatura que tiene vida sobrenatural, que tiene una vida nueva, es obra del Espíritu Santo: Él es | el autor. No somos meros hombres, somos cristianos, somos *«alter Christus»*.[3] RSp p. 100

La vocación es obra del Espíritu Santo. Reconozcamos la "creación del Espíritu Santo" y honrémosle con el canto del *Veni creátor,* considerando la palabra *«creátor»*.

SEGUNDA PARTE

Jn 14,15-17: «Si me amáis, cumpliréis los mandamientos míos; yo, a mi vez, le rogaré al Padre y os dará otro valedor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad, el que el mundo no puede recibir porque no le percibe ni le reconoce. Vosotros le reconocéis, porque vive con vosotros y además estará con vosotros».

El Espíritu Santo llenó el alma del Bautista, de Isabel y de Zacarías; el mismo Espíritu produce en nosotros la fe, la esperanza, la caridad y las virtudes cardinales; nos da el gusto por las cosas santas, la atracción al altar, a consagrarnos al Señor.

Cuando se tiene el Espíritu Santo y se le secunda, se prueba el gusto por las cosas santas, por la mortificación, por la oración.

---

[1] Meditación dictada el domingo 10 de febrero de 1952, a las 16,30.

[2] En el original: Lc 1,28, cita no correcta.

[3] «Otro Cristo».

El Espíritu Santo lo poseían los apóstoles cuando, vilipendiados porque predicaban a Jesucristo, *«ibant gaudentes quoniam digni hábiti sunt pro nómine Jesu contumeliam pati»* (He 5,41).[4]

Quien no tiene el Espíritu Santo, teme el sufrimiento.

Hay almas con el gusto de las cosas divinas; otras en cambio sólo conocen el gusto de las cosas mundanas.

«No irritéis al santo Espíritu de Dios que os selló» (Ef 4,30).

El pecado mortal arroja de nuestra alma al Espíritu Santo; el pecado venial disminuye la obra del Espíritu Santo en nuestra alma.

Hay pecados contra el Espíritu Santo, entre ellos recordemos la desesperación y la presunción.

RSp p. 101 Pidamos la gracia de comprender las bienaventuranzas, que son fruto de la gracia del Espíritu Santo.

(Canto de las bienaventuranzas).

TERCERA PARTE

Hechos 2,1-4:[5] «Al llegar el día de Pentecostés estaban todos juntos reunidos con un mismo propósito. De repente un ruido del cielo, como violenta ráfaga de viento, resonó en toda la casa donde se encontraban, y vieron aparecer unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse».

El Espíritu Santo en la Iglesia. Por el Espíritu Santo nació la Iglesia, la cual vive de él, como nuestro cuerpo vive del alma y el alma vive de la gracia.

El apóstol[6] lanza este reproche: «Siempre resistís al Espíritu Santo» (He 7,51).[7] Se resiste al Espíritu Santo, resistiendo a las inspiraciones. ¡Sí, hay quienes resisten al Espíritu Santo! ¿Y

---

[4] «Los apóstoles salieron del Consejo contentos de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús».

[5] En el original: He 2,1-5.

[6] No son palabras del apóstol, sino del protomártir Esteban.

[7] En el original: Lc 7,5.

creemos tener paz resistiendo al Espíritu Santo, o sea a las exhortaciones, avisos del confesor, las divinas inspiraciones?

El Espíritu Santo fortifica en la Iglesia a los mártires, a los apóstoles, los doctores y los vírgenes, inundados de Espíritu Santo. El Espíritu Santo puebla los cielos. Debemos recordar que, nacidos del Espíritu Santo, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tenemos en nosotros una vida nueva.

El Espíritu Santo nos obtenga particularmente estas gracias: diligencia en el examen de conciencia y amor a la vida interior.

Hay que sentir la belleza del apostolado. Quien no amase el apostolado, quien no lo comprendiese, quien no tuviese celo por las almas, estaría siempre desconsolado.

Pidamos aún otra gracia: la unión. Que estemos unidos con el Papa, a través de los superiores, y luego unidos también entre nosotros: un solo espíritu, una sola dirección, con entusiasmo, sin resistir al Espíritu Santo. *«Ut unum sint»*,[8] fue la gran preocupación del divino Maestro. RSp p. 102

Unidos juntos en caridad, cumpliremos bien nuestro apostolado, tendremos consolaciones y méritos, y un día participaremos del mismo gozo en el cielo.

Pidamos un divino Pentecostés sobre nosotros, en este momento, y cantemos la Oración sacerdotal de Jesús antes de su pasión, con la misma preocupación que tuvo entonces Jesús: *«Ut unum sint»:* que sean una cosa sola.

[8] Jn 17,21: «Que sean todos uno».

A LA SANTÍSIMA TRINIDAD [1]

Dirigimos la presente Hora de adoración a la Sma. Trinidad.

Respecto al misterio de la Sma. Trinidad, tenemos tres devociones: conocer, creer y profesar este misterio.

PRIMERA PARTE: *Conocer a la santísima Trinidad.*

El hecho evangélico del bautismo de Jesús (Mt 3,13-17) nos recuerda a la Sma. Trinidad, pues se da la presencia de Jesús, el Hombre-Dios, que es bautizado, el Espíritu Santo en forma de paloma y el Padre que deja oír su voz.

Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios Uno y Trino [cf. Gén 1,27]; hay una unidad en el ser y una trinidad en las facultades. La voluntad nos refiere a la potencia del Padre; el Hijo enciende en nosotros la luz de la | razón; el Espíritu Santo infunde el amor en nuestro corazón. Luego, en el bautismo, la Sma. Trinidad ha impreso en nosotros su imagen con la fe, la esperanza y la caridad. La Trinidad ha impreso la figura de sí misma en toda la creación; hay muchos libros que explican muy bien esta verdad.[2]

RSp p. 103

Adoramos una misma naturaleza, una misma majestad divina, en las tres Personas de la Sma. Trinidad (ver Símbolo atanasiano).[3]

Profesamos este misterio con el signo de la santa Cruz.

SEGUNDA PARTE: *Creer en la santísima Trinidad.*

En segundo lugar debemos *creer* en el misterio de la santísima Trinidad.

Evangelio de Mateo (28,16-20): «Los once discípulos fueron a Galilea al monte donde Jesús les había citado. Al verle se postraron ante él, los mismos que habían dudado. Jesús se acercó y les habló así: “Se me ha dado plena autoridad en el cielo y

---

[1] Meditación dictada el domingo 24 de febrero de 1952, a las 16,30.

[2] Alude particularmente al célebre tratado de E. Dubois, *El Divino Ejemplarismo* (cf. *Abundantes divitiæ*, n. 195).

[3] Es el amplio “credo” de la fe católica (llamado *“Quicumque”* que se rezaba aún en la Liturgia de las Horas de la Sma. Trinidad), atribuido a san Atanasio patriarca de Alejandría de Egipto (hacia 300-373).

en la tierra. Id y haced discípulos de todas las naciones, bautizadlos para vincularlos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo y enseñadles a guardar todo lo que os mandé; mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin de esta edad"».

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo estamos bautizados, hemos recibido la confirmación; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se administran todos los sacramentos.

Creer para ver un día; inclinar nuestra mente, eso es el acto de fe, el acto más meritorio. No comprendemos el misterio, pero lo han creído sin comprenderlo los grandes, nuestros antepasados. «Ahora vemos confusamente en un espejo, mientras entonces veremos cara a cara» (1Cor 13,12).

Consideremos que la Sma. Trinidad está en nosotros, ¡Dios infinito está en nosotros! *«Si quis díligit me, sermonem meum | servabit, et Pater meus díligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus»*[4] (Jn 14,23).[5] Respetemos a Dios en nosotros, con un porte decoroso, con respeto al hablar, al presentarnos, en toda nuestra actitud. Somos portadores de Dios, nuestro corazón es un sagrario. RSp p. 104

¿Tenemos pensamientos y sentimientos dignos de quien lleva a Dios dentro de sí? Pensemos en san Tarsicio:[6] él llevaba consigo a Jesús sacramentado; ¡nosotros llevamos a la Sma. Trinidad!

¿Respetamos a Dios en los hermanos? También ellos llevan a Dios consigo. Y aun cuando fuesen pecadores, han sido hechos a imagen de Dios.

¿Solemos hablar bien de todos? ¿Les compadecemos, les excusamos? ¿Somos serviciales con quienes están cerca? ¿Llevamos el peso unos de otros [cf. Gál 6,2]?

¿Respetamos el templo de Dios, la iglesia, entrando en ella con gran respeto, estando en postura decorosa, con recogimiento, ofreciendo a Dios nuestra mente, nuestra voluntad y nuestro corazón en la oración? Si así no ha sido siempre, pidamos perdón.

---

[4] «Uno que me ama cumplirá mi mensaje y mi Padre le demostrará su amor: vendremos a él y nos quedaremos a vivir con él».

[5] En el original: Jn 3,23, cita no correcta.

[6] Tarsicio, joven diácono romano del siglo III. Según la tradición, pereció a manos de una muchedumbre pagana mientras llevaba la Eucaristía a los cristianos encarcelados.

TERCERA PARTE: *Confesar nuestra fe en la Sma. Trinidad*.

Tenemos que confesar nuestra fe de palabra, con las obras y en el apostolado.

Evangelio de Mateo (17,5): «Todavía estaba hablando (Jesús), cuando una nube luminosa les cubrió con su sombra, y dijo una voz desde la nube: "Éste es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor. Escuchadle"».

Era la visión del cielo. Y nosotros estamos ahora llamados a confesar públicamente nuestra fe; hay viles que la esconden, y pusilánimes que se dejan vencer por el respeto humano, como si Dios no mereciera el respeto que ellos tienen a un infeliz.

¿Es que van a ser las creaturas quienes nos den la felicidad eterna? Mirad cuán audaces y descarados son los malos. Justo quienes tendrían que esconderse, se presentan en primer plano y se jactan de haberla urdido impunemente, sin ser descubiertos. Pero llegará el día en que el Hijo del Hombre[7] | nos reconocerá RSp p. 105 ante el Padre como siervos fieles y animosos [cf. Mt 10,32; Mt 25,21]. ¡He ahí la victoria! Vendrá el juicio universal, cuando los malos dirán: «¡Ah, insensatos de nosotros! Su vida nos parecía una locura, y su muerte una deshonra; ¿cómo ahora les cuentan entre los hijos de Dios?» (Sab 5,4).

¿Decimos bien el credo, el acto de fe?

¡Gustemos un poco esos artículos que son espíritu y vida! ¡Amemos la teología y el catecismo! ¡Demostremos preferir la ciencia de Dios a la profana! Cuando se trata del servicio de Dios, hemos de ser más generosos, por encima de cuanto lo son quienes juegan un partido. Es mucho más grande nuestro juego, y ¡ay si lo perdemos! Y en el apostolado, gozo, gran gozo de escribir, imprimir, difundir el nombre de Dios, de Jesús, en darles a conocer. *«Hæc est vita æterna: ut cognóscant te et quem misisti Jesum Christum»*.[8]

Si alguien trabaja para ganarse el pan, está bien; pero mucho mejor trabajar para ganar y distribuir el pan de vida eterna, el Pan de la Verdad, para dárselo a los hombres, para hacer conocer a este Dios, Uno y Trino.

Agradezcámosle el habernos creado, redimido; y el habernos llamado al apostolado.

---

[7] En el original: Padre celestial, *lapsus*.

[8] Jn 17,3: «Esta es la vida definitiva, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, conociendo a tu enviado Jesucristo».

SOBRE EL «UNUM NECESSARIUM» [1]

La finalidad de la presente Hora de adoración es intentar comprender el *«unum necessarium»*.[2] Que el Maestro divino desde la Hostia santa nos haga entender que una sola cosa es necesaria: salvar el alma.

No nos olvidemos de que estamos siempre en peligro en cuanto a la salvación eterna, y por ello debemos siempre recurrir | a los medios que son necesarios para asegurar a nuestra alma el paraíso. RSp p. 106

PRIMERA PARTE

Vamos a considerar lo que nos aguarda; nuestra vocación; la vocación a la santidad.

«Después de esto apareció en la visión una muchedumbre innumerable de toda nación y raza, pueblo y lengua» (Ap 7,9).

He ahí el puesto que nos aguarda allá arriba, donde el Señor enjugará toda lágrima. Ya no habrá llanto ni luto, sino gozo perdurable [cf. Ap 21,4]. Pensemos en la eternidad. ¡Se piensa demasiado en la vida presente, que dura tan poco! ¡Pensemos en la eternidad que no tiene límites de tiempo!

Consideremos también que estamos siempre en peligro en cuanto a la salvación eterna.

«Un magistrado le preguntó a Jesús: "Maestro insigne, ¿qué tengo que hacer para heredar vida definitiva?" Jesús le contestó: "¿Por qué me llamas insigne? Insigne como Dios, ninguno. Ya sabes los mandamientos: No cometas adulterio, no mates, no robes, no des falso testimonio, sustenta a tu padre y a tu madre". Él replicó: "Todo eso lo he cumplido desde joven". Al oírlo Jesús, le dijo: "Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres, que tendrás en Dios tu riqueza; y, anda,

---

[1] Meditación dictada el domingo 9 de marzo de 1952, a las 16,30. – Del *"Diario":* «Por la tarde buscaba un libro [sobre el tema que debía predicar]. Pero una media hora antes de ir a la Cripta, le viene a la mente otro argumento: "*Unum est necessarium* = ¡la vida eterna!" y se orienta a ello, preparándose en un cuarto de hora».

[2] Lc 10,42: «Sólo una cosa es necesaria».

sígueme a mí". Al oír aquello se puso muy triste, porque era riquísimo» (Lc 18,18-23).

Tenía clarísima, aquel joven, la vocación a la vida más perfecta; pero no aceptó la invitación.

En cambio, a los apóstoles, que lo dejaron todo por seguir a Jesús, se les hizo la gran promesa: «Cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, también vosotros... os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» [Mt 19,28].

RSp p. 107 ¡Oh Jesús bendito!, haz que tu palabra penetre | en mi alma; haz que yo comprenda cuán soberbio soy. No te alejes con tu gracia; no calles en tus exhortaciones; sigue hablándome; si fue escaso el fruto recogido en el pasado, hoy, humillado por mi sordera, declaro querer seguirte y seguirte generosamente, no como el joven rico, que se retiró por el apego a las cosas terrenas; no como otros que se retiraron por miedo de la pobreza o de la obediencia. Quiero seguirte con generosidad y tendré el céntuplo en esta vida y poseeré en la otra, la vida eterna [cf. Mt 19,29].

(Cantad el himno a Jesús Maestro; [3] *seguid la traducción).*

SEGUNDA PARTE: *Necesidad de pensar en la salvación eterna.*

«Pareceos a los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para, cuando llegue, abrirle en cuanto llame. ¡Dichosos esos siervos si el señor al llegar les encuentra despiertos! Os aseguro que él se pondrá el delantal, les hará recostarse y les irá sirviendo uno a uno [...]. Estad también vosotros preparados, pues, cuando menos lo penséis, llegará el Hijo del Hombre» (Lc 12,36-37.40).

¡Hemos de pensar en la salvación del alma! El alma es la cosa más preciosa. Todo se pierde, todo cae con la muerte; sólo queda el bien y el mal que se ha hecho.

«Si tu mano te pone en peligro, córtatela; más te vale entrar manco en la vida que no ir con las dos manos al quemadero, al fuego inextinguible» (cf. Mc 9,43).

¿Qué más podía decirnos el Señor, para recordarnos que no hemos de pensar sólo en la vida presente? No es justo decir: "Esto me gusta, esto me es útil...". Hay que decir: "Esto me ayuda, es de utilidad para la vida eterna". Y si las manos y los

[3] «*Unus est Magister vester* – Uno solo es vuestro Maestro».

pies nos obligan a hacer o a ir donde no debemos, es mejor cortarlos: ¡lo ha dicho Jesús!

Si Jesús es eterna Verdad y si el mundo es engaño, recordad las palabras que ayer dijo el santo Padre a los párrocos y a los cuaresmeros de Roma: *Evitad el mundo.* No nos dejemos arrastrar por el mal; acerquémonos a Jesús. El mal viene del diablo; ¿pretendemos, quizás, que el diablo nos deje en paz? El pecado no nos da paz. Judas no la tuvo ni siquiera cuando apretó la bolsa con las treinta monedas dentro. RSp p. 108

Solo Dios da la paz. Dios es el gozo y la fuente de todos nuestros consuelos: Él es el bien infinito. Acerquémonos a él, a Dios, ¡seamos siempre más de Dios!

Examinémonos. ¿Hay en nosotros algún impedimento que nos aleja de Dios, que nos impide darnos completamente a él?

(«Jesús de amor encendido...». «Confíteor». Canto del himno a Jesús Maestro Verdad: «Lux una, Christe»).[4]

TERCERA PARTE: *Medios para asegurar la salvación eterna.*

«Todavía estaba Jesús hablando a las multitudes cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: "Oye, tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren hablar contigo". Pero él contestó al que le avisaba: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo: "Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que lleva a efecto el designio de mi Padre, ese es hermano mío y hermana y madre"» (Mt 12,46-50).

Hay que invocar siempre la luz divina para comprender y hacer la voluntad de Dios. «Envíanos tu luz, oh Jesús, tú que eres la Verdad».

El paraíso es como un campo donde está escondido un tesoro precioso; quien lo ha descubierto, lo trabaja y hace fructificar y se convierte en su dueño [cf. Mt 13,44].

Vosotros, los que lo habéis dejado todo, ¡ánimo! No miréis ya | atrás. «El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios» [cf. Lc 9,62]. Hay que ser almas fuertes, generosas, valerosas, audaces como san Pablo. RSp p. 109

[4] «Oh Cristo, única luz».

No caminemos lentamente; no queramos tener el pie en dos estribos. ¡Generosidad y energía en la piedad, en el estudio y en el apostolado! Que no nos detenga ningún sacrificio; no nos paremos nunca; quien es generoso, será feliz en su estado.

«Se parece también el reino de Dios a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, reúnen los buenos en cestos y tiran los malos. Lo mismo sucederá al fin de esta edad: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los arrojarán al horno encendido» [cf. Mt 13,47-50].

¿Dónde estaremos aquel día? Nosotros confiamos en la misericordia de Jesús, en su Sangre, en sus méritos, en la intercesión de su Madre santísima. Y como caminamos en medio de peligros y nuestra barquilla es continuamente sacudida por las pasiones y estorbada por dificultades externas e internas, gritamos: «*Salva nos, Dómine, perímus*».[5] Él nos tranquilizará: «¿Por qué sois cobardes? ¡Qué poca fe!» [cf. Mt 8,26]. Mandará entonces al viento y a la tempestad y volverá la calma, y podremos conseguir la salvación, la santidad, el paraíso.

(Cantemos el himno a san José: «Te, Jóseph, célebrent...»).[6]

San José nos ayude y obtenga la fidelidad al deber, para conseguir el premio reservado al siervo bueno y fiel.

---

[5] Mt 8,25: «Sálvanos, Señor, que perecemos».

[6] «A ti, José, se eleve el canto...».

SOBRE LA CARIDAD [1]

RSp
p. 110

PRIMERA PARTE

La primera parte de esta Hora de adoración debe llevarnos a hacer un buen acto de fe, en relación con la caridad.

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y le asaltaron unos bandidos; le desnudaron, le molieron a palos y se marcharon dejándole medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verle, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un clérigo que llegó a aquel sitio: al verle, dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, al verle, se conmovió, se acercó a él y le vendó las heridas echándoles aceite y vino; luego le montó en su propia cabalgadura, le llevó a una posada y le cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios de plata y, dándoselos al posadero, le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta". ¿Cuál de estos tres –preguntó Jesús– se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos? Y el jurista contestó: "El que tuvo compasión de él". Jesús le dijo: "Pues anda, haz tú lo mismo"» (Lc 10,30-37).

En este paso estamos justo en el corazón del Evangelio. Puede decirse que el resumen de todo el Evangelio está precisamente aquí: caridad hacia Dios y caridad hacia el prójimo.

¿Por qué amar al prójimo? Porque es imagen de Dios. Hemos de pasar ante el hermano con la reverencia con que pasamos ante la imagen de la Sma. Trinidad. El prójimo, el hermano representa | a Jesucristo y cuanto hagamos a nuestro prójimo, Jesús lo considera como hecho a él mismo.

RSp
p. 111

¡Oh Jesús!, medito tus palabras, las que pronunciarás en el juicio universal: «Venid, benditos de mi Padre a recibir el premio que os estaba preparado. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis...» (Mt 25,34-36).

---

[1] Meditación dictada el jueves 13 de marzo de 1952. – Del *"Diario":* «Hacia las 15 va a la "Villa S. Giuseppe" para una instrucción a los novicios; entreteniéndose por casi una hora. A la vuelta se prepara para la Hora de adoración en la Cripta, predicada sobre la caridad como medio de reparación».

Deseo oír esta palabra en el gran día. ¡Oh Jesús!, todo cuanto hacemos, por ti lo hacemos. Pero ¿cuántas veces te hemos ofendido, ofendiendo a nuestro prójimo? Tiene que darse entre nosotros un vínculo más estrecho, ¡más amor! ¿Qué nos diría san Pablo, él que es nuestro Padre?

La caridad entre nosotros es más valiosa, pero también más difícil. La caridad fraterna requiere lo que dice san Pablo en su himno a la caridad: que sea paciente, benigna, capaz de soportar y de excusar [cf. 1Cor 13,1-13].

La caridad no se conocía en la tierra, y Jesús la trajo del cielo: «Amaos como yo os he amado» (Jn 13,34). ¡Hasta qué punto nos has amado, oh Jesús! Lo dijiste tú mismo: «Nadie tiene amor más grande por los amigos que uno que entrega su vida por ellos» (Jn 15,13). Y tú has dado la vida por nosotros, oh Jesús. Amémonos y adoremos la caridad del Corazón de Jesús. Examen: ¿creemos en el amor de Jesús? Si creemos, cantemos el credo.

Recemos un avemaría al Corazón inmaculado de María, para que forme en nosotros un corazón conforme al Corazón sacratísimo de Jesús, todo henchido de bondad en pensamientos, palabras, acciones, sentimientos y comportamiento.

SEGUNDA PARTE

En la segunda parte de la Hora de adoración, hagamos el examen de conciencia sobre la caridad. Invoquemos el auxilio
RSp del Corazón sacratísimo de Jesús, | de la Virgen y del ángel
p. 112 custodio, para que nos hagan entrar en el fondo de nuestros pensamientos y sentimientos.

Caridad en los pensamientos. ¿Pensamos bien de todos? ¿Ha habido tal vez sospechas temerarias, juicios temerarios, orgullo y desprecio hacia alguno, superior o igual o inferior? ¿He reflexionado lo suficiente de que incluso un niño puede ser grande, más que yo, ante Dios, y que aquellos a quienes a veces desestimo puede que un día los vea mucho más en alto en el paraíso?

Caridad en los sentimientos. ¿Amo a todos? ¿Amo el Instituto, sus obras, sus iniciativas? ¿Amo el apostolado? ¿Amo las vocaciones? ¿Hay tal vez envidias en mi corazón? ¿Hay frialdad o rencor? ¿Me complazco del bien de los demás y de las gracias de Dios en ellos?

¿Rezo por todos, especialmente por quienes me hacen bien, material o espiritual o intelectual? ¿Deseo la salvación, la buena muerte para todos? ¿Deseo la liberación de las almas del purgatorio? Cuando digo el padrenuestro, ¿ruego por todos?

Caridad en las palabras. Examinémonos cómo observamos la caridad en las palabras, cómo hablamos de los otros. ¿Sabemos cubrir los defectos? ¿Sabemos excusarlos? ¿Evitamos toda murmuración? ¿Salen siempre de nuestra boca palabras que siembran gozo, aportan paz, infunden ánimos y amor a la virtud y a los deberes?

Caridad en las acciones. La caridad requiere que, en lo posible, hagamos el bien a todos, especialmente con el buen ejemplo, que es la *gran caridad.*

Buen ejemplo en la puntualidad, buen ejemplo en el apostolado, en la piedad, en el estudio, en la observancia de la obediencia, de la castidad, de la pobreza: ¡nuestra vida puede ser una continua gran caridad!

El apostolado es el gran bien que aportamos a los hombres, como Jesús, que *«propter nos hómines et propter nostram salutem, descendit de cœlis»*.[2] ¿Hacemos | el apostolado con recta in- RSp
tención, con aplicación? ¿Cómo hacemos la redacción, la parte p. 113
técnica y la propaganda? Es el tiempo de sembrar esta caridad, ahora cuando tantos errores hay diseminados en el mundo.

«Caritatem facientes in veritate».[3] Declarémonos confundidos ante Jesús: ¡qué lejos estamos de la caridad demostrada por él con todos: pecadores, enfermos, afligidos!

Oh Jesús, ¡cuánto hemos de avergonzarnos ante ti, nosotros que tantas veces no sabemos molestarnos por el hermano!

Señor, estamos todos reunidos ante ti, conscientes de tener que reparar las faltas de caridad individuales y las faltas colectivas, de todo el Instituto, contra esta virtud.

No nos hemos amado suficientemente en pensamientos, en sentimientos, en palabras, en obras, en el buen ejemplo, en el apostolado. Te rogamos aceptes en reparación de nuestros fallos

---

[2] «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo», artículo del *credo niceno-costantinopolitano*.

[3] Ef 4,15: «Siendo auténticos en el amor». El texto bíblico latino es: *«Veritatem facientes in caritate»,* pero el significado sustancial no cambia.

tu propia Sangre ofreciéndola al Padre. A tu corazón le desagradan sobre todo las faltas contra esta virtud, porque el centro del Evangelio está aquí: ¡caridad, caridad!

En nombre de todo el Instituto, yo te pido perdón.

Recemos ahora todos el *«Miserere»*.

TERCERA PARTE

Propósitos sobre la caridad.

El segundo precepto es semejante al primero: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22,39). «Anda, haz tú lo mismo» (Lc 10,37)

Rezaremos una parte del rosario: los *misterios dolorosos.*

Con el primer misterio doloroso pedimos la gracia de no faltar a la caridad en los pensamientos. Reflexionemos cómo Jesús se dispuso a ir a morir por los hombres.

Con el segundo misterio doloroso pedimos la caridad en los pensamientos, en los sentimientos, en el interior.

RSp p. 114 Con el tercer misterio doloroso pedimos la gracia de grabar aún más en nuestra mente que “el segundo precepto es semejante al primero” y pedimos la caridad en las palabras.

Con el cuarto misterio doloroso pedimos comprender cada vez más el «amarás a tu prójimo como a ti mismo» y pedimos la caridad en las obras.

Con el quinto misterio doloroso pedimos la perfección de la caridad que llega al sacrificio. De cada visita al Smo. Sacramento hay que salir con un propósito fijo, bien determinado (no muchos propósitos). Y hoy nos lo dan las palabras de Jesús: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

SOBRE LA ORACIÓN [1]

Fueron al Templo para orar un fariseo y un publicano. El fariseo se presentó a Dios para contar sus méritos; el publicano, en cambio, inclinó la cabeza y empezó a golpearse el pecho: «Dios mío, ten piedad de este pecador» (Lc 18,13). El publicano se presentó a Dios como pecador, oró como pecador y volvió a casa justificado.

Oremos también nosotros esta tarde, convencidos de nuestra indignidad; invoquemos la misericordia divina, y ante todo pidamos perdón de las faltas cometidas respecto a la oración. Inclinemos la cabeza, mantengámonos humildes, pidamos luz, piedad y gracia.

(Canto del «De profundis» [2]).

PRIMERA PARTE

«Una vez estaba Jesús orando en cierto lugar; al terminar, uno de sus discípulos | le pidió: "Señor, enséñanos a orar, como RSp
Juan enseñó a sus discípulos"» [Lc 11,1-2]. Y les dijo: «Voso- p. 115
tros rezad así: Padre nuestro del cielo, proclámese ese nombre tuyo, llegue tu reinado, realícese en la tierra tu designio del cielo; nuestro pan del mañana dánoslo hoy y perdónanos nuestras deudas, que también nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes ceder a la tentación, sino líbranos del Malo» (Mt 6,9-13).

Resuena en nuestros oídos la petición que le hicieron los apóstoles, y la hacemos también nosotros: «Maestro, enséñanos a orar» [Lc 11,1] y haz que penetre en nuestras almas tu palabra: «*Oportet semper orare et nunquam defícere:* hay que orar siempre y no desanimarse» (Lc 18,1).

Oh Jesús Maestro, tú eres el Camino, la Verdad y la Vida; tú nos has enseñado y, antes de hablar, nos has dado ejemplo; has

---

[1] Meditación dictada la tarde del viernes 14 de marzo de 1952. – Del *"Diario":* «Pasa un poco de tiempo recogido en su habitación, para prepararse a la Hora de adoración, que será en la Cripta de 18 a 19 horas. El argumento, la oración: necesidad, cualidad, condiciones para orar bien».

[2] Sal 130/129: «Desde lo hondo (a ti grito, Señor)».

orado prolongadamente, y sobre todo has adquirido ante tu Padre el derecho a ser escuchado, con tu dolorosísima pasión y muerte.

Creo, Jesús, en tu palabra. Creo, en primer lugar, que estás en el Padre, y adoro tu bondad; creo en la promesa que nos has hecho: «Cualquier cosa que le pidáis al Padre en unión conmigo, os la dará» (cf. Jn 15,16).[3] Creo que, en tu nombre, debemos orar al Padre; creo en tus méritos, y creo obtener cualquier gracia por el valor de tu pasión, por el valor de tu muerte en la cruz.

¡Oh, cuántas veces he recurrido a otros medios y no a la oración! ¡Cuántas veces los hombres buscan a derecha e izquierda, van y vienen y caminan y piden consejos en otras partes, sin venir a ti, oh Jesús! ¡Cuántas veces hay necesidad de bienes y no se recurre a ti, que eres el sumo bien! También yo, tantas veces, te he olvidado y buscado ayuda en otras partes. Pero las
RSp mañas humanas, sin ti, ¿a qué pueden | llegar?
p. 116 Infúndeme, oh Jesús, una fe viva en tu paterna bondad; una fe viva en las promesas que nos has hecho. Creo que eres infinitamente fiel; creo que a quien pide se le da, por los méritos de tu pasión y muerte.

Ahora me propongo rezar el *«padrenuestro»* que nos has enseñado, con humildad, con profunda humildad.

Con mi pensamiento, con mi alma subo al cielo para contemplar a la Sma. Trinidad: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Con fe me dirijo al Padre que me ha creado, al Hijo que me ha redimido, al Espíritu Santo que me santifica.

(Rezo del «padrenuestro»).

SEGUNDA PARTE

Examen de conciencia acerca de la oración.

Repitamos la petición: «Maestro, enséñanos a orar». Enséñanos a orar bien, es decir con humildad, confianza, perseverancia, espíritu sobrenatural: *«Oportet semper orare»*.[4]

Y nosotros ¿hemos orado *con perseverancia?* Por la mañana, ¿hemos oído bien la misa, hemos hecho bien la comunión y la meditación? Durante el día, ¿hemos dicho frecuentes jaculatorias? ¿Hemos hecho la visita entera, todos los días?

---

[3] En el original: Mt 7,7.

[4] «Hay que orar siempre».

¿Hemos rezado *con humildad?* ¿Nos hemos dispuesto a la oración con humildad, con sincero arrepentimiento? ¿Nos hemos presentado a Dios en actitud de pecadores? ¿Conocemos las necesidades de nuestra alma, o el orgullo nos pone un velo y, al ir a rezar, casi no sabemos reconocer nuestras necesidades, y no sentimos casi la exigencia de la oración en sí? El orgulloso cree tener suficiente capacidad, suficiente inteligencia y habilidad como para no necesitar ni de consejos de los hombres ni de la gracia de Dios. Por eso la oración del orgulloso es como la del fariseo, que se jactaba de los propios méritos y despreciaba a aquel publicano, allá en el fondo del templo, golpeándose el pecho [cf. Lc 18,9-14].

¿Hemos orado siempre *con fe?* En la vida de quien no reza se dan fracasos en cadena, internos y externos. En cambio quien reza recibe gracia sobre gracia. «Llamad y os abrirán, pedid y se os dará, porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren» (Mt 7,7; cf. Lc 11,10). ¿Tienes, oh Jesús, algún reproche que hacer en este momento a nuestras almas? Tú nos conoces; tú lees hasta el fondo. RSp p. 117

¿Hemos rezado *con espíritu sobrenatural?* «Si a uno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a ofrecer una piedra? O si le pide un pescado, ¿le va a ofrecer una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le va a ofrecer un alacrán? Pues si vosotros, aun si sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el padre del cielo dará Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11,12-13; cf. Mt 7,9-11).

Pedid la santidad, la gracia de hacer la voluntad de Dios. Sea ésta la petición central de toda oración: que sepamos comprender la voluntad de Dios. ¿Busco la gloria de Dios y el bien de las almas? ¿Pido que las almas rechacen las tentaciones, que resurjan del pecado, que mejoren?

Examen profundo; dolor sincero, resoluciones firmes.

(Canto: «Ave, María»).

TERCERA PARTE

Pidamos la gracia de rezar bien, y ofrezcamos una satisfacción colectiva al Señor por todas nuestras faltas en la oración; por la oración no hecha, o no hecha como se debe: con fe, perseverancia, humildad, espíritu sobrenatural.

La reparación la ofrecemos al Padre celeste por medio tuyo, oh Jesús, rezando el *primer misterio doloroso.* Fue de veras dolorosa la hora que pasaste en el huerto de los Olivos; ¡fue de veras una oración bien hecha, la tuya! Ofrecemos tu sudor de sangre por nuestros fallos en la oración.

RSp p. 118

Luego rezaremos una tercera parte del rosario, los *misterios gozosos.* Pidamos a Jesús, por intercesión de María, la gracia de rezar siempre y de hacerlo con las debidas disposiciones.

Primer misterio: Encontramos a María, allá en su casita, recogida y en oración. Ella ruega para que venga pronto el Mesías a salvar a la humanidad; y su oración agrada a Dios. Supliquemos al Señor que nuestra oración se asemeje un poco a la de María, y pidamos la gracia de rezar siempre, siguiendo todas las prácticas de piedad dispuestas por las Constituciones: las diarias, las semanales, las mensuales, las anuales... hasta cuando terminemos de orar en esta tierra para empezar a rezar con los ángeles en el cielo.

Segundo misterio: «Maestro, enséñanos a orar» [Lc 11,1]. Con este misterio queremos reparar las faltas en la oración: faltas cercanas, lejanas, recientes, remotas. ¡Oh, cuánta abundancia de Espíritu Santo tendríamos, cuánto más santos seríamos, si hubiéramos siempre rezado bien!

Tercer misterio: La Virgen santísima y san José adoran al Niño Jesús, puesto en un pesebre, y oran; son ellos los primeros adoradores. Unámonos a ellos para adorar y orar.

Cuarto misterio: «Maestro, enséñanos a orar» ¡y a orar bien!

Quinto misterio: Todavía la misma petición: «Maestro, enséñanos a orar», para que podamos salir de esta Hora de adoración con una resolución profunda sobre nuestra oración.

(Canto: «Laudate Dóminum, omnes gentes»).[5]

[5] Sal 117/116,1: «Alabad al Señor todas las naciones».

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA [1]

RSp p. 119

En esta Hora de adoración vamos a meditar sobre el sacramento de la penitencia y a pedir la gracia de comprender bien la frase de Jesús: «Dará más alegría en el cielo un pecador que se enmienda, que noventa y nueve justos que no sienten necesidad de enmendarse» (Lc 15,7).

«Un hombre tenía dos hijos; el menor le dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la fortuna que me toca". El padre les repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido...» [Lc 15,11-32].[2]

PRIMERA PARTE

RSp p. 120

¡Bendito seas, oh Jesús, por el sacramento de la penitencia! Te escucho en mi espíritu, pareciéndome oírte cuando, apareciendo a los apóstoles después de la resurrección, les dijiste: «A quienes dejéis libres de los pecados, quedarán libres de ellos» (Jn 20,23). ¡Bendito seas, oh Señor! ¿Qué hubiera sido de nosotros, pobres pecadores, si no hubieras pensado en la humanidad descarriada? Lo habías dicho: «He venido a buscar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). Has bajado a los valles, has oído el gemido de la ovejita extraviada, la has cargado sobre tus hombros hasta llevarla al aprisco, ¡la has salvado!

Si no oyéramos la palabra del confesor, que revestido de tu autoridad, nos repite: *«Ego te absolvo a peccatis tuis»*,[3] ¡en qué penas y agitaciones transcurriría nuestra vida!

RSp p. 121

Yo creo que el pecado me ha alejado de ti, como el hijo pródigo se alejó del padre. Yo creo que el pecado ha herido tu corazón, ese corazón adorable, siempre abierto para recibir a los hombres y consolarlos. Tú, Jesús, eres de veras nuestro «Salvador».

Creo en la remisión de los pecados; creo que la Iglesia ha heredado tu espíritu. Los sacerdotes han recibido este mandato:

---

[1] Meditación dictada la tarde del sábado 15 de marzo de 1952.

[2] En el original la parábola del hijo pródigo se transcribe entera.

[3] «Yo te absuelvo de tus pecados».

«Pro Christo legatione fúngimur».[4] Creo en la eficacia de la absolución. Y te agradezco por las confesiones semanales, en las que tu Sangre ha vuelto a lavarme. Y te agradezco porque, no obstante las caídas y recaídas, tú has seguido repitiendo: «¡Yo te absuelvo! ¡Yo te absuelvo! ¡Yo te absuelvo!» Queremos darte gracias por esta tu gran misericordia.

Cantemos con sentimiento de reconocimiento el *«Laudate, púeri»*.[5]

SEGUNDA PARTE

Examinemos esta tarde nuestras confesiones. Para tener mayor luz, dirijámonos a Jesús eucarístico, con un *«Páter»* rezado despacio, saboreando las varias expresiones, especialmente al decir: «Perdona nuestras ofensas». E invoquemos también al ángel custodio, que nos ha visto pecar, que ha asistido a nuestras confesiones. Pidamos a María que nos reconcilie con Jesús: «Dios te salve, Reina y Madre...».

¿Hemos hecho diligentemente nuestras confesiones cada semana? ¿Hay un confesor que conozca de veras nuestra alma, nuestra historia espiritual, y pueda por tanto darnos, aunque sea brevísimamente, consejos adecuados acerca de la vocación y nuestra correspondencia a ella?

Al llegar el día y la hora de la confesión, ¿hemos ido a la iglesia, conscientes de nuestro estado y de la necesidad de perdón, invocando antes la ayuda del ángel custodio y de la Virgen? ¿Hemos sido diligentes en hacer el examen de conciencia,
RSp escudriñando los pensamientos, | los sentimientos y especial-
p. 122 mente las omisiones? ¿Hemos recordado el propósito principal? Para excitarnos al dolor, ¿hemos considerado la ofensa hecha a Dios con nuestros pecados y cómo éstos han causado a Jesús tantos sufrimientos en su pasión? ¿Hemos sentido en lo hondo del alma el disgusto y la tristeza por los pecados cometidos o por los defectos en que caemos tan a menudo, aunque no siempre los advirtamos del todo?

¿Nos hemos examinado acerca de nuestros deberes sustanciales de piedad, estudio, apostolado y pobreza? ¿Nos hemos

---

[4] 2Cor 5,20: «Somos embajadores de Cristo».

[5] Sal 113/112,1: «Alabad, siervos».

humillado profundamente por tantas incorrespondencias a la gracia? ¿Hemos formulado buenos propósitos para no caer más en pecado: propósitos de vigilancia, de oración, de acudir a quien puede ayudarnos y a quien guía nuestra alma? ¿Hemos procurado decir algo de lo que más nos humilla, para tener mayor gracia de resurgir con más decisión y no caer ya en el pecado?

¿Nos hemos acercado con humildad al confesionario? ¿Hemos acusado con sinceridad nuestras faltas? ¿Hemos escuchado con reverencia, como palabra de Jesús, los avisos que el sacerdote ha creído oportuno darnos, considerándolos como los más apropiados a nuestra alma? ¿Hemos dicho con devoción el acto de dolor y hecho con diligencia la penitencia?

Y sobre todo, después de la confesión, al segundo o tercer día y en los sucesivos, ¿hemos tratado de mantener el fervor que la Sangre de Jesús encendió en nosotros con la confesión? ¿Se da gran respeto al confesor, sin hablar de él o, al contrario, hablando con ligereza de él y de las confesiones?

Al confesarnos, ¿nos limitamos a pedir consejos que puede darnos el confesor como tal, es decir los que conciernen a su ministerio? ¿Nos hemos mostrado reconocidos al Señor por haber instituido el sacramento de la penitencia? ¿Hemos ido con defectos al sacramento de la penitencia, sin haber pedido perdón de | nuestros pecados convenientemente? ¿Hemos hecho la confesión general, las confesiones anuales, el balance mensual? ¿Ha sido generoso nuestro *«Surgam et ibo ad patrem meum»?*[6] ¿Ha sido como el de la Magdalena nuestro dolor? RSp p. 123

Pidamos perdón al Señor de nuestras confesiones no preparadas bien, no bien hechas, por insuficiencia de examen, de sinceridad, de humildad y sobre todo de dolor. Pidamos perdón de nuestras confesiones hechas sin fruto.

(Canto: Miserere).

TERCERA PARTE

Rezo de una tercera parte del rosario: *misterios gloriosos.*

En el primer misterio glorioso se contempla la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. *«Surgam et ibo ad Patrem meum».*

---

[6] Lc 15,18: «Voy a volver a casa de mi padre».

Pidamos la gracia de pronunciar desde lo hondo del alma un «¡quiero resurgir de mi estado!; ¡quiero acercarme a mi Padre!».

En el segundo misterio glorioso se contempla la ascensión de Jesucristo al cielo. En este misterio queremos pedir la gracia de confesarnos bien a la hora de la muerte.

En el tercer misterio glorioso pedimos la gracia de una verdadera luz para poder hacer bien el examen de conciencia diario, y que así nos sea más fácil el semanal con vistas a la confesión.

En el cuarto misterio glorioso pedimos la gracia de tener, cuando vamos a confesarnos, un vivo dolor de nuestros pecados y un propósito firme de no volver a cometerlos.

En el quinto misterio glorioso pedimos la gracia de hacer siempre sinceramente la acusación de nuestras culpas, y luego la gracia de cumplir siempre bien la obligación de la penitencia.

Cantamos ahora las primeras dos estrofas del *Lauda, Síon, Salvatorem*,[7] para agradecer al Señor el haber dado a la Iglesia el poder de perdonar todos los pecados.

[7] «Alaba, oh Sión, al Salvador», secuencia de la misa del *Corpus Christi*.

PREDICACIÓN
DEL PRIMER MAESTRO

I.

A las Familias Paulinas

(Agosto - Noviembre de 1952)

NOTA

El prolongado intervalo de tiempo entre la precedente serie y las meditaciones que siguen (del 16 de marzo al 6 de agosto de 1952) se explica por los numerosos viajes realizados por el P. Alberione en la primavera-verano de aquel año. Partiendo en avión el 21 de marzo, acompañado por la Maestra Tecla Merlo FSP (y seguido más tarde por la Madre Lucía Ricci PD), visitó las comunidades paulinas de los siguientes países: Estados Unidos, Canadá, México, Colombia, Chile, Argentina, Brasil, Venezuela, luego aún Canadá y Estados Unidos, y finalmente Portugal. En algunas comunidades predicó retiros y cursos de Ejercicios, publicados en otras recopilaciones. Durante una escala técnica (en Lima, Perú) sufrió una grave enfermedad, que hizo temer por su vida.

Regresado a Roma el 14 de junio, reemprendió los viajes en Italia: Catania, Alba, Milán... Del 12 al 26 de julio hizo un azaroso recorrido en automóvil para visitar las comunidades de Francia, desde París a Marsella, y las de España. Le acompañaba aún Maestra Tecla, con dos hermanas como conductoras.

Las pocas meditaciones dictadas en la Cripta, en Roma, durante este período, no quedaron transcritas más que con breves apuntes del P. Antonio Speciale en el "Diario". En cambio, a partir del 7 de agosto, las habituales meditaciones fueron registradas ya en cinta magnética por el sacerdote paulino P. Enzo Manfredi (1916-1977) o por otras personas.

PRIMER MISTERIO GLORIOSO [1]

Pr 1
p. 5

En los varios anuncios que Jesús hizo de su muerte, la conclusión fue siempre esta: *«Et tertia die resurget»*, al tercer día resucitará [Lc 18,33].

Y esto es lo que nos tocará también a nosotros: bajaremos al sepulcro y resucitaremos.

En el evangelio de san Mateo leemos: «Pasado el sábado, al clarear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto la tierra tembló violentamente, porque el ángel del Señor bajó del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima... El ángel habló a las mujeres: "Vosotras no tengáis miedo. Ya sé que buscáis a Jesús el crucificado; no está aquí, ha resucitado, como tenía dicho"...» (Mt 28,1-10).[2]

Pr 1
p. 6

La resurrección de Jesucristo, ¡nuestra resurrección! «Cuando Jesús se acercó al sepulcro de Lázaro, Marta le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano; pero incluso ahora, sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo dará". Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Respondió Marta: "Ya sé que resucitará en la resurrección del último día". Le dijo Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida; el que me presta adhesión, aunque muera, vivirá, pues todo el que vive y me presta adhesión, no morirá nunca. ¿Crees esto?". Ella le contestó: "Sí, Señor, yo creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo"» (Jn 11,21-28).

Aquí tenemos dos resurrecciones: la de Jesús, acaecida el tercer día; y la que acaecerá al fin del mundo, nuestra resurrección. Era justo que Jesucristo resucitara. Él había predicado el Evangelio, donde se leen las palabras que pronunció respecto a la resurrección. Había sido calumniado, golpeado, flagelado, coronado de espinas; fue arrastrado de un tribunal a otro y después condenado como indigno de vivir, porque había dicho la verdad, había defendido su divina realeza; había buscado la gloria del Padre y había anunciado que un día juzgaría a los hombres.

---

[1] Meditación dictada el jueves 7 de agosto de 1952. – Del *"Diario":* «...meditación desde el púlpito, registrada por el P. Enzo Manfredi».

[2] En el original el texto se transcribe completo.

Le condenaron a muerte y el viaje al Calvario fue bien doloroso, como meditamos cuando hacemos el *vía crucis*: Jesús es condenado, toma la cruz, cae por tres veces; Jesús encuentra a su Madre; y las otras estaciones tan dolorosas que contemplamos con sentimiento de piedad y con dolor | por nuestros pecados. Ahí está Jesús crucificado, acogiendo la súplica del buen ladrón [cf. Lc 23,42]; pidiendo por sus propios verdugos [cf. Lc 23,34]; dejándonos a su Madre santísima [cf. Jn 19,27], y confiando su alma al Padre: *«Et inclinato cápite trádidit spíritum»*.[3]

Pr 1 p. 7

Hemos de tomar en mano el crucifijo, contemplar las manos traspasadas por clavos, contemplar los pies traspasados por clavos, contemplar la cabeza coronada de espinas: ¡así murió el Salvador del mundo!

Pero su cuerpo no debía quedar en el sepulcro, con los estigmas de sus sufrimientos. Ese cuerpo reducido a parecer un gusano, pisoteado, ¿no tendrá una glorificación? [cf. Is 52]. ¿Deberá soportar el poder de la muerte? No, Dios lo glorificará. Y ahí está, glorificado en el paraíso, sentado a la derecha del Padre. ¡Todo lo sufrido se ha cambiado en motivo de gozo!

Cualquier fatiga que ahora soportamos será un día una gloria, toda mortificación será un día una gloria, cada cosa negada al cuerpo, que la pide ilícitamente, será un día una gloria.

«Resurget fráter tuus».[4] ¡Sí, resucitaremos! La muerte nos aterra, más, nos lleva bajo tierra. Pero cuando se dice: *«Memento, homo, quia pulvis es et in púlverem reverteris»*,[5] hay que añadir: *«Resurges»*.[6] ¡Resucitaremos!

En los sepulcros un día la voz del Señor omnipotente se dejará oír y por medio de los ángeles llamará de las tumbas a los muertos [cf. Ez 37].

Resurgiremos todos, pero no todos del mismo modo. El cuerpo de los condenados resurgirá para ser compañero del alma condenada e ir a arder en el fuego del infierno, allí donde el gusano del remordimiento no perece. El cuerpo de los condenados llevará grabados los pecados en los varios sentidos que pe-

---

[3] Jn 19,30: «Y, reclinando la cabeza, entregó el Espíritu».
[4] Jn 11,23: «Tu hermano resucitará».
[5] Cf. Gén 3,19: «Recuerda, hombre, que eres polvo y al polvo volverás».
[6] «Resurgirás».

caron, y | arderán especialmente las partes que sirvieron al alma como instrumento para pecar. ¡Así pues, la penitencia! ¡La penitencia a tiempo! Pr 1 p. 8

El cuerpo de los elegidos se volverá impasible[7] e inmortal; será glorificado, y serán más glorificadas las partes que fueron compañeras del alma en hacer el bien. El corazón piadoso, tan unido a Dios, tan fervoroso, ¡qué goces tendrá! De veras, nunca corazón humano ha probado ni probará los consuelos, los goces, las alegrías que Dios ha preparado para quienes le aman, como ha dicho san Pablo [cf. 1Cor 2,9]. Pero ¿y si el corazón se da a Dios sólo a medias, si va titubeando entre un amor profano, un amor humano y el amor que debe nutrir quien se consagra a Dios?... ¿Si el corazón no se gobierna bien?

¡Cuánta consolación para el sentido de la vista, los ojos que contemplarán a la Sma. Trinidad, que se clavarán en Dios! Sí, «veréis y gozaréis». *«Vidébimus sícuti est»*.[8] ¡Y cantaremos!

Dichosa la lengua que tanto ha hablado de Dios, que se usó siempre para el bien. Hay personas incapaces de dominar sus sentidos, su lengua, como asimismo sus gustos. ¡Dichosa la lengua que se usó siempre para el bien!

¡Bendita la lengua que bendijo al Señor en la tierra!, bendecirá al Señor eternamente: *«In æternum cantabo»*.[9] Has cantado las alabanzas a Dios, has hablado de Dios, has hablado para esparcir el bien... ¡bendita lengua que se unirá un día a la voz de los querubines y serafines y a la voz de María: *«Magníficat ánima mea Dóminum»!* [10]

¡Qué hermosos los pies que han llevado la paz y el Evangelio! [cf. Is 52,7]. Dichosas las manos que han compuesto el Evangelio, lo han impreso y lo han difundido. Dichosos quienes supieron consumar todas sus | fuerzas por Dios. Pr 1

Mirad, aquí tenemos una lámpara con aceite purísimo, que poco a poco se consuma por Jesús sacramentado. He aquí la religiosa perfecta; he aquí el religioso fiel hasta el final. Y como todo se ha consumido por el Señor, el corazón, todo el ser por p. 9

---

[7] *Impasible*, latinismo por *no sujeto ya a sufrimientos.*

[8] 1Jn 3,2: «Lo veremos como es».

[9] Sal 89/88,2: «Cantaré eternamente (las misericordias del Señor)».

[10] Lc 1,46: «Proclama mi alma la grandeza del Señor».

Jesucristo, pues ahora todas las potencias de ese bienaventurado serán satisfechas, plenamente satisfechas: ningún deseo quedará insaciado. Serán plenamente satisfechas todas las potencias del cuerpo y del alma.

Los goces que nos imaginamos, pero que Jesús nos ha en parte escondido para que sepamos hacer actos de fe, serán nuestros y constituirán goces eternos.

Examen de conciencia. ¿Empleamos verdaderamente todas nuestras fuerzas por Jesucristo?

Dichosos aquellos que al anochecer pueden decir: «Estoy cansado, tengo necesidad de reposo», después de una jornada gastada por Dios. Estas almas llevan en sí un signo de su predestinación, cuando todo se le da al Señor. Y si descansan, es para despertarse en un servicio más fervoroso al Señor y un apostolado más diligente, más inteligente, más eficaz, más amplio.

«*Jesus autem fatigatus ex itínere*».[11] Estaréis al final cansados del viaje de la vida; alguna vez es más largo el viaje, otras es más corto; pero cuando es el viaje que el Señor nos ha asignado, es siempre un viaje feliz. Un viaje que será coronado con el descanso eterno.

Ante ciertos moribundos nos inclinamos con reverencia. ¡Qué cuerpo agotado! Nos parece asistir a otra agonía: una agonía sin dolor, una agonía de agotamiento, la de María. Se mira a ese cuerpo y, viéndolo atacado por la muerte cercana, se piensa: «*Resurget fráter tuus*».[12] Y nos consolamos.

Pr 1 p. 10 Examen sobre el uso de los ojos, de la lengua, del gusto, del olfato, del tacto, del corazón, de la fantasía, de la memoria.

Y propósito.

---

[11] Jn 4,6: «Jesús, fatigado del camino».

[12] Jn 11,23: «Tu hermano resucitará».

SEGUNDO MISTERIO GLORIOSO [1]

En el primero y segundo misterio glorioso consideramos la resurrección y la ascensión de Jesucristo al cielo, o sea la glorificación de Jesús tras sus sufrimientos y haber cumplido su misión de redención, de Maestro de la humanidad: «¿No tenía Cristo que padecer todo eso para entrar en su gloria?» (Lc 24,26).

Ya hemos considerado que por sus padecimientos él ahora goza una gloria eterna en el cielo. Además está escrito: «Yo he manifestado tu gloria en la tierra dando remate a la obra que me encargaste realizar; ahora, Padre, manifiesta tú mi gloria a tu lado, la gloria que tenía antes que el mundo existiera en tu presencia» (Jn 17,4-5). Cumplida su misión a favor de la humanidad, Jesús debía gozar eternamente el fruto de su ministerio en medio a sus redimidos.

«Mientras comía con ellos (Jesús) les mandó: "No os alejéis de la ciudad de Jerusalén; al contrario, aguardad a que se cumpla la Promesa del Padre, de la que yo os he hablado; porque Juan bautizó con agua; vosotros, en cambio, de aquí a pocos días seréis bautizados con Espíritu Santo". Ellos, por su parte, se reunieron para preguntarle: "Señor, ¿es en esta ocasión cuando vas a restaurar el reino de Israel?". | Pero él les repuso: "No es cosa vuestra conocer Pr 1
ocasiones o momentos que el Padre ha reservado a su propia auto- p. 11
ridad; al contrario, recibiréis fuerza, cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y así seréis testigos míos en Jerusalén y también en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra". Dicho esto, le vieron subir, hasta que una nube le ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijos al cielo cuando se marchaba, dos hombres vestidos de blanco que se habían presentado a su lado les dijeron: "Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que se han llevado a lo alto de entre vosotros vendrá tal como lo habéis visto marcharse al cielo"» (He 1,4-11).

Dos cosas: 1. Jesús en su petición al Padre, de ser glorificado, aduce la razón: él ha glorificado al Padre. 2. Jesús encarga a los apóstoles que vayan por todo el mundo a predicar el Evangelio, para que ellos glorifiquen al Padre. Es nuestro apostolado, el ministerio.

---

[1] Meditación dictada el sábado 9 de agosto de 1952.

En primer lugar tenemos que santificarnos nosotros mismos. «Se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz. Por eso Dios le encumbró sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título; de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble –en el cielo, en la tierra, en el abismo– y toda boca proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,8-11).

Se humilló, y por eso fue glorificado: se humilló hasta dejarse crucificar entre los malhechores. En la misa de la vigilia de la Ascensión se recoge al menos en parte la oración en la que Jesús pide su glorificación: «Padre, ha llegado la hora: manifiesta la gloria de tu Hijo, para que el Hijo manifieste la tuya... Yo he manifestado tu gloria en la tierra dando remate a la obra que me encargaste realizar; ahora, | Padre, manifiesta tú mi gloria a tu lado, la gloria que tenía antes que el mundo existiera en tu presencia» [Jn 17,1-5].

Pr 1
p. 12

Jesús cumplió la misión recibida del Padre: enseñó a los hombres la doctrina celeste; reveló a los hombres una moral más perfecta; indicó una perfección más alta. Se hizo para ellos Maestro, y anunció en toda la tierra su doctrina, primero en Palestina y sucesivamente encargó a los apóstoles que la predicaran en todas partes.

Debemos recordar que Jesucristo vino a salvar a todos los hombres; que él conocía el valor de las almas y por eso no dudó en sufrir y morir por ellas. Valientemente predicó su doctrina, atestiguó su divinidad, y confirmó su doctrina con los prodigios, especialmente con el de su resurrección.

Son dos también, pues, nuestros cometidos: además de nuestra santificación, la predicación de la doctrina de Jesucristo por medio del apostolado.

¿Amamos a las almas, estas almas que han sido creadas a semejanza de Dios; estas almas que Jesús ha redimido con su sangre? ¿Comprendemos qué quiere decir salvarse para la eternidad, o estar eternamente perdidos?

Jesucristo para salvar las almas vino del cielo y como buen pastor fue a buscar la oveja descarriada. Este mundo, apremiado por sus pasiones, sigue caminos torcidos: ¡cuántos pecados y cuánto desorden! Demasiado se piensa en la tierra, y poco en el cielo. “Acuérdate, oh hombre, que eres hijo de Dios”. Hom-

bres que no cuidan ni su propia alma; hombres fríos incluso respecto a su propia alma, ¿cómo podrán transformarse en apóstoles?

Primera condición para ser apóstoles es tener cuidado | de la propia alma, comprender qué significa salvarse; comprender qué quiere decir santificarse; tener el corazón en tensión diaria hacia nuestra santificación, y usar para nuestra santificación todos los medios de que la Providencia nos ha dotado. Cuando se ama de veras la propia alma y se comprende su valor, es fácil amar las almas del prójimo como a la nuestra. Sí, amar las almas de nuestro prójimo en modo parecido a la nuestra. Pr 1 p. 13

El que es frío nunca hará bien el apostolado. Quien es cálido, quien es fervoroso, tendrá ya el primer fundamento para ejercer un apostolado iluminado, ardiente y fecundo.

Es necesaria, además, la doctrina para cumplir el apostolado, y por tanto el estudio, evidentemente necesario, pues no se puede enseñar lo que no se sabe.

Es preciso luego que haya celo en el alma, el celo del que estaba animado el corazón sacratísimo de Jesús, cuando decía: *«Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos»*.[2] El corazón de Jesús está plasmado a imagen del corazón del Padre, más aún, tiene con él los mismos sentimientos y los mismos deseos. Hemos de tener el corazón de Jesús, como lo tenía san Pablo: sus aspiraciones, deseos, sentimientos.

Hemos recibido una misión; un día Jesucristo nos pedirá cuenta de ella, nos pedirá cuenta de las almas: tendremos que responder ante Dios; y quien no sólo haya obrado bien sino también enseñado bien, tendrá no sólo la vida eterna sino un doble premio.

Aunque nuestro apostolado sea humilde, basta que empleemos en él todos los talentos recibidos; basta que lo hagamos con diligencia por amor de Dios y | por amor de las almas. Pr 1 p. 14

El apostolado puede ser de la palabra, de la pluma, del sufrimiento, pero todas las familias paulinas tienen una finalidad, y se ayudan para alcanzarla, para que la doctrina de Jesucristo sea predicada con los medios modernos y los medios más rápidos.

---

[2] Mt 11,28: «Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro».

Examen. ¿Estimamos nuestro apostolado? Cuando el Señor nos pida cuentas de nuestro hermano, ¿cómo responderemos? ¿como Caín cuando Dios le preguntó por Abel [cf. Gén 4,9]? ¿O podremos responder con Jesucristo: «Señor, te he glorificado en la tierra cumpliendo la obra que me encargaste» [Jn 17,4]? Hay personas que ni a sí mismas se aman, y otras que sí se aman con un amor sobrenatural: de este amor viene la observancia del segundo mandamiento: amar al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios [cf. Mc 12,31].

Quien se santifica, santificará. El Cura de Ars,[3] cuya fiesta celebramos hoy, es un ejemplo ilustre. ¡Qué santidad alcanzó! ¡Y qué amplio fue su ministerio, aun permaneciendo en aquella pequeña parroquia que la obediencia le había asignado!

En cambio, quien peca, no se ama ni a sí mismo ni al prójimo, y hasta podrá ser de escándalo y ocasión de ruina para los demás.

¿Qué diligencia ponemos en los apostolados cotidianos que nos ha asignado la obediencia? ¿Amamos de veras las almas?

(Recemos el segundo misterio glorioso).

---

[3] Juan María Vianney (1786-1859), humilde cura francés, por cuarenta años párroco de Ars, pueblecito agrícola de la Borgoña, que él transformó con la oración, la penitencia y el ministerio de la confesión. Canonizado en 1925, es modelo y patrón del clero parroquial. – En el calendario litúrgico del tiempo, su memoria se celebraba el 9 de agosto. Ahora se celebra el 4 de agosto.

EL FARISEO Y EL PUBLICANO [1]

Pr 1
p. 15

En este domingo debemos pedir a Jesús la gracia de la santa humildad: *«Jesu mitis et húmilis corde, fac cor nostrum secundum cor tuum»*.[2] La humildad del corazón está indicada en el evangelio de hoy:

«Refiriéndose (Jesús) a algunos que estaban plenamente convencidos de estar a bien con Dios y despreciaban a los demás, añadió esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo, el otro recaudador. El fariseo se plantó y se puso a orar para sus adentros: "Dios mío, te doy gracias de no ser como los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese recaudador. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que gano". El recaudador, en cambio, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; se daba golpes de pecho diciendo: "Dios mío, ten piedad de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa a bien con Dios y aquél no. Porque a todo el que se encumbra, lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán» (Lc 18,9-14).

La humildad, que es verdad. En este evangelio la humildad se mira especialmente en las cosas espirituales, por cuanto la obra de nuestra santificación procede, viene de Dios. Nosotros tenemos que poner nuestra buena voluntad y la obra buena, en lo posible; pero esto de por sí no tendría mérito ante Dios. Es preciso que nuestra obra buena proceda del amor de Dios, y que a ella se una la gracia del Espíritu Santo. Entonces sí, nuestra obra buena es elevada a | mérito, a mérito para la vida eterna, a mérito para nuestra santificación.

Pr 1
p. 16

«Sine me nihil potestis fácere».[3] Pero con Dios nosotros, aun con las mínimas obras, tal vez poco estimadas y hasta despreciadas, podemos adquirir méritos para el cielo.

Por eso ningún santo ha descuidado la virtud de la humildad. Ningún santo ha fallado en este punto esencial. Un gran número de almas pierde el mérito, porque considera el valor externo de

---

[1] Meditación dictada el domingo 10 de agosto de 1952, X después de Pentecostés.

[2] «Oh Jesús, manso y humilde de corazón, haz nuestro corazón semejante al tuyo».

[3] Jn 15,5: «Sin mí no podéis hacer nada».

la obra. “Yo he logrado esto, yo he hecho bien aquello, yo tengo habilidad para estas cosas”, etc.

A veces, sin decirlo, imitamos muy bien al fariseo; repetimos, no a la letra pero sí en el sentido, sus palabras: «Te doy gracias, oh Dios, porque no soy como los demás: yo pago todos los diezmos de cuanto tengo...», y podía hacer una larga letanía de lo que creía bueno en su vida.

Los hombres consideran el valor externo; aprecian lo que ven, lo que oyen; pero Dios ve el corazón [cf. 1Sam 16,7]. Una pobre campesina que no sabe leer, que no sabe ni escribir su nombre, pero que ama al Señor y vive haciendo su santa voluntad, adquiere tesoros que un día veremos en el cielo y nos causarán maravilla.

Y en cambio, personas que visten distinguidamente, personas que hacen cosas notables pero sin esa unión con Dios, sin esa humildad, al final se quedan con las manos vacías: han obrado de manera humana, se han apoyado en medios humanos.

La gracia es necesaria. Un candelero puede ser de material pobre, pero si está recubierto de una abundante lámina de oro, resulta precioso. También nuestras obras que parecen a veces humildísimas, si tienen la gracia de Dios son de veras obras de oro.

Pr 1 p. 17 ¿Cuándo podemos esperar en realidad que | nuestras obras sean de oro? Cuando las hacemos en obediencia, en estado de gracia; cuando las hacemos por Dios; cuando las hacemos con humildad, suplicando que Dios añada su gracia, que las vuelva sobrenaturales.

Lo que es meramente natural no entra en el paraíso: ¡hay que añadir lo sobrenatural! Así, un hombre puede ser eminente por ciencia, por habilidad; pero ¿qué si le falta el bautismo, la gracia, si vive en pecado grave? Al contrario, si un alma hubiera incluso caído en pecado grave, pero se humilla, se confunde ante Dios y confía en la divina misericordia, imita al publicano que estaba lejos del altar, y golpeándose el pecho decía: «Señor, apiádate de mí, pecador». ¿Cuál fue la sentencia de Jesús, que todo lo ve y pesa las cosas según verdad y justa medida? «Os digo que éste volvió a casa justificado», o sea santo.

No minusvaloremos empero la obra buena que se debe hacer: estudiar con empeño; atender al apostolado con celo; observar las Constituciones y todas las disposiciones que se nos

dan; ser educados y gentiles con el prójimo; tener atenciones para todos; practicar las obras de misericordia.

No debemos minusvalorar nuestra parte, pero sí considerar que la parte principal procede de Dios. Porque hacia ahí apunta el relato evangélico: «Dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos y despreciaban a los demás».

Inclusive un enfermo, que no puede realizar grandes cosas y tiene que esperarlo todo de los otros, puede hacerse un gran santo. Se dirá: "¡Pero si no ha hecho nada!". En cambio, ha hecho mucho; lo ha hecho todo: está unido a Jesús, ha sufrido por amor suyo y en todo se ha uniformado al querer de Dios.

Murmuraciones, acusaciones, y a veces | hasta calumnias, no quitan el bien: el bien es de quien lo hace. A quien ha obrado rectamente ante Dios, todas las habladurías de los hombres no le disminuyen ni un céntimo el mérito. En cambio, aunque todos los hombres nos aplaudan, si no somos rectos en nuestra conciencia, si no damos toda nuestra voluntad a Dios, cumpliendo su divina voluntad, podremos, sí, tener los aplausos del mundo entero, pero estar vacíos y encontrarnos al final, en el momento de la muerte, con las manos sin nada. Pr 1 p. 18

Cuando a un moribundo le decían: «Confía en Dios, recuerda el bien que has hecho», él respondía: «¡No me habléis de eso!». También san Pablo en la epístola de hoy [1Cor 12,2-11] subraya que todo viene del Espíritu de Dios: «Los dones son variados, pero el Espíritu es el mismo». Y luego añade que «la manifestación del Espíritu se le da a cada uno para el bien común: a uno, por ejemplo, mediante el Espíritu, se le dan palabras acertadas; a otro, palabras sabias, conforme al mismo Espíritu..., a otro un mensaje inspirado».

Repitamos al Maestro divino, que dijo esta parábola, la invocación: «*Jesu Magister, Jesu mitis et húmilis corde*».[4] Jesús, ponemos nuestro corazón ante ti, manso, ante ti, humilde de corazón.

¡Cuánto orgullo hay en mí! El orgullo precipitó a Lucifer en el infierno; en cambio, la humildad de María atrajo al Verbo divino a su seno: «*Spíritus Sanctus supervéniet in te*».[5] Y la humildad de María junto con la de los apóstoles, en el cenáculo,

[4] «Jesús Maestro, Jesús manso y humilde de corazón».

[5] Lc 1,35: «El Espíritu Santo bajará sobre ti».

de nuevo atrajo al Espíritu Santo: «Se llenaron todos de Espíritu Santo» [He 2,4].

¡Cuánta gracia hay en el alma humilde! El alma humilde es obediente; el alma humilde es caritativa; el alma humilde sale a flote en sus cosas; el alma humilde se llenará de méritos.

Pr 1 p. 19 Y nosotros, en nuestra vida pasada, ¿hemos | ganado cuanto podíamos ganar? El orgullo ¿no nos ha robado nada? La vana complacencia por el bien cumplido ¿no nos ha arrebatado el mérito? ¿Somos de aquellos que se engallan siempre, que ponen en primer plano los propios bienes, hasta despreciar fácilmente a los demás? «Yo no soy como esos otros», [dice] el fariseo [Lc 18,11].

Consideremos las cosas con sensatez, es decir ante Dios. Al salir de la iglesia, ¿podemos tener la persuasión de que Jesús diga: *«Descendit hic justificatus in domum suam»*? [6] Porque «al que se encumbra, lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán» [Lc 14,11]. Hay muchas almas humildes que ahora no son consideradas ni estimadas por el mundo, pero un día subirán a lo alto y ocuparán los puestos mejores en el cielo. Tratemos de ser sensatos.

Recemos ahora el misterio de la humildad, tras haber hecho el propósito de vigilar especialmente los pensamientos y sentimientos internos.

[6] Lc 18,14: «Éste bajó a su casa a bien con Dios».

TERCER MISTERIO GLORIOSO [1]

La finalidad de la presente meditación es llegar a decir con vivo sentimiento de fe y de caridad la expresión: *«Amo Ecclesiam»:* Yo amo a la Iglesia, a ejemplo de María. Y este ejemplo se manifiesta especialmente en el tercer misterio glorioso.

Leamos las palabras de los Hechos de los Apóstoles: «Al llegar el día de Pentecostés estaban todos juntos reunidos con un mismo propósito. De repente un ruido del cielo, como | una violenta ráfaga de viento, resonó en toda la casa donde se encontraban, y vieron aparecer unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse...» (He 2,1-17).[2] Pr 1 p. 20

He aquí al Espíritu que venía a iluminar a los apóstoles, a fortificarles, a llenarles de celo. La Iglesia la había preparado Jesucristo durante su vida: «Te daré las llaves del | reino de Dios. Sobre esa roca voy a edificar mi comunidad» [Mt 16,19]. Ello se cumplió después de la resurrección de Jesucristo, cuando en la persona de los apóstoles confirió a la Iglesia el poder de instruir a los fieles, de gobernarlos, de santificarlos, dándole además su cabeza visible en Pedro: «Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas» [cf. Jn 21,15-16]. Pero fue en el día de Pentecostés cuando quedó promulgada: la Iglesia nació, en cierto modo, ante los hombres; y empezó la obligación de entrar en ella para quien la conoce, para encontrar la salvación. Pr 1 p. 21

Para quien la conoce. Compadezcamos a quienes están fuera en buena fe, pero, mientras, iluminemos a los hombres, porque ella es el camino ordinario de salvación. Es necesario entrar en la Iglesia y vivir en ella según sus enseñanzas y gobierno constituido, es decir el Papa, los obispos, aceptando y aprovechándose del ministerio de los sacerdotes para escuchar la palabra de Dios, para dejarse dirigir y para recibir los santos sacramentos.

---

[1] Meditación dictada el lunes 11 de agosto de 1952. – Del *"Diario":* «En la Cripta están presentes hoy varios sacerdotes de las casas filiales, venidos a Roma para participar en un curso de Ejercicios espirituales, que comenzaron ayer».

[2] En el original se transcribe el texto completo.

Y bien, ¿qué parte tuvo María en la Iglesia? Las palabras que hemos leído indican que María estaba ya aquel día entre los apóstoles y les guiaba en la oración. Y orando ella misma con mayor humildad y mayor fe, fue quien mayormente obtenía que se acelerase la bajada del Espíritu Santo, como un día había obtenido que los cielos se abrieran y la tierra germinara al Salvador; y como otro día obtuvo que Jesús comenzara a manifestarse cuando aún no parecía llegada su hora [Jn 2,1ss]. A las súplicas de María, Jesús se había manifestado: *«Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galileæ: et manifestavit gloriam suam et crediderunt in eum discípuli eius»*.[3]

Pr 1 p. 22 Bajó el Espíritu Santo sobre María santísima | y los apóstoles, y quedaron iluminados, dándose en ellos un alma nueva, un nuevo valor; sintieron la responsabilidad y la universalidad del propio apostolado, la responsabilidad de las almas, la santidad que se consigue en el apostolado, y luego su poder sobre todo el mundo. En todas partes debían predicar y de todas partes llamar a la Iglesia a los hombres de todas las naciones.

¿Y María? Ella lleva en sus brazos a la Iglesia naciente, como había llevado a Jesús recién nacido y le había nutrido. María está allí y sigue orando. Incluso después de la bajada del Espíritu Santo, continuó aún algún tiempo en la tierra para consuelo de los apóstoles, para que fueran iluminados acerca de los misterios de la encarnación y de la vida oculta de Jesús.

De modo particular debió ser iluminado san Lucas, quien luego se extendió más en describir esa vida escondida, comenzando desde la anunciación hasta el hallazgo de Jesús en el templo. María estuvo junto a Jesús; cumplió su misión de ofrecerlo al eterno Padre por el mundo, y selló su misión cuando le acompañó al monte de los Olivos y le vio subir al cielo. Entonces lo presentó al eterno Padre para que le acogiera en su gloria y le pusiera a su derecha.

Pues bien, María desempeña ahora un cometido semejante en la Iglesia. Aun después de haber sido asunta al cielo, después de haber cumplido su tarea de confortar a los apóstoles con la oración y el ejemplo, continúa haciendo de Madre a la Iglesia, a todos los hombres.

---

[3] Jn 2,11: «Esto hizo Jesús en Caná de Galilea, como principio de las señales manifestó su gloria, y sus discípulos le dieron su adhesión».

Sí, a lo largo de los siglos María iluminó a los padres, iluminó a los pontífices, derrotó las herejías. Las grandes definiciones de la Iglesia se dieron siempre bajo la imagen de María y poniendo antes la mano sobre el santo Evangelio.

María confortó a la Iglesia en | todo tiempo, no sólo en la época clásica de los mártires, que no se cerrará sino con la historia de la Iglesia. María conforta a los predicadores, los confesores, los maestros de espíritu, los papas, los obispos, los párrocos. María está siempre [atenta] a proteger a la Iglesia. Pr 1 p. 23

Además, María santifica a la Iglesia. Ella es la reina de los mártires, de los confesores, de los vírgenes, de todos los santos. Sí, las almas que se confían a María poco a poco adquieren tal odio al pecado, tal deseo de santificación, que progresivamente se elevan de la tierra, dirigen sus pensamientos al cielo, entienden el concepto de la vida: preparación a la eternidad.

La vida aquí abajo es un preámbulo; en cierta manera, merece apenas llamarse vida, porque es una preparación a la muerte, aunque también una preparación al cielo, y bajo este aspecto sí que merece llamarse vida.

María es Madre de cada una de las almas, pues es la Madre de todas las gracias que nos vienen, mediante Jesús. ¡Oh María, Madre de gracia, vida y esperanza nuestra!

Ahora nos interrogamos. ¿Amamos a la Iglesia, esta Iglesia que Dios ha establecido en el mundo como continuadora de su obra? ¿La seguimos en todas las disposiciones? ¿Oramos con ella y por ella? ¿Amamos la liturgia, para rezar más íntimamente con ella? Cada vez que oramos, ¿nos consideramos como miembros vivos de un gran cuerpo, la Iglesia; miembros que deben ser vivos y dinámicos especialmente con el ejemplo y con el apostolado?

Hemos de recordar lo que dice san Pablo: *«Christus dilexit Ecclesiam, et trádidit semetipsum pro ea»*,[4] para santificarla, purificarla con el baño de gracia mediante la palabra de vida. Jesucristo lo hizo todo por la Iglesia: reunir las multitudes, poner al frente de ellas los apóstoles | y como cabeza de ellos a Pedro; conferirle poderes y asistirla continuamente: primero, cuando apenas subido al cielo le envía el Espíritu Santo; y luego, en todos los siglos, haciéndola infalible, indefectible, y dán- Pr 1 p. 24

[4] Ef 5,25: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella».

dole un espíritu de expansión, de modo que despliegue sus tiendas hasta los confines de la tierra.

Cristo murió por la Iglesia, purificándola mediante la palabra de vida, para que pudiera presentarse gloriosa, sin mancha ni arrugas: una, santa e inmaculada [cf. Ef 5,26-27].

Hay personas consagradas a Dios y que ocupan un puesto eminente en la Iglesia de Dios: son los religiosos.

Y bien [preguntémonos]: nuestros amores ¿son por Cristo, por la Iglesia, por la Virgen? ¿Somos de esas personas que tienen tendencia a cosas mundanas, por ejemplo noticias inútiles, curiosidades que estorban a los estudios e incluso a la meditación? ¿Tenemos el corazón propenso a las mismas cosas que absorben al mundo? ¿Sentimos nuestra consagración a Dios en la Iglesia?

Como religiosos, hijos primogénitos de la Iglesia, nuestro supremo superior es el Papa. ¿Qué mentalidad vivimos, qué vida llevamos, cuáles son nuestros deseos? ¿Somos casi indiferentes frente a sucesos, ya tristes o ya alegres, de la Iglesia, y en cambio muy interesados de acontecimientos que para nosotros tienen una importancia relativa, y a veces casi nula? ¿Cómo es nuestro corazón? ¿Es católico, es religioso? Cuando la Iglesia obtiene victoria y conquista nuevas tierras y hace progresos aplicando el Evangelio a los nuevos problemas de la sociedad, ¿qué interés experimentamos?

Está bien publicar las encíclicas, y tomar en consideración especialmente las dos últimas.[5] Este interés demuestra que late en nosotros un corazón de católico y de religioso. ¡Sí, publíquense y se difundan ampliamente!

Pr 1 p. 25 Examen de conciencia: *Amo Ecclesiam?*[6] ¿Me entristezco y aumento las oraciones cuando la Iglesia sufre pasión, como la sufrió el cuerpo de Cristo? ¿Ruego por la Iglesia, para que María la ilumine y fortifique, y así tenga el espíritu de unidad y de expansión? ¿Me siento religioso, me siento católico?

(Recemos el tercer misterio glorioso).

---

[5] Las últimas dos encíclicas de Pío XII, publicadas hasta entonces, eran: *Sempiternus Rex Christus*, 8 sept. 1951 (XV centenario del concilio ecuménico de Calcedonia), e *Ingruentium malorum*, 15 sept. 1951 (sobre el rezo del rosario).

[6] ¿Amo a la Iglesia?

LA BUENA MUERTE [1]

En esta meditación queremos pedir una gracia, la gracia fundamental para nuestra vida, a saber: vivir santamente para morir santamente.

Todo el mes de agosto y especialmente la novena, la fiesta y la octava de María asunta al cielo, es para pedir la gracia del paraíso, de la salvación eterna, alcanzando así nuestro fin, para el que Dios nos ha puesto en esta tierra. Siempre ha de estar presente este pensamiento: por una parte, «recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás» [cf. Gén 3,19]; y, por otra, «recuerda que eres espíritu y estás llamado a vivir entre los espíritus del cielo; recuerda que eres hijo de Dios y el Padre te aguarda para que te sientes a su mesa y te inebries con el cáliz de la felicidad eterna, en el que se sacian los ángeles del paraíso».

El cuarto misterio glorioso nos recuerda el tránsito, la muerte feliz de María y su Asunción corporal al cielo.

Tres cosas hacen serena la muerte, a saber: 1) el recuerdo de una buena vida; 2) la confianza serena en un juicio favorable; 3) la certeza, apoyada en los méritos de Jesucristo, de una felicidad eterna en el paraíso. Y estos tres consuelos hicieron dichosa la muerte de María, su tránsito. Pr 1 p. 26

1. Ella, que debía cosechar todos los méritos, los de todos los santos, no debía verse privada del mérito de aceptar y sufrir la muerte; pero su muerte fue la más semejante a la de Jesucristo, y ella misma aprendió de su Hijo *«quómodo móritur justus»*,[2] de qué manera muere el justo: allí, al pie de la cruz, cuando le vio cerrar su vida y llevar consigo la certeza de haber cumplido su misión: *«Consummatum est»;* [3] lo que el Padre celeste quería de mí, todo su querer, lo he cumplido.

Consummatum est! María echaba una mirada a la vida transcurrida: cuando estaba ya exhausta de fuerzas, porque se había consumido todo el aceite de la lámpara divina. Mirando atrás,

---

[1] Meditación dictada el martes 12 de agosto de 1952.

[2] «Así muere el justo»: responsorio de maitines del Sábado santo. El P. Timoteo Giaccardo, habiéndolo escuchado en la música de Perosi, pidió que se cantara en su muerte.

[3] Jn 19,30: «Queda terminado».

recordaba lo que le había dicho el ángel: la propuesta de la divina maternidad, la encarnación del Verbo por medio suyo. Ella había aceptado su vocación, no con un sentimiento momentáneo sino con profunda convicción de deber ser toda de Dios, y deber permanecer enteramente a servicio de Dios: *«Ecce ancilla Dómini»*.[4] ¡La divina servidumbre![5]

Y bien, esta misión la había aceptado y en la tierra la había cumplido perfectamente. Ella tenía conciencia de ser ante Dios como una nada, pues de él lo había recibido todo; pero también era consciente de haber cumplido bien cuanto Dios quería de ella. Había pasado por tantas pruebas: en el pesebre, en Egipto, durante la vida privada de Jesús, durante la vida pública, la | vida dolorosa, luego la resurrección de Jesús, los comienzos de la Iglesia, en los que ella había tenido tanta parte. Sí, de veras, como san Pablo, [podía decir]: *«Cursum consummavi»*.[6]

Pr 1
p. 27

Poniéndonos ante este Dios, que nos ha creado, y creándonos tuvo sus designios respecto a nosotros, designios sapientísimos y designios de amor, nosotros le decimos sí a Dios: *«Ita, Pater»*,[7] porque así te place. Mi vocación, mi misión, los varios avatares que deberé pasar para seguirla, sean favorables o contrarios o tristes... ¡sí, oh Padre! ¡Todo! Y dichoso quien sea fiel: «¡Muy bien, empleado bueno y fiel... pasa a la fiesta de tu Señor» [Mt 25,21].

Dios, al darnos esa vocación, quiso asimismo prometer un premio adecuado: el paraíso; un hermoso paraíso. Y él será fiel. *«Ut fidelis quis inveniatur»*.[8] Se requiere que también nosotros seamos fieles.

¿Lo hemos sido profundamente, conscientemente? ¿Hemos sido fieles a cada hora, cada día, fieles en colaborar con la divina gracia que nos acompaña en nuestra vocación? Porque este Dios nos está siempre cercano, caminamos apoyados al brazo de Jesucristo y bajo el manto bendito de María, siguiendo los

---

[4] Cf. Lc 1,38: «Aquí está la sierva del Señor».

[5] *Servidumbre:* en el original se usa un latinismo procedente de *fámulus*, para indicar el *servicio incondicionado*.

[6] 2Tim 4,7: «He corrido hasta la meta».

[7] Lc 10,21: «Sí, Padre, te ha parecido bien».

[8] 1Cor 4,2: «Lo que se pide a los encargados es que sean de fiar».

propios pasos de Jesús. Queremos ser fieles hasta la muerte. Feliz quien al final podrá decir su *«consummatum est»*.

Hay personas que llevan una vida no acorde con la voluntad de Dios; han hecho el propio querer o tal vez se han satisfecho a sí mismas con el orgullo, la lujuria, la avaricia; podrán reconciliarse en el momento de la muerte, pues la misericordia de Dios es misteriosa, es la misericordia que Jesucristo predicó a los pecadores. Pero si uno, hasta la muerte, tiene la persuasión de haber cumplido lo que Dios quería de él, cuenta con la seguridad del premio.

Bien merece la pena que llevemos una vida santa, para morir confiada y serenamente. Hay vidas y modos de vivir que causan satisfacción por un momento; nosotros en cambio debemos buscar un modo de vivir que nos dé serenidad a la hora de la muerte. *«Moriátur ánima mea morte justorum»*,[9] cierto, pero antes: «Viva mi alma la vida de los justos». Pr 1 p. 28

2. Los moribundos, cuando han vivido rectamente, son consolados con la confianza de un juicio favorable. Sí, apenas hayamos espirado, nos encontraremos con Jesús bendito, que saldrá a recibirnos. Confiamos encontrarnos con él, con su rostro sereno: *«Serenum præbe mihi vultum tuum»*.[10]

¿Qué será en cambio de quien, habiendo combatido a Jesucristo, o al menos habiendo descuidado sus mandamientos, habiendo dilapidado sus gracias, sus méritos, se presente a él manchado, culpable? Cuando se asiste a un juicio y las pruebas son claras, vemos entrar en la sala del tribunal a los culpables tan humillados y tan asustados ante la justicia castigadora, que nos causan lástima. ¿Pero qué es la justicia humana en comparación a la justicia divina? Dios nos ha visto todos los días, ha visto cuando estábamos a plena luz y cuando estábamos en la oscuridad; ha visto las obras y ha visto los pensamientos de la mente, y ha conocido los secretos del corazón.

María también ha pasado por el juicio, pero ha sido un juicio diverso: *judicium retributionis,* el juicio de la retribución, en el que su Hijo proporcionó el grado de gloria al grado y a la cantidad de sus méritos.

---

[9] Núm 23,10: «Que mi suerte sea la de los justos, que mi fin sea como el suyo», auspicio del profeta Balaán.

[10] «Muéstrame tu rostro sereno».

Cada uno de nosotros trabaja para sí mismo; sí, en el fondo así es: *«Ópera enim illorum sequuntur illos»*.[11] Iremos al juicio
Pr 1 p. 29 con nuestras obras, buenas o malas. No importarán | entonces las habladurías o los juicios que los hombres hayan podido dar acerca de nuestra conducta. Entonces importará el testimonio de la buena conciencia: "Hice cada día lo que Dios esperaba de mí". *«Ópera enim illorum sequuntur illos»*.

Escrutemos, pues, un poco nuestra vida a la luz de la última vela, encendida por personas compasivas junto a nuestro lecho o al menos junto a nuestro ataúd. [Debemos] juzgarnos, porque quien se juzga no será juzgado, y quien ahora se condena no será condenado. Por tanto, exámenes de conciencia profundos, justos, según verdad. Ni escrúpulos, ni relajación. Dios es verdad y nosotros no hemos de afanarnos por las responsabilidades que no tenemos: por ejemplo, porque uno ha recibido sólo dos talentos. Pero tampoco hemos de desentendernos e infravalorar las responsabilidades concretas. Para ser de veras hijos de Dios, *«imitatores Dei»*,[12] mantengámonos en la verdad. No es verdad que Dios sea un amo que quiera recoger donde no ha sembrado [cf. Mt 25,24]: quiere recoger lo que el campo puede dar.

3. El moribundo se consolará ante el premio cercano. Se debe cambiar este valle de lágrimas en un valle de gozo. Más aún, se debe subir el monte no sólo de la santidad sino de las bienaventuranzas, no para oírselas repetir al Maestro divino sino para ver que ha llegado el tiempo: «Dichosos los pobres de corazón, porque el reinado de Dios les pertenece. Dichosos los afligidos porque serán consolados. Dichosos los perseguidos o criticados por la justicia, es decir por el nombre de Jesucristo, porque el reinado de Dios les pertenece» [cf. Mt 5,1-12].

Pr 1 p. 30 Y quiero añadir: Dichosos los religiosos fieles, dichosos | porque finalmente alcanzan lo que eligieron: la propiedad, el patrimonio, casi, que han ido pagando día a día con las propias obras. *«Et vitam æternam possidébitis»*.[13] ¡La vida eterna!

Meditemos, pues: aquel hombre buscaba perlas preciosas, y encontró una [cf. Mt 13,45-46]. Creados para la felicidad, hemos

---

[11] Ap 14,13: «Sus obras les acompañan».
[12] Ef 5,1: «Imitadores de Dios».
[13] Mt 19,29: «Heredarán vida definitiva».

descubierto que la felicidad es el paraíso, perla preciosa impagable, pues además de nuestras obras buenas se requiere la misericordia que intervenga, otorgando la gracia, elevando nuestra obra a mérito eterno. Encontrada aquella perla preciosa, vendió cuanto tenía y la adquirió, y fue riquísimo. Descubierto el cielo, nosotros démoslo todo, ya que, por mucho que demos, no pagamos el paraíso en lo que vale: el paraíso nos resulta siempre a buen precio.

Hoy el pensamiento de santa Clara,[14] cuya fiesta celebramos, nos sirve de buena lección. Ella, joven y feliz, a quien sonreía una vida envidiable según el mundo, se hizo pobre como san Francisco, y quiso vivir en extrema pobreza. La Iglesia esta mañana nos propone un evangelio que constituye en cierto modo nuestra historia: el relato de las diez vírgenes [cf. Mt 25,1-13]. Vírgenes, sí; pero pueden ser necias, o pueden ser prudentes. Éstas, habiendo alimentado sus lámparas y teniendo ceñidos los lomos,[15] pudieron entrar al banquete celeste. Allá arriba la Virgen bendita tiene el primer puesto después de Jesús; en aquel convite nuestro Padre celeste abreva a los hijos fieles en el cáliz de la felicidad.

Concluyendo, los tres pensamientos de esta meditación nos llevan a tres exámenes y a tres propósitos. ¿Queremos llegar a una muerte serena? ¡Pues que entonces podamos decir: he cumplido la misión y mi vocación! ¡Que entonces podamos decir: ya me he juzgado y condenado, he pedido perdón, me he reconciliado, y por tanto no tengo cuentas pendientes con Dios!

Tenemos que contemplar el paraíso y considerar que será proporcionado al mérito. ¡Oh, a qué felicidad se encaminan el religioso y la religiosa fiel! Pr 1 p. 31

A veces, para la función de la toma de hábito, los aspirantes se visten con trajes especiales: ¡oh, el vestido inconsumible [16] en

---

[14] Clara de Asís (1193-1253), primogénita de la noble familia de los Offreducci, a los dieciocho años siguió a su conciudadano Francisco (1181-1226), que tras una juventud despreocupada se había convertido al radical seguimiento de Cristo en la pobreza evangélica. Clara compartió su misión, dando comienzo a la segunda Orden franciscana (Clarisas). Pío XII la proclamó patrona de la televisión. – En el calendario litúrgico del tiempo, santa Clara se celebraba el 12 de agosto. Ahora se celebra el 11 de agosto como memoria.

[15] *Lomos ceñidos*: metáfora bíblica para indicar la prontitud de los peregrinos a ponerse en viaje.

[16] *Inconsumible*, arcaísmo en el original para significar algo que no se gasta o deteriora.

el cielo, el vestido nupcial para nuestra fiesta cuando entremos en el cielo! Hemos de considerar esto y darlo todo por el cielo, con gozo además, porque ¿quién más afortunado que nosotros? ¿A quién se le ocurrirá envidiar las cebollas de Egipto [cf. Núm 11,5], mientras tiene abundancia del maná celeste, que puede escoger y recoger a gusto, según el deseo y la necesidad? [cf. Éx 16,16].

¡Paraíso, pues, paraíso! Hagamos el "Pacto" con Dios para que podamos corresponder con seguridad a la divina vocación, y realizar las obras que Dios espera de nosotros, y así un día ir allá arriba para recibir la *«corona justitiæ»*, la corona de justicia [cf. 2Tim 4,8].

(Recemos el "Pacto" [17]*).*

[17] El "Secreto del éxito".

LA LITURGIA DE LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN [1]

El fruto de la presente meditación será ver de nuevo nuestros deberes con María, nuestra Madre y Reina asunta al cielo, coronada de gloria.

Consideremos en primer lugar la liturgia de la misa fijada últimamente para el 15 de agosto.[2]

En el introito [Ap 12,1; Sal 97/96,1] se nos recuerda una | visión de cielo, cuando san Juan percibió allá arriba un prodigio: «Apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas». Es la Virgen, coronada por la Sma. Trinidad, vestida de sol, teniendo bajo sus pies la luna y llevando en la cabeza una corona de doce estrellas, mientras todo el cielo con reverencia canta: *«Magnífi-cat ánima mea Maríam»*.[3] Pr 1 p. 32

La misa nos presenta en la epístola [Jdt 13,22-25(18-19); 15,10] los motivos de tanta gloria por esta creatura, no sólo obra maestra de la naturaleza y de la gracia, sino también de la gloria. Es un paso tomado del libro de Judit: «Bendita seas tú, hija del Dios altísimo, entre todas las mujeres de la tierra, y bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra, y te ha guiado hasta cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos».

Y tú, oh María, –parece decir la sagrada liturgia– has aplastado la cabeza al enemigo infernal, como de hecho se recuerda en el ofertorio: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo» [Gén 3,15]; *«Benedicta tu inter mulíeres»*.[4] «El Señor ha guiado tu espada», se dice en alabanza a Judit, y tú has cortado la cabeza a nuestro adversario... «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres el honor de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza».

El evangelio ratifica todo lo dicho antes. Es un paso de san Lucas (1,41-50) y habla de la visita de María a santa Isabel: «En

---

[1] Meditación dictada el miércoles 13 de agosto de 1952.

[2] Alude al formulario introducido por Pío XII después de la proclamación del dogma de la Asunción (1° de noviembre de 1950).

[3] «Mi alma engrandece a María». Devota interpretación del Autor.

[4] Jdt 13,18: «Bendita más que todas las mujeres».

aquellos días, se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu
Pr 1 vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi | Se-
p. 33 ñor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la creatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". María dijo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor..."».

[Más tarde, una mujer del pueblo] se hizo eco de estas palabras [gritando]: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!» [cf. Lc 11,27-28]. Pero Jesús quiso dar un sentido completo a estas palabras, [afirmando]: No sólo [es dichosa] por ser mi Madre natural, sino también porque acogió mi palabra: «Mejor, ¡dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!».

María tuvo ambas felicidades: por una parte fue Madre natural de Jesús, por otra fue la más fiel en oír las palabras de él, en interpretarlas según su verdadero sentido, y en practicarlas, haciéndose así ejemplo para los primeros discípulos del Maestro divino.

En tercer lugar tenemos los *oremus:* en el primero [5] se afirma que María inmaculada, al término de su vida, fue asunta al cielo, y por eso pedimos que «aspirando siempre a las realidades divinas, lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo». Elevando nuestros deseos, nuestros corazones y nuestros esfuerzos hacia el cielo, un día podremos ser sus compañeros en la gloria celeste.

Y en el último [6] se dice que, así como María fue resucitada y
Pr 1 recibida en el paraíso en alma y cuerpo, también | nosotros un día
p. 34 podamos llegar a la gloria de la resurrección, cuando nuestro cuerpo quede transformado según las cuatro prerrogativas del cuerpo de Jesucristo,[7] como san Pablo las describe en sus cartas.

¡Qué grande es nuestra Madre: está allá arriba como Reina, especialmente para nosotros!

---

[5] Habla de la oración *colecta*.

[6] La oración después de la comunión.

[7] Como consta en otros contextos, al P. Alberione le gustaba enumerar las siguientes prerrogativas: *impasibilidad, esplendor, agilidad y sutileza*, refiriéndose en particular a 1Cor 15,41-44.

La Asunción de María Virgen es para nosotros una fiesta grande, porque a María la ha hecho Dios reina para ser poderosa en socorrer a sus hijos. María es rica de riquezas del cielo, y estas riquezas son para nosotros. Así como fue llena de gracia para derramarla sobre todos los hombres, está ahora repleta de gloria y tiene una corona de potencia, de sabiduría y de amor, para usar su potencia, sabiduría y amor con nosotros.

¡Oh!, ciertamente nuestro corazón prorrumpe en un grito de gozo y al mismo tiempo en una oración: gozo porque tenemos en el cielo una Madre potente que nos aguarda y allí se ocupa de nosotros.

Y una oración: ¡Oh Madre, que estás en presencia de la Trinidad, habla en nuestro favor, es decir expresa las necesidades que tenemos; excusa ante la Trinidad nuestras debilidades y obténnos su misericordia! Bien sabes cuántas cosas necesitamos: sabiduría celeste, fortaleza para vivir según las virtudes religiosas; y al mismo tiempo tenemos necesidad de humildad y de confianza. Necesitamos que tú formes nuestro corazón, como formaste el del Cordero inmaculado, Jesús, tu Hijo. De tu sangre se formó el Corazón sacratísimo de Jesús. Forma así el nuestro, para que sea generoso, para que sea piadoso, y para que sea fuerte, inflamado todo él en dos amores: caridad hacia Dios y caridad hacia el prójimo.

Y mientras contemplamos a María tan ensalzada, sentimos también el compromiso de inclinar humildemente nuestra cabeza, recordando cuán indignos somos de tal Madre. Su pureza, su humildad, su piedad son tan altas y nosotros tan pequeños, ¡qué lejos estamos de sus ejemplos santísimos! Pr 1 p. 35

Pero nadie se desanime, pues hay una Madre allá arriba, en la casa de nuestro Padre, que habla de nosotros y en favor nuestro. Por nuestra parte, tratemos de merecer su misericordia, su interés por nosotros.

Examinémonos a ver si cumplimos bien los cuatro deberes que tenemos con esta buena Madre:

1) *Conocerla* cada vez más. Cuando las tipografías empiezan a imprimir libros sobre la Virgen, y se hace de ellos amplia propaganda, es que procuramos dar a conocer a esta nuestra buena Madre. Pero, en primer lugar, ¿leemos nosotros los mejores libros sobre la Virgen? ¿Procedemos gradualmente en las lectu-

ras, según la edad y la instrucción, partiendo de las más sencillas para llegar a las más profundas? Y el sábado, ¿procuramos meditar sobre María? Y en los meses de mayo y octubre, y en las novenas, ¿tratamos de conocerla mejor, hablando de ella y leyendo libros sobre ella? ¿Estamos instruidos acerca de sus privilegios, sus virtudes, sus poderes, especialmente el concerniente a su misericordia y su bondad? La instrucción ha de ser el primer paso en la devoción a María.

2) Segundo paso: *imitar* a María, llegar a la imitación en su fe vivísima: «Dichosa tú que has creído» [cf. Lc 2,45]. La confianza de María, la esperanza en la resurrección de Jesucristo, cuando parecía que su nombre estuviera ya borrado, cuando él
Pr 1 había inclinado la cabeza y había | espirado en la cruz. [Esta es-
p. 36 peranza] fue la vela que no se apagó nunca:[8] María aguardó en silencio, retirada, el anuncio de la resurrección. ¡Y su caridad ardiente! Nunca ha habido creatura que haya amado al Señor con un amor tan inflamado, y ningún apóstol amará tanto las almas cuanto las amó y favoreció María, por medio de Jesucristo, remediando los estragos del pecado original y dándonos el fruto de su vientre. Hemos de imitarla especialmente en estas virtudes: fe, esperanza, caridad. Tenemos la gracia de rezar frecuentemente el rosario, según el uso de la Congregación, y en cada misterio hay una gracia que pedir. Pidamos imitar a María en las virtudes que ella practicó tan fielmente.

3) *Suplicar* a María y confiar en ella. ¿Rezamos a María? Por la mañana y por la noche ¿repetimos el *«Virgen María...»*?[9] ¡Es cosa buena! ¿Decimos el *Ángelus Domini*? ¿Rezamos el rosario? Todo esto es bueno. Tenemos que ver también si en no-

---

[8] La imagen de la vela evoca la tradición litúrgica preconciliar. En el llamado "Oficio de tinieblas" del triduo pascual, se usaba ir apagando en el candelabro de diez velas, una al final de cada uno de los nueve salmos de Maitines. La última vela quedaba encendida y se la ocultaba a la vista de la asamblea durante unos instantes detrás del altar, para indicar la divinidad de Cristo oscurecida por la Pasión, pero permaneciendo viva en la fe de María.

[9] «Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos»: jaculatoria que se repetía 50 veces, como las *avemarías* del rosario; es una herencia de san José Benito Cottolengo (Bra 1786 - Chieri 1842), fundador, en Turín, el año 1832, de la Pequeña Casa de la Divina Providencia y canonizado el 19 de marzo de 1934.

sotros hay confianza con esta buena Madre, esa confianza que enternece su corazón. Hemos de ser niños sencillos, pues cada año que pasa nos damos cuenta de que somos débiles, insuficientes, ignorantes y de tener siempre más necesidad de los cuidados de esta buena Madre. Quien es devoto de María, lo sentirá cada vez más, descubriendo asimismo en sí diversas faltas. Y al término de la vida, en el momento de la muerte, se sentirá aún más fuerte la necesidad de María.

4) *Predicar* a María. Sí, nuestro apostolado debe encaminarse a esto. Entre los otros fines, y entre los primeros, está el dar a conocer a María, llevar a ella las almas. Y no sólo el apostolado de las ediciones, sino también el de la palabra y los buenos consejos: en toda | ocasión hablar de María. Quien ama a su madre, suele hablar de ella a menudo. Pr 1 p. 37

Así pues, estos cuatro puntos de examen según los cuatro deberes que tenemos con María: conocerla, imitarla, rezarla, predicarla.

Propósito...

(Quinto misterio glorioso).

IMITAR A MARÍA SANTÍSIMA [1]

Esta meditación debe cerrarse con el propósito de comprometerse y archicomprometerse en aumentar nuestros méritos para la vida eterna, particularmente con la ayuda, la intercesión y la gracia de María asunta al cielo.

«Exaltata est super corum angelorum ad cælestia regna»: María fue exaltada sobre todos los coros de los ángeles y de los santos. Allá arriba, en el reino celeste, por encima de ella está sólo Jesucristo, fuente, autor y consumador [2] de la gracia [cf. Heb 12,2].

La razón de tanta gloria y de su poder extraordinario, quisiéramos decir de la "omnipotencia suplicante" de María, es su santísima vida, los grandes méritos que acumuló en los días de su existencia terrena. En efecto, la gloria es proporcionada al mérito, y el mérito es el nexo, la relación que hay entre la obra buena y el premio, entre la obra buena y la merced.

Mientras vivimos, tenemos siempre la posibilidad de acrecer nuestros méritos. No hay instante de la jornada en que no po-
Pr 1 p. 38 damos aumentar el | premio y asegurarnos una gloria mayor en el cielo.

María tuvo la vida más santa. Ante todo, fue concebida sin pecado y colmada de gracia ya entonces. Ella se encontró, desde su primera aparición en el mundo, tan rica de gracia que superaba a todos los santos. Todos los santos y los ángeles son siervos de Dios, y el siervo está en un grado inferior a la Reina y a la Madre. Y bien, María nacía como Madre y Reina, es decir llamada a ser la Madre de Jesús y Madre nuestra, y al cargo de Reina, distribuidora de gracias.

Ella está llamada a ser la Reina de la misericordia y a tener como súbditos a los míseros, que nunca deben desanimarse.

---

[1] Meditación dictada el jueves 14 de agosto de 1952. – Del *"Diario":* «Este ha sido el horario que el Primer Maestro ha seguido esta mañana: se levantó a las 3,30; celebró la Eucaristía a las 4. Vuelve a su habitación a eso de las 4,30; sale nuevamente a las 5,30 para ir a dar la meditación en la Cripta a la comunidad».

[2] *Consumador*, latinismo por *perfeccionador*: quien da pleno cumplimiento.

Igual que para ser internado en un hospital público el título es «tiene necesidad, está gravemente enfermo», y cuando se trata de beneficencia pública, el título es «se trata de un pobre necesitado», así nuestro título para entrar en el reino de María y tener su misericordia particular, son nuestras necesidades y su potencia y bondad.

Concebida en este altísimo grado de santidad, al nacer vinieron los ángeles a la pequeña cuna, para saludar y venerar a la celeste Niña. Y el nombre que le dieron indica una tarea bien grande, y un grado de santidad superior a la santidad de todos los hombres y de todos los ángeles. Su infancia fue santísima y delicada. Se consagró muy pronto al Señor y a él ofreció todos sus pensamientos, sus sentimientos, su cuerpo y su alma, para ser siempre toda y solamente de Dios. Cuánto haya crecido luego en santidad estando en el templo,[3] es algo que viene como consecuencia. Dios iba | preparándose un tabernáculo: *«Ut Filio tuo dignum habitáculum éffici mereretur, Spíritu Sancto cooperante præparasti...»*.[4] Pr 1 p. 39

El Padre celestial, para preparar una digna morada a su Hijo, seguía infundiendo gracias en María. En Nazaret, siendo ella ya totalmente de Dios, tiene una fuerza de intercesión tal que hace bajar al Hijo que debe venir a redimir el mundo. Y he aquí que el ángel puede atestiguar que María ya está preparada: *«Ave, gratia plena, Dóminus tecum»*.[5] Como prueba de su preparación, ¡qué santa juventud! Y cuando la juventud pasa santamente, se da un presagio, una promesa de que seguirá una jornada llena de luz y de sol. María creció inmensamente en la gracia cuando llevó consigo al Verbo divino encarnado; en Belén, en Egipto, en Nazaret, los ángeles fueron testigos de su santidad.

La Virgen prudentísima, siempre y en todo [ejercitó] cada una de las virtudes –fe viva, esperanza firma, caridad ardiente– el pensamiento y el corazón vueltos al Señor en cada acción, en

---

[3] La tradición apócrifa según la cual María habría sido educada en el Templo, se remonta al llamado *Protoevangelio de Santiago*.

[4] «Para que tu Hijo tuviera una digna morada, con la cooperación del Espíritu Santo, preparaste el corazón de la Virgen María...» (cf. Colecta de la Inmaculada).

[5] Lc 1,28: «Alégrate, favorecida, el Señor está contigo».

cada pensamiento, siendo fidelísima en las prácticas de culto, fidelísima en la oración.

Treinta años pasó en la escuela del Maestro de toda virtud, su Hijo bendito; y, alumna diligentísima como era, ¡cuánto creció! De modo que su perfección, aun no siendo infinita, es «plena, es decir respondía a la abundancia de la gracia del Señor».

Particularmente creció, comprendiendo siempre más el espíritu de Jesús, durante los tres años de vida pública. En efecto, admirando su celo y captando los nuevos caminos de santidad que Jesús indicaba, era la primera en ponerlos en práctica y vivirlos.

Los consejos que se practican en la vida religiosa son tres; pero los | que dio Jesús son muchos, y María los practicaba todos: acogía las palabras de Jesús y las meditaba en su corazón [cf. Lc 2,51]. Así había hecho al comienzo de la vida de Jesús y así podemos imaginar que haya seguido haciendo a lo largo de toda su vida, especialmente en el tiempo en que Jesús se mostró visiblemente en esta tierra.

Pr 1
p. 40

Tuvo un gran aumento de gracia y de santidad durante la grave prueba de la pasión y muerte de Jesucristo. La espada del dolor se hundió entonces en el corazón de María, especialmente cuando asistió a la agonía del Salvador y recogió su testamento, y cuando tuvo en sus brazos a su divino Hijo muerto. Y también cuando, retirada, aguardaba en oración el momento de la resurrección y luego, el día de Pentecostés, cuando bajó el Espíritu Santo.

Son admirables los dones que el Espíritu Santo hizo a los apóstoles: don de ciencia, de virtud y de celo, pero *abundantius*, más abundantemente, fue colmada el alma de María. Y así, en los últimos años que permaneció en esta tierra, a medida que sentía acercarse el fin, su aspiración hacia Dios, sus actos de amor, su total abandono a lo que él había dispuesto para ella aumentaron y coronaron su santidad.

Y llegó el último sello, o sea la aceptación de la muerte, el acto más intenso de amor, que separó su alma del cuerpo. Así pudo ella volar a los brazos de Dios, a la espera de que también su cuerpo, resucitado, pudiera acompañar al alma en el cielo.

Sabemos que el juicio por el que María pasó fue sólo un juicio en el cual Dios proporcionó el premio a sus méritos, la mer-

ced a su santidad. Por eso tiene una gloria tan grande, por su santidad. Por eso tiene un poder tan grande, por su santidad.

Ahora en el cielo ella dispone de gran poder en el corazón de | Dios y casi de un dominio sobre todas las efusiones del Espíritu Santo, y toda gracia que llega a los hombres pasa por sus manos. Lo que Dios puede por naturaleza, María lo puede por gracia: es mediadora de todas las gracias. Así nos hace rezar la Iglesia. Pr 1 p. 41

¿Qué gracias pedir especialmente a María? La sabiduría celeste, para que nuestra mente no se enrede nunca en las tinieblas del error; la firmeza en nuestros propósitos, en nuestras decisiones. ¡Dios bendiga los buenos propósitos por intercesión de María! Y luego una ascensión continuada en el camino hacia la cumbre del monte de la perfección. Cada día subir, subir: *«Quis ascendet ad montem sanctum Dómini?»*.[6] ¡Subir, siempre más arriba!

Pero al mismo tiempo hemos de curvarnos sobre nosotros y preguntarnos: mi vida ¿es un continuo empeño por adquirir méritos? ¿Tengo presente el aviso del Maestro divino: «atesorad para la vida eterna» [cf. Mt 6,20]? Hay que combatir[7] *pro ánima tua*, o sea por nuestra alma, por nuestra salvación, por nuestra santidad, sin ahorrarse ningún sacrificio.

El paraíso es un premio grande, pero Jesús y María lo conquistaron con su vida, trazándonos el camino. Toda acción sobrenatural, es decir que se hace porque agrada a Dios, porque queremos darle gloria, porque él es bueno, porque queremos aumentar nuestros méritos..., [toda acción] incluso mínima aumentará nuestros méritos. El estudio, el apostolado, y hasta el recreo o el descanso, cuando se hacen con este buen espíritu, el espíritu de María, todo contribuye a aumentar nuestros méritos.

De mañanita hay que ser solícitos: se trata de recoger el maná celeste. Y luego, diligencia en toda la jornada. Se pasa de una acción a otra... pero | aunque sean variadas, elevadas o humildes, en todas ellas podemos adquirir méritos. Pr 1 p. 42

Había un sacerdote que al predicar no repetía con frecuencia otras palabras sino éstas: «méritos y méritos, ¡venga, adelante!, méritos y méritos». Porque Dios nos da el tiempo, los días, los

---

[6] Cf. Sal 24/23,3: «¿Quién puede subir al monte del Señor?».

[7] En el original se usa "*agonizar*", latinismo por luchar.

meses y los años con esta finalidad: para una mayor santificación. En efecto, si a quien vive sólo una breve vida, como santa María Goretti,[8] le basta haber santificado esos pocos años para recibir la corona eterna, a nosotros a medida que vamos adelante en el tiempo nos será posible adquirir mayores méritos: *«Augmentum gratiæ et præmium vitæ æternæ»*.[9]

¿Hemos perdido el tiempo? Nótese que siempre se requiere el estado de gracia para obtener el mérito. No obstante, aun si hubiéramos caído en pecado, *«advocatum habemus»:* tenemos un abogado ante Dios, Jesucristo [cf. 1Jn 2,1], y por sus méritos, y con nuestro dolor y arrepentimiento, podemos restablecernos en la gracia del Padre celestial: él se complacerá de nuevo en nosotros, y nos será posible correr libremente otra vez por el camino de la perfección.

¡Religioso santo, o nada! Porque precisamente este es el fin de nuestra vida religiosa: atender a la propia santificación. Con el pasar de los años, hemos de tener más virtud, intenciones más rectas, mayor celo. *«Crescebat sapientia, ætate et gratia...»*,[10] así creció Jesús, así crecieron María y los santos.

Nuestra santidad [debe de crecer] en proporción a la edad. Cada nuevo día ¿es mejor que el precedente? Al hacer el cotejo entre la semana pasada y la presente, cuando nos confesamos, ¿vemos un progreso? En los retiros mensuales ¿encontramos
Pr 1 que el último mes fue mejor que el mes | precedente? Y par-
p. 43 ticularmente en los Ejercicios espirituales, confrontando el año espiritual que termina con el año precedente, ¿constatamos de veras un progreso, un camino? ¿Hemos subido más arriba hacia la cima del monte?

¡Nunca nos suceda tener que constatar lo contrario!

(Quinto misterio glorioso).

---

[8] María Goretti (1890-1902), de familia procedente de Las Marcas emigrada a las zonas pantanosas cercanas a Roma; fue matada doceañera por un joven que la insidiaba y que ella rechazó. Pío XII la proclamó santa en 1950, en presencia de la madre. Sus despojos se veneran en el santuario mariano de Nettuno (Roma).

[9] «Aumento de la gracia y el premio de la vida eterna»: es la oración con la que el confesor despide al penitente después de la reconciliación.

[10] Lc 2,51: «Jesús iba adelantando en saber, en madurez y en gracia».

LAS BIENAVENTURANZAS [1]

Cuando el Espíritu Santo habita en un alma, produce las virtudes cristianas, las virtudes religiosas; y cuando tenemos una efusión mayor de Espíritu Santo, porque correspondemos a la divina gracia, entonces se llega a los dones, a los frutos, se llega a las bienaventuranzas, que sustancialmente son siempre efecto de la inhabitación de Dios en nosotros, del Espíritu Santo que mora en nuestra alma. Las bienaventuranzas son como un anticipo en la tierra del gran bien, de la gran felicidad que se gozará en el cielo.

Más en particular, las bienaventuranzas nos dicen que el premio de la virtud será la felicidad eterna. Allá arriba, Dios dichosísimo y felicísimo no nos necesitaba, no tenía porqué crearnos: era dichosísimo y felicísimo en sí mismo; sin embargo, para mostrar su sabiduría y su amor, ha llamado a la existencia a muchos seres y entre ellos al hombre y al ángel. Ha llamado a estos seres a | participar de aquella misma felicidad que él goza desde toda la eternidad: «Pasa a la fiesta de tu señor» [Mt 25,23]; es decir a la misma felicidad de Dios, ya que, por la gracia, «somos hijos de Dios, y somos también herederos» [Rom 8,17]. Y la herencia de Dios es la eterna dicha, a la que toda alma en gracia y tendiendo a la santidad, tiene derecho, por el compromiso asumido por Dios de premiar las obras buenas. Pr 1 p. 44

Hablando del paraíso, en este mes [de agosto] consagrado de hecho a recordar este dogma de nuestra fe, y a orientar nuestra vida hacia la felicidad eterna y a rezar para obtenerla, es preciso que consideremos las promesas de Dios «a quienes le aman» [cf. 1Cor 2,9]. Sí, consideraremos que allá arriba, en el paraíso, Dios ha preparado la felicidad como premio para cuantos le hayan amado y servido bien. Estas promesas son innumerables en la sagrada Escritura, pero se condensan particularmente en las “bienaventuranzas”.

1. «Dichosos los que eligen ser pobres, porque ésos tienen a Dios por rey» [Mt 5,3]. La pobreza puede ser de varios grados: puede ser una pobreza común a todos los cristianos, que se tiene cuando el corazón está despegado de los bienes de la tierra, aun atendiendo a las propias ocupaciones y, en el caso de un padre

[1] Meditación dictada el domingo 17 de agosto de 1952.

de familia, incluso a preparar para sus hijos una herencia digna de la propia condición.

Con todo, la pobreza que nos lleva a la plenitud de la bienaventuranza, es la pobreza religiosa, el voto de pobreza, con el que nos coartamos el uso independiente de las cosas y nos comprometemos a dar a la Iglesia, a través del Instituto, todo lo que es el fruto de nuestro trabajo, para usarlo en servicio de Dios, así como se usa a servicio de Dios lo que se sirve en el altar: los candelabros, la custodia,[2] los copones.

Pr 1 p. 45 ¡Todo al servicio de Dios! Por el voto de pobreza, pues, damos cuanto concierne a nuestros bienes externos, en la manera que explican las Constituciones. Y a esto corresponde una bienaventuranza especial. Así como el virgen tiene en el cielo un gozo que no tienen los demás, así también los religiosos pobres tienen en el cielo una riqueza de felicidad que los cristianos comunes no tienen, aun cuando hayan observado bien el séptimo mandamiento, incluso bajo el aspecto de la observancia de una pobreza relativa. ¡Es rica la pobreza religiosa, y dichoso quien la haya observado fielmente! Parece una contradicción, pero es una consoladora realidad.

2. «Dichosos los sometidos [mansos] porque ésos van a heredar la tierra» [Mt 5,5]. Aquí no se habla de campos, de viñas o de otros terrenos: se habla del corazón de los hombres, por el que los mansos viven en paz con todos; aquí se habla de la tierra de los santos, que es el cielo, el paraíso.

¡La mansedumbre! Veamos un ejemplo de san Francisco de Sales.[3] Un hombre creía haber recibido del santo una gran injusticia; se equivocaba, pero empujado por la ira, fue a la habitación del santo y descargó toda su rabia con insultos contra él. El santo no dijo ni una palabra para defenderse: sólo al final le

---

[2] Usa el vocablo "*raggiera*" (= corona radiata), porque del ostensorio o custodia parten numerosos radios.

[3] Francisco de Sales (1567-1622) noble francés; obispo de Ginebra, fue uno de los mayores representantes del Humanismo cristiano. Con su mansedumbre convirtió a la población calvinista de Chablais. Sus obras maestras son *Introducción a la vida devota* o *Filotea,* y *Tratado del amor de Dios* o *Teótimo*. junto con santa Juana Francisca de Chantal fundó la Orden de la Visitación. Canonizado en 1665, doctor de la Iglesia, desde 1923 es también el patrono de los periodistas.

miró con afecto diciendo: «Incluso si me sacaras un ojo, yo te miraría con más afecto con el otro».

La verdadera mansedumbre es la que el propio Salvador tenía cuando los golpes de la flagelación caían sobre él: la mansedumbre del cordero manso. ¿La tenemos nosotros? En tal caso es fácil ganarnos la benevolencia de las personas que nos rodean. Si se imita la mansedumbre del Salvador, | se tendrá parte en la felicidad Pr 1 p. 46
prometida por él: «Aprended de mí que soy sencillo y humilde» [Mt 11,29]. Pero no es fácil conservar siempre la mansedumbre: se necesita la gracia, se requiere la efusión del Espíritu Santo.

3. «Dichosos los que ahora lloráis, porque vais a reír» [Lc 6,21]. Quienes ahora lloran con el llanto de los santos, serán consolados. Lloró Jesús sobre Jerusalén, lloró la Magdalena sus pecados, apuntando a cuando nosotros lloramos nuestros pecados, cuando lloramos los pecados ajenos, cuando lloramos por los castigos que caen sobre los pecadores y que a veces arrastran también a los inocentes con el reo. Hay personas que lloran por capricho y otras que lloran por motivos sobrenaturales.

Nosotros, cuando nos confesamos, ¿tenemos verdadero dolor de los pecados? No es siempre necesario que los ojos derramen lágrimas; ¿pero notamos el profundo sentido de pena, de disgusto por la ofensa hecha a Dios, por nuestra ruina espiritual? Aunque tuvieras el alma negra como un demonio, si lloras y acusas tu pecado, tu alma será más blanca que la nieve. El Salvador dijo a la Magdalena: «Tus pecados están perdonados». Por eso ella mostraba tanto agradecimiento; había lavado con sus lágrimas los pies del Maestro y los había secado con sus cabellos [cf. Lc 7,44-47]. Que nuestro llanto no sea un lloro de rabia, de ira, sino de confusión, de humillación; pero, al mismo tiempo, lleno de esperanza, como el de Magdalena, como el de Pedro: un llanto que nos reconcilie, un llanto que nos consuele.

4. «Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque ésos van a ser saciados» [Mt 5,6]. Quienes quieren a toda costa la santidad, tienen hambre y sed de | justicia, como la tienen Pr 1 p. 47
los que acunan tres suspiros, que deberían ser comunes a todos: «Padre, proclámese ese nombre tuyo, llegue tu reinado, realícese en la tierra tu designio del cielo» [Mt 6,9-10]. Quienes tienen esta

sed del reino de Dios, este amor de Dios, anhelando que en la tierra todos canten al unísono las glorias y las alabanzas de Dios, como hacen los ángeles en el paraíso; quienes desean cumplir sólo y siempre la divina voluntad, y [a ella] se doblan y rinden –*«Non sicut ego volo, sed sicut tu»*,–[4] ésos verán apagadas su hambre y sed, es decir serán saciados. Se trata de un hambre y una sed espiritual, y el pan y el agua que la extinguen son sólo de naturaleza espiritual. Recordemos el *«sitio»*[5] de Jesús; recordemos el suspiro de quien tiene sed de almas como Jesús.

5. «Dichosos los que prestan ayuda, porque ésos van a recibir ayuda» [Mt 5,7]. Quien tiene misericordia y perdona al ofensor, encontrará misericordia ante Dios. A quien tiene misericordia y perdona al ofensor, hasta el hondón de su alma, e incluso busca hacerle bien y reza por él, se le condonará también el purgatorio. Y quien es deseoso de sacrificios y está dispuesto a hacerlos para que el ofensor se convierta y se dé a Dios, tendrá él mismo mucho más: su propia santificación.

Quien da al pobre, da a Dios. Y el que haya apagado la sed y el hambre del hermano, ¡qué consoladora sentencia tendrá al acabarse el mundo, en el juicio universal! «Venid, benditos de mi Padre..., porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme» [Mt 25,34-36]. Misericordiosos incluso hasta el exceso, aun cuando parecería que el perdón iba a | servir de aliciente a la malicia de alguno, a molestar más.

Pr 1 p. 48

6. «Dichosos los limpios de corazón, porque ésos van a ver a Dios» [Mt 5,8]. Felices quienes no tienen pecado grave; felices los que odian y combaten el pecado venial; felices también quienes han pagado las deudas a la divina justicia con la penitencia; felices quienes, aun pasando por medio del mundo, se conservan limpios, como palomas que sobrevuelan el barro sin mancharse.

Hoy [esto] es difícil... Hay que reparar los pecados de las fiestas y de las vacaciones, como una vez (y debe aún seguir

---

[4] Mt 26,39: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».
[5] Jn 19,28: «Tengo sed».

haciéndose) se reparaban los pecados del carnaval. ¡Hay que evitar las ocasiones!

En cambio, cuando hay limpieza y el ojo es nítido, éste se adherirá un día a Dios, se apegará a la eterna visión, pues habiéndose cerrado ante las ruindades de la tierra, es digno de las cosas celestiales y de Dios mismo.

7. «Dichosos los que trabajan por la paz, porque a ésos les va a llamar Dios hijos suyos» [Mt 5,9]. Jesucristo es el príncipe de la paz y ha querido dar la paz: *«Pacem meam do vobis»*.[6] Al aparecerse a sus discípulos, siguió anunciando la paz, una y dos y más veces. Ahora bien, aquella paz era perdón, era como una reconciliación con quienes le habían abandonado.

¿Somos portadores de paz? Hay personas que en un grupo dejan caer siempre la palabra que trae paz, que resuelve las cuestiones con sensatez; otros en cambio parecen hechos para suscitar discordias, emulaciones inútiles, disputas tal vez carentes de sentido. ¡Hay que amar más la paz! En algún caso, se deberá por un momento defender la verdad, pero siempre amar la paz, la concordia. Tenemos *oremus* especiales para esto: | amar la paz, el amor. Así seremos como Dios, hijos suyos. Pr 1 p. 49

8. Y en fin: «Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque ésos tienen a Dios por rey» [Mt 5,10]. Aquí está, sí, soportar *«propter iustitiam»*. Hay quienes, en cuestión de soportar y sufrir, gustan hacer soportar y sufrir a los otros, más que soportar y sufrir ellos mismos. Como no siempre tendemos a atribuirnos la parte mala, sino que se la cargamos a los demás, al juzgar revelamos lo que hay en nuestro corazón.

«Propter iustitiam». ¡Cuántos mártires ha mandado ya al paraíso esta primera mitad del siglo![7] Mártires que pertenecían a

---

[6] Jn 14,27: «Paz os deseo, la mía».

[7] La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por numerosas persecuciones: China, México, España, varios países europeos y euroasiáticos sometidos a regímenes dictatoriales. En los años sucesivos tampoco se interrumpió la era de los mártires. De los 1345 beatificados por Juan Pablo II, 1032 eran mártires, y de los 482 canonizados como santos, 401 eran mártires (cf. *La Iglesia es nuevamente Iglesia de los Mártires*, suplemento a *L'Osservatore Romano*, 10 de noviembre de 2004).

las más dispares clases sociales. Muchos fueron encarcelados, deportados, privados de lo necesario y ofendidos en los afectos y derechos más legítimos. Así las cosas, no se puede hacer sino mirar al Calvario. ¿No estaba allí el hombre más inocente y bienhechor de la humanidad? Y sin embargo, *«cum iniquis reputatus est»*.[8] Más allá no cabe sino la justicia, es decir: un día, en el juicio universal, se encontrarán frente a frente el perseguidor y el mártir.

Pero, aun sin ir tan lejos, hay a veces personas que tratan de hacer el bien y, en cambio, se las mira con los anteojos verdes de la envidia.

Caminemos sinceramente. Hagamos el bien ante Dios con sencillez. No debemos dejar el bien porque a nuestro alrededor se levante un poco de polvo: el que camina, siempre levanta un poco de polvo. Hay que ir adelante con recta intención, tratando de disgustar lo menos posible a los demás; pero lo que debe hacerse hay que hacerlo. «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» [cf. He 5,29].

Pr 1 p. 50 Una gran corona, de la que habla san Pablo, tendrán | los mártires: la que nos aguarda en el cielo. Por otra parte, hemos de pensar que quien sigue la justicia, goza ya ahora de una gran paz, como decía san Pablo: *«Superabundo gaudio in omni tribulatione»*.[9]

Propósitos. Tener el ánimo siempre en tensión a la eterna felicidad, estar siempre «atentos», como dice el *oremus* al final de la misa de hoy.[10]

Y como se trata de virtudes que requieren valentía y fuerza, hagamos el "Pacto" con Jesús, para obtener esta energía y así caminar con ánimo siempre adelante.

---

[8] Lc 22,37: «Lo tuvieron por un hombre sin ley».

[9] 2Cor 7,4: «Me siento lleno de ánimos, reboso alegría en medio de todas mis penalidades».

[10] A qué "*oremus*" aluda no es fácil saberlo. La palabra "atentos" (latina o italiana) no aparece en ningún texto eucológico del domingo XI después de Pentecostés. Tal vez se refiera a alguno de los *oremus* añadidos, que por entonces se usaban según las diversas necesidades o intenciones del celebrante.

DESPUÉS DE LA CONSAGRACIÓN DEL ALTAR [1]

Hemos participado esta mañana en la función de la consagración del altar central de esta Cripta, y durante la función he procurado tener presentes las oraciones y pensamientos de Salomón, cuando edificó el templo de Jerusalén y consagró el altar.

Salomón extendió las manos al cielo y dijo: «¡Señor Dios de Israel! Ni arriba en el cielo ni abajo en la tierra hay un Dios como tú, fiel a la alianza con sus vasallos, si proceden de todo corazón como tú quieres; que a mi padre David, tu siervo, le has mantenido la palabra: con tu boca se lo prometiste, con la mano se lo cumples hoy. Ahora, pues, Señor, Dios de Israel, mantén | a favor de tu siervo, mi padre, David, la promesa Pr 1 p. 51
que le hiciste: "No te faltará en mi presencia un descendiente en el trono de Israel, a condición de que tus hijos sepan comportarse procediendo de acuerdo conmigo, como has procedido tú". Ahora, pues, Dios de Israel, confirma la promesa que hiciste a mi padre, David, tu siervo. Aunque ¿es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes en el cielo y lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que he construido! Vuelve tu rostro a la oración y súplica de tu siervo. Señor, Dios mío, escucha la oración y el clamor que te dirige hoy tu siervo. Día y noche estén tus ojos abiertos sobre este templo, sobre el sitio donde quisiste que residiera tu Nombre. ¡Escucha la oración que tu siervo te dirige en este sitio! Escucha la súplica de tu siervo y de tu pueblo, Israel, cuando recen en este sitio; escucha tú desde tu morada del cielo, escucha y perdona. [...] Cuando los de tu pueblo, Israel, sean derrotados por el enemigo, por haber pecado contra ti, si se convierten a ti y confiesan su pecado y rezan y suplican en este templo,

---

[1] Meditación dictada en las vísperas del miércoles 20 de agosto de 1952. Por la mañana había tenido lugar la consagración del nuevo altar marmóreo de la Cripta, en una ceremonia de casi tres horas, y luego la bendición de las instalaciones para la reducción y grabación de películas (de 35 a 16 mm) en los locales de la San Pablo Film, debajo de la Cripta.

escucha tú desde el cielo y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y hazlos volver a la tierra que diste a sus padres» [1Re 8,23-29].

Después Salomón desgrana las varias necesidades, suyas y del pueblo de Israel. «Cuando, por haber pecado contra ti, se cierre el cielo y no haya lluvia, si rezan en este lugar, te confiesan su pecado y se arrepienten cuando tú les afliges, escu-
Pr 1 cha | tú desde el cielo y perdona el pecado de tu siervo, tu
p. 52 pueblo, Israel, mostrándole el buen camino que deben seguir y envía la lluvia a la tierra que diste en heredad a tu pueblo... Si uno cualquiera o todo tu pueblo, Israel, ante los remordimientos de su conciencia, extiende las manos hacia este templo y te dirige oraciones y súplicas, escúchalas tú desde el cielo, donde moras, perdona y actúa, paga a cada uno según su conducta, tú que conoces el corazón, porque sólo tú conoces el corazón humano; así te respetarán mientras vivan en la tierra que tú diste a nuestros padres» [1Re 8,30-40]. Y Salomón continúa en este tono su oración.

Esta es casa de oración. El altar es sagrado: he aquí dónde presentamos nuestras súplicas.

Señor, te pedimos la sabiduría celestial, para que seamos guiados en el santo amor de Dios; para que seamos guiados siempre y únicamente en tu doctrina, oh divino Maestro Jesucristo.

Te pedimos fuerza y virtud; te pedimos amor a la oración; te pedimos el espíritu de nuestra vocación; te pedimos la fidelidad y la generosidad. Y tú, oh Señor, que has elegido y establecido tu morada aquí en este altar, escucha nuestras súplicas.

Te suplicamos por Polonia, por China y por Japón; te suplicamos por Filipinas; te suplicamos por las Américas y por Europa; te suplicamos también por las naciones donde todavía no hemos podido entrar. Sin embargo, tú comprendes nuestro deseo; tú nos has dado una vocación: queremos ser fieles hasta la muerte.

Nosotros hoy te juramos amor: este es el canto con que ter-
Pr 1 minamos | nuestra presente oración, y con el que te pedimos la
p. 53 bendición eucarística: ¡permanezca sobre nosotros, sobre todos nuestros familiares y sobre todos los Cooperadores, hoy y siempre, en la vida y en la muerte!

Que todos seamos partícipes de la divina bendición que darás a tus elegidos, pronunciando aquellas divinas palabras: «Venid, benditos de mi Padre, porque cuanto habéis hecho a los hermanos, aunque haya sido al más pequeño de ellos, me lo habéis hecho a mí» [Mt 25,34-40].

LA CARIDAD RECÍPROCA [1]

En esta meditación nos proponemos pedir al Señor la caridad de unos con otros, la caridad en nuestra familia religiosa. Por eso repetimos la jaculatoria: «Oh María, haz florecer en nuestras Congregaciones las rosas de la caridad».

Leamos el evangelio que nos habla del amor a Dios y del amor al prójimo: «Volviéndose a sus discípulos, Jesús les dijo: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís vosotros y no lo oyeron". En esto se levantó un jurista y le preguntó para ponerle a prueba: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar vida definitiva?" Él le dijo: "¿Qué está escrito | en la ley? ¿Cómo es eso que recitas?" Este contestó: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo". Él le dijo: "Bien contestado. Haz eso y tendrás vida". Pero el otro, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: "Y ¿quién es mi prójimo?" Tomando pie de la pregunta, dijo Jesús: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y le asaltaron unos bandidos; le desnudaron, le molieron a palos y se marcharon dejándole medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verle, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un clérigo que llegó a aquel sitio; al verle, dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, al verle, se conmovió, se acercó a él y le vendó las heridas echándoles aceite y vino; luego le montó en su propia cabalgadura, le llevó a una posada y le cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios de plata y, dándoselos al posadero, le dijo: 'Cuida de él y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta'. ¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?". El jurista contestó: "El que tuvo compasión de él". Jesús le dijo: "Pues anda, haz tú lo mismo"» [Lc 10,23-37].

Pr 1
p. 54

Muchísimas enseñanzas pueden sacarse de esta parábola. Vamos a detenernos sólo en la caridad con el prójimo, el prójimo más cercano, por cuanto pertenece a nuestras familias religiosas.

---

[1] Meditación dictada el domingo 24 de agosto de 1952.

Según el sentido justo [del Evangelio], está más cercano quien tiene compasión al hermano, es decir caridad con el prójimo en sus necesidades, en sus carencias. Uno puede encontrarse lejísimos con el corazón, teniendo envidia, odio, rencor. Se puede estar en el mismo banco | y hallarse moralmente distanciadísimos. Y se puede estar lejos cuanto dista Italia de Japón, y amar y pensar y rezar por los hermanos que se encuentran allí, con verdadera cercanía de corazón. Es lo que solemos decir: aunque nos separemos, nos alejemos, sin embargo seguiremos unidos de corazón, cercanos en el afecto, con la oración, porque nuestros sentimientos coincidirán: uno deseará el bien del otro, manteniéndose cercanísimos, aunque estemos separados por muchísimos kilómetros. Pr 1 p. 55

Por esto hemos cantado: *«Ubi cáritas et ámor, Deus ibi est»*,[2] donde hay caridad y amor, ahí está Dios. Porque, si no amamos al hermano, ¿cómo podremos amar a Dios? San Juan dice: «Quien no ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarle» [1Jn 4,20]. Quien ama, vive en Dios. *«Deus cáritas est»* [1Jn 4,8]: Dios es amor, y sus hijos, los verdaderos hijos de Dios, tienen que amarse y amar a Dios. Este es el precepto de Jesucristo.

¡Altísimo ideal, amar como nos ha amado Jesucristo, que ha muerto por nosotros en la cruz! Mirando a Jesús crucificado, mirando su costado abierto, entendemos el *«Dilexit me et trádidit semetipsum pro me»*.[3]

¿Sabemos hacer algo por el hermano? Oraciones, buen ejemplo, algún pequeño favor, alegrar la conversación, etc.

¿Apreciamos las obras de misericordia? La vida religiosa es alegre, serena, agradable, cuando reina la caridad, pues entonces Dios vive, está presente y bendice e ilumina y conforta.

«Congregavit nos in unum Christi amor».[4] ¿Para qué nos hemos juntado aquí? Para atender juntos a la santificación, o sea amar juntos más y mejor a Jesucristo, siguiendo también los consejos evangélicos.

---

[2] «Donde hay caridad y amor, ahí está Dios», antífona VIII (liturgia en la Cena del Señor).

[3] Gál 2,20: «Me amó y se entregó por mí».

[4] «Nos ha reunido a todos juntos el amor de Cristo» (*Misal romano*, Jueves santo, Cena del Señor).

Por tanto, *«exultemus et in ipso jucundemur»:*[5] estemos rebosantes de alegría, porque es | el amor de Cristo lo que nos ha reunido a todos.

Pr 1
p. 56

«Timeamus, et amemus Deum vivum».[6] Temamos ofender a Dios, temamos que Dios sea ofendido, especialmente en la caridad. Y amemos a este Dios vivo. Quien ama a Dios, ama también la imagen de Dios.

«Et ex corde diligamus nos sincero»,[7] amémonos con corazón sincero, recto, no sólo exteriormente, con palabras afectuosas pronunciadas sólo con los labios, sino con hechos, con obras realmente para el bien de todos.

Y luego se repite: *«Ubi cáritas et amor, Deus ibi est. Simul ergo cum in unum congregamur, ne nos mente dividamur caveamus».*[8] Así pues, estemos ahora tal como hemos sido reunidos; es decir, unidos en caridad. Guárdemonos de dividirnos en pareceres y sentencias diversas, en pensamientos y sentimientos malévolos, contrarios al bien del hermano.

«Cessent jurgia maligna, cessent lites. Et in medio nostri sit Christus Deus».[9] Cesen las palabras punzantes, los litigios. Pasemos por encima de una cuestión o de lo que puede dividir al hermano, y con una simple broma o de otro modo dejemos el corazón sereno. Jesucristo presente aquí en el altar, Jesucristo a quien cada uno tiene en su corazón, considera como hecho a él mismo lo que cada cual ha hecho por el hermano.

En el paraíso todos juntos constituiremos la «Familia Paulina», que no se podrá ya separar y no se podrá dividir por la muerte ni por ningún otro motivo. Vivamos ahora como un anticipo de paraíso; amémonos en la tierra como se aman los bienaventurados en el cielo.

«...Gloriánter vultum tuum, Christe Deus: Gaudium quod est immensum, atque probum».[10] Entonces contemplaremos tu ros-

---

[5] «Gocémonos y exultemos en él».

[6] «Temamos y amemos al Dios vivo».

[7] «Y con corazón sincero amémonos entre nosotros».

[8] «Donde hay caridad y amor, ahí está presente Dios. Formamos, reunidos aquí, un solo cuerpo: evitemos el dividirnos unos de otros».

[9] «Cesen pues las malignidades, cesen las contiendas. Y en medio de nosotros esté siempre Cristo Dios».

[10] «Que un día contemplemos tu rostro en la gloria de los bienaventurados: y será un gozo inmenso, un auténtico gozo».

tro, oh Cristo Dios. | Una cosa sola nos guíe: la caridad. Pero la caridad tiene que mostrarse en cuatro cosas: Pr 1 p. 57

1. Pensar bien de todos, no ofender de pensamiento.

2. Desear de veras el bien de todos: el bien eterno y el bien temporal. Caridad de corazón en los sentimientos.

3. Hablar bien de todos, aun excusando si hace falta, especialmente si están ausentes.

4. Hacer bien a todos, cuando es posible. Según la diversa posición que tengamos, será más o menos fácil hacer el bien con obras, pero todos podemos hacerlo, y luego siempre cabe hacer el bien con las oraciones de unos por otros, con el buen ejemplo, en la iglesia, en el estudio, en el recreo, doquier y en todo. ¡Buen ejemplo! Porque el pecado que Jesucristo ha reprochado con más fuerza es el pecado de escándalo.

¡Hemos de querernos! Hagamos el examen de conciencia:

¿De veras nos queremos? Nuestros pensamientos ¿se inspiran en la caridad? ¿Detestamos los pensamientos que no son conformes a esta virtud?

¿Y los sentimientos del corazón, particularmente cuando vamos a recibir a Jesús en la comunión? *«Vade prius reconciliari fratri tuo»*.[11] ¿Y cuando nos confesamos? Porque nosotros damos a Jesucristo la medida con la que él debe perdonarnos: «Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden» [Mt 6,12]. ¿Cómo vas a ser perdonado si no perdonas?

Y nuestras palabras ¿son conformes a la caridad?

¿Y nuestras obras? De modo especial, el apostolado: obras de caridad espirituales, obras de caridad corporales.

Nadie puede creerse dispensado de hacer algún propósito. En este punto tenemos necesidades especiales.

Hay que amar, amar cada vez más, amar según el ejemplo de Jesucristo, añadiendo la razón de que estamos unidos en una sola familia: tenemos el corazón de san Pablo. Pr 1 p. 58

Cantemos de nuevo: *«Ubi cáritas et amor, Deus ibi est»*, para pedir al Señor, con mayor insistencia y gracia, la caridad en nuestra familia religiosa.

---

[11] Mt 5,24: «Ve primero a reconciliarte con tu hermano».

HORA DE ADORACIÓN – LA VOCACIÓN [1]

Con la presente Hora de adoración queremos cumplir el mandato de Jesucristo: *«Rogate ergo Dóminum messis, ut mittat operarios in messem suam»*, porque *«messis quidem multa, operarii autem pauci»*.[2] Oh Jesús, Pastor eterno de nuestras almas, envía buenos obreros a tu mies.

1. ¡La vocación! Es la voluntad de Dios que destina algunas almas, algunas personas a un especial estado de vida. Es Dios quien llama entre la juventud y busca en el jardín de la Iglesia las flores más selectas.

Jesús había pasado la noche orando, y de mañana reunió a la multitud y, con su ojo sapientísimo, distinguió a quienes el Padre había elegido: *«et elegit ex ipsis duódecim»* [3] y les quiso con él para formarlos: *«ut essent cum illo»*.[4]

Pr 1 p. 59 Desde el sagrario, en continuidad hasta el final de los siglos, Jesús repite este acto suyo: llama | entre la multitud de los jóvenes y de las jóvenes, a las almas que el Padre celeste ha querido separar para una determinada obra de ministerio, para ciertos apostolados, para un especial servicio que mayormente le honra.

¡La vocación! ¿Dónde nace? De la inocencia o de una verdadera penitencia. La inocencia es la primera base, el odio al pecado. El pecado es la destrucción de todo nuestro bien, y para readquirirlo no tenemos otro camino sino la penitencia.

Así pues, o inocentes o de veras penitentes. El pecado es lo que destruye la vocación en un alma; en cambio, la inocencia atrae las miradas de Jesús. «Yo siempre he guardado los mandamientos», dijo aquel joven que deseaba conseguir la vida eterna [Mt 19,20]. Jesús *«intuitus eum dilexit»*.[5] Mirándole, sintió en su corazón una palpitación especial de amor.

El inocente, el que había guardado los mandamientos. O bien una verdadera penitencia, como vemos en san Mateo y en

---

[1] Meditación dictada el domingo 24 agosto de 1952, por la tarde.

[2] Mt 9,38: «La mies es abundante y los braceros pocos; por eso, rogad al dueño que mande braceros a su mies».

[3] Lc 6,13: «Eligió a doce».

[4] Mc 3,14: «Para que estuviesen con él»

[5] Mc 10,21: «Jesús se le quedó mirando y le mostró su amor».

otros apóstoles, o en los ejemplos bastante frecuentes que nos presenta la historia eclesiástica.

Inocencia o penitencia. ¿Tenemos nosotros una de estas disposiciones? También el desarrollo, la correspondencia a la vocación requiere asimismo inocencia o penitencia.

Dirijámonos a María, para que interceda por nosotros ante su divino Hijo, Jesús eucarístico, a fin de que se multipliquen las vocaciones religiosas y eclesiales. Cantemos el himno: *«Regina jure díceris»*.[6]

Regina Apostolorum, ora pro nobis. Oh Jesús, Pastor eterno de nuestras almas, envía buenos obreros a tu mies.

2. En el Evangelio leemos que los apóstoles correspondieron inmediatamente y con constancia a su vocación hasta la muerte. Y leemos también ejemplos de quienes no correspondieron a la vocación, | por varias razones. El Evangelio habla de ello en breves pasajes. Pr 1 p. 60

[Es grave] la responsabilidad del llamado por Dios. En primavera los árboles frutales se cargan de hermosas flores, y el agricultor prevé una buena cosecha; pero a veces sucede que, al llegar la recolección, los frutos son pocos; muchas flores cayeron, o por el hielo, o por las lluvias, o por plagas. Pero las que quedaron, son quizás más hermosas y producen frutos sabrosos.

Así sucede con las vocaciones: un campo, después de haber sido sembrado bien, da una cosecha escasa; otro campo, bien sembrado, da una cosecha abundante.

¿Qué se requiere para corresponder a la vocación? Se requieren tres cosas: una fe siempre viva, una docilidad continua, una oración fervorosa y constante.

Fe viva. Hay que tener siempre presente que es el Señor quien dispone de nosotros, quien nos ha indicado el camino para alcanzar el paraíso. A quien llama, Dios le ha preparado un hermoso paraíso. ¡Fe viva en ese paraíso! ¡Fe viva en las gracias especiales para quien es llamado: sí, gracias especiales, y continuas, día tras día!

---

[6] «Los apóstoles te aclaman concordes / por su Reina, oh María», himno a la Reina de los Apóstoles (cf. *Oraciones de la Familia Paulina*, pp. 346-347, ed. it. 1996)

Docilidad continua. Hay que dejarse formar, dejarse guiar, porque las gracias Dios las hace pasar a través del que guía. Y las luces y la orientación y las sugerencias vienen de ahí, como de ahí vienen asimismo tantos consuelos, tantos ánimos, tantos avisos, dispuestos por Dios, que se sirve de sus ministros. *«Sic nos exístimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei»*.[7] Docilidad, porque el dócil en las manos de Dios es bendecido y acierta en los caminos de la vida, indicados por
Pr 1 p. 61 quienes ya los han | recorrido; además de esto, tendrá gran paz interior, y saldrá a flote en todo cuanto emprenda: ministerios o apostolado o empeño de santificación.

Oración fervorosa y constante. Los tibios pierden las gracias. Los fieles y fervorosos en la oración incrementan sus gracias cada día: Dios se comunica. Jesús en las comuniones deja sentir sus invitaciones, sus inspiraciones, sus insistencias; y cuanto más unidos estemos a él, más linfa vital de la vid, que es Jesucristo mismo, pasará a nosotros, que somos los sarmientos. ¿Pero qué sucede si un sarmiento está herido y no puede recibir o recibe escasamente la linfa de la vid? ¿Qué fruto dará?

Nos dirigimos, pues, al Maestro divino para que nos conceda estas gracias: fe viva, docilidad constante, oración fervorosa.

Examen. Si para corresponder a la vocación se requiere fe, docilidad y oración, ¿tenemos nosotros estas tres condiciones? Nuestra fe ¿es viva, o es lánguida? ¿Conocemos la belleza, la preciosidad, la gracia de la vocación? ¿Comprendemos a qué fin el Señor nos ha destinado, qué paraíso nos aguarda? ¿Somos fieles? ¿De veras lo hemos dejado todo y seguimos a Jesucristo con entrega plena, como san Pablo?

¿Tenemos docilidad? ¿Nos dejamos guiar, escuchamos al confesor, a los superiores, los maestros y a cuantos cuidan de nosotros porque tienen ese encargo a favor nuestro? ¿O nos rebelamos, buscamos de algún modo hacernos independientes, cumplir nuestra voluntad, pensando que eso es lo más justo, la cosa mejor?

¿Cómo es nuestra oración? ¿Es humilde, confiada, perseverante? ¿Con cuánta devoción nos acercamos a los sacramentos

---

[7] 1Cor 4,1: «Se nos considere a nosotros servidores de Cristo y encargados de anunciar los secretos de Dios».

de la confesión y de la comunión? Somos | fieles a los exámenes de conciencia, a la visita, a la meditación? ¿Tratamos de sacar provecho? ¿Tenemos una verdadera devoción a María santísima y a san Pablo? ¿Cultivamos las otras devociones practicadas en el Instituto? Pr 1 p. 62

Cantemos: *«Parce, Dómine»*.[8]

[8] «Perdona, Señor», canto penitencial inspirado en Joel 2,17.

EL AGRADECIMIENTO [1]

Esta meditación mira a suscitar en nosotros el sentimiento de la gratitud al Señor por todos los beneficios que nos ha hecho. Debemos unirnos a los sentimientos propios de María Sma. cuando cantó su admirable himno a la bondad de Dios, el *Magníficat.*

En el evangelio de san Lucas leemos el episodio de los diez leprosos que a distancia invocaron: «Jesús, señor, ten compasión de nosotros». Fueron curados, y uno de ellos se volvió alabando a Dios y, postrándose a sus pies, le dio las gracias. Era un samaritano. Entonces Jesús preguntó: «¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien vuelva para dar gloria a Dios, excepto este extranjero? Y | le dijo: Levántate, vete, tu fe te ha salvado» [cf. Lc 17,11-19].

Pr 1
p. 63

Evidentemente el Señor Jesús se apelaba a este deber del reconocimiento. Diez leprosos son los curados, y uno solo ha vuelto atrás para dar gracias. Los otros nueve no se dejaron ver, y esto produjo una cierta amargura en el corazón de Jesús, que se lamentó. Los samaritanos no eran hijos de la promesa hecha por Dios a Abrahán, y sin embargo justo el samaritano es quien tiene sentimientos delicados y siente en su corazón la necesidad de volver atrás y alabar a Dios. ¿Cómo? «Se volvió alabando a Dios a grandes voces y se echó a sus pies rostro a tierra, dándole gracias». Esto quiere decir que aun externamente mostraba el sentimiento de gratitud.

Innumerables son las gracias que se reciben. ¿No están todos los hombres obligados al reconocimiento? ¿No son todos creaturas de Dios? ¿No deben todos reconocer a Dios, su principio y su bienhechor supremo? Y, por otra parte, ¿los hombres no deberían todos reconocer el beneficio de la redención? El Hijo de Dios encarnado, hecho nuestro Maestro y guía, y nuestro redentor, ¿cuánto ha dado por nosotros? Su vida, su sangre. Él nos ha enseñado el verdadero camino del cielo y de la santidad; él nos ha dejado la Iglesia, los sacramentos, el sacerdocio, la verdad, es decir la predicación de la verdad.

Cada paso que damos, puede decirse que marca para nosotros una obligación de reconocimiento a Dios. Si respiramos, si

[1] Meditación dictada el domingo 31 de agosto de 1952.

nos nutrimos, si tenemos sentimientos buenos, ¡todo procede de Dios como primer principio! Nada hay fuera de Dios, todo viene sólo de él, siempre de Dios, *«a quo bona | omnia procedunt»*.[2] Todos los bienes proceden de él. Pr 1 p. 64

El sentimiento de gratitud en primer lugar es de adoración; ésta implica este punto del reconocimiento a Dios como primer principio de todo. La gratitud nos lleva a reconocer al Señor autor de todo el bien que hay en nosotros y que está distribuido por la faz de la tierra: distribuido a nuestros familiares, a las personas queridas, a todos los hombres.

El sentimiento de gratitud es humildad: muchas veces a los hombres les repugna encontrarse con quien ha sido su bienhechor, porque son orgullosos. No se quisiera casi reconocer que cuanto tenemos nos ha venido de otros. Y entonces he aquí que se dan al olvido los beneficios, sintiendo casi disgusto de encontrarse con quienes les han favorecido. El hombre es frecuentemente ingrato.

El sentimiento de gratitud es además como una oración. Cuando se reconoce el beneficio, el Señor añade nuevos favores. Es una oración, pues, porque el Señor aumenta las gracias, y así la gratitud redunda siempre a favor nuestro.

El sentimiento de gratitud es asimismo el acto de un corazón bien educado, cortés. Las buenas madres se esfuerzan por instilar en el corazón de sus hijos el sentido del reconocimiento.

Y bien, ¿cómo se muestra el verdadero reconocimiento? De dos maneras: con las palabras y con los hechos.

Con los hechos, correspondiendo al beneficio recibido. Si el maestro te da clases, el reconocimiento se muestra poniendo atención y tratando de corresponder a las fatigas del maestro, haciendo ver que aprendes o al menos que te aplicas en lo posible para aprender y recordar.

El sentimiento del reconocimiento se muestra también | al exterior, dando buen testimonio del maestro, teniéndole respeto y amor. A veces se dan demostraciones de afecto y familiaridad a quien no nos ha hecho ningún beneficio, o incluso ha sido causa de un mal, sólo porque sabe presentarse bien y decir palabras lisonjeras. Pr 1 p. 65

[2] 1Cor 8,6: «De quien procede el universo».

El reconocimiento al confesor, el reconocimiento a los superiores, el reconocimiento a los padres, a todos aquellos de quienes Dios se ha servido para hacernos llegar las gracias, es algo debido. ¡Hay que mostrarlo con los hechos! Si el Señor nos da otra jornada, empleémosla bien llenándola de méritos. Y si el Señor ha venido a nuestro corazón en la santa comunión, establezcamos con él una unión indisoluble, duradera, una unión de afecto, de amor, dejando que Jesús produzca en nosotros los frutos de la comunión, o sea frutos de santidad.

El reconocimiento *con palabras* puede manifestarse por ejemplo recitando a menudo el *«Gloria Patri»;* respondiendo con el *«Deo gratias»;*[3] viviendo bien en la misa el *«Gloria in excelsis Deo»*,[4] y las expresiones del prefacio: *«Vere dignum et justum est, æquum et salutare nos tibi semper et ubique gratias ágere»*.[5]

Sobre todo hay que concienciarse de que en el altar se presenta el sacrificio de la cruz. Hay personas que ante tanto beneficio permanecen frías, indiferentes: ¡eso es ingratitud! Sin embargo, cuando se dice de una persona que es ingrata y dura, tal vez o, mejor, casi siempre ella se ofende.

¿Qué dicen los ángeles de nosotros? ¿Que somos de veras agradecidos a María Sma. por su amparo? ¿A los propios ángeles por su protección? ¿Somos reconocidos con las personas bienhechoras nuestras?

¡Gratitud de hechos y de oraciones! Ahí está la santísima Virgen que nos da un gran ejemplo: cuando Isabel la saludó como Madre de Dios y la proclamó dichosa, | María no se detu-
Pr 1 p. 66 vo a paladear con satisfacción esa alabanza, sino que levantó los brazos al cielo y su lengua pronunció el cántico que durará hasta el final de los siglos y se prolongará por toda la eternidad: *«Magníficat...»*. Porque *«respexit humilitatem ancillæ suæ»*.[6]

Cantemos también nosotros a Dios el *Magníficat* como reconocimiento.

---

[3] «Demos gracias a Dios».

[4] «Gloria a Dios en el cielo».

[5] «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar».

[6] Lc 1,46-55: «Porque ha mirado la humillación de su esclava».

DEVOCIÓN A JESÚS MAESTRO [1]

Esta meditación debiera acercarnos un poco más a Jesús Maestro, haciéndonos desear la piedad y aportándonos los frutos que ella ha de producir en nuestras almas.

En el *Líber Usualis* [2] hay tres antífonas que empiezan con la palabra *Magíster*.[3]

1. *Jesús Verdad.* La primera antífona se refiere especialmente a Jesús, Maestro de verdad, más aún, la Verdad misma: *«Magíster, scimus quia vérax es»*,[4] porque enseñas la verdad. Por ello, en nuestras Constituciones, hemos escrito que todo el saber, toda la ciencia que se comunica, debe tender especialmente a presentarnos a Jesús Camino, Verdad, Vida.[5]

Jesucristo es Verdad por esencia, verdad increada, el único verdadero Maestro. Y Jesucristo se ha hecho Maestro para enseñar a los hombres esta verdad, la verdad que salva. Él no vino a enseñarnos cómo está hecho el cielo, la astronomía, sino a enseñarnos el camino del cielo.

En el monte Tabor, después que Jesús se había transfigurado teniendo a su lado a Moisés y Elías, se dejó oír la voz del Padre celeste: «Este es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor. ¡Escuchadle!» [Mt 17,5]; o sea: «Oíd su | palabra». Pr 1 p. 67

Tenemos que dirigirnos, pues, a la Iglesia y dejarnos guiar por ella, pues la Iglesia toma del Evangelio, es decir de la doctrina de Jesucristo, y nos comunica la verdad. Ella es como la

---

[1] Meditación dictada el sábado 6 de septiembre de 1952.

[2] *Liber Usualis Missæ et Officii pro dóminicis et festis cum cantu gregoriano*: literalmente "Libro de uso común" conteniendo los textos litúrgicos de la misa y del oficio litúgico, acompañados de notas para el canto gregoriano.

[3] Son estas: *«Magíster, scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces, alleluia»* (Dom. XXII de Pent.); *«Magíster, quid faciendo vitam æternam possidebo?»* (Dom. XII de Pent.); *«Magister dicit: Tempus meum prope est...»* (Conmemoración para domingos o fiestas).

[4] «Maestro, sabemos que eres veraz», ant. inspirada en Mt 22,16.

[5] *Constituciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, ed. 1950, art. 154 (Piedad), 177 (Estudios y enseñanza), 224 (Apostolado). Cf. *Abundantes divitiæ*, o.c., nn. 93-100.

sede, el palacio de la verdad. Siempre podemos dirigirnos a la Iglesia y dejarnos guiar por ella. Y si no lo entendemos todo, es simplemente por la escasez de nuestra inteligencia. Sabemos que Dios es infinitamente sabio, no puede engañarnos; es infinitamente bueno, y a nadie puede engañar. Y bien, la Iglesia, tomando las verdades del Evangelio, es una Maestra infalible: confiémonos a ella.

Es preciso que nosotros, por una parte, secundemos y sigamos en todo a la Iglesia, y luego que demos la preferencia siempre en nuestros apostolados, especialmente en las lecturas y meditaciones, a lo que la Iglesia y el Papa enseñan. Al mismo tiempo, hemos de dar gran importancia a la lectura del Evangelio.

El Evangelio va acompañado por una gracia especial, tiene una fuerza intrínseca. Toda lectura espiritual sobre el Evangelio lleva en sí la garantía de buenos frutos. Por otra parte, aquel Jesús que había creado al hombre, sabía bien cómo está hecho el corazón de éste, y ha proporcionado, admirablemente adaptada, su enseñanza al corazón y a la mente del hombre.

¿Qué importancia damos a la doctrina de la Iglesia, y a la lectura del Evangelio? San Pedro en su segunda Carta dice: «Cuando os hablábamos de la venida de nuestro Señor Jesucristo, no plagiábamos fábulas rebuscadas, sino que habíamos sido testigos presenciales de su grandeza» [cf. 2Pe 1,16]. ¡Cuántos se las dan de maestros a derecha e izquierda! Pero Jesús nos ha puesto sobre aviso: no se os ocurra creer a los falsos profetas, no sigáis a tantos maestros, ¡sed sensatos! [cf. 2Tim 4,3-4].

Pr 1 p. 68 Para discernir | con seguridad al respecto: enseñan bien si tienen autoridad para enseñarnos; y luego, miremos sus frutos: *«Ex frúctibus eorum cognoscetis eos»*.[6] Cuando un compañero es malo, sus frutos no son buenos. Y cuando una persona enseña cosas que no se concilian con las máximas del Evangelio, ciertamente no es fervorosa.

El Evangelio es claro y en su sencillez podemos fácilmente entenderlo, particularmente cuando se trata de los consejos evangélicos, cuando se trata de las bienaventuranzas. Ante los misterios hemos de inclinar la cabeza humildemente. Creyendo ahora, un día veremos.

---

[6] Mt 7,20: «Por sus frutos los conoceréis».

Cantemos la antífona de la pág. 1107 del *Líber Usualis: «Magister, scimus quia verax es et viam Dei in veritate doces»*. Y recitemos el *credo*, atestiguando nuestra voluntad de vivir y morir hasta concluir nuestros días como hijos devotos de la Iglesia, creyendo a toda enseñanza, a toda palabra del Evangelio. Porque pasarán los siglos, pero la doctrina del Evangelio no caerá.

2. *Jesús Camino.* Hay otra antífona que dice: *«Magíster, quid faciendo vitam æternam possidebo?»*.[7] Jesús contestó: «¿Por qué me preguntas por lo bueno? El Bueno es uno solo; y si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos...». Y prosiguió: «Si quieres ser un hombre logrado, vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que tendrás en Dios tu riqueza; y, anda, sígueme a mí» [Mt 19,17-21].

Jesús es modelo de toda virtud: modelo de humildad, modelo de caridad, modelo de obediencia, modelo de pobreza y al mismo tiempo modelo de pureza, de prudencia, de fortaleza, de templanza. Jesús es un espejo que podemos siempre poner ante nosotros: *«Spéculum virtutis»*.[8] Él nos propone su doctrina no sólo cuando enseña las | virtudes, sino especialmente cuando las practica. Sabía bien que los hombres aprenden más de los ejemplos que de las palabras. Por eso *«cœpit fácere et docere»* [He 1,1], empezó a practicar y luego enseñó a hacer. Pr 1 p. 69

Vamos a contemplar especialmente sus virtudes, recomendadas después en los “consejos evangélicos”: pobreza, castidad, obediencia:

La pobreza del pesebre; la pobreza de la casa de Nazaret; la pobreza del ministerio público; la pobreza con que Jesús cerró su vida terrena, muriendo desnudo en una cruz. Digamos que así como tomó prestada una cabaña para nacer, así tomó prestado un sepulcro para descansar los tres días precedentes a su resurrección.

Sobre la pureza de Jesús la evidencia es tal que, aun permitiendo ser acusado de muchas maneras, en este punto no quiso ser tocado. Lección: es preciso tener tal delicadeza que la gente,

---

[7] Mt 19,16: «Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para conseguir vida definitiva?».

[8] «Espejo de virtud».

por maligna que sea, no encuentre ningún fundamento para acusar. *«Ab omni specie mali, líbera nos, Dómine»*.[9]

Respecto a la obediencia, Jesús entró en el mundo por obediencia al Padre; su nacimiento, su residencia en Nazaret, el ministerio público y su misma muerte, todo discurrió en obediencia al Padre: *«Non sicut ego volo, sed sicut tu»*.[10] *«Quæ plácita sunt ei facio semper»*.[11]

¿Podemos decir así de nosotros? En el examen de conciencia debemos contemplar las virtudes de Jesús, intentar ponernos ante su espejo y confrontarnos. Nos encontraremos muy lejos, lejos. Pero aun estando así de lejos, Jesús nos ofrece su ayuda, su gracia: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga», o sea me imite [Mt 16,24]. «Os dejo un ejemplo, para que igual que | yo he hecho con vosotros, hagáis también vosotros» [cf. Jn 13,15]. No debemos estar mirando lo que hace uno o el otro: el ideal es vivir de Jesús, vivir como Jesús. Él es el Maestro, sólo él es el Camino que conduce al cielo.

Pr 1
p. 70

Ahora pues, para obtener esta gracia, cantemos la antífona *«Magíster, quid faciendo vitam æternam possidebo?»*. Y recitemos las bienaventuranzas.

3. *Jesús Vida.* «El Maestro te pregunta dónde está la posada donde va a celebrar la cena de Pascua con sus discípulos. Él os mostrará un local grande, en alto, con divanes. Preparadla allí» [Lc 22,11-12].

Era la Pascua, la última del Salvador Jesús, y él mandó a los discípulos a preparar la última Cena. Ellos debían decir al dueño: «El Maestro dice que su momento está cerca» [Mt 26,18], a saber, el de su pasión y «va a celebrar la Pascua en tu casa con sus discípulos». Se presenta Jesús Vida, Vida especialmente en la Eucaristía, sacramento en el que nutre esta vida, recibida ya por nosotros en el bautismo.

El centro de la jornada debe ser la comunión. Todo lo demás es como los rayos que salen de la Hostia, de modo que una

---

[9] «De toda apariencia de mal, líbranos, Señor».
[10] Mt 26,39: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».
[11] Jn 8,29: «Yo hago siempre lo que le agrada a él».

parte de la jornada se dirija a preparar el alma a la comunión, especialmente con buenas confesiones y buenos exámenes de conciencia. Y la otra parte de la jornada se oriente a agradecer a Jesús y sacar los frutos de la comunión. Es necesario que, tras haber recibido a Jesús, conservemos el recogimiento, no sólo en el momento en que estamos arrodillados en el banco, sino también después.

Conviene oír temprano la misa, hacer temprano la comunión (si uno quiere recibirla) y la meditación. Luego, aproximadamente una hora después de las prácticas de piedad, cada uno vaya a su ocupación: con recogimiento en el estudio, con recogimiento | en el apostolado, con recogimiento en las diversas ocupaciones que se nos asignen. Pr 1 p. 71

Hay que evitar el merodear por la casa. Llevamos a Jesús con nosotros, ¡respetémosle! Está con nosotros, ¡así que ocupémonos enseguida intensamente en nuestras cosas, sin que nadie se retrase por una u otra razón!

¿Por qué dar lugar a las chácharas y distracciones? ¡Antes del desayuno ya se ha anulado el fruto de la meditación y de la comunión! Las palabras excesivas son un gran mal en las comunidades. Es preciso concentrarse y hacerse sensatos, hablando sólo después de haber reflexionado y cuando sea el tiempo.

Si, en cambio, nos mantenemos unidos a Jesús, tenemos más fuerza en nuestras cosas: el apostolado se logra mejor, el estudio se logra mejor, toda la formación se logra mejor.

Hagamos un propósito, todos juntos, de moderar esta facilidad, difundida ya por doquier, de hablar sin reflexionar, y juzgando a derecha e izquierda. Quien más juzga, menos hace, pierde el tiempo y se encuentra responsable ante Dios. Jesús juzgará y premiará a cada uno según sus obras, no según su charlatanería. Las chácharas no sirven para el cielo y no son lo que nos alcanzará el premio.

La facilonería en hablar implica siempre pecado, por una u otra razón; y eso sin tener en cuenta las consecuencias que se derivan luego de ciertos discursos...

Cada cosa a su tiempo: el recreo, constructivo y alegre; y luego, cuando viene la hora de las ocupaciones, sirvamos a Dios, trabajemos, estudiemos bajo la mirada de Dios. Ofrezcámosle nuestra fatiga, y él nos la pagará.

¡Sensatez! *«Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir»*.[12] Si uno no peca con la lengua, es un santo. Y no sólo es
Pr 1 p. 72 santo, sino que dará buenos ejemplos y, además | tendrá la bendición de Dios en su lengua: es decir, su palabra producirá fruto. ¡Cuántas veces el abuso de la lengua trae consecuencias penosas en la vida! Al contrario, santificar los discursos trae frutos de edificación, de consolación al exhortar, al predicar, al enseñar [cf. Sant 3,1-9].

[12] Sant 3,2: «Quien no falla cuando habla es un hombre logrado».

EFECTOS DEL PECADO [1]

Evangelio según san Mateo (6,24-33): «Nadie puede estar al servicio de dos señores, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero...».[2]

Este paso evangélico lleva, en su parte principal, a considerar un atributo de Dios, el de la providencia; pero en esta ocasión vamos a meditar sólo las primas frases, es decir: «No podéis servir a dos señores». En efecto no se puede al mismo tiempo hacer obras de piedad y cometer pecados; alabar a Dios con cantos y salmos, y luego tener en el corazón sentimientos y en la mente pensamientos contrarios a la santa ley de Dios. ¡Odio al pecado, pues! Lo pedimos en esta meditación: *«Ab omni peccato líbera nos, Dómine»*.[3] Pr 1 p. 73

El pecado es una verdadera locura. Llamar loco a un hombre es una gran injuria, y hasta en el Evangelio leemos: «Quien llame inútil, o sea loco, a su hermano, incurrirá en la pena del fuego» [cf. Mt 5,22]. En efecto ser locos, haber perdido el uso de la razón, es la desgracia más grave después de la muerte. Pero el pecado es una desgracia más grave aún que la muerte y la locura. Por eso el beato Savio Domingo [4] decía: «La muerte, pero no el pecado».

Es una locura, el pecado, por cuatro motivos especialmente: nos quita la gracia, la vida sobrenatural; nos quita la posibilidad de ganar méritos; nos hace perder los ya adquiridos; nos quita la paz del alma.

1. El pecado *quita la vida sobrenatural.* Bajo cierto aspecto, es peor que suicidarse, porque la | vida sobrenatural vale más que la vida natural. Sólo que el suicidio no daría tiempo *«ad emendationem»*,[5] para obtener el perdón y readquirir la gracia de Dios, Pr 1 p. 74

---

[1] Meditación dictada el domingo 7 de septiembre de 1952.

[2] En el original se transcribe el texto evangélico íntegro.

[3] «De todo pecado líbranos, Señor», de las letanías de los Santos.

[4] Domingo Savio (1842-1857), joven alumno de Don Bosco, entró doceañero en el Oratorio de Turín. Tenía por lema: «La muerte, pero no pecados». Canonizado por Pío XII el 12 de junio del año mariano 1954, es uno de los más jóvenes santos en la historia de la Iglesia. En la fecha de esta meditación Domingo Savio era todavía “beato”.

[5] «A la corrección».

que nos hace hijos del Padre celeste, amigos de Dios, copartícipes de la divina naturaleza y herederos de la felicidad eterna.

¡Oh, qué pérdida se origina con el pecado! ¡Es como perder por un plato de lentejas el derecho de primogenitura! [cf. Gén 25,29-34]. Por una satisfacción, a veces hasta inmunda, ¡perder la herencia del cielo, la amistad de Dios! ¡Ah, si se reflexionara! Pero la pasión oscurece la mente y al mismo tiempo hace insensible el corazón a las invitaciones de Dios.

2. En segundo lugar, el pecado *quita la capacidad de merecer*. Si un alma, cuando está en pecado, hiciera obras buenas, éstas no merecerían para la vida eterna, pues no serían sobrenaturales en su raíz, al no darse la gracia, principal elemento constitutivo. Por tanto, cuando uno estudia o ejercita el apostolado, si no está en gracia no adquiere mérito alguno. Eso sí, cumpliendo una obra buena, a la que estaba obligado, al menos no comete otro pecado, como quien, aun viviendo en pecado, el domingo va a misa; pero esa misa no le hace ganar el premio del cielo, al máximo le obtendrá sentimientos de dolor y deseo de confesarse y enmendarse.

3. Cuando un alma infelizmente cae en pecado, *pierde los méritos de la vida pasada. «Si justus recésserit a justitia sua, omnes justitiæ quas fécerat non recordabuntur»*.[6] Aunque un alma hubiera sido muy buena en su vida, acumulando incluso todos los méritos de san Luis,[7] el pecado todo lo destruye. *«Non recordabuntur | omnes justitiæ quas fécerat»*.[8] El pecado es como una fuerte granizada caída sobre el fruto maduro en un campo de trigo o en una viña: todo lo destruye.

Pr 1
p. 75

4. El pecado *quita la paz del alma*. ¿Y por qué? Cuando uno tiene un enemigo potente, que en cualquier momento puede atacarle, vive en el temor; pero cuando el enemigo es Dios, que en cualquier momento puede enviarnos la muerte, llamándonos in-

---

[6] Ez 18,24: «Si el justo se aparta de la justicia... no se tendrá en cuenta la justicia que hizo».

[7] Luis Gonzaga (1568-1591), noble mantuano; a los diecisiete años renunció al marquesado de Castiglione delle Stiviere a favor de su hermano y entró en la Compañía de Jesús en Roma. Guiado por san Roberto Belarmino, se distinguió por la intensa piedad y la caridad fraterna. Murió de peste a los 23 años, mientras asistía a los enfermos en el hospital de los Incurables. Canonizado en 1726, es patrono del la Acción Católica y de la juventud estudiantil.

[8] Ez 33,13: «No se tendrá en cuenta su justicia».

cluso improvisamente a la eternidad..., entonces el alma no tiene paz, ni siquiera por la noche, cuando quiere descansar. El alma sabe que se encuentra en riesgo de perderse, está como al borde del infierno: para caer, basta un empujoncito, basta que Dios no la sostenga ya.

¿Y cómo podrías reír o bromear? Quizás lo hagas por fuera, pero en el corazón habrá amargura, temor, remordimiento. Éste puede ser tan fuerte que a algunos les ha llevado a veces a darse la muerte: una necedad aún mayor, pues causarse la muerte quiere decir arrojarse al infierno, justo al infierno que tanto se teme. Pero cuando hay un gran remordimiento, ya no se razona. Judas, cuando comprendió su pecado, fue a tirar el dinero que había recibido por su inicua traición, corrió al campo y se ahorcó en un árbol [cf. Mt 27,3-5].

El remordimiento además humilla y confunde al alma. Se entiende así que haya a veces una taciturnidad casi inexplicable. Es que en esa alma anida el gusano del remordimiento. La persona se siente humillada, experimenta toda la pena y la confusión de su vileza. «Yo por una nadería he perdido bienes tan grandes; me he cerrado el paraíso con mis propias manos, me he abierto el infierno y estoy ya condenado. La sentencia no se había ejecutado aún; yo podía resurgir | y confesarme; pero he tenido por mi parte la necedad de condenarme. Sólo la misericordia de Dios me ha salvado: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti*».[9] Pr 1 p. 76

Sí, quienes han pecado y han tenido este tiempo de misericordia y de penitencia, alaben siempre al Señor, ámenle más, porque ha sido tan bueno con ellos. ¡De veras el Señor ha estado grande!

Por otra parte, el pecado no pide a Dios bendición sobre la vida; al contrario, de suyo pide maldición, pues el pecado es de veras un mal enorme; de suyo, el pecado nos hace enemigos de Dios e indignos de su misericordia, de su bondad, de su benevolencia.

Así pues, ¡odio al pecado, un odio fuerte! A veces se llora por un capricho, por una cosa de nada, y no se llora por el pecado, un mal tan grave, ¡para eso no hay lágrimas!

---

[9] Lam 3,22: «Por la misericordia de Dios no estamos consumidos». Según la nueva versión: «La misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión».

Hay que levantarse e ir al Padre. *«Surgam et ibo ad patrem meum»*.[10] Porque el pecado es una locura. Bien grande la cometió el hijo pródigo alejándose del padre y dilapidando los bienes que de él había recibido. ¡Locura! Pero un día, cuando se vio en una miseria extrema, *«in se reversus»*,[11] rectificó, o sea cesó en su locura. Por gracia de Dios vio las cosas en su justo valor y dijo: *«Surgam et ibo ad patrem meum»*. Y preparó las palabras con que presentarse a su padre: «Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti» [cf. Lc 15,21].

¡Resurgir! Es atinada la sentencia de san Alfonso:[12] «Si los hombres hicieran por salvarse lo que hacen por condenarse, llegarían muy pronto a ser santos, y grandes santos».[13] El pecado es una miseria que nos condena a pena, nos condena a | remordimiento y pone a riesgo nuestra eterna salvación.

Pr 1
p. 77

¡Resurgir! Hay que prometer: «propongo no ofenderte más y huir de las ocasiones de pecado». Esto quiere decir que el propósito debe ser eficaz, práctico.

Si queremos evitar el pecado, es necesario que recemos y vigilemos: *«Vigilate et orate, ne intretis in tentationem»*.[14] Está claro.

Todavía un pensamiento útil: hay que combatir el pecado. Que éste no se acerque a nadie de los que están con nosotros; ¡que no entre en casa el pecado! ¡Combatirlo! Cada cual se fortifique con buenas meditaciones y con un santo temor al pecado. «Oh Señor, imprime en mí tu temor; tengo miedo de tus juicios». ¡Hay que alejar el pecado, todo lo posible, de todos nuestros ambientes, de cada persona: guerra al pecado!

«Ab omni peccato líbera nos, Dómine».[15]

---

[10] Lc 15,18: «Voy a volver a casa de mi padre».

[11] Lc 15,17: «Recapacitando».

[12] Alfonso María de Ligorio (1696-1787) napolitano, primero abogado, luego sacerdote, obispo, fundador de la Congregación del Smo. Redentor o Redentoristas. Escribió obras fundamentales de teología moral y popularísimos libros de ascética: *El gran medio de la oración*, *Práctica de amar a Jesucristo*, *Las glorias de María*, *Máximas eternas*, etc. Canonizado en 1832; es doctor de la Iglesia.

[13] El P. Alberione no cita la fuente, pero este concepto lo usa ampliamente (cf. *Donec formetur Christus in vobis*, n. 58; ed. 2001, p. 224).

[14] Mt 26,41: «Manteneos despiertos y pedid no ceder a la tentación».

[15] «De todo pecado líbranos, Señor».

HORA DE ADORACIÓN – LA REPARACIÓN [1]

Esta Hora de adoración queremos hacerla en espíritu de reparación al Señor, y especialmente a Jesús eucarístico, por todos los pecados que se cometen, en primer lugar, los nuestros; en segundo lugar, los de todo el mundo, particularmente los cometidos a causa de la prensa, del cine, de la radio o de otros medios | modernos de transmisión del pensamiento. Vamos a dar una satisfacción a Dios por medio de Jesucristo y en Jesucristo por todos estos pecados. Si nosotros mismos somos pecadores, ¿cómo repararemos los pecados de los demás? Podemos hacerlo especialmente ofreciendo al Padre celeste la Sangre preciosísima de Jesucristo; ofreciéndole las llagas de su Hijo, la ofrenda misma que Jesucristo hizo de sí en el Calvario. Reparación en Cristo, y con Cristo.

Pr 1
p. 78

1. Evangelio: «Jesús, seis días antes de la Pascua, fue a Betania, donde estaba Lázaro, el muerto al que él había levantado de la muerte. Le ofrecieron allí una cena, y Marta servía; Lázaro era uno de los que estaban reclinados con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo auténtico de mucho precio, le ungió los pies a Jesús y le secó los pies con el pelo. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Pero Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que iba a entregarle, dijo: "¿Por qué razón no se ha vendido ese perfume por trescientos denarios de plata y no se ha dado a los pobres?". Dijo esto no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban. Dijo entonces Jesús: "¡Déjala!, que lo guarde para el día de mi sepultura; pues a los pobres los tenéis siempre entre vosotros, en cambio a mí no me vais a tener siempre"» (Jn 12,1-8).

Aquí tenemos un alma que ha entendido el deber de la reparación a Jesús por los pecados. ¡Sí, hay que reparar los pecados cometidos! ¡Ah, si pudiéramos borrar todos los que se cometen en la tierra! ¡Si pudiéramos al menos borrar los nuestros, cometidos desde el uso de razón hasta hoy! Esperamos borrarlos por los méritos de Jesucristo, con el sacramento de la | confesión, por la misericordia de Jesús, que tan ampliamente la usó con Magdalena: «Se le han perdonado muchos pecados, ya que siente tanto afecto» [Lc 7,47].

Pr 1
p. 79

[1] Meditación dictada la tarde del domingo 7 de septiembre de 1952.

¡El pecado! Es un acto de orgullo, un acto de desobediencia, una audacia que penetra en los cielos y quita a Dios el amor a él sólo debido. El pecado fue la fuente de todos los males que hay en la tierra. Desde Eva el mal se extendió por doquier y por todos los siglos, dando la impresión de que a medida que el género humano aumenta de número, los pecados aumenten en malicia y cantidad. El pecado es la causa de tantas ruinas materiales y morales: las guerras, las discordias, infinitos desórdenes en la sociedad, en las familias y en los individuos.

El pecado es la causa por la que Jesús murió en la cruz: *«ut deleatur iníquitas»*.[2] El pecado es ruina de las almas, de vocaciones no correspondidas, de vocaciones perdidas. El pecado es la causa por la que el infierno va poblándose.

El pecado tiene alejadas de la perfección a tantas almas amadas por Dios, llamadas a la santidad, consagradas a Dios. Ellas se detuvieron o por haber cometido imperfecciones, o por cometer pecados veniales, o porque alguna vez se dejaron arrastrar incluso más allá. Y consiguientemente no alcanzaron la santidad a la que Dios, en sus designios de amor, las había destinado.

¡El pecado! Cuando se siembran pecados, especialmente en la juventud, ¿qué se recogerá en la edad madura y en la vejez? ¡Ah, triste sementera! Ojalá la juventud crezca inocente y lejos de la ofensa a Dios.

¿Quién podrá borrar de la tierra todas estas iniquidades? Hemos dicho que nos dirigimos a Dios por medio de Jesucristo. En la misa hay un fin particular: satisfacer a Dios por los pecados de
Pr 1 los hombres. En efecto decimos: | «Este es el cáliz de mi sangre,
p. 80 sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados».[3]

Ofrezcámosla ahora, esta sangre. Mientras estamos hablando, se celebran en el mundo muchas misas: unámonos a todas las misas que se celebran en esta hora, y especialmente a todas las consagraciones que se hacen en esta hora, como reparación de los pecados de los hombres.

Cantamos el *Benedictus Deus*[4] y rezamos la oración[5] com-

---

[2] Dan 9,24: «Para borrar la iniquidad».
[3] Palabras de la consagración en el Canon romano.
[4] Lc 1,68ss: «Bendito sea el Señor».
[5] Se refiere probablemente a la oración de ofrecimiento, titulada en-

puesta también para la reparación de los pecados, particularmente los cometidos en las ocasiones antedichas.

2. Leemos en el evangelio otro ejemplo de reparación: «Entró Jesús en Jericó y empezó a atravesar la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de recaudadores y además rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Entonces se adelantó corriendo y, para verle, se subió a un sicómoro, porque iba a pasar por allí. Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo: "Zaqueo, baja enseguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa". Él bajó enseguida y le recibió muy contento. Al ver aquello, se pusieron todos a criticarle diciendo: "¡Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador!". Zaqueo se puso en pie y dirigiéndose al Señor le dijo: "La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien he extorsionado dinero, se lo restituiré cuatro veces"» (Lc 19,1-9).

Jesús no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva [cf. Ez 33,11], ¡que se salve, que se salve!

Vemos aquí a un hombre, Zaqueo, que se convierte, iluminado por la gracia de Dios. Si antes había sido jefe de los publicanos, ahora se vale del | dinero que había robado para reparar sus desórdenes. Dice así: «La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien he extorsionado dinero, se lo restituiré cuatro veces». Vosotros también reparáis, todos los días, los pecados que se cometen con los medios modernos: radio, cine y prensa. ¿De qué modo? Trabajando en el apostolado, actuando en sentido contrario a quienes se valen de estos medios para corromper, para difundir doctrinas falsas, contrarias a Jesucristo, para erigir cátedras contra la única cátedra de la verdad, la de Jesucristo, Maestro único. Pr 1 p. 81

¡Qué hermosa reparación hacéis! No de palabras ni de sentimientos, sino de hechos. Cuando hay diligencia y aplicación en el apostolado, el Corazón de Jesucristo es consolado, y consolado por vosotros. Él se complace y os bendice.

Ciertamente quien ama el apostolado recibirá muchas gracias, bendiciones y consolaciones en la hora de la muerte. ¿Qué pecados reparar concretamente? Por supuesto, los sacrilegios,

---

tonces *«Para quien siente sed de almas como Jesús»* (cf. *Oraciones de la PSSP*, ed. it. 1952, p. 28).

cuando se profana la Eucaristía o la confesión. Pero en este tiempo pensamos particularmente en los pecados de la prensa, del cine y de la radio. ¿Por qué? Porque el número de quienes escandalizan o son escandalizados es inmenso.

¡Cuántos ejemplares tiran algunos periódicos! ¡Cuántos ejemplares de ciertos libros! Durante la noche, cuando Jesús vela en el sagrario y se ofrece al Padre, presentando sus reparaciones, estos pecados van multiplicándose. Pecados de una especial gravedad, pues arrancan las almas a Dios; pecados siempre en aumento, porque aumentan los medios. Los hombres usan contra Dios las leyes de la naturaleza y los medios que él mismo les
Pr 1 p. 82 ha dado. Se | valen de los bienes recibidos para ofender a quien se los ha otorgado.

¿Quién puede dejar de llorar ante semejante espectáculo? Espectáculo de almas inocentes, de las que se hace estrago, especialmente entre niños y muchachitos, en el cine, la radio, con algunos periodiquillos y ciertos libros que parecen hechos aposta para arrebatar la inocencia a los pequeños.

En reparación cantemos el *«Attende, Dómine»*.

Ofrezcamos nuestra vida en reparación de los pecados que se cometen con los medios modernos, aceptando la muerte que el Señor quiera mandarnos y la humillación del sepulcro. Ofrecemos todo esto con la muerte de cruz sufrida por Jesús, y recemos la *Oración de la buena muerte.*

3. Leemos en el evangelio de Lucas: «Salió entonces Jesús y se dirigió, como de costumbre, al Monte de los Olivos, y le siguieron también los discípulos. Llegado a aquel lugar les dijo: "Pedid no ceder a la tentación". Entonces él se alejó de ellos a distancia como de un tiro de piedra y se puso a orar de rodillas, diciendo: "Padre, si quieres, aparta de mí este trago; sin embargo, que no se realice mi designio, sino el tuyo". Se le apareció un ángel del cielo, que le animaba. Al entrarle la angustia se puso a orar con más insistencia; le chorreaba hasta el suelo un sudor parecido a goterones de sangre. Levantándose de la oración fue a donde estaban los discípulos, les encontró dormidos por la tristeza y les dijo: "¡Conque durmiendo! Levantaos y pedid no ceder a la tentación"» (Lc 22,39-46).

Con seguridad, todos nuestros pecados y los pecados que se cometen cada día, aquella noche pesaron en el cuerpo sacratísimo de Jesús. Él durante su oración había sudado sangre, consideran-

do la enormidad de los mismos y las innumerables | ofensas a su Padre. Había pedido a los apóstoles que velaran una hora con él, pero ellos no le dieron esta consolación. El Padre celeste le mandó un ángel para consolarle. Al faltar el consuelo de los hombres, llega el ángel del Señor para confortar a Jesús en aquellos momentos de extrema tristeza. Pr 1 p. 83

Y nosotros, ¿hacemos siempre bien la Hora de adoración, con la intención de reparar a Jesús por las iniquidades de los hombres y en particular por las nuestras? Tenemos que ser siempre fieles a esta práctica. *«Non potuistis una hora vigilare mecum?»*.[6] Ninguno de nosotros querrá merecerse este reproche: «¿No tienes la paciencia de velar conmigo una hora?».

Cuando estamos aquí en la iglesia, Jesús ora con nosotros y nosotros con él. ¡Qué gozosa y consoladora es esta verdad: Jesús ora con nosotros y nosotros oramos con él! Nuestra oración recibe valor justamente de la suya. Entonces, he aquí cómo reparar: con buenas Horas de adoración, hechas siempre con un corazón humilde y confiado, entrando en la intimidad de las comunicaciones con Jesús, hablándole a corazón abierto.

Consideremos a la Virgen reparadora, María, que acompañó a Jesús en el Calvario, en aquella triste jornada del Viernes santo. Ella estaba junto al Hijo moribundo y le ofrecía el mayor consuelo [cf. Jn 19,25-27]. Pues también nosotros acompañemos a Jesús y, mientras todos le ofenden, prometamos amarle más intensamente, demostrándoselo en particular con la Hora de adoración diaria.

Examen. ¿Tratamos de quitar las espinas al Corazón de Jesús, o se las aumentamos con nuestras voluntarias transgresiones, que proceden de orgullo, de pereza o de cualquier otra pasión? Sobre todo en la iglesia, abandonamos las | distracciones e intentamos reunir todas las potencias del alma para adorar y agradecer a Jesús? ¿O también en la iglesia cometemos a veces imperfecciones? Y nuestro apostolado, que mira directamente a la reparación, es decir a poner prensa contra prensa, ¿lo hacemos bien? Pr 1 p. 84

Hagamos nuestros propósitos. Y luego, en reparación a Jesús eucarístico, y por su medio al Padre celeste suyo, que lo es también nuestro, cantemos las letanías del sagrado Corazón.

---

[6] Mt 26,40: «¿Así que no habéis podido manteneros despiertos conmigo ni una hora?».

NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA [1]

Hoy es un día de gran gozo para la Iglesia y para toda la humanidad. La antífona de entrada dice: «Celebremos con gozo el nacimiento de María, nuestra Madre». María es la aurora que precede al divino sol, Jesucristo, y se presenta en el mundo como la Inmaculada. Vemos a la niña en su cunita: los ángeles la saludan, la veneran como a su reina. También nosotros nos acercamos hoy a esta cuna y la saludamos con gozo y júbilo: *«Cuius précibus nos adiuvari devotíssime possímus»*, porque esperamos ser ayudados por sus súplicas, y se lo pedimos con gran devoción.

Para saludar a esta nuestra Reina, Madre y Maestra, cantemos el *Magníficat.*

Pr 1
p. 85

La epístola de la misa nos describe a María como | era en la mente de Dios antes de aparecer en el mundo. Dios la contemplaba como a su obra maestra: «El Señor me creó como primera de sus tareas, antes de sus obras; desde antiguo, desde siempre fui formada, desde el principio, antes del origen de la tierra; no había océanos cuando fui engendrada, no había manantiales ni hontanares; todavía no estaban encajados los montes, antes de las montañas fui engendrada; no había hecho la tierra y los campos ni los primeros terrones del orbe. Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la faz del océano, cuando sujetaba las nubes en la altura y reprimía las fuentes abismales (cuando imponía su límite al mar, y las aguas no traspasan su mandato), cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él, como artesano, yo estaba disfrutando cada día, jugando todo el tiempo en su presencia, jugando con el orbe de su tierra, disfrutando con los hombres. Por tanto, hijos, escuchadme: dichosos

---

[1] Meditación dictada el lunes 8 de septiembre de 1952. – Del *"Diario":* «Hoy, fiesta de María niña, el Primer Maestro celebra la santa misa hacia las 4,30 y luego se entretiene en oración... Cuando la comunidad ya se ha reunido, procede a la función de la profesión perpetua de doce candidatos... y a la renovación de otros veinte... Al final de la función, el Primer Maestro dicta la meditación, deteniéndose, de modo particular, en la fidelidad de María Sma. que se dio a Dios desde pequeña».

los que siguen mis caminos. Escuchad mi corrección y seréis sensatos, no la rechacéis, dichoso el hombre que me escucha, velando en mi portal cada día, guardando las jambas de mi puerta. Pues quien me alcanza, alcanza la vida y goza del favor del Señor» [Prov 8,22-35].

Así aparece la que es de veras enteramente pura, la que es gloria de Israel, gozo del mundo, esperanza de la humanidad. Aparece inmaculada, inocentísima. No hay candor de nieve comparable al candor de María. Ningún esplendor de luz material puede | parangonarse al esplendor del alma de María. Pr 1 p. 86

A esta virgen niña le pedimos hoy una gracia grande: vivir en la inocencia y que nunca se cometan sacrilegios, que nunca se profanen la confesión o la comunión. En la confesión hay que llevar siempre el dolor necesario para la validez del sacramento y la necesaria sinceridad, para que los pecados puedan ser juzgados, borrados, absueltos. Y a la comunión hay que ir siempre en estado de gracia; esta es la primera condición para comulgar: estar en gracia de Dios, o sea puros y limpios de todo pecado mortal cierto, es decir del que tengamos conciencia de que perdura en nuestra alma. ¡Horrendo pecado, el sacrilegio!

Jesús en la última Cena, antes de distribuir la santa comunión, levantándose de la mesa, cumple un acto muy significativo para nosotros y de extrema humillación para él: se ciñe una toalla, toma una jofaina, se arrodilla ante sus discípulos y les lava los pies [cf. Jn 13,4-10].

El Hijo de Dios encarnado, ¡cómo se rebaja! Y cuando Pedro opone resistencia, le dice resueltamente: «Si no te lavo, no tienes que ver conmigo». Y una vez realizada aquella acción, que ha pasmado a los apóstoles, aturdiéndoles de manera que no sabían cómo expresar su profunda maravilla, Jesús retoma su actitud de Maestro y dice: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros».

«Vosotros estáis limpios, aunque no todos». Sí, Jesús quiere incluso la limpieza externa para la comunión, ¡cuánto más la interna! ¿Y quién, llevando al demonio en el corazón, osaría

Pr 1 p. 87 poner junto a él a Jesucristo, el Hijo de Dios | encarnado y santísimo? Jesús ha venido a arrebatar las almas a ese enemigo; ha venido a derrotarle y encerrarle en el infierno, poniendo fin a su imperio. ¿Quién osaría ponerles juntos? Es algo que causaría horror.

Un tirano llegó a este extremo: atar a un mártir a un cadáver, para que el contagio y el hambre le hicieran perecer: ¡es un tormento inventado por el infierno! Pero ¿no hace algo peor el sacrilegio? ¡Poner en el mismo corazón a Jesús santísimo con quien es el jefe de los rebeldes, Lucifer!

¿Cabe alguna esperanza de que semejante comunión pueda aportar en positivo? No, ni la confesión sacrílega, ni la comunión. La confesión sacrílega aumenta la responsabilidad del penitente con un pecado más, y la comunión sacrílega aumenta asimismo la responsabilidad con otro pecado, y bien grave.

Responsabilidad tremenda. De la comunión sacrílega vienen no sólo pecados y desastres espirituales, sino también desgracias en esta tierra. Es de temer una cosa tremenda: que quien se confiesa o comulga sacrílegamente, pudiera no tener en el momento de la muerte la misericordia de hacer una buena confesión, de hacer una buena comunión como viático. ¿Y cuál sería entonces su fin?

Cuando un alma peca, puede haberlo hecho por debilidad, por fragilidad juvenil. Tengamos lejos los escrúpulos, pero también la audacia y la temeridad que causaría horror a los ángeles: recibir a Jesús como condena.

Pr 1 p. 88 *«Probet autem seipsum homo et sic de pane illo edat et de cálice bibat»*.[2] Antes de la comunión, debemos hacer el examen de conciencia. El pecado venial no impide la comunión, pero está muy bien hacer siempre un acto de arrepentimiento sincero. *«Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit: non dijúdicans corpus Dómini»*.[3] ¡Condenarse!

Entendamos también la villanía de acercarse a la confesión con una falsa actitud de humildad; de acercarse a la comunión

---

[2] 1Cor 11,28: «Examínese cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa».

[3] 1Cor 11,29: «Quien come y bebe sin apreciar el cuerpo, se come y bebe su propia sentencia».

como queriendo dar un beso a Jesús: un beso como el de Judas (cf. Lc 22,48). ¡Menos hipocresía, menos vileza! El beso traidor ¿qué le acarreó a Judas?

Pidamos muy devotamente a la Virgen inmaculada, a esta Virgen niña que contemplamos en su cunita, la gracia de que nunca se cometan sacrilegios, ¡jamás! Y terminemos con este pensamiento: la delicadeza de conciencia. La Virgen inmaculada tenga su santa mano sobre la cabeza de todos, y nunca se le ocurra a nadie dar un paso tan tremendo.

Hay una oración que solemos cantar y rezar, la *Salve Regina*, en la que pedimos implícitamente todas las gracias. Cuando no se sabe casi qué gracias pedir, porque nuestro ánimo siente tantas necesidades y no distingue cuál sea la mayor, entonces es el momento de rezar la *Salve Regina*. Vamos a cantarla ahora devotamente.

Propósitos. «Querida y tierna Madre mía, María...»,[4] para obtener esta gracia: que las confesiones y las comuniones sean siempre santas.

Recemos el "Secreto del éxito".

[4] Oración para pasar bien el día, o la noche (cf. *Oraciones de la Familia Paulina*, ed. it. 1985, p. 28; ed. esp. 193, p. 28).

Pr 1
p. 89

LA PAZ DEL JUSTO [1]

El Señor, en su inmensa bondad, quiere que incluso aquí en la tierra pregustemos las delicias del cielo, o sea que tengamos como una primera bienaventuranza, aunque incompleta y siempre mezclada con penas. Esta paz, esta serenidad del justo son el tema de la presente meditación.

Hemos de persuadirnos de que con Dios se está mejor que con el mundo y el demonio. Decía santa Teresa [de Ávila]: «Vale más una gota de satisfacción del Señor que no mil satisfacciones mundanas. Llena más el corazón una pequeña consolación del Señor, que es como una caricia divina al alma fiel».

Leemos dos sentencias en la Escritura: *«Non est pax impiis»*, no hay paz para los malvados [Is 57,21]. Corren buscando la paz, buscando en los consuelos humanos una satisfacción, que nunca probarán. Se engañan. El hombre tiende a la felicidad y la busca, pero el pecador falla el objeto de su consuelo y de su felicidad. El Señor nos hizo para él [2] y todo lo demás acaba en amargura.

Y la otra sentencia dice: *«Pax multa diligéntibus legem tuam»*,[3] mucha paz tienen quienes siguen a Dios, los que aman sus leyes. Cuando Jesús resucitó de la muerte y se presentó a los apóstoles, que llenos de miedo estaban atrincherados en casa, por tres veces repitió el saludo: *«Pax vobis»*.[4] Entre un saludo | y otro, sabemos qué seguridades dio respecto a la realidad de su resurrección.

Pr 1
p. 90

El justo, el alma en gracia de Dios, tiene paz con el Señor, consigo mismo y con el prójimo.

1. *Tiene paz con el Señor*. Quien verdaderamente ama la justicia, o sea pasa del mal, se aleja del pecado y busca el bien, tiene paz con Dios. Pues, aunque la vida de todos, incluida la de los santos, transcurre entre dificultades y fatigas, eso sucede sólo en superficie; y no hay que mirar sólo a la superficie. El justo, aun pareciendo a veces atribulado, dentro de su corazón se siente con Dios, lleva consigo a Dios, que habita en el alma. *«Vos templum Dei es-*

---

[1] Meditación dictada el miércoles 10 de septiembre de 1952.

[2] Resonancia de san Agustín: «Señor, nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti» (*Confesiones*, 1, 1).

[3] Sal 119/118,165: «Mucha paz tienen los que aman tus leyes».

[4] Lc 24,36: «Paz con vosotros».

tis», sois el templo de Dios [1Cor 3,17]. Y este Dios que es dichosísimo, felicísimo, ¿qué trae al alma? Un reflejo de la bienaventuranza, de la felicidad que él mismo tiene desde toda la eternidad.

Sucede todo lo contrario cuando en el alma habita el diablo por el pecado. *«Nolite locum dare diábolo»*,[5] no hagáis sitio al demonio en vuestro corazón. Cuando habita el demonio en un corazón, trae consigo lo que tiene: el infierno, y por tanto un gusano que roe el alma. Aunque el mundano trate de divertirse, de darse a distracciones y risas y bromas, presentándose como el hombre más feliz del mundo, dentro hay algo que traspasa el alma. Dice san Basilio:[6] «¿Piensas satisfacerte con los placeres de la tierra? Tú quieres hacer como aquel hombre del Evangelio, que dice: Este año la cosecha ha sido extraordinaria; los graneros no pueden contenerla, en las bodegas no cabe tanto vino, en los establos no entran todos los animales. Ahora puedo descansar y comer y divertirme [cf. Lc 12,19]. ¿Es que tienes el alma de un cerdo para saciarte de algarrobas? No, el remordimiento, la | pena interior es Pr 1
algo que se intenta esconder, disimular, pero no siempre se logra. p. 91
Un velo de tristeza, especialmente cuando se está solos, cubre el rostro y ello es el reflejo de una pena interior».

En cambio, cuando sentimos que Dios está con nosotros, se mira al cielo: allá arriba nos han precedido quienes han vivido antes, los santos, los miembros de nuestra misma familia que fueron buenos.

Cuando el justo está atribulado, espera en Dios, se apoya en él, e incluso cuando tiene que hacer un sacrificio, dice: Me lo pagarán bien, no trabajo inútilmente, trabajo por Dios, que es fidelísimo y retribuye a sus siervos a medida de las obras.

San Francisco de Asís, reducido a la pobreza, en un estado en que era muy despreciado, sentía como un paraíso en su alma y decía: «Dios me basta». Y san Felipe Neri[7] se sentía a veces tan consola-

---

[5] Cf. Ef 4,27: «No dejéis resquicio al diablo».

[6] Basilio el Grande (hacia 330-379), obispo de Cesarea de Capadocia, su ciudad natal; luchó contra la herejía arriana y promovió la vida monástica; sus *Reglas* pusieron las bases del monaquismo oriental. Es padre de la Iglesia griega.

[7] Felipe Neri (1515-1595) florentino; sacerdote, apóstol de Roma, especialmente entre la juventud; fundó la Congregación del Oratorio. Canonizado en 1622.

do por Dios (especialmente por la noche, pensando en la misa del día siguiente, a la que ya se había preparado), que no lograba descansar. Y decía con toda sencillez: «Jesús, déjame dormir». O sea, afloja un poco tus consuelos para que yo pueda reposar un rato.

¿Son, éstas, las exclamaciones de ciertos mundanos, de ciertos pecadores, cuando ven acercarse el fin de sus días? ¡Qué tétricos se ponen! ¡No osan ni alzar los ojos al cielo! No son capaces de exclamar: «Padre nuestro que estás en los cielos». Pero deberían hacerlo: nuestro Padre que está en los cielos les aguarda aún, todavía les indica el paraíso; ¡pero la cantidad de sus pecados es como un peso en el alma! Serán afortunados si al menos saben entrar en sí mismos y decir: «Volveré a mi Padre» [Lc 15,18].

Pr 1 p. 92

2. El justo *tiene paz consigo mismo,* porque en él | hay orden, una razón que manda sobre los sentidos, un espíritu que domina todo el ser, y todas las potencias están bajo una voluntad iluminada por la fe. El justo camina hacia Dios, tiene paz consigo mismo. «Yo no daría todo lo que puede ofrecerme el mundo por un día de esta paz», decía un santo que había renunciado a todo y miraba a encontrar esa paz únicamente en Dios.

3. El alma en gracia *tiene paz con el prójimo,* pues quien es recto camina por su senda y al final será estimado y hasta admirado; trata bien a todos y, en el fondo, es por todos respetado; se relaciona bien con cada hermano, intentando mostrarse generoso. No siempre los hombres comprenden esta realidad, como no comprendieron a Jesucristo. Incluso mientras se dirigía a padecer y morir, Jesucristo tenía en el corazón una gran paz. Al contrario, no estaban en paz sus perseguidores, ni siquiera cuando le vieron espirar: temiendo su resurrección, recurrieron aún a Pilato [cf. Mt 27,62-66]; presentían que Jesucristo iba a triunfar sobre ellos.

¿Vale, pues, la pena vivir en aflicción, para morir mal y luego merecer una eternidad infeliz? Cuando los condenados en el infierno miran hacia arriba y ven a los justos salvados, exclaman: *«Ergo errávimus»:* nos hemos equivocado. *«Vitam illorum estimabámus insaniam, finem illorum sine honore»*.[8] Hemos buscado la felicidad donde no estaba. Aquellos compañe-

[8] Cf. Sab 3,2 y 5,4: «Su vida nos parecía una locura, y su muerte una deshonra».

ros, que eran siempre obedientes, caritativos, aplicados al propio deber, fieles a sus ocupaciones y a la vocación... creíamos que erraban, que nosotros éramos los listos, nosotros que sabíamos darnos gusto. *«Errávimus, et lux veritatis non luxit nobis»*.[9] | Ahora seremos atormentados por siempre. ¿De qué nos ha valido el orgullo? ¿A qué nos ha servido la riqueza? ¿Qué nos ha aprovechado el placer? Pr 1 p. 93

En cambio ¿quién podrá comprender el gozo de los bienaventurados, y cómo darán gracias a Señor en el paraíso? Lo agradecerán por toda la eternidad, por haberles dado la fuerza de cumplir en la tierra la misión y los designios que Dios tenía sobre ellos.

San Pablo, desde la cárcel, escribe: «Reboso de alegría en medio de todas mis penalidades» [cf. 2Cor 7,4]. ¿Qué probará ahora, cuando ya no está en la cárcel sino allá arriba en la celeste Jerusalén, en el gozo de los santos? ¿Quién podrá comprender su consolación? De veras puede decir: «Nadie ha imaginado lo que Dios ha preparado a sus elegidos», a sus siervos fieles [cf. 1Cor 2,9].

¿Sabemos buscar la verdadera paz? A veces envidiamos al mundo, a los pecadores. ¿Creemos de veras que quien escoge el camino ancho, acierta? Es una senda que lleva a un triste lugar, acaba mal. ¡Nunca hemos de envidiar a los mundanos, sino compadecerlos y rezar por ellos. ¡Hay que tener firmeza, firmeza en el buen camino, siempre firmeza! Firmeza en trabajar cada día en nuestra santificación. Firmeza en trabajar por la salvación de las almas.

Cuanto más santa es un alma y más unida está a Dios, tanto mayor es el consuelo y la paz interior de que goza.

¿Qué se entiende por paz? Paz es el conjunto de todos los bienes. Por eso, cuando decimos *«Gloria Deo, pax homínibus»*, deseamos a los hombres todos los bienes.

¿Gozamos verdaderamente la paz de Dios? ¿Estamos de veras, íntima y continuamente unidos a Dios? ¿Trabajamos con intensidad, para excluir cada vez más los defectos, el mal, las imperfecciones, y | por tanto unirnos siempre más al Señor? ¿Trabajamos de veras con espíritu? Pr 1 p. 94

La luz brille siempre ante nuestros ojos [cf. Mt 5,16]. Busquemos la paz donde se encuentra; busquemos la felicidad donde habita; busquemos a Dios en la tierra, y le poseeremos en el paraíso.

---

[9] «Hemos fallado, y la luz de la verdad no ha brillado para nosotros», cita *ad sensum* de Sab 5,6.

SANTIFICAR LA LENGUA - I [1]

La presente meditación mira a obtener del Señor la gracia de que podamos santificar siempre la lengua. Más aún, este argumento y esta gracia hemos de tenerlos presentes a lo largo de tres días, haciendo como un triduo para agradecer al Señor el don de la lengua y para obtener usarla santamente y nunca emplearla en lo que comunica o produce el mal.

Consideremos el don de la lengua como órgano de la palabra. ¡Qué pena sentimos cuando encontramos un mudo que no puede expresarse libremente, no puede comunicar sus pensamientos íntimos con facilidad como nosotros! Nacer mudos es una gran desgracia; pero es aún mayor, para ciertos blasfemos, haber recibido el don de la lengua, por cuanto la usan mal; aquí está justamente la desgracia, no ya en haber recibido la lengua.

Nosotros queremos usarla bien. Y en seguida vamos a usarla aún mejor, cantando el «Alabad a María, oh lenguas fieles».

Pr 1
p. 95

Por medio de la lengua le han venido a la humanidad infinitos bienes. *«Verbo Dómini cœli firmati sunt»,* por la palabra de Dios se hicieron los cielos [cf. Zac 12,1]. Consideremos la predicación de Jesús, quien fue de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, anunciando la palabra de la paz y de la verdad. Pensemos en la predicación de tantos sacerdotes, que no cesan nunca de exhortar, de anunciar, de sugerir buenos consejos. Santifican su lengua. Pensemos en el bien que es para todos la escuela, con el fin de aprender. Pensemos en todas las conferencias, en todas las lecciones de catecismo impartidas y en toda la enseñanza científica que se da para elevar intelectual y moralmente siempre más la sociedad. ¡Inmensos bienes de la lengua!

Pero pensemos también en todos los errores diseminados con la lengua, en todas las conversaciones escandalosas, en todas las conferencias e insinuaciones malignas, que no han servido sino a propalar la herejía o el error o el vicio.

La lengua usada bien es un grandísimo beneficio, un gran don para la humanidad. Pero ¿y si se usa mal? Se dice que a Esopo [2]

---

[1] Meditación dictada el jueves 11 de septiembre de 1952.

[2] Esopo (siglo VII-VI a.C.), fabulista griego, al que se atribuyen centenares de apólogos y fábulas de tono humorístico y conformista. Se piensa

le había mandado su amo preparar un buen almuerzo para unos amigos invitados. Cumplió la orden con solicitud, y cuando llegaron los amigos a la mesa, presentó en el primero y segundo y tercero y cuarto plato lenguas cocinadas diversamente. El amo se enfadó y le preguntó porqué había hecho así. «Porque me has mandado preparar lo mejor que hay. Y bien, ¿qué mejor cosa que la lengua? ¡Mucho bien le viene de la lengua a la humanidad!». Queriendo el amo desquitarse, dijo: «Estos amigos estarán invitados también mañana; prepárales todo | lo peor que haya». Y de nuevo, al día siguiente, se repitió el mismo modo de servir a la mesa los mismos alimentos. El amo se irritó todavía más. Pero Esopo se excusó diciendo: «¿Qué hay peor que la lengua? Con ella se siembran muchas discordias y muchos errores». Es especialmente verdad esto, si consideramos no lo que acaece entre los paganos, sino lo que puede suceder entre cristianos, y también en las comunidades.

Pr 1
p. 96

¡Hay que usar santamente la lengua! Primero, en los deberes con Dios: cuando cantáis esas hermosas misas; cuando cantáis esos bonitos himnos; cuando cantáis las vísperas, y tratáis de uniformaros a las reglas que os han dado; cuando decís juntos las oraciones; cuando se reza el breviario; cuando se dice el santo rosario... ¡qué buen uso, qué santo uso de la lengua y cuántos méritos adquirís!

¡Hay que usar bien la lengua! En el confesionario, nunca callar lo que es necesario decir, ni tampoco decir lo que es extraño a la confesión.

¡Hay que usar santamente la lengua! Es necesario que, cuando se dicen las oraciones, lo hagan con voz clara todos, no sólo la mitad o un tercio. San Pablo exhorta vivamente a ofrecer el sacrificio de alabanza al Señor, y explica: *«Id est fructum labiorum»*,[3] el sacrificio fruto de los labios. ¿Y qué es este fruto de los labios, si no el rezar con voz clara, adecuada, conveniente? «¡Pero yo rezo con el corazón!». ¡Se te ha dado también la lengua! Y las oraciones vocales hay que decirlas vocalmente; y cuando se reza juntos, hágase con voz sensible: es más mérito.

---

que fuera un esclavo frigio, de aspecto deforme pero de espíritu despierto. Vivió y actuó en la isla de Samos.

[3] Cf. Heb 13,15: «Ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el tributo de labios que bendicen su nombre».

Estaría bien que hiciéramos así, también con intención de reparar las palabras de los blasfemos, y las dichas por nosotros
Pr 1 mismos con consecuencias | nada buenas, o porque son contra-
p. 97 rias a la caridad, o contrarias a la honestidad, o contrarias a la obediencia, etc. ¡Reparación, reparación!

Hay que usar bien la lengua respecto al prójimo, y antes respecto a los superiores. ¡La obediencia! Los discursos deben contribuir a difundir el espíritu de obediencia. Si uno tuviera la costumbre de juzgar y resaltar en cada ocasión el aspecto defectuoso, en práctica iría contra la obediencia.

Con los superiores hay que ser abiertos. ¡Cuántas veces se necesitaría abrir el corazón para pedir una explicación, para resolver una duda, para ser dirigidos espiritualmente, y se calla! Y entre tanto la duda y el desaliento toman fuerza y pueden incluso acarrear ruinas, mientras tal vez una palabra dicha a tiempo las hubiera evitado. Además, a veces se nos puede preguntar sobre nosotros mismos o de cosas que interesan a la comunidad: digamos entonces la verdad.

Un buen uso de la lengua debe hacerse particularmente con los compañeros: ¡que sean buenas nuestras conversaciones, pues las malas corrompen las costumbres [cf. 1Cor 15,33], mientras los buenos discursos edifican! «¡Pero yo sólo quiero bromear, quiero reír, quiero tener alegres a los compañeros!». Está todo bien: bromear y reír a tiempo, y no a destiempo; pero sobre todo es preciso que esas bromas sean de veras sanas, como las que usaban también los santos.

Después de ciertos discursos, ¿cómo tener ganas de rezar? ¿Se está más preparados a la oración, o más bien a distraerse o a murmurar? Y si se va a estudiar, ¿se está más recogidos? Y si se va al apostolado, ¿se hace con mayor ahínco? Si los frutos son estos, más entrega al estudio y más entrega al apostolado, señal de que las conversaciones han sido edificantes.

Pr 1 No constituye, por otra parte, ningún bien | ser demasiado
p. 98 taciturnos en la comunidad, pues conviene que la convivencia social entre nosotros sea serena y alegre, en lo posible, de manera moderada.

Deberemos también usar la lengua muchas veces a favor nuestro. Sí, porque puede suceder que tengamos necesidad de expresar ciertas necesidades corporales, ciertas necesidades es-

pirituales y ciertas tendencias. En algunos casos callar puede ser ruinoso; en cambio, hablar a tiempo, gritar al lobo que amenaza al rebaño, es cosa santa.

El Señor nos conceda la gracia de santificar la lengua. Y santifiquémosla en este momento cantando las dos primeras estrofas del *Pange, lingua.*[4] Y agradezcamos al Señor por el don de la palabra. *Gloria al Padre* (tres veces).

¿Cómo se puede celebrar este triduo?

1) Comprendiendo cada vez mejor el gran don de la palabra y la obligación de santificar nuestra lengua, nuestros discursos.

2) Cuando se recibe a Jesús eucarístico en la lengua, prometerle usarla santamente. No hacer nunca lo que desaprueba la sagrada Escritura: «Con la misma lengua los hombres bendicen a Dios y maldicen al prójimo» [cf. Sant 3,9].

3) Entonando los mejores cantos en estos días; rezando todos con voz clara, de modo que nuestra alabanza suba al trono de Dios como un sacrificio de amor, de adoración, de agradecimiento y de súplica.[5]

Y ya desde esta mañana hagamos un buen propósito; pero antes hagamos un buen examen de conciencia, para ver cómo hemos usado hasta ahora la lengua. ¿La hemos usado en buenos discursos con los compañeros? Los que han conversado con nosotros, ¿han quedado edificados? ¿Decimos siempre las oraciones con voz | clara? ¿Nos esforzamos en cantar bien, según las reglas que se nos dan? ¿Sabemos expresar nuestras necesidades y buscar la dirección espiritual para tener una buena orientación y ayuda en los momentos de dificultad? En el juicio, recordaremos toda palabra dicha: ¿será para premio? Pr 1 p. 99

Ahora, en reparación y para obtener la bendición de Dios sobre los propósitos hechos, cantemos «Himnos y cantos entonad, oh fieles».

---

[4] Himno para la procesión del *Corpus Christi*.

[5] La oración en común era uno de los usos más estimados por el P. Alberione. En la Cripta, del 25 de diciembre de 1951 hasta todo el 1954, las oraciones de la mañana y de la noche se decían estando reunidas todas las comunidades, bajo la guía del P. Federico Muzzarelli (1909-1956), con la participación, si estaba en casa, del P. Alberione. Después de la dedicación del Santuario, las Hijas de San Pablo empezaron a reunirse en él, continuando en la Cripta la presencia de los Paulinos y de las Pías Discípulas.

SANTIFICAR LA LENGUA - II [1]

En esta fiesta del Nombre santísimo de María [2] pedimos la gracia de saber dominar y santificar la lengua, el gran don de la palabra, para que traiga frutos de salvación a nosotros y al prójimo, y no sea ocasión de pecado para nadie.

El apóstol Santiago en su Carta dice cosas muy útiles, que vamos a considerar. Hablando de la lengua, se expresa así: «No os metáis tantos a maestros, hermanos míos; sabéis muy bien que nuestro juicio será muy severo, pues todos fallamos muchas veces. Quien no falla cuando habla es un hombre logrado, capaz de marcar el rumbo también al cuerpo entero. Mirad, a los caballos les metemos el freno en la boca para que ellos nos obedezcan a nosotros, y dirigimos todo su cuerpo. Y ahí tenéis los barcos: tan
Pr 1 grandes como son y | con vientos tan recios que los empujan, se
p. 100 dirigen con un timón pequeñísimo a donde el piloto les da por llevarlos. Pues lo mismo la lengua: pequeña como órgano, alardea de grandes cosas. Ahí tenéis, un fuego de nada incendia un bosque enorme. También la lengua es fuego (ese mundo de la maldad). La lengua, siendo uno de nuestros órganos, contamina, sin embargo, al cuerpo entero: inflama el curso de la existencia, inflamada ella misma por el infierno. Porque fieras y pájaros, reptiles y bestias marinas de toda especie se pueden subyugar y han sido subyugados por la especie humana, pero lo que es esa lengua, bicho turbulento, cargado de veneno mortal, no hay hombre capaz de subyugarla. Con ella bendecimos al que es Señor y Padre y con ella maldecimos a los hombres, creados a semejanza de Dios. De la misma boca sale bendición y maldición. Eso no puede ser, hermanos míos» [Sant 3,1-10].

No es que la perfección consista en tener frenada la lengua; pero como es fácil ocasión de tantos pecados, quien llega a

---

[1] Meditación dictada el viernes 12 de septiembre de 1952. – Del *"Diario":* «Dicta nuevamente la meditación a la comunidad, a las 6,30, sobre el tema del buen uso de la lengua. Para este argumento tiene delante un cuaderno de predicación que usaba cuando estaba en el seminario [de Alba] y predicaba a los jóvenes: hay en él varias notitas, avisos y consejos útiles».

[2] Fiesta que, antes de la última reforma litúrgica, se celebraba el 12 de septiembre.

controlarla, se muestra capaz de mandar en el cuerpo, los sentidos, las pasiones, y ser perfecto...

Conviene recordar el mal que puede traer la lengua. San Agustín, cotejando la responsabilidad que tuvieron los judíos y la que | tuvo Pilato en condenar a Jesucristo, atribuye más culPr 1
pabilidad a los judíos: «Sois vosotros quienes habéis matado a p. 101
Jesucristo. ¿Cuándo le matasteis? Cuando levantasteis vuestras voces gritando: *Crucifige*». Pilato acabó rindiéndose bajo la amenaza creciente del pueblo que era instigado por los fariseos y los sacerdotes hebreos.

La lengua se mortifica cuando la hacemos hablar porque es tiempo y deber, como meditamos ayer, o cuando la hacemos callar porque no es tiempo de hablar, o las cosas que se dirían no convienen, no edifican.

Debemos invocar a la Virgen prudentísima. ¡Qué sensatez en su hablar! ¡Qué moderación! Sabemos esto por las varias expresiones que el Evangelio nos ha conservado de María Sma. *«Os iusti meditábitur sapientiam et lingua eius loquétur iudicium»:* la lengua del hombre justo habla con sabiduría y su lengua profiere palabras inspiradas por la justicia [cf. Sal 37/36,30], o sea conformes a la santidad. En el corazón del justo domina la ley de Dios, y de la abundancia del corazón vienen palabras de sensatez. Como de un pozo lleno de cieno emana hedor, así de ciertas palabras que salen de algunos labios, se entiende qué corazón haya dentro.

La palabra es ya un efecto de lo que encierra el corazón, y luego a su vez produce sus consecuencias. Hay que callar cuando es tiempo. La obediencia ha establecido unos tiempos en que se debe callar: desde por la noche, cuando vamos a la iglesia para las oraciones, hasta la mañana en el desayuno, se debería guardar recogimiento, y por tanto callar, excepto las palabras necesarias por cualquier razón: por ejemplo, porque se está en clase o por ponerse de acuerdo para el apostolado.

El silencio y el recogimiento son fuentes de | sabiduría. Un Pr 1
autor, comentando el dicho escriturístico *«Pone, Dómine, cus- p. 102
todiam ori meo et ostium circumstantium labiis meis»*,[3] afirma

[3] Sal 141/140,3: «Coloca, Señor, una guardia en mi boca, un centinela a la puerta de mis labios».

que el Señor ha puesto alrededor de la lengua una valla de dientes y luego dos labios, para que antes de proferir la palabra, la hayamos considerado bien; antes de abrir la boca, hayamos meditado si cuanto decimos es sensato.

Hay que evitar la mentira; cuando ésta prende y se hace costumbre resulta peligrosísima. ¡Hay que amar la verdad, la sinceridad! La costumbre de inflar el mal y disminuir el bien, ¿de qué depende? Cuando se trata de hablar mal de alguien, se encuentran tantas cosas que decir y, si no las hay, se inventan. ¡Es que domina la falsedad! En cambio, a veces, cuando se alaba a una persona, el envidioso interviene anotando: «¡Si yo lo dijera todo...!», y pone por delante un «pero» sembrador de dudas. No hace sino mostrar el veneno que hay en su alma.

A menudo surge el desaliento a causa de palabras no moderadas. La costumbre, además, de juzgar, sentenciar, criticar a derecha e izquierda, esto o aquello, es causa de muchos daños, pues ante todo hace más difícil el cumplimiento pleno, generoso y alegre del deber. ¡Ah, cuánto mal se hace entonces a un compañero, a una persona, que quizás esperase de nosotros un estímulo o un apoyo! Tenemos que dominar la lengua.

Otra cosa hay también que recordar aquí: a veces la lengua está movida por el orgullo. Hay quienes el propio yo lo escriben siempre en letras mayúsculas y cubitales, mientras el bien de los otros lo reducen y disminuyen. Ello es señal de un corazón que no se parece al de Jesús, manso y humilde. El orgullo impone alabarse siempre, hablar continuamente de las propias cosas. Se
Pr 1 trata, una vez más, de | una soberbia, que en cierto modo causa
p. 103 compasión. Pero se da una soberbia más fina, la de hablar mal de nosotros mismos para que los demás digan: «¡Oh, no es así, tú eres mejor!». Se declara lo que no se siente en el alma, y se llega así incluso a la hipocresía. «Yo, aunque *indignamente*...». Ese *indignamente*, a veces, no se pronuncia con convicción, sino con fines bien diversos.

De nosotros mismos, por regla general, si no estamos obligados, no debemos hablar ni bien ni mal. Dice san Francisco de Sales: «No hagas caso si te alaban y no hagas caso si te desprecian». No hay que turbarse, sino continuar la propia senda, caminar siempre hacia el cielo, dejarse guiar sólo por la verdad, la justicia y el deseo de santidad.

Pero digamos también que hay quienes en los recreos quieren hablar siempre ellos. ¡Charlatanes, debieran moderarse! Es preciso frenar la lengua, como dice Santiago, así como se pone el freno en la boca del caballo para guiarlo. Es mejor quien escucha que quien superabunda en palabras. El sabio se presta fácilmente a oír a los demás, mientras el casquivano frecuentemente decepciona.

Ahora bien, se requiere tener una gran gracia: la pedimos por medio de María, hoy día de su onomástico y una jornada que recuerda también grandes beneficios recibidos por el Instituto.

Hagamos los propósitos, después de habernos interrogado: ¿Cómo estamos respecto a la moderación de la lengua? ¿Hemos mostrado, alguna vez, nuestro orgullo en el hablar? ¿Hemos hablado cuando no era el tiempo? ¿Hemos quizás ofendido la caridad o la obediencia? Las palabras sembradas por nosotros a lo largo de la vida o del año, ¿son semilla de obras buenas? Después de | nuestros recreos, ¿estamos más dispuestos a zambullirnos en la oración, el estudio, el apostolado? ¿Tenemos quizás el mal instinto de descubrir siempre el mal en los otros? ¿O tenemos en cambio la tendencia a buscar y relevar el bien? Propósitos. Pr 1 p. 104

Tal como nos es posible, invitemos a que todos los hombres alaben a Jesucristo Camino, Verdad y Vida; y a María, llamándola bienaventurada por todos los siglos.

Canto del himno «De todo apóstol, oh Reina».

SANTIFICAR LA LENGUA - III [1]

La tarde de la resurrección, Jesucristo se presentó a los dos discípulos de Emaús mientras iban de camino y, acercándose a ellos, preguntó: «¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?» [Lc 24,17]. Si alguna vez se nos acercara el Señor y nos preguntase: "¿De qué habláis, son rectas vuestras palabras?", ¿qué podríamos responderle?

Hay quien vigila siempre sobre sí mismo y de consecuencia habla rectamente según la fe, y hay quien abre la boca y descuidadamente con ligereza deja salir lo que sea. Quizás después se arrepienta, pero hay que medir las palabras, pues lo que se dice, dicho queda [2].

Si no interviene visiblemente el Señor interrogándonos, con todo, hemos de recordar que, en el libro donde se enseña el examen de conciencia,[3] se dice: examinémonos sobre los pensamientos, las palabras y las acciones. Así pues, | un tercio del
Pr 1
p. 105
examen de conciencia versa sobre las palabras. Ello significa que santificar nuestra lengua es algo muy importante; que dominar la lengua es necesario para todos; y que con la lengua se puede hacer mucho bien y mucho mal.

¡Cuánto purgatorio se amontonan ciertas lenguas, incluso no siendo responsables de cosas muy graves! ¡Y cuántos méritos van acumulando, en cambio, quienes hablan bien, quienes enseñan bien, predican bien, aconsejan bien, exhortan bien, consuelan bien, dilucidan bien, esclarecen bien las dudas! ¡Cuántos méritos para la vida eterna!

---

[1] Meditación dictada el sábado 13 de septiembre de 1952. – Del *"Diario":* «A las 6,30 dicta la meditación en la Cripta a la comunidad, diciendo que a los siete vicios capitales hay que oponer los dones del Espíritu Santo. Por ejemplo, quienes hablan a menudo y sin reflexionar, deben pedir el don del consejo».

[2] Aquí el P. Alberione cita una célebre cavatina de Metastasio (Pedro Trapassi, poeta arcádico nacido en Roma en el 1698 y muerto en Viena en 1782) que suena así: «Voz del seno salida / atrás no puede volver: / no se detiene la flecha / cuando del arco partió». El sentido es el apuntado en nuestra frase proverbial recogida en la traducción.

[3] Alude probablemente al opúsculo *Método de examen particular*, editado en los años veinte y mantenido en síntesis en las diversas ediciones de *Oraciones de la Familia Paulina*.

Se requiere hacernos esta pregunta: ¿De dónde proceden las buenas palabras? ¿Y de dónde vienen las malas palabras? Ya lo hemos apuntado: de la mente, del corazón, es decir de las convicciones que uno tiene y de los sentimientos nutridos en el corazón.

Quien habla, fotografía ante los demás la propia alma; hace como una proyección, que se lanza no sobre la pantalla sino sobre quienes le escuchan. En la pantalla puede presentarse un hecho edificante, como sería el ejemplo de san Luis comulgando con grandísimo fervor, y en la pantalla puede exhibirse un acto insensato, un episodio escandaloso. *«De corde éxeunt cogitationes malœ»*,[4] las riñas, las malas insinuaciones, y del corazón salen los himnos primorosos, los hermosos cantos al Señor, cuando un corazón le ama. Del corazón brotan palabras de orgullo, pues si el corazón está impregnado de soberbia, no puede hablar de otro modo. Y aunque alguna vez nos hagamos violencia, quizás para esconder los pensamientos y sentimientos íntimos, más pronto o más tarde nos revelamos | por lo que somos. El orgulloso habla con sentido y modo de desprecio a los demás. Y ni mira si se trata de cosas delicadas o inclusive de personas merecedoras de todo el respeto por su posición o por su virtud. Pr 1 p. 106

Las palabras malas pueden nacer de la ira. Cuando tu corazón está *"excitatus"*, o sea agitado, aguarda a calmarte antes de hablar; así evitarás el tener que arrepentirte de haber hablado en un momento de agitación. Y si la ira te domina, aguarda incluso al día siguiente para presentar tus observaciones y decir tus razones, pues quien habla bajo la impresión de la ira, suele usar una lengua muy afilada: *«Acuistis linguas vestras»*, habéis afilado vuestras lenguas [cf. Sal 139,4]. O bien, al hablar va casi engañándose o traicionándose a sí mismo, o exponiendo cosas que no corresponden realmente a lo que dice la razón y lo que dice la fe. La ira es mala consejera.

A veces las palabras dependen de la envidia. Si alguien se porta bien, se sabe ya que la tomarán con él. El mismo Jesús fue objeto de envidia; se dio cuenta de ello Pilato, aun no siendo tan fino ni delicado en sus juicios. *«Sciebat enim quod per invidiam tradidíssent eum»* [Mc 15,10]: sabía que le habían llevado a él por envidia y por envidia querían condenarle. A veces esta en-

[4] Mt 15,19: «Del corazón salen las malas ideas...».

vidia empuja muy adelante: todo se interpreta mal, todo se juzga mal respecto a la persona envidiada. Y quien tiene la sospecha, generalmente tiene también el defecto. Así que ¡dominemos el corazón y reconduzcámoslo a caridad y benevolencia para que no nos traicione!

A veces las malas palabras salen de los labios porque dentro
Pr 1 hay un corazón lujurioso, un | corazón lascivo. A este respecto,
p. 107 cuando se trató de defender a los pequeños, Jesús usó palabras severísimas: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le convendría que le colgasen al cuello una rueda de molino y lo sepultaran en el fondo del mar» [Mt 18,6], porque al menos así se dañaría sólo a sí mismo. ¡Sean delicadas las palabras! Hay ciertas pasiones que son ya de suyo vehementes y persistentes; si encima se las atiza y recalienta con palabras, y con palabras desvergonzadas, será bien difícil dominarlas. Esas palabras nacen de un corazón lascivo, y a su vez tienen un reflejo sobre él, llevándolo a una creciente malicia, a una creciente mala tendencia.

Otras veces las palabras brotan de la pereza. No queremos ser incomodados en nuestros defectos, no queremos movernos. Oímos que se insiste en la oración, pero no tenemos ganas, y de ahí las murmuraciones. ¡Miremos al corazón! Se insiste en hacer tal trabajo o los deberes de clase; pero a algunos no les apetece, y llegan mil acusaciones contra quien osa molestarles. Y ¡ay! de la persona, que llamando la atención a otra, da en el blanco, acierta de lleno en su defecto principal: ¡entonces sí que explota el resentimiento y luego la murmuración y la crítica! ¿Qué significa esto? Significa que se habla por la abundancia de cuanto hay en el corazón.

¿Por qué las palabras inútiles, las conversaciones vanas, que no acaban nunca, que no se sabe siquiera a dónde quieran llegar? Pues porque el corazón está vacío, es ligero, anda disipado.

¡Vayamos a la raíz! El examen de conciencia nos debe llevar hasta aquí, a descubrir la causa del mal que encontramos. Si no quitamos la raíz y con nuestras confesiones cortamos apenas la
Pr 1 hierba por encima, ésta volverá a crecer. Y la | cizaña quizás se
p. 108 pondrá más espesa que antes.

En cambio, cuando se da con aquella persona que habla sabiamente, que gusta de conversaciones elevadas, que con facilidad

introduce temas científicos o narra hechos interesantes espiritualmente, entonces comprendemos que es una mente elevada, piensa cosas elevadas, hay un corazón de sentimientos elevados. Cuando se habla con delicadeza y se tiene miramiento a los interlocutores, entonces es fácil relevar que hay un corazón que teme la ofensa a Dios, un corazón que no admite una imperfección voluntaria.

La persona que sabe gobernarse rectamente, antes de hablar reflexiona. La Escritura dice: *«Vir linguosus non dirigétur in terra»*,[5] al charlatán es imposible guiarle. ¿Por qué? Porque en cualquier ocasión él muestra lo que es, y se vuelve terco.

No debemos obstinarnos en una idea. ¿Por qué algunas discusiones son demasiado animadas? Quien de veras ama la ciencia busca la verdad e, incluso en los debates, cuando se exponen los diversos pareceres, pesa las razones de los demás, las medita más que las propias, trata de descubrir lo que se dice y, si reconoce la verdad en ello, la abraza y corrige su propia opinión. Entonces las conversaciones y discusiones son útiles.

Pero a veces sucede como en el episodio narrado por el evangelio: fariseos y herodianos se ponen de acuerdo en interrogar al Señor Jesús y se presentan hipócritamente: «Maestro, sabemos que eres sincero...» [cf. Mt 22,16]. ¡Ah, cuántas hipocresías hay, cuántas maneras suaves de hablar que esconden intenciones aviesas! Como dice la Escritura, ciertos discursos afelpados, es decir blandos, *«ipsi sunt jácula»*, son flechas [cf. Hab 3,9]. | Habían concertado cazar a Jesús en sus palabras, pero la respuesta de quien conoce los pensamientos les dejó avergonzados. Pr 1 p. 109

Cuando se tiene el don del consejo, por una parte hay amplitud en aconsejar a las personas que lo necesitan, y por otra hay también más propensión a pedir consejo a los demás.

Cuando uno es fuerte,[6] tiene una sola palabra; pero cuando no se es fuerte, cuando no hay un verdadero carácter, entonces si se va con uno que es bueno, las conversaciones son buenas, constructivas; si en cambio se va con un compañero que no es bueno, se pasa a las mordacidades. Y si el otro empieza a lanzar palabras de doble sentido, hasta se intenta superarle mostrándo-

---

[5] Sal 140/139,12. Literalmente de la Vulgata: «El charlatán no se deja guiar...». En las versiones actuales se subraya el sentido optativo: «Que el deslenguado no se afirme en la tierra, que al violento le cace la desgracia».

[6] Se entiende en el sentido de personas de carácter, coherentes.

se peores, casi queriendo emularle en el mal. «*Æmulámini charísmata meliora*».[7] ¡Emulación, sí, pero siempre en el bien!

Y lo mismo cuando se tienen otros dones del Espíritu Santo: quien tiene ha piedad, habla de una manera edificante, dice cosas constructivas; aun no debiendo hablar siempre de cosas de religión o de ascética, sus razonamientos se ajustan a la fe, son conformes a la piedad interior. ¿Y quien no tiene el don de piedad? Lo da a ver exteriormente con los hechos, y también con las palabras. ¡Cuánto dicen ciertas sonrisillas, ciertas expresiones pronunciadas apenas a flor de labios!

Así que ¡a la raíz! Hay que contraponer a los siete vicios capitales los siete dones del Espíritu Santo. ¿Tenemos abundantemente en el alma los siete dones del Espíritu Santo? Entonces las palabras edificarán: «*Si quis lóquitur, quasi sermones Dei*»,[8] porque se reflejará en el decir lo que a uno le sugiere el Espíritu Santo que tiene en el corazón. ¿Dominan en el corazón los siete vi-
Pr 1 cios capitales? Se | dirán palabras que expresan lo que hay dentro.
p. 110 Ahora pues, el examen de conciencia. ¿Qué revelan nuestras conversaciones? ¿Un corazón piadoso, humilde, sensato, delicado, generoso? ¿O, al contrario, revelan un corazón soberbio, envidioso, iracundo? ¿Somos personas de carácter, es decir nos mostramos siempre ecuánimes con todos, sea que nos encontremos con personas santas, sea que estemos con personas no santas?

¡Cuánto tenemos que pedir perdón al Señor! En lo que queda de septiembre y a lo largo de todo octubre, pidamos constantemente esta gracia: ser hijos de la Sabiduría celeste y hablar con sensatez. Notemos siempre que, por una parte, la lengua puede llevarnos a pecar y, por otra parte, que podemos con las palabras dar mal ejemplo, hacernos daño a nosotros mismos y a aquellos con quienes hablamos y a quienes debemos consideración.

¿Por qué a veces hay que separar a dos personas, a dos compañeros? Porque se ve que uno es causa de mal para el otro. ¿Y por qué a veces se le da a uno ciertos cargos de responsabilidad? Porque se sabe que sus conversaciones son edificantes.

En este mes de septiembre, los días que quedan, y luego en el mes del rosario, vamos a pedir esta gracia.

---

[7] Cf. 1Cor 12,31: «Ambicionad los dones más valiosos».
[8] 1Pe 4,11: «Quien habla, sea portavoz de Dios».

LA VIDA SOBRENATURAL [1]

Pr 1
p. 111

La epístola y el evangelio de este domingo se complementan entre sí: en la epístola se habla de la gracia, vida del alma, que podemos continuamente acrecer; y en el evangelio se habla de la resurrección del hijo de la viuda de Naim. Jesucristo restituye a la madre la vida del hijo que había muerto. La vida natural es símbolo y fundamento de la vida sobrenatural. Quien, por desgracia, ha perdido la vida sobrenatural por el pecado, recurriendo a Jesucristo con el arrepentimiento, es resucitado y vuelve a la vida.

La epístola de san Pablo está enteramente dedicada a la vida sobrenatural, que el Espíritu Santo da y restituye a las almas. Si vivimos para el Espíritu, caminemos también según el Espíritu: es decir, seamos humildes, dulces, caritativos con quienes caen, reconociéndonos débiles nosotros mismos, y pensando que ante al supremo Juez deberemos rendir cuenta de nuestros fallos.

En el evangelio (Lc 7,11-17) [2] | se simboliza la figura de un pecador llamado nuevamente a la vida. La Iglesia, que llora por quienes están espiritualmente muertos, está figurada en esta madre cuyo hijo único había muerto; ante los ruegos de la Iglesia el pecador puede levantarse, reconciliarse con Jesucristo y ser por él nuevamente llamado a la vida. La vida del alma es la gracia.

Pr 1
p. 112

Cuando fuimos bautizados, se nos infundió esta vida sobrenatural: «Si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» [Jn 3,5]. El sacerdote, tras haber administrado el bautismo, puso sobre nosotros la estola blanca, diciendo: *«Áccipe vestem cándidam, quam immaculatam pérferas ante tribúnal Dómini nostri Iesu Christi»*.[3] Este vestido cándido in-

---

[1] Meditación dictada el domingo 14 de septiembre de 1952. – Del *"Diario":* «Domingo XV de Pentecostés, Exaltación de la santa Cruz. Hay una fuerte tormenta; pero el Primer Maestro no deja de ir a la Cripta para la celebración (hacia las 5)... A las 6,30 está preparado para dictar la meditación a la comunidad reunida. El argumento tratado es la vida interior, que requiere sincera conversión: resurgir de los propios pecados y abrazar la propia cruz».

[2] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

[3] «Recibe este vestido blanco, y llévalo inmaculado ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo».

dica que el niño ha sido limpiado del pecado, está en gracia. ¡Dichoso quien lleva la inocencia hasta el tribunal de Dios!

¡Qué majo es el niño cuando vuelve de la fuente bautismal! Una madre cristiana lo recibe como a un ángel que entra en casa.

¡Qué hermosa es el alma en gracia! Hay que agradecer a Dios por las almas que saben conservar la inocencia. Quien posea esta inocencia, continúe en su bella y santa senda, lleve el vestido cándido al tribunal de Dios. Pero mire de ir con prudencia, porque tenemos un tesoro precioso en un vaso frágil, fragilísimo [cf. 2Cor 4,7]; | ¡hay que caminar con prudencia y evitar las sacudidas y los peligros!

Pr 1
p. 113

La vida sobrenatural es nuestro mayor bien. A veces, el tesoro de esta vida, o sea la inocencia, no se estima lo suficiente y, desgraciadamente, suele perderse aun antes de haberlo conocido bien. Cuando Esaú, por una cosa de nada, vendió la primogenitura a su hermano Jacob, la Escritura dice que comió, salió y se marchó, sin darse cuenta del gran bien que había perdido, estimándolo casi en nada; pero cuando entró en sí mismo y entendió, *«irrugit clamore magno»*,[4] rugía por horror de sí mismo, por la desgracia que se había adosado.

La gracia, es decir, la vida sobrenatural, es la que nos constituye hijos de Dios y partícipes de su naturaleza. ¡Hijos de Dios! Un huérfano desgraciado, sin padre y sin madre, si es adoptado por un gran señor o por una gran señora, que le nutren, le visten, le dan instrucción...: ¡qué suerte! Pues mucho más la gracia: nos hace hijos adoptivos de Dios, de Dios nuestro Padre celeste, y nos hace por tanto hermanos de Jesucristo.

Por la gracia llegamos a participar de la divina naturaleza. ¡Cuánto nos ha amado el Señor! Tanto que nos llamamos y somos hijos de Dios: *«Dedit eis potestatem filios Dei fíeri»*.[5] Participamos de la naturaleza divina, o sea que en nosotros se da la vida misma de Jesucristo. Él es la vid y nosotros los sarmientos [cf. Jn 15,5]: la linfa vital pasa de la vid al sarmiento, que vive como la vid y es de la misma naturaleza que la vid.

---

[4] Gén 27,34: «Dio un grito atroz, lleno de amargura» (lit. *rugiendo*).

[5] Jn 1,12: «Les ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios». Cf. 1Jn 3,1: «Mirad qué muestra de amor nos ha dado el Padre, que nos llamemos hijos de Dios; y de hecho lo somos».

¡Qué enaltecimiento! Y de ello se sigue que el alma, con esta vida divina, deviene heredera de Dios, tendrá la eterna herencia del cielo. Y como posee la vida divina, tendrá la misma | felicidad de Dios, en un grado proporcionado: *«Intra in gaudium Dómini tui»*.[6] Pr 1 p. 114

Cuando se trueque este mísero valle de lágrimas con la posesión de Dios, la visión de Dios, el gozo de Dios..., ¡qué día feliz! Su mero pensamiento debería llenarnos de alegría y hacernos cantar de continuo el himno de los desterrados que se encaminan hacia la patria, al cielo

(Entonemos el canto «Un día a verla iré»).

Quien posee la gracia tiene de veras un tesoro inestimable: cada día puede ganar nuevos méritos o sea aumentar en sí mismo esta vida divina.

El Espíritu Santo, entrando en el alma, produce en ella los bienes valiosos de la fe, la esperanza, la caridad, las virtudes cardinales, los dones y los frutos; le comunica las bienaventuranzas y así la prepara para el gozo eterno del cielo.

Temamos el perder tan gran tesoro, y [aseguremos] dos cosas:

1) Gran estima de la gracia: *«Qui stat, vídeat ne cadat»* [1Cor 10,12]: quien está en gracia, esté atento a no caer. Hemos de apreciar mucho la gracia, la vida sobrenatural. Desafortunadamente los hombres, cegados, ven sólo los bienes de la tierra: honores, posesiones, placeres, cargos; ven la propia voluntad, los propios caprichos. ¡Ah, si fuéramos sensatos! ¡Si estuviéramos siempre iluminados por la fe! Buscaríamos de veras ante todo el reino de Dios y su justicia. Vamos a pedir esta gracia de estimar la vida sobrenatural que hay en nosotros.

(Canto al divino Maestro, autor de esta vida: Himno a Cristo Vida).

Este canto nos obtenga la gracia de saber conseguir esta vida divina de la comunión, de las confesiones, de la misa, de la Eucaristía | y de todas las obras buenas que podemos realizar en la jornada. Pr 1 p. 115

[6] Mt 25,21: «Pasa a la fiesta de tu Señor».

2) Defensa de este tesoro, llevándolo con suma atención, vigilando y orando, hasta el tribunal de Jesucristo. Y si por desgracia lo perdiéramos, ahí tenemos la confesión, el acto de contrición perfecta para readquirirlo.

Tiene ciertamente razón para llorar quien ha perdido este tesoro. Como lloró Pedro: *«Flevit amare»*.[7] Como lloró la Magdalena lavando con sus lágrimas los pies del Salvador. Así pues, buenas confesiones y estar siempre bajo el manto de María: «Ten tu santa mano sobre mi cabeza; protege mi inteligencia, mi corazón y mis sentidos, para que no cometa pecado alguno».[8] Son fáciles las caídas, el tesoro es atacado, caminamos entre ladrones: ¡hay que vigilar!

Examen de conciencia. ¿Hemos conservado la inocencia bautismal? Y si la hemos pedido, ¿cuáles son las causas? ¿Hemos al menos llorado nuestro pecado y readquirido la amistad con Dios? *«Vos amici mei estis»*,[9] ¿nos sentimos de nuevo amigos de Dios? *«Vigilate et orate»*.[10]

Propósito. Oración: "Secreto del éxito".

---

[7] Lc 22,62: «Lloró amargamente».

[8] Oración «Para pasar bien el día» (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo,* 1952, p. 28; ed. esp. 1993, p. 28).

[9] Jn 15,14: «Vosotros sois amigos míos».

[10] Mt 26,41: «Manteneos despiertos y pedid».

EL APOSTOLADO TÉCNICO [1]

Dije ya hace tiempo que por la mañana se entonasen tres cantos: uno al Maestro divino, otro a la Reina de los Apóstoles y luego a san Pablo apóstol, | con el fin de que nuestras devociones se practicaran constantemente. Como esto se ha hecho bastante bien, es útil dar un paso adelante. En el *Libro de las Oraciones* se han incorporado cantos e himnos, de los más bonitos y adecuados para nosotros. Conviene que en este tiempo aprendamos todos esos cantos e himnos, variando de vez en cuando, de modo que se nos hagan familiares.

Pr 1
p. 116

Esta mañana necesitamos invocar las luces y la gracia del Espíritu Santo. El fin de la presente meditación es apreciar, santificar y practicar el apostolado técnico. Estimarlo por lo que es; santificarlo con las intenciones, y practicarlo constantemente según los horarios establecidos y los cargos asignados. Es preciso que el Espíritu Santo infunda su sabiduría, su ciencia, el don del consejo y la fortaleza, pues cuando no hay la luz procedente de Dios, incluso las cosas más santas llegan a ser poco estimadas: *«Vilescunt»*.[2]

¿Qué puede haber de más valor que la santa misa, el gran tesoro, por desgracia tesoro escondido para muchos cristianos? De hecho, se pierden horas en cosas inútiles, mientras el sacerdote frecuentemente está celebrando casi solo. Además, muchas veces, quienes asisten no lo hacen con toda la devoción que la misa merece. Y hasta sucede que se la deje casi aparte, estimando en cambio otras cosas de una importancia muy secundaria. Lo mismo pasa con el apostolado técnico.

¿Qué es el apostolado técnico? Es la composición tipográfica, la impresión, la confección, la encuadernación, la propaganda.[3] Y bien, el apostolado técnico, considerado según el espíritu paulino, ¿cómo hay que juzgarlo, cómo se debe estimarlo?

---

[1] Meditación dictada el jueves 25 de septiembre de 1952.

[2] «Se las desprecia como viles».

[3] Cuando hablaba el P. Alberione, en los años 50 y hasta los 80 del siglo XX, la Sociedad de San Pablo gestionaba el ciclo completo de la editorial, que se distinguía en tres fases: redacción, técnica, propaganda. La técnica correspondía a lo que hoy se denomina *producción*, la propaganda a la *difusión* o *mercadotecnia (márketing)*.

Pr 1
p. 117

Los fieles reciben, supongamos, el libro del Evangelio, o bien un libro de meditación o el catecismo. ¿Cuántos han colaborado en él?[4] El catecismo es un libro que se les da a los fieles, a los niños, para instruirse en las verdades que salvan; es una obra conjunta del escritor, del impresor, del confeccionador, del encuadernador y del propagandista, unidos en un mismo apostolado, aportando cada uno su parte y haciendo todos juntos el mismo apostolado. Recibirán todos juntos el premio del apóstol, pues han concurrido en esa obra; el Señor, sin hacer distinción entre quien ha usado la pluma y quien ha usado el componedor,[5] dará el premio según el amor con que se haya hecho. Y si esos catecismos llevan a la sociedad el bien al que son destinados, el mérito es de todos cuantos han concurrido de diversa manera.

El apostolado técnico es adorar a Jesucristo niño, jovencito, muchacho y hombre hecho, trabajador en el taller, en su carpintería, cuando cepillaba, cortaba, clavaba clavos, construía pequeños muebles u objetos, que luego se vendían y servían para el sustento de la pequeña familia.

Sí, adoramos a Jesús trabajador porque allí daba una estupenda lección, la del ejemplo. Le adoramos, porque era el Hijo de Dios encarnado, que, aun habiendo creado todas las riquezas existentes, se ganaba el pan y hacía un trabajo humilde. Le adoramos, porque redimía el mundo tanto en aquel taller de carpintero cuanto al predicar el Evangelio y al morir en la cruz: ¡era a la vez una escuela de ejemplo y redención!

Pr 1
p. 118

Adoramos a Jesús, | que quiso dar a los hombres el ejemplo del trabajo, queriendo con éste redimir a la humanidad y, a la vez, redimir el trabajo mismo, ¡elevar a quien trabaja!

Pero su trabajo miraba a un fin altísimo, pues él había venido a salvar a los hombres, y así les salvaba. María y José colaboraban en esta redención. Asimismo el apóstol paulino hace su apostolado tanto cuando maneja la pluma, como cuando pone en movimiento la máquina para imprimir lo que antes se ha compuesto.

---

[4] En el original, literalmente, "¿cuántos han *concurrido*"?

[5] El "componedor" era un utensilio metálico, usado en la composición tipográfica a mano, para alinear los tipos (caracteres) de plomo.

No es un menester nuestro apostolado: la máquina está bendita, está bendito el componedor, está bendito todo lo que constituye el utillaje de la tipografía. Leed al respecto las Constituciones.[6] Son cosas sagradas y sirven al apostolado, que es sagrado.

¡Ah, si tenemos sólo la sabiduría de los hombres comunes, de quienes razonan únicamente considerando las cosas a ras de tierra, "de tejas abajo", y no nos elevamos a considerarlas en el espíritu de la redención..., entonces sucede que todo se minusvalora, se es ciegos, se vive sin fe, se carece del espíritu de apostolado! Por eso he dicho que es necesaria la luz celeste que nos guíe; es preciso apelar a los principios de fe, a las verdades de fe, que sostienen y son la base de la Pía Sociedad de San Pablo y de su apostolado.

Son principios de fe, no sólo verdades de razón: ¡principios de fe! Hay un mundo que salvar. Este mundo desdichado, que va perdiendo la fe, porque demasiados son los maestros que continuamente sientan escuela del mal y del error. Nosotros tenemos que usar sus mismos medios para sentar escuela de la verdad, de la justicia y de la piedad.

Hemos de dar a conocer a Jesucristo «Camino, Verdad y Vida», es decir Jesucristo en cuanto nos ha dado una moral santísima, nos ha revelado altísimas verdades de fe, nos ha dado los medios de salvación, que son los sacramentos.

¡Hemos de cooperar con Jesucristo! ¡Ah, estas nuestras pobres cabezas, que a veces se cierran | a la luz de Dios! ¿Quién no siente la necesidad de pedir perdón? Pr 1 p. 119

Es preciso que de vez en cuando traigamos a la memoria estas verdades –en la comunión, misa y visita eucarística–, pues de otro modo caminaremos a oscuras y las cosas más santas irán perdiendo en nuestra mente la estima que merecen. ¡Oh, qué hermoso apostolado el nuestro!

Así pues, ante todo un acto de dolor.

No hemos entendido qué es la redención. No hemos entendido que nuestra tarea, es decir nuestro apostolado, es predicar a

---

[6] Se alude particularmente al art. 242, que establecía: «El apostolado, según el fin especial de la Pía Sociedad de San Pablo, requiere medios técnicos adecuados, que *se hacen como sagrados* en la divulgación del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia...».

Jesucristo, acompañando así a la Iglesia; más aún, siendo parte de ella, que ha recibido esta misión.

No hemos comprendido bien qué méritos adquirimos cada día por esas horas de apostolado. Y también están las sagradas indulgencias, concedidas, como sin duda habréis leído, por cada obra de apostolado, hecha con recta intención y con las debidas condiciones.

Al apostolado, pues, llevemos todos afecto, estima y honor. Y antes, un acto de dolor por los pensamientos, tal vez no atinados, y por las faltas cometidas en el apostolado, sobre todo por considerarlo casi un oficio. ¿Ejercía un oficio Jesucristo? *«Non est hic filius fabri?»*[7] decían cuando él predicaba. ¡Pero vaya carpintero! El Redentor desempeñaba la misión para la que había bajado del cielo y se había encarnado. Acto de dolor.

Y luego, para santificar el apostolado:

1) Rezar bien las oraciones;

2) repetir jaculatorias y decir el rosario, en cuanto lo permitan los ruidos de las varias máquinas, en alta voz; y cuando las máquinas hagan demasiado ruido e impidan oírnos, cada cual lo rece para sí en voz baja;

Pr 1 p. 120 3) consagrar nuestro apostolado a Jesús Maestro | mediante María Sma. y san Pablo; y además ser agradecidos al Señor porque se ha dignado elevarnos y hacernos partícipes de la obra de redención y de la salvación de la humanidad.

Ahora cantemos el himno a Jesucristo Camino. Él es camino, o sea ejemplo de toda virtud, particularmente de esta obra de redención.

Jesucristo muestra en el cielo al Padre sus manos no sólo atravesadas por clavos, sino aún callosas por los instrumentos de trabajo que usó asiduamente, con aquellas sublimes intenciones. Hagamos nuestras estas sus intenciones: en unión *«divinæ illíus intentionis, qua ipse in terris laudes Deo persolvisti...»*,[8] cuando vamos al apostolado.

Hagámonos ahora estas tres preguntas: ¿tenemos un adecua-

---

[7] Mt 13,55: «¿No es éste el hijo del carpintero?».

[8] «Con la divina intención con la que tú mismo diste alabanza a Dios aquí en la tierra»: oración sugerida a los sacerdotes antes del rezo del oficio divino.

do concepto del apostolado en nuestra mente? ¿Hay en nuestro corazón un debido amor al apostolado? En nuestra actividad diaria ¿nos dedicamos al apostolado como conviene?

Propósitos. Y juntos recitemos la "Consagración del apostolado a María Reina de los Apóstoles".[9]

[9] Cf. *Oraciones de la Familia Paulina,* ed. it. 1985, p. 205; ed esp. 1993, pp. 233-236.

NUESTRO APOSTOLADO [1]

Este retiro mensual lo ponemos bajo la protección de la Virgen del Rosario y nos servirá, esta vez, para prepararnos a la fiesta del Rosario; servirá al mismo tiempo para obtener de María la gracia
Pr 1 de cumplir santamente nuestro apostolado. | Es por tanto un retiro
p. 121 que nos ofrecerá la ocasión de examinarnos acerca del apostolado. Es decir, ver si tenemos un justo concepto, una adecuada estima del apostolado y si lo realizamos con recta intención, de corazón; si ponemos toda la aplicación que este apostolado merece.

María es la Reina de los Apóstoles. Lo es por su misión, y porque ha cumplido el más grande apostolado: dar a Jesucristo al mundo. Es la Reina de los Apóstoles, "apóstol" ella misma, como Jesucristo es el Rey de los Apóstoles y el primer Apóstol él mismo, el Apóstol del Padre.

Hay algunos misterios del rosario que miran particularmente a hacernos conocer a esta nuestra Madre y Reina: el primer misterio gozoso, el segundo misterio gozoso, el tercer misterio gozoso, el quinto misterio doloroso, el tercero, el cuarto y el quinto misterio glorioso.

El apostolado. Apostolado significa hacer una obra de bien; hacer una obra que sirve a la humanidad, una obra orientada de modo particular a salvar las almas, a elevarlas con la fe, con la virtud, con la gracia. El apostolado ofrece, en efecto, instrucción: ¡ahí tenemos los buenos libros!

Estos días habéis publicado el catálogo, que ha resultado muy bien. Y en él aparecen los varios libros, empezando por los que tienen mayor importancia: la sagrada Escritura, el Evangelio, la doctrina cristiana, el catecismo, las obras de los santos padres; luego la teología, cultura religiosa y toda el magnífico elenco. ¡Está bien!

Traedlo ante Jesús, aquí sobre el altar, y ofrecédselo por manos de la Reina de los Apóstoles: «Aquí tienes, oh Madre; presenta a Jesús el fruto de nuestro trabajo diario. Es la Sociedad
Pr 1 de San Pablo en su conjunto quien te hace este presente: | los
p. 122 pequeños que han doblado y cosido las hojas, y quienes lo han compuesto, porque son más adultos o porque trabajan en eso. Y luego sucesivamente quienes han cooperado en la impresión y

[1] Meditación dictada el sábado 27 de septiembre de 1952 (retiro mensual).

los que cooperan en la difusión. Te hacemos este presente de nuestras fatigas cotidianas».

¡Qué agradable será a María y a Jesús este presente!

Ejerciendo el apostolado, nosotros seguimos la vocación que Dios nos ha dado y cumplimos su divina voluntad. La vocación es la voluntad de Dios que destina un alma a un estado particular, es decir, a trabajar de modo especial por la propia alma y por las almas de los hermanos. Así que el apostolado entra en la voluntad de Dios; es nuestra ocupación nobilísima por un doble motivo: no sólo porque sirve humanamente para las necesidades de la vida, sino sobre todo porque nos sirve en orden a la eternidad, en orden a la salvación de las almas.

Antiguamente los Evangelios, las Cartas de san Pablo, los escritos de los santos padres los copiaban los amanuenses y luego se expedían a su destino. Era una tarea larga y fatigosa, en la que muchos religiosos consumían toda su vida. Hoy el progreso moderno ha traído medios maravillosos para reproducir el Evangelio en muchos ejemplares, reproducir copiosamente los catecismos, o sea la doctrina de la Iglesia. El trabajo materialmente ha cambiado, mejorado, se ha trasformado, pero el espíritu sigue siendo el mismo. Y se expresa en nuestras Constituciones: dar a conocer a Jesucristo, su doctrina, sus enseñanzas, sus medios de gracia, de salvación, propuestos y ofrecidos a la humanidad. ¡Es voluntad de Dios!

Cuando se da la señal, cada uno puede considerar que es Dios quien le llama; así, es Dios quien me llama a cumplir un trabajo nobilísimo, y yo responderé: | «Heme aquí, Señor; tu siervo está dispuesto» [cf. 1Sam 3,10]. Pr 1 p. 123

Si es voluntad de Dios, llegarán las gracias. El Señor no da una orden, no dispone una cosa sin ofrecer los medios para cumplirla: concede inteligencia, salud, gracia, fuerza que viene de él, y su bendición para que no sólo se haga bien este apostolado, sino para aumentar los méritos en vista de la vida eterna y producir frutos.

Mientras manejáis el componedor, o hacéis funcionar las máquinas, o vais de propaganda, esa fatiga la registra Dios en el libro de la vida; esa fatiga sirve para merecer también gracias a los lectores, a los espectadores si se trata del cine, con el fin de ser bendecidos y que den, por tanto, buenos frutos.

Notemos, pues, que el apostolado tiene en sí la promesa de un gran premio; porque es participación en el apostolado mismo de Jesucristo; porque no queremos dar sino a Jesucristo; porque es participación en el apostolado de María; porque es participación en la misión de la Iglesia. De aquí, por tanto, el gran premio para el cielo. Y ello porque el apóstol es digno de una doble recompensa: por las virtudes que ha ejercitado y por el bien que ha hecho a las almas.

Vosotros trabajáis y luego, el domingo tenéis un justo y merecido descanso; y entre tanto aquellas hojas, esos libros que han llegado a las manos de los lectores, actúan y producen frutos. Mientras vosotros estáis recogidos en el Instituto, vuestros destellos se expanden. El Instituto es una custodia con tantos rayos alrededor, haces de luz.

¿Qué luz? Jesucristo ha dicho: *«Ego sum lux mundi»* [Jn 8,12]: Yo soy la luz. Y a los apóstoles, o sea a quienes hacen apostolado, les ha dicho: *«Vos estis lux mundi»* [Mt 5,14]: tam-
Pr 1 bién vosotros sois | luz para el mundo. ¡Gran obra! ¡Qué respeto
p. 124 merece el local del apostolado! ¡Qué orden, qué limpieza debe tener! ¡Qué puntualidad, qué aplicación!

Pero hay que decir las condiciones necesarias para hacer bien el apostolado:

1) *«Ínnocens mánibus et mundo corde»* [Sal 24/23,4]: las manos limpias, inocentes, y el corazón puro, es decir con intenciones santas. Para ir al apostolado hay que hacer como cuando se va a la iglesia, a la presencia de Jesús: primera cosa, pedir perdón de los pecados. Los locales del apostolado son una segunda iglesia; las máquinas y el mostrador de la librería son el púlpito. Tenemos que pedir misericordia a Dios; pedir perdón, si hemos cometido algún fallo, de modo que usemos nuestras manos en las cosas santas y santamente. *«Quis ascendet in montem Dómini? Ínnocens mánibus et mundo corde»*.[2]

La recta intención: por Jesús, por el paraíso, en honor de Dios, por las almas, por los pecadores, por los moribundos, por las almas del purgatorio, por los niños inocentes, por la juventud asediada, por los errantes... En sustancia, las más santas in-

[2] Sal 24/23,3-4: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón».

tenciones, que por la mañana hemos de expresar claramente: «...con las intenciones con las que tú, oh Jesús, te inmolas continuamente en nuestros altares».[3] Las intenciones de Jesús se condensan en la expresión: «Aquí tenéis el Corazón que tanto ha amado a los hombres y nada ha dejado de hacer por ellos».[4] También nosotros debemos decir: *«Cáritas Christi urget nos»*.[5] Es el amor de Cristo lo que nos lleva y nos empuja a cumplir el trabajo que estamos haciendo.

2) Además el apostolado hemos de hacerlo bien, escuchando a los encargados que nos guían, secundándoles, pidiéndoles explicaciones cuando no hayamos aún aprendido bien. Hay que dejarse guiar dócilmente, pues ello será una sumisión muy grata a Dios. Pensad en Jesús cuando era niño, jovencito: cómo | entraba en el taller de san José, él, que era el Hijo de Dios, la Sabiduría increada, y preguntaba cómo hacer aquellos pequeños trabajos, y estaba atento a las explicaciones y las ponía en práctica. Pr 1 p. 125

Hay que hacer bien las cosas, evitar, cuanto humanamente se pueda, los errores: ya sea en la composición, ya en la impresión, ya en la propaganda. Las cosas santas tenemos que tratarlas santamente. Asimismo hay que tener cuidado de todo el material, hasta de una hoja de papel. Todo pertenece a la Congregación y a través de ella es sagrado, es de Dios. Y las cosas de Dios merecen ser tratadas bien.

3) Más aún, debemos rezar por el apostolado, al comulgar, por la mañana, y particularmente en el rosario: cuando se llega a los misterios propios de la Reina de los Apóstoles, rezarlos con mucha devoción para que la redacción se haga bien, en el modo más útil a las almas; para que todo el trabajo técnico se realice bien, en el modo más útil a las almas, es decir que sea pastoral; y para que la difusión proceda con la abundancia y prontitud más útiles a los lectores.

Habéis leído, al menos en parte, la biografía de Vigolungo Maggiorino.[6] ¡Cómo se aplicaba este muchachito al apostolado,

---

[3] Cf. *Oración para alcanzar una buena muerte* (primera versión) en *Las oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, EP, 1957.

[4] Revelación de Jesús a santa Margarita María Alacoque.

[5] 2Cor 5,14: «El amor de Cristo no nos deja escapatoria».

[6] Maggiorino Vigolungo (1904-1918), de Benevello (Cúneo); entrado doceañero en la "Escuela Tipográfica" del P. Alberione, comprendió su

en aquellos primeros tiempos del Instituto! Era edificante. Leed su breve vida, si todavía no lo habéis hecho.[7]

Y bien, después de él, ¡cuántos jóvenes, cuántos clérigos, cuántos discípulos han desempeñado el apostolado de una manera edificantísima y con gran mérito! Pasadas así, las horas de apostolado serán para nosotros de gran riqueza. Serán también horas alegres, pues os aficionarán, os apegarán a la vocación; despertarán en vosotros un santo | entusiasmo por las almas, por la sociedad, por la Iglesia. Y al final de la vida, ¡el premio!

Pr 1
p. 126

Si san Pablo exhorta a los Romanos a no cansarse de obrar el bien,[8] porque su fatiga no será vana, sino que tendrá el premio, ¡cuánto más estas palabras pueden aplicarse al apóstol, pues éste recibirá doble premio! ¡Y qué suaves recuerdos tendremos entonces, cuando estemos a punto de morir, pensando en el trabajo bien hecho: con inocencia, recta intención y aplicación! ¿Y luego? Luego, el premio, ¡el paraíso eterno!

Vamos a rezar ahora la oración para alcanzar una buena muerte, anhelando merecer también con esto, o sea con el apostolado, la gracia de una santa muerte.

Y cantemos las "Invocaciones para la formación de los Escritores",[9] que se refieren de modo especial a quien escribe, pero en general se dirigen a cuantos desempeñan el apostolado de las ediciones.

---

espíritu e hizo su programa de vida este propósito: "Progresar un poquito cada día". El Fundador le definió "Pequeño apóstol de la Buena Prensa" y escribió su biografía. Venerable desde el 28 de marzo de 1988.

[7] Primera edición: TEÓL. ALBERIONE, *Maggiorino Vigolungo, aspirante al Apostolado de la Buena Prensa*, Alba, Escuela Tipográfica editora, 1919, pp. 122.

[8] En realidad la exhortación está dirigida a los Gálatas: «No nos cansemos de hacer el bien, que, si no desmayamos, a su tiempo cosecharemos» (Gál 6,9).

[9] Letanías para la formación de los escritores: cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, ed. 1952, pp. 210ss. (en latín); *Oraciones de la Familia Paulina*, ed. it. 1985, pp. 227ss.; ed. esp. 1993, p. 230.

MARÍA REINA DE LOS APÓSTOLES [1]

En el *Libro de las Oraciones* [2] hay tres a san Pablo, que conviene rezar al menos alguna vez cada semana. Están dirigidas a san Pablo aposta para nuestro apostolado, y son las de págs. 37-38-39. Rezamos la primera, pág. 37: *Oh santo Apóstol...*

Esta mañana honramos a nuestra Madre, Maestra y Reina María, para obtener, con nuestros rosarios, cumplir en el espíritu de María el apostolado de la | redacción, el apostolado técnico, el apostolado de la propaganda, el apostolado del servicio sacerdotal, el apostolado litúrgico, cualquier apostolado. Pr 1 p. 127

María es Reina de los Apóstoles en el momento en que es Madre de Jesús. Luego desempeñó su apostolado, como atestiguan varios episodios que recordamos en el segundo y en el tercer misterio gozoso, y después en el tercer misterio glorioso. Fue proclamada Reina en el Calvario (quinto misterio doloroso) y fue coronada tal (quinto misterio glorioso).

El ángel anunció a María que iba a ser la Madre del Hijo de Dios. Se lo anunció después de haberle dirigido un saludo admirable: «Llena de gracia... El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, al que va a nacer le llamarán “Consagrado”, “Hijo de Dios”» [Lc 1,35]. El ángel, pues, anuncia que María es la Madre del Rey, de quien reinaría sobre la tierra por medio de la Iglesia, y lo haría en el cielo eternamente con los elegidos.

María llegaba a ser Madre del Apóstol y desde ese mismo momento era ella “apóstol”, porque realizaría, estaba a punto de realizar, el más grande apostolado: dar a Jesucristo al mundo.

En el segundo misterio gozoso, María comienza enseguida su apostolado: parte de su pueblo natal, va a la ciudad donde viven Zacarías e Isabel, y allí lleva a Jesús, el fruto bendito de su vientre. Aquí tenemos el apostolado de María: por una parte ella glorifica a Dios, por otra, a su llegada, Isabel queda llena de Espíritu Santo [cf. Lc 1,39-45].

---

[1] Meditación dictada el domingo 28 de septiembre de 1952 (retiro mensual).

[2] Se cita la edición de 1952, *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*.

Después del nacimiento de Jesús, la Virgen lo presenta a los
Pr 1 pastores y a los Magos. Éstos fueron llamados, | por medio de la
p. 128 estrella, desde Oriente. Y así Jesús es presentado por María al pueblo hebreo y a los representantes del pueblo gentil, los Magos.

Apostolado: dar a Jesús al mundo. Ofrecer a este Jesús, que debía ser para todos, hebreos y gentiles, Camino, Verdad y Vida, Maestro divino, Redentor mediante su pasión, una vez más Camino de todos y para todos los hombres.

El apostolado de María se conoce incluso mejor cuando la vemos sentada entre los apóstoles en el Cenáculo y allí, como Reina, precederles en la oración, animarles a esperar y a creer en las promesas que Jesús había hecho. Finalmente el Espíritu Santo baja sobre ella y sobre los apóstoles, y entonces la Iglesia empieza su actividad y recoge bajo sí los pueblos, por las oraciones de María santísima.

Ella era la Madre de todos, era la consejera de los apóstoles, era su consoladora; continuamente les alentaba, y su mismo ejemplo de santidad, en aquellos años mientras permaneció en la tierra, era un verdadero apostolado. Un apostolado grande: los apóstoles y los fieles aprendían de ella cómo se practica y se vive el Evangelio.

Así pues, hay que rezar devotamente el tercer misterio glorioso.

Deberíamos considerar también el quinto doloroso: María está allí en el Calvario y, mientras Jesús cumple la redención, ella es la corredentora. Jesús dirige a la humanidad, en la persona de Juan apóstol, la palabra inestimable para nosotros: «Juan, ahí tienes a tu Madre» [Jn 19,27]. Madre: en esa palabra se encerraba todo. Ella fue dada por madre a la humanidad. Pero era un apóstol quien representaba a la humanidad. María es la Madre de los Apóstoles, Maestra de los Apóstoles y, a la vez, su Reina.

Pr 1 El cuarto misterio glorioso nos presenta la dichosa | muerte
p. 129 de María, o sea el feliz tránsito de esta vida, y su asunción al cielo. Estaba en el cielo Jesús, el Apóstol; tenía que llegar también al cielo María “apóstol”. Por tanto, como Jesucristo resucitado subió al cielo con su cuerpo glorioso, así María fue asunta al paraíso con su cuerpo glorioso: ahí tenemos el feliz final de los apóstoles, de quienes imitan a Jesucristo Apóstol y a María “apóstol”.

¡Qué muerte tan consoladora aguarda al apóstol que ha trabajado bien, enseñado bien!

María, apóstol en la vida interior; María, apóstol por sus santísimos ejemplos; María, apóstol por su sufrimiento; María, apóstol por su palabra; María, apóstol por su acción: ¡toda la vida de María es un apostolado, que no ha terminado, pues continúa ahora en el cielo!

El quinto misterio glorioso nos presenta a María coronada por Reina de los Apóstoles y de todos los fieles. Nosotros la saludamos en aquel trono de gloria, donde la Sma. Trinidad le ha dado como una triple corona: corona de sabiduría, potencia, caridad, amor para todos los hombres. En el quinto misterio glorioso nos postramos ante el trono de María y la saludamos como a nuestra Madre, con gran confianza.

Cuando, llegada al término de la vida terrena, María partió de esta tierra, se hizo más solícita y más potente ante el Hijo de Dios. Desde allí, suscita las vocaciones, las acompaña, protege todos los apostolados, y hoy de modo particular el de las ediciones, tan necesario. Desde allí consuela, anima, sostiene a los apóstoles en su trabajo; les prepara almas y corazones dóciles, que correspondan a los cuidados y atenciones del apóstol.

Y María consolará también nuestras horas extremas, como lo hizo con Jesús en el Calvario. Llamará junto a sí, de veras a su lado, a quienes habrán ejercitado santamente el apostolado, o sea a los que, además de cuidar la propia santidad interior, habrán trabajado también por la salvación y la santidad de las almas; en una palabra, a quienes la habrán imitado más a ella, María santísima "apóstol", en la vida interior y en el apostolado. Nos llamará cerca de sí en el cielo, y ya prevemos con gran consuelo el momento en que nos postraremos ante ella para cantar el «*Magníficat ánima mea Maríam*».[3] Pr 1 p. 130

Allí [ella goza] con todos sus hijos: Pedro y Pablo, Santiago y Juan y todos los demás apóstoles, junto a cuantos les han sucedido a los largo de los siglos, y a quienes viven y trabajan actualmente en la tierra, para que el reino de Jesucristo se extienda por doquier.

---

[3] Original variación mariana de Lc 1,46s (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, p. 198).

Ahora rezaremos el quinto misterio glorioso.

Pero antes un examen. ¿Comprendemos bien la doctrina sobre el apostolado de María? ¿Comprendemos asimismo el apostolado en su esencia, que es dar a Jesucristo al mundo, y conducir el mundo a Jesucristo? Repito: ¿comprendemos verdaderamente el apostolado? Y además, ¿qué amor tenemos al apostolado?

Particularmente en el mes de octubre, recemos con mayor devoción los misterios que nos recuerdan cómo María llega a ser Reina de los Apóstoles, cómo ejerció su apostolado, cómo fue coronada Madre, Maestra y Reina nuestra.

Propósitos. En el retiro mensual hay que formularlos no sólo para un día o para la semana, sino para todo el mes, en esta ocasión para el mes de octubre. Durante la mañana, [procuremos] reflexionar, proponer, orar.

MISTERIOS GOZOSOS [1]

Pr 1
p. 131

Primer pensamiento: ofrezcamos el mes que hoy comienza, el mes de octubre, ofrezcámoslo al Señor para cumplir todo a su mayor gloria, para ganar en el mes el mayor número de méritos y hacer santamente nuestro apostolado.

Es un mes en el que particularmente ejercitaremos la devoción del rosario, para obtener las bendiciones de Dios sobre el apostolado de la redacción, sobre el apostolado técnico y sobre el apostolado de la propaganda, a fin de que todo sea santificado, todo obtenga el mayor fruto para nuestras almas.

Es el mes del rosario, y está bien empezarlo esta mañana con san José. Queremos pedir a san José una santa muerte, y luego una vida santa que nos prepare a una santa muerte; ponemos la intención de rezar por todos los moribundos, por todas las almas que pasarán a la eternidad durante este mes; queremos invocar a san José, protector de la Iglesia universal, por todas las necesidades que la Iglesia tiene en estos tiempos.

León XIII prescribió que en el mes de octubre se rece el rosario, o durante la misa [2] o bien por la tarde ante Jesús expuesto, y que luego siga la oración: «A ti, bienaventurado José»; oración dirigida precisamente a este fin: «Como un día defendiste la vida del niño Jesús amenazada por Herodes, así defiende ahora a la Iglesia de Dios de las insidias y adversidades».

Vamos a considerar la presencia de san José en el rosario, precisamente en el | tercer misterio gozoso, en el cuarto y en el quinto.

Pr 1
p. 132

Nacimiento de Jesús. Según la ley del emperador de Roma, san José había ido con María a Belén para el censo. Estaba cercano el tiempo en que debía efectuarse el gran misterio del nacimiento del Hijo de Dios encarnado. José, tras haber cumplido su deber civil, buscó para la noche hospitalidad; pero nadie abrió la puerta a dos pobres: *«Non erat eis locus in di-*

---

[1] Meditación dictada el miércoles 1 de octubre de 1952.

[2] Esta indicación, hoy incomprensible, se explica por la costumbre litúrgica del tiempo: misa “rezada”, lecturas y oraciones en latín dichas en voz baja sólo por el celebrante, con silencio prácticamente total por parte del pueblo.

versorio»,[3] por eso José debió procurar un alojamiento, un refugio para la noche, al reparo por lo menos de la intemperie.

He ahí la suerte que tantas veces toca a los pobres. Pero José siempre se distingue por su abandono en las manos de Dios. Ejecutor obedientísimo de las divinas leyes, aceptaba de las manos de Dios todas las cosas adversas, como las felices y favorables, con idéntica intención de agradarle y cumplir su santísima voluntad. Y halló cobijo en una pobre gruta, donde los animales se reparaban en algunas ocasiones.

Allí, en el silencio de la noche, nace el niño Jesús, acogido por María y José con espíritu de adoración; le envuelven en pobres pañales y le colocan no en una cuna sino en un pesebre, encima de un poco de paja [cf. Lc 2,1-7].

Ahí tenemos el primer sagrario, la primera exposición que de sí hizo Jesús en el mundo: sobre un poco de paja, en un pesebre. Jesús y María están en total pobreza, y José | tiene quizás el corazón desgarrado por no haber podido preparar un asilo menos indigno. No obstante, María y José se postran ante aquella cuna, son los primeros adoradores. Es pobre la gruta, extremamente pobre, pero hay corazones que han amado mucho, y allí Jesús con José y María glorifican al Padre. «Gloria a Dios en lo alto», cantan los ángeles, y podemos pensar que lo repetirían en su corazón aquellas tres santísimas personas; y «paz en la tierra a los hombres del agrado de Dios». Estaba desvelándose el misterio de la encarnación, la pobreza extrema.

Pr 1
p. 133

Cualquier niño que nace goza de una situación más favorable, a no ser en casos excepcionales; pero a Jesús, José y María se les reserva la condición de los más pobres: nace lejos de la casa de Nazaret, nace en una gruta que no es suya; nace y es envuelto en pobres pañales, y los primeros adoradores, después de María y José, son unos pobres pastores.

Pidamos el espíritu de pobreza; lo solemos pedir a María Sma. en el rosario; lo pedimos también ahora por medio de san José.

(Libro de las Oraciones, pág. 63: «Oh felicísimo Patriarca...»).

El cuarto misterio nos recuerda la presentación de Jesús niño en el templo. El Evangelio dice que María y José, después de

[3] Lc 2,7: «No había sitio para ellos en la posada».

los cuarenta días del nacimiento del Niño, lo llevaron a Jerusalén y, según la costumbre y las leyes, cumplieron exactamente lo que estaba prescrito: ofrecieron el precio del rescate, oyeron las palabras maravillosas de Simeón y de la profetisa Ana y, después de haber obedecido incluso a lo que no estaban obligados, se volvieron agradecidos por las grandes cosas que habían oído. Jesús sería | *«Lumen ad revelationem»:* luz para la revelación del Evangelio a las gentes. Sería un signo de contradicción: ¡cuántos le odiarían!, pero también ¡por cuántos sería amado! También a María le anunciaron dolores: *«Et tuam ipsíus ánimam pertransibit gladius»*, tus anhelos te los truncará una espada [cf. Lc 2,35]. Pr 1 p. 134

Jesús es presentado en el templo. La purificación para María no era necesaria, sin embargo José y María quisieron cumplir perfectamente cuanto había sido prescrito, todo lo acataron.

Ahí tenemos la obediencia. Mientras nosotros a mala pena obedecemos incluso en las cosas necesarias, aun teniendo obligación, José y María nos enseñan a obedecer hasta en las cosas de las que podríamos eximirnos.

La obediencia es una virtud que podríamos llamar general, porque toda la observancia de la ley y de los consejos es para nosotros obediencia.

¡Obediencia! ¿La comprendemos? ¿Entendemos su valor? ¿Captamos su mérito? Hemos de dejarnos guiar dócilmente por Dios: nos es inútil ir formándonos una fortuna fuera de la ley de Dios, buscar gozo al margen de su voluntad.

Dios, que nos quiere en el cielo, todo lo dispone para que podamos enriquecernos de méritos; todo lo dispone para que podamos ejercitarnos en su santo servicio. Quien es dócil, cumplirá ya aquí en la tierra la penitencia por sus pecados, cancelará el purgatorio, pues el Señor dispone también para nosotros los suficientes sacrificios y pruebas que nos purifiquen enteramente.

Feliz el joven que sabe, desde su niñez, acostumbrarse al yugo de Dios, o sea a la obediencia, pues le resultará cada vez más fácil, al ir creciendo en conocimiento y en inteligencia para entender siempre más | el mérito de la obediencia. Pr 1 p. 135

Los más inteligentes suelen ser también los más obedientes, porque o entienden las razones del mandato o, aun no conociéndolas, saben que la obediencia es el secreto de méritos y de

felicidad. «No se realice mi designio sino el tuyo, oh Padre» decía Jesús [cf. Lc 22,42].

(La misma coronita,[4] *pág. 65).*

El quinto misterio gozoso nos recuerda la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo entre los doctores. María y José habían llevado consigo a Jesús al ir a Jerusalén. Al regreso, Jesús se quedó en el templo. María y José, dándose cuenta de que faltaba Jesús, se llenaron de una pena muy honda; buscaron con ansia al muchachito entre los conocidos y, aun habiendo hecho bastante camino, volvieron atrás, anduvieron por las calles de Jerusalén y finalmente le encontraron en un lugar digno: en el templo entre los doctores.

Quien sería el Maestro de la humanidad, estaba dando una prueba de su sabiduría, mostraba cuál iba a ser su misión, la que realizaría en su vida pública. María se acercó y le dijo: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!» Y Jesús: «¿No sabíais que yo tengo que estar en lo que es de mi Padre?» [cf. Lc 2,41-50]. El corazón de María y el de José se llenaron de gozo y de consuelo.

María y José perdieron a Jesús sin culpa por parte de ellos; pero quien comete el pecado pierde a Jesús por propia culpa. El pecado se comete sólo cuando hay conocimiento y consentimiento. | Por propia culpa, pues, se pierde a Jesús con el pecado.

Pr 1
p. 136

María y José buscaron a Jesús con ansia y con gran afán, aun no teniendo culpa alguna. Pero quien está en pecado, ¿busca enseguida a Jesús, a quien ha perdido de propia voluntad y por consentimiento deliberado? Tenemos que odiar el pecado, detestarlo como ofensa cometida contra Dios. ¿Hay siempre el debido dolor de los pecados en nuestras confesiones? Ese dolor debe infundirnos el temor de recaer, de ofender a Jesús. ¿Vigilamos? ¿Huimos de las ocasiones? ¿Rezamos para tener la fuerza y combatir las tentaciones?

Pidamos estas gracias a Jesús y a María también por intercesión de san José.

(Recitamos el n. 7 de la misma coronita).

---

[4] Es la tradicional coronita a san José, tomada de las *Máximas eternas* de san Alfonso, en uso antes que el P. Alberione compusiera la propia.

Hemos aprendido el espíritu de pobreza y de obediencia en san José, y al mismo tiempo hemos pedido la gracia de detestar el pecado y de huirlo siempre. Ahora recemos la oración a san José por estas gracias: «A ti, oh bienaventurado José...».

ÁNGELES CUSTODIOS [1]

Hoy, primer jueves del mes y fiesta de los Ángeles custodios, la epístola de la misa nos dice que el Señor hace guardar a los hombres por sus ángeles, y nos habla asimismo de la protección y las gracias que nos vienen de estos ángeles custodios y de cómo tenemos que seguirles humildemente.

Pr 1
p. 137

Dice la epístola: «Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Respétale y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre y no perdonará tus rebeliones. Si le obedeces fielmente y haces lo que yo digo, "tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios serán mis adversarios". Mi ángel irá por delante y te llevará» [Éx 23,20-22].

Aplicándonos esto, el viaje que debemos hacer precedidos por el ángel es el viaje al cielo. Y bien, el ángel nos precede, nosotros hemos de seguir sus inspiraciones. Dice en efecto el gradual: «A sus ángeles Dios ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas para que tu pie no tropiece en la piedra» [Sal 91/90,11-12].

Consideremos esta mañana a los ángeles en el rosario, que rezaremos siempre este mes por el apostolado. Los ángeles en el rosario indican, entre otras cosas, cómo el Señor se sirve de ellos para los momentos más graves de la vida, y cómo en los momentos más difíciles debemos recurrir a ellos. *«Sea que veles o que duermas / yo siempre contigo estoy»*,[2] como habéis cantado. Siempre, noche y día, el ángel está con nosotros.

Los misterios que recuerdan a los ángeles en el rosario son: el primero gozoso, el primero doloroso, el primero glorioso.

El primero gozoso recuerda la aparición del arcángel Gabriel a María, para anunciar el divino misterio de la encarnación; en

---

[1] Meditación dictada el jueves 2 de octubre de 1952. – Del *"Diario":* «Celebra la santa misa a las 3,30; después sigue en la Cripta para rezar el breviario y oír otras misas hasta las 6, cuando empieza la meditación de la comunidad».

[2] Son dos versos del himno al ángel custodio, compuesto por Silvio Péllico: «Angelito de mi Dios...» (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo,* p. 260).

efecto se le llama el ángel de la encarnación. Tenemos que agradecer a san Gabriel arcángel por habernos hecho conocer no sólo la misión de María, sino también sus grandezas. | Él se presentó a María con gran reverencia. Pr 1 p. 138

Es fácil, en efecto, encontrar cuadros en los que el arcángel se presenta a María y, con respeto y reverencia hacia esta Reina de los ángeles, le dice con gran donaire: «Alégrate, oh llena de gracia, el Señor está contigo, eres bendita entre todas las mujeres». Y como María se turba al oír estas palabras, este saludo tan encomiástico, el ángel la tranquiliza: «No temas, María, porque vas a ser Madre del Hijo de Dios que se encarnará y será el santo». Luego, el ángel aduce una prueba de la verdad de cuanto ha dicho en nombre de Dios. Entonces María se inclina a sus palabras: *«Fiat mihi secundum verbum tuum... Ecce ancilla Dómini»:* cúmplase en mí lo que has dicho; aquí está la sierva del Señor [cf. Lc 1,26-38].

Primer pensamiento: recordar que el ángel nos ha desvelado las grandezas de aquella Virgen, tan escondida allí, humilde, siendo tan grande ante Dios, que la había pensado como la obra maestra de cuanto había creado. Tan grande, «llena de gracia, el Señor está contigo, bendita entre las mujeres»; sí, la bendita, la elegida, la mujer que había sido anunciada por Dios en el paraíso terrestre; la mujer que luego Juan vio gloriosa en el cielo: *«Signum magnum appáruit in cœlo, múlier amicta sole».*[3]

El ángel nos ha desvelado las grandezas de María, y se lo agradecemos; entre tanto admiremos la humildad con que María acepta y se inclina a la divina voluntad: «Aquí está la sierva del Señor; cúmplase en mí lo que has dicho»; y en aquel momento el | Hijo de Dios desciende a su seno: *«Virtus Altíssimi obumbrabit tibi».*[4] Será el Hijo de Dios. He aquí el gran momento para la humanidad, que por fin podrá levantar la cabeza y, con renovada confianza, esperar la salvación. Pronto se reabrirá el cielo, pronto los hombres tendrán a su Maestro, pronto la víctima de expiación se ofrecerá a Dios. Pr 1 p. 139

(«Ángel de Dios...», etc.).

---

[3] Ap 12,1: «Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en el sol».

[4] Lc 1,35: «La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra».

En segundo lugar, consideremos al ángel que consuela a Jesús en Getsemaní. Dice al respecto el evangelio de san Lucas: «Salió entonces Jesús y se dirigió como de costumbre al Monte de los Olivos, y le siguieron también los discípulos. Llegado a aquel lugar les dijo: "Pedid no ceder a la tentación". Entonces él se alejó de ellos a distancia como de un tiro de piedra y se puso a orar de rodillas, diciendo: "Padre, si quieres, aparta de mí este trago; sin embargo, que no se realice mi designio, sino el tuyo". Se le apareció un ángel del cielo, que le animaba; le chorreaba hasta el suelo un sudor parecido a goterones de sangre» [cf. Lc 22,39-44].

Jesús en Getsemaní no había tenido el consuelo de los hombres, y por eso el Padre celeste le envía un ángel. Es el ángel de la consolación. El cáliz no se le sustrae a Jesús, sino que lo beberá hasta la última gota, hasta poder decir: *«Consummatum est»*.[5] Pero mientras, el ángel llegado al Getsemaní trae como un anuncio, un consuelo a Jesús, recordándole que en el cielo los ángeles le acompañan en su pasión, están unidos a él con sus mismas intenciones: ellos le aman por quienes le odian, reparan la ingratitud incalificable de los hombres, que preparan a su Dios azotes, cruz y muerte; estos hombres, necesitados de Dios, atentan a la vida y matan al Hijo de Dios encarnado.

Pr 1
p. 140

¡El ángel consolador! En cada ocasión dolorosa de la vida, podemos dirigirnos a los ángeles; aunque nos abandonen todos los hombres, aunque nadie sepa nuestras luchas internas, hay un ángel junto a nosotros, que vela, asiste, ruega, conforta, escucha. Atendamos nosotros sus inspiraciones y, pues él contempla siempre a Dios en el cielo, pensemos en el paraíso, recordando en medio de las aflicciones: «Dichosos los que sufren, porque ésos van a recibir el consuelo» [Mt 5,10]; dichosos quienes combaten, pues serán coronados. La vida es para el cielo. Allá arriba nos aguardan los ángeles: felices nosotros si somos fieles a sus inspiraciones.

(«Ángel de Dios...», etc.).

El ángel en el primer misterio glorioso. Leemos en el evangelio de san Mateo: «Pasado el sábado, al clarear el primer día

---

[5] Jn 19,30: «Queda terminado».

de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto la tierra tembló violentamente, porque el ángel del Señor bajó del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima. Tenía aspecto de relámpago y su vestido era blanco como la nieve. Los centinelas temblaron de miedo y se quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: "Vosotras, no tengáis miedo. Ya sé que buscáis a Jesús el crucificado; no está aquí, ha resucitado, como tenía dicho. Venid a ver el sitio donde yacía, y después id aprisa a decir a sus discípulos que ha resucitado de la muerte y que va delante de ellos a Galilea; allí le verán. Esto es todo"» [cf. Mt 28,1-10].

Es el ángel de la resurrección. Antes hemos considerado el ángel de la encarnación y el ángel de la consolación, ahora consideremos el ángel de la resurrección.

Cuando un alma está en pecado, escuche estas inspiraciones | del ángel: "Surge de tu estado, vuelve donde tu Padre celeste, invoca su misericordia; él te acogerá, te perdonará, te reabrirá el cielo y el regazo de su misericordia. Comprende la bondad del corazón de Jesús; confiésate bien. El diablo trata de hacer callar, de cerrar la boca; rompe sus cadenas, que son de infierno y te arrastrarían allá abajo. Surge de la muerte que te ha traído el pecado". Pr 1 p. 141

El ángel nos advierte también en las dificultades: "¡Ánimo! Si esta obra es difícil, aquí tienes la gracia; yo estoy contigo, rezo contigo, la gracia del Señor bajará a ti: ¡sé valiente, vence las tentaciones, haz esa obra buena, sé constante, persevera hasta el final; yo te asistiré en la última agonía; presentaré tu alma al Juez divino; le contaré tus luchas y tus victorias; él te premiará!".

Roguémosle que nos dé la gracia de escuchar el "¡resurge!"; que nos dé la gracia de escucharle cuando nos invita a la perseverancia. «¡La muerte, pero no el pecado!».[6] Hay que hacer el bien hasta el fin; quien persevere será coronado [cf. Mt 24,13].

Pidamos tres gracias, que equivalen a nuestros propósitos:

1) Conocer siempre mejor a María. San Gabriel de la Dolorosa quiso tomar este nombre para que el arcángel le introdujera en el conocimiento y en el amor y le guiara en la devoción a la Dolorosa.

---

[6] Se refiere al conocido propósito de san Domingo Savio.

2) En los desalientos, en las penas, no pararnos a discurrir con los hombres, que no pueden darnos un verdadero consuelo; son inútiles las críticas, inútiles las quejas incluso a propósito de nuestros males. Dirijámonos al ángel consolador, y él nos con-
Pr 1 fortará como lo hizo con | Jesús agonizante en el Getsemaní.
p. 142 3) Pedir la gracia de no ser nunca sordos a las invitaciones del ángel cuando nos incita a resurgir, sino, al contrario, rendirnos enseguida cuando nos llama a perseverar con constancia, a caminar decididamente hacia el cielo. ¡Escucharle!

(Coronita, pág. 73 del Libro de las Oraciones).[7]

[7] Coronita al ángel custodio de *Máximas eternas* de san Alfonso.

MISTERIOS DOLOROSOS: JESÚS EN EL ROSARIO [1]

La primera semana del mes está orientada a obtener las gracias divinas por medio de nuestros santos protectores, mediante meditaciones y oraciones particulares; la gracia de observar nuestros propósitos en el mes; cada devoción tiene además un fin particular.

Hoy vamos a pedir al divino Maestro la gracia de la devoción a la Sma. Eucaristía y al crucifijo, la gracia da aprender bien a conocer cada vez mejor el Evangelio y al mismo Maestro divino.

Comenzamos con la oración a Jesús crucificado, que tiene anexionada indulgencia plenaria. Y así cada día vamos a estar plenamente unidos a Dios, saldando cada día las deudas que hubiéramos contraído con él.

(Oración: «Heme aquí, oh mi amado y buen Jesús»).

Jesús en el rosario. Muchos misterios deberíamos considerar. Escogeremos tres esta mañana, a saber: el tercero, cuarto y quinto dolorosos. También en este mes orientamos el rosario a obtener | la gracia que hemos recordado varias veces: la santificación del apostolado de la redacción, del apostolado técnico y del apostolado de la difusión. Pr 1 p. 143

El tercer misterio doloroso nos recuerda la *coronación de espinas.* Un nuevo suplicio, inventado por el infierno para Jesús: éste, apenas flagelado, es coronado de espinas; espinas largas clavadas en su sacratísima cabeza. Aquellos bribones compiten en tomar de las manos de Jesús la caña que le habían puesto como a rey de burlas, y en golpear con ella la corona para que las espinas penetren más profundamente en su cabeza. Luego, tras haberle echado encima un andrajo de púrpura como a rey de mofa, le hacen una especie de genuflexión y reverencia y le escarnecen diciendo: «Salud, rey de los judíos» [Mt 27,29].

Jesús en su pasión ha expiado todos los pecados de los hombres: los pecados de pensamiento, de sentimiento, los cometidos con los diversos sentidos, con los ojos, con las manos, con el

---

[1] Meditación dictada el viernes 3 de octubre de 1952. – La tarde precedente el P. Alberione había estado en Nápoles, para acoger a los PP. Bertino y Canavero, sacerdotes paulinos que regresaban de China, y había vuelto a Roma a la una y media de la madrugada.

oído, etc. Ahora expía los pecados cometidos por los hombres particularmente con la cabeza, es decir con la mente, con la voluntad. Pensamientos de orgullo, ¡y he aquí cómo es humillado Jesús! Pensamientos de insubordinación, ¡y he aquí cómo es tratado Jesús! Pensamientos que pueden ser contra la fe y contra toda otra virtud, especialmente contra la delicadeza de conciencia, ¡y he aquí cómo los ha pagado Jesús!

Hemos de arrodillarnos espiritualmente ante Jesús, reconocer nuestros fallos, reconocer que esas penas se deben a nosotros. Y hemos de agradecer a Jesús, que quiso sufrirlas en sí mismo, y prometerle humildad interior, la sumisión, el espíritu de obediencia; prometer a Jesús que en nuestra vida queremos | uniPr 1
p. 144 formarnos cada vez más a la voluntad divina, pensar según Dios, obrar según cuanto él nos manifiesta mediante los mandamientos, o por medio de los consejos, o de las disposiciones o circunstancias buenas o adversas en que nos encontremos.

Tenemos, pues, que hacer actos de reparación y formular al mismo tiempo propósitos. Como reparación, declaremos que de ahora en adelante queremos amar y seguir a Jesús siempre, humillándonos en la mente y en los sentimientos interiores.

(Acto de caridad).

En el cuarto misterio doloroso consideramos la *condena de Jesucristo y el camino al Calvario*, llevando el grave peso de la cruz. Es condenado el Inocente y el Santo por los pecadores; quienes estaban cometiendo el más grave delito de la historia condenaban a quien en la tierra no había hecho más que bien: «*Pertransiit benefaciendo et sanando omnes*».[2] Más aún, «*Bene omnia fecit*».[3]

¿A quién, entre los hombres, podrían aplicarse estas palabras: «Todo lo ha hecho bien»? Pasó haciendo el bien y curando toda clase de enfermedad, física y moral. Y sin embargo se le inflige la condena al más ignominioso de los suplicios, el que se aplicaba a los hombres de los bajos fondos sociales; y, para colmo de ignominia, le crucifican entre dos malhechores.

Jesús abraza la cruz, la recibe y se la carga a hombros, llevándola por nosotros: «*Jesus patiens*», ¡Jesús paciente!

---

[2] He 10,38: «Pasó haciendo el bien y curando a todos».

[3] Mc 7,37: «¡Qué bien lo hace todo!».

Empiezan las estaciones del *vía crucis,* desde la condena de Jesús hasta su muerte en cruz. Hagamos a menudo el vía crucis y consideremos lo que Jesús sufrió en el camino al | Calvario: Pr 1
las humillaciones, los dolores físicos y morales. En cambio, no- p. 145
sotros, yendo contra nuestros propios intereses, nos rebelamos enseguida al sufrimiento.

Cuando nos toca sufrir algo, con facilidad damos en actos de rebelión y a veces hasta en actitudes que son de veras contra Dios. Consideremos a *«Jesus patiens»*. ¡La paciencia..., necesaria en todo! Es necesaria para el estudio, es necesaria para la piedad, es necesaria para el apostolado, es necesaria para quien quiera vivir como hombre, como cristiano, como religioso; es necesaria a todas las horas, en todo momento.

La paciencia hace santos; pues si cada día abrazamos la cruz, llevándola con Jesús, participando en los méritos que él mismo adquirió llevando aquel duro peso, nos haremos santos. Hemos de llevar con paciencia nuestra cruz. Jesús cayó bajo ella, pero se levantó y la retomó, pues quería morir encima de ella. Lo había predicho: «Tengo que ser sumergido por las aguas y no veo la hora de que eso se cumpla» [cf. Lc 12,50].

¿Qué aprecio tenemos de la paciencia? Pidámosela a María, pues también ella acompañó a su Hijo en el Calvario. Pidámosela a Jesús. Generalmente el Señor no nos pide cosas grandes, sino pequeñas cosas, los pequeños sufrimientos cotidianos, los actos de caridad y la fidelidad a nuestros deberes: eso es lo que nos pide el Señor.

Recemos ahora un avemaría a la Dolorosa, para que nos obtenga de Jesús esta gracia, esta virtud de la paciencia.

Contemplemos por fin, en el quinto misterio doloroso, a *Jesús crucificado.* Ahí está, clavado, elevado a la vista de todos, insultado por aquellos infelices e impíos. Ahí está, con la frente serena ofrece al Padre | celeste su preciosísima sangre por la re- Pr 1
dención de todos. Pasa tres horas de agonía, de espasmos inte- p. 146
riores y físicos. ¿Quién puede comprender lo que haya sufrido Jesús, lo que haya sufrido María en aquellas tres horas? ¡Es de veras indecible! Pero fue entonces cuando se cumplió la redención del mundo. Y esta redención se nos pone delante cada día en nuestros altares con la santa misa.

¿Comprendemos bien la santa misa, que es la renovación de

la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo? ¿Tratamos de entenderla cada vez mejor? ¿Procuramos seguirla según los métodos [sugeridos]?[4] ¿Buscamos sacar los mayores frutos, unirnos a Jesús, sacerdote y víctima a la vez, con sus mismas intenciones? ¿Difundimos el conocimiento de la santa misa? ¿Procuramos llevar a los hombres a escucharla? ¿Intentamos llevar especialmente a los nuestros [cohermanos y alumnos] a oírla bien, a participar en ella con las mismas intenciones de Jesús? ¿Nos proponemos alcanzar los cuatro frutos[5] y obtener los fines[6] por los que cada día se celebra la santa misa?

Los propósitos son hoy las mismas peticiones que debemos hacer a Jesús, por medio de María, mediante los rosarios: 1) la sumisión y la humildad; 2) la paciencia; 3) la devoción al crucifijo y a la santa misa.

Prometamos estas cosas y recemos el "Secreto del éxito", para imprimir bien en la mente y en el corazón nuestros propósitos; luego cantemos *«O Vía, Vita, Véritas»*.

---

[4] Se refiere probablemente al método *verdad-camino-vida* (propuesto en el *Libro de las Oraciones*) además de las rúbricas de la celebración eucarística.

[5] Los "cuatro frutos" de la misa, en la piedad tradicional, eran los siguientes: *generalísimo* (para todos los fieles vivos y difuntos); *general* (para quienes participan en el sacrificio), *especial* (para la persona por quien se aplica la misa), *especialísimo* (para el celebrante).

[6] Los "cuatro fines": adoración, agradecimiento, satisfacción (reparación), súplica. Cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, ed. 1952, p. 110; ed. esp. 1993, p. 35.

MARÍA EN EL ROSARIO [1]

Pr 1
p. 147

Todo el mes de octubre [lo vivimos] bajo la protección de María, con el rosario en la mano: *«Sub tuum præsidium...»*.[2] Cada misterio del rosario nos recuerda directa o indirectamente las glorias, la bondad, la potencia, la santidad de María; por eso vamos a considerar esta mañana a María en el rosario. En el *Libro de las Oraciones*, después de la enunciación del misterio, se indican los puntos de meditación; y el segundo es precisamente "María en el rosario".

¿Qué meditar sobre María en el primer misterio gozoso? *Los privilegios de María:* su divina maternidad, su virginidad, su santidad excelsa, su inmaculada Concepción, su Asunción. Todo puede considerarse en este primer misterio; luego, en los demás, se verá algún punto particular. En este misterio el alma goza, se alegra con María por su excelsa grandeza y del cometido que tiene respecto a nosotros: ¡Madre nuestra!

En el segundo misterio gozoso, se dice: *María mediadora de gracia;* o sea, podemos meditar el oficio que tiene María en el cielo, y que tuvo también en la tierra. Mediadora universal de gracia: cualquier gracia que nos sea necesaria, siempre podemos esperarla de María, se trate de quien se trate y se encuentre en la condición que sea. Mientras seamos desterrados hijos de Eva en esta tierra, hemos de rogar: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».[3] No hay persona tan desesperada, tan desanimada, que no pueda y deba dirigirse a María.

En el tercer misterio gozoso, leéis: *María Madre de Dios.* Ahí está María presentando a Jesús en el pesebre al mundo. ¡Madre de Dios! Este dulce nombre, Jesús lo ha pronunciado muchas veces, llamando a María su Madre. ¡Qué dulzura debe haber entrado en el corazón de María al sentirse llamar Madre por el Hijo de Dios encarnado! Y, desde otro punto de vista, ¡qué acto de humildad por parte de Jesús!

Pr 1
p. 148

Está luego el cuarto misterio gozoso, donde se dice que María es *modelo de toda virtud.* Ejercitó la obediencia perfectamente; pe-

---

[1] Meditación dictada el sábado 4 de octubre de 1952.
[2] «Bajo tu amparo...».
[3] De la *"Salve"*.

ro al mismo tiempo es modelo de fe, de esperanza, de caridad, de pureza, de prudencia, de justicia, de fortaleza, de templanza, de humildad: ¡modelo de toda virtud! Cualquiera puede ir a su escuela, cualquiera encontrará cosas que aprender en este modelo perfecto.

En el quinto misterio gozoso, se lee: *El corazón de María.* El corazón de María fue atravesado por una gran pena, cuando perdió, aunque fuera sin culpa suya, a su Hijo. El corazón de María está lleno de amor a Dios, lleno de amor a nosotros: siempre podemos acudir a ese corazón, tan humilde, tan ardiente, tan piadoso, tan generoso; siempre podemos honrarlo; en él estamos todos, hay puesto para cada uno de nosotros, amados por esta Madre. Y nosotros, ¿la amamos de veras como Madre?

Más adelante, están los misterios dolorosos. El primero nos recuerda la oración de Jesús en el huerto, y leemos respecto a María: *La vida de María fue un continuo martirio.* El martirio de María, explica san Alfonso, fue el más largo, porque duró toda | la vida; el más profundo, porque tuvo penas indecibles; el más meritorio, porque la Virgen dolorosa agradó a Dios. María dolorosa acompañó a su Hijo en el misterio de la redención de los hombres.

Pr 1
p. 149

En el segundo misterio doloroso consideramos *la virginidad de María.* Jesús fue flagelado sangrientamente por las muchas deshonestidades de los hombres. La virginidad de María reparó ante Dios esas deshonestidades. María es la virgen, más aún, la *«Virgo vírginum»* [4] y lleva consigo una multitud innumerable de almas que se han consagrado a Dios. Dichosos los limpios de corazón, porque agradarán a Dios y agradarán a María. Contemplarán a Dios en el paraíso y contemplarán a María.

Luego, el tercer misterio doloroso nos hace considerar la *santidad de María.* La santidad de María empieza desde el momento en que fue creada inmaculada, más santa que cualquier otra santa: *«Tota pulchra».* Agradó enteramente a Dios, que no veía en ella ninguna mancha. Esta santidad alcanzó su culmen en el momento en que María dejó la tierra y subió al cielo. Allí fue asunta. La santidad de María supera la santidad de todos los santos y de todos los ángeles del paraíso. Es un prodigio de santidad.

En el cuarto misterio doloroso se lee: *María corredentora.* Basta contemplarla en el Calvario. Dos altares: uno es el altar

[4] «La Virgen de las vírgenes», de las letanías lauretanas.

de la Cruz en que moría Jesús, y el otro es el corazón de María traspasado por una espada de dolor: *«Stabat Mater dolorosa iuxta crucem»*.[5] Estaba afligidísima, pero serena, unida de lleno a las intenciones de Jesús: gloria a Dios y paz a los hombres. En aquel momento ofrecía sus penas y las | de su Hijo por toda la humanidad, por los hombres que ya vivían y por los que vivirían hasta el fin del mundo. ¡Corredentora! Pr 1 p. 150

El quinto misterio doloroso nos hace considerar a *María nuestra Madre.* María Madre de Jesús y Madre nuestra. «Mujer, mira a tu hijo» [Jn 19,26]. El Señor, aun ahora desde el cielo, le indica a casa uno de nosotros: Mira a tu hijo. Bien grande es nuestra Madre, bien poderosa, bien sapiente: un corazón que ama a todos. Ella cumple con cada alma el oficio que tiene una buena madre con su hijo. El fruto, pues, debe ser una gran confianza.

Pasemos a los misterios gloriosos. El primero, que recuerda la resurrección de Jesucristo, nos lleva a considerar el *Regina cœli, lætare.*[6] Es decir, María, que había sufrido tanto dolor en la muerte de su Hijo; María, que en el triduo de la muerte de Jesús siempre había esperado y aguardaba con fe el gran momento predicho por Jesús, ahora se ve llena de alegría. Hemos de congratularnos con ella, porque su Hijo ha vencido al infierno y a la muerte: ¡ha resucitado! Pidamos aquí la gracia de resurgir también nosotros; pero pidamos especialmente el don de la fe. La fe de María nunca quebró, mientras que la fe de los apóstoles sólo reemergió cuando Jesús resucitado se les apareció.

En el segundo misterio leemos: *Las ascensiones de María.* Jesús sube al cielo. En todos los días de su vida, María hizo algún progreso en la santidad: tuvo siempre más fe, siempre más amor, siempre más abandono en Dios y en su voluntad. ¿Progresamos nosotros cada día? ¿Hacemos algún progreso a la semana? Cada vez que llegamos al retiro mensual, ¿constatamos que en algo hemos de veras mejorado? Hay almas | que están en continuo ascenso, otras que viven una vida inerte, sin actividad espiritual. Y, desgraciadamente, a veces sucede encontrar almas que van para atrás, crecen en defectos. Pr 1 p. 151

---

[5] Cf. Jn 19,25: «Estaban presentes junto a la cruz de Jesús su madre...».

[6] «Reina del cielo, alégrate», antífona mariana para el tiempo pascual.

El tercer misterio nos hace contemplar a *María Reina de los Apóstoles*, María entre los apóstoles. Aquí estamos todos consagrados al apostolado. No hay día en que no hagamos algo en orden al apostolado.

María entre nosotros, por tanto con nosotros, para nosotros. Una particular llama de amor de María, una comunicación particular suya quiere encender nuestros corazones con aquella misma llama que ardió en su corazón. Consagrémosle siempre el apostolado, consagrémosle nuestras propias personas y pidámosle siempre mayor inteligencia, entrega y amor al apostolado y a las almas.

En el cuarto misterio glorioso se lee: *El culto de María.* Habéis cantado: «Alabad a María, oh lenguas fieles». Sí, toda la tierra resuene de alabanzas a María. Su profecía: *«Beatam me dícent omnes generationes»,*[7] va realizándose cada vez más. No hay nación donde el nombre de María no sea honrado e invocado. ¡Cuántas iglesias, cuántas fiestas, cuántas imágenes, cuántas oraciones a María! Y a medida que la humanidad se dirija con más afecto a María, lo hará también a Jesucristo y encontrará en él el verdadero Camino, la Verdad y la Vida, para la tierra y para el cielo. Se poblará el cielo tras haberse poblado el mundo de iglesias, de altares y de almas ardientes hacia esta Madre.

El quinto misterio glorioso nos lleva a considerar *la potencia de María.* Lo que Dios puede por naturaleza, María lo puede
Pr 1 por su intercesión | ante Dios, pues tiene una omnipotencia de
p. 152 súplica. Nunca podemos pensar: lo que pido es demasiado; debemos sólo pensar en orar, en abandonarnos a María, y ver si lo pedido es útil y conveniente para nuestra alma. Podemos dudar únicamente cuando pedimos ciertas gracias de orden temporal. Pero en María no falta la potencia y, si oramos pidiendo gracias útiles a nuestra alma, las obtendremos. Cuando el corazón está afligido, cuando la mente se encuentra turbada, cuando nos asalta la tentación, cuando nos parece andar perdidos y que no encontramos el camino justo, llegando incluso a pensar que el cielo se ha cerrado en oscuridad..., entonces clamemos a María. Y esperemos. Si no nos da lo que hemos deseado, nos dará algo mejor. Y lo mejor es la santidad, es el paraíso.

---

[7] Lc 1,48: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones».

Así pues, para variar de vez en cuando nuestra meditación de los misterios, podemos tomar los puntos de meditación que hemos leído, o también los que no hemos leído ahora. El rosario se volverá cada vez más una escuela y un medio de consolación y de santidad.

Si de continuo sube al cielo el avemaría, continuamente bajarán del cielo, por medio de María, las bendiciones sobe la sociedad, la Iglesia, las familias y sobre todo el apostolado.

Vamos a rezar ahora la coronita a María Reina de los Apóstoles.

Demos a María toda alabanza y pidámosle todas las gracias que son necesarias para nosotros y para el apostolado.

Pr 1
p. 153

LA CONFESIÓN [1]

En este mes del rosario debemos cuidar de modo especial la inocencia, el estado de gracia, y procurar también satisfacer cada día, con las santas indulgencias, las deudas contraídas con la divina justicia. El rosario es riquísimo en indulgencias. Hemos rezado además la oración: «Heme aquí, oh mi amado y buen Jesús», que lleva anexa la indulgencia plenaria cuando se dice después de la comunión y ante el crucifijo.

¡Que la Virgen, nuestra Madre, sea misericordiosa con nosotros, viéndonos como almas buenas, hijos devotos suyos, vestidos cándidamente! Para ello queremos de modo especial hacer bien la confesión, el examen de conciencia, y lucrar muchas indulgencias.

Evangelio de san Mateo: «Subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y llegó a su propia ciudad. En esto, intentaban acercarle un paralítico echado en un catre. Viendo la fe que tenían, Jesús dijo al paralítico: "¡Ánimo, hijo! Se te perdonan tus pecados". Entonces algunos letrados se dijeron: "Éste blasfema". Jesús, consciente de lo que pensaban, les dijo: "¿Por qué pensáis mal? A ver, ¿qué es más fácil: decir 'se te perdonan tus pecados' o decir 'levántate y echa a andar'? Pues para que sepáis que el Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados... (le dijo entonces al paralítico) – Levántate, carga con
Pr 1
p. 154 tu catre y vete a tu casa". Al ver esto, | las multitudes quedaron sobrecogidas y alababan a Dios, que ha dado a los hombres tal autoridad» (Mt 9,1-8).

Evidentemente Jesús aquí defiende su poder de perdonar las culpas. Él era Dios, el Hijo de Dios encarnado: el pecado va contra Dios y es propiamente Dios, quien ha sido ofendido, el que debe perdonar. ¿Quién puede perdonar? O Dios en persona, el Hijo de Dios encarnado, o bien quienes absuelven en nombre

---

[1] Meditación dictada el domingo 5 de octubre de 1952, XVIII de Pentecostés. – Del *"Diario":* «Celebra hacia las 4 y luego se queda rezando de rodillas. Sale hacia las 6 para saludar a los PP. Canavero y Bertino que van al Piamonte para abrazar a sus parientes... Les acompaña en el desayuno sirviéndoles él mismo... Tras haberles saludado, vuelve a la Cripta para dictar la meditación a la comunidad».

de Dios. Como Jesús perdonó, así dio el mismo poder a los apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes dejéis libres de los pecados, quedarán libres de ellos» [Jn 20,22-23]. Se les perdonará también en el cielo. Lo que se realiza en el sacramento de la penitencia, en el confesionario, queda ratificado en el cielo. De manera que el alma, la persona, puede irse del confesionario en plena paz con Dios, si ha llevado las debidas disposiciones, las que ya conocemos por el catecismo y que tantas veces hemos meditado.

En el *Libro de las Oraciones*, antes de las formuladas para la confesión, la misa, el rosario y la comunión, hay unas instrucciones o introducciones. A veces resulta más necesario leer la introducción que la propia oración, pues ello ayuda a rezarla después con mayor piedad y entender mejor lo que se hace.

Así, en la introducción a las oraciones para la confesión se dice: «La confesión es el sacramento en el que, por los méritos de Jesucristo, el Padre celeste acoge nuevamente al hijo que vuelve arrepentido. La confesión borra los pecados de la vida pasada, sirviendo también como medio principal para preservarnos de recaídas y para corregir los defectos». Dos frutos, pues. Pr 1 p. 155

En los exámenes de conciencia, procuremos examinarnos especialmente sobre los pensamientos, sentimientos y omisiones.

Las condiciones para hacer una buena confesión son: oración, examen, dolor, propósito, acusación y satisfacción.

Antes de la confesión conviene rezar el padrenuestro, el avemaría, el “gloria” a Jesús crucificado, la salve a María refugio de los pecadores, el “ángel de Dios” a nuestro custodio para obtener la gracia de conocer bien nuestros pecados, sentir vivo dolor de ellos y acusarlos sinceramente.

Cuando llegamos para confesarnos, no hay que precipitarse de golpe al confesionario, pues el fruto depende en gran parte de la preparación. Si nos hemos excitado al dolor, tratemos de rezar con el corazón un “acto de dolor”. En el libro [2] se recoge un “acto de dolor” muy sencillo, que puede servirnos para expresar nuestra compunción antes de presentarnos al confesor. Luego, la confesión.

---

[2] *Oraciones*, pág. 100, ed. 1952; pág. 109, ed. 1985; ed. esp. 1993, pág. 119.

¿Y después de la confesión? Leamos juntos: «¡Qué bueno has sido conmigo, oh Señor! En vez de castigarme, me has tratado con misericordia. Prometo, con la ayuda de tu gracia, compensar con mucho amor y con buenas obras las innumerables ofensas que te he hecho».

Pr 1 p. 156 Recurramos a María refugio de los pecadores y | pidamos en este mes, además de atender santamente al apostolado, también llevar continuamente la inocencia del corazón, y usar bien este gran sacramento, el sacramento de la penitencia.

Hemos de examinarnos acerca de todos los deberes de estado,[3] además de sobre los pensamientos, sentimientos, palabras, obras y omisiones. Sobre los deberes de estado: piedad, estudio, apostolado y pobreza. Y ahora digamos la "salve" a la Virgen, para que se digne obtenernos estas gracias. Cuando una persona está acostumbrada a confesarse bien, es casi imposible que no progrese. La gracia y la buena voluntad que Dios infunde en nosotros, traerán buenos frutos y en cincuenta y dos confesiones que haremos al año, veremos de veras cierto progreso. Al final del año nos daremos cuenta de haber mejorado interna y exteriormente.

[3] Deberes de nuestra particular condición de vida.

LA CORONITA A SAN PABLO [1]

Esta mañana hemos abierto la jornada con la coronita a san Pablo, queriendo dedicarle a él el presente día, primer lunes del mes. Es útil que nos detengamos a considerar el sentido de esta coronita, para poder rezarla siempre con mayor devoción.

Tres intenciones tiene el Instituto al rezar esta coronita:

1) reclutamiento cada vez más sensato y siempre | más eficaz de las vocaciones, y vocaciones mejor escogidas; Pr 1 p. 157

2) su formación religiosa, como resulta en las varias partes de la coronita;

3) el espíritu paulino en el apostolado, de modo que éste sea entendido, amado y desempeñado según nuestro Padre, a quien hemos escogido por modelo.

1. El primer punto,[2] como los otros sucesivos, lo empezamos con las palabras: «Te bendigo, Jesús...». ¡Cuánta predilección de Jesús a este nuestro Padre, y cuánta correspondencia de afecto por parte de Pablo, cuando conoció a Jesús! Por eso: «Te bendigo... por la gran misericordia concedida a san Pablo». ¿Cuál? La de haberle detenido en el camino de Damasco, haberle cambiado «de perseguidor en apóstol incansable de la Iglesia». Sí, la misión de san Pablo en la Iglesia es admirable. Más aún, en todo el desarrollo de la historia, Pablo ocupa un lugar eminente. ¡Cuánto le debemos por la organización de las Iglesias, por los ejemplos de virtud y de piedad que ha dejado a toda la cristiandad, por sus Cartas merecedoras de un monumento imperecedero! De veras, Pablo es un monumento a Jesucristo, quien ha querido iluminarle, ha querido ganarle hasta la última fibra de su corazón, y ha querido hacerle un instrumento de gloria para sí y de bien y salvación para las almas.

¿Y qué pedimos? Que el Señor abra nuestro corazón a la gracia; que por intercesión de san Pablo nos dé “docilidad a la gracia”. Todo el Instituto es una gracia, y quien entra en él dispone de un conjunto inestimable de gracias, a veces, por desdicha, no

---

[1] Meditación dictada el lunes 6 de octubre de 1952.

[2] Es decir en la primera oración de las cinco que forman la “coronita”.

Pr 1 p. 158 suficientemente apreciadas. | ¡Cuántas veces somos sordos y duros de corazón! No siempre, por ejemplo, santificamos debidamente el domingo; no siempre estudiamos con entrega, con verdadero amor a la ciencia civil o sagrada. Pedimos también la "continua conversión", superando nuestro defecto principal, pues todos estamos llenos de pasiones y entre ellas hay siempre una que domina y arrolla el corazón del hombre, si no sabemos fortificarnos y resistir. Más aún, ¡hemos de cambiar el defecto principal en virtud principal! Antes de su conversión ¡cuánto odio tuvo san Pablo a Jesucristo y a los cristianos! Pero, después de convertido, tanto más amor tuvo a Jesucristo y a las almas.

2. En el segundo punto pedimos la gracia de formar nuestro corazón y orientarlo totalmente a Dios; es decir, realizar en nosotros perfectamente el primer y principal mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» [cf. Lc 10,27]. Todo cristiano mira a esto; pero la profesión del religioso es la profesión del eterno y perfecto amor a Jesucristo, de modo que las fuerzas, la inteligencia y el sentimiento estén siempre y sólo dirigidos a Dios. Virginidad de la mente, virginidad de la voluntad, virginidad del corazón. ¿No era este el consejo que daba el Apóstol en sus cartas y en su predicación?

Santa Tecla,[3] san Timoteo, san Tito, san Lucas y otras innumerables almas tuvieron la gracia de entenderlo bien hasta el fondo, cuando san Pablo hablaba, y ahora a lo largo de los siglos, tratando de imitar y seguir sus ejemplos. «A todos les desearía que vivieran como yo... cada uno con el don particular que Dios le ha dado» [cf. 1Cor 7,7]. ¡Ojalá florezca en el Instituto, y especialmente en esta casa, un jardín de azucenas!

Pr 1 p. 159 3. La docilidad a la gracia se manifiesta de modo particular con la obediencia. Y ahí tenemos a san Pablo, predicador y modelo de obediencia. Él quería que en la sociedad estuviera todo

[3] Tecla es presentada en los *Hechos apócrifos de Pablo* como convertida y discípula del Apóstol, luego protomártir cristiana. Su existencia histórica parece indiscutible, y lo atestigua la amplia difusión de su culto desde los primeros siglos. En la catedral de Milán se venera una estatua suya.

ordenado; que cada súbdito dependiera de las disposiciones de los constituidos en autoridad, para que sometiéndose dócilmente a ella, no resistieran a Dios. Pedía, pues, dar honor a quien se le debía honor; dar obediencia a quienes se debía obediencia, y dar tributo a quien se debía tributo.

Así debe estructurarse cada comunidad, para que haya orden y sumisión en la Iglesia. ¡De cuántas partes oímos elevarse voces de rebelión a lo que la Iglesia enseña, a lo que la Iglesia dispone! Estamos siempre tentados de resistir a la autoridad constituida por Dios, lo cual significa oponerse a Dios mismo. ¡Hemos de ser sumisos! San Pablo, después de la conversión, se dejó guiar por Jesús como un muchacho, como un niño. Empezó enseguida a predicar el Evangelio, pues tal creía ser la voluntad de Dios, pero no se opuso a esa voluntad y se retiró bien pronto para completar su transformación y su formación.

E incluso cuando ya estaba en Antioquía, entre los otros miembros eminentes de la Iglesia, san Pablo se mantenía humilde, sin pedir nada hasta que interviniera la voz del Espíritu Santo. Y asimismo, durante todo el resto de su misión, fue siempre dócil, guiado por Dios, por Jesucristo y su voz. Pidamos este espíritu de obediencia, de sumisión de la mente, de la voluntad y del corazón a Dios.

4. La perfección cristiana, ha escrito un doctor de la Iglesia, tiene ocho peldaños, que son las ocho bienaventuranzas evangélicas. Pero el primer peldaño es | la pobreza: «Dichosos los Pr 1
que eligen ser pobres, porque ésos tiene a Dios por rey» [Mt p. 160
5,3]. Hay que empezar por la pobreza, pues si ésta falla es difícil, más aún, imposible, subir los otros peldaños. La pobreza podría parecer una virtud que concierne solamente a las cosas materiales; pero es el principio. Por eso el divino Maestro invitaba a los suyos a dejarlo todo: «Vende cuanto tienes y repártelo a los pobres...; y, anda, sígueme a mí» [cf. Lc 18,22].

San Francisco de Asís, que poseía el verdadero espíritu de Jesús, quería en primer lugar que los suyos lo dejaran todo y se confiaran totalmente a Dios, a su providencia.

¡Dejarlo todo! Este espíritu de pobreza tiene su aplicación para nosotros en todas las partes de la jornada, bien sea en el apostolado, bien en cada una de las demás cosas concernientes

al gobierno de nosotros mismos, de nuestras relaciones y de las disposiciones que vamos tomando. Hay personas que no entran nunca en el espíritu religioso, porque no saben subir. El primer peldaño es la pobreza. Virtud grande, voto grande, aunque digamos que es más perfecta la virginidad y la obediencia.

5. La pobreza se manifiesta también en el amor y el celo por el apostolado. El corazón de san Pablo estuvo lleno de amor a Jesucristo y a las almas, todo él lleno de amor a la Iglesia: ¡y qué aporte dio a la Iglesia, si pudo decir: «He rendido más que todos»! [1Cor 15,10]. En efecto, ¡cuánto sufrió, cuánto se fatigó! No quería ser un peso para nadie, y se ganaba el pan con el sudor de su frente, incluso con el trabajo material, a ejemplo de Jesús, a quien adoramos y admiramos en la casa de Nazaret.

El gran amor de san Pablo a las almas se expresa en aquel *«Cáritas | Christi urget nos»* [4] que le empujaba a hacerse todo a todos. Sentía las necesidades de todos, las alegrías de todos, como lo dejó consignado en sus Cartas.

Pr 1
p. 161

¿Amamos nosotros a las almas? Quienes no tienen celo por la propia alma, no podrán tenerlo por las almas del prójimo. En cambio, quienes están dispuestos incluso al sacrificio por amor a su alma, ciertamente desearán también la salvación del prójimo.

¿Comprendemos la misión paulina? Esta debe extenderse a todo y a todos. Es también la misión de Jesucristo: «Id por el mundo entero proclamando la buena noticia a toda la humanidad» [Mc 16,15]. ¿Practicamos el apostolado de las ediciones, de la oración, del ejemplo, de las obras y de la palabra?

Si queremos el premio de san Pablo en el cielo, tenemos que seguir sus pasos, sus ejemplos. Pidamos que encienda nuestro corazón con su fuego.

---

[4] 2Cor 5,14: «El amor de Cristo no nos deja escapatoria».

REZAR POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO[1]

Hoy, primer martes del mes, se eleven de nuestro Instituto, de todos nosotros, muchos sufragios por las almas del Purgatorio: suban ante el trono de Dios y desciendan en bendición sobre aquellos hermanos «afligidos y llorosos».[2]

La oración que rezamos más frecuentemente por las benditas ánimas es el *De profundis*,[3] que puede rezarse también por nosotros, pues es el sexto de los salmos penitenciales.

La intención del primer martes del mes es en | primer lugar la de hacer sufragios por las almas que están en el purgatorio cumpliendo la última preparación para entrar en el cielo. En segundo lugar mira a obtener para nosotros, mientras estamos aún en esta tierra, la remisión total de la pena debida por nuestras culpas; y, de modo particular, obtener la gracia de evitar el pecado venial, para no acumular otras deudas con Dios. Vamos a considerar, pues, el *De profundis* bajo estos varios aspectos. Pr 1 p. 162

«Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz». Quien se dirige a Dios con la penitencia, con dolor de los propios pecados, es perdonado por él. No nos apoyamos en mérito alguno nuestro, sino en la misericordia de Dios. Nuestra alma basa su esperanza, su confianza en ti, en tus promesas, oh Señor. El pueblo cristiano espera en ti, Señor, siempre, para evitar el pecado y para obtener el perdón de las deudas contraídas contigo, sabiendo que de ti viene la misericordia, la redención copiosa.

Los méritos de Jesucristo son infinitos. Nosotros los ofrecemos, especialmente con las santas misas, donde se renueva el sacrificio de la cruz, y suplicamos por las almas del purgatorio y por nosotros mismos.

El Señor ha redimido a Israel de todos sus delitos. Es decir, el Señor Jesús ha derramado su sangre por nosotros, para lavar

---

[1] Meditación dictada el martes 7 de octubre de 1952. – La expresión usada es “ánimas purgantes”, que, si bien de uso habitual, es mejor sustituirla por otra más comprensible, como “almas en fase de purificación”, o “almas a la espera del paraíso” o –como hemos hecho en el título– “almas del purgatorio”, etc.

[2] Referencia a un canto por los difuntos: «De nuestros hermanos / afligidos, llorosos, / Señor de las gentes, / perdón y piedad!» (cf. *Oraciones de la P.S.S.P.*, p. 262).

[3] Sal 130/129: «Desde lo hondo (a ti grito, Señor)».

nuestras iniquidades. Hemos de creer no sólo en el perdón de la culpa y de la pena eterna, sino también en las indulgencias; hemos de tener fe en la pasión de Jesucristo, tener fe en la santa misa; tener fe en la sangre de Jesucristo, que lava a todas las almas. Decimos por ello con fe: «Dales, Señor, el descanso
Pr 1 p. 163 eterno, y | brille para ellos la luz perpetua; descansen en paz. Amén». Y repetimos todos juntos el *De profundis.*

Entre las almas del purgatorio recordamos algunas, hacia las que tenemos deberes particulares, de justicia o de caridad; y pedimos misericordia especialmente para las almas olvidadas. Muchos no han dejado en la tierra a quien les recuerde; muchas almas gimen sin que su voz, su invocación desde el purgatorio sea escuchada: «*Miserémini mei, miserémini mei saltem vos amici mei*».[4] Nadie piensa en ellas.

Vamos, pues, a recordarlas a todas con la fórmula que tenemos en nuestro *Libro de las Oraciones:* «Jesús mío, por los dolores que sufriste en la agonía del huerto, en la flagelación y coronación de espinas, en el camino del calvario, en tu crucifixión y muerte, ten misericordia de las almas del purgatorio, especialmente de las olvidadas; líbralas de las penas atroces que sufren, llámalas y admítelas a tu suavísimo abrazo en el paraíso».[5]

Siguen dos *oremus* por todas las almas del purgatorio, en general: «Oh Dios, creador y redentor de todos los fieles, concede a las almas de tus siervos y siervas la remisión de todos los pecados, para que por las piadosas oraciones, obtengan el perdón que siempre han deseado».

«Te rogamos, Señor, que aproveche a las almas de tus siervos y siervas la oración de quienes te suplican, para que las liberes de todos sus pecados y las hagas partícipes de tu redención».

Tenemos que amar a todos los hermanos aquí en la tierra, amar al prójimo como a nosotros mismos; y esta caridad, este vínculo de unión no debe romperse con la muerte, al contrario ha de ha-
Pr 1 p. 164 cerse más sobrenatural, más espiritual y hasta más fuerte. | Si rezamos por los difuntos, podemos confiar en que estas almas, que no pueden rezar por sí mismas, rueguen por nosotros. Quien es muy devoto de esas almas puede esperar evitar el purgatorio.

---

[4] Job 19,21: «Piedad, piedad de mí, vosotros, mis amigos».

[5] Oración "Por todos los difuntos", en *Oraciones de la P.S.S.P.*, p. 60.

Recordemos de modo especial a nuestros padres difuntos, y quien los tiene aún vivos puede recordar a los abuelos y antepasados: «Oh Dios, que nos has mandado honrar al padre y a la madre, por tu clemencia ten piedad de las almas de nuestros padres; perdona sus pecados y haz que volvamos a verles en la gloria de la luz eterna».

De ellos hemos recibido la vida temporal: devolvámosles, en lo posible, este beneficio. Procuremos con nuestros sufragios abrirles las puertas del cielo que tanto desean, para que puedan llegar a contemplar a Dios con los santos en el paraíso, y entrar en el gozo eterno que les aguarda.

A los bienhechores, cooperadores y aquellos de quienes hemos recibido bienes materiales o espirituales –maestros, predicadores, confesores...– restituyámosles también, en cuanto podamos, lo que hemos recibido: «Oh Dios, generoso en el perdón y deseoso de la salvación de los hombres, suplicamos a tu clemencia, por intercesión de la bienaventurada María siempre Virgen y de todos los santos, que los hermanos de nuestra Congregación, los parientes y los bienhechores que han dejado ya este mundo alcancen la felicidad eterna».

Entre los difuntos recordemos aún de modo particular a los sacerdotes, que aquí en la tierra tienen | obligaciones tan especiales y deben dar cuenta de las almas que Dios les ha confiado: «Oh Dios, que entre los sacerdotes apóstoles has querido incorporar a estos tus siervos, revistiéndoles de la dignidad sacerdotal, haz, te rogamos, que sean también agregados a su compañía en la eternidad». Pr 1 p. 165

Nuestra confianza está en el crucifijo, en las santísimas llagas del Salvador, en la santa misa. Contemplemos la escena del Calvario: Jesús crucificado, desangrándose, agonizante, y María dolorosa a los pies de la cruz, suplicando al Señor, al Padre celestial, que acepte el sacrificio de su Hijo por toda la humanidad, por todas las almas.

Hoy «fiesta del rosario», recémoslo como de costumbre, pero con la intención particular de que ayude a las almas del purgatorio. Y como muchísimas indulgencias les son aplicables, pongamos ahora la intención de que sirvan para librarlas y aliviarlas.

Recemos el quinto misterio doloroso, estando también nosotros en el Calvario y contemplando aquella escena de dolor, de amor, de redención.

LA JORNADA MISIONERA [1]

El evangelio de este domingo nos induce a pedir al Señor aumento de fe: aumento de fe para nosotros y aumento de fe en el mundo.

La Jornada misionera está dedicada a que el Evangelio alcance a todas las naciones, a cada individuo, a cada familia, y
Pr 1 que inspire las leyes, la escuela, las | ediciones, llegando a ser la
p. 166 regla de todos los hombres y de la humanidad entera. ¡Cuántos pasos hay que dar todavía! Unámonos a las intenciones de la Iglesia en la celebración de esta Jornada misionera.

El Evangelio nos dice: «Jesús llegó de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Ahora bien, había un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Al oír éste que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle y le pidió que bajase y curase a su hijo, que estaba para morirse. Le contestó Jesús: "Como no veáis señales portentosas, no creéis". El funcionario le insistió: "Señor, baja antes que se muera mi chiquillo". Jesús le dijo: "Ponte en camino, que tu hijo vive". Se fió el hombre de las palabras que le dijo Jesús y se puso en camino. Cuando iba ya bajando le encontraron sus siervos, y le dijeron que su chico vivía. Les preguntó a qué hora se había puesto mejor, y ellos le contestaron: "Ayer a la hora séptima se le quitó la fiebre". Cayó en la cuenta el padre de que había sido aquélla la hora en que le había dicho Jesús: "Tu hijo vive", y creyó él con toda su familia» (Jn 4,46-53).

Evidentemente el prodigio está orientado a un fin sobrenatural, es decir, a que aquel hombre y su familia creyeran en Jesucristo. San Gregorio [2] así comenta: «Jesús hizo el milagro que

---

[1] Meditación dictada el domingo 19 de octubre de 1952. – Del *"Diario":* «Terminada la misa, sube al púlpito para dictar la meditación; pero ordena que no se ponga ningún registrador magnético para grabarla. Lástima que tampoco el abajo firmante lograra, por razones de ministerio, tomar los apuntes de esta hermosa meditación sobre la fe que el Primer Maestro hizo a la comunidad». Evidentemente las palabras del predicador fueron recogidas por otros, probablemente por la Maestra Ignacia Balla.

[2] Gregorio Magno (entre 540 y 604), de familia patricia romana, monje y papa desde 590. Padre y doctor de la Iglesia. Organizó la defensa de la Urbe frente a los bárbaros. Reguló el canto litúrgico y escribió notables comentarios a la sagrada Escritura, una *Regla pastoral* y una *Vida de san Benito*.

se le pedía, para dar la vida de la fe al funcionario y a toda su familia».

Este milagro debe contribuir a hacernos crecer en la fe en Jesucristo, por cuya acción hemos sido librados de la fiebre del pecado.

La fe de aquel hombre, el régulo,[3] era imperfecta: | en efecto él exigía la presencia física de Jesucristo; pero Jesús con el milagro le hace ver que estaba ya presente allí, junto al enfermo y ya actuaba. Pr 1 p. 167

Nosotros creemos, pero ciertamente nuestra fe no es aún perfecta. Hemos de pensar que no siempre el Señor concede las gracias que le pedimos para la vida presente. Pero sí concede siempre las gracias espirituales que pedimos, esas o bien otras que él considera más útiles para nuestra alma. Las gracias materiales las concede sólo en cuanto ve que contribuyen al bien de nuestra alma.

La fe nos hace ver la vida en su justo sentido; nos hace creer en el paraíso y nos muestra los medios para alcanzarlo: la oración, la vida buena, la correspondencia a nuestra vocación, el cumplimiento de nuestra misión.

La fe nos hace pensar con miras a la eternidad; nos hace encontrar continuos medios de atesorar para la vida eterna; nos hace entender qué es el sacerdocio, la dignidad y los deberes; qué es el estado religioso, para qué se instituyó y quién lo instituyó.

¡La fe! Ella llena de alegría nuestros días, aunque encontremos en ellos dificultades, tentaciones, lisonjas.

¡La fe! Ella nos hace conocer qué míseras son las palabras de los mundanos y qué preciosa es, en cambio, la ciencia del Evangelio.

Es preciso ponerse ante las verdades eternas, ante la doble eternidad. Vivir de fe significa tener presentes estas grandes verdades y ordenar toda la vida a tal fin.

Hemos de leer y estudiar el catecismo que la Iglesia nos ofrece y creer en él. ¡Fe! Pr 1 p. 168

Fe que nos acompañe en la oración: «Haznos santos». ¡Sí, si tienes fe, te harás santo! El humilde será enaltecido. Pero no pensemos en la exaltación aquí en la tierra, que sería vanidad:

---

[3] Del latín “régulus”, era el representante local del rey o del emperador.

pensemos en la exaltación en el cielo, donde Jesucristo otorgará a nuestras almas los puestos debidos.

Considerémonos pequeños, como lo somos de veras ante el Señor. Tengamos esta santa pequeñez, que nos hace ver lo que somos ante Dios: necesitados de ayuda y de misericordia; y nos hace ser siempre agradecidos a quienes, en las manos de Dios, son instrumentos para iluminarnos, son la sal que nos preserva del pecado y de la corrupción.

Hoy, Jornada misionera, recemos para que el Señor encienda cada vez más en nosotros la llama de la fe; que todos conozcan a Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, y que la Virgen santísima lo muestre a todas las naciones como lo mostró a los pastores, a los magos, y todos le conozcan y le amen.

Hagamos hoy nuestra la petición que nos sugiere el Evangelio: «Señor, yo creo, pero aumenta mi fe» [Mc 9,23].

Nuestra fe ¿es práctica? En este tiempo que nos concede el Señor, ¿vemos un medio para ganarnos el paraíso, para prepararnos una buena eternidad? En los momentos que pasan, ¿procuramos ganar tesoros que durarán eternamente? Hay personas que tienen una fe vaga, que no constituye la guía de sus vidas, ni los principios de sus razonamientos: no la aplican a los casos particulares de la vida.

Pidamos aumento de fe práctica, que nos acompañe a la comunión, a la confesión, en el apostolado y en el estudio.

Pidamos que el Evangelio alcance a cada alma; que las edi-
Pr 1 ciones | se ajusten a él, y en él se inspiren la escuela, las leyes
p. 169 que rigen los pueblos.

Cantemos el *credo,* para obtener aumento de fe, y para que el Evangelio se difunda en todo el mundo y sea aceptado por los hombres.

LA IGLESIA: BANQUETE DEL REY [1]

El evangelio de hoy esta tomado de san Mateo: «De nuevo tomó Jesús la palabra en parábolas: Se parece el reinado de Dios a un rey que celebraba la boda de su hijo. Envió a sus criados para avisar a los que ya estaban convidados a la boda, pero éstos no quisieron acudir. Volvió a enviar criados, encargándoles que les dijeran: "Tengo preparado el banquete, he matado los terneros y los cebones y todo está a punto. Venid a la boda". Pero los convidados no hicieron caso: uno se marchó a su finca, otro a sus negocios, los demás echaron mano de los criados y les maltrataron hasta matarles. El rey montó en cólera y envió tropas que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a su ciudad. Luego dijo a sus criados: "La boda está preparada, pero los que estaban convidados no se lo merecían. Id ahora a las salidas de los caminos, y a todos los que encontréis invitadles a la boda". Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando entró el rey a ver a los comensales, reparó en uno que no iba vestido de | fiesta, y le dijo: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?". El otro no despegó los labios. Entonces el rey dijo a los sirvientes: "Atadle de pies y manos y arrojadle fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque hay más llamados que escogidos"» (Mt 22,1-14).

Pr 1
p. 170

En este evangelio está claramente figurada la Iglesia. Hemos de pedir al Señor que la Iglesia sea amada, sea conocida, se difunda por el mundo entero y recoja en su seno a toda la humanidad, para que se haga de todo el mundo un sólo rebaño y un solo pastor [cf. Jn 10,16], una sola escuela, la de Jesucristo, para reunirnos un día todos juntos en la Iglesia perfecta, allá en el cielo.

Al final de la misa, se nos hace rezar la oración compuesta por León XIII para pedir la exaltación y la libertad de la Iglesia; que sea conocida y considerada como la sociedad perfecta [2] instituida por Jesucristo para llevar a los hombres a la salvación.

---

[1] Meditación dictada el miércoles 22 de octubre de 1952.

[2] "Sociedad perfecta" era la expresión canónica (jurídica), para indicar el carácter propio de las sociedades "sui juris", completas y autónomas en sí mismas.

¡Que tenga libertad la Iglesia! Es doloroso el que en ningún siglo hayan faltado las persecuciones. Tampoco faltan hoy. También en estos días han sido condenados a muerte algunos sacerdotes y un obispo, con la única culpa de ser fieles a la Iglesia católica, y de procurar la salvación de las almas; por haber cumplido, pues, el propio deber sacrosanto ante Dios. La época de los mártires no se cierra. Cada mártir derrama la sangre por la Iglesia: sangre de la que nacerán otros cristianos, como de una semilla escogida.[3]

San Gregorio [Magno] dice: "Dios Padre ha celebrado la boda de su Hijo cuando le unió con la naturaleza humana, en el seno de la Virgen, y la celebró especialmente cuando, por me-
Pr 1 dio | de la encarnación, le unió a su santa Iglesia. Esta es la bo-
p. 171 da: la unión con la Iglesia".

El rey mandó a los apóstoles por todo el mundo a invitar primero a los hebreos y luego a todos los hombres a entrar en la Iglesia. Pero cuando el señor envió los siervos a invitarles a la boda, ¿qué pasó? Unos no quisieron ir; otros no hicieron caso de la invitación; y otros ultrajaron y mataron a los siervos. ¡Esa ha sido la correspondencia a la invitación de Dios! Los más ingratos, los primeros en ser ingratos, fueron los hebreos, que prohibieron a los apóstoles hablar y les flagelaron. Pero les cayó encima el castigo.

También hoy muchos rehúsan la invitación de Dios o permanecen indiferentes, como si hablar a los hombres de la propia salvación fuera una cosa inútil o sin interés. Hablamos de lo que es más necesario, o sea de la salvación eterna, del paraíso, de la felicidad a la que todos aspiran... ¡y los hombres marran a menudo el objeto, creyendo encontrar la felicidad en los bienes de la tierra, en los honores, en los placeres: se equivocan!

Como los hebreos, en gran parte, rehusaron acoger la invitación, entonces dijo el rey: "Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos los que encontréis invitadles a la boda". Y los apóstoles se dirigieron a los gentiles, fueron por todas las naciones e innumerables paganos entraron en la Iglesia a formar el nuevo pueblo de Dios.

Pr 1 ¡Cuántos hijos acoge hoy la Iglesia, | como una clueca a los
p. 172 polluelos bajo sus alas! Les defiende y les nutre. ¡Dichosos

[3] Cf. la célebre afirmación de Tertuliano (hacia 160-220, apologista cristiano de Cartago): «*Sanguis mártyrum semen est christianorum* – La sangre de los mártires es semilla de cristianos» (*Apologético,* 50,13).

quienes se sientan al banquete divino, preparado por la Iglesia! Es el banquete eucarístico, el banquete de la verdad que se predica, que nutre el espíritu; es el banquete de la virtud, o sea de la santidad a la que todos los hombres están invitados, pues todos son llamados al cielo.

«Este es mi alimento: hacer la voluntad de Dios» [cf. Jn 4,34]. Alimento sublime, del que se nutrió el Hijo de Dios; alimento fuerte, del que debemos nutrirnos nosotros: la voluntad de Dios. Este es el alimento que prefirió Jesucristo: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis... Para mí es alimento realizar el designio del que me envió» [cf. Jn 4,32.34].

Pero no siempre en la Iglesia somos todos fieles, todos santos. Desafortunadamente, junto a almas elegidas, hay otras que no corresponden a la invitación de la Iglesia. Ésta es siempre un gran campo donde crece el buen grano y crece también la cizaña. Hoy tenemos aquí en Roma una representación maravillosa de hombres que son de veras el buen grano en la Iglesia de Dios. ¡Pero cuántos están ausentes y cuántos siembran incluso escarnios y burlas! Dichosos los fuertes, porque les aguarda una gran corona. Un día se separará el buen grano de la cizaña.

Y he aquí que, habiendo salido los siervos, reunieron a cuantos encontraron, buenos y malos, llenándose así de invitados la sala de bodas. «Cuando entró el rey a ver a los comensales, reparó en uno que no iba vestido de fiesta... Y dijo a los sirvientes: “Atadle de pies y manos y arrojadle fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque hay más llamados que escogidos”».

No todos los miembros de la Iglesia son verdaderamente santos. Pertenecen materialmente al cuerpo de la Iglesia, pero no a su alma. Y no reciben de la Iglesia el alimento que ella da a sus hijos fieles. Pr 1 p. 173

¿Cuál será nuestra conclusión? La primera conclusión es clara: amar a la Iglesia, seguir a la Iglesia. No debemos maravillarnos de que alguno no persevere en sus deberes. Siempre ha sido así; pero también es verdad que los hombres pasan a la otra orilla, y allí se hará una selección: habrá quienes se salven y quienes se pierdan. ¿Quién es el sabio? El que se decanta entre los pocos, entre quienes toman un camino de espinas e incluso en cuesta, pero que lleva al paraíso.

Pensemos en nosotros mismos, en nuestro interés; no miremos quién va por la derecha y quién por la izquierda. Miremos a Dios, miremos al paraíso, con constancia, para caminar llevando nuestra pequeña cruz, como la llevó Jesucristo, que ahora se sienta a la derecha del Padre y está recogiendo de todas las partes del mundo a sus ovejas fieles, para formar allá arriba el reino eterno y entregárselo al Padre.

Tenemos que orar por la Iglesia, orar por el Papa, orar por el episcopado, orar por los religiosos, orar por el clero, orar por todos los fieles, especialmente por los padres de familia y por los jóvenes. ¡Orar, orar!

Recemos en particular por las regiones que en este tiempo están sometidas a persecución.[4] Un gran ejemplo: san Pedro había sido encarcelado, y se pensaba en su martirio; pero toda la Iglesia no cesaba de rezar por él. E inesperadamente un ángel vino del cielo, soltó las cadenas a Pedro y las puertas | de la prisión se abrieron. Él salió creyendo que estaba soñando, ¡pero estaba libre! Fue a llamar a la puerta de la casa donde estaban congregados los fieles, orando por él. Y se difundió el anuncio: «¡Pedro está a salvo!» [cf. He 12,7-14].

Pr 1
p. 174

No sabemos lo que nos preparan los tiempos cercanos; nosotros cumplamos nuestro deber: *«Sine intermissione orate»*,[5] recemos sin parar. Y dejemos a Dios determinar el tiempo en que librará a su Iglesia; dejemos las cosas en las manos de Dios.

Particularmente recemos siempre bien los *oremus* que el sacerdote recita al final de la misa. Hagamos nuestras todas las intenciones que tenía León XIII cuando estableció que se dijeran estos dos *oremus.* Eran tiempos dificilísimos: parecía que la masonería tuviera las de ganar. Pero cuando viene la hora de Dios, Dios es omnipotente. ¿Qué será de sus enemigos?

Hemos de orar también por los enemigos de la Iglesia, orar por todos para que todos se salven.

Amemos, pues a la Iglesia, sigámosla y oremos por ella. Vamos a rezar bien el “Pacto”, nosotros que estamos llamados a trabajar con la Iglesia y por la Iglesia.

---

[4] Aludía especialmente a China, de donde habían apenas vuelto dos sacerdotes paulinos, PP. Bertino y Canavero, sometidos a tortura antes de ser expulsados.

[5] Ef 6,18: «No perdáis ocasión de orar».

EL PERDÓN DE LAS OFENSAS [1]

Hoy es la fiesta de Jesucristo Rey. El reino de Jesucristo es un reino de verdad, de santidad, de bondad, de caridad. En esta meditación vamos a pedir la caridad recíproca y, más en particular, nos fijaremos en el punto indicado por el Evangelio: el perdón de las ofensas.

Nuestro Señor Jesucristo conquista las almas, las une a sí, las hace entrar en su reino, ante todo perdonando el pecado, mediante el bautismo que limpia de pecado original, y mediante la confesión que introduce al alma en el espíritu del reino. De él hemos de aprender justamente el perdón a quienes nos hubieran causado disgusto o hubieran cometido contra nosotros alguna falta. ¡Son tan ligeras las ofensas recibidas de los hermanos, y tan graves, en cambio los pecados cometidos por nosotros contra Dios, que debe sernos bien fácil, si razonamos, perdonar a los hermanos sus deudas! Pr 1 p. 175

Jesucristo Rey, al final del mundo, nos juzgará: juzgará a todos los hombres. Él ciertamente, antes de aquel día, perdonará nuestros pecados, si nosotros habremos perdonado de corazón a quien nos haya ofendido, como decimos en el padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido». Y luego, en el juicio universal, Jesucristo dirigirá a los elegidos palabras de consuelo con este significado: «Venid, benditos, al reino de mi Padre, porque habéis sido caritativos con los hermanos»; mientras que a los malos les dirá: «Apartaos, malditos, al fuego eterno, porque no habéis tenido caridad con los hermanos» [cf. Mt 25,34.41].

Hay que hacer obras de caridad; pero la obra de caridad que debe preceder a todas las demás es precisamente el perdonar.

En la convivencia diaria sucede que alguna vez uno puede causar disgusto a otro; incluso sin malicia se dan descuidos recíprocos. ¡Hay que perdonar! Quien quiere confesarse y obtener el perdón de sus pecados, antes tiene que pensar si él mismo ha perdonado. El que abriga en el corazón la desconfianza, el odio, el | espíritu de venganza, ¿cómo podrá ser perdonado por Dios? Pr 1 p. 176

[1] Meditación dictada el domingo 26 de octubre de 1952.

Tenemos el ejemplo del Maestro divino: «Como cordero era llevado a la muerte» [Is 53,7]. Un cordero inocente, que no regutía: callaba ante quienes le flagelaban, le coronaban de espinas, le clavaban en la cruz. Y cuando fue levantado a vista de todos en el Calvario, la primera petición que hizo fue esta: «Padre, perdónales, que no saben lo que están haciendo» [Lc 23,34].

Sí, su primera oración fue por quienes le habían insultado y seguían insultándole; por quienes le habían condenado y trataban de hacerle más amargas las últimas horas.

La razón por la que debemos perdonar resulta bien clara en el Evangelio, donde se habla del siervo despiadado con su compañero que le debía una suma muy pequeña. Consideremos la gravedad del mal que es el pecado en orden a Dios. Esta rebelión, esta injuria que es el pecado, esta desobediencia, esta ingratitud, ¿sabemos medirla, comprenderla del todo? ¿Quién entiende del todo el mal que es un pecado? Aun tratándose de esas culpas que llamamos veniales, sabemos que son siempre mucho más graves de cuanto pueda serlo la ofensa de un compañero, de un hombre con nosotros, pues entre nosotros y Dios la distancia es infinita, mientras entre nosotros y el hermano la distancia es bien poca. ¡Cuántas veces, incluso, somos inferiores, porque tal vez el compañero, el hermano es más santo que nosotros!

Si deseamos, pues, el perdón de Dios, seamos buenos, perdonemos de corazón; diversamente tampoco nuestro Padre celestial nos perdonará nuestros pecados.

Pr 1 p. 177

Hay personas que perdonan a regañadientes, que no quieren recibir la absolución porque a toda costa se niegan a perdonar. A veces, resisten aun estando a punto de morir. No quieren oír hablar de perdón, rehúsan hasta recibir y hablar con quienes les disgustaron, aun habiendo siendo ellos mismos los ofensores. ¿Cómo pueden ser perdonadas tales personas? En determinadas condiciones no se les puede dar ni la absolución. Si en cambio queremos incluso la absolución de las penas del purgatorio, ¡perdonemos de corazón a quien nos ha ofendido!

Hay personas que no sólo perdonan, sino que demuestran mayor benevolencia, más amplitud, más bondad con quienes les han procurado disgustos o sinsabores. Hay personas que no sólo rezan por quien las ha ofendido, sino que quieren favorecerle y buscan las ocasiones para mostrar que lo han olvidado todo.

Hay personas todavía más delicadas, pues ni siquiera hacen ver que han recibido un disgusto, o muestran no haber captado el ánimo malévolo de quien ha procurado hacerles daño. ¿No hizo así Jesús con san Pedro, cuyo pecado debió haberle herido en lo hondo del corazón? ¿Cómo trató a san Pedro el Maestro divino? ¿No se contentó quizás con la triple confesión de amor, sin recordarle su fallo?

¿Somos de veras buenos, buenos en nuestros juicios, en dictaminar al hermano, incluso cuando nos ha disgustado? El Señor multiplica las gracias en quien ha sabido perdonar: éste halla fácilmente el camino, la ayuda divina, para hacerse más santo. A veces, el perdón de una ofensa cuesta mucho; pero si el alma sabe superarse, sabe perdonar, el Señor le abre los tesoros de su gracia y de su misericordia.

Es, por tanto, interés nuestro el perdonar. Si aquel siervo, que era un gran deudor, hubiera perdonado, habría obtenido la cancelación de su deuda, no se hubiera hablado más de ella. En cambio, habiéndose mostrado tan duro con su compañero, recibió el reproche del rey: «"¡Miserable! Cuando me suplicaste, te perdoné toda aquella deuda. ¿No era tu deber tener también compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?". Y su señor, indignado, le entregó a los verdugos hasta que pagara toda su deuda» (cf. Mt 18,33-34). Pr 1 p. 178

Examen. ¿Hemos sabido perdonar a quienes nos han ofendido? ¿Hemos disimulado el disgusto recibido, casi mostrando no habernos dado cuenta? ¿O al menos hemos sido atentos en conceder el perdón, respondiendo bien, cuando quien nos ofendió vino a pedirnos perdón? ¿Y hemos procurado hacerle más amigo? ¿Hemos rezado por él? ¿Hemos aprovechado las ocasiones para favorecerle, para ayudarle?

Al ir a la comunión, si recordamos que el hermano tiene algo contra nosotros, debemos antes reconciliarnos con él. Al ir a confesarnos, debemos pensar que Jesús nos perdonará como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido.

Canto: *«Ubi cáritas et ámor, Deus ibi est»*.[2]

---

[2] «Donde hay caridad y amor, allí está Dios», antífona en la celebración eucarística *in Cœna Dómini* del Jueves santo.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS [1]

La Iglesia nos hace considerar hoy, en una magnífica visión, el paraíso, donde Jesucristo reina con sus elegidos. Hoy es la
Pr 1 fiesta de todos los | santos, y por ello el introito nos invita a la
p. 179 alegría: *«Gaudeamus omnes in Dómino diem festum celebrantes sub honore Sanctorum omnium; de quorum solemnitate gaudent ángeli, et collaudant Filium Dei. Exsultate, justi, in Dómino...»*.[2]

Antiguamente, a todos los dioses paganos se les había dedicado el Panteón, que luego fue transformado en templo cristiano dedicado a todos los santos: primero a María Sma. y a todos los mártires, después a María Sma. y a todos los santos. Esta fiesta la fijó el papa san Gregorio VII [3] el 1 de noviembre.

La visión del cielo y de todos los santos la describió san Juan en el Apocalipsis: nos hace ver a los siervos de Dios marcados con un sello particular. Primero recuerda a los marcados de las doce tribus de Israel (cf. Ap 7,4), y luego pasa a recordar todos los santos del paraíso: «Después, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con voz potente: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero"...» (Ap 7,9-12).

Pr 1 El Cordero inmaculado es Jesucristo, sacerdote | eterno. No
p. 180 es diverso el sacerdocio que consideramos en Jesucristo, en el cielo, del sacerdocio que consideramos en la tierra: sacerdocio de Jesucristo representado por sus ministros. Y tampoco es diversa sustancialmente la misa que celebran los sacerdotes en el altar, de la que celebra, eternamente, Jesucristo, sumo sacerdo-

---

[1] Meditación dictada el sábado 1 de noviembre de 1952.

[2] «Alegrémonos todos en el Señor al celebrar este día de fiesta en honor de todos los santos. Los ángeles se alegran de esta solemnidad y alaban a una al Hijo de Dios», antífona, a la que se enlaza el comienzo del salmo 32: «Aclamad, justos, al Señor...».

[3] Gregorio VII (1020-1085): Hildebrando de Soana, benedictino del monasterio romano de Santa María en el Aventino, papa desde 1073, fue un enérgico reformador del clero y resistió a las injerencias del emperador Enrique IV en la lucha de las investiduras. Murió desterrado en Salerno, en cuya catedral está sepultado.

te, en el cielo con todos los santos y todos los ángeles unidos a él. Allí, por medio del Cordero se le rinde a Dios sempiternamente una adoración digna, un agradecimiento digno, una satisfacción digna, una súplica digna.

También esta mañana, considerando la solemnidad de esta misa, durante la cual todos vosotros rodeabais el altar y os acercabais para recibir al Cordero inmaculado, pensaba yo en la misma liturgia, solemnísima, que se celebra en el paraíso, hoy, con gozo especial de todos los santos, con el triunfo de todos los apóstoles, los mártires, los patriarcas, los profetas, los confesores, los vírgenes y cuantos están en el cielo: también nuestros parientes, los fieles, nuestros parroquianos y los justos de toda la tierra. Su número, asegura san Juan, es incontable.

Dice en efecto el himno de vísperas, describiendo el majestuoso cortejo del cielo: «Se compone de todos los que aquí han despegado el corazón de los bienes de la tierra, de quienes fueron mansos, afligidos, justos, misericordiosos, puros, pacíficos frente a las persecuciones».

Con una sola palabra, "bienaventurados", cantamos nosotros a la Virgen y todos los coros de los santos. Por eso entre los pasos del Evangelio, se ha elegido para esta fiesta precisamente el de las bienaventuranzas (Mt 5,1-12).

En dicho paso del Evangelio, primero son declarados dichosos quienes practican la pobreza, | los que aman esta virtud, practican este voto, viven con el corazón despegado de los bienes de la tierra. Pr 1 p. 181

Después son declarados dichosos los sometidos, o sea los mansos «porque poseerán la tierra». Con la palabra "tierra", según algunos, se indica aquí el paraíso, la tierra celeste y feliz; según otros, se indica el corazón de los hombres, pues los mansos se ganan la amistad y la benevolencia de los hombres.

En tercer lugar son declarados dichosos los que sufren, «porque van a recibir el consuelo», o sea quienes lloran sus pecados, quienes viven en medio de sufrimientos y ofrecen todas sus penas al Señor.

Luego son declarados dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, «porque van a ser saciados». Y ya lo están en el paraíso, pues allí en el reino de la justicia, ellos que la amaron, es decir que hicieron la voluntad de Dios, respetando a éste, al pró-

jimo y a sí mismos, ya tienen ahora el premio. Su hambre ha quedado saciada y su sed apagada. Dichosos quienes quieren de veras hacerse santos, ellos son los que tienen hambre de justicia.

«Dichosos los que prestan ayuda (son misericordiosos), porque van a recibir ayuda (encontrarán misericordia)». Igual que el Señor nos perdona los pecados, así nosotros debemos perdonar a nuestro prójimo; y como perdonamos a nuestro prójimo, así nos perdonará el Señor. ¡Todos tenemos necesidad de misericordia! El orgullo nos hace considerar nuestros méritos, pero el orgullo es ignorancia; el sabio es siempre humilde.

«Dichosos los limpios de corazón, porque ésos van a ver a Dios». Su ojo ha sido puro, su corazón ha sido puro; su mente ha sido pura, y por ello ahora su corazón goza de Dios, sus ojos se fijan en Dios.

Pr 1 p. 182

«Dichosos los que trabajan por la paz, porque a ésos les va a llamar Dios hijos suyos». Dios es el autor y dador de la paz; Jesucristo mismo es llamado «rey pacífico», porque donde reina él reina su justicia y allí reina la paz. Cuando un alma ama a Jesucristo, vive en paz: en paz con Dios, en paz consigo misma, en paz con el prójimo.

«Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque ésos tienen a Dios por rey». No quiere decirse que cualquier perseguido sea dichoso, pues entonces lo serían los ladrones buscados por la policía. Muchos sufren contradicción, pero son dichosos sólo los perseguidos por su amor a la justicia.

Dichosos quienes hoy sufren persecuciones en muchas partes del mundo, encadenados, prisioneros, exiliados. Estos soportan tantas penas por amor a la justicia; son dichosos, y en el cielo les aguarda una gran gloria.

«Dichosos vosotros –dice Jesús– cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, que grande es la recompensa que Dios os da». Sí, cada vez que hacemos el bien, aunque se den malas interpretaciones, debemos considerarnos de veras dichosos.

En el paraíso entre las legiones de santos y de mártires, los perseguidos muestran sus vestiduras ensangrentadas y sus palmas victoriosas.

Bueno, quizás no tengamos grandes sufrimientos, pero también los pequeños con la paciencia habitual, pueden hacernos santos.

Dirijamos ahora el pensamiento a cuantos están ya en el paraíso, y con la Iglesia supliquemos diciendo: «Te rogamos, Señor, que concedas a tus fieles venerar siempre con gozo a todos los santos y ser protegidos por su intercesión».

Que todos los apóstoles rueguen por nosotros y nos obtengan el celo; rueguen por nosotros los mártires y nos obtengan la paciencia; rueguen por nosotros los confesores y nos obtengan las virtudes cristianas y religiosas. Rueguen por nosotros los vírgenes y nos obtengan el horror al pecado, la delicadeza en el hablar, la delicadeza del corazón; rueguen por nosotros todos los santos para que no fallemos de camino en la tierra y caminemos derechos hacia la bienaventuranza celestial, la celeste Jerusalén, la Ciudad de los Santos. Pr 1 p. 183

Examinémonos. ¿Nos mantenemos de veras en el camino que siguieron los santos? ¿Practicamos el celo de los apóstoles, la paciencia de los mártires? ¿Practicamos las virtudes religiosas, las virtudes de los santos religiosos? ¿Practicamos las virtudes cristianas de los hombres que observaron bien la ley de Dios, huyeron del pecado, frecuentaron los sacramentos y acumularon tesoros de méritos en los días de su vida?

Propósito. *Secreto del éxito.*

LA IGLESIA: SEMILLA EN CRECIMIENTO [1]

El evangelio de hoy nos induce a rezar por dos intenciones: 1) por la difusión del reino de Dios, que es la Iglesia; 2) para que la palabra de Dios produzca en nuestros corazones frutos abundantes y siempre saquemos de las meditaciones y lecturas espirituales frutos de santidad.

Pr 1
p. 184

Dice el Evangelio: «Les propuso otra parábola: "Se parece el reino de Dios al grano de mostaza que un hombre sembró en su campo; siendo la más pequeña de las semillas, cuando crece sale por encima de las hortalizas y se hace un árbol, hasta el punto que vienen los pájaros a anidar en sus ramas". Les dijo otra parábola: "Se parece el reino de Dios a la levadura que metió una mujer en medio quintal de harina; todo acabó por fermentar". Todo esto se lo expuso Jesús a las multitudes en parábolas; sin parábolas no les exponía nada, para que se cumpliese el oráculo del profeta: "Abriré mis labios para decir parábolas, proclamaré cosas escondidas desde que empezó el mundo"» (Mt 13,31-35).

Tenemos aquí la figura de la Iglesia, que creció a partir de una humilde predicación y se extendió a todas las partes del mundo.

La predicación del Evangelio ha sido humilde. En apariencia los hombres no veían en Jesús más que al hijo del carpintero, le veían en actitud sencilla, en su modo de vestir, en su modo de hablar; humildísimo en la conducta, en la práctica de toda la vida. Siempre paciente, siempre pronto a tratar con los pequeños y «a dar la buena noticia a los pobres» [Lc 4,18], mientras, al contrario, los filósofos hablaban con afectación, con elevados discursos, haciendo razonamientos incomprensibles y adoptando actitudes y posiciones de doctores y maestros.

Fue pues la predicación del Evangelio una semilla lanzada en el campo humildemente; más aún, según la parábola, fue la más pequeña de las semillas. Y sin embargo creció hasta hacerse un gran árbol.

El Evangelio se dilató por todas las partes del mundo, y hoy encontramos a la Iglesia extendida en toda la redondez de la tierra, de modo que los hombres vienen | a ella, se reúnen a su alrededor y son instruidos, guiados y santificados por ella.

Pr 1
p. 185

[1] Meditación dictada el domingo 16 de noviembre de 1952.

A cualquier parte que vayamos, en África, en Europa, en Asia, en América, en Australia, hallamos iglesias y campanarios, y entrando en ellas encontramos un sacerdote que predica doquier la misma doctrina. Descubrimos los mismos ritos, la misma liturgia; en todas partes damos con ministros de Dios que guían las almas a la salvación, primero las santifican con el bautismo y luego las encarrilan por el camino de la virtud, de la observancia de los mandamientos de Dios, las conducen hasta el paraíso. Entendemos así la palabra: «He venido para que tengan vida en abundancia» [Jn 10,10].

Esta Iglesia bien organizada, con el Papa a la cabeza, el colegio de los cardenales, el episcopado, el clero y todos los fieles, es una sociedad maravillosa, incluso ante el mundo, y por ello despierta las envidias de los malos, de quienes quieren exponer al mundo doctrinas nuevas... que no salvan. De consecuencia, es combatida; pero al paso que en cada siglo se la persigue, en cada siglo también logra sus triunfos.

Oremos por la Iglesia, especialmente para que sean muchos los ministros de Dios y estén llenos de fe, de celo, y prediquen siempre con mayor eficacia la divina palabra, de manera que el reino de Dios se extienda cada vez más.

La segunda parábola lleva a considerar el fruto que el Evangelio bien meditado produce en un alma, comparándolo a la levadura que una mujer mezcla con la harina para que haga fermentar toda la masa.

Cuando se medita bien, como dice el *oremus* de hoy, "meditando siempre cosas razonables",[2] se | forman en nosotros hon- Pr 1
dos principios de fe, que dominan la mente y guían todo razo- p. 186
namiento, todo deseo, todo programa de vida.

Hay personas que hablan siempre según la fe, porque siempre piensan conformemente a ella. Ahí están los grandes pensadores cristianos, que nos han dejado en sus volúmenes las convicciones, razonamientos y escritos encaminados todos a la defensa de la religión, de las verdades de fe, de la Iglesia. En particular están los doctores de la Iglesia: sus volúmenes, llenos de sabiduría celeste, son comentarios al Evangelio. Los principios

[2] En el texto latino: *«semper rationabilia meditantes»*.

del Evangelio se desarrollaron en sus mentes y produjeron frutos maravillosos de pensamiento.

El Evangelio bien meditado lleva a la práctica de las virtudes cristianas. Ahí están los santos, los vírgenes; y los mártires, los confesores; o sea quienes, no contentándose con seguir el Evangelio en sus preceptos, quieren seguirlo también en sus consejos. He ahí la vida religiosa, fruto de la meditación del Evangelio, de la doctrina enseñada por la Iglesia. Hombres heroicos, llenos de celo, hombres que se han distinguido en toda clase de virtud: en la caridad con Dios, en la caridad con el prójimo, en la observancia de la justicia, en la obediencia, en la humildad... dando frutos maravillosos.

¿Qué religión, qué doctrina ha traído tales frutos y ha formado hombres tan virtuosos?

Aún más: el Evangelio bien meditado, la doctrina de la Iglesia bien considerada producen en nosotros un aumento de gracia; nos llevan a aprovecharnos de los sacramentos, nos llevan a la devoción eucarística (misa, comunión, visita), a la devoción mariana y, mediante ésta, a una unión íntima con Jesús.

Pr 1 p. 187 Y, en fin, el | gran fruto de la meditación del Evangelio, de la meditación sobre la doctrina de la Iglesia, es el paraíso, la eterna felicidad.

Las doctrinas comunes de los diversos partidos, de las varias ideologías de las escuelas aportan fruto para la vida presente (cuando lo aportan, y no sucede que arruinen la vida social y familiar); pero la doctrina de Jesucristo nos lleva a vivir rectamente en la tierra y a ser eternamente felices en el cielo: ¡este es el gran fruto que ella produce! Es una doctrina que salva. Entendemos, pues, cada vez mejor: *«Hæc est vita æterna: ut cognoscant te et quem misisti, Jesum Christum»*.[3]

Preguntémonos: ¿hacemos bien la meditación? ¿Sacamos cada día frutos, o sea propósitos, convicciones siempre más profundas, espíritu de fe crecientemente nutrido? ¿Llegamos cada vez más a detestar el pecado y amar al Señor? ¿Recordamos a lo largo del día la palabra que se nos predicó? ¿Refrescamos los propósitos de la mañana? ¿Amamos la lectura de la Biblia, par-

[3] Jn 17,3: «Esta es la vida definitiva, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, conociendo a tu enviado, Jesucristo».

ticularmente del Evangelio? Nuestros estudios preferidos ¿son los estudios sagrados? ¿Qué amor tenemos al catecismo, y cómo lo estudiamos? Cuando tenemos la gracia de poder completar mejor nuestra instrucción religiosa, ¿le dedicamos el tiempo disponible, de corazón, con aplicación, con gozo, con agradecimiento a Dios por habernos llamado a la fe y reservado para nosotros estudios tan elevados? ¡Teología, la ciencia de Dios; no la humana, sino la que el Hijo de Dios nos ha traído del cielo!

Recemos el acto de dolor para pedir perdón por la negligencia que algunas veces ha habido a este respecto. Hagamos nuestros propósitos. Y para observarlos, recemos con gran fe el "Secreto del éxito".

Pr 1
p. 188

LA PIEDAD COMÚN [1]

El tiempo después de Pentecostés está destinado especialmente a hacernos considerar las enseñanzas que Jesús dejó a los hombres antes de subir al cielo, y los medios de salvación y de gracia que él instituyó para nosotros.

Así pues, este tiempo nos debe impulsar a seguir a Jesús Camino, Verdad y Vida.

Luego, al comenzar el Adviento, nos pondremos de nuevo a pedir al Padre celeste que envíe el Salvador a la tierra y honraremos, a este Salvador, cuando aparezca en medio de nosotros en el ciclo navideño, y consideraremos su vida privada y pública, y después su vida dolorosa y gloriosa, para permanecer en su escuela sacando provecho de toda esa doctrina que él nos ha traído del cielo.

Nos encontramos, pues, como un joven que quiere aprender y que sigue sus horas de clase, en las que el maestro le comunica la ciencia. Sucesivamente el joven tiene que memorizar la lección escuchada, hacer sus aplicaciones con los ejercicios y temas que desarrollar o los problemas que resolver, con el fin de hacer propia la ciencia del maestro. Así es la gran escuela que ha establecido en la tierra el Padre celeste mediante su Hijo, de quien dijo: «Este es mi Hijo, el amado, escuchadle» [Mt 17,5]. Y entonces, por nuestra parte, podemos ser maestros de la misma doctrina que Jesús ha traído del cielo.

Sobre este evangelio y el del próximo domingo podremos
Pr 1
p. 189 entretenernos con ocasión | del retiro mensual. Ahora vamos a detenernos en otro argumento, el aparecido en el *San Paolo* de diciembre,[2] o sea la piedad en común. Es un tema que afecta a todos, y por ello conviene que lo consideremos aquí, estando todos reunidos.

Tenemos que agradecer al Señor, que ha querido darnos una piedad proveniente del espíritu de la Iglesia, más aún, del Espí-

---

[1] Meditación dictada el domingo 23 de noviembre de 1952.

[2] El número del boletín *San Paolo* de diciembre de 1952 es en realidad un documento circular “reservado a los sacerdotes”, fechado el 20 de noviembre, con indicaciones y citas canónicas sobre el ministerio de los sacramentos, sobre la formación espiritual de los jóvenes y sobre las condiciones para la admisión de los candidatos. El discurso sobre la piedad se alude en varios contextos y constituye el hilo conductor.

ritu del Maestro divino. Jesucristo y la Iglesia son como una cosa sola, pues la Iglesia es el Cuerpo místico de Jesucristo.

Las prácticas de piedad no hemos de considerarlas como una cosa que se debe hacer en un determinado tiempo y luego se deja aparte. No, las prácticas de piedad son para producir en nosotros un aumento de virtud y hacernos vivir la vida religiosa paulina. Están, pues, íntimamente conectadas al trabajo espiritual, en el cual la enmienda de los defectos y el trabajo de conquista de las virtudes forman una cosa única.

Tenemos el medio y el fin: el medio, es decir, la meditación, el examen, la misa, la visita, etc.; y el fin: vivir de fe, salvarnos con la esperanza, vivir más íntimamente unidos a Jesucristo; adquirir las virtudes religiosas de la obediencia, pobreza y castidad, las virtudes morales de la paciencia, de la humildad y formarnos verdaderamente según nuestra vocación, como auténticos Paulinos y Paulinas.

Tenemos que agradecer al Señor, que ha estado grande en beneficios con nosotros. Hay quienes no comprenden suficientemente los grandes beneficios que reciben en la San Pablo.[3] Acostumbrados a comer este pan común del espíritu, del corazón, de la mente, ya no le hacen caso. Se entenderá al momento de morir, se comprenderá en la eternidad; pero si somos sensatos y juiciosos, debemos ya ahora apreciar | la gracia de Dios, los bene- Pr 1
ficios inmensos que se reciben aquí en la San Pablo. Igual que ya p. 190
no se hace caso del sol que sale cada mañana, porque estamos acostumbrados a él, así sucede con las gracias más grandes que el Señor concede especialmente cuando uno está en formación.

Cantemos el *«O Vía, Vita, Véritas...»* para entender el gran beneficio recibido del Señor con este espíritu de piedad, que es completo, o sea que procede de Jesucristo Camino, Verdad y Vida; y al mismo tiempo para comprender que las prácticas están ordenadas a la vida, a la vida religiosa. Por esto en el *Libro de las Oraciones* no hay sólo fórmulas y prácticas, sino también introducciones que sirven para explicar qué hemos de pedir, cuáles son los fines por los que cumplimos las prácticas de piedad, y las intenciones que en ellas debemos tener.

Para comprender el espíritu de piedad paulina, es necesario reflexionar sobre lo que dicen las Constituciones, a saber: «ordenar la propia vida, en la vida común, a norma de los sagrados

[3] Aquí “San Pablo” está por “Pía Sociedad de San Pablo”.

cánones y de las presentes Constituciones».[4] El Instituto debe tener una piedad de un color preciso, uniforme doquier. De la uniformidad de tal color provienen importantes consecuencias para la uniformidad del espíritu paulino: en el pensamiento, en los sentimientos, en el apostolado, en la observancia religiosa, en la disciplina, en los mismos estudios.

Por tanto hay que dar gran importancia a la oración común con las fórmulas comunes. Los métodos particulares, las varias espiritualidades, las formas de oración demasiado particulares, acaban por resquebrajar la unidad, esa unidad que debe ser el bien sumo en el Instituto, consistente en la unidad de pensa-
Pr 1 miento, unidad de acción y de espíritu, unidad de | piedad, de
p. 191 donde todos cosechen los frutos de la vida común, obtengan los méritos que se pueden adquirir en esta vida y un día consigan de veras la particular gloria reservada a quien se consagra a Dios parar darse enteramente a él y vivir con él, en un solo espíritu, en una Congregación, en una sociedad aprobada por la Iglesia como apta para santificar a los miembros y para ejercer un apostolado propio, útil a las almas.

Remontémonos a lo alto; algo hay que sacrificar, pero una vez que nos damos a Dios, ya no debemos retomar el don, no debemos volver a vivir para nosotros sino para Dios, todos juntos.

Y bien, esta es gracia importante y fundamental, precisamente por los bienes que produce, los que hemos dicho, y por la consecución de los dos fines principales del Instituto: nuestra santificación y el apostolado. Y de consecuencia, la consecución de la felicidad eterna que el Señor tiene reservada a todos los Paulinos y Paulinas fieles.

Hemos dado nuestra palabra; estamos seguros de que esta palabra Dios la ha aceptado y que él, a su vez, será fiel. «Los que me habéis seguido recibiréis cien veces más» [cf. Mt 19,29].

Recemos ahora la coronita a san Pablo, para que él nos obtenga la gracia de comprender el gran beneficio de la oración común, hecha con verdadero espíritu, y el beneficio de las fórmulas comunes. Y luego pasemos la jornada de hoy en espíritu de agradecimiento al Señor por habernos dado un espíritu de piedad tan completa.

---

[4] *Constituciones de la Pía Sociedad de San Pablo,* ed. 1952, art. 1.

PREDICACIÓN
DEL PRIMER MAESTRO

II.

A las Familias Paulinas

(Noviembre de 1952 – Diciembre de 1953)

NOTA

El contenido de esta sección abarca un grupo de meditaciones dictadas por el P. Alberione, en la Cripta del Santuario *Regina Apostolorum*, del 30 de noviembre de 1952 al 12 de diciembre de 1953.

En la primera edición, tal contenido constituía el segundo volumen de la serie *Predicación del Rvdo. Primer Maestro*, impreso *"a uso manuscrito"* por la Tip. Hijas de San Pablo, Roma, 9-3-54. A estos datos esenciales seguía, como en los precedentes volúmenes, la advertencia de las preparadoras de la edición: *«Reproducimos –tal como hemos podido recogerla– la preciosa palabra que el Rvmo. Primer Maestro dirigió a las Familias Paulinas»*.

También estas meditaciones fueron registradas en cinta y transcritas textualmente por una redactora (con probabilidad, la Maestra Ignacia Balla, FSP). Ello explica la presencia de conceptos insistentes, a veces repetidos, propios de la exposición oral del predicador. En algunos casos nos ha parecido oportuno intervenir en el dictado, corrigiendo anacolutos sintácticos y excesivas repeticiones.

LA SAGRADA LITURGIA: TIEMPO DE ADVIENTO [1]

Hoy es el primer domingo de Adviento, el principio del año litúrgico y eclesial. Año que podemos dividir en dos tiempos: el primero nos hace considerar la vida de Jesucristo, la redención operada por él, la redención del error, la redención del vicio, la redención de la idolatría, especialmente de la del egoísmo. El segundo tiempo, luego, nos lleva a aplicarnos a nosotros mismos los frutos de la redención, es decir: considerar las verdades que Jesucristo enseñó, estudiar e imitar sus santos ejemplos y unirnos a él por medio de la gracia, de los sacramentos, de la misa, de la oración en general.

El primer tiempo, pues, nos presenta el Adviento, o sea la expectación de la venida de Jesucristo. Consta de unas cuatro semanas y empieza hoy. Después sucede el nacimiento del divino Salvador y su vida privada. Luego, el comienzo de la vida pública y la predicación de Jesucristo. Seguidamente la vida dolorosa, la muerte de Jesucristo, su resurrección, y el tiempo pascual. Por fin, la ascensión de Jesús al cielo y Pentecostés: Jesús, ascendido al cielo, envía el Espíritu Santo a su Iglesia, como había prometido. En este tiempo debemos recordar la máxima | de la *Imitación de Cristo:* «Nuestro mayor empeño sea meditar la vida de Jesucristo».[2]

Puede decirse que cada año la Iglesia nos hace repensar la vida de Jesucristo, nos la recuerda, nos da el tiempo de aplicarnos los frutos de la redención. Pero no es una simple repetición: es un progreso que hemos de hacer, al modo como cada año vuelve el tiempo de escuela y hay que frecuentar las clases; pero no se aprende siempre la misma materia: cada año se va adelante, se progresa en el conocimiento de la verdad, de la doctrina, de la ciencia, hasta que lleguemos a la edad perfecta, o sea a la plenitud de nuestra unión con Jesucristo, allá arriba en el cielo. Y la vida es la preparación del hombre a aquella bienaventurada eternidad, a aquella vida perfecta que nos aguarda después de la vida presente.

---

[1] Meditación dictada el domingo 30 de noviembre de 1952. – Del *"Diario":* «Las Hijas de San Pablo han registrado toda la meditación».

[2] Cf. *Imitación de Cristo*, l. I, cap. I, 1.

He aquí, pues, que la Iglesia nos recuerda la venida temporal de Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, y a la vez nos recuerda la última venida suya, cuando se presentará para juzgar a todos los hombres y dar a cada uno el premio o el castigo según el mérito. ¿Quién podrá aquel día tener el premio, oír repetirse la invitación: «Venid, benditos de mi Padre»? [cf. Mt 25,34]. Quien en la tierra ha entrado en el reino de Jesucristo, reino de amor, de verdad, de justicia. La Iglesia nos invita hoy a prepararnos a entrar en este reino.

El Adviento es la preparación a Navidad. Jesús, el día en que nace, abrirá su escuela a los hombres: escuela de verdad, es-
Pr 2 cuela de santidad, escuela de amor. ¡Hemos de sentir la | ne-
p. 7 cesidad de esta escuela! Y en este tiempo debemos reconocernos como somos: ignorantes, llenos de defectos, hombres inclinados al mal, a las pasiones, al pecado; y entrar por tanto en un cierto espíritu de penitencia.

La Iglesia en estos domingos hace vestir a los sacerdotes ornamentos morados, que indican penitencia. ¡Cuántos errores hay en la mente de los hombres, cuántas doctrinas falsas se van predicando y cuántas máximas erradas oímos repetir incluso entre nosotros! Máximas mundanas, que se reducen todas a considerar sólo la vida presente, los bienes presentes, mientras sabemos que esta vida de ahora es únicamente un medio para conseguir la felicidad eterna.

El espíritu del mundo consiste en propender a cambiar el fin con los medios, o sea a hacernos buscar la felicidad aquí abajo, la satisfacción aquí abajo, ¡como si fuéramos creados sólo para unos años y luego todo acabara! El todo empieza al término de la vida presente; entonces empieza lo que merece el nombre de «todo», la eternidad interminable. Reconozcamos, pues, lo que somos.

No era solamente el mundo en general el que tenía necesidad de la redención y debía invocar la venida del Salvador: *«Rorate, cœli, désuper et nubes plúant Justum: aperiátur terra, et gérminet Salvatorem»;*[3] somos cada uno de nosotros quienes necesitamos la redención: todos tenemos necesidad de este Maestro, que se hace nuestro camino, se hace nuestra verdad, se hace

[3] Is 45,8: «Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación, y con ella germine la justicia».

nuestra vida [cf. Jn 14,6]. En él está la salvación, en él la santidad, en él la vida religiosa, en él el sacerdocio; en él todo. Es preciso que saquemos tres conclusiones.

La primera es esta: sigamos la liturgia | sagrada. La liturgia en el curso del año nos pone ante los ojos la vida de Jesucristo, domingo tras domingo, semana tras semana; es como una gran película que se desgrana ante nosotros. Miremos, pues, esta vida de Jesucristo, considerémosla en sus particulares y oigamos todas las palabras de vida eterna que brotan de los labios de Jesús. Cada cual use gustosamente el misalito, cuando es posible, es decir cuando no estamos ocupados en otras prácticas de piedad, como por ej. los días normales cuando deben decirse las oraciones durante la misa y hay que prepararse a la comunión. Pero cuando se tiene la gracia de oír otra misa, conviene seguirla con el misalito. Pr 2 p. 8

Hay que tener gran amor a la liturgia, que es el conjunto de las leyes reguladoras del culto debido a Dios.[4] La liturgia tiene precisamente como objeto este: las palabras que deben decirse a Dios, las ceremonias que deben hacerse en las varias funciones; la liturgia es ante todo una continua enseñanza. Quien penetra la liturgia, crecerá en el espíritu de fe, conocerá cada vez mejor el camino de la santidad y se unirá siempre más íntimamente a Jesucristo.

Hemos de cuidar el canto sacro, cuidar las ceremonias, desear las funciones más solemnes que podemos hacer en nuestra poquedad, intentando que estas nuestras funciones, nuestras celebraciones, correspondan al menos un poco con las solemnes celebraciones que se desenvuelven allá arriba en el cielo, donde Jesucristo es el Pontífice eterno, asistido por los patriarcas y apóstoles, por los mártires y santos y por toda la corte celeste de los ángeles.

Elevémonos un poco, de lo que tenemos en esta tierra a lo que tendremos allá arriba.

Quien participa bien en las funciones y penetra bien el espíritu de la sagrada liturgia, tiene como la garantía de que un día participará en la solemne eterna liturgia del cielo. Pr 2 p. 9

---

[4] Esta expresión “conjunto de las leyes...” traduce la visión canónica y rubricista de la liturgia, propia del tiempo preconciliar. Tal visión fue corregida e integrada por la constitución *“Sacrosanctum Concilium”* del Vaticano II.

Entremos además en el espíritu del Adviento. San Juan Bautista es como el anillo de conjunción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En cierto sentido, puede decirse que él cierra la serie de los profetas del Antiguo Testamento y, a la vez, indica al Salvador venido, viviente ya en medio de los hombres: *«Ecce Agnus Dei»*.[5] ¿Y cómo invitaba él al mundo a recibir a Jesucristo? Con la penitencia. Ante todo, se había retirado al desierto, dedicándose a una vida de mortificación y de oración. Allá acudían las multitudes y él invitaba a todos a entrar dentro de sí, a pedir al Señor perdón de los pecados cometidos, a preparar los corazones a recibir bien al Mesías, hasta que, llegado el día, lo indicó como ya venido.

El espíritu del Adviento requiere humildad: debemos reconocer la gran necesidad que tenemos del Maestro divino. Humildad y espíritu de penitencia, reconociendo nuestros fallos y nuestros pecados. Humildad y súplica, sabiéndonos débiles, frágiles, inclinados al mal.

Sírvanos este tiempo especialmente para pedir al Señor que se repita la venida, o sea la encarnación del Hijo de Dios, pero en el mundo presente, que en gran parte aún ignora o incluso rehúsa reconocer al Salvador.

Sobre todo hay que pedir que el Hijo de Dios venga a nacer en nuestros corazones, en nuestras mentes, y nos transforme; pues aquí está la redención de cada uno: en hacerse semejantes a Jesucristo: *«Conformes fíeri imágini Fílii sui»*.[6]

Pr 2 p. 10 En esta redención tenemos la santificación, tenemos la salvación. El canto que hemos de repetir frecuentemente en este tiempo es: *«Rorate, cœli, désuper, et nubes plúant Justum»*.

Hagamos ahora nuestros propósitos sobre cómo pasar el Adviento. En particular, pidamos la humildad, el odio al pecado, el deseo de que Jesús nazca en nuestros corazones y nos transforme en él; el deseo de entrar en su escuela.

Propósito, y el canto: *«Rorate, cœli»*.

---

[5] Jn 1,29: «Mirad el cordero de Dios».

[6] Rom 8,28: «Reproducir los rasgos de su Hijo».

PREPARACIÓN A NAVIDAD: «SOBRIE AC JUSTE AC PIE VIVAMUS...» [1]

En estos tres días haremos una preparación a la Navidad. El pensamiento dominante debe ser una santa alegría. «Alégrese el cielo, goce la tierra delante del Señor, que ya llega» [cf. Sal 96/95,11-13].

El fin de la presente meditación lo marca el apóstol Pablo, en el paso de la Carta a Tito. En estos tres días de preparación meditaremos las tres misas de Navidad, para que aquel día podamos penetrar mejor el sentido litúrgico de la Iglesia.

La epístola que se leerá en la misa de Nochebuena dice: «El favor de Dios se hizo visible, trayendo salvación para todos los hombres; nos enseñó a rechazar la vía impía y los deseos mundanos, y a vivir en este mundo con equilibrio, rectitud y piedad, aguardando la dicha que esperamos: la | venida de Jesucristo, gloria del gran Dios y salvador nuestro» [cf. Tit 2,11-13]. Pr 2 p. 11

Aquí está marcado el fin de la meditación: aguardando la Navidad, llenos de alegría, nos preparamos con la templanza, la justicia y la piedad.

La misa de medianoche está muy ligada con la misa de la vigilia: se expresan los motivos por los que ante la encarnación del Verbo divino deben alegrarse los cielos y debe regocijarse la tierra. Alégrense los cielos: en efecto, los ángeles cantaron: «Gloria a Dios en el cielo» [Lc 2,14]. Regocíjese la tierra; y los ángeles añadieron: «Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor».

Leemos el evangelio de la misa de Nochebuena: «Por aquel entonces (más o menos por los años 747-749 de Roma) salió un decreto de César Augusto mandando hacer un censo del mundo entero...» (Lc 2,1-14).[2]

---

[1] Cf. Tit 2,12: «Vivamos con equilibrio, rectitud y piedad...». – Meditación dictada el lunes 22 de diciembre de 1952. El amplio intervalo entre la precedente meditación y la presente se debe a diversas causas: en las tres primeras semanas de diciembre el P. Alberione, no obstante sus indisposiciones de salud y graves angustias, hizo numerosos viajes: del 1 al 7 dic. en Europa (Milán, Lugano, Alba, París) y, del 8 al 19, en los Estados Unidos (junto a Maestra Tecla), visitando en pocas fechas ocho ciudades useñas.

[2] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

Pr 2 p. 12

El «gloria a Dios y paz a los hombres» cantado por los ángeles corresponde al salmo que cantamos en la novena de Navidad y a las palabras que hemos leído en la Carta de san Pablo a Tito: ¡Alegría! ¿Y por qué esta alegría, este regocijo? Este regocijo se funda en la encarnación del Verbo, en el nacimiento del Salvador. Dios se hace de la familia humana, como dice la liturgia: Dios en nuestra familia, y el hombre en la familia de Dios, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre para elevar al hombre hasta Dios: *«ut homo fíeret Deus»*.[3]

Nuestro pesebre es el altar: es aquí donde particularmente el hombre se encuentra con Dios y se hace de la familia divina. El altar es nuestro pesebre, donde Jesús nace para nosotros; especialmente en este día, la Eucaristía nos viene presentada por el misal y el breviario en relación al misterio del nacimiento en Belén. Volviendo a casa, todos los cristianos deberían manifestar su alegría, que les llega de la presencia de Dios entre los hombres. *«Et cum homínibus conversatus est»*.[4]

Pr 2 p. 13

Recordemos algunos motivos de esta alegría, | al menos alguno, para poder concluir: *sobrie, juste, ac píe vivamus.*

En la novena, ya en la vigilia de Navidad, se lee: *«Crástina die delébitur iníquitas terræ»*.[5] Mañana quedará borrado el pecado; y como la vigilia terminará con la función de la tarde: *«Hodie scietis quia véniet Dóminus et salvabit nos et crástina vidébitis gloriam eius»:* sabed que hoy vendrá el Señor a salvarnos y mañana veréis su gloria.

Hemos de alegrarnos porque el Hijo de Dios, que «ilumina a todo hombre llegando al mundo» [Jn 1,9], viene a traernos del cielo su doctrina santísima y altísima, constituyéndose así Maestro único de la humanidad. *«Novíssime locutus est nobis in Filio suo»*.[6]

La primera revelación es la que hizo Dios creando el mundo según el diseño de su Hijo. La segunda revelación es la que hizo Dios iluminando la mente del hombre, encendiendo en él la luz de la inteligencia. Luego tenemos la revelación de los profetas,

---

[3] «Para que el hombre se hiciera Dios» (San Ireneo).
[4] Bar 3,38: «...Y vivió entre los hombres».
[5] «Mañana quedará borrada la iniquidad de la tierra».
[6] Heb 1,2: «En esta etapa final nos ha hablado por un Hijo».

y finalmente la revelación del Hijo de Dios encarnado, «aguardando –como dice san Pablo– la manifestación de nuestro Señor Jesucristo» [cf. 1Cor 1,7] en el cielo, donde se confirmará toda la revelación, porque «en la luz de Dios le veremos como es» [cf. 1Jn 3,2]. ¡Gloria al divino Maestro, pues, y que los hombres salgan finalmente de sus tinieblas, ya que despunta el día iluminado por el Sol de justicia!

Alégrense los hombres porque el Padre celeste que había engendrado a su Hijo desde la eternidad –*«hodie ego genui te»*,[7]– ahora lo engendra también en la sagrada Humanidad, y por ello en la misa se cita el texto: *«Filius meus es tu: ego hodie genui te»*.

Alégrense los hombres porque el Hijo de Dios se hizo nuestro alimento y nosotros, viniendo a la | iglesia, lo encontramos en el santo sagrario: Dios con nosotros. «Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán de nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros» [cf. Mt 1,23]. Pr 2 p. 14

Alégrense los hombres porque se reabre el cielo, cerrado por el pecado de Adán; alégrense los hombres porque el Hijo de Dios encarnado se ha hecho nuestro guía y nos ha enseñado el camino para llegar al cielo, reabierto por él, donde nos ha precedido y nos ha invitado: *«Qui vult post me venire...»*.[8] ¡Venid conmigo! «Seguidme» [cf. Mc 8,34]. «Haced como he hecho yo» [cf. Jn 13,15].

Alégrense los hombres porque el Hijo de Dios encarnado ha muerto por ellos, dando el máximo signo de amor: *«Majorem caritatem nemo habet»* [9] que quien entrega su vida por el amado.

Alégrense los hombres porque el Hijo de Dios encarnado ha instituido los sacramentos, particularmente el bautismo con el que nos hacemos hijos de Dios, y la Eucaristía, que nos alimenta con el cuerpo y sangre de Jesucristo mismo.

Alégrense los hombres porque el Hijo de Dios encarnado ha dejado a la humanidad la Iglesia, maestra, para continuar su magisterio infalible. Ha encendido, antes de subir al cielo, una lámpara que no se extinguirá: la Iglesia indefectible. Esta maestra no cesará de enseñar de modo seguro la vía de la salvación.

---

[7] Sal 2,7: «Yo te he engendrado hoy».
[8] Cf. Mt 16,24: «El que quiera venirse conmigo...».
[9] Jn 15,13: «Nadie tiene amor más grande».

Alégrense los hombres porque el Hijo de Dios, antes de subir al cielo, casi para darnos la última señal, la última prueba de amor, nos dejó a María por madre: «Mira a tu madre» [Jn 19,26]. Y la humanidad desorientada, como una familia desconcertada, cada día puede recogerse alrededor de la Madre y tener luz y consuelo y salvación.

Pr 2 p. 15

He visto en América, representados en película, los misterios | gloriosos y los dolorosos del rosario. Al final de la proyección, el padre [Peyton], que es el autor de esta filmación, se presentaba y decía más o menos estas palabras: «Las familias que rezan el rosario, es decir se recogen en torno a María, no se verán turbadas, no les caerá la gran desgracia del divorcio, los hijos amarán a sus padres; el rosario será la dulce cadena que unirá a los miembros de la casa».[10]

Y así es para la humanidad entera: alégrense, pues, los cielos, porque finalmente a Dios se le rinde una adoración, una gratitud, una satisfacción y súplica dignas de él, infinito; y alégrese la tierra, porque en Jesucristo ha sido colmada de todo bien.

En signo de reconocimiento, debemos formular nuestros propósitos, que son los recordados por san Pablo: es voluntad de Dios, es voluntad de Jesucristo que vivamos en este mundo con equilibrio, rectitud y piedad.

Con equilibrio o templanza, es decir mortificando las pasiones desordenadas; frenando los ojos, la lengua, frenando toda avidez, frenando el orgullo y la sensualidad. Templanza asimismo en todos los goces de la tierra. Es preciso que la alegría esté atemperada por lo justo, por el límite marcado por Dios. La alegría no debe nunca rebasarse y llegar al pecado, al desorden.

Con rectitud o justicia. Justicia hacia Dios: «A Dios, honor y gloria» [1Tim 1,17]. Justicia con el prójimo: respeto mutuo, respeto en palabras y obras, respeto a los superiores, a los iguales y a los inferiores. Justicia que atañe al honor, a los dones espirituales y a los bienes corporales.

---

[10] Es conocido el lema del P. Patrick Peyton para la campaña del rosario en familia: *«The family praying together lives together»:* la familia que reza unida vive unida.

Y vivir piadosamente, ¡con piedad! Estos han de ser días de grande piedad. Mañana | deberemos deducir de la meditación la consecuencia de hacer bien la visita eucarística y sucesivamente de hacer bien la comunión. La piedad sobre la que ya meditamos ayer:[11] buenas confesiones, buenas comuniones. *Sobrie et iuste ac pie vivamus.* Pr 2 p. 16

Tales propósitos nos los sugiere también san Gregorio [Magno], que comenta las palabras de san Pablo, diciendo: «La venida de Jesús niño en medio de la noche es figura del fin del mundo, porque, como dijo Jesús, a medianoche se oyó un grito: "¡Que llega el novio!". Viene Jesús, salgamos a su encuentro. No aguardemos a que él, viéndonos retrasados y obstinados, nos diga: "No os conozco"».

¿Cómo ir a su encuentro? *Sobrie ac juste ac pie vivamus.*

1. *Sobrie.* ¿Somos temperantes, moderados? ¿Tenemos la virtud cardinal de la templanza? Y en los afectos, en los deseos y en los sentidos externos, ¿somos moderados, equilibrados?

2. *Et iuste.* ¿Somos justos con Dios? ¿Y con el prójimo? ¿Nos respetamos mutuamente?

3. *Et pie vivamus.* ¿Somos piadosos? ¿Se nos despierta en estos días el amor a Dios, el amor a Jesús, el amor a las almas?

Muy devotamente nos invita la oración del día de Navidad: «Concédenos, Dios omnipotente, que el nuevo nacimiento de tu Unigénito según la carne nos libre a cuantos la antigua esclavitud mantiene bajo el yugo del pecado».

Alegría santa en la tierra, que preludia la alegría eterna en el cielo. Cantemos, pues, todos juntos y con gran gozo: *«Lætentur cœli et exsúltet terra».*[12]

---

[11] De tal meditación, como de otras a las que alude el *"Diario"* (por ej. la del 8 de diciembre), no nos ha llegado el texto.

[12] Sal 96/95,11: «Alégrese el cielo, goce la tierra».

Pr 2
p. 17

LAS ADORACIONES ANTE EL SAGRARIO, VERDADERO PESEBRE [1]

A medida que nos acercamos al gran día [de Navidad], la Iglesia se colma de un gozo cada vez mayor; por ello resuena la antífona: «Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén; mira a tu rey que está llegando, el Salvador del mundo» [Zac 9,9].

Este gozo lo manifiesta particularmente la Iglesia el día de Navidad, cuando contempla al Niño en la cuna del pesebre. Los ángeles invitaron a los pastores a aquella cuna; nosotros somos invitados por la Iglesia a presentar al Niño las primeras adoraciones. Adoramos en el sagrario, que es el verdadero pesebre, al Verbo divino, coeterno del Padre, nacido de María, en el tiempo, y que debe nacer para cada alma por medio de la gracia, a la espera de que nazca en nosotros en la eternidad.

El fin de esta meditación, por tanto, es pedir al Señor la gracia de mejorar nuestras adoraciones, las visitas al Smo. Sacramento. ¿A quién encontramos en el sagrario? El introito de la segunda misa de Navidad lo dice: *«Lux lucebit»*. La luz brillará hoy sobre nosotros, porque ha nacido el Señor [cf. Is 9,1-5].

He aquí los títulos que Jesús tiene para merecer nuestros obsequios, agradecimientos y súplicas: se llamará “Admirable”, es decir quien se merece toda la admiración; en efecto, es sumo bien, fuente de todo bien, y cuanto es admirable y bello en el mundo procede de él.

Se llamará “Dios”; en efecto, aunque se muestre bajo el aspecto de simple niño y calle, es el Dios que reina en los cielos,
Pr 2
p. 18
el Hijo del Padre celeste, la Sabiduría | eterna, el omnipotente.

Se llamará “Príncipe de la paz”. Los hombres van buscando la paz de tantas maneras, con tantos medios; pero esta paz no está sino en Dios, en Jesucristo, en su Evangelio. Sólo cuando vivimos según el Evangelio y sólo si las naciones se conducen según los principios del Evangelio, encontrarán la paz: paz que viene de Jesucristo y es dada a quienes tienen buena voluntad.

Se llama también “Padre del siglo futuro”, y su reino no tendrá fin. La Iglesia durará por siempre, en el paraíso, como Igle-

---

[1] Meditación dictada el martes 23 de diciembre de 1952.

sia triunfante. ¿Qué son los reyes, qué son quienes gobiernan? Son los representantes de Dios según la fe; pero considerados personalmente desaparecen en un día de la faz de la tierra, como la hierba que nace por la mañana y por la tarde ha concluido su existencia [cf. Sal 90/89,5-6].

El Señor reina, vestido de majestad, vestido y ceñido de poder: por tanto, ¡gloria a él! [cf. Sal 93/92,1].

¿Cuál será la finalidad de nuestra adoración? ¿Qué nos proponemos en las visitas al Smo. Sacramento? Se nos indica en la Carta de san Pablo a Tito: «Antes también nosotros con nuestra insensatez y obstinación íbamos fuera de camino: éramos esclavos de pasiones y placeres de todo género, nos pasábamos la vida haciendo daño y comidos de envidia, éramos insoportables y nos odiábamos unos a otros. Pero se hizo visible la bondad de Dios y su amor por los hombres, y entonces, no en base de las buenas obras que hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó con el baño regenerador y renovador, con el Espíritu Santo que Dios derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro salvador Jesucristo. Así, rehabilitados por Dios por pura generosidad, somos herederos con esperanza de una vida eterna» [Tit 3,3-7].

El fin de nuestras adoraciones será, pues, el conseguir la vida eterna. Las visitas al Smo. Sacramento, bien hechas, son | como un preludio de la contemplación que un día en el cielo presentaremos a Cristo glorioso, siendo gloriosos con él. Pr 2 p. 19

Hemos de acercarnos al pesebre, presentar nuestras adoraciones.

El Evangelio [Lc 2,15-20] nos presenta las primeras adoraciones ante el pesebre. Los pastores habían oído la voz de los ángeles, fueron aprisa y encontraron a María, José y el Niño reclinado en el pesebre, y se persuadieron de cuanto se les había dicho acerca del Niño. La noche de Navidad el Niño es colocado en el pesebre: es la primera exposición del Smo. Sacramento; y se le tributa la primera adoración.

María es modelo de adoradoras y adoradores; José, con su santísima esposa, difunde los más intensos sentimientos de amor y de humildad; los ángeles bajados del cielo, vitoreando con cantos dulcísimos, rinden las primeras adoraciones. «María conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su corazón» [Lc 2,19].

¿Qué sentimientos tuvo María aquella noche? ¿Cuáles fueron los pensamientos y sentimientos de los pastores en aquellas primeras adoraciones? La Iglesia trata de manifestárnoslos, y nosotros en Navidad, siguiendo la liturgia, comprendemos cada vez mejor cómo se adora a Jesús, cómo se le da gracias y se le suplica; qué ofrendas debemos llevarle y qué satisfacciones debemos ofrecerle por nuestros pecados. Hemos, pues, de acompañar bien la liturgia.

¿Cuáles serán los frutos de nuestras adoraciones?

Un fruto de fe. Cuando se hace bien la visita al Smo. Sacramento, nos crece la fe. La lectura espiritual, especialmente la del Evangelio, nos trae aumento de fe; por otra parte, después
Pr 2 del | primer punto de la visita,[2] debemos recitar el acto de fe o el
p. 20 credo, para expresar la fe que hay en nuestros corazones, y para pedir a la vez aumento de fe: que cada día la fe se enraíce siempre más en nuestras almas y produzca frutos. Así sucedió a los pastores: «Al verlo, les comunicaron las palabras que les habían dicho acerca de aquel niño» [cf. Lc 2,17]. He ahí la fe en la que fueron confirmados los pastores junto a la cuna.

Pero ellos no se contentaron con experimentar en sí mismos aquellos sentimientos del espíritu de fe, sino que con entusiasmo y gozo hablaron a otros. Cuando hay fe en un corazón, hay también *celo por el apostolado.*

Ante el sagrario aprendemos muchas cosas. ¡Hay tantas cosas que no se comprenden más que ante el sagrario! Cuando se medita, cuando se ora, la luz de Dios brilla en las almas.

Otro fruto de la adoración de los pastores fue *una piedad más profunda:* «Se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído; tal y como les habían dicho» [Lc 2,20]. De una visita bien hecha se recaba una piedad más honda. Es ahí donde pensamos; es ahí donde rezamos con palabras nuestras; es ahí donde comprendemos mejor cuál es nuestro fin, y conocemos mejor al Señor y su voluntad.

Las almas adoradoras vuelven del altar con mayor ánimo, con mayor fortaleza para el bien, con muchas consolaciones que

---

[2] La visita eucarística, según el P. Alberione, se divide en tres puntos, conforme al trinomio Verdad, Camino, Vida. Por tanto, lectura espiritual, examen de conciencia, oración (rosario...).

el mundo no puede dar. «La paz os dejo, os doy mi paz, y no os la doy como la da el mundo» [Jn 14,27]. No, el mundo no puede darla; la ofrece, pero no la tiene y por tanto no puede comunicarla. Dios solo es el eterno bien, la suma felicidad para toda alma. No creamos encontrar paz en | una alegría vacía, mundana, sensual; la paz está sólo en Dios. Pr 2 p. 21

Pasemos al examen de conciencia. ¿Somos fieles a las adoraciones? ¿Las hacemos con buen método? ¿Sacamos de nuestras adoraciones el fruto que deben aportar: aumento de fe, de buena voluntad, mayor unión con Dios, gozo, ánimo?

Cada cual [haga] el propio propósito.

Y como conclusión, en espíritu de adoración, unidos a María que adora en el pesebre, unidos a los pastores, cantemos el *Magníficat ánima mea Dóminum,* la alabanza a Dios, la alabanza a este Niño.

EL SAGRARIO Y EL PESEBRE [1]

En esta vigilia de Navidad, la Iglesia sigue insistiendo en la necesidad de una buena preparación para acoger al Niño que viene entre nosotros: acogerlo y seguirle, para que un día podamos presentarnos con seguridad, con serenidad y confianza al juicio universal, cuando Jesús vendrá por última vez. Este pensamiento está claramente expreso en la *postcomunión* de la misa: «Concédenos, te rogamos, Señor, un poco de tranquilidad mientras estamos para celebrar el nacimiento de tu Hijo Unigénito, cuyo celeste sacramento sacia nuestra hambre y nuestra sed». Y todavía más claro en el primer *oremus:* «Señor y Dios nuestro, que cada año nos alegras con la fiesta esperanzadora de nuestra redención, concédenos que así como ahora acogemos, gozosos, a tu Hijo como redentor, | lo recibamos también confiados cuando venga como juez».

Pr 2
p. 22

En la tercera misa de Navidad, llamada misa del día, pedimos particularmente la gracia de mejorar nuestras comuniones. En esta tercera misa el texto que mayormente explica el pensamiento de la Iglesia es el evangelio, el mismo que recitamos habitualmente al término de la misa: *«In principio erat Verbum»*.[2]

El Hijo de Dios se hace hombre, se humaniza, y la Iglesia quiere que pidamos la gracia de llegar a ser partícipes de la divinidad, mientras el Hijo de Dios ha querido ser partícipe de nuestra humanidad.

Este evangelio puede dividirse en cuatro partes. En la primera parte se considera la vida eterna del Hijo engendrado por el Padre. San Juan, como águila, se eleva a considerar las glorias del Hijo de Dios, esplendor del Padre, impronta de su sustancia. «Al principio ya existía la Palabra –es decir el Hijo de Dios– y la Palabra se dirigía a Dios y la Palabra era Dios. Ella al principio se dirigía a Dios».

Este Hijo de Dios es autor de toda la naturaleza, de todo lo creado. «Mediante ella existió todo, sin ella no existió cosa alguna de lo que existe. Ella contenía vida y la vida era la luz del

---

[1] Meditación dictada el miércoles 24 de diciembre de 1952.

[2] Jn 1,1-17: «Al principio ya existía la Palabra».

hombre». Los hombres, aun habiendo tenido ante sí todo lo creado, no conocieron al Creador. Dice Isaías: «Conoce el buey a su amo, y el asno el pesebre del dueño; el hombre [Israel] no conoce a su Padre celestial, a su Dios» [cf. Is 1,3]. ¡Hijos que no reconocieron al Padre!

La segunda parte se refiere a san Juan [Bautista]. El Hijo de Dios encarnado, antes de comenzar su vida pública, tuvo como un preanuncio en Juan, | que puede ser considerado como anillo Pr 2 de conjunción entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. Juan no p. 23 era la luz, pero vino para dar testimonio, es decir, para anunciar la próxima misión, el próximo ministerio público del Salvador.

En la tercera parte se considera al Hijo de Dios encarnado, pero no acogido por los hombres. «Era la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre llegando al mundo... Pero los suyos no la acogieron». Aquí tenemos otra ingratitud de los hombres: así como no habían querido reconocer al Padre, así no quieren reconocer al Hijo que viene a enseñarles. ¡Los suyos no le acogieron! Pero sí hubo una parte selecta de hombres que le acogieron. Y éstos se hicieron hijos de Dios, porque creyendo en él, siguiendo sus ejemplos y uniéndose a él por medio de la gracia, tuvieron una vida nueva, la vida sobrenatural, la vida eterna. A los creyentes en su nombre, la Palabra les dio la capacidad de ser partícipes de su naturaleza divina. El nacimiento de la sangre y por mero designio de hombre da sólo la vida natural, la vida humana.

En la cuarta parte el evangelio resume toda la misión pública del Salvador: «La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros». Y prosigue: «La ley se dio a los hombres por medio de Moisés; el amor y la lealtad han existido por medio de Jesucristo».

El comentario del misalito dice: «El evangelio de san Juan nos recuerda que Jesucristo es Dios, que se ha encarnado, que fue anunciado por el Bautista y que quienes lo reciben con fe y amor se hacen hijos de Dios, lo cual se da especialmente en la comunión».

Toda la tercera misa de Navidad recuerda | más o menos este Pr 2 pensamiento, particularmente la Carta de san Pablo a los He- p. 24 breos. «En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo, al que nombró heredero

de todo, lo mismo que por él había creado los mundos y las edades. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser; él sostiene el universo con la palabra potente de Dios; y después de realizar la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de su Majestad en las alturas» [Heb 1,1-3].

La comunión es parte central de la gran fiesta de Navidad, constituida por la misa completa, perfeccionada por medio de una buena comunión.

Pidamos hoy esta gracia: mejorar nuestra comunión.

Pesebre y sagrario.

El sagrario es un *misterio de fe:* Dios-hombre, escondido bajo las apariencias de pan. El sagrario es *misterio de amor:* el Hijo de Dios encarnado dándose al hombre por alimento. El sagrario es *misterio de gracia:* la vida sobrenatural, comunicada en aquel momento a nuestra alma, se acrecienta cada día más.

Asimismo el pesebre es *misterio de fe:* los pastores y los Magos no veían sino un niño, pero teniendo el don de la fe, veían al Redentor, al Mesías esperado, al Salvador, al restaurador de la humanidad.

El pesebre es un *misterio de amor:* el Hijo de Dios se dignó unir en una sola persona la naturaleza divina y la naturaleza humana. Es la unión más íntima, más estrecha; después de ella tenemos la unión que se establece entre Jesús y el alma en la santa comunión.

Pr 2 p. 25 El pesebre es *misterio de gracia:* mientras el | Hijo de Dios asumía la naturaleza humana, elevaba al hombre a una dignidad inmensa: *«Mirabíliter condidisti, et mirabilius reformasti»*.[3]

Hemos de mejorar la comunión. ¿Qué efectos debe producir en nosotros la comunión? Al respecto, es clarísimo el catecismo, clarísima la doctrina de la Iglesia: los sacramentos producen en el alma lo que se figura externamente por medio del signo sensible. El bautismo, administrado con el agua que lava el cuerpo, produce el lavado espiritual del alma.

La Eucaristía, que se nos da bajo especies de pan, es nutrimento para el alma. «Yo soy el pan vivo bajado del cielo» [Jn 6,51]. Como el pan sustenta el cuerpo, así la Eucaristía sustenta

[3] De la oración del ofertorio: «Oh Dios, que admirablemente creaste y más admirablemente aún reformaste la noble naturaleza humana...».

el alma, repara nuestras debilidades, fortifica, alegra el espíritu, es verdadero alimento del alma. Es preciso, pues, que nos nutramos de este manjar.

Pero hay que insistir aún más en que la comunión se haga bien. ¿Qué sería una comunión fría o, peor, qué sería de un alma que comulgase sacrílegamente? ¡Se requiere una buena preparación porque la Eucaristía es el más santo de los alimentos! Si el estómago no está preparado a recibir la comida, ¿qué utilidad sacaría? Es preciso que el corazón esté bien preparado a recibir a Jesús. El grano sembrado en el campo podría no producir fruto alguno; de hecho, la parte de la simiente que, según la parábola, cayó entre espinas o en terreno pedregoso, no produjo fruto; pero la que cayó en terreno bien preparado produjo el treinta, el sesenta y el ciento por uno [cf. Mt 13,18-23].

Ahí tenemos las buenas comuniones de san Luis, al ciento por uno. En cambio, hay almas que después de muchas comuniones llegan a una cierta indiferencia e insensibilidad espiritual.

Hemos de preparar bien el corazón a la comunión. | La preparación más esencial es la confesión, porque se necesita el estado de gracia para acercarse a la comunión. Particularmente, al acercarse la Navidad, hay que hacer buenas confesiones. Pr 2 p. 26

Además es necesaria en nosotros la disposición de una fe viva en aquel que vamos a recibir; de un deseo ardiente de acercarnos a nuestro Dios; de un amor fervoroso a Jesús; de esperanza viva de las gracias; y confianza de poder un día contemplar en el paraíso a quien recibimos velado bajo la especie eucarística en la tierra.

Preparación remota: el día antecedente a la comunión, sobre todo la parte de la jornada desde mediodía a la noche, sea santa, con delicadeza de conciencia, para no preparar a Jesús un lecho de espinas mañana en la comunión. Y luego un digno agradecimiento: agradecimiento próximo, mientras se está en la iglesia, y agradecimiento remoto que dure toda la mañana.

Jesús, viniendo a nosotros, quiere producir sus frutos en el alma: frutos de santidad, frutos de obediencia, frutos de castidad, de buen espíritu, de pobreza.

Hay que acentuar que la comunión hecha diariamente con fervor produce un gran fruto, tesoro para la juventud: la pureza. Es fuente de pureza, porque mediante la comunión se cal-

man las pasiones y nuestro corazón y querer quedan fortificados para combatir el mal.

Preguntémonos. ¿Estamos ya dispuestos y preparados a recibir festivamente al Hijo de Dios que baja del cielo? ¿Cómo hacemos nuestras comuniones? ¿Es de veras digna la preparación, con pureza de conciencia, modestia de la persona y mortificación de los sentidos?

Cuando estamos en la iglesia y se acerca el momento de
Pr 2 la | comunión, ¿cuál es nuestro recogimiento? Cuando toda la
p. 27 familia se ha nutrido del pan común, el pan diario eucarístico, y cada cual se ha retirado a su banco, a su sitio, ¿siente toda la familia la unión con su Dios, con Jesús? ¿Entran, todos y cada uno, en la intimidad de las comunicaciones con Jesús? ¿Recordamos la comunión también después, durante los deberes de la jornada?

Hay quienes a lo largo del día hacen varias veces la comunión espiritual, que es como un agradecimiento por la comunión de la mañana y una preparación a la comunión del día siguiente.

Cantemos ahora el evangelio de la misa [el Prólogo de Juan], para obtener mejorar nuestras comuniones.

LA HUMILDAD [1]

El tiempo que precede a la Septuagésima [2] es muy adapto a los misterios de la infancia de Jesús, los misterios gozosos: la pérdida y el hallazgo de Jesús, cuando se quedó en el templo con los doctores para oír, interrogar y dar sus respuestas llenas de sabiduría [cf. Lc 2,47-50]. Por eso en este período, dado que la elección es libre, preferimos tratar de los misterios gozosos.

En el cuarto misterio gozoso contemplamos la purificación de María y la presentación del niño Jesús al templo. En este domingo leemos el evangelio que sigue a la purificación, recordándonos las palabras que en aquella ocasión | dijeron sobre Jesús Simeón y la profetisa Ana. Pr 2 p. 28

Nosotros en esta meditación vamos a pedir la humildad, o sea, imitar la humildad del niño. El cielo y la tierra se mueven para rendir homenaje a Dios que, hecho niño, había bajado entre los hombres, y mientras él vivía en la máxima humildad, la humildad del niño.

El evangelio dice: «En aquel tiempo, su padre y su madre estaban sorprendidos por lo que se decía del niño» [Lc 2,33]. En efecto había sido presentado al templo como un niño común y por él se había pagado el precio de rescate como por todos los otros primogénitos. El Hijo de Dios iba a enseñarnos la virtud fundamental en la vida, la humildad; y por eso, naciendo, comenzó con ella. Sin humildad no si construye nada; por el contrario, en la humildad estriba nuestra santificación y la propia fortuna humana. El orgulloso, aun en la vida presente, acabará encontrándose mal y teniendo fracasos que serán mortificantes para él. La humildad hace al hombre estimado de Dios y estimado de los hombres. La humildad es verdad.

Jesús enseñó ante todo la humildad. Un día dará una gran lección a los apóstoles: éstos habían discutido quién de ellos era el primero; Jesús les había dejado discutir libremente, pero al llegar

---

[1] Meditación dictada el domingo 28 de diciembre de 1952, fiesta de los santos Inocentes.

[2] Es el tiempo llamado ahora “ordinario”, cuya primera parte va de la Epifanía a la Cuaresma. La Septuagésima precedía de dos semanas el primer domingo de Cuaresma.

a destino les llamó en torno a sí e hizo entrar con ellos a un niño. «Si no cambiáis y os hacéis como estos chiquillos –dijo– no entráis en el reino de Dios» [cf. Mt 18,1-3].

Quería que los apóstoles, llamados a iluminar el mundo y a ser príncipes de la Iglesia y en el reino celestial, comenzaran estableciendo profundamente en sus corazones la virtud de la humildad, haciéndose como niños, porque él mismo se hizo niño. Así lo | encontramos en la gruta de Belén. Se hizo niño para que ningún hombre, por grande que sea, halle razón de elevarse y enorgullecerse.

Pr 2 p. 29

Cuando María y José habían ido a Belén para el censo según la prescripción del emperador, el Hijo de Dios venía del cielo entre los hombres y no le acogían en una casa habitada por hombres: ¡fue a nacer en una gruta!

Ponerse en el último puesto: ¿lo entendemos? ¡Humildad! «Baja hasta el último puesto» [Lc 14,10]. Lo predicaría, pero antes quiso dar el ejemplo, para que comprendiéramos.

Se movió el cielo glorificando al Niño; una multitud de ángeles cantó sobre aquel portal: «Gloria a Dios en lo alto, y paz en la tierra a los hombres de su agrado» [Lc 2,14], y él, Jesús, el Hijo de Dios, está recostado en un pesebre sobre un poco de paja. Faltaba allí lo que de ordinario tienen los niños al nacer, el conjunto de las cosas más necesarias que a todos se les reservan. Un ángel advierte a los pastores: «Os ha nacido un salvador». ¿Cuál será la señal para reconocerle? La señal será esta: «Encontraréis un niño [con su madre] envuelto en pañales y acostado en un pesebre» [cf. Lc 2,12]. Fueron y encontraron todo tal como les habían dicho.

La señal es la profunda humillación a la que se sometió el Hijo de Dios, el Mesías venido entre los hombres; sí, la señal es la humildad.

La señal de la santidad será siempre la humildad, para todos los hombres, pues la santidad es buscar la gloria de Dios; el orgulloso, en cambio, busca la propia. La santidad consiste en tender al mismo fin por el que Dios lo ha creado todo y distribuye sus dones, es decir su gloria. Un alma, pues, será de veras santa si busca y procura en todo | la gloria de Dios... «A Dios el honor, y a mí el desprecio».[3] Honor a Dios, porque él es santísimo, perfectísimo, infinito, eterno. A nosotros el desprecio,

Pr 2 p. 30

[3] *Imitación de Cristo*, l. III, cap. XLI, 3.

porque estamos sujetos a tantas miserias y manchados de tantos pecados; porque cuanto tenemos, todo nos fue dado, todo. No hay ni un pelo del que podamos jactarnos diciendo: ¡esto es mío! Todo nos ha sido dado en uso y nos será reclamado.

Vienen del Oriente los Magos, se ha removido el cielo para llamar a los gentiles junto a la cuna del Niño. Parecería que, después de esta pompa y de un tan largo viaje, los Magos fueran a encontrar una cuna esplendorosa, un palacio, una residencia regia, una matrona, una reina como madre de este Rey recién nacido; en cambio ven una pobre habitación, y la madre es una pobre mujer común, sin nada que la distinga. Con todo, ellos se postran y adoran a ese niño. Iluminados por Dios, empezaron a entender que no son las grandezas y el fasto humano lo que nos eleva, sino la humildad. Comprendieron la lección del Niño: él les quería humildes, sencillos.

Cuando Herodes, enfurecido, ordenó la matanza de los niños de Belén y alrededores, el Niño no carecía de medios para defenderse: ¡era dueño de la vida y dueño de los hombres! ¿Por qué huir ante la ira de Herodes? ¿Por qué celebramos hoy la fiesta o el nacimiento de los niños muertos por odio a Jesús? El Hijo de Dios quiso mostrarse débil como un niño impotente y huyó, se sustrajo a la matanza yendo a Egipto. ¡La humildad!

Cuando después Jesús niño regresó a Palestina, porque habían muerto quienes amenazaban su vida, fue a vivir en Nazaret, pobre villorrio, y allí convivió con los nazarenos como un niño que nunca se distinguió de los demás. Vivió | la vida más sencilla, y con él María y José, que tenía un oficio humildísimo y luego se lo enseñaría al Niño. ¡La humildad! Pr 2 p. 31

Jesús lanzó una señal de su grandeza cuando en el templo discutió con los doctores de la ley; pero fue sólo un instante; toda la vida de Nazaret, hasta los 30 años, es la vida de la humildad y del escondimiento.

Ahí tenemos cómo se preparan los apóstoles, cómo se alcanza la verdadera santidad. El Maestro divino, hecho niño, nos da una lección bien fuerte. Lección para quien guía, para quien tiene autoridad, pues la autoridad es servicio, y el que *«príor est in vobis, erit sicut ministrátor»*.[4] Por su parte, quien es servido no

[4] Lc 22,26: «Entre vosotros, el que dirige, iguálese al que sirve».

debe exaltarse, porque uno y otro todo lo tienen de Dios, nada de sí mismos. Ante el pesebre hemos de decir un sincero acto de dolor, sintiéndolo de corazón.

Orgullo de mente, orgullo de palabras, orgullo en las obras, en las actitudes, orgullo de corazón.

Ese Niño dice ahora con los hechos: «Aprended de mí, que soy sencillo y humilde».[5] Lo dirá luego también con las palabras, pero primero con los hechos. Acto de dolor.

Recemos el 3er misterio gozoso para obtener la humildad. En él se considera la humildad del Niño en la gruta de Belén.

Examen y propósito.

Humildad de pensamiento, humildad de palabras, humildad de actitud, humildad con los hermanos, humildad de corazón.

Cantemos un villancico para anunciar e invocar la humildad del Verbo de Dios encarnado y hecho niño por nosotros en la gruta.

[5] Mt 11,29.

Retiro mensual de fin de año

Pr 2
p. 32

I. LA PASIÓN PREDOMINANTE [1]

La función de esta tarde-noche se caracteriza por el canto del *Te Deum*. *«Te Deum laudamus, Te Dóminum confitemur»*.[2] Confesamos tu misericordia, oh Señor; tus misericordias son sin número.

Pero la función de esta tarde también se caracteriza por el pensamiento de que otro año ha pasado, y ello significa un año menos en la vida. Podemos ahora hacernos casi un primer funeral. Si, por misericordia de Dios, se ha establecido que vamos a transcurrir un dado número de años en esta tierra, he aquí que ha pasado uno de ellos, cuya suma constituye la vida que se nos va.

Terminar un año es un aviso, no sólo porque nos deseamos «Año nuevo, vida nueva», sino porque nos avisa que pasa el tiempo y pasan los hombres. Solo Dios es eterno. Nosotros estamos mandados a la tierra por un tiempo y el Señor nos aguarda en su casa paterna, después que hayamos superado la prueba. Estamos llamados al cielo, orientados, encaminados al paraíso. ¡Dichoso quien adivina la senda, desgraciado el que la falla o la pierde o se desvía!

Lo que nos desvía del camino recto, del que conduce al paraíso, puede ser el mundo, puede ser el demonio, pueden ser nuestras pasiones. El mundo con su espíritu, con sus máximas, con sus malos ejemplos; el demonio, que siempre *«círcuit quærens quem dévoret»* [3] y, perdido para siempre en el infierno, quisiera arrastrar allá, en las mismas | penas, a los hombres creados por Dios y destinados a ocupar los puestos que fueron abandonados y de los que fueron expulsados los ángeles rebeldes.

Pr 2
p. 33

Entre los enemigos de nuestra alma debemos considerar las pasiones, y esta tarde hablaremos de la pasión predominante.

---

[1] Meditación dictada la tarde del miércoles 31 de diciembre de 1952. Por la mañana y al comienzo de esa misma tarde el P. Alberione había predicado otras meditaciones para el retiro de los sacerdotes.

[2] «A ti, oh Dios, te alabamos; a ti, Señor, te reconocemos».

[3] 1Pe 5,8: «Ronda buscando a quien tragarse».

Las pasiones podemos considerarlas en sentido filosófico y en sentido moral. De suyo las pasiones, en sentido filosófico, no son ni bien ni mal. Pueden ser fuerzas que nos empujan al mal y fuerzas que nos empujan al bien, a aumentar nuestros méritos.

Cuando se habla en sentido moral, generalmente se entiende hablar de las pasiones desordenadas, o sea de las pasiones no dominadas, no encaminadas o dirigidas al bien; pasiones de las que el alma queda como esclava, dejándose arrastrar al mal. Y así pueden considerarse pasiones los archiconocidos siete vicios capitales.

Siete son los vicios capitales, pero entre ellos cada persona tiene una pasión más fuerte que las otras y se llama predominante. Esta pasión debe ser dominada y convertida en fuerza potente para el bien. Así, san Francisco de Sales, jovencito, se dejaba someter por la ira, tenía sangre hirviente. Dominó su pasión y adquirió la virtud contraria, la mansedumbre, la dulzura. La ira podía traer pésimos efectos, pero él, combatiendo esta pasión y sustituyéndola con la suavidad, la mansedumbre, la dulzura, llegó a ser el pastor bueno, la imagen de la benignidad misma del divino Salvador. Esta su mansedumbre fue para él manantial de tantos méritos y un gran medio con el que conquistó muchas | almas para Jesucristo, convirtió muchos pecadores, especialmente tantos herejes. Con la mansedumbre se ganó la confianza, de modo que poco a poco ganaba para Jesucristo a quienes antes eran sus enemigos, y veían abrirse ante sus ojos la senda de Dios, la senda del cielo.

Pr 2
p. 34

Es preciso pues que lleguemos a esto: a cambiar la pasión predominante en virtud principal, en virtud predominante: de la soberbia llegar a la humildad, de la avaricia llegar hasta la pobreza religiosa bien practicada, de la flojera al fervor, etc.

Estas pasiones predominantes pueden ser muchas, como los siete vicios capitales, pero generalmente se reducen a tres: la *soberbia,* que engendra también la envidia y frecuentemente la ira; la *avaricia,* que ata el corazón y en vez de tender a Dios tiende a los bienes de esta tierra, impidiendo así ver lo elevado, los bienes eternos. La *lujuria,* que lleva consigo otras dos hermanas: la gula y la pereza, pues generalmente estos tres vicios van en compañía.

El orgullo, la soberbia, es común entre los hombres, especialmente cuando se llega a una cierta edad, cuando se ha supe-

rado el período de formación; la lujuria, en cambio, es la tentación común en la edad juvenil.

Y bien, debemos procurar conocer, descubrir cuál es en nosotros la pasión predominante, para fijar ahí el propósito principal y para adquirir la virtud contraria.

[Es preciso] conocer estas pasiones, ver las consecuencias, detestarlas, combatirlas animosamente.

¿Cuál es la pasión predominante? ¿Cómo se | puede conocer la pasión predominante de una persona? Pr 2 p. 35

La pasión predominante es la que generalmente nos hace caer en el mayor número de pecados. Si examinándonos por la noche o al final de la semana para la confesión, o en el retiro mensual o en los ejercicios, encontramos que el mayor número de faltas cae sobre un determinado punto, ¡esa es la pasión predominante! A veces no se trata de las faltas más frecuentes, sino de las graves, que pueden ser menos numerosas pero alejan mayormente de Dios.

La pasión predominante, pues, es la que generalmente nos arrastra hacia la culpa, siendo su causa, y constituye ella misma el mayor número de los pecados o de los defectos; o bien, a veces, constituye los pecados más graves.

La pasión predominante es la que más fácilmente descubrimos en los otros. Quien es envidioso ve en todos la envidia; quien no observa la pobreza, ve en todos faltas contra la pobreza o contra el séptimo mandamiento. Quien es tibio, cree, piensa y juzga a los demás iguales a sí mismo, incluso trastornando razones y motivos. Tanto más aún, quien es orgulloso o quien es iracundo atribuye a estas pasiones cuanto ve en los demás, pues estamos hechos así y según las gafas que nos ponemos vemos a las personas y las cosas.

Así pues, la pasión predominante es la que fácilmente criticamos en los otros; es la pasión que más amamos y defendemos. Sucede como con los males físicos: quien tiene mal en una mano, si le tocan en las otras partes del cuerpo no se disgusta, no grita; pero cuando le tocan en esa | mano, entonces se irrita. ¡Ay de quienes quieren corregirnos, metiendo el dedo en la herida! Nos incomodamos, nos irritamos, nos disgustamos con quien nos corrige, y queremos desquitarnos criticando y descubriendo el mismo vicio en quien nos ha hecho la corrección. Pr 2 p. 36

La pasión predominante la defendemos con mil excusas, mil razones, ocultándola, disimulándola; a veces quedamos tan cegados que ni siquiera logramos descubrirla.

Pasión predominante es la que guía al hombre, como un capitán que conduce un ejército, o un grupo de soldados. De ella manan multitud de defectos, imperfecciones, pecados.

A veces podemos conocer la pasión predominante mirando a los demás; pero sobre todo podemos conocerla preguntando al confesor: ¿qué propósito me aconseja? Y si el confesor aconseja la humildad, es señal de que ha descubierto en nosotros el orgullo; si nos aconseja el fervor, es señal de que ha descubierto en nosotros la flojera espiritual, que luego va unida con la lujuria y la gula.

Cuando empieza a dominar la carne, ésta cubre el espíritu, impide las aspiraciones nobles; todas las bajas pasiones arrastran al hombre hacia el mal y algunas veces hacia el abismo y el infierno. Mirad a Judas. Parecía fervoroso, parecía tomar la defensa de los pobres y de hacer limosnas [4] y de ahorrar todo lo posible; pero el ahorro lo reducía para sí. Era avaricia, la suya, pues habiendo sido constituido ecónomo del colegio apostólico, abusaba de la confianza del Maestro divino para ventaja propia.

¡Pasiones que debemos combatir! La vida del hombre es un combate, no contra los hermanos sino contra el mal, contra
Pr 2 nuestras | pasiones. *«Militia est vita hóminis super terram»*.[5]
p. 37 Hay que combatir el pecado, combatir las causas del pecado; combatir y huir las ocasiones de pecado, frenar la pasión que nos lleva al pecado. Y como esa pasión constituye una fuerza predominante, hay que hacerla ser la virtud predominante. Cuando uno tiene mucha facilidad de palabra, esta facilidad puede llevarle a infinitas faltas; pero si él la domina y la guía, puede llegar a realizar un bien inmenso en muchas circunstancias: animando, predicando, exhortando, avisando, sosteniendo a los débiles, indicando las sendas más perfectas, etc. Es como la pluma puesta en mano de san Francisco de Sales, en mano de santo Tomás de Aquino o de san Gregorio Magno: en las manos de los doctores ha sido el gran medio pa-

---

[4] Se entiende: parecía insistir en el deber de hacer la caridad...

[5] Job 7,1: «El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio».

ra hacer un bien inmenso; pero puesta en mano de Voltaire, por ejemplo, en mano de un enemigo de la Iglesia y de Jesús, esa pluma será un instrumento que mata las almas y ensancha la senda del infierno.

Por tanto, hay que combatir la pasión predominante: si se la deja predominar, turba la mente, arruina las ideas, hace ver las cosas al revés, juzgar bien lo que es mal y viceversa.

Esta pasión ejerce su influjo en toda la jornada, toda la semana, todo el año... A veces, basta una pasión predominante para hacer descarrilar una buena vocación, para hacer perder la vía del cielo incluso a otros, con los escándalos.

La pasión predominante desajusta la vida y particularmente pervierte el corazón. Ese corazón hecho para Dios, que debe suspirar por Dios, mirar hacia Dios, a veces se rebaja, se envilece, cae en el fango más ignominioso. Hablando de esto no estaría mal | recordar de vez en cuando lo que se narra de Leonardo da Vinci:[6] cuando quiso pintar la cara de Jesús, y cuando quiso después pintar la cara de Judas.[7] Pr 2 p. 38

Hay que combatir la pasión predominante. ¡Somos hombres, no hemos nacido para vivir como los brutos![8] Así que ¡a combatir la lujuria, a combatir la avaricia!

Cuando una pasión predomina, se llega a los más raros razonamientos: lo que es hermoso se ve feo; lo que es feo se ve hermoso. Un moribundo estaba en las últimas, pero en vez de despegar el corazón de sus bienes y del dinero, todavía exhortaba a quien le estaba al lado acerca de cómo ganar más y enriquecerse aún. En lugar de apretar la bolsa que tenía bajo la almohada, podía distribuir las monedas para que le comprasen un trozo de tierra donde enterrarle... ¡pero ni se le ocurrió! No hay

---

[6] Leonardo (1423-1519) da Vinci, nació en Toscana (Italia), murió en Francia; artista y científico, genio multiforme: célebre pintor, escenógrafo e investigador en el campo de la física y de la mecánica.

[7] Según la leyenda, el artista se habría inspirado en la misma persona, pero en dos momentos diversos: antes y después del efecto devastador de la pasión. Tema desarrollado por Óscar Wilde (1854-1900, escritor y dramaturgo escocés) en la novela *El retrato de Dorian Gray* (1891).

[8] Cf. DANTE ALIGHIERI: «No fuimos hechos a vivir cual brutos / sino a seguir virtud e inteligencia», palabras puestas en boca de Ulises durante su viaje hacia lo ignoto (*La Divina Comedia*, "Infierno", XXVI, 119-120).

cosa más cegadora para un alma que una pasión; por ejemplo, un espíritu de venganza. ¡Qué terrible es esto!

Hay que combatir la pasión predominante, como cristianos: *«Ábneget semetipsum»*.[9] Renegar de nosotros mismos; negarnos en varias cosas, pero especialmente en ese punto determinado.

Cuando combatimos la pasión predominante, combatimos juntamente todas las demás pasiones. Al combatir la pasión predominante, se hace moralmente lo que hizo Judit: en lugar de pelear contra el ejército y los soldados, cercenó la cabeza a quien guiaba el ejército, al capitán Holofernes; y vencido Holofernes, el ejército quedó derrotado [cf. Jdt 13].

Asimismo, cuando adquirimos una virtud, pero en profundidad, por ejemplo la humildad, adquirimos también el fervor y muchas otras virtudes que, directa o indirectamente, van con
Pr 2 ella unidas. Se comprende, pues, | cómo san Francisco de Sales
p. 39 se haya puesto decididamente a combatir la ira. Durante unos veinte años combatió esta pasión, y obtuvo la victoria plena, admirable.

Ahora algunas preguntas: ¿Conocemos nuestra pasión predominante? ¿Le hemos declarado guerra decididamente? ¿La combatimos con todos los medios? ¿Nos mantenemos firmes en nuestros propósitos?

Cada vez que hacemos el examen de conciencia, o por la noche o al final de la semana o en el retiro mensual, ¿volvemos sobre esa pasión? ¿Hasta dónde hemos logrado vencerla? ¿Cuántas son las victorias y cuántas las derrotas?

Los medios para salir airosos son tres: la vigilancia, la oración, el esfuerzo. Lo consideraremos mañana, si Dios quiere. Entre tanto nuestro propósito, en este retiro mensual, vaya dirigido especialmente al punto capital. *¡O vencer o seremos vencidos!*

---

[9] Lc 9,23: «Niéguese a sí mismo».

II. CÓMO VENCER LA PASIÓN PREDOMINANTE [1]

Consideramos ayer la necesidad de combatir la pasión predominante, es decir aquella que en nosotros es la más fuerte, porque está enraizada en la mente y particularmente en el corazón. Ella, de consecuencia, arrolla el juicio, es causa de ruina espiritual, a veces hasta de la vocación y causa del fracaso mismo de la vida. Así aconteció a Judas, que se había dejado atrapar en el vicio de la avaricia, y llegó al extremo precipicio: vender a Jesucristo a sus enemigos y luego, en la desesperación, a colgarse de un árbol: *«Melius erat si natus non fuisset»*.[2]

Si Lutero [3] hubiera vencido su pasión principal, la lujuria, no hubiéramos tenido lo que la Iglesia llora todavía hoy, al cabo de varios siglos: la falsa reforma. Si Napoleón [4] hubiera domado la ambición, hubiera podido desempeñar la misión que Dios le había confiado, sin sembrar tantas ruinas y muertos en Europa. Pr 2 p. 40

Y lo que puede suceder en grande, puede suceder también en pequeño. Parecería que la envidia nazca y viva escondida sólo en el corazón; en cambio tiene sus manifestaciones cuanto más penosas. No se sabe hasta dónde llegará el envidioso, cuando en el corazón siente surgir la rivalidad contra el envidiado.

---

[1] Meditación dictada el jueves 1 de enero de 1953. – Del *"Diario":* «Celebra en la Cripta muy pronto, y luego aguarda que llegue la comunidad para dictar la meditación final del retiro... El tiempo es desapacible, durante la meditación cayó una fuerte granizada».

[2] Mt 26,24: «Más le valdría a ese hombre no haber nacido».

[3] Martín Lutero (1483-1546), monje agustino y teólogo alemán, dotado de genio artístico y de fuertes pasiones; es conocido sobre todo por su protesta contra la doctrina católica sobre las indulgencias y sobre la naturaleza de la Iglesia, que le llevó a la ruptura con Roma y a desencadenar la Reforma protestante. Expresión inmediata de su actitud en el plano moral fue el rechazo del celibato, casándose con la ex monja Katharina von Bora, de la que tuvo seis hijos.

[4] Napoleón Bonaparte (1769-1821), emperador de Francia, desaprensivo jefe militar, cuyo sueño de conquistar todos los países mediterráneos y Europa entera hasta los Urales, chocó con la potencia inglesa y la ruinosa campaña de Rusia. Encarceló a dos papas (Pío VI y Pío VII), pero a su vez fue recluido por los ingleses y llevado a Santa Elena, una isla en el océano Atlántico, donde murió.

Caín mató al hermano, envidiando su piedad [cf. Gén 4,8]. Parecería absurdo, ¡tener envidia de su piedad! Y sin embargo, a menudo se habla mal y se interpreta siniestramente a quienes se distinguen por bondad, piedad, estudio, lanzando contra ellos críticas y murmuraciones: ¡es la envidia! Mucho mejor sería confesar nuestro defecto, que ir buscando los de los demás.

Hay que combatir la pasión predominante, combatirla sin parar porque ella guía las otras pasiones. Pero, en primer lugar, debemos conocernos; este es el primer paso. Cada uno, hoy, primer día del año, fije bien sus propósitos, dirija y ordene bien su lucha, para que al final pueda decir: *«Bonum certamen certavi»*, he competido en noble lucha [2Tim 4,7].

Tenemos que conocer la pasión predominante, mediante la oración: que el Señor nos ilumine; conocerla mediante la reflexión, según los | signos que dimos ayer. Conocerla aconsejándose con el confesor y con el director espiritual.

Pr 2
p. 41

¿Qué propósitos debo hacer? Si ya se insinúa en el corazón el orgullo, ahí está el propósito sobre la humildad; el trabajo sea en parte negativo: reprimir el orgullo, y en parte positivo, es decir adquirir la virtud contraria, que es la santa humildad. Cuando nos percatamos de que en nosotros nacen ciertos pensamientos, sentimientos, deseos vagos, pero que no quisiéramos llevarlos a la comunión ni que alguien los descubriera, ¡vigilemos! ¡Lucha a la pasión predominante, que va adquiriendo vigor y enraizándose en el corazón!

La primera disposición para la lucha es una firme voluntad de combatir la propia pasión, al menos indirectamente; porque la pasión de la lujuria, como las de la pereza y de la gula, se vencen particularmente usando un modo indirecto. Es decir, entrando de corazón en el estudio con ganas de progresar; entrando en el apostolado a la busca de buenos resultados; poniéndose bajo la guía del director espiritual, secundándolo; comprometiéndose con decisión: quiero llegar a hacerme santo.

Muchas veces la bondad o la piedad son mal entendidas, pues hay también modos de educar que no forman al auténtico cristiano. Hoy particularmente se ha difundido un método de educación que no sirve para producir cristianos y religiosos de temple. Se cree que para ser buenos baste la comunión, la oración, y todo se reduzca a un poco de piedad. No, la comunión,

la confesión, la oración son medios, no el fin; medios para enmendarnos, medios para vencer. La oración nos obtiene la luz de Dios, la fuerza de Dios, pero | ella sola no nos hace santos: la piedad sola no hace santo al hombre. Es necesario usarla como medio para vencerse a sí mismos. Pr 2 p. 42

¿Qué medios hemos de utilizar para vencer la pasión predominante?

Primer medio, tras haberla conocido, es declararle guerra. Recordemos a los 900 jóvenes y su juramento: «O vencer o morir!».[5]

Esta pasión, si la domino, será para mí ocasión de grandes méritos, pues toda pasión puede ser ocasión de pecado o de muchos méritos. Si la pasión es más fuerte, el peligro de caer es mayor; pero si la pasión más fuerte se vence, el mérito es también mayor. Amando más la lucha que no la pacífica posesión de la virtud, nos enriqueceremos de méritos, haremos grandes progresos. ¡Hay que declarar esa guerra, absolutamente!

"Pero yo no aguanto esas humillaciones; no me siento con fuerzas para resistir a la carne; no logro dedicar con energía todo mí mismo a los deberes; aún noto siempre las ganas de descansar más, de no moverme, de dejar que el mundo se deslice...". Pues aunque algo te sea tan querido como el ojo –ha dicho Jesús–, si tu ojo te pone en peligro, sácatelo; más te conviene ir al paraíso con un ojo solo que con dos recorrer el camino del infierno y precipitarte en aquel lugar de tormento [cf. Mt 5,29-30]. Nuestra época ha producido y nos ha dado tantas personas y tanta juventud sin carácter; pero quien ansía adquirir la auténtica grandeza, incluso aquí en la tierra, y sobre todo quien debe hacerse santo, tiene que ser un hombre enérgico, tiene que declarar guerra a su defecto predominante y tender resueltamente a la virtud opuesta.

Segundo medio: instruirse acerca de la virtud que queremos adquirir. Si, por ejemplo, deseamos vencer el orgullo, la sober- Pr 2 p. 43

[5] Alude probablemente a los 300 patriotas, que guiados por Carlo Pisacane desembarcaron en Sapri (Salerno) en 1857, para tumbar el Reino de las Dos Sicilias. Exterminados por el ejército napolitano, fueron inmortalizados por la romanza de L. Mercantini (1821-1872), *La Espigadora de Sapri*, con el célebre estribillo: «Eran trescientos, eran jóvenes y fuertes, y murieron».

bia, conviene instruirse bien, leer un tratado –hay varios– sobre la humildad, sobre los peligros provenientes del orgullo y sobre la malicia de este pecado: cómo va directamente contra Dios, al ir completamente contra el fin que Dios mismo se propuso al crearnos y hacernos abundar en dones y gracias. ¡Qué ingratitud y temeridad es, por ejemplo, usar el don de la inteligencia para jactarse, complacerse, ensoberbecerse! Eso es usar el don de Dios contra Dios, poniéndonos nosotros en el centro, mientras es Dios quien debe reinar en nosotros. Aquí está precisamente el trabajo: sustituir el yo con Dios; que éste sea enteramente dueño de nuestro corazón, amo de nuestra inteligencia y de todo nuestro ser. Hay que instruirse, pues cuando tengamos una idea clara de la malicia del defecto, lo consideraremos como un enemigo capital que está siempre asediándonos.

Tercer medio: la oración. Sí, la oración es la que nos salva; nos salvará del infierno, pues nos librará de las ruinas que puede ocasionar en nosotros la pasión predominante. Oración asidua: en los Ejercicios espirituales, con buenos exámenes de conciencia al respecto; igualmente en el retiro mensual; en cada confesión, aquel debe ser el primer pecado de que acusarnos; y por la mañana, antes de la comunión, poner la intención: recibiré a Jesús mi fuerza, mi consuelo, mi vida, porque quiero sustituir en mí el orgullo con la santa humildad del Corazón sacratísimo de Jesús. Y cuando las comuniones frecuentes son fervorosas, orientadas
Pr 2 constantemente a este punto, | con esta intención, habrá que se-
p. 44 guir trabajando y combatiendo, pero se vencerá. Dios es nuestra victoria, porque si Dios está a favor nuestro, ¿qué fuerza podrá vencernos? *«Si Deus pro nobis, quis contra nos?»*.[6] Y en los rosarios y en las visitas, hay que volver siempre sobre lo mismo, pues se trata de hacernos santos o de dejarnos arrastrar por un camino peligroso; se trata de vencer o de ser vencidos.

Último medio: el esfuerzo. Progresarás tanto cuanto te hagas fuerza, cuanto te comportes con energía, porque la pasión predominante se presenta bajo aspectos, a veces, muy atractivos. Mirad en Judas: se presentó bajo el aspecto de la caridad. «¿Por qué esta mujer despilfarra un ungüento precioso para ungir los pies del Salvador? Podía venderse y dar lo obtenido a los po-

[6] Rom 8,31: «Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra?».

bres» [cf. Jn 12,5-6]. Pero el evangelista añade: «No le importaban los pobres, le importaba guardar algo para sí».

La pasión predominante se presenta siempre bajo la vitola de un bien mayor, con algún pretexto que, considerado superficialmente, parecería persuasivo. Eva, curiosa, cuando oyó que, comiendo el fruto prohibido, habría conocido el bien y el mal, ya no se retuvo [cf. Gén 3]: quería conocer también el mal; y esta es la causa por la que tantas personas pierden la inocencia: quieren conocer también el mal. Pero el mal, una vez conocido, se vuelve atractivo con cada vez más fuerza. La pasión primero pide, más aún, ruega; luego exige y por fin arrastra hasta el punto en que ya no se siente ninguna satisfacción del pecado, pero se sigue pecando; porque cuando la pasión se vuelve costumbre, la mente está como enceguecida y el corazón endurecido; y cuando ya no se ve adónde se camina... ¡Cuántos | muertos, estos días pasados, en Londres, por la niebla: no veían dónde se dirigían, y los choques se multiplicaban, con cantidad de muertos! Pr 2 p. 45

Hay que combatir con esfuerzo, mirar que cada noche podamos al menos registrar una victoria, varias victorias; vayamos contando estas victorias, para que la virtud se establezca bien. Y no pensar que baste una semana o un mes o un año, pues vencer totalmente la pasión predominante no significa destruirla sino dominarla y volverla al bien; lo cual es trabajo de mucho tiempo.

¡Ninguna prisa en cambiar fácilmente el propósito, no! Más bien téngase prisa en vencer y en adquirir la virtud contraria. Tendremos una gran consolación en el momento de morir; mejor, en la vida misma. Quien sepa vivir como auténtico cristiano, como hombre de carácter, como verdadero religioso, ése percibirá en su vida que es un alma fuerte, que es digno del nombre que lleva, y se verá enseñoreando las pasiones y a sí mismo, sin fallos, caminando derecho hacia el cielo.

Hágase ahora el examen de conciencia y el propósito, recábese el mayor fruto de este retiro, pues las consideraciones hechas son de carácter fundamental.

Pr 2
p. 50

FIESTA DEL SMO. NOMBRE DE JESÚS [1]

Quienes pronuncian devotamente el nombre de Jesús adquieren 300 días de indulgencia. Invoquemos el nombre de Jesús en
Pr 2
p. 51
la lucha que hemos | de sostener para vencernos a nosotros mismos y para sustituir nuestro yo con la vida de Jesucristo.

El nombre de Jesús es potentísimo y ante él se inclinan los ángeles del cielo, los hombres de la tierra y los condenados del infierno: *«Omne genu flectatur»*.[2]

El nombre de Jesús nos recuerda cuatro cosas:

1. *Estudiar a Jesús: «Summum studium nostrum sit in vita Christi meditari»*.[3]

2. *Vivir como Jesús:* nuestro mayor esfuerzo sea vivir en Jesucristo.

3. *Imitar a Jesús:* nuestro mayor esfuerzo sea imitar a Jesucristo.

4. *Conocer a Jesús:* nuestro mayor esfuerzo sea dar a conocer a Jesucristo por medio del apostolado; predicar a Jesús.

Dice el evangelio de hoy: «En aquel tiempo, al cumplirse los ocho días, cuando tocaba circuncidar al niño, le pusieron de nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de su concepción» (Lc 2,21).

Jesús quiere decir salvador. No es un nombre impuesto por un ángel o por un hombre, sino que le viene de su naturaleza: *«Salvátor hóminum»*.[4] En la epístola, san Pedro hace resaltar el poder del nombre de Jesús. Después que Juan y Pedro habían curado milagrosamente al lisiado ante la puerta del templo, el pueblo acudió corriendo a su alrededor, lleno de estupor por el gran prodigio, queriendo una explicación.

Leemos en los Hechos de los Apóstoles: «Entonces Pedro se llenó de Espíritu Santo y les respondió: “Jefes del pueblo y sena-

---

[1] Meditación dictada el domingo 4 de enero de 1953.

[2] Flp 2,10: «...al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra, en el abismo».

[3] «Nuestro sumo esfuerzo sea meditar sobre la vida de Cristo» (*Imitación de Cristo*, l. I, cap. I, 1). Recuérdese que desde los comienzos el P. Alberione había visto en esta máxima el punto de partida para la conformación de toda la persona en Jesús-Camino, modelo de toda virtud (*Donec formétur Christus in vobis*, n. 41; ed. 2001, p. 210).

[4] «El salvador de los hombres».

dores, dado que nuestro interrogatorio de hoy versa sobre el beneficio hecho a un enfermo, para averiguar por obra de quién está curado este hombre, enteraos bien todos vosotros y todo el | pueblo de Israel que ha sido por obra de Jesús Mesías, el Nazoreo, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de la muerte; por obra suya tenéis aquí a éste sano ante vosotros. Este Jesús es la piedra que desechasteis vosotros los constructores y que se ha convertido en piedra angular. La salvación no está en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre al que tengamos que invocar para salvarnos"» (He 4,8-12). Pr 2 p. 52

Nosotros debemos estudiar a este Jesús, imitar a este Jesús, vivir a este Jesús y predicar este Jesús, particularmente con el apostolado. En estas cuatro nuestras tareas, para lograrlas, tenemos que desalojar de nosotros el yo, es decir quitar nuestro amor propio, nuestro orgullo, nuestras pasiones.

Conocer a Jesús, imitar a Jesús, predicar este Jesús, vivir de Jesús es el gran trabajo que hemos de cumplir en la tierra, y para ello quitar lo que hay de mal en nosotros sustituyéndolo con el bien, que es Jesús, el todo: «Camino, Verdad y Vida» [Jn 14,6].

Con el primer acto de religión que realizamos presentándonos de niños a la Iglesia, en el bautismo, fuimos lavados del pecado, del mal, y recibimos la infusión de la gracia, que es la vida de Jesucristo en nosotros. Pero aquel acto de religión es el primero y tiene que continuar con otros; toda la vida es un trabajo encaminado a quitar el mal e introducir la vida de Jesucristo en nosotros: sustituir con Dios, con Jesucristo nuestro yo.

Se trata de un trabajo espiritual, interior, que, justo por ser interior, se ve menos; pero se conoce siempre por los signos: *«ex frúctibus cognoscetis eos»*.[5] El que vence la soberbia dará frutos de humilde: tendremos un hablar humilde, un comportamiento humilde, | obediencia sincera, sumisión, caridad con los hermanos, bondad con todos, pequeños y pobres; ahí está la humildad. Por los frutos se conoce el trabajo interior, que es el primero y principal. Cada año, un pequeño programa; al empezar la escuela, se presenta un programa que desarrollar; cuando se hacen los Ejercicios espirituales, comienza el año espiritual y se empieza el trabajo interior. Pr 2 p. 53

[5] Mt 7,16: «Por sus frutos los conoceréis».

Este año, por ejemplo, quitaré un poco de mi orgullo y seré más humilde al hablar. Hay quienes escriben el propio yo con letras mayúsculas, y pronuncian el nombre de Dios maquinalmente, cuando dicen una oración; pero Dios no ocupa su corazón, no ocupa su vida, no es lo que domina su vida.

Poco a poco hay que ir borrando el yo, porque como hemos dicho, vencer la pasión predominante significa: 1) conocerla; 2) combatirla; 3) sustituirla, cambiarla y dirigirla al bien. Es como si tuviéramos un torrente: si no se le acota dentro de las orillas, se extiende por los campos y, al hacerse impetuoso, ocasiona ruina, inundaciones, destrucción de las cosechas. Si en cambio el agua de un gran torrente es encauzada, se la puede conducir a formar una central eléctrica, y entonces se cambia en fuerza, en energía eléctrica, en luz que llega a las ciudades para iluminar las calles, plazas y casas. ¡Hay que saber guiar nuestras fuerzas!

El orgullo, la primera pasión, es un deseo de estima, de grandeza. ¿Pero quién es grande? La estima de los hombres es falsa: llaman hermoso a lo que es feo; se engañan y engañan. La estima puede ser un vano espejismo, una tontería. Quien es grande se acerca a Dios, que es grandísimo, altísimo. Acercarse
Pr 2 p. 54 a Dios significa participar de sus bienes. Somos | tan grandes cuanto participamos de Dios, de sus bienes.

¿Deseamos la estima? ¡Busquemos la de Dios! Soberbios, pero del modo justo. Busquemos adquirir los dones de Dios, su gracia, la santidad, la vida eterna.

El soberbio Lucifer, que estaba junto a Dios, se ha ido al lugar más lejano a causa de su orgullo. ¿Y los condenados? «Apartaos de mí» [Mt 25,41]. ¡Infeliz el orgulloso! San Miguel, humilde, ha quedado junto a Dios, fue enriquecido con bienes aún mayores, guía a los elegidos y lucha contra el demonio. Al final, el humilde, por haber estado cercano a Dios, será invitado así: «Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» [Mt 25,34].

¡Cuántos errores en nuestra cabeza! A veces el orgullo lleva a hincharse de necedades y a despreciar a los demás. Nos lleva a usar los dones de Dios para nuestra estimación, para adquirir alabanza y aprecio ante los hombres. La soberbia es un gran error, un gran desorden, una gran injusticia; nos hace pequeños, nos priva de bienes. En cambio, la humildad nos acerca a Dios,

nos trae la paz del corazón, nos hace partícipes de los dones de Dios y nos lleva a ganar el paraíso.

«Quien se ensalza será humillado... Quien se humilla será ensalzado» [Lc 14,11]. ¡Hemos de mirar a esta exaltación!

No tenemos tiempo para considerar los otros vicios capitales. Hemos visto sólo un ejemplo: el orgullo es el vicio que constituye la fuente y manantial de otros muchos.

Vueltos ahora al Niño, le pedimos | la humildad. Pensemos que el medio para conocer bien a Jesús, para imitarle, vivir de él y darle a conocer, está aquí: un trabajo interior intenso, con la oración, los exámenes de conciencia, la confesión, la vigilancia y el esfuerzo. Pr 2 p. 55

Renovemos el propósito del retiro mensual: ¡lucha contra el defecto predominante, esfuerzo por adquirir la virtud contraria! Y como conclusión pidamos al Señor Jesús la gracia de un gran celo en hacer que se le conozca, ame y siga. Pidamos particularmente el amor al apostolado, amor a la redacción, que es la primera parte del apostolado.

Cantamos las Letanías de los Escritores para que se formen bien los nuestros.

SANTIFICACIÓN DE LA MENTE [1]

Epifanía del Señor, manifestación del Hijo de Dios encarnado al pueblo gentil. La primera manifestación de Dios fue en la creación, la segunda en la revelación y la tercera será en la gloria, cuando se verá a Dios cara a cara. El *oremus* de la misa pide al Señor que así como hemos recibido todos de él la luz de la razón, así podamos tener todos fe, acoger la revelación del Hijo y, mediante esta fe, llegar a la última revelación, cuando podremos contemplarle *«sícuti est»*, como él es, en el cielo, no ya trámite las criaturas ni por medio de la fe, sino por la visión
Pr 2 p. 56 eterna: «O Padre, tú que en este día | revelaste a tu Hijo unigénito a los gentiles, por medio de una estrella, concede a los que ya te conocemos por la fe poder contemplar un día cara a cara la hermosura infinita de tu gloria».

Vamos a pedir aumento de fe y, por otra parte, someter toda nuestra mente al Hijo de Dios, Jesucristo, sabiduría eterna; someterle enteramente nuestra voluntad; someterle enteramente nuestro corazón.

De hecho, en el don del oro que se le ofrece al niño Jesús, muchos ven simbolizada la fe; en el don de la mirra ven simbolizado el don de la voluntad; y en el don del incienso ven simbolizada la oración, la ofrenda del corazón. Sí, hemos de dar el corazón a Dios de manera que todo nuestro ser sea suyo, y que tendamos a él con todo nuestro ser: con la inteligencia, la vo-
Pr 2 p. 57 luntad, el corazón, con todo el ser, para | servir a Jesús enteramente.

En el relato del Evangelio (Mt 2,1-12),[2] los Magos vinieron a buscar con sinceridad de corazón al recién nacido Rey, al Hijo de Dios que había bajado del cielo, al Mesías prometido, al reparador. Su homenaje fue completo: creyeron en él, tuvieron fe viva, fe sincera. Y no sólo creyeron, sino que en la vida sucesiva practicaron tal virtud hasta llegar a la santidad. Los dones externos manifestaron lo que había en su ánimo.

Consideramos, en días pasados, que el impedimento para servir a Dios y santificarse es la pasión predominante, y vimos

---

[1] Meditación dictada el martes 6 de enero de 1953.

[2] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

también que esta pasión predominante puede llegar a ser la fuerza predominante, la virtud predominante. Los medios recordados son: tener una idea justa, o sea conocer bien la pasión predominante; poner el esfuerzo para vencerla; y tercero, la oración. Pero es necesario que usemos todos los medios humanos.

Particularmente: ideas justas, pensamientos santos, | fe viva. Pr 2 p. 58
Hay tres principios naturales, psicológicos, que es preciso usar para una santa táctica de vencernos a nosotros mismos. Estos tres principios psicológicos son:

1) La idea tiende al acto.
2) Una idea fuerte desaloja otra.
3) Hay que anclarse en algún principio, en alguna idea directriz de la vida y constantemente dirigirse hacia una meta.

Cuando se quiere evitar el pecado, no es una buena táctica intentar sólo domar la lengua, las palabras, o sólo las acciones; es necesario domar los pensamientos. El pecado ante todo depende de la mente; el mérito, la obra buena, ante todo depende de la mente. Lo que se piensa, tarde o temprano se hará acción.

Quien siembra buen grano recogerá grano; pero quien siembra ortigas recogerá ortigas. Y bien, las semillas de las acciones son precisamente los pensamientos. Cuando la mente o la fantasía se paran por algún tiempo en pensamientos malos, fantasmas [3] malos, se excita el corazón, se excitan los sentidos, y entonces decimos que nos llega la tentación; pero en parte nos tentamos nosotros mismos al detenernos en aquellos pensamientos o fantasías o relatos o hechos o imágenes.

Además, los pensamientos son tan fuertes, tan potentes, que actúan sobre el corazón y sobre todas las pasiones de manera verdaderamente fuerte; a veces parece que ya no se puede resistir, que no se puedan ahuyentar, que no se puedan combatir ciertas pasiones o tentaciones. Si, en cambio, la mente se dirige a otras cosas, si se aplica a un buen estudio, a pensamientos positivos, por ejemplo al apostolado, entonces la tentación se calma.

Somos nosotros quienes nos tentamos, por lo general. Cuando nos percatamos o de caídas o de fuertes | tentaciones, hagamos el examen sobre nosotros mismos: ¿Cuáles son mis pensamientos, qué hay en mi memoria, en mi fantasía? Pr 2 p. 59

[3] *Fantasmas* está por "imágenes" de la fantasía.

Guiar la mente es como dirigir el timón de la nave, es como sentarse en la dirección del avión; pero si el timón se abandona, ¿qué sucederá, a qué parte irá la nave? Tenemos que guiarnos con energía: ¡fuera los malos pensamientos, sustituyéndolos con pensamientos santos!

Tenemos que crear en nosotros ideas fuertes, potentes, que acaben influyendo en todas las pasiones, y especialmente en la voluntad.

Cuando san Juan Bosco pensaba en los muchachos, que tantas veces pierden la inocencia aun antes de haberla conocido, enrolándose desgraciadamente por malos caminos, se encendía de santo celo; toda su mente se dirigía a buscar medios para salvar aquellas almas inocentes, o para avisar a quienes se habían desviado. ¡Cuántos medios, cuántas industrias inventó; cuántas plegarias salieron de sus labios; cuántas personas puso en movimiento!

Cuando hay una idea fuerte en la mente, ahuyenta todos los otros pensamientos. Si nos concentramos en un programa, en una idea directriz, tenemos ya orientada la vida.

El hombre pasional se deja arrastrar en su mente, en su corazón, en su conducta. El hombre recto, el buen cristiano, el santo que quiere amar a Dios, todo lo dirige ahí. Mirad a san Francisco de Asís: estaba como perdido de amor a Jesucristo; éste debía vivir en él; y él, para vivir según Jesucristo, empezó a meditar en el pesebre, donde Jesús nació tan pobre. Así surgió la primera representación del pesebre. Luego se dio a imitar, en toda su vida, a Jesús en la pobreza, con un amor encendidísimo
Pr 2 a | Jesús. Diríamos que se pasó de raya. Al momento de morir,
p. 60 se dice que haya tenido que pedir perdón a su cuerpo, por haberlo tratado demasiado duramente. Y podemos pensar que Jesucristo, en premio de su amor encendidísimo le concediera ser semejante a él incluso en el cuerpo, dándole las estigmas, allá en el monte [de la Verna], después del gran ayuno y la aparición del arcángel san Miguel.

También nosotros debemos anclarnos en ideas directrices: «¡Quiero el paraíso! ¡Quiero hacerme santo! *Deus meus et omnia; Ad maiorem Dei gloriam*».[4] ¡Cuántos santos han elegido una máxima, un programa que dirigiera su vida! Dedicaron a

[4] «Mi Dios y mi todo. A mayor gloria de Dios».

ello y concentraron allí todos sus pensamientos, aspiraciones, energías, industrias, fuerzas, palabras, actos y sacrificios.

La idea se hace fuerza. Quien, aun siendo orgulloso, se pone a meditar en la humildad de Jesús; quien, aun siendo irascible, considera la amabilidad de Jesús; quien considera la pasión del Salvador, sus sufrimientos internos y externos, ¿cómo no se sentirá llevado a la mortificación de sí mismo, a la negación de sí y quizás hasta a imponerse ciertas penitencias?

¿Tenemos pensado un programa? ¿Nos hemos fijado una meta, o vamos a la deriva, haciendo una cosa u otra, sin saber prácticamente a dónde orientar el camino de nuestra vida?

Hay muchos que tienen la razón pero parece que no la usan. Se dice que han llegado al uso de razón, ¿pero de veras la emplean? Nosotros, ¿tenemos en nuestra mente ideas santas? ¿Nos fijamos un ideal digno de un cristiano, de un religioso?

Cuando Don Bosco, saludando a sus primeros misioneros, les dijo: *«Da mihi ánimas, cætera tolle:* [5] esta sea la guía de vuestros pasos, vuestra continua aspiración», ellos se sintieron dirigidos hacia una finalidad: ¡las almas que salvar! ¡Y cómo trabajaron, qué frutos recabaron! Pr 2 p. 61

Así pues, tres principios psicológicos:

1) La idea tiende al acto.

2) Una idea fuerte desaloja otra. Cuando hay una idea mala y estamos como obsesionados con ella, se pierde hasta la fe, no se ve ya nada y lo que antes parecía mal, ahora se presenta como bien y casi como deber.

3) Hay que establecer en nosotros una máxima, principios directivos, ideas directrices de la vida.

Examen de conciencia: ¿Usamos bien la razón? ¿Leemos sólo cosas santas? Nuestros pensamientos ¿son buenos, siempre? ¿Combatimos las tentaciones apenas se presentan a la mente? ¿Cortamos el mal de raíz y alimentamos en cambio la raíz del bien, con pensamientos inspirados en la fe? ¿Tenemos fijado en nuestra mente un programa de vida y tendemos a él con todas las fuerzas, no obstante las dificultades que se presentan? Y si a veces hemos sufrido alguna derrota, ¿nos hemos levantado? Aunque hayamos caído, ¿sabemos reemprender el

[5] Cf. Gén 14,21: «Dame la gente, quédate con las posesiones».

camino más humildemente, más decididamente? «Sed personas –nos dice el poeta–, y no ovejas locas».[6] ¡Santifiquemos la mente! [7]

Acto de dolor.

«Jesús Maestro, acepta el pacto...».[8]

[6] DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, "Purgatorio", XXIX, 129.

[7] Este tema fue desarrollado más difusamente en el opúsculo *«Amarás al Señor con toda tu mente»* (*San Paolo*, septiembre de 1954 - mayo de 1955), repropuesto junto con otros opúsculos en el volumen *Alma y cuerpo para el Evangelio*, San Paolo, Cinisello Bálsamo 2005 [traducción española en fase de impresión].

[8] Oración del "Pacto" o "Secreto del éxito".

LA CORONITA A JESÚS MAESTRO [1]

Pr 2
p. 45

Estos días pasados hemos escuchado la invitación de la Iglesia: *«Adeste fideles... venite in | Bétlem»*.[2] Hemos ido a la cuna del Niño, inscribiéndonos en la escuela que él ha abierto en la gruta.

Pr 2
p. 46

Ahí tenemos al Maestro divino. El mes de enero está dedicado particularmente a meditar sus enseñanzas, a acercarnos siempre más a él y a seguir los ejemplos que nos ha dado. Este mes tiene, pues, por finalidad principal el honrar, aprender, unirnos al Maestro divino. Y también el fin de obtener, para todos los hombres, la gracia de considerar a la Iglesia como maestra de la humanidad: maestra de fe, maestra de moral, maestra de oración. ¡Ojalá todos los hombres se hagan dóciles hijos de esta Iglesia, que es Jesucristo viviente visiblemente en medio nuestro, el Cuerpo místico de Jesucristo!

Queremos asimismo pedir la gracia de que los maestros enseñen bien en las clases; que los alumnos sean dóciles y atentos; que todos tengan en consideración la escuela y la enseñanza dada por medio de la predicación, de las exhortaciones, de los ejemplos. Consideren todos esto como una gracia de Dios, como un don del Maestro divino, convencidos de que «Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os rechaza a vosotros, me rechaza a mí; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» [Lc 10,16].

Para obtener estas gracias, durante el mes de enero, rezaremos más frecuentemente la coronita al Maestro divino.

La coronita está dividida en cinco puntos.

El primer punto, para honrar a Jesús, sabiduría eterna, y pedir para nosotros el don de la fe, el aumento de fe. El segundo para amar a Jesús santísimo, objeto de las complacencias del Padre, y pedir para nosotros la gracia de imitarle. | El tercero para honrar a Jesús, vida nuestra, y pedirle que conquistemos esta vida eterna, que vivamos en gracia cada vez más abundantemente. El cuarto para agradecer a Jesús la institución de la Iglesia católica, y pedir la gracia de ser verdaderos hijos de ella,

Pr 2
p. 47

---

[1] Meditación dictada el miércoles 7 de enero de 1953. En el opúsculo original iba ubicada erróneamente el 1° de enero.

[2] «Fieles acudid, id a Belén».

y que todos los hombres se hagan hijos y discípulos de esta madre y maestra. El quinto para agradecer al Señor el habernos llamado al apostolado, es decir habernos llamado a difundir, como él, las verdades que salvan; y de consecuencia, pedir el corresponder a la vocación, solicitando también al Señor muchas vocaciones que continúen el ministerio, la enseñanza, el magisterio de Cristo: «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros» [Jn 20,21].

1. Primera parte, pues, honrar a Jesús, sabiduría eterna. Él es esplendor de la gloria del Padre, es la misma Verdad. Él ilumina a todo hombre, y nosotros le agradecemos el habernos dado la luz de la razón. Él ha revelado verdades divinas, enseñando a los hombres durante la vida pública, y nosotros pedimos la gracia de tener fe y de meditar bien su palabra. Él iluminará en el cielo a sus elegidos, a quienes habiendo creído en él, han llegado a ser hijos de Dios; pedimos, pues, la luz de la gloria. Pedimos esta gracia y condenamos todos los errores que se propalan y se enseñan contra la doctrina de la Iglesia. Pedimos al Señor la gracia de aprender el catecismo, de aprender la teología, de aprender la ascética y la moral cristiana; en sustancia, que en nosotros viva realmente Jesucristo Verdad. En el estudio estaremos recogidos, | aprendiendo las verdades, teniendo ante nosotros el pensamiento del Maestro divino y la imagen de María, nuestra Maestra, a través de la cual el Verbo divino se hizo carne y enseñó a los hombres.

Pr 2
p. 48

2. En segundo lugar consideramos la santidad de Jesús. El Padre celeste ha declarado: «Este es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor» [Mt 3,17]. Jesucristo es el camino para llegar al Padre; es modelo de altísima perfección y santidad. Sus virtudes en la vida doméstica las consideramos particularmente en la fiesta de la sagrada Familia. Las virtudes de la vida pública las consideramos particularmente en el tiempo de Cuaresma; las virtudes ejercitadas en la vida dolorosa las consideramos en Semana santa: he ahí lo que debemos aprender e imitar en Jesucristo. Que él con su amabilidad nos atraiga para que deseemos sólo su voluntad. Brille en nosotros siempre la esperanza cristiana; actuemos resueltamente en fuerza del pensamiento del paraíso, santamente cada día, tanto en las cosas más importantes como en las mínimas: ¡santos, santos! [Sigamos]

las virtudes de Jesús niño, las virtudes de Jesús adolescente, las virtudes de Jesús joven.

3. Además de la vida natural, Jesús Maestro quiere infundir en toda alma la vida sobrenatural; para eso vino al mundo. *«Veni ut vitam hábeant et abundántius hábeant»*.[3] Él nos mereció esta vida, nos la infunde en el bautismo y nos la alimenta en la Eucaristía. Sí, invitemos a Jesús a vivir en nosotros, mediante la efusión del Espíritu Santo, excitando en nosotros un gran amor a él. Que le amemos con toda la mente, con todas las fuerzas, con todo el corazón; que crezca en nosotros la caridad: la | caridad hacia Dios, la caridad hacia los hombres. Esta vida eterna, que está como escondida en nuestros corazones, un día la gozaremos perfectamente en el cielo. Ojalá hagamos buenas comuniones y que cada día crezca en nosotros el amor a Jesús. Pidamos siempre que cada comunión nos aporte aumento de caridad y nos establezca siempre mejor en la unión con el Maestro divino, de modo que seamos con él una cosa sola. *«Qui mánet in me, et ego in eo»*.[4] Pr 2 p. 49

4. Luego agradecemos a Jesús el haber instituido la Iglesia, que es su Cuerpo místico y nuestra única arca de salvación. Sí, agradezcamos a Jesús el haber constituido esta Iglesia infalible, indefectible: *«Portæ ínferi non prævalébunt»;*[5] el haber infundido en ella un espíritu de expansión y haberle dado la misión de acoger en sí a todo el género humano. Pidamos que todos los hombres se dirijan a este faro de luz inextinguible; que todos escuchen a la Iglesia y estén a ella unidos, para formar como un solo rebaño bajo un solo pastor [cf. Jn 10,16]. Vuelvan a ella los errantes, los herejes, los cismáticos. Entren los hombres en este santo aprisco de paz y de caridad; y que la Iglesia, encontrando dóciles a los hombres, pueda guiarles a la salvación, y un día se reconstituya eterna en el cielo, como victoria de Jesucristo, muerto por la Iglesia, es decir por nosotros. Sí, que toda la Iglesia sea de veras santa, feliz, y dé eternamente gloria a la Sma. Trinidad en Cristo Jesús, Maestro divino.

5. Por fin, adoramos a Jesús, junto con los ángeles que se agolparon en la gruta de Belén y cantaron gloria a Dios y deseo

---

[3] Jn 10,10: «Yo he venido para que tengan vida y les rebose».
[4] Jn 15,5: «El que sigue conmigo y yo con él [produce mucho fruto]».
[5] Mt 16,18: «El poder de la muerte no la derrotará».

de paz a los hombres [cf. Lc 2,14]. Jesús vino con este programa a la tierra, y nos lo ha | pasado a nosotros: glorificar a Dios y llevar paz a los hombres, es decir llevarles la verdad, la justicia, la gracia: esto significa ser apóstoles. ¿Y cuándo somos apóstoles? Cuando vivimos de Jesucristo, cuando podemos decir: *«Vivit vero in me Christus»*,[6] ¡entonces se irradia a Jesucristo! Se le irradia con las palabras en la predicación; se le irradia en la vida con los ejemplos; se le irradia en las oraciones con la súplica al Señor; se le irradia con las obras mediante las ediciones, el trabajo por la salvación de las almas. «Manda buenos obreros a tu mies» [cf. Mt 9,38], nos ha enseñado Jesús a pedir.

Pr 2
p. 50

En la octava de la Epifanía se celebra un gran octavario en la iglesia [romana] de San Andrés de la Valle, para considerar las varias partes que constituyen la Iglesia. Pidamos al Señor que esta Iglesia, por medio de los buenos sacerdotes y los buenos religiosos y religiosas, conquiste progresivamente la humanidad. ¡Que haya muchas vocaciones, sobre todo muchas vocaciones bien formadas! Vocaciones que honren de veras a la Iglesia y sean ventajosas para la humanidad. No estamos llamados a vivir sobre las ramas de la Iglesia, sino a producir, en esos ramos de la Iglesia, frutos abundantes. *«Fructus véster máneat»*.[7]

Cantamos ahora el segundo himno del divino Maestro.[8]

---

[6] Gál 2,20: «Vive en mí Cristo».

[7] Jn 15,16: «Os destiné a que os pongáis en camino, produzcáis fruto y vuestro fruto dure».

[8] Himno *Unus est Magíster vester:* «Oh Cristo, eterno esplendor».

Interesante nota de crónica, tomada del *"Diario"* (7 de enero): «A las 17,30 vamos al dentista Dr. Carlos Jorge Seidel, un alemán que no usa mucha finura... Lo tiene bajo el torno casi 40 minutos y al final no puede dejar de decirnos: "Vuestro Superior general es muy paciente; otros, cuando les hago un trabajo semejante, chillan; en cambio, él ha permanecido tranquilo hasta el final". Vuelto a casa, mandó avisar al P. Lamera que se preparara para dar, el día 24, una meditación a la comunidad, con motivo del 5° aniversario de la muerte del P. Timoteo Giaccardo».

CONMEMORACIÓN DEL MAESTRO GIACCARDO [1]

Pr 2
p. 62

Hoy es el aniversario de la muerte del P. Giaccardo, acaecida el mismo día de su onomástico.[2] Mientras celebramos esta función de sufragio por su alma, debemos también recordar algo de su vida, de los ejemplos que él nos ha dejado. Todo puede encerrarse en esta frase: *«Gratia eius in me vácua non fuit»:* La gracia de Dios en mí no ha sido vana [1Cor 15,10]. En el P. Giaccardo la gracia de Dios no fue vacía, vana, pues él correspondió. Por cuanto podemos intuir, correspondió de manera digna, según sus fuerzas.

En nuestro Instituto, en la Familia Paulina, se da una providencia amplísima de gracias, que se manifiesta en la concesión de las vocaciones y en la correspondencia de éstas, en la formación.

En la Familia Paulina los medios de santificación son abundantísimos, no sólo por las prácticas de piedad, sino por el espíritu particular que debe guiarnos en estas prácticas, especialmente en la piedad hacia el Maestro divino, la Reina de los Apóstoles y el apóstol Pablo.

Se da una providencia abundantísima respecto al estudio. Quien se aplica y se pone en las justas disposiciones de confianza en Dios, poco a la vez, creciendo cada día, llegará a poseer la seguridad necesaria para el ejercicio de nuestra misión. No le faltará nada.

La providencia, en la Familia Paulina, es abundantísima también por lo que | concierne al apostolado. Vemos que nues- Pr 2
tro apostolado cuenta con medios eficaces, amplísimos y mo- p. 63

---

[1] Meditación dictada el sábado 24 de enero de 1953. – Del *"Diario"* conocemos que, en las dos semanas precedentes, el P. Alberione había realizado un viaje al Norte de Italia y, en Roma, había predicado a menudo la meditación al grupo de sacerdotes, en la capilla de la Casa general. El 18 de enero de 1953, domingo, dictó la meditación a la comunidad comentando el evangelio del día; pero esa meditación no nos ha sido conservada. En cambio, del 24 leemos: «Hoy el Primer Maestro manda cantar la *misa de requiem*... y tiene para la circunstancia el sermón (que debería haber tenido el P. Lamera). Inaugura además el nuevo púlpito de la Cripta, en madera de nogal».

[2] Por entonces, el 24 de enero se celebraba la memoria de san Timoteo.

dernos, pues se tiende a utilizar los resultados de la ciencia y ponerlos al servicio del Evangelio, del Maestro divino.

Se da además una providencia también en las cosas materiales, en medios de vida y de apostolado. Éste se hace cada día más exigente, porque los adversarios del bien, los adversarios de la Iglesia de Jesucristo, se multiplican y están dotados de grandes medios para el mal. De consecuencia, es preciso que se multipliquen los medios del bien y, a la vez, que nos hagamos siempre más inteligentes en usarlos.

El P. Giaccardo, en la Sociedad de San Pablo, halló esta amplia providencia de medios de gracia, de dones, tanto para el espíritu como para el apostolado y cuanto es necesario a la vida y a nuestra actividad. Y él correspondió dilatadamente, podríamos decir plenamente. ¡Qué trabajo interior el suyo! ¡Qué espíritu de oración! ¡Cuánta atención para que el Señor no fuera ofendido y que todos siguieran la propia vocación, siendo delicados, fervorosos, observantes de los santos votos! A su alrededor florecían de veras los lirios, las rosas y las violetas.[3]

Además se aprovechó de la providencia en cuanto a los estudios, a la ciencia: los libros de texto usados por él en las clases están plagados de notas, porque prestaba la máxima atención y sabía sacar mucho fruto de cualquier observación para aumentar sus conocimientos. No fue sólo un gran corazón, fue también una mente abierta. Cuando entró en la Sociedad de San Pablo y se le dio, además del título ordinario, el de "Maestro", se orientó hacia el divino Maestro y entendió cuál debía ser la parte que debía desempeñar | en la Sociedad de San Pablo; y la desempeñó fielmente. También la escultura-icono, que hay en la iglesia de San Pablo en Alba,[4] muestra cuál era su inteligencia, cuáles eran su aspiraciones.

Pr 2
p. 64

Correspondió ampliamente a la providencia respecto al apostolado. Sería muy edificante leer los artículos que escribió para la *Gazzetta d'Alba*,[5] de la que durante algún tiempo fue director; sus

---

[3] *Lirios [o azucenas], rosas, violetas*... eran tradicionalmente símbolos de virtudes (pureza, caridad, humildad), como se expone en el opúsculo juvenil de S. Alberione *Ramo de flores a María santísima*, publicado por el P. G. Barbero (1981[2]). Eran símbolos ya familiares para san Agustín.

[4] Se refiere al conjunto marmóreo de la "gloria" [de san Pablo], en el altar mayor del templo.

[5] Este periódico semanal de la diócesis de Alba, fundado por el obispo

observaciones eran agudísimas, en aquel entonces cuando muchas cosas aún no estaban claras en varios puntos. Él supo mantener la senda justa, sin depresiones ni excesivos entusiasmos, equilibrado.

Correspondió a la providencia en cuanto a las cosas materiales, con una atención casi escrupulosa para tener en cuenta los retazos de tiempo y las mínimas cosas que debían servir al Instituto y al apostolado. Fue por algún tiempo administrador, gozando de la máxima confianza por su precisión, puntualidad y exactitud, dentro y fuera del Instituto, tanto que encontrándose éste, por aquel tiempo, en particulares dificultades, llegó a constituir una Caja Rural, un Pequeño Crédito. Y supo inspirar tanta confianza a ese medio, que el Instituto contó enseguida con recursos para desarrollarse. Todos sabían que era preciso al máximo en presentar las cuentas: podían fiarse de él, y en efecto se fiaban. El Pequeño Crédito siguió en pie mientras fue necesario. Una vez cumplida su misión, el P. Giaccardo correspondió plenamente a las necesidades e intereses de los acreedores, y hasta hubo una función de agradecimiento a la Providencia, que se había servido de tantos buenos Cooperadores; y también éstos quisieron agradecer y dar una demostración de afecto y reconocimiento al P. Giaccardo.

Ahora [ofrecemos] nuestros sufragios por su alma | bendita. Pr 2 p. 65
Bien sabéis cuánto amaba él a sus hermanos, cómo amaba santamente a las religiosas. Creemos que su deseo, en la eternidad, sea el de la santificación de cada uno de nosotros correspondiendo a las gracias y al abundante aprovisionamiento de medios que tenemos en la Familia Paulina, justo para la santificación y para el apostolado.

Ciertamente él, desde la eternidad, ruega con afecto por todos los hermanos y hermanas, es decir, por nosotros. Esta misa y esta función de sufragio queremos que sea, además de por su alma, también por todos nuestros hermanos y hermanas pasados ya a la otra vida. Pedimos que todos se reúnan en el paraíso; que todos desde allí rueguen por nosotros; que todos intercedan para que sea alejado el pecado y cada uno corresponda a la propia vocación.

Lorenzo Pampurio en 1882, lo confió mons. Re a la dirección del P. Alberione en octubre de 1913, y al año siguiente se lo cedió en propiedad. El P. Giaccardo fue director desde 1921 a 1926, año de su traslado a Roma para fundar la primera Casa filial.

CONVERSIÓN
DEL DEFECTO PREDOMINANTE [1]

El último *oremus* de la misa de hoy [2] dice así: «Santificados por este salvífico sacrificio, te rogamos, Señor, que no nos falte la oración de aquel a cuyo patrocinio nos concediste estar encomendados». Hoy pedimos particularmente a san Pablo, pues nos ha sido dado como protector, que siga asistiéndonos y socorriéndonos con su oración.

La Conversión de san Pablo es una auténtica conversión, no
Pr 2 en el sentido de que él haya pasado del | pecado a la virtud, sino
p. 66 en cuanto ha pasado de la teología del Antiguo Testamento a la del Nuevo Testamento. Mentalidad cristiana: en la medida en que antes odiaba a Jesucristo, creyéndole un impostor, después se dio a él y vivió de él, queriendo que Cristo viviera en él: *«Vivit in me Christus»*,[3] *«Mihi vívere Christus est»;* [4] cuanto antes perseguía a los cristianos, y en ellos al propio Jesucristo, después lo transmutó en fervor para ganar a los gentiles para el cristianismo, y para conducir los pueblos al amor, al seguimiento y al conocimiento de Jesucristo. ¡Conversión de veras total!

Pero esta mañana vamos a recordar también el evangelio de la misa, que nos narra la curación del leproso y del siervo del centurión (Mt 8,1-13).[5]

Pr 2 Jesús había concluido el discurso de la montaña, y ahora
p. 67 cumple dos prodigios para que su palabra sea creída, para que se le reconozca por Hijo de Dios. Los dos milagros de Jesús prueban su divinidad y dejan ver lo que él ha hecho por los judíos y conjuntamente por los gentiles: por los judíos, curando al leproso, por los gentiles, curando al siervo del centurión.

---

[1] Meditación dictada el domingo 25 de enero de 1953. En el opúsculo original se titulaba "Domingo III después de Epifanía: curación del leproso y del siervo del centurión".

[2] Este "último *oremus*" es la segunda *postcomunión*, dedicada a san Pablo: oración que según las rúbricas de entonces se añadía a la propia de la liturgia dominical (III después de Epifanía).

[3] Gál 2,20: «Vive en mí Cristo».

[4] Flp 1,21: «Para mí vivir es Cristo».

[5] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

¡Dichosos quienes crean en Jesús, judíos o gentiles, pues serán curados por él!

Jesús obra dos curaciones, de dos enfermedades que podían llevar a la muerte; pero eran sólo enfermedades físicas.

Hay que combatir las enfermedades espirituales, es decir los pecados veniales; ellas representan las pasiones cuando éstas son desarregladas y dominan la mente, el corazón, el hombre entero. Estas pasiones, ya sean el orgullo o la | sensualidad, la Pr 2 p. 68
envidia o la avaricia o la pereza, cuando logran dominar a un hombre le hacen esclavo... hasta el punto de que, aun sin satisfacción, las sigue. Decía un tal no acostumbrado a gobernarse a sí mismo, a dominar sus pasiones: «Sé bien que esto me lleva a la ruina, en el cuerpo y en el alma (pues su pasión ya le había procurado una enfermedad inexorable), y sin embargo no tengo fuerza para detenerme».

Hay vicios que, secundados, se agrandan en exigencias y en poder, acompañando al hombre hasta el sepulcro, sin cesar incluso cuando ya el cuerpo se vuelve inerte, inanimado.

Es preciso combatir a tiempo los vicios, las pasiones, cercenándoles la raíz. La palabra del Señor es clara: «El hacha está tocando ya la base de los árboles» [cf. Mt 3,10; Lc 13,7]. Hay que cortar la raíz del orgullo, la raíz de la envidia, la raíz de la pereza, la raíz de la sensualidad. No basta con despuntar sólo los ramos de la planta, no basta con sacudir sólo las hojas y ni siquiera con seccionar una parte del tronco: es preciso aplicar el hacha a la raíz; es necesario excavar, ir a buscar incluso los últimos raigones de la grama, sacarlos al sol, quemarlo todo.

Contentarse con tapar la pasión, es lisonjearse. Es lisonjearse pensar que no levantará ya cabeza, es cosa inútil: pasado cierto tiempo, cuando el joven se haya hecho robusto, la pasión se habrá robustecido también ella; y cuando el joven llegue a la mayoría de edad y se cree formado, no lo estará. En el momento en que disponga de una cierta libertad, y ya no tenga el mandato y la asistencia para usar los medios de comprimir la pasión, que ha sido tapada | y no desarraigada, ésta Pr 2 p. 69
levantará la cabeza y exigirá, a veces con prepotencia, como si quisiera rehacerse de haber estado tanto tiempo achantada, tenida como esclava, impotente. Se ven entonces cosas que parecía imposible imaginar.

Hemos de tener presentes los ejemplos que se ven: los ejemplos de los santos y también los de quienes no han vencido la pasión, no la han desarraigado. En las Constituciones tenemos escrito: «Durante el noviciado hay que desarraigar los vicios».[6] Es necesario hacerlo mientras éstos son débiles. Así es: el hacha aplicada a la raíz, *«radícitus»;*[7] desarraigar los vicios mientras son débiles; resistir al principio. Pues luego la medicina se aplicaría quizás tardíamente, cuando el enfermo esté ya demasiado grave y la dolencia avanzada se ha hecho incurable. Tenemos que hacer una buena indagación para eliminar los defectos: *«studium pulchritúdinis habentes»*,[8] aun cuando los defectos sean pequeños y no causen impresión, o no se descubran o aparentemente se dejen dominar.

Las almas celantes y fervorosas, quienes tienen una seria voluntad de hacerse santos, se portan bien diversamente: en los exámenes de conciencia captan los pensamientos y sentimientos contrarios a la virtud. Luego captan las palabras y los actos, aunque algunas veces parezcan defectos casi insignificantes.

Mirad el leproso: la lepra es símbolo del pecado venial. Cuando luego produce la muerte, entonces tenemos en ella la figura del pecado grave. Pero los defectos no combatidos acabarán por llegar al pecado grave.

Miremos una plantita: es pequeña, va creciendo y el tronco se eleva y las ramas se extienden y | con el pasar del tiempo tenéis ya una gran planta, que producirá sus frutos. Frutos que tal vez no se querían… ¡se debía haber desarraigado la plantita, mientras era aún pequeña! No hay ninguna dificultad en arrancar una planta pequeña, cuando es todavía una hierba. Pero si el defecto crece, ya no será tan fácil la cosa.

Pr 2
p. 70

Mirad cómo fueron a Jesucristo el leproso y el centurión: con humildad. Cuando vamos a confesarnos, hay que hacerlo con humildad: decir claramente lo que hemos cometido; decirlo con humildad, acusarlo con sinceridad, nunca taparlo. Tapar quiere decir defender el defecto, alimentarlo... y así se hará ro-

---

[6] Cf. *Constituciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, art. 55.

[7] En el texto latino: *«radícitus extirpanda»*: estirpar (los vicios) de raíz (cf. ib).

[8] Cf. S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, lib. X: «Quienes tienen la pasión de la belleza».

busto. Y no sólo se requiere sinceridad, sino particularmente gran arrepentimiento, dolor, voluntad sincera de combatir.

Hay a veces confesiones hechas sólo externamente, como un acto cualquiera de piedad, sin reflexiones, sin examen, casi sin propósito, porque falta también el dolor. Estas confesiones no están hechas bien. Hemos de confesar cándidamente a Dios nuestro pecado, después acusarlo sinceramente en el confesionario. «Señor, con una palabra tuya se curará mi alma» [cf. Lc 7,6]. A veces en el confesionario se miran muchas cosas y no se va a lo que más importa: el hacha puesta a la raíz.

Pidamos a san Pablo la gracia de hacer buenos exámenes de conciencia y buenas confesiones, particularmente en lo que toca a nuestro defecto predominante.

Recemos: «Corazón divino de Jesús, que has dicho: en verdad...», etc.[9] Y en un momento de silencio, cada uno de nosotros dé nombre a su defecto predominante.

[9] Oración «Para vencer el defecto predominante», cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, p. 25; ed. esp. 1993, p. 25.

Pr 2
p. 78

SAN JOSÉ [1]

Comenzamos el mes dedicado a san José. La dignidad de san José es la primera, después de la divina Maternidad, así como la santidad de san José es la más alta después de la de María Sma. Él, san José, tiene ante el Señor un poder grande, universal; un poder que viene enseguida después del que tiene la Virgen bendita; un poder de intercesión. Se explica, pues, lo amplio que es el culto, el amor, la confianza de los fieles en san José.

Para celebrar santamente este mes, vamos a meditar esta mañana las gracias que debemos pedir a este santo. Cada uno
Pr 2
p. 79
tiene que pedirle gracias particulares, y aunque | ahora indiquemos las gracias generales, cada cual puede poner, en primera o segunda línea, sus necesidades especiales.

Primeramente consideremos a san José como cooperador en la redención de los hombres. El Señor destinó a María y a san José a ser cooperadores directos, inmediatos, los más cercanos a Jesús redentor; y así José y María, uniendo su obra, cada uno según su posición, prepararon la humanidad del Maestro divino, la hostia víctima de los pecados de los hombres, el sacerdote eterno, Jesucristo. La humanidad entera debería postrarse y agradecer a María y José, elegidos a tan alto oficio, los beneficios grandísimos e inefables que a través de ellos nos llegaron.

¡Oh, sí, en el cielo cuán agradecidos son y cuánta admiración muestran y cuánta alabanza dan a María y a san José todos los demás santos del paraíso! Si están en el cielo, lo deben a los instrumentos docilísimos de los que se ha servido la Providencia para dar a Jesús a los hombres. Solo Jesús es quien ha abierto el cielo con sus méritos, pero María y José prepararon la humanidad de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

También nosotros hemos de tender a contribuir a la redención del mundo; también nosotros somos cooperadores de Jesucristo. Hemos de dar a Jesucristo al mundo, predicando las verdades que él predicó, rezando por la salvación de todos, ofreciendo para ello oblación y alabanza. Y al mismo tiempo tenemos que mostrar a los hombres cuál es el camino del cielo, qué

---

[1] Meditación dictada el jueves 19 de febrero de 1953.

deben hacer para alcanzar su fin. Hay hombres que olvidan muy fácilmente haber sido creados para el paraíso; más aún, que niegan cuanto sabe a sobrenatural, reduciendo la vida | humana a una consideración bien mísera. Son hombres a quienes es necesario mostrarles el cielo y la senda para llegar a él. Pr 2 p. 80

Pidamos, pues, la gracia de amar el apostolado, agradeciendo al Señor el habernos elegido para esto. No es que hagamos, digamos así, un favor a Dios ejercitando el apostolado: es, al contrario, un privilegio que nos ha concedido el Señor. Otros están llamados a diversos trabajos, nosotros al trabajo apostólico. Cada uno pida al Señor, por intercesión de san José, ser un buen cooperador en la cristianización del mundo, en la evangelización del mundo. Luego, cada cual debe prometer cumplir fiel y generosamente el propio apostolado.

San José –aquí está la segunda gracia que pedir– se hizo digno de su misión mediante el ejercicio de la virtud. La palabra del Evangelio, *«Joseph cum esset justus»*,[2] se recuerda ordinariamente para indicar que él poseía todo el conjunto de las virtudes. El hombre plenamente justo es el plenamente virtuoso, el santo. «*Joseph cum esset justus»:* en el silencio, en la humildad, en la oración, él fue creciendo de virtud en virtud. Y cuando comenzó a entrar en el ejercicio de su misión, de su vocación, estaba preparado, como María cuando recibió al anuncio de la divina maternidad.

Hay que prepararse al apostolado, a la vocación, al ministerio, a la misión; prepararse trabajando interiormente en la adquisición de las virtudes, en el aumento de las virtudes teologales, de las virtudes cardinales, de las virtudes religiosas; en el aumento especialmente de la obediencia, de la humildad, de la docilidad. Y cada cual tiene, luego, la propia virtud que | cultivar, la que más necesita. En el mes de san José pediremos la gracia de crecer en esta virtud, renovando por nuestra parte cada día el propósito. Pr 2 p. 81

San José es el modelo de los trabajadores, como nos indica León XIII; es el amigo de los pobres, el padre de todos los necesitados; el santo de la Providencia. Pidámosle, por tanto, la gracia de apreciar el trabajo. Él fue carpintero y maestro de Jesús en el ejercicio de esta humilde profesión.

---

[2] Mt 1,19: «José, que era hombre justo».

San José es quien protege a los emigrantes. Él sufrió las penas de la emigración, teniendo que dejar la tierra de Palestina, poco después de nacer Jesús, para ir exiliado a Egipto.

San José ganó el pan con el trabajo, y la casa de Nazaret era una casa de trabajo. ¡Que nuestras casas no se llenen de palabrería sino de apostolado, de trabajo! Esta gracia debemos también pedir.

El trabajo en las manos de san José, como en las de Jesús, era un trabajo que contribuía a la salvación del mundo. Hay que elevar el trabajo; que no sea sólo un medio de vida sino de santificación, un medio de apostolado en nuestras manos.

Tenemos que pedir también gracias para los pobres. ¡Cuántos son los afligidos, o por necesidades materiales o por necesidades espirituales. Para todos hay que pedir la protección de san José. «San José, provee tú; san José, ampáranos».[3]

Las almas que tienen confianza en san José recurren a él en cualquier necesidad. Y pronto notan su protección, su oración.

Pr 2
p. 82

Pidamos a san José todavía otra gracia: | la intimidad con Jesús. La vida de san José fue una vida de recogimiento habitual, incluso cuando era joven; pero luego, cuando nació Jesús, su vida se hizo más íntima con su Dios, aquel Dios que él veía en su casita, el Dios encarnado: como las intimidades que hay entre un padre bueno y un niño querido, un muchacho santo, un joven dócil. Ciertamente no podremos descubrir toda la suavidad que gozó san José conviviendo con Jesús.

Dice el himno que habéis cantado: «Después de la muerte, los santos son admitidos a ver a Dios, a contemplarle en el cielo y entretenerse con él».[4] San José tuvo esta gracia incluso en esta tierra, anticipando la dulzura, la consolación de entretenerse familiarmente con su Dios. Sí, pidamos la gracia de amar a Jesús íntimamente, de modo particular la devoción a la

---

[3] Invocación popular, inspirada en el concepto de «José ecónomo de la sagrada Familia» y adoptada también en las comunidades paulinas, sobre todo en los momentos de dificultades económicas.

[4] Traducción libre de la cuarta estrofa del himno *"Te, Joseph, célebrent"*.

Eucaristía. ¡Con cuánto respeto y afecto y admiración se entretenía Jesús con José y éste, desde su posición, con Jesús! Para nosotros, intimidad en las comuniones, en las misas, en las visitas al Smo. Sacramento.

Pidamos además la gracia de amar a la Sma. Virgen. Después de Jesús, quien más amó a la Sma. Virgen fue san José. Él era el guardián, como un ángel tutelar. Él era el nutricio, el defensor. Dios, que había unido estas dos personas, les comunicaba gracias particulares, y ellas vivían como en una comunión de trabajo y de oración, a porfía en cuanto a virtud y méritos. Pidamos la gracia de la devoción a María, de conocerla e imitarla y rezarla siempre más.

San José tiene además dos oficios particulares: | es protector de los moribundos y patrono de la Iglesia universal. En este mes hay que recitar de modo especial la jaculatoria: «Oh san José, padre putativo de Jesús y verdadero esposo de María Virgen, ruega por nosotros y por los agonizantes de este día», custodia a los moribundos de esta jornada, o de esta noche. Él, que tuvo la muerte más santa después de las de Jesús y María, nos obtenga la gracia de recibir bien los sacramentos en punto de muerte. Y nos obtenga la gracia de prepararnos a una buena muerte con una santa vida. Pr 2 p. 83

Finalmente, san José ha sido proclamado protector de la Iglesia universal. En el mes, ya desde ahora, queremos pedir que san José proteja al Papa, al episcopado, al clero, a los religiosos, a todos los cristianos, dando a cada uno fortaleza para vivir santamente e imitar a Jesús. Estamos en la Iglesia militante, y es necesario combatir contra el mal y el pecado. Así un día mereceremos ser coronados en la Iglesia triunfante.

He aquí, pues, las gracias que pedir especialmente en este mes: 1. Ser dignos cooperadores en la redención del mundo. 2. Tender cada día con empeño a la santidad. 3. La intimidad con Jesús. 4. La intimidad con María. 5. El amor a los pobres y el amor al trabajo. 6. La gracia de una santa muerte. 7. La protección de san José sobre toda la Iglesia.[5]

---

[5] En estos siete puntos-resumen encontramos el compendio de la coronita a san José, compuesta por el propio P. Alberione, en sustitución de la precedente, tomada de *Máximas eternas*.

«San José, provee; san José, ampáranos»: son dos jaculatorias que están bien en nuestros labios, y sin duda hay almas que las repiten frecuentemente.

Pr 2 p. 84 Y ahora, alegrémonos con san José por su eminente santidad, cantando: «*A san José, al ínclito...*», etc.[6]

[6] Otro himno a san José (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 259-260).

LAS TENTACIONES DE JESÚS Y LAS NUESTRAS [1]

El fin de esta meditación es fortificarnos contra las tentaciones: tentaciones generales y tentaciones particulares. «No nos dejes ceder a la tentación, sino líbranos del Malo» [Mt 6,13]. Señor, no permitas que seamos tentados y concédenos que en las tentaciones salgamos siempre victoriosos. Líbranos del mal pasado con el perdón, del mal presente preservándonos de las caídas, y de todo mal futuro, o sea, especialmente de la condenación eterna, de la eterna esclavitud.

La devoción típica de la Cuaresma es la devoción a Jesús crucificado; en modo especial hay que contemplar al Salvador herido en sus manos, en sus pies, en su cabeza, en su costado. *«Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea»*.[2] La meditación más practicada sea sobre el Evangelio, en modo particular los relatos que conciernen a la pasión y a la preparación de la misma. Jesús desde la cruz nos infunda odio al pecado; nos haga comprender que éste es el mayor mal, el único mal en el mundo. Mal respecto a Dios y mal respecto a nosotros. Que podamos, pues, detestar y huir el pecado; huirlo y guardarnos de cuanto nos conduce al pecado, particularmente las tentaciones.

En el evangelio de hoy se habla de las tentaciones de Jesús [cf. Mt 4,1-11].[3] Pr 2 p. 85

El demonio tienta a Jesús con la tentación de la carne, con la concupiscencia de los ojos y con la concupiscencia del orgullo. Jesús quiso ser tentado para amaestrarnos a nosotros.

Las tentaciones son pruebas, y en la vida hay tentaciones generales y tentaciones particulares. La vida misma es toda ella una prueba. ¿Para qué fuimos creados? ¿Para qué estamos en esta tierra? Para soportar la prueba, o sea para demostrar si de veras creemos en Dios, amamos a Dios, escuchamos a Dios, | o por el contrario nos inclinamos a las fábulas del mundo. Si escuchamos las tentaciones, seguimos la carne, seguimos la ambi- Pr 2 p. 86

---

[1] Meditación dictada el domingo 22 de febrero de 1953, I de Cuaresma.

[2] Sal 22/21,17-18: «Me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos».

[3] En el original el texto evangélico se transcribe entero.

ción. Toda la vida es una tentación. Hay quienes salen victoriosos, y son santos, y hay quienes quedan vencidos, y su sitio está allá abajo: un lugar de ignominia, porque no supieron combatir. Se dan las tentaciones particulares, y todas juntas forman la gran tentación de la vida.

Están las tentaciones internas: pensamientos, sentimientos, las pasiones del orgullo, de la avaricia, de la carne. Y están las tentaciones externas: el demonio, enemigo de Dios y de las almas, a las que siempre trata de arruinar, y el mundo con sus atractivos, con sus diversiones, con sus malos ejemplos, con las lecturas, los espectáculos, las amistades; en fin, las tentaciones que vienen de las personas o de las cosas del mundo, y actúan tanto sobre el alma y sobre la misma mente que corrompen los pensamientos, hacen olvidar los principios de la fe.

Pero más frecuentemente, son los hombres quienes se tientan a sí mismos, porque se meten en las ocasiones, o con amistades o con libertades que no deberían permitirse, o con conversaciones o con lecturas o con espectáculos. En fin, se buscan las tentaciones. Y quien voluntariamente se mete en ellas, ¿puede esperar la gracia particular necesaria para vencer? Así sucede tantas veces que uno hace caer al otro, y se ve un juego parecido al de los ladrillos: cayendo uno a tierra, toda la pila de ladrillos se viene abajo.

Está después quien se tienta por sí solo de otro modo: con el ocio, con la pereza, con la fantasía, con la pérdida de tiempo, permitiéndose cualquier pensamiento, abundando en la satisfacción de la gula. Y cuando el orgullo cobra ventaja, y cuando la ira domina a la persona, y | cuando la carne se hace prepotente, ¿se vencerá?

Pr 2
p. 87

Es necesario que escuchemos la invitación de Jesús: «Manteneos despiertos y pedid no ceder a la tentación» [Mt 26,41]. Hay que orar y vigilar.

1. *Oración.* Todas las partes de la misa están hoy orientadas a hacernos considerar que la ayuda que necesitamos nos debe venir de Dios. Nadie se crea fuerte, invencible. Es un gran error confiar en nosotros mismos; un error fatal, pues quien confía en sí está apoyándose en una caña cascada. Recordemos siempre que cayeron Adán y Eva, aun teniendo tantos dones de Dios, tanta gracia. El demonio es astuto; las pasiones vuelven cada día al asalto y el mundo nos rodea de modo que, si no vigilamos, acaba entrando en el espíritu y en el corazón.

Cuando explota la gripe, es mucho más fácil que la enfermedad se difunda. Pues mucho más los corazones, incluso de los religiosos, pueden quedar cubiertos con el polvo del mundo.

Mirad los textos de la liturgia. El introito dice: «Me invocará y le escucharé; le defenderé, le glorificaré; le saciaré de largos días. Quien habita al amparo del Altísimo, vivirá a la sombra del Omnipotente». Y el gradual: «A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra». Y en el tracto: «Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente, | di al Señor: "Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti"...».[4] Pr 2 p. 88

¡Hemos de recurrir todos al Señor, orar! Pero en nosotros hay tanto orgullo, tanta soberbia, que, cegados, no sentimos la necesidad de Dios; por eso no rezamos con suficiente humildad de mañanita. Y entonces, si empezamos la jornada tan flojos, sin pertrecharnos de la ayuda de Dios, sin la persuasión de que debemos vigilar, puede darse que antes de la tarde ya hayamos tropezado. Una jornada comenzada tan mal hace temer. Es como empezar el viaje sin las provisiones, sin el alimento.

La vida es un viaje difícil; todos sufrimos insidias. En los más falta el temor de Dios, o sea la persuasión de que podemos salvarnos o condenarnos; de que dentro de no muchos años nuestra suerte eterna será el cielo o | el infierno. Y entonces se va adelante tranquilos, ciegamente, y algunas veces, casi de golpe, he aquí que el alma se ve en el precipicio, la jornada está vacía de méritos, si ya no es que se mancha de pecado. Pr 2 p. 89

De mañanita, humildemente, inclinada la cabeza, hay que invocar ayuda, luz, piedad. ¿No veis cómo la Iglesia hace empezar la misa? Postrándonos ante Dios, confesando nuestras culpas pasadas: «Yo confieso...», por eso invoco la ayuda de Dios, invoco la ayuda de la Virgen, de los santos, para no caer de nuevo.

Humildad, por la mañana, y oración.

2. *Vigilancia.* El enemigo principal está en nosotros; es la carne, que siempre nos acompaña noche y día. ¡Atentos, pues, a los pensamientos de orgullo, a los que pueden ser contrarios a

[4] Son versículos del salmo 91/90, citado casi completo.

las otras virtudes: caridad, pureza! Y además, vigilancia sobre el corazón, que es un nido de pasiones, que pueden servirnos para la santificación, pero pueden también ser ocasión de ruina, si no resistimos; a veces basta una curiosidad. Vigilancia asimismo sobre las palabras que se dicen, las miradas que se lanzan, las cosas que se oyen y el modo de gobernar nuestro cuerpo, nuestra lengua.

Hay que vigilar con quién se va, pues vale el dicho: «Dime con quién andas y te diré quién eres»; o bien «Dime qué lees y te diré quién eres»; y se puede también añadir: «Dime qué miras, de qué espectáculos y amistades te deleitas, y te diré quién eres».

¿Tenemos aún necesidad de experiencias para convencernos de nuestra debilidad? ¡No hagamos otras dolorosas experiencias! Sabemos que luego deberemos llorar mucho. Miremos al crucifijo, pues, e invoquemos ayuda: *«Qui hábitat | in adiutorio Altíssimi, in protectione Dei cœli commorábitur»*.[5]

Pr 2
p. 90

¿Vigilamos sobre las tentaciones? ¿Sobre nosotros mismos? ¿Sobre nuestro interior? ¿Sobre los peligros externos? ¿Y rezamos humildemente? ¿Sentimos nuestra fragilidad?

¡Cuántas tentaciones puede insinuar en el ánimo el demonio, especialmente con principios o ideas torcidas! Así, pues, invoquemos la ayuda de Dios.

Vamos a cantar el *De profundis*.[6]

---

[5] Sal 91/90,1: «Tú que habitas al amparo del Altísimo, tú que vives a la sombra del Omnipotente».

[6] Sal 130/129: «Desde lo hondo (a ti grito, Señor)».

Retiro mensual

Pr 2
p. 71

LA MORTIFICACIÓN [1]

En estos días recitamos a menudo la antífona: *«Advenerunt nobis dies pœnitentiæ»,* han llegado para nosotros los días de penitencia. La Cuaresma recuerda el ayuno de Jesucristo.

La Cuaresma debe llevarnos a la imitación de Jesucristo. En este retiro, pediremos al Crucificado especialmente la gracia de entender qué es la mortificación, cuán necesaria es y cómo se practica entre nosotros, regularmente.

Es preciso pedir enseguida la gracia de entender bien los dos primeros puntos, es decir:

1) qué es la mortificación; 2) cuánto es necesaria.

Tiempo de Cuaresma. Quienes no están obligados al ayuno, sí lo están a hacer otras penitencias. «Si no os enmendáis, todos vosotros pereceréis» [Lc 13,3]. Esta es la primera predicación hecha, casi con las mismas palabras, por Juan Bautista y el Mesías, cuando comenzó su ministerio público.

Cuando se habla de penitencia, muchos piensan en cilicios, ayunos y flagelaciones; ciertamente hay penitencias "de consejo", pero antes están las de absoluta obligación. *«Omnes similiter períbitis»,* si no hacemos esas penitencias seguramente obligatorias.

¿Qué es, pues, la mortificación? La mortificación es domar nuestras pasiones, domar nuestras malas inclinaciones. En nuestros días se quisiera, a veces, seguir un cierto espíritu mundano: contentar, | dejar máxima libertad para hacer lo que la naturaleza pide. Esto constituye un grave error, cuando significa libertad de sentimiento, libertad de miradas, libertad de estudiar o no estudiar, libertad de contentar esta pasión o aquella otra. *«Omnes similiter períbitis»,* si no mortificamos las pasiones.

Pr 2
p. 72

Hay que domar las pasiones: *«mortuum fácere»,* sujetar talmente nuestro cuerpo, nuestro corazón y nuestra voluntad que se les pueda guiar; como si se tratara de un caballo joven e inquieto. Dice Santiago: si le metemos el freno en la boca y usa-

---

[1] Meditación dictada la tarde del sábado 28 de febrero de 1953. En el opúsculo original se la colocó erróneamente el 28 de enero.

mos los ramales, guiamos al caballo por el camino justo [cf. Sant 3,3]. El caballo podría llevarnos al retortero, podría llevarnos al precipicio: es preciso frenarlo. Pues igual hay que frenarnos a nosotros mismos, ¡con la mortificación!

Hemos de tener sujeta la voluntad, sujeto el corazón, sujeto el cuerpo, sujetos los ojos y la lengua. No se debe permitir al cuerpo, al espíritu, a los sentidos lo que lleva a la ruina, sino frenarlos y, en cambio, impulsar nuestro corazón hacia Dios, empujar nuestra persona, todo nuestro ser hacia el deber, al estudio, la oración, el apostolado.

Al caballo no se le frena sólo para detenerlo, sino para que no haga locuras; y, mientras, se le impulsa adelante para que recorra el camino y haga el servicio apropiado. Los ojos quisieran mirar lo que no deberían, y no mirar lo que deberían; pero lo justo es que no deben mirar lo que es peligroso, y sí, en cambio, leer la gramática, la historia, los libros que nos toca estudiar. Igualmente hay que guiar la lengua, guiar todos los sentidos y particularmente nuestras potencias interiores. Eso es la mortificación.

Pr 2 p. 73 Hay cosas de consejo: dar una moneda como limosna puede ser de consejo; pero escuchar la misa el domingo no es de consejo, sino de precepto grave. Y así muchas mortificaciones son de consejo, pero otras tantas están impuestas bajo pena de pecado, incluso grave. ¿Podrían tenerse ciertas conversaciones que llevan a excitar las pasiones? No, pues hay una prohibición grave, el alma podría mancharse de pecado grave que conduce al infierno. ¡No estamos ante cosa de consejo!

Digamos enseguida una cosa genérica, para entender la necesidad de la mortificación. Ningún bien puede obtenerse en el mundo sin sacrificio, sin mortificación. Si uno quiere hacerse sabio, tiene que frenar su inquietud y ponerse a estudiar. Si se quiere hacer bien el apostolado, es preciso dominar nuestros sentidos y aplicarse con las energías, la fuerza y la inteligencia que tenemos.

Aun para vivir como hombres honrados es necesario mortificarse. Quien holgazanea nunca gozará de buena estima; quien no frena la lengua y suelta mentiras a troche y moche, no tendrá el aprecio de los hombres. Hasta quienes en esta tierra quieren ganar sólo dinero, ¡cuánto se fatigan, cuánto piensan, cuántas preocupaciones tienen! Ningún bien se puede obtener en la tierra, ni siquiera los bienes naturales, sin la mortificación.

¡Cuánto menos podrá obtenerse la santidad; cuánto menos se podrá seguir la vocación; cuánto menos se podrá llegar al sacerdocio, al estado religioso o aun sólo a vivir como buen cristiano, sin mortificación! Quien quiere llevar la vida del buen cristiano, debe evitar los vicios capitales y los demás pecados que van contra uno u otro mandamiento. Y bien, la naturaleza | empuja hacia el mal; es prepotente la inclinación al orgullo, a la carne, a la pereza, a los bienes de este mundo. Hay quien tiene una inclinación y quien tiene otra; y si no se las mortifica, ciertamente no se vive la vida del cristiano.

Pr 2
p. 74

Algunos creen que la mortificación esta sólo dentro de los muros del Instituto, mientras fuera se dan todas las libertades, todas las satisfacciones. ¡Pobre gente sin cabeza, que no entiende nada! La mortificación, el trabajo y las preocupaciones empiezan en la otra parte. ¡No seamos necios! ¡Cuántas veces, si se viera el trajín interno, quienes nos dan envidia nos moverían a compasión! [2]

La vida cristiana está trazada por Jesucristo: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo» [Lc 9,23]. Reniegue a la pereza, a la gula, a la envidia.

Pero ¿se podría prescindir de la mortificación para ser un hombre digno de este nombre? Se dice que Alejandro Magno,[3] una vez, respondiendo a un amigo que le hacía propuestas vergonzosas, prorrumpió con estas palabras: «¿Tú crees que yo tenga un espíritu de animal? No quiero envilecerme y caer tan bajo». ¡Así que resistencia a las pasiones!

Hay personas que no viven como tales y –dice la Escritura– se parangonan a los animales. Puede suceder que en un momento de enmienda, de meditación, de reflexión sobre sí mismo, ese individuo confiese: «¡Yo no vivo como hombre! No soy racional, me dominan los sentidos, me guía la materia».

---

[2] Referencia evidente a una estrofa de Pietro Metastasio (1698-1782): «Si a uno el interno afán / se le leyera en la frente, / ¡cuántos de quienes le envidian / le serían indulgentes!».

[3] Alejandro de Macedonia (356-322 a.C.), hijo de Filipo, educado por el filósofo Aristóteles (384-322 a.C.), fue uno de los mayores conquistadores de la antigüedad. De él toma nombre la civilización mediterránea basada en la cultura griega, en el período entre los siglos IV y II antes de Cristo.

Decía un escritor muy nombrado: «Hay quienes fatigan toda la vida por los honores y son mártires del humo, pues se azacanan por una cosa vana que se pierde. Otros son mártires de la
Pr 2 tierra, porque se desloman toda la vida | para enriquecerse.
p. 75 Otros son mártires de cosas aun más bajas, son siervos de cosas ruines, se ponen a la altura de los seres inferiores». ¡Tenemos que vivir como hombres; vivir como cristianos!

¿Cómo vivió Jesucristo, desde el pesebre a la cruz? ¿Cómo fue en el pesebre? ¿Cómo en el destierro de Egipto, cómo en la casita de Nazaret, en la vida pública y en la vida dolorosa?

La mortificación se requiere máximamente si uno quiere corresponder a la vocación. Hay que distinguir entre lo que es malo y lo que es bueno; entre lo que quiere la naturaleza y lo que quiere la gracia, la fe. La vocación exige desapego, aplicación al estudio, entrega de nuestras fuerzas a determinados deberes, requiere la obediencia, la pobreza y la pureza. Y todo esto ¿se obtiene sin mortificación? ¡Imposible! Hay personas que no se atreven a confesárselo a sí mismas, sienten que les falta la valentía de resistir a las pasiones. ¿Por qué? Porque no rezan. Sólo el hombre valiente, el hombre que se vence a sí mismo, sabe elevarse a un estado tan grande y tan hermoso como el de la vida religiosa y sacerdotal. Nos causan impresión los capitanes que han vencido las grandes batallas, las grandes guerras; pero quien se vence a sí mismo es más grande de quien triunfa en las guerras. Y de todos modos, nunca se lograría ser grandes hombres sin someterse a la fatiga, al deber.

Esta tarde miremos al crucifijo. ¿Cuáles son los ejemplos de Jesús, sus ejemplos desde el pesebre al calvario? Nace pobre, vive pobremente; en la casita de Nazaret se dedica al trabajo, ¡nada de mundanidad! En la vida pública fatiga; en la vida dolo-
Pr 2 rosa sufre toda clase de penas | internas y externas. ¡Cuántos
p. 76 están dispuestos a recibir las consolaciones de Jesús, incluso a hacer la comunión, pero no lo están a llevar la cruz detrás de él!

Hemos de seguir a Jesús al Calvario. ¡Pero cuántas veces no tenemos ánimo ni para seguirle en los primeros pasos! Y le dejamos subir solo al Calvario. Quisiéramos una vida que fuera una garantía para el cielo, para la eternidad, y al mismo tiempo no disturbara ni impidiera las satisfacciones en la tierra. ¡Pero no cabe poner juntas luz y tinieblas, virtud y vicio, amor a Jesús

y abandono de Jesús, vida santa y vida tibia, de satisfacción, de libertad. Dice la *Imitación de Cristo* que Jesús tiene muchos compañeros de mesa, pero pocos que le lleven la cruz.

Vengamos a algo práctico: ¿cómo mortificarnos?

Un alma pedía con insistencia a Jesús que la enseñase cómo mortificarse: «¿Qué debo dejar, qué debo hacer, en qué debo negarme a mí mismo?» Jesús le hizo sentir una inspiración: *«Semper et in ómnibus»*.[4] Deberás negarte siempre y en todo. Siempre: de mañanita, para levantarse; en el estudio, para aplicarse; en clase, para prestar atención; en el trato con los compañeros, para tener caridad; en el curso de la jornada, para la obediencia, para observar los horarios; en la iglesia, para alejar las distracciones; en el apostolado, para cumplir el deber. En casa, fuera de casa, en familia, con tal persona, con tal otra.

A lo largo del día nosotros debemos siempre dejar lo que es malo y hacer lo que es bueno. Y dejar lo que es malo implica mortificación, y hacer lo que es bueno implica mortificación. | Concretemos algunos aspectos: la mente no puede pensar en cualquier cosa, sino en lo que es bueno; el corazón debemos dominarlo y no dejarlo caer ni a derecha ni a izquierda; igualmente dominar las intenciones y las aspiraciones. ¡Cuántas veces necesitamos poner el corazón en su sitio! Mortificar la voluntad especialmente con la obediencia, someterse en las pequeñas cosas y en las grandes: *«in ómnibus»*. Pr 2 p. 77

Mortificación externa: controlar los ojos. No se puede ir viéndolo todo, mirándolo todo, fijándose en todo, leer todo, etc.; sino que hay que mirar lo que se debe mirar. Si levantas la vista y miras la Hostia santa, si usas los ojos para estudiar, si los empleas para los usos comunes de la vida humana, civil y social esto significa utilizar santamente los ojos. Mortificación del oído: no se puede oírlo todo, pero sí escuchar muchas cosas: la meditación, las lecciones, los avisos, tanto los recibidos privadamente, en el confesionario, como en público a toda la familia. Mortificación de la lengua. ¡Ah!, esta lengua ¿se usa mal o fuera de tiempo? ¡Cuántas veces no cumple todo el cometido para el cual se nos ha dado! ¿Mortificamos nuestra lengua? ¿Sabemos mortificar el tacto, que es el sentido más extendido en el

[4] «Siempre y en todo».

cuerpo? Si tomamos un crucifijo en las manos y miramos esa cabeza traspasada por las espinas, esas manos y esos pies taladrados por los clavos, el costado abierto, el cuerpo santo llagado por los azotes, ¿no sentimos un reproche? A una persona que seguía mucho las cosas del mundo, la aconsejó su confesor mirar a menudo el crucifijo y decirse a sí misma: «Jesús está en la cruz, y yo busco toda la comodidad; Jesús es humillado, escarnecido, y yo me | ofendo por cualquier palabra contraria; Jesús es pobre, y yo en cambio non quiero privarme de nada. ¿Soy cristiano yo? Percibo que Jesús desde la cruz me responde que no». Estas breves meditaciones, estos coloquios íntimos entre el alma y Jesús procuraron una buena conversión, una conversión decisiva.

Pr 2
p. 78

Quiero ser un buen cristiano, quiero mostrar que amo a Jesús. Por eso esta tarde y luego en todo el retiro pidamos a Jesús la gracia de saber mortificarnos bien. Tratemos de entender qué es la mortificación, y luego detenernos especialmente en las mortificaciones conectadas con nuestra vida, con la profesión de cristiano, con los deberes diarios. Y después hagamos buenos propósitos.

«AB OMNI PECCATO...» [1]

Pr 2
p. 90

Solemos repetir siempre la invocación *«Ab omni peccato, líbera nos, Dómine»*.[2] Pedimos que el pecado, aunque sea venial, no sea aceptado, no sea cometido por ninguno, no se esconda o se infiltre en nuestras casas. Entre el pecado mortal y el pecado venial hay una distancia infinita; sin embargo, el venial es como una enfermedad.

Si un joven estuviera enfermo, no gravemente, pero un poco en todo el organismo: en los ojos, en el oído, en la lengua, en los pies, en las manos, en el corazón, ¿cabría decir que tiene buena salud? No; está vivo, sí, pero su salud ciertamente no es buena. Y bien, si uno falta un poco con los pensamientos, con las miradas, con la lengua, con detenerse a escuchar lo que no se debe escuchar (por ejemplo las murmuraciones), yendo con quien no debería ir, realizando obras no tan perfectas como tendrían que ser, etc., no estará aún en pecado grave, pero puede decirse que está enfermo en todos sus sentidos.

Imaginaos a Job, cuando fue sorprendido por aquel cúmulo de males y su cuerpo se pudría en todos los miembros, tanto que le sacaron fuera de casa y le dejaron encima de un poco de paja... | ¡qué estado miserable! [cf. Job 2,8]. Pues bien, hay almas que Pr 2
están enfermas un poco en todo; hay almas que, aun estando toda- p. 91
vía unidas a Dios, tienen con éste una enorme responsabilidad, pues no corresponden a las gracias, no corresponden a las comunicaciones de Dios. Son almas que pierden los méritos por todas partes; de la mañana a la noche, su jornada está marcada por imperfecciones, por pequeñas faltas, a las que dan poca importancia.

¡Ah, el pecado venial! Hay quien lo detesta, lo rehuye y se muestra más diligente en quitarlo de su alma que de limpiar la propia ropa. Y hay en cambio quien lleva en su alma muchas manchas: tal vez lleve el vestido intacto, pero en realidad uno así no es presentable.

El pecado venial acarrea consigo muchos daños, el primero de todos la fealdad del alma ante Dios. En la vida hemos de es-

---

[1] Meditación dictada el sábado 28 de febrero de 1953, como segunda plática del retiro.

[2] «De todo pecado líbranos, Señor».

tar acompañados del santo temor de Dios, que es lo que nos mantiene vigilantes: temor de ofender, de disgustar al Padre celeste; temor de no ir con el alma suficientemente pura a la comunión; temor de perder las gracias; temor de perder los méritos; temor de malgastar la vida, al menos en parte; temor de que las faltas veniales al final nos lleven al pecado grave; temor de que las enfermedades espirituales vayan agravándose y traigan al alma la muerte. «Señor, infúndeme el santo temor, el temor al pecado, de ofenderte a ti».

El temor de Dios hace vigilar sobre los pensamientos, los sentimientos y las palabras que se dicen. Quien no es timorato de Dios, interiormente piensa en cualquier cosa; en sus conversaciones dice | cualquier cosa; por doquier cae en cantidad de
Pr 2
p. 92
defectos, que forman como una cadena y hacen el día triste, vacío: se priva de gran número de gracias ante Dios.

El pecado venial fácilmente oscurece la inteligencia: ya no se entiende, no se tiene una idea clara respecto a nuestros deberes. ¿Podrá así resultar que, a fin de año, los estudios hayan ido bien, que la piedad haya crecido, que las virtudes hayan aumentado?

Cuando no hay este temor de Dios, se llega incluso al punto de no dar importancia alguna al pecado, y la vida se arrastra entre innumerables imperfecciones. Con el pretexto de que son cosas veniales, el alma va acercándose a cosas más graves. Además, cuando de jóvenes se ha contraído la costumbre a las faltas veniales, en toda la vida, en todos los cargos, en todo cuanto se haga, en todas las relaciones, doquier uno se mostrará cual es; y, ya más adelante en los años, resulta incorregible; a veces se da este espectáculo mísero: con el crecer de los años, crecen también los defectos.

¿Qué será entonces la muerte? Moribundos que siguen aún cometiendo faltas y cayendo en los defectos que les han acompañado toda la vida: impaciencias, desvelos por las cosas materiales, ansiedad sólo por la salud, ¡descontentadizos!

Además, el pecado venial es causa de muchas penas o en esta tierra o en la otra vida. Cuando un alma comete muchas venialidades deliberadas, Dios la priva de muchas gracias y por tanto ya
Pr 2
p. 93
no se siente aquella fuerza, aquel ardor, aquel | fervor que experimentan los santos en trabajar en la propia santificación. El alma acaba sintiéndose un poco incapaz e insuficiente en todo.

Es preciso corregirse a tiempo. El santo temor de Dios hace desaparecer poco a poco el pecado venial. Hay personas en las que, conforme pasan los días, se ve crecer la virtud: de un año a otro son más fuertes, más amantes de la pobreza, de la obediencia, del estudio, de los deberes. Y otras, en cambio, con una trayectoria opuesta, pues van desmereciendo, perdiendo cada día más la luz de la mente, la fuerza de voluntad y la generosidad con el Señor.

El pecado venial merece no el infierno, pero sí el purgatorio, que no siempre es temido como se merece. El purgatorio está reservado a las almas que se han abandonado a las faltas veniales y no se han enmendado, no han hecho esfuerzos para corregirse. "El purgatorio –se dice– no es eterno, sino temporal". Es verdad, ¿pero sabemos qué significa una hora de purgatorio, una hora sola? ¿Nos parece poco sufrimiento, un sufrimiento desdeñable estar una hora entre las llamas? Y la pena del sentido no es la principal; la principal es la privación de la vista de Dios, de la visión de Dios, de la contemplación de Dios, estar lejos de Dios.

Hay almas descuidadas en la comunión; almas descuidadas en la oración en general; almas descuidadas en la visita; almas sin verdadero amor a Dios. De ahí que sean privadas de la vista de Dios, por un tiempo más o menos largo. Son almas que no fueron generosas con el Señor; almas que no se esforzaron en hacerse hermosas, agradables a Dios. ¿Y queréis que después de la muerte se las acoja enseguida en el cielo?

Personas que llevan hasta la muerte orgullo, desobediencia, faltas de pobreza, indelicadezas, fácil abandono al jolgorio | desenfrenado o a la tristeza y el desaliento; personas que se han propasado demasiado en la pereza, en la gula, en los sentimientos del propio corazón, en el exceso de los afectos; o bien que han faltado en la caridad, cultivando antipatías o simpatías. ¿Posible que tras la muerte entren enseguida en el cielo? Pr 2 p. 94

Las indulgencias requieren ciertas disposiciones; y, en el momento de la muerte, si no se dan esas disposiciones, ¿puede esperarse que las indulgencias sean aplicadas al alma? Hay que tener odio a los defectos, luchar contra ellos. Escuchemos, pues, lo que nos dice hoy san Pablo en la epístola: *«Sic cúrrite ut comprehendatis»*.[3] Es preciso trabajar, combatir nuestras malas inclinaciones.

[3] 1Cor 9,24: «Corred así, para ganar [el premio]».

Sólo quien vigila y ora puede enmendarse, mostrando de veras detestar sus malas inclinaciones, detestar el pecado venial. Pero ¿qué será de las almas que abandonan la lucha, que no resisten a sus pasiones, que no vigilan sus sentidos?

Una serie infinita de venialidades. ¡Ah, si algunas almas pudieran verse, pudieran conocerse bien a sí mismas! Aquella santa había pedido al Señor que le hiciera ver la propia alma hasta el fondo, cómo se encontraba ante Dios; y a pesar de que había hecho mucho trabajo, cuando se vio en aquella luz que Dios le concedió, tuvo como horror de sí misma al divisarse manchada de venialidades, de imperfecciones que la hacían deforme.[4]

A veces se temen los fallos externos, se teme hacer mala figura ante los hombres; se tiene miedo de una mancha en la cara, ¿y respecto al alma? ¡Cuántos cuidan más su estima ante los hombres, cuidan más su salud que no el ser bellos y agradables a Dios!

Pr 2 p. 95 ¿Podría el alma manchada entrar allá en el cielo, donde todo es blanco y cándido? Nada de manchado puede entrar allí.

Así pues, hoy examinémonos. Tratemos de penetrar, de conocernos a nosotros mismos; digamos al Señor que nos envíe su luz, su gracia, para que podamos descubrir los defectos cotidianos, las imperfecciones, y podamos concebir un verdadero dolor del pecado venial, de las pequeñas ofensas a Dios. Ciertamente, quien está lejos del pecado venial, lo estará también del pecado grave. Y para no caer en pecado grave, no hay mayor seguridad que odiar el pecado venial.

Vamos a pedir a María inmaculada, a María Madre íntegra, Madre purísima, la gracia de odiar toda mancha y de limpiar continuamente nuestra alma, en los exámenes de conciencia y en la confesión.

Quien va por un camino, fácilmente se llena de polvo: es necesario que al fin del viaje se limpie; es necesario que por la no-

---

[4] En otra ocasión el P. Alberione había citado el ejemplo de santa Margarita Alacoque, según cuanto el joven Timoteo Giaccardo anotó en sus apuntes personales, el 26 de enero de 1919, refiriendo las palabras del Fundador: «La beata Margarita Alacoque, que era ya una serafina y había ya recibido tantas apariciones del sagrado Corazón, una vez que Dios le hizo ver su alma, se desmayó...».

che, antes de ir a la cama, hayamos limpiado nuestra alma con el arrepentimiento. Cada semana y particularmente en el retiro mensual, hagamos una limpieza general de nuestra alma. Entremos en nosotros mismos. Veamos lo que ya hemos obtenido y lo que aún nos falta. Conozcamos los defectos internos y los externos, particularmente ahora, en la misa.

El ángel custodio, que nos ha visto caer en estas venialidades, nos ilumine, nos obtenga la gracia de conocernos. Y luego logre de Dios la gracia de un propósito firme: propósito de trabajar toda la vida en enmendarnos.

Pr 2
p. 96

EL PECADO VENIAL [1]

El pecado venial es un mal respecto a Dios; es un mal respecto a nosotros mismos; es un mal también respecto al prójimo.

Respecto a Dios es una ofensa hecha a nuestro buen Padre celeste; es un disgusto causado a su corazón. El pecado venial no es una injuria grave, pero sí es desconocer, en cosas ligeras si se quiere, la voluntad de Dios sobre nosotros; es considerar en poco la ley de Dios. Por ello, el pecado venial visto respecto a Dios es un mal tan serio que no es lícito cometerlo por evitar cualquier pena, cualquier disgusto. Entre los males que pueden afectar a la humanidad, ese es el más grave.

Sobre esto encontramos expresiones fuertes en los libros espirituales. A veces hay almas que, no teniendo mucha sensibilidad espiritual o tanto conocimiento de las cosas espirituales, consideran exagerados ciertos libros o ciertas predicaciones; pero son ellas las que exageran, no conociendo suficientemente qué quiere decir ofender a Dios, disgustarle.

Se dice: «Pero es una culpa venial, no impide la comunión; al máximo deberé sufrir alguna pena en el purgatorio; es venial, luego no me hace perder la gracia». Es verdad: el pecado venial no es mortal; lo ligero no es grave; pero el pecado venial, considerado en sí mismo, es un mal muy grave, porque ofende a Dios. Hemos de ver el pecado mortal como una locura; pero también el pecado venial es en sí mismo un | gran mal, y sólo el que no sabe recapacitar puede permitirse el cometerlo con ligereza; hasta el punto que puede darse lo que se dice en algún libro: «Beben las venialidades como un vaso de agua, sin indagar y, por tanto, casi en la imposibilidad de corregirse».

Pr 2
p. 97

El pecado venial, es asimismo un gran mal respecto a nosotros. En primer lugar impide la caridad, el fervor de la caridad, la unión íntima con Dios. No rompe la caridad; no destruye la unión con Dios, pero enfría la caridad. Un alma, dada a cometer durante el día tantas faltas veniales, un poco en el estudio, un poco en la iglesia, un poco con los superiores, un poco con los inferiores, un poco por desobediencia, ¿creéis que al día si-

[1] Meditación dictada el domingo 1 de marzo de 1953. Conclusión del retiro.

guiente hará una comunión muy fervorosa? ¿Creéis que tendrá hacia la santísima Virgen una devoción íntima, sensible, filial? ¿Creéis que pueda relacionarse fácilmente o al menos con suficiente espontaneidad con su ángel custodio?

Esta disminución de caridad es, para los llamados a la vida religiosa, un mal que debe destacarse muy particularmente. La vida religiosa es fruto de fervor, de verdadero amor de Dios; quien, en cambio, se habitúa tan fácilmente a las venialidades, poco a poco va enfriándose y de consecuencia ya no sentirá aquella llamada íntima que viene de Dios: «¡Te quiero santo, sé mío enteramente!». Cuando un padre no se siente correspondido por un hijo, ¿puede tener con él las confidencias que un buen padre usa con un hijo bueno? Ciertamente que Dios es el mejor de los padres y está dispuesto, apenas nos dirijamos a él, a abrirnos su corazón para darnos abundantemente sus gracias y misericordias. Pero si nosotros no hacemos ningún caso | del pecado venial, es decir de disgustarle continuamente, ¿qué pasará? ¿Pretenderemos aún que el Señor extienda sus manos y sea con nosotros pródigo en misericordia y confianza? ¡Almas que ya no sienten la voz de Dios! Podéis razonar con ellas, aducir los argumentos más fuertes: ¡su ánimo está ya un poco cerrado, no tienen ya sensibilidad espiritual!

Pr 2 p. 98

Además es el caso de pensar que, incluso aquí en la tierra, puede que no tengamos todas las bendiciones de Dios. ¡Ah, si hubiéramos desplegado mayor fervor en la oración; si no nos hubiéramos acercado al pecado mortal mediante muchas faltas veniales, quizás seríamos bien diversos! ¡Cuántos más méritos hallaríamos ahora en nuestra alma!

El Señor priva de muchos consuelos a las almas que son medio sordas a sus invitaciones y que tienen poco en cuenta las ofensas contra él, ¡porque se trata de ofensas ligeras! A veces la aridez espiritual es una prueba de Dios, pero otras es un castigo, porque estas almas voluntariamente están distraídas, porque hacen poco caso de las meditaciones, de la palabra de Dios: la oyen distraídamente, no concluyen con buenos propósitos, su trabajo ha sido escaso si ya no nulo.

Cuando un joven es fervoroso en el alma, en su espíritu, puede estar segurísimo de tener una particular protección de María en su vida; tendrá particular asistencia del ángel custodio;

tendrá particulares comunicaciones de parte de Jesús. Su mente será más iluminada, su voluntad será más fuerte, su corazón se inclinará más hacia Dios; amará más a los pobres e infelices; será más comprensivo | su corazón.

Pr 2 p. 99

Hay corazones que se vuelven duros y se llenan de orgullo, de envidias y de mundanidad, porque las faltas veniales se han abierto ancho camino en ellos. ¡Y qué diferencia entre un alma fervorosa y otra que casi no hace caso de las venialidades!

Se dirá que el pecado mortal renueva la crucifixión de Jesús, mientras el pecado venial no. Pero, mientras, es una espina que se clava en su corazón; es un disgusto que se le da. Y el corazón de Jesús, manifestándose a santa Margarita María Alacoque,[2] ¿no se quejaba precisamente de las personas devotas? ¡Almas consagradas a él, almas llamadas a una vida de piedad particular, y que en cambio se mostraban indiferentes, insensibles a su amor, a su bondad, a sus gracias particulares!

El pecado venial, además, dispone al pecado grave, sea porque priva de gracias, sea porque el alma, poco a poco, se endurece y pasa de una culpa venial más ligera a otra más grave. Si Judas, al principio, hubiera resistido a la avaricia, no hubiera llegado al horrible delito de vender al Salvador. Si Caín, al principio, hubiera resistido a la pasión de la envidia, no hubiera llegado a matar a su hermano Abel.

Cuando con facilidad se escuchan cosas mundanas; cuando se quiere curiosear, y se quita la valla alrededor del alma, no cabe maravillarse de que, quitada la cerca, las bestias invadan la viña, es decir, que el demonio y el mundo, con todo su séquito, entren en esa alma. Antes había sólo cosas veniales: curiosidades un tanto atrevidas, pero luego el paso es fácil: bajando los peldaños uno cada vez, se llegará al fondo, donde no se pensaba poder llegar.

Pr 2 p. 100

Particularmente, hay que detenerse en tres puntos: obediencia, pobreza y castidad. En estos tres asuntos, quien empieza a

---

[2] Margarita María Alacoque (santa): (1647-1690) francesa; entró en las Visitandinas (o Salesas) de Paray-le-Monial, ciudad al sur de Dijón. Se le concedieron extraordinarias gracias místicas. Apóstol de la devoción al sagrado Corazón de Jesús, promovió la fiesta en reparación de los pecados y la práctica de los nueve primeros viernes para la perseverancia final. Fue canonizada en 1920.

bajar ignora si logrará pararse, tal vez no. Ciertamente el pecado venial dispone al mortal, *«qui spérnit módica paulátim decídet»* [3] dice el Epíritu Santo.

Hay que decir además una cosa concerniente a nosotros en particular. Vivimos en comunidad, y he aquí lo que sucede: si hay uno que empieza a perder tiempo en el estudio, y se vuelve a derecha e izquierda, buscando entablar conversación; si en la iglesia hay quien se muestra distraído o no reza, e incluso manifiesta no esforzarse en estar recogido, entonces se produce el efecto de la mancha de aceite: se expande. A veces basta una persona, para introducir el desorden en todo el grupo; basta uno que en la pobreza, obediencia o castidad busque siempre expandir la mancha, porque hace el bravucón, porque cree ser más moderno, porque piensa que ya llegó al uso de la razón y hay que emplearla... Justo porque se tiene el uso de la razón, hay que usarla bien y razonar así: «No quiero hacerme mal a mí mismo y no quiero ser de escándalo a los demás».

Hay que ser razonables, ser delicados. Si se introduce el uso de hablar en todas partes, se hablará hasta que uno caiga dormido por la noche. ¿Y se cierra así bien la jornada? La jornada no se cierra bien y no hace prever una buena comunión la mañana siguiente.

La costumbre de romper el silencio; la costumbre del desorden; la costumbre de juzgar mal, de criticar: ¡manchas de aceite que se expanden! Y quien introduce estas malas costumbres tiene su responsabilidad ante Dios, y tendrá que | rendir cuentas también del mal cometido por los demás. Pr 2 p. 101

Los superiores y los maestros se fatigan para introducir un poco de bien, y se les hace difícil. En cambio, introducir el mal, los abusos y el desorden, se hace pronto; la naturaleza ya está inclinada a ello. Pero oponerse así al trabajo de los superiores, de los predicadores, de los confesores, de los maestros y de cuantos llevan la responsabilidad de la comunidad, ¿puede parecer cosa baladí? ¿Cabe poder decir ante a Dios –ahora que lo exponemos solemnemente– *«ínnocens ego sum»*? [4]

¡Quién sabe cuántos males hayamos introducido nosotros mismos, por falta de delicadeza! Por tanto, ante nuestro Señor,

---

[3] Si 19,1: «Quien desprecia lo pequeño, se irá arruinando».

[4] He 18,6: «Yo no tengo culpa».

que nos oye, inclinemos todos nuestra cabeza y hagamos el examen de conciencia.

Los pecados veniales pueden ser contra cualquier virtud, pero vamos a recordar particularmente los pecados veniales de orgullo, de desobediencia; pecados veniales contra la pobreza, la delicadeza; pecados veniales por las pérdidas de tiempo; pecados veniales por la frialdad e indiferencia con que vamos quizás a la comunión; altercados, pecados de ira y más en particular aún los que nacen del defecto predominante.

Jesús lee hasta en el fondo del alma. Tratemos de leer también nosotros hasta el fondo de nuestra alma.

«Señor, danos tu luz, tu gracia; Señor, que yo no lleve estas venialidades a tu juicio; que yo empiece a detestar, combatir y eliminar todo pecado y defecto voluntario».

Cantemos el *«Parce, Dómine»*.[5]

[5] «Perdona, Señor...»: canto penitencial inspirado en Jl 2,17.

EL DON DE LA INTELIGENCIA [1]

Siempre hay que repetir la invocación *«Sacrum septenarium!»* [2] para que el Espíritu Santo nos infunda sus siete dones. En los días de la octava la liturgia señala una misa en la que siempre se recuerda la obra del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia.

Hoy, de modo particular, la Iglesia nos hace pedir el don de la inteligencia, que nos ilumina esparciendo una luz viva, penetrante, extraordinaria acerca del significado de las verdades reveladas y dándonos la certeza del verdadero sentido de la palabra de Dios. Esto significa que a menudo necesitamos un mayor conocimiento de la palabra de Dios; no un conocimiento superficial, saber sólo recitar de memoria una fórmula como sería el credo, sino entender, por cuanto le es dado a nuestra pobre naturaleza aquí en la tierra, el significado de los dogmas.

Luego sucesivamente, al considerar los otros dones, pediremos la gracia de amar la verdad, defenderla y ser sus cooperadores: *«Ut cooperatores simus veritatis»*,[3] para que seamos cooperadores con Cristo. En efecto, él nos ha dicho: *«Ego sum lux mundi»*.[4] Está aquí, Jesús, en el sagrario: *«Ego sum lux mundi»;* oigámoslo de sus labios con veneración y humildad. Y oigamos lo que añade: *«Vos estis lux mundi»;* [5] por vuestra parte, sois la luz del mundo, como sois la sal de la tierra y la ciudad situada en lo alto de un monte. *«Vos estis lux mundi»*.

---

[1] Meditación dictada el lunes 25 de mayo de 1953. – Del *"Diario"* sabemos que, desde primeros de marzo hasta el 12 de abril, el P. Alberione predicó a las comunidades diez meditaciones (algunas breves, otras más extensas), que no quedaron registradas. Casi diariamente solía entretener a los sacerdotes con temas apropiados. Del 12 de abril al 22 de mayo, junto con la Maestra Tecla FSP y la Madre Lucía PD, hizo un difícil viaje a Oriente: Japón, Filipinas e India, del que volvió «en condiciones lastimosas», con manos y pies vendados, por una infección contraída. Permaneció en su habitación, cuidado por una hermana PD, pero la tarde del 24 (domingo de Pentecostés) dictó en la Cripta una meditación sobre el "don de la sabiduría". Texto no registrado.

[2] «Los santos siete dones»: verso de la secuencia de Pentecostés (*Veni, Sancte Spíritus*).

[3] 3Jn 8: «[Es deber nuestro] hacernos cooperadores de la verdad».

[4] Jn 8,12: «Yo soy la luz del mundo».

[5] Mt 5,14: «Vosotros sois la luz del mundo».

Pr 2
p. 103

Sí, Jesús es la luz; nosotros debemos ser los reflectores | que la acogen y la reverberan sobre la humanidad. Pidamos, pues, el don de la inteligencia de la verdad. Cae muy bien leer lo que está escrito en la epístola de la misa de hoy: «En aquel tiempo Pedro dijo: "Hermanos, el Señor nos mandó predicar al pueblo dando solemne testimonio de que Dios le ha nombrado juez de vivos y muertos. Sobre esto el testimonio de los profetas es unánime; todo el que le da su adhesión obtiene el perdón de los pecados"» [He 10,42-43].

Más adelante se lee que el Espíritu Santo bajó impetuosamente sobre los gentiles que se habían acercado y escuchado a Pedro. Los fieles circuncisos, que estaban con Pedro, quedaron desconcertados, porque oían también a los paganos hablar en lenguas y alabar a Dios. Entonces Pedro dijo: «¿Se puede acaso negar el agua del bautismo a éstos, que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?» [He 10,47].

¡El Espíritu Santo iluminaba a los gentiles!

El evangelio nos presenta el pasaje de Nicodemo, que va de noche a visitar a Jesús. Él tenía cierta fe, pero estaba lleno de respeto humano, y por eso, no atreviéndose a mostrarse en público como discípulo de Jesús, iba donde él de noche. Y he aquí la respuesta: «Dijo Jesús a Nicodemo: "Dios demostró su amor al mundo, llegando a dar a su Hijo único, para que todo el que le presta su adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca. Porque no envió Dios el Hijo al mundo para que dé sentencia contra el mundo, sino para que el mundo por él se salve. El que le presta adhesión no está sujeto a sentencia: el que se niega a prestársela ya tiene la sentencia, por su negativa a prestarle adhesión. Ahora bien, esta es la

Pr 2
p. 104

sentencia: que la luz ha venido al mundo y los hombres | han preferido las tinieblas a la luz, porque su modo de obrar era perverso. Todo el que obra con bajeza, odia la luz y no se acerca a la luz, para que no se le eche en cara su modo de obrar. En cambio, el que practica la lealtad se acerca a la luz, y así se manifiesta su modo de obrar, realizado en unión con Dios"» [Jn 3,16-21].

Si no hubiera venido la luz, no tendríamos razón de condena: si quienes están en los países católicos, que reciben una santa educación, no hubieran tenido estas gracias, no tendrían razón de condena; pero como vino la luz, si no se acoge la verdad, si no se practica lo que el Evangelio nos ha enseñado, entonces sí

hay razón de condena. Quien no cree ya está condenado, dice Jesús. Pidamos el don de la inteligencia.

Si preguntáramos ahora a cada uno, incluso a los más pequeños: «¿Quién te ha creado? ¿Para qué fin te ha creado Dios? ¿Qué será de los buenos? ¿Qué les pasará a los malos?», todos responderían mereciéndose una buena nota.

Cuando pedimos el don de la inteligencia, don del Espíritu Santo, pedimos penetrar estas verdades, tener una luz sobrenatural. Por ejemplo: ¿somos creados para Dios? Pues ordenemos la vida a Dios; ¿estamos creados para el cielo? ¡Pues ordenemos la vida al cielo! ¿Dónde acabarán los malos? Pues tengamos el santo temor de Dios, porque yo no quiero ir a parar allí. Y para no acabar allí, en el tremendo suplicio, voy a seguir la senda que es estrecha, sí, pero conduce a Dios. Yo detesto todo mal, yo quiero absolutamente quitarme del camino que lleva al infierno, aunque vea que muchos van por él.

Es necesario que el Evangelio y el catecismo penetren | en el alma, tanto que se sientan prácticamente estas verdades sobrenaturales. Mirad lo que dijo Jesús a Nicodemo, oíd de nuevo lo que decía san Pedro a los fieles provenientes de la circuncisión, hablando de quienes llegaban a la fe desde la gentilidad. Pr 2 p. 105

Es necesario un cambio de vida; es preciso que nosotros, con alegría pero con generosidad, sigamos de veras lo que hemos conocido. ¡Es como para asustarse un poco! Yo, con toda la abundancia de luz: predicaciones, consejos, meditaciones, lecturas santas, estoy quizás cargándome de responsabilidad para cuando me presente al tribunal de Dios. ¿Qué excusa podremos aducir, con tanta abundancia de luz y de gracia?

Sucede que, a veces, repitiéndose las mismas cosas, los mismos avisos; acostumbrándose a leer y hasta a recitar las palabras del catecismo y del Evangelio, se llega a la indiferencia. ¡Es un estado de ánimo muy penoso y peligroso, hacerse indiferentes! De la indiferencia puede seguirse cualquier mal, incluso extremo, porque una vez abierta la puerta y la vereda, no se sabe dónde se detendrá el alma.

Así pues, vamos a pedir la inteligencia sobrenatural, la gracia de comprender, de sentir y de informar[6] nuestra vida.

---

[6] En el sentido de “dar forma”, conformar.

¿Cómo escuchamos la palabra de Dios? ¿Cómo se estudia el catecismo? ¿Imitamos quizás a Nicodemo, que decía a Jesús: «Sabemos que has venido de parte de Dios, pues nadie puede realizar las señales que tú estás realizando si Dios no está con él», y luego tenía respeto humano y miedo, e iba donde Jesús sólo de noche? Pero él, por lo menos, al final, cuando Jesús ya había expirado en la cruz, se armó de valor. ¿Qué resoluciones tomamos de las meditaciones y exhortaciones? Los | consejos del confesor ¿los mantenemos presentes? ¿Amamos el Evangelio como primer libro y la instrucción cristiana como la primera y principal ciencia?

Pr 2
p. 106

Pidamos hoy el don de la inteligencia. «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo» (3 veces). Procuremos repetir durante la jornada la invocación: *«Da tuis fidélibus, in te confidéntibus, sacrum Septenarium»:* da a tus fieles que confían en ti tus siete dones.

Propósitos, ofreciéndoselos a María, *Regina Apostolorum*, para que se los presente a Jesús. Mientras, pidamos el aumento de gracia, para que en esta semana podamos comprender y obtener estos siete dones.

«Jesús Maestro, acepta el pacto...».[7]

[7] Oración del “Pacto” o “Secreto del éxito”.

EL DON DEL CONSEJO [1]

En esta meditación pedimos, por medio de María, el don del consejo. María es también Madre del buen consejo, *«Mater boni consilii»*.

El don del consejo es una luz del Espíritu Santo con la cual la inteligencia práctica ve y guía en los casos particulares lo que es necesario hacer y los medios a usar. Por tanto, el don del consejo es parte de la virtud de la prudencia y está íntimamente unido a esta virtud. Como máxima que recordar, tenemos las palabras de la Escritura: *«Fili, sine consilio nihil agas»*, Hijo, no pierdas de vista la sensatez, conserva el tino y la reflexión [cf. Prov 3,21].

Hoy está difundiéndose un grande error: | un espíritu de independencia, que se extiende incluso a las cosas más necesarias, más íntimas, las cosas espirituales. Dice León XIII: «Es preciso no dejarse engañar: Dios es nuestro supremo dueño, y es él quien dispone de cada uno, es él quien confiere la vocación; a él tenemos que rendir cuentas; y según que hayamos cumplido su voluntad o no, tendremos el premio o la reprobación». Pr 2 p. 107

Y bien, Dios Padre está representado en la tierra por los padres espirituales, los confesores, los maestros, etc., que personifican la paternidad divina, como, valga el ejemplo, san José representaba la paternidad divina respecto a Jesús. Debemos dejarnos guiar. El confesor y el maestro, al representar esta paternidad divina, son intérpretes de la divina voluntad sobre nosotros.

Ha entrado en las almas, particularmente hoy, un espíritu de independencia, en sentido muy amplio: se piensa poder disponer de nosotros como queremos. "¡Hay libertad!", se dice. Pero la libertad debe estar dentro del orden. Tenemos libertad en cumplir la voluntad divina, pero no el arbitrio; tenemos la libertad que nos hace hijos de Dios, esa es verdaderamente la libertad digna del cristiano y del hombre.

A veces nos fabricamos un complejo de persuasiones e ideas, resultado, en definitiva, de cosas oídas, de consejos habidos, de impresiones recibidas de compañeros, etc., que nos llevan a decir: «¡Me gusta esto!»; «¡No me gusta esto!», como si el gusto pudiera para nosotros convertirse en deber. Y esto su-

[1] Meditación dictada el martes 26 de mayo de 1953.

cede tanto respecto a la vocación, cuanto respecto al modo de corresponder y de cumplir lo que la vocación entraña.

Pr 2 p. 108 ¡Nos dejamos dominar demasiado por la impresión! | Un día, todo es entusiasmo y fuego; al siguiente, andamos por tierra.

Estos días, en el prefacio de la misa, decimos: *«Quaprópter profusis gáudiis, totus in orbe terrarum mundus exsúltat»*. Por estas cosas, abierto el paso del gozo, el mundo todo exulta. Hay que sentir este gozo en cumplir el deber, y no la satisfacción buscando ante todo el placer, queriendo después, tal vez con subterfugios y falsos principios, elevar el placer a deber, tratando de darle la apariencia y el color del deber. ¡No nos engañe la pasión, pidamos siempre el don del consejo!

Este don del consejo en las cosas prácticas, día tras día, nos debe iluminar a elegir lo que agrada a Dios y a dejar lo que le desagrada. Ese don debe formar o, mejor, ayudar a la conciencia a formarse el juicio práctico. ¿Puedo leer esto? ¿Puedo ir con aquella persona? ¿Puedo tener esta conversación? ¿Qué debo hacer en esta hora de estudio?

¡Que nos asista siempre la Madre del buen consejo, María Reina de los Apóstoles! Con su intercesión nos obtenga que en cada momento estemos guiados, no por la voz de la pasión, del placer, de la libertad, sino por la voz de Dios, por el deber. Diversamente podría suceder que uno en toda la vida haga su gusto, ¿y después?

Cuando estemos ante el tribunal de Dios, un rayo de luz sobre nuestra conciencia nos desvelará el curso de la vida, y veremos entonces si hemos seguido la voluntad de Dios, o si en cambio hemos hecho nuestro capricho. Quien haya seguido el querer de Dios tendrá el premio, la recompensa; pero quien no cumple el querer de Dios, sino el propio, ¿cómo querrá que

Pr 2 p. 109 le paguen? ¿En qué y por qué | querrá uno ser pagado por Dios? Dios paga lo que se ha hecho según su orden, según su voluntad.

Notemos que esto es muy profundo y debe recordarse especialmente en la juventud.

Conviene leer estos días los Hechos de los Apóstoles, donde se releva este hecho: san Pablo nos da un gran ejemplo de docilidad, dejándose guiar, en el desarrollo de la misión y en su apostolado, por el consejo de otros. Cuando cayó a tierra en el

camino de Damasco y preguntó: «¿Qué debo hacer?» se dirigió a Jesucristo; pero éste le envió a preguntárselo a sus ministros: «Entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer». En efecto, el Señor advirtió a Ananías, le mandó donde Saulo, que ya en Damasco, desde hacía tres días ayunaba y oraba. Ananías le invitó a recibir el bautismo y se lo administró. Saulo se hizo cristiano, pasó a ser el vaso de elección.

Entonces entendió, al menos en general, su misión. Obró según el consejo de Ananías; se retiró al desierto de Arabia, pasó allí años de trabajo, oración, mortificación, lecturas y meditación. Luego se retiró de nuevo a Tarso, su patria, y estuvo allí viviendo como buen cristiano. Llegó Bernabé, inspirado por Dios, le invitó a Antioquía para participar en la predicación que por entonces recogía tantos secuaces de Jesucristo. Y Saulo se dejó conducir por el consejo. Bernabé era muy apreciado por su prudencia y por su piedad [cf. He 9,20-30].

Pablo pasó algún tiempo con los sacerdotes | que dirigían aquella Iglesia: él no salía al proscenio, no pedía qué le tocaba hacer; pero llegó el consejo de arriba: «Apartadme a Bernabé y Saulo... para la obra a que los tengo llamados» [He 13,2]. El Espíritu Santo se dejó oír; y Pablo, dócil, después de ayunar y orar, fue ordenado. Y entonces parte para su misión. Pr 2 p. 110

San Pablo es un ejemplo de docilidad a la gracia; es el ejemplo de quien se deja conducir por quienes representan a Dios. ¡Quién sabe cuántos deseos había, en aquel corazón tan ardiente, cuántos proyectos, cuánta ansia de predicar a Jesucristo! Lo había demostrado ya en Damasco, después de la conversión; pero se muestra dócil y actúa según el consejo que le dan.

«Hijo, no pierdas de vista [la sensatez], no hagas nada sin consejo, [conserva el tino y la reflexión]» [cf. Prov 3,21]; y entonces, después del consejo, no tendrás que arrepentirte.

¿Sigo la dirección espiritual, primeramente en el confesionario, y en segundo lugar por medio del maestro y el guía del sector? ¿Confío el alma, confío la voluntad en manos de quien guía? Este es nuestro cometido. Y rezar por quien el Señor nos ha puesto delante como guía en el confesionario o fuera; rezar, invocar luces y aguardar el consejo para seguirlo fielmente.

Hay que manifestarse sinceramente, decirlo todo; decirlo todo y confiarse en manos del guía: rezar por él, venerarle como

representante de Dios, sabiendo que cuando hayamos hecho nuestra parte y estemos dispuestos a recibir bien el consejo que se nos dé, no fallaremos. Y aun fallando, después de haber
Pr 2 cumplido bien nuestra parte, el Señor proveerá; | al final no fa-
p. 111 llaremos, y tendremos el premio.

No nos creamos independientes de Dios: ¡somos sus hijos!

¿De qué valdría estar bautizados, si luego hiciéramos nuestra voluntad? ¿De qué valdría decir «Padre nuestro que estás en el cielo»? ¿Eres tú hijo de Dios? ¿Quieres hacer su querer o más bien el tuyo?

A veces, cuando nos comuniquen el querer de Dios, sentiremos repugnancia o rebelión interior, llegando quizás a algunas lagrimitas... Y, con todo, si nos confiamos al Señor, *«Non mea sed tua voluntas fiat!»*,[2] tendremos su bendición, pues cuando él nos guía por una senda, siembra en ella sus gracias.

La voluntad de Dios va siempre acompañada de su ayuda, de sus bendiciones. Donde vayamos por capricho, por nuestra voluntad, encontraremos muchas espinas, sin consolaciones; pero cuando vayamos adelante en el querer de Dios, hallaremos ciertamente espinas (como Jesús que fue coronado de ellas), pero tendremos consuelos íntimos, y saldremos a flote.

«A la vera del río, en sus dos riberas, crecerá toda clase de frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos de acabarán» [cf. Ez 47,12].

¡Seamos sensatos, y que el Espíritu Santo nos ilumine!

Hace algunos años no era costumbre la comunión frecuente, menos aún la diaria. En la octava de Pentecostés nuestro superior nos predicó sobre los siete dones del Espíritu Santo. Y llegando al final de esta meditación sobre el don del consejo, nos dijo: «Mirad, para crecer hay que comer. Y bien, yo quisiera
Pr 2 que el fruto de la octava de Pentecostés fuera este: | cambiar
p. 112 idea acerca de comulgar y romper la tradición de hacerlo raramente; ¡tenéis demasiada necesidad de nutrimento espiritual!». En aquella octava cambiamos totalmente idea acerca de la comunión frecuente, y para finales de junio todos nosotros hicimos una colecta y compramos un gran copón y se lo ofrecimos como agradecimiento al superior.

---

[2] Lc 22,42: «Que no se realice mi designio, sino el tuyo».

Ahora no tenemos esta necesidad, pero yo sí sugeriría hacer un propósito firme para cambiar en ciertas cosas: pensamientos y modo de hacer, de comportamiento, de orientación; quisiera casi decir: cambiar de vida. Bueno, mejor decirlo: cambiar de vida en muchas cosas.

Seamos dóciles hijos de Dios, que está representado en la tierra por los padres espirituales: ¡confiémonos a ellos! ¿Para qué llamar "padres" a los sacerdotes, si luego no somos hijos dóciles de Dios, ni hijos de quienes le representan? *«Erat súbditus illis»*,[3] se dice de Jesús. Estaba sujeto a José, que representaba para él al Padre celeste.

Examen. ¿Cuáles son nuestras ideas a este respecto? ¿No hay nada que corregir o que remediar en nosotros? Como excusa a veces decimos: «Yo tengo mi conciencia». Pero la conciencia puede ser falsa. ¿Soy un hijo dócil en las manos de Dios y de quien me representa a Dios? ¿O más bien tengo mis caprichos que me guían? En el fondo ¿busco el placer o el deber? ¿Trato de agradarme a mí mismo, o busco agradar a Dios? En el deber, ¿estoy persuadido de que hallaré también el placer, o sea la consolación que viene de Dios Padre para sus hijos?

Propósito.

[3] Lc 2,51: «Siguió bajo su autoridad».

Pr 2
p. 113

EL DON DE LA FORTALEZA [1]

Los dones del Espíritu Santo son siete: los cuatro primeros se refieren especialmente a la mente, la inteligencia, mientras los tres últimos conciernen más a la voluntad, el corazón.

Seguimos haciendo la misma petición en esta octava: *«Sacrum septenarium, da tuis fidélibus»*.[2] Pero introduzcamos este matiz de confianza: queremos obtener los dones del Espíritu Santo por intercesión de María, *Regina Apostolorum*.

El don de la fortaleza es una virtud permanente que el Espíritu Santo comunica a nuestra voluntad, para vencer los obstáculos que nos alejarían de la práctica de las virtudes. Es un don, pues, que se resuelve en la virtud cardinal de la fortaleza, y afecta a la voluntad robusteciéndola para obrar el bien. Dos serían particularmente las manifestaciones: *«magna pati»*, sufrir grandes cosas, y *«fortia fácere»*, hacer cosas fuertes.

El joven que, dedicándose a los estudios, los cultiva con empeño, hasta lograr un buen resultado a coronación de sus fatigas, se muestra fuerte. El joven que se propone alcanzar la santidad y, no obstante todas las tentaciones, las dificultades externas y quizás también las debilidades y caídas, siempre se recobra y cada día dice «hoy empiezo», es fuerte. Quienes se dedican al apostolado y no miran ni a derecha ni a izquierda los obstáculos que se interponen, sino que caminan, son fuertes.

Pr 2
p. 114

En Filipinas me presentaron | el balance de la visita a las familias de 470 parroquias, esparcidas en las varias islas que forman aquella nación. Las Hermanas se adentraron hasta los lugares más difíciles por comunicación y lejanía. He aquí el *fortia fácere.*

Y bien, esta fortaleza debemos pedírsela al Espíritu Santo. Hay caracteres más volitivos por naturaleza, más firmes, y ello es ya una disposición natural que constituye un buen fundamento para el don de la fortaleza. «¡Quiero el bien!». Pero luego, cuando se trata de hacerlo, «me agarro a lo peor».[3]

---

[1] Meditación dictada el miércoles 27 de mayo de 1953.

[2] «Da a tus fieles tus santos siete dones».

[3] Cf. F. Petrarca (poeta, 1304-1374): «Veo lo mejor y a lo peor me agarro»; tomado de U. Fóscolo (poeta, 1778-1827): «Tan esclavo de mí, de otros y de la suerte, / conozco lo mejor y a lo peor me agarro» (de los *Sonetos*).

¡Somos tan débiles e inclinados al mal! Acerquémonos al Maestro divino. Él en Getsemaní confesaba su debilidad: «*Spíritus promptus... caro infirma*».[4] ¿No sentimos todos así? ¡Hacemos tantos propósitos! Confesando nuestra debilidad, nos hacemos fuertes por la gracia de Dios.

¡Miremos quién nos guía! Fijémonos en nuestros capitanes: Jesucristo, que sufrió grandes penas; Pablo, que desgasta cada día de su vida por Jesucristo y narra él mismo las penas sufridas; Pedro, que muere crucificado.

Miremos al Papa: ¿hay quizás una dinastía que haya sido tan ilustre como el Pontificado romano? Unos noventa de estos papas son o santos o beatos. Y de otros está siguiéndose la causa de canonización. Estos son nuestros capitanes. Miremos a los santos: «*Per multas passiones et tentationes transiérunt et profecérunt*».[5]

Por otra parte, hay gente que quisiera hacerse santa, pero sin tentaciones, con el cielo siempre sereno, alabada por todos, aprobada a derecha e izquierda, haciendo lo que pide la naturaleza: ¡dormir bien a gusto y darse satisfacción en todo! «*Christus non sibi plácuit*».[6] ¿Qué seguidores somos? ¡Cuántas veces | Jesucristo, mirando atrás mientras lleva la cruz, puede ver lo que vio ya en el camino del Calvario! ¿Quién le seguía? La mujer fuerte, María; ¿y los demás? Tenemos que pedir este don. Pr 2 p. 115

Nuestra fortaleza está en confesar la debilidad y, haciéndolo así, nos volvemos potentes en la oración. El niño y la mujer que rezan, a veces son más fuertes que el soldado armado, porque confiesan la debilidad y suplican, y la oración suple la fortaleza que no tienen.

Es útil recordar qué efecto produjo el Espíritu Santo en los apóstoles, cuando bajó sobre ellos en el Cenáculo. Una vez descendido, los apóstoles hablaban varias lenguas, y había quien les admiraba y quien les tachaba de borrachos. Pero Pedro, que durante la pasión se había mostrado débil frente a una mujerzuela, ahora, lleno de Espíritu Santo, ardiente de celo, soltó un discurso manifestando todo su amor a Jesucristo, sin temer nada, desa-

---

[4] Mt 26,41: «El espíritu es animoso, pero la carne es débil».

[5] «Pasaron por muchos sufrimientos y tentaciones, y progresaron» (*Imitación de Cristo*, l. I, cap. XIII, 2).

[6] Rom 15,3: «Tampoco Cristo buscó su propia satisfacción».

Pr 2 p. 116 fiando los peligros... | Después de haber defendido a sí mismo y a sus compañeros, pasó a acusar a los judíos y a exhortarles a reconocer en Jesucristo al verdadero Mesías [cf. He 2,1-24].[7]

Es asimismo muy útil considerar la fortaleza en san Pablo. Su fortaleza se manifiesta en toda la vida, pero vamos a recordar sólo este episodio: Pablo estaba de viaje hacia Jerusalén; llegado a Mileto, mandó llamar a los ancianos de la Iglesia de Éfeso. Y cuando vinieron, estando reunidos, les dijo: «Sabéis cómo me he portado con vosotros todo este tiempo, desde el día que por primera vez puse el pie en Asia: he servido al Señor con toda humildad entre las penas y pruebas que me han procurado las conjuras de los judíos. Sabéis que en nada que fuera útil me he retraído de predicaros y enseñaros en público y en privado, instando lo mismo a judíos y a griegos al arrepentimiento que lleva a Dios y a dar la adhesión a nuestro Señor Jesús. Y ahora, mirad, atado yo por mi propia decisión voy camino de Jerusa-
Pr 2 p. 117 lén, sin saber lo que allí me espera. | Sólo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me declara que me aguardan prisiones y conflictos. Pero la vida para mí no cuenta, al lado de dar remate a mi carrera y al servicio que me confió el Señor Jesús: dar testimonio de la buena noticia del favor de Dios.

»Y ahora, mirad, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a verme. Por eso os declaro en el día de hoy que no soy responsable de la suerte de nadie, porque no me he retraído de anunciaros enteramente el plan de Dios. Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes, para que veléis como pastores por la comunidad del Señor, que él adquirió con su propia sangre. Ya sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces que no perdonarán al rebaño, e incluso de entre vosotros mismos saldrán algunos que propondrán doctrinas perversas para arrastrar tras ellos a los discípulos a seguirles Por eso, estad alerta: recordad que durante tres años, día y noche, no he cesado de amonestar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular.

»Ahora os dejo en manos de Dios y del mensaje de su gracia, que tiene fuerza para construir y para daros la herencia con

[7] En el original el discurso se transcribe entero.

todos los consagrados. No he deseado plata, oro ni ropa de nadie; sabéis por experiencia que estas manos han atendido a mis necesidades y a las de mis compañeros. Os hice ver en todo que hay que trabajar así para socorrer a los necesitados, acordándoos de aquellas palabras del Señor Jesús cuando dijo: "Hay más dicha en dar que en recibir".

»Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas con todos ellos y oró. Todos rompieron a llorar y, echándose al cuello de Pablo, le besaban, apenados sobre todo por lo que | había dicho Pr 2
de que no volverían a verle. Luego le acompañaron hasta nave» p. 118
[He 20,18-38].

Pablo sabía que iba a Jerusalén y conocía por el Espíritu Santo que allí le aguardaban grandes penas. ¿Acaso se detuvo? ¿Evitó entrar en Jerusalén? ¡Al contrario! A ejemplo de Jesucristo, que cuando se acercaba la pasión caminaba más apresuradamente hacia Jerusalén, lugar de su martirio, de su sacrificio.

Y bien, ¿de quien somos hijos? Los primeros cristianos, mirando a quienes habían pasado ya al descanso, decían: «¡Somos hijos de mártires!». ¡Cuánta gente hay hoy sin carácter! Faltan los caracteres, caracteres cristianos. Hay gente que un día quiere y mañana anda por tierra; a cada momento es preciso ir con la toalla a secarles las lágrimas y reanimarles...

¿De quién somos hijos? ¿Para qué trabajamos, para la vida o para la eternidad? «¡Quiero estudiar!», y después no estudian. «¡Quiero hacerme santo!», y después caen en chiquilladas. Mandan cartas en las que prometen ir a por la luna y meterla en un saco, ¡y luego van sólo a mirarla!... ¡Pobres exámenes, a veces! Y, claro, al llegar la noche, se está poco satisfechos del día.

En Allahabad, India, pregunté al superior que había terminado la iglesia a la Reina de los Apóstoles –una hermosa iglesia de estilo oriental, no muy grande, pero capaz y suficiente para las necesidades del grupo– con qué intenciones la había construido. «Para obtener –me respondió– que en estos jóvenes, en estas vocaciones, haya más constancia, más firmeza y decisión, que no se abatan ante cualquier tentación».

Es la misma petición que hacemos nosotros hoy por intercesión de María. *«Sacrum septenarium»*. ¡La fortaleza! ¿Hay que sufrir algo? | Por el paraíso. ¿No es un bien suficientemente Pr 2
grande para animarnos? «Tanto es el bien que espero, que toda p. 119

pena me da consuelo», decía san Francisco de Asís. Domingo Savio, jovencito pero ya dotado de fortaleza, decía: «La muerte, pero no el pecado».

Cuando san Francisco de Sales fue a estudiar a París y se encontró entre jóvenes muy pervertidos, tomó como propósito estas palabras: *«Non éxcidet!»* [8] Llevaba a París la estola bautismal: «No la dejaré caer en el fango: *non éxcidet*». Y conservó la inocencia hasta la muerte.

Examen. ¿Somos personas débiles o fuertes: en la piedad, en los propósitos, en el estudio, en la disciplina, en la vida religiosa?

Propósitos.

«Refugium peccatorum...»; «Regina Apostolorum...»; «Regina in cœlum Assumpta...»; [9] «Jesús Maestro, acepta...».[10]

[8] Cf. Si 14,2: «No se verá defraudado [no caerá]».

[9] "Refugio de pecadores...", "Reina de los Apóstoles...", "Reina asunta al cielo...": letanías lauretanas.

[10] Oración del "Pacto" o "Secreto del éxito".

EL DON DE LA CIENCIA [1]

Los dones del Espíritu Santo obran en nosotros de un modo parecido a las virtudes: las virtudes en modo humano, los dones del Espíritu Santo en modo sobrenatural. Son movimientos del Espíritu Santo que nos empujan a practicar el bien, a cumplir nuestros deberes; nos empujan hacia la santificación. Los dones del Espíritu Santo, pues, hacen más fácil lo que de suyo sería difícil; más fácil la práctica de las virtudes teologales, de las virtudes cardinales, | de las virtudes morales, de las virtudes religiosas: más fácil la piedad; más fácil el cumplimiento de nuestros deberes, de nuestras tareas. Invoquemos siempre al Espíritu Santo y sus dones. Cuando viene el Espíritu Santo se crea una vida nueva en el alma: *«Emítte Spíritum tuum et creabuntur»*.[2] Y si el Espíritu Santo efunde mayormente sus dones, entonces se camina con ánimo jovial, generoso, en la senda de la santidad; casi no se siente el peso, aunque en realidad el peso y las dificultades nos acompañen siempre.

Pr 2
p. 120

El profeta Isaías anunció que sobre Jesucristo bajaría el Espíritu Santo. *«Requiéscet super illum spíritus sapientiæ et intellectus, spíritus scientiæ et consílii, fortitúdinis, pietatis, timoris Dei»*.[3]

Como sobre Jesucristo, también debe bajar sobre nosotros, para que vivamos como Jesucristo, y Jesucristo viva en nosotros, aunque los dones respecto a nosotros actúen en otro orden.

Esta mañana vamos a pedir al Señor el don de la ciencia. No pensemos enseguida en las matemáticas o la historia, o por lo general en las ciencias naturales.

¿Qué se entiende aquí con el nombre de ciencia?

El don de la ciencia es una luz sobrenatural del Espíritu Santo, que nos muestra cómo la verdad de fe es digna de creerse, de ser aceptada incluso por motivos deducidos del orden natural, y nos lleva a elevarnos de las cosas de la tierra hacia Dios, al cielo.

---

[1] Meditación dictada el jueves 28 de mayo de 1953.

[2] Cf. Sal 104/103,30: «Envías tu aliento y los creas».

[3] Is 11,2: «Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y de prudencia, espíritu de conocimiento y respeto del Señor».

Cuando el salmista dice: *«Dómine, Dóminus noster, quam admirábile nomen tuum in universa terra»*,[4] se eleva de la tierra al Creador. «Qué admirable es tu nombre» o sea: «¡qué grandes
Pr 2 son tus obras!» Los cielos cantan tu | poder; el orden de la crea-
p. 121 ción, más, las mismas cosas creadas nos muestran que tú lo has hecho todo, que todo viene de ti y todo lo has dispuesto en número y peso y medida, y todo lo has ordenado a un solo fin: que las criaturas te conozcan, te alaben y, alabándote, alcancen su felicidad.

Las criaturas, aun siendo mudas, hablan a quien tiene el don de la ciencia. La florecilla que se abre por la mañana, el pájaro que canta, el mar inmenso, las montañas imponentes y todo lo que se desarrolla y se ha desarrollado en la historia: todo nos habla de Dios, de ese Dios sapientísimo que se ha propuesto, creando, manifestar lo que él es, pues la creación es una revelación, ¡y feliz quien sabe leer en ese libro!

Pero hay quienes miran sólo a la tierra y no saben elevarse, no saben glorificar a Dios, no saben darse cuenta de las causas, ¡como si carecieran de razón!

Comen a diario el pan de la Providencia, que es siempre materna con los hijos buenos y también con los que son díscolos, y no saben decir: "Señor, te agradecemos el alimento que nos has dado". Se sientan a la mesa y no piensan que el pan ha sido preparado por el Padre celeste, y se levantan casi murmurando por no sentirse satisfechos del todo.

San Francisco de Asís, que entendía el gran libro de la naturaleza, de las cosas de la creación, elevaba sus himnos y actos de amor a Dios. ¿Cómo puede, quien reflexiona y tiene el don de la ciencia, ver las cosas y no adorar a Dios? La Escritura dice: «Conoce el buey a su amo, y el asno el pesebre del dueño; Israel [el hombre] no conoce, mi pueblo no recapacita» [cf. Is 1,3].

Hemos de adorar a Dios ante los espectáculos maravillo-
Pr 2 sos | de la naturaleza. Y esto es mucho más fácil cuando consi-
p. 122 deramos una noche del mes de mayo, por ejemplo, cuyo cielo estrellado parece decirnos que esas luces son como un símbolo y recuerdan que por encima de ellas los ángeles del cielo están can-

[4] Sal 8,2: «¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!».

tando las alabanzas a su Creador. Esas estrellas, hechas por Dios, son como lámparas encendidas por él mismo, pues todo debe concurrir y dirigirse a Dios alabándole. *«Universa propter semetipsum operatus est Dóminus»*.[5] ¿Cómo se puede recibir tantos beneficios en la jornada: la existencia, el ser cristianos por don de Dios, el haber sido conservados en vida y traídos a los pastos saludables de la Congregación, sin elevarnos al amor de Dios?

Hay quien se lamenta de no tener suficiente predicación; pero me parece que no hayan reflexionado bastante. Todas estas voces que se elevan a nuestro alrededor y luego las que proceden del Espíritu Santo que habla a nuestro corazón, ¿no nos dicen nada?

¡Somos gente sorda y muda! Sordos que no comprendemos las voces de Dios, y mudos que no sabemos referir a Dios lo que de él hemos recibido. Digamos, pues, de corazón: «Te doy gracias por haberme creado, hecho cristiano, conservado durante la noche, y por haberme llamado a esta Congregación...».[6]

¿Cuándo sabremos usar rectamente el don inmenso que Dios nos ha hecho dándonos la razón? ¡Cuánto aturdimiento! La razón la tenemos, pero no siempre su uso. Y sin embargo Dios dijo: *«Faciamus hóminem ad imáginem et similitúdinem nostram»*.[7] Hagamos al hombre no ya como las otras creaturas, sino a semejanza nuestra. Dios había creado el cielo, la tierra, las plantas, los peces, las flores, la luz, las estrellas; pero cuando se | trata de Pr 2
crear al hombre parece que la Sma. Trinidad se haya reunido en p. 123
consejo. Y de ese consejo salió el decreto: *«Faciamus hóminem ad imáginem et similitúdinem nostram»*. Y bien, estos hombres, que se rebajan y no saben elevarse de las cosas circundantes a las causas, a los principios, están hechos, sí, a imagen de Dios, tienen el uso de la razón, ¡pero cuántas veces la emplean contra Dios o vanamente!

La providencia de Dios ha de llevarnos al reconocimiento; ella nos sigue en todo momento, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia.

---

[5] Cf. Prov 16,4: «El Señor da a cada obra su destino». El "para sí mismo" es una adaptación escolástica.

[6] Oración para el ofrecimiento del día (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 18-19; pág. 18 en la ed. esp. 1993).

[7] Gén 1,26: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

Pidamos perdón al Señor de no haber sido suficientemente agradecidos por los beneficios recibidos. Y sabiendo que todo bien procede de Dios, sigamos invocando su misericordia.

Ahora vamos a detenernos sobre algún punto en particular para concretar el fruto de la meditación; reflexionemos: de cuanto acaece de alegre y de triste, ¿sabemos elevarnos al Señor?

Tenemos tantos dones: las clases, el estudio, el apostolado, el pan eucarístico, el pan de la divina palabra, la asistencia, la ayuda diaria de quien enseña, de quien guía, los sacramentos. ¡Debemos reconocimiento y amor a Dios, en correspondencia a todas estas gracias!

Se corresponde a la gracia de la Eucaristía viviendo bien la misa, haciendo bien la comunión y la visita. Asimismo, se corresponde a la instrucción y a las clases que tenemos la suerte de frecuentar, con el estudio, con la atención, con la aplicación, con retener en la memoria. ¡Correspondencia a la gracia!

Y puesto que en nuestra vida el Señor ha sido bueno con nosotros, elevémonos a amarle más. Hay personas que cuando | gozan de buena salud, caminan altivas; cuando les pasa algo próspero, sienten una satisfacción sólo humana. ¡Pero todo viene de Dios! Reconocimiento, pues, y todo nos empuje a amarle.

Pr 2
p. 124

Invitemos también a las creaturas: el sol, el agua, las estrellas, a alabar y bendecir al Señor, porque Dios es el creador de todo. ¡Cuántos deberían recordar mucho más el gran bien de haber nacido en la Iglesia católica, en una buena familia, de haber recibido en casa y en la parroquia una educación sensata, cristiana, piadosa!

Normalmente nos sentimos inclinados a agradecer y amar a cualquiera que nos hace un pequeño beneficio; pues bien, estamos circundados de los beneficios de Dios, más que el pez por el agua. Y si llegan a entender esto incluso personas no iluminadas aún por la revelación del Evangelio, ¡cuánto más deberíamos entenderlo nosotros!

Hasta de nuestros propios pecados podemos recabar el bien: si la historia es maestra de los pueblos, nuestra vida, nuestra experiencia personal, es maestra de cada uno.

Recibimos siempre enseñanzas. Puede decirse que un año da escuela al otro, si estamos atentos. Cuando recordamos haber ofendido a Dios, caminamos con mayor humildad, rezamos más,

vigilamos sobre nosotros mismos, sobre las personas que pueden inducirnos al mal y sobre los peligros encontrados. ¡Vigilancia!

Por otra parte, pensando que el Señor nos ha soportado hasta ahora, amémosle más y comprometámonos a servirle más fielmente. Y si cada mañana, mirando al calendario, nos percatamos de que se nos ha ido otra jornada, pensemos: La vida pasa, *«solum mihi súperest | sepulcrum»*.[8] ¿Me queda sólo el sepulcro? No, me queda también el paraíso, y ahora quiero trabajar para él, la jornada de hoy debe ser santa. ¡Y ninguna ofensa al Señor, ninguna falta voluntaria, sino empeño! El diario cumplimiento de nuestros deberes es un continuo himno de amor que elevamos a la Sma. Trinidad. Pr 2 p. 125

Interroguémonos. ¿Sabemos leer el libro de la creación? ¿Habría que hacer larguísimas meditaciones sobre esto! ¿Usamos bien la razón? ¿Invocamos bien al Espíritu Santo para que nos infunda el don de la sabiduría?[9] ¿Somos agradecidos a la Providencia? Los sentimientos de adoración, agradecimiento, humildad y súplica, ¿son espontáneos en nosotros?

¿Recabamos de la vida esas lecciones y experiencias que en el orden de Dios debíamos recabar? Y el bien ¿nos empuja a un más grande amor de Dios? ¿Y el mal cometido a una mayor humildad, vigilancia y oración?

Acto de dolor.

---

[8] Job 17,1: «Me espera el sepulcro».

[9] Así en el original. Pero el contexto sugiere “don de la *ciencia*”.

EL DON DE LA PIEDAD [1]

En esta meditación vamos a pedir, por intercesión de María, el don de la piedad.

El don de la piedad introduce en nuestra alma la inclinación y la facilidad de honrar y amar a Dios, como Padre nuestro, y a poner en él toda nuestra confianza filial.

Así que el don de la piedad es algo más que la simple virtud de la religión: viene a ser como | *el alma* de la misma religión y de las prácticas de devoción que debemos hacer.

Pr 2
p. 126

En la piedad amamos al Señor como Padre nuestro y amamos a los hijos de Dios como hermanos nuestros. *«Dedit eis potestatem filios Dei fíeri»*.[2]

Hemos de sentir la bondad del Padre, sentirnos hijos dóciles, prendados de este Padre.

No tiene el mismo valor un cántico a Dios hecho con piedad filial y un canto ejecutado sólo materialmente. En la piedad hay amor, y las palabras adquieren gran sentido. Cuando falta el espíritu de piedad, se puede interpretar bien un canto, pero sin sentimiento; si en cambio hay piedad, entonces se siente lo que se dice, lo que se canta a Dios. Algunas veces especialmente, oyendo los cantos aquí en la Cripta, se nota que salen del alma.

San Gregorio [Magno], que compuso el canto conocido por su nombre (gregoriano), era un alma de fino sentimiento.

El pasado domingo, por ej., mientras escuchaba yo el *«Exultate»* [3] después de vísperas, pensé que sólo el Espíritu Santo podía haber inspirado los sentimientos de gozo y de amor expresados en ese canto conmovedor. Y creo que cada cual, comprendiéndolo, se haya sentido conmovido y llevado a Dios.

A veces se puede ejecutar sólo la parte técnica, y para alguno, una vez ejecutada la parte, puede parecerle casi lo mismo cantar el *Te Deum* o cantar el *Miserere.*

Hay que *"sentir"* y este "sentir" viene del Espíritu Santo. Quien tiene el don de la piedad, en el canto ve el arte, pero al mis-

---

[1] Meditación dictada el viernes 29 de mayo de 1953.

[2] Jn 1,12: «Les ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios».

[3] «Aclamad, justos, al Señor»: comienzo del salmo 33/32, musicado por Ludovico Viadana (hacia 1560-1627).

mo tiempo ve el amor a Dios, el espíritu. Oíd estas dos expresiones. San Pedro se presenta a Jesús | que acaba de anunciar la institución de la santísima Eucaristía, y dice con gran sentimiento: «Señor, ¿con quién nos vamos a ir? Tú dices palabras de vida eterna» [cf. Jn 6,68]. Palabras que corresponden a aquel otro acto de fe sincera: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» [Mt 16,16]. Pr 2 p. 127

Se presentan a Jesús, en otra ocasión, los fariseos y le dicen: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios con verdad» [Mt 22,16]. Ambas expresiones, la de Pedro y la de los fariseos, materialmente nos parecerían iguales; ¡pero qué diferencia de espíritu! Pedro manifestaba una fe sentida, desahogaba su corazón lleno de amor a Jesús; en cambio los fariseos eran hipócritas y fingían exteriormente un afecto, una sincera fe en Jesús, pero su corazón estaba lleno de engaño y de falsedad. Se merecieron, pues, la respuesta de Jesús: «Hipócritas, enseñadme la moneda», para distinguir si el tributo se le debía o no a César [cf. Mt 22,18-19].

Cuando se tiene el don de la piedad, la comunión, la misa, la visita adquieren un sentido especial. Cuando se tiene el verdadero espíritu de piedad, se ama a la Virgen santísima como madre, se tiene intimidad con Jesús. Las vidas de santos que leemos tienen a veces expresiones que nos parecen casi exageradas, pero les salían del alma, del corazón. El don de la piedad les hacía hablar así.

Cuando se tiene verdadera piedad, ¡qué devoción y amistad con el ángel custodio! ¡Qué sentimiento de compasión y de afecto por las almas del purgatorio, y por eso cuánto es sentida esta devoción!

Una vez participé en el funeral de una | persona que en la ciudad había ocupado un puesto distinguido y por ello había un acompañamiento muy numeroso. Detrás de mí, iban personas que caminaban con la cabeza cubierta y discutían de política y de negocios. ¿Tenían piedad? Delante, en cambio, había personas de verdadero espíritu, gente que sentía la pérdida de aquella persona querida, bienhechora; sentían la necesidad de aplicarle sufragios y meditaban las lecciones de bondad del difunto. Cuando el párroco tuvo el discurso fúnebre en la iglesia, ¡cuántas lágrimas corrieron! En cambio, quienes acompañaban al difunto sólo por miras humanas, se habían quedado fuera de la Pr 2 p. 128

iglesia, aguardando sólo a que el rito terminara para acompañar aún el cadáver al camposanto.

Cuando hay piedad, el trabajo de tipografía es apostolado, expresión de amor a las almas, trabajo para su salvación. Cuando no hay piedad, es un simple trabajo manual, un trabajo común, y así hoy se imprime el Evangelio y mañana se está dispuestos a imprimir cualquiera otra cosa, pues es siempre trabajo, ¡con tal que lo paguen! Quien tiene el don de la piedad, siente la vocación; para quien no lo tiene, la vocación es como una casualidad: el camino emprendido es el resultado de un conjunto de hechos contingentes, bajo el signo del capricho y de las circunstancias; para ellos no es la mano de Dios la que ha actuado, guiado, acompañado y sostenido.

Cabe hacer las cosas más sagradas sin sentimiento. Puede suceder que uno deba dejar un día las prácticas de piedad, porque le es imposible ir a la iglesia estando de viaje o enfermo;
Pr 2 pero mientras, desde el lecho o en el tren dirige a Dios | sen-
p. 129 timientos de fe, de amor y, no pudiendo hacer la visita, reza muchas oraciones, ocupa la hora de una manera que, a veces, resulta muy fructuosa. Cuando hay piedad, aunque las circunstancias externas, por ej. visitas a los familiares, viajes, etc., llevan a variar el horario, las prácticas se hacen, incluso con más sacrificio, con más mérito. Pero cuando falta la piedad, al no estar guiados por el horario o por la regla o por la mirada del superior, una cosa se omite y otra se hace mal.

¿Tenemos convicción, tenemos verdadero amor de Dios, genuina devoción a María? ¿Hay en nosotros afecto a las almas del purgatorio? ¿Tenemos confianza en san José y la convicción de que san Pablo debe guiar e iluminar nuestro apostolado?

¡Ah, cuánto afecto el del Corazón de Jesús por nosotros! *«Venite ad me omnes qui onerati estis»*.[4] Venid todos a mí, los que estáis cansados y gemís bajo el peso de los pecados: ¡yo os aliviaré! *«Vos amici mei estis»*, vosotros sois mis amigos porque os lo he confiado todo. ¡Aquí está el corazón que tanto ha amado a los hombres! He aquí que, cuando se tiene este don de la piedad, la vida y las prácticas de piedad son más consoladoras, se entienden bien y todo se hace con fruto y gozo.

---

[4] Mt 11,28: «Acercaos a mí todos los que estáis rendidos...».

Ahora debemos de preguntarnos: ¿Amamos a Dios de veras como Padre? ¿Tenemos verdadera confianza en él? Hemos de amar a Dios como Padre; amar a Jesús, su Corazón sacratísimo.

¿Cómo es nuestra devoción a María santísima? ¿Cómo van las otras prácticas de piedad que hacemos? Cuando se tiene la verdadera piedad, se teme ofender a Dios, porque se le ama como Padre y no se admite el pecado venial, porque disgusta a Dios, porque es una espina que se clava en el Corazón sacratísimo de Jesús; se es delicados, se siente | el deber de la reparación de nuestra vida pasada y de las ofensas que se cometen contra Jesucristo, su Iglesia, sus ministros. Pr 2 p. 130

¿Cómo estamos? Cuando hay piedad, se siente pena si Jesús es blasfemado y si el domingo los cristianos no cumplen su deber de ir a misa y guardar el descanso festivo. Si se producen escándalos para los pequeños o hay desorientación en las almas, el corazón se conmueve. *«Miséreor super turbam»* [5] decía Jesús: ¡siento compasión de este pueblo!

Tiene lugar entonces el celo como cosa espontánea. Se siente compasión de las almas y se las quisiera socorrer de todas las maneras posibles. Si uno ya no puede trabajar, tiene aún el apostolado de la oración, y lo aprecia. El «Corazón divino de Jesús» [6] adquiere un sentido nuevo en los labios. Cuando hay verdadero amor a los hermanos, entonces se comprende el apostolado del sufrimiento, el apostolado del ejemplo. Tres apostolados siempre posibles en toda circunstancia en que nos encontremos, en todas las condiciones de vida.

«Miséreor super turbam!». ¡Cuántas almas que están en camino de la perdición, mueven a lástima! Resuena entonces la frase: *«Da mihi ánimas; cætera tolle»*,[7] expresión de los santos, parecida a las que brotaron de los benditos labios de Jesús.

Oí años atrás dos expresiones. Un tal, disgustado por una pequeña ofensa, exclamó: «¡Me la pagarás!». Falta de amor fraterno, de piedad fraterna. En cambio, otro, en las mismas

---

[5] Mc 8,2: «Me conmueve esta multitud».

[6] Otra oración de ofrecimiento (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 17-18; pág 17 en la ed. esp. de 1993).

[7] Gén 14,21: «Dame la gente, quédate con las posesiones».

condiciones, dijo: «Rezaré más por él y trataré de ganarlo con
Pr 2 afecto | y con los favores que podré hacerle». Piedad fraterna,
p. 131 esta.

Examen. Acto de dolor.[8]

Ahora recitemos el "Pacto" para pedir al Señor la gracia de cumplir nuestro apostolado con amor fraterno y de asimilar las prácticas devotas con espíritu de amor filial a Dios.

[8] Del *"Diario":* «Después de la meditación a la comunidad, permanece en la Cripta una horita escuchando las misas que se celebran y aprovecha la presencia del confesor externo para confesarse también él».

EL DON DEL TEMOR DE DIOS [1]

Pediremos esta mañana al Espíritu Santo el don del temor de Dios. Este don es el último en la lista, pero constituye la base para obtener los demás dones.

El temor de Dios sirve de fundamento a los otros dones. Nos aleja el pecado y nos inclina a respetar la justicia de Dios, su majestad y bondad; a comprender y practicar su voluntad con espíritu sobrenatural. Ayer meditamos que el don de la piedad nos lleva a amar la sagrada liturgia. Quien tiene el don de la piedad, en las ceremonias no ve sólo unos movimientos; en el canto no oye sólo unas palabras cantadas con las notas; en toda la liturgia no ve solamente un culto externo, sino que en todo ve y actúa con espíritu de fe. Son actos externos que proceden de la fe interior, del íntimo amor de Dios, y que la sagrada liturgia llena de espíritu sobrenatural. Por eso es necesario que se haga con este espíritu sobrenatural, que proceda de espíritu sobrenatural, y también que lo aumente. La liturgia, cuando se la entiende bien, llena de gozo las almas.

Ahora pedimos en cambio el don del temor de Dios, que nos aleja del pecado y nos abre el acceso a la divina majestad, a la divina bondad: nos abre la puerta para acercarnos a Jesús y a María, nuestra Madre. Pr 2 p. 132

La Iglesia, el pasado sábado, vigilia de Pentecostés, nos ha dado a ver cómo los nuevos bautizados han llegado a ser hijos de Dios; y ahora, en el sábado de las cuatro témporas,[2] se nos muestra cómo la Iglesia prepara las almas de los padres, los sacerdotes. Ellos deben alejar el pecado, combatirlo. El Evangelio nos recuerda el milagro de Jesús cuando en Carfanaún curó a la suegra de Pedro. Ahora el breviario comenta: Si Jesús curó de la fiebre a aquella mujer, *«Febris nostra avaritia est, febris nostra luxuria est, febris nostra superbia est»;*[3] es decir: vayamos a Je-

---

[1] Meditación dictada el sábado 30 de mayo de 1953.

[2] Hasta el concilio Vaticano II se celebraban, en las diversas estaciones del año litúrgico, especiales días penitenciales, las "cuatro témporas (=tiempos)", durante los cuales se procedía también a conferir las sagradas órdenes.

[3] «Nuestra fiebre es la avaricia, la lujuria y la soberbia» (S. Agustín, *Tract. in Ep. Jo.*).

sús para que nos cure del mal de la lujuria, de la soberbia, de la avaricia. Esta es la fiebre de la que debemos pedir ser sanados.

Dado que hoy termina la octava de Pentecostés, nosotros debemos insistir ante María pidiendo: «Con tu omnipotencia suplicante obtén para los llamados al apostolado un nuevo Pentecostés: enciende, ilumina, santifica a estos llamados al apostolado, a fin de que puedan combatir el mal y extender en el mundo el bien».[4]

En Oriente el canto más repetid es este: *«Laudate Dóminum omnes gentes, laudate eum omnes pópuli»*.[5] Es el grito de corazones inflamados en el mismo amor de que estaba encendido el Corazón sacratísimo de Jesús. ¡Que el pecado sea alejado! El orador[6] decía con fuerza: «Mirad cuántos templos están erigi-
Pr 2 dos al diablo. | Es Satanás quien domina; él ha dicho a los hom-
p. 133 bres: os lo daré todo, si arrodillados me adoráis».

Jesucristo le rechazó, pero los hombres no. Jesucristo le respondió: *«Vade retro, Sátana»*, vete, Satanás [Mt 4,10].

Ya es tiempo de que apóstoles inflamados de amor de Dios resistan al diablo: *vade retro!* Desgraciadamente demasiados se han arrodillado ya, adorándole; pero está escrito: «Adorarás a un solo Dios».

¡Alejar el pecado de la tierra! Jesucristo, el Hijo de Dios, se encarnó para borrar la iniquidad.

Para borrar de la tierra el pecado, es preciso que estos apóstoles se inflamen con el fuego del amor divino, con el mismo fuego de que estuvieron repletos los apóstoles y María, orando en el Cenáculo. Pidamos todos humildemente a María que renueve este divino Pentecostés. Jesucristo prometió el Espíritu Santo: «Cuando yo me vaya, os lo enviaré desde el Padre. Él tomará de lo mío para daros la interpretación» [cf. Jn 16,9.15].

«María inmaculada...».[7]

---

[4] Expresiones libremente tomadas de la oración "María inmaculada" (ver más abajo).

[5] Sal 117/116,1: «Alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos».

[6] No es fácil saber a qué orador alude.

[7] Oración a María, Reina de los Apóstoles (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 32-33; "Consagración de la humanidad", págs. 230-231, ed. esp. de 1993).

El temor de Dios podemos considerarlo en relación a los pecados de la vida pasada y respecto al futuro.

El Espíritu Santo, respecto a la vida pasada, nos infunde el arrepentimiento, el dolor de los pecados. Dolor no sólo natural, sino sobrenatural, que puede ser perfecto o imperfecto, y lo expresamos en el acto de arrepentimiento: «porque pecando he merecido tus castigos» (dolor imperfecto); éste unido a la confesión nos obtiene la misericordia, el perdón. «Y más aún porque te he ofendido a ti, infinitamente bueno» (dolor perfecto). Este dolor es capaz de obtenernos el perdón de Dios incluso | antes de la confesión, aunque permanezca siempre la obligación de acusarnos ante el confesor. Pr 2 p. 134

El dolor es un don de Dios. Hay quien se afana en buscar culpas y mira sobre todo al momento de la acusación. Está bien, es un deber, una condición para confesarnos bien, pues en primer lugar es necesario el examen de conciencia. Pero ante todo hay que buscar el arrepentimiento. Por una parte, pedirlo al Señor como don del Espíritu Santo; por otra, excitarse a él, considerando el gran mal que es el pecado. ¡Y pensar que a veces somos tan necios que nos reímos y bromeamos después de haber ofendido al Señor, mientras se tendría motivo de llorar!

Hay que cuidar el arrepentimiento en la confesión, pedírselo al Espíritu Santo, y llegar al dolor perfecto; las almas devotas no deberían encontrarlo difícil. ¿Cómo amaremos a Jesús, nuestro amigo, nuestro alimento, si no llegamos al dolor perfecto? Sería un dolor inicial; pero cualquier alma que ame de veras, profundamente, al Señor va más allá. Mirad a san Agustín en sus *Confesiones,* ¡qué actos de acusación y, sobre todo, qué actos de arrepentimiento y de proposición! ¡Y cómo cambió su vida, cuánto bien hizo en la Iglesia y en las almas después de su conversión!

En segundo lugar, el temor de Dios tiene que alejarnos del pecado en el porvenir, separándonos del pecado mediante una firme voluntad de no volver a pecar, proponiéndonos adoptar los medios adecuados. Vale poco decir: «propongo no ofenderte más». Hay que añadir: «y huir de las ocasiones de pecado».

No bromeemos, no nos engañemos: si no se usan los medios, los buenos deseos | serán ineficaces. Si no hay un buen propósito, que va siempre unido al arrepentimiento, ¿podremos estar Pr 2 p. 135

seguros de tener un dolor suficiente para la confesión? En cambio, cuando se tiene una voluntad firme, resuelta, de huir el pecado, de repararlo con una vida fervorosa, entonces sí se está seguros de que hubo arrepentimiento.

Sí, hay que huir del pecado, evitar las ocasiones de pecado, según la advertencia de Jesucristo: *«Vigilate et orate»*.[8]

«Vigilancia y oración». Vigilancia en los ojos, la lengua, el corazón, en todos los sentidos internos y externos. Vigilancia para huir de las ocasiones, y oración, porque ya conocemos demasiado nuestra debilidad y no hace falta probarla de nuevo. Cada cual tiene experiencia de sí mismo, ¡debe haber entendido que somos demasiado débiles! En Bombay bendije la primera piedra de nuestra casa: la primera piedra puesta debajo del lugar donde irá el sagrario. Quien hizo el discurso del acto dijo: «Está bien aquí Jesús; desde aquí nos iluminará. Para merecernos esta casa, debemos prometer que la santificaremos y, sobre todo, que nunca mancharemos de pecado los muros ni los locales. Estas paredes, en el día del juicio, hablarán de las virtudes practicadas en esta casa, de la vida religiosa que hayamos vivido en ella, del apostolado que hayamos desempeñado en ella».

Hemos de santificar las casas, alejando el pecado.

«Ab omni peccato...» (tres veces).[9]

¿Pedimos alguna vez el santo temor de Dios? ¿Tenemos siempre dolor de los pecados pasados? *«Cor pœnitens tenete!»* [10] En las confesiones, ¿tenemos un arrepentimiento tal que
Pr 2 nos asegure la | remisión de los pecados? ¿Tememos el pecado
p. 136 de cara al futuro? ¿Huimos de las ocasiones, rezamos? ¿O vamos a meternos en mundanidades que abren el camino a la ofensa a Dios?

Propósito.

---

[8] Mt 26,41: «Manteneos despiertos y pedid no ceder a la tentación».

[9] Invocación litánica: «De todo pecado líbranos, Señor».

[10] «Tened dolor de los pecados [caminad en continua conversión]»: palabras del divino Maestro al P. Alberione (cf. *AD*, nn. 152, 158).

EL JUICIO PARTICULAR [1]

Retiro espiritual

Vamos a considerar el juicio de Dios y tratar de obtener de él el don del santo temor.

«Timore tuo confige carnes meas»: [2] ¡que nuestro corazón tema el juicio de Dios, pero sobre todo temamos el pecado! *«Deum time, sed magis peccatum time»*.[3] Teme al Señor, teme sus juicios, pero teme más aún el pecado, que sólo puede llevarte a una sentencia penosa, a una condena.

«Deum time, sed magis peccatum time».

El juicio de Dios se cumple en un instante.

El alma se verá sola ante Dios, sola con sus obras. En el juicio de Dios puede decirse que hay abiertos dos libros: el primero es el libro de nuestra conciencia; el segundo es el libro de las gracias de Dios. Tenemos que responder de esas gracias recibidas en nuestra vida, especialmente de la vocación, que comprende el servicio perfecto a Dios, por toda la vida. Después, hay que responder de todos los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, de los dones naturales, de las buenas inspiraciones, de todas las ocasiones de bien y de todos los días que el Señor nos ha concedido vivir en esta tierra.

«Líber scriptus proferetur in quo totum continetur».[4] Un libro donde está escrito, podemos decir, en la página de la izquierda las gracias que el Señor nos ha concedido y en la página de la derecha nuestra correspondencia. Pr 2 p. 137

Diverso será el juicio que el Señor hará de un pagano que no conoció a Jesucristo, del juicio que hará de un cristiano que sí

---

[1] Meditación dictada la tarde del sábado 4 de julio de 1953. – Se notará, una vez más, el intervalo de un mes largo desde la última meditación. Ese período estuvo marcado por numerosos viajes: Alba, Bari-Calabria-Salerno, Módena-Vicenza; por un curso de Ejercicios espirituales y, algo más fastidioso, por el reagudizarse de la infección en manos y pies, que ocupó al P. Alberione muchas horas para las curas y vendajes, condicionando varias de sus actividades.

[2] «Con tu temor traspasas mi carne».

[3] «Teme a Dios, pero teme más al pecado».

[4] «Traerán el libro en el que todo está registrado»: de la secuencia *Dies iræ* usada en la misa de difuntos.

conoció a Jesucristo, sus sacramentos, la Iglesia, y que recibió una buena instrucción. Diverso será el juicio de un cristiano que, por circunstancias especiales, tuvo pocos medios para conocer a Jesucristo y el camino de la santidad, del juicio de un religioso, que no podrá aducir excusas. ¿Quién tuvo más medios de luz, más instrucción, más medios de santificación? La observancia de la clausura, el uso de los sacramentos, la frecuencia a la misa, el examen de conciencia, la meditación son otras tantas gracias para el religioso; él ha recibido cien veces más respecto a un cristiano.

Sería útil que cada uno de nosotros leyera el artículo aparecido en *L'Osservatore Romano:* «Retorno a Pedro»,[5] para comprender mejor la responsabilidad ante tantas gracias, de las que el Señor misericordioso nos ha colmado sin medida. De veras, cuando decimos *«Deus cuius misericordiæ non est número...»*,[6] es como para bajar siempre la cabeza.

«Señor, conmigo no has medido tus gracias, como tampoco
Pr 2 mediste los sufrimientos | soportados por mi redención, derra-
p. 138 mando tu sangre hasta lo último; de veras no has ahorrado en mí las señales de tu misericordia, más bien has añadido gracia a gracia, misericordia a misericordia».

---

[5] Cf. *L'Osservatore Romano,* 5 de julio de 1953, p. 1-2. Se trata de un amplio comentario a la peripecia de un "apóstata del Altar", que causó sensación en la primera mitad del siglo XX. E. Boyd Barret sj, nacido en Dublín en 1883, doctorado en psicología por Lovaina, había abandonado la Compañía y la Iglesia en el 1925. En 1948 había "retornado a Pedro", publicando un libro de éxito: *Pastores en la niebla*, traducido al italiano por la editorial Borla en 1953. El artículo, que se abre con la constatación: «¡Qué triste es la situación de un pastor que ha dejado el aprisco!», entabla un discurso sobre la condición humana y espiritual de los sacerdotes que han abandonado el sacerdocio, resaltando la función salvífica de los fieles, que desde dentro del redil salvan a sus pastores.

[6] «*Deus, cuius misericordiæ non est número, et bonitatis infinitus est thesaurus, piíssimæ majestati tuæ pro collatis donis gratias ágimus, tuam semper clementiam exorantes; ut qui peténtibus postulata concedis, eosdem non déserens, ad præmia futura disponas. Per Christum Dominum nostrum*: Oh Dios, de misericordia sin límites y tesoro infinito de bondad, damos gracias a tu bondadosísima majestad por los dones recibidos, y suplicamos siempre tu clemencia para que, mientras concedes a quienes te imploran lo que piden, no les abandones sino que, al contrario, les dispongas a los bienes futuros. Por Cristo...».

Cada gracia recibida nos debe producir dos sentimientos: reconocimiento amoroso y temor santo. Si no hemos obrado el bien, ¿qué excusa podremos alegar? Pero si lo hemos obrado, el Señor añadirá la gracia extrema: *«Veni, sponsa Christi!»*.[7] Será la gracia que corone todas las demás y ponga el sello eterno a la misericordia de Dios con nosotros.

En el juicio de Dios serán recordados en primer lugar los pecados graves: de pensamientos y deseos malos, de palabras deshonestas, de lecturas no permitidas, y los actos, las acciones... Entonces algunas almas verán aparecer cosas que habían olvidado, o callado en confesión, o que con esfuerzo insano habían intentado excusar, diciendo o que no había habido suficiente consentimiento o que la tentación era demasiado fuerte.

Ciertos pretextos no nos excusan ante el tribunal de Dios, que cumplirá un examen diligentísimo: *«Omnia nuda et aperta sunt»*.[8] Tratemos de examinarnos con escrúpulo. Cada uno debe creer en el artículo de fe: «Creo en la remisión de los pecados»; pero cuando la conciencia se ensancha, cuando con vanas excusas se cubre lo inmundo..., ante Dios no queda cubierto.

Dios escruta el corazón, penetra con su mirada hasta el fondo. Serán recordados los pecados veniales de lengua, las hipocresías más o menos graves, los pecados internos, las faltas contra la caridad; se recordarán los pecados veniales de acción, las obras que no eran santas ante Dios, y el tiempo perdido.

También se examinará | el bien hecho: las comuniones ¿se hicieron bastante bien? Las confesiones ¿estuvieron bien preparadas? ¿Bien dichas las oraciones? «*Justitias judicabo»:* juzgaré incluso el bien [cf. Sal 75/74,3]. Con todo, el alma que se presenta a Dios tras una vida santa, no sólo estará ante él con confianza, sino que el propio Señor le recordará el bien cumplido en cada momento: los sacrificios, los actos de obediencia, la observancia de la pobreza cada día de la vida, la caridad recíproca, el fervor de las oraciones, los deseos santos de bien, de perfección, cosas que a veces olvidamos nosotros. Hay almas que día a día acumulan el bien y añaden méritos a méritos. ¡Aquel día, todo se desvelará, y vaya premio! Pr 2 p. 139

[7] «Ven, esposa de Cristo»: antífona para la liturgia de las vírgenes.
[8] Heb 4,13: «Todo está desnudo y vulnerable a sus ojos».

Pensemos en las excusas que trataría de dar el alma al presentarse a Dios en estado de pecado. Pero antes hemos de recordar las acusaciones.

El Señor no tiene necesidad de acusaciones, no arguye más allá de cuanto el alma lleve de mal con ella; no incrimina de lo que no se ha cometido: podría hacerlo el ángel custodio, que tantas veces ha dado inspiraciones y sugerencias, sin haber sido escuchado. Podrían acusar los confesores, los padres, los predicadores: «Nos hemos fatigado con esta alma, pero inútilmente, pues ha sido rebelde».

El alma presentará sus excusas: «Las pasiones eran demasiado fuertes». ¡Pero allí estaba la oración, y con ella podías obtener fuerza! «Recibí malos ejemplos». ¡También los tuviste buenos! Cierto, tus maestros no debían ser esas personas tibias o hasta malas; pero ¿y Jesucristo, y los santos? «Encontré tantas ocasiones para el mal». Sí, el mundo está lleno de ellas, y
Pr 2 cuanto más iréis conociendo al mundo | más veréis que todo él
p. 140 está dominado por el maligno. Pero las ocasiones se podían evitar; y si no se podía porque eran ocasiones necesarias, sí podías hacerlas remotas con la oración y la vigilancia. ¿Y no tenías buenos confesores con quienes aconsejarte? ¿Y no oíste palabras santas, de buena orientación, de dirección espiritual? El inicuo se sentirá tapar la boca, pues Jesús no pide cuentas de lo que no ha dado, sino sólo de lo que el alma es responsable.

Cuando sea el caso del juicio de un alma santa, el Señor le recordará las gracias, los beneficios, los signos de preferencia, de benevolencia, y el alma probará un sentimiento de gratitud a Dios por haber tenido la fuerza de corresponder a sus misericordias. ¿Quién podría imaginar jamás el gozo, el consuelo de un alma que se presenta a Dios o inocente o purificada por la penitencia? Pensad cómo se presentó a Dios aquel santo joven, Luis Gonzaga; pensad cómo se presentó al Señor san Agustín tras una vida de penitencia.

Pensemos cómo se presentó a Jesucristo Pablo, después de haber desgastado por él todas las fuerzas hasta el final, después de haber tenido todas aquellas luces, aquellas inspiraciones, aquellas comunicaciones del Espíritu Santo. Sin duda, se presentó como un soldado que había fatigado tanto y había salido victorioso. Victoria doble: sobre sí mismo, porque tam-

bién él había notado tantas veces los estímulos de la carne; victoria sobre el demonio y sobre el mundo, pues había reunido alrededor de Jesucristo tantas almas, obteniendo que entraran en la Iglesia.

Los lugares donde había desarrollado su | apostolado, y donde había fundado Iglesias, eran otros tantos puntos desde los que se alzaban voces a Dios y a Jesucristo: «Él ha trabajado por nosotros; ha sido nuestra luz, nuestro ejemplo, Señor; ¡le corresponde el premio del apóstol fiel!». Pr 2 p. 141

Y llegará la sentencia, infalible, conmensurada por la justicia y atemperada por la misericordia.

¿Qué sentencia habrá para el siervo bueno? ¿Qué sentencia habrá para el obstinado, que no quiso rendirse a las gracias del Señor? Casi no nos atrevemos a repetirla. Es la que Jesucristo predicó y preanunció: «Habéis buscado a Dios, venid, pues, al reino de mi Padre»; o al contrario: «No habéis querido que Jesucristo reinara en vuestro corazón, id, pues, lejos de mí» [cf. Mt 25,34.41].

Si no se ha querido la bendición, se tendrá la maldición eterna, que entrará en esa alma y la acompañará por toda la eternidad: *«Vermis eorum non móritur»*.[9] Pero quien busca de corazón al Señor, quien busca su gracia, quien trata de cumplir su voluntad, y de perfeccionarse día a día, recuerde la sentencia que le aguarda: «Porque has sido fiel en una breve vida (en el poco), *supra multa te constítuam*».[10] Serás eternamente feliz. ¡Una eternidad de gozo! Sí, el trabajo que hemos de cumplir en esta tierra es poco, breve; y no hay comparación entre la fatiga que sostenemos y el premio que nos aguarda [cf. Rom 8,18].

¡Ánimo, pues!

Llega el día del examen final, el de Jesucristo. ¡Dichosos los siervos fieles! En ese tribunal todos podemos ser promovidos, y promovidos del destierro a la patria eterna.

Saquemos, pues, buen fruto de este | retiro mensual, y no sea un fruto momentáneo, sino duradero. Multipliquemos las oraciones, si nos falta la fuerza. El Señor no faltará con su gracia. Gran consolación debe anidarse ciertamente en el corazón de Pr 2 p. 142

[9] Is 66,24: «Su gusano no muere».

[10] Cf. Mt 25,21: «Te pondré al frente de mucho».

quienes son fieles a sus votos, a sus promesas. Cuando el Señor nos recibió de niños, a las puertas de la iglesia, nos preguntó: «¿Qué pides a la Iglesia?». Y respondimos por medio de los padrinos: «Pedimos la fe». «¿Y para qué te sirve la fe, qué te producirá, qué te traerá?». *«Vitam æternam»*.[11]

Hay que llevar, pues, la estola bautismal incontaminada, o bien lavarla en la sangre del Cordero, para que sea de nuevo pura.

[11] «La vida eterna»: del rito del bautismo.

MUERTE Y VIDA SOBRENATURAL [1]

La liturgia de este domingo, en la misa, nos pone delante la doctrina del Maestro divino acerca de la gracia. Nos hace considerar la muerte y la vida: la muerte, causada por el pecado; la vida, traída por la infusión del Espíritu Santo trámite el bautismo y la confesión; y los frutos de la vida. Efectivamente en el evangelio leemos la resurrección del hijo de la viuda de Naín y en la epístola consideramos los frutos de la vida, o sea los frutos del Espíritu cuando habita en nosotros; y, al contrario, los daños que nos trae la muerte espiritual, es decir la privación de la gracia.

La liturgia nos sugiere dirigirnos al Señor para pedir que en nosotros el espíritu domine siempre la mente, el corazón y el cuerpo, para que vivamos del Espíritu y no según los sentidos. Pr 2 p. 143

El evangelio, tantas veces oído, es de san Lucas: «En aquel tiempo Jesús fue a una ciudad llamada Naín... y resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda... El Señor se conmovió y le dijo: "No llores". Acercándose, tocó el ataúd... y dijo: "¡Joven, a ti te hablo, levántate!" El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre...» (Lc 7,11-16).

San Agustín dice que si aquella mujer lloraba a su único hijo muerto, la Iglesia llora a muchos hijos que han muerto en el alma. Se lloraba visiblemente la muerte visible del primero, pero nadie se ocupaba, ni se percataba de la muerte invisible de muchos. El que conocía estos muertos se ocupó de ellos, y sólo les

---

[1] Título original: Domingo XV de Pentecostés: *El hijo de la viuda de Naín.* – Meditación dictada el domingo 6 de septiembre de 1953. – En los dos meses de intervalo desde la precedente meditación, el Primer Maestro hizo una serie de viajes: en Italia septentrional, luego en ambas Américas (del 19 de julio al 2 de septiembre, en compañía de la Maestra Tecla FSP y la Madre Lucía PD): Estados Unidos, Canadá, nuevamente Estados Unidos, luego México, Cuba, Colombia, Ecuador, Chile, Argentina y Brasil. Es notable una nota de crónica en el *"Diario":* «Encontramos al Primer Maestro de mejor aspecto que cuando partió. *Deo gratias!* Tras los primeros saludos, nos cuentan que el avión [un cuatrimotor de Air France] en el que tenían que regresar ayer, se ha caído. No embarcaron en él por un retraso debido a huelgas. En verdad, en varias comunidades se rezaba por un "buen regreso", y en particular se rezaba en la Cripta del Santuario *Regina Apostolorum*».

conocía quien podía darles nueva vida. ¿Es que Jesús no dijo al joven: "Yo te lo mando, levántate"? ¿Es que no se lo devolvió a su madre? Igualmente quien ha cometido el pecado, si le toca y le espolea la palabra de vida y verdad, resucita a la voz de Cristo y se le restituye la vida. Quien se reconoce en este muerto, o sea quien se reconoce muerto por la privación de la
Pr 2 p. 144 vida sobrenatural, | constituida por la gracia, haga de manera que resucite prontamente.

San Pablo en la carta a los Gálatas dice a los compañeros de fe: «Hermanos, si el Espíritu nos da vida, sigamos también los pasos del Espíritu. No seamos vanidosos... Incluso si a un individuo se le sorprendiera en algún desliz, vosotros, los hombres de espíritu, recuperad a ese tal con mucha suavidad; estando tú sobre aviso, no vayas a ser tentado también tú...» [2] (Gál 5,25-26; 6,1-10).

Así pues, debemos pedir siempre al Señor vivir de esta vida sobrenatural, para producir con nuestras obras frutos de vida eterna. ¡Infeliz el pecador! Parece ser rico; parece estar lleno de vida: *«Nomen habes quod vivas et mortuus es»:* te consideran vivo, te consideran lleno de vigor, en realidad estás muerto [cf. Ap 3,1].

Pr 2 p. 145 ¡Cuántas personas, débiles, enfermizas, están llenas | de vida sobrenatural, y producen frutos de vida que no caerán nunca, porque son frutos de vida eterna! ¡Y, en cambio, cuántas personas que trafican, que trabajan, que transportan pesos, tienen muerta el alma! Sus obras privadas de la gracia no les darán ninguna ventaja. «El que cultiva los bajos instintos, de ellos cosechará corrupción» [Gál 6,8]. Tenemos que pedir siempre la gracia y el aumento de gracia.

Consideremos el introito de la misa: «Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado; protege mi vida, que soy un fiel tuyo, salva a tu siervo que confía en ti; tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día» [Sal 86/85,1-3].

Señor, tu gracia pedimos; el aumento cotidiano de gracia, y los frutos del Espíritu, los frutos de la gracia; lo que dice san Pablo: «No nos cansemos de hacer el bien, que, si no desmayamos, a su tiempo, cosecharemos... Trabajemos por el bien de todos, especialmente por el de la familia de la fe» [Gál 6,9-10].

---

[2] En el original el texto se transcribe entero.

Vamos a insistir en las palabras: «Señor, te estoy llamando todo el día»; sálvame del pecado, oh Señor, y haz que en mí viva siempre el Espíritu.

Si vivimos según el espíritu, caminemos también según el espíritu. Quien está en gracia, hace las obras de la gracia, es decir produce los frutos de aquel que es la Vida. Si Jesucristo vive en nosotros, nuestras obras serán frutos de vida eterna. Nosotros y Jesucristo juntos podemos producir frutos admirables, frutos dulcísimos ya en la tierra, y frutos de gloria eterna en el cielo. Frutos que no caerán nunca, porque no se marchitarán nunca, mientras que quien siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción.

¿Cómo resurgirán, al fin del mundo, quienes parecían vivos, pero, por estar privados de la gracia, estaban muertos en el alma? Resurgirán con el cuerpo marcado por sus pecados y llevarán su ignominia a la vista de todos, especialmente de Dios, de los ángeles, de los santos, de quienes eran sus compañeros en la vida y que actuaban con ellos. Pr 2 p. 146

Vivamos según la fe; no miremos sólo a la salud externa; no miremos solamente a la presencia material, no miremos sólo a la actividad: vivamos según la fe y estimemos los bienes sobrenaturales, que son, en primer lugar, la unión habitual con Dios mediante la fe, mediante la gracia. Luego, la fe viva, la esperanza firme, la caridad ardiente, activa, las virtudes cardinales, las virtudes religiosas: esta es la vida del espíritu.

Vivamos según la fe y no juzguemos según las apariencias. No nos engañemos. Infeliz quien cierra los ojos sobre sí mismo, se contenta de apariencias y, mientras busca crecer en salud, no cuida crecer también en gracia. Hay que crecer en edad, sí, pero juntamente en sabiduría y en gracia.

Nuestra meditación debe llevarnos al examen de conciencia. Puesto ante Dios, ¿reconozco estimar sobre todo su gracia, o los bienes externos, la salud? ¿La vida sobrenatural, o la fuerza, la robustez y belleza del cuerpo?

¿Soy acaso de quienes merecen el reproche: «Nominalmente vives, pero estás muerto»? ¿Estimo toda la doctrina de la gracia, que en teología forma un tratado preciosísimo? ¿Busco esta gracia y la considero como el mejor tesoro que un hombre pueda poseer? La gracia que hemos recibido en la

Pr 2 p. 147 fuente | bautismal, ¿la hemos aumentado en nosotros viviendo según el espíritu?

Hay períodos de desaliento, y todos estamos sometidos a ellos; hay tentaciones, y a todos pueden afectar; pero san Pablo nos advierte: «¡No dejéis de hacer el bien..., no os canséis!». No seamos tentación para nosotros mismos. Pensad que también vosotros podéis ser tentados como los demás; y por tanto tened compasión y amplitud de corazón con los que caen, pero sin seguirles en la caída.

Tenemos que obrar según el espíritu, para el bien. Que la jornada de hoy esté llena de méritos. Ofrezcamos al Señor todo según las intenciones con las que Jesús se inmola cada día en los altares. Todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones sean según Dios, es decir según el espíritu, de modo que cada día cosechemos frutos de vida eterna.

El necio pasa su vida inútilmente, sin ordenarla a la vida eterna; pero quien es prudente y sensato recoge a cada hora y a cada momento méritos, obrando según el espíritu, produciendo los frutos que Jesucristo quiere producir en nosotros, pues él vive en nosotros por medio de la comunión y de la unión cada vez más estrecha e íntima que cada alma debe tener siempre con él.

¿Qué nos proponemos para esta jornada? Los propósitos del examen de conciencia, los propósitos de la confesión o del retiro mensual, renovémoslos en este momento. Renovémoslos en nuestro corazón, y cada cual los pronuncie de nuevo con la lengua que acaba de tocar la carne inmaculada de Jesucristo.

E invoquemos a María, nuestra Madre, y Madre de la divina gracia.

Pr 2 p. 148 Si la conciencia nos remuerde, recordemos las palabras de Jesús al joven que había muerto: “¡Joven, a ti te hablo, levántate!”.

¡Hay que levantarse de aquella tibieza, levantarse de aquella muerte espiritual, y vivir en Cristo!

Renovemos nuestro “Pacto” con el Señor, para que nos hagamos cada vez más sensatos y estimemos el gran tesoro de la gracia, de modo que este gran talento pueda producir en nosotros abundantísimos frutos para la vida eterna.

HUMILDAD Y EXALTACIÓN [1]

Antes de empezar a predicar se acostumbra decir un avemaría. ¿Por qué se prefiere esta oración antes de meditar y escuchar la palabra de Dios?

María no sólo nos dio a su Hijo en modo físico, sino que lo da a toda alma. La comunicación de Jesús a cada alma acaece, particularmente, por el conocimiento y la fe en el Hijo de Dios encarnado, fe en su Evangelio. María es quien debe hacernos conocer al Hijo y comunicarlo al alma por medio de la fe y del amor. Ser verdaderamente de Dios, amar al Señor, significa sobre todo unirnos a Jesús por medio de la mente y del corazón, para estar luego unidos en la vida. María hace que conozcamos a su Hijo. Como decía san Epifanio: [2] Ella nos da a leer el | libro eterno, que es el Verbo de Dios, el Hijo de Dios encarnado.[3] Pr 2 p. 149

Invoquemos a María especialmente ahora cuando tratamos de comprender una verdad algo más difícil, con la que se cierra el paso evangélico propuesto hoy por la Iglesia. «Quien se ensalza será humillado, quien se humilla será ensalzado» (Lc 14,1-11).

Si de veras nos amamos, debemos humillarnos; si nos odiamos, entonces nos abandonaremos al orgullo, al capricho, a nuestros antojos.

La humillación está justo en esto: ser privados del sumo bien que es Dios. Cuando el Señor deja que un alma caiga en la ignorancia de Dios, en la obstinación, en la ceguera de la mente y en la dureza del corazón, es cuando el alma queda profundamente humillada, porque está privada de Dios, de la vida sobrenatural y, consiguientemente, puede temer en serio la perdición eterna.

Mirad cómo son castigados estos orgullosos fariseos y estos doctores de la ley, que pretendían dictar a todos lo que debían hacer, creyéndose los únicos intérpretes de la palabra de Dios. Se oponían a Jesús, considerándole un nuevo doctor, un doctor

---

[1] Meditación dictada el domingo 13 de septiembre de 1953. Título original: Domingo XVI de Pentecostés: *El hidrópico curado en sábado.*

[2] Epifanio (hacia 315-403), metropolitano de Chipre y obispo de Salamina, combatió la herejía arriana. Se le venera como padre de la Iglesia griega.

[3] Este pensamiento, en su formulación latina (*«Ave, María, liber incomprehensus, quæ Verbum et Filium Patris mundo legendum exhibuisti»*), lo puso el P. Alberione como lema del boletín interno *San Paolo*.

joven que pretendía traer una ley nueva; y no sabían captar ni lo que acaecía ni lo que experimentaban, o sea ni los prodigios de Jesús ni la sabiduría de su palabra, que confirmaba la ley antigua y venía a cumplir cuanto en ésta se había prometido.[4]

Pr 2 p. 150 Le miraban siempre de reojo, para ver si de alguna manera podían acusarle. Agudizaban continuamente sus oídos para ver si en sus palabras podían encontrar una sílaba no perfectamente conforme con la Escritura.

No le quitaban ojo porque era sábado, y querían ver si osaba transgredirlo en algo... Aquellos fariseos, aquellos doctores de la ley afirmaban que el sábado era día de descanso, y condenaban, por el sábado, incluso las obras de caridad. Luego, ellos, en práctica, actuaban muy diversamente de como enseñaban... Aun

Pr 2 p. 151 en sábado | ponían en acto todos los medios para sacar al asno o el buey del pozo o cisterna donde hubiera caído. A eso no podían replicarle, para no autocondenarse.

Entonces Jesús pasó a fustigar directamente su orgullo y, observando cómo los convidados elegían los primeros puestos, empezó a decirles: «Cuando alguien te convide a una boda, no te sientes en el primer puesto... a revés, ve a sentarte en el último puesto» [cf. Lc 14,8.10].

Elegían los primeros puestos, los querían; y eso sucedía justo aquel día de sábado. Pero Jesús dijo: «Ve a sentarte en el último puesto, pues quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado».

Pr 2 p. 152 La exaltación está especialmente en esto: acrecer nuestra fe, acrecer nuestro amor a Dios; así se posee el sumo bien, y con el sumo bien la paz de espíritu, los méritos para la vida eterna, una vida serena en la tierra, una muerte acompañada de gran confianza y la exaltación definitiva, eterna, en el paraíso.

Jesús se humilló hasta la muerte de cruz; por eso Dios le exaltó: en el cielo está sentado a la derecha del Padre [cf. Flp 2,8-9].

Y tal es la historia de toda alma que ama de veras a Dios y se mantiene humilde. Cuando nosotros nos encumbramos, el Señor se encarga de abajarnos, y si bien no nos mandará humillaciones positivas, nosotros mismos nos volveremos pobres, míseros, porque a quien le falta Dios ¿no es el más pobre? Y quien tiene a Dios, ¿no es el más rico?

---

[4] Aquí en el original se transcribe entero el texto evangélico.

Los fariseos se exaltaban y quedaron sin la luz; no reconocieron a Jesucristo, y el Señor los abandonó a su ceguera: después de tantas invitaciones y de tantos prodigios como había obrado ante ellos. «Aunque no me creáis a mí, creed a las obras» [Jn 10,38]. ¿Quién más infeliz que ellos? En cambio, los pescadores, los campesinos, aquella gente humilde que corría en pos de Jesús, escuchando su palabra y admirando los signos, obtuvo la redención: *«Dedit eis potestatem filios Dei fíeri»*.[5] Pasan a ser hijos de Dios, o sea herederos de la eternidad, coherederos de Jesucristo.

La ceguera de la mente y la dureza del corazón son la más grande humillación. Pero cuando uno llega a la ceguera de la mente y a la dureza del corazón, se cree más sabio que los demás, y los desprecia. Desprecia en especial a los buenos, a los sencillos que aman a Dios, obedecen con gusto y están henchidos de caridad. Cuando uno es duro | de corazón, no se encuentra ni motivo ni medio de llamarle la atención, no hay ya un punto de apoyo para reconducir el alma al buen camino y auparla de su postración. ¡Infelices! Hay que rezar por ellos. Pr 2 p. 153

Quien busca, en cambio, el último puesto, es encumbrado por Dios. Pero no nos quedemos en una consideración demasiado abstracta: hay que decir que quien es humilde es caritativo con todos; quien es humilde es también obediente. Vamos, con todo, a indicar un solo punto: la humildad en la oración.

La humildad y la confianza son los dos elementos que esencialmente constituyen la oración, los dos pies en que la oración se apoya. El orgulloso no reza bien; el orgulloso no piensa en sus necesidades, no está persuadido de tenerlas. El humilde es como la santísima Virgen, omnipotente: una omnipotencia suplicante, orante. Los que son de veras humildes son poderosos, porque su reconocida debilidad les hace potentes ante el corazón de Dios. El propio Dios se inclinará y les exaltará dando fruto a su vida y apostolado. Y cuando hayan pasado una vida bendecida por Dios y repleta de méritos, se sentirán decir: *«Veni, sponsa Christi»; «Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui»*.[6] Por-

---

[5] Jn 1,12: «Les ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios».

[6] «Ven, esposa de Cristo» (antífona vespertina del común de vírgenes); «¡Muy bien, empleado bueno y fiel! Pasa a la fiesta de tu señor» (Mt 25,21).

que has sido fiel por poco tiempo y en cosas pequeñas, aquí tienes un gran premio, un premio eterno.

En la eternidad veremos recluidos en los abismos profundos del infierno a los ángeles rebeldes, orgullosos: Lucifer, que pretendía ser igual a Dios, y con él todos los orgullosos, que no se inclinaron a Cristo, a la verdad, y no supieron orar porque estaban llenos de sí mismos. Y quien se exalta y se cree algo *«cum nihil sit, ipse se seducit»,* siendo nada, se engaña.

Pr 2
p. 154 La humildad lleva a rezar con devoción, inclinando la cabeza, invocando luz, fuerza, los dones del Espíritu Santo: la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la piedad, el temor de Dios.

El humilde obtiene siempre un aumento de las virtudes teologales y de las virtudes cardinales, más un crecimiento de los dones del Espíritu Santo. Atesora en vida. Puede ser un pobrecito descalzo, puede ser un analfabeto, puede estar enfermo o incluso abandonado de todos; pero él posee a Dios y es el más rico de todos. Dios pensará en exaltarle.

Veamos si tenemos el verdadero espíritu de oración, si estamos convencidos de nuestras necesidades. Si uno tiene algún don, debe estar convencido de ser deudor ante Dios, a quien hemos de servir tanto mejor cuanto más numerosos sean los talentos de los que tendremos que rendirle cuentas.

Uno de los mejores clérigos que he conocido en mi vida, el primer día, regresando de las vacaciones al Instituto dijo: «Me he alegrado esta tarde y he adquirido confianza, porque hemos comenzado el año con el primer misterio gozoso, el misterio de la humildad de María; humildad que le mereció la exaltación de ser Madre de Dios. Misterio de la humildad del Verbo, que se hizo carne, cuando María dijo: *"Ecce ancilla Dómini"*. El Hijo de Dios, haciéndose carne, sufrió las mayores humillaciones, seguidas luego de otras humillaciones más visibles, más claras, externas, por las cuales recibió la exaltación que ahora tiene en el cielo». Aquel clérigo tenía razón. Han pasado al menos cincuenta años, pero lo recuerdo como si fuera ahora, y sus palabras me sirvieron de meditación para muchos días.[7]

---

[7] Se refiere probablemente al clérigo Agustín Borello, su compañero de estudios en el seminario de Alba, muerto en 1902 (cf. *Abundantes divitiæ*, n. 22). El joven Alberione pronunció el elogio fúnebre en el cementerio de Canove di Covone: puede leerse el texto en *Sono creato per amare*, pp. 77ss.

¿Oramos con humildad? ¿Nos reconocemos una nada, pecadores, débiles y por tanto continuamente necesitados de la fuerza de Dios, de su luz, de sus consuelos, de los dones del Espíritu Santo? Pr 2 p. 155

Propósito. Consideremos cómo oraba María, con qué humildad. Consideremos a Jesús en el huerto de Getsemaní, con la cabeza inclinada hasta la tierra, ante la majestad de Dios.

Vamos a pedir la gracia de rezar con humildad. ¡Qué gran gracia!

«Jesús Maestro, acepta el pacto...».[8]

[8] Oración del "Pacto" o "Secreto del éxito". – Después de esta meditación siguen dos meses de intervalo, durante los cuales el P. Alberione reemprende sus viajes: Italia, Francia, Inglaterra, España, Portugal (fuera de Italia va con la Maestra Tecla y la Madre Lucía). Visita también los santuarios marianos de Lourdes y Fátima. Predica numerosos cursos de Ejercicios y retiros, y, cuando está en Roma, casi diariamente dicta la meditación a los sacerdotes en la capilla de la Casa general.

Retiro mensual

LA INMACULADA

1ª Meditación

LA NECEDAD DEL PECADO [1]

Pongamos este retiro mensual bajo la protección de María inmaculada: ella nos ilumine, conforte, asista y prepare a celebrar bien la Navidad.

En 1854, el 8 de diciembre, Pío IX [2] en presencia de muchos cardenales y obispos definía solemnemente: «Es doctrina revelada por Dios, que María santísima, por los méritos previstos de Jesucristo, fue preservada del pecado original». Esta definición llenó de gozo al mundo, y María mostró complacerse del acto del Vicario de Jesucristo, porque, cuatro años después, aparecía en Lourdes y, a santa Bernardita [3] que quería conocer el nombre de la aparición, le respondió abriendo las manos y juntándolas hacia el cielo: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Pr 2
p. 156

El Papa [4] nos invita a celebrar el gran acontecimiento de la definición con especiales oraciones y especiales prácticas a lo largo de todo el año que va del 8 de diciembre de 1953 al 8 de diciembre de 1954, el llamado «Año Mariano».

Qué es un Año Mariano se entiende fácilmente si se considera lo que es el mes de mayo, que cada año dedicamos a María. El Año Mariano es como un año en el que se repite doce veces el mes de mayo; o sea que son doce meses en los cuales realizamos los actos, obsequios y prácticas que, en los años ordinarios, realizábamos en honor de María santísima en mayo.

---

[1] Meditación dictada la tarde del domingo 6 de diciembre de 1953.

[2] Pío IX (1792-1878), Giovanni Mastai Ferretti, beatificado en el 2000 por Juan Pablo II.

[3] Bernardita Soubirous (1844-1879). En Lourdes, el año 1858, se le apareció repetidamente la Virgen y le reveló que era la "Inmaculada Concepción".

[4] Pío XII había publicado hacía poco la encíclica *"Fulgens corona"* (cf. *L'Osservatore Romano,* 27 de septiembre de 1953).

¡María toda hermosa y toda inmaculada! *«Tota pulchra es, María, et mácula originalis non est in te!»*.[5]

Esta alabanza dice dos cosas: que María es "la sin culpa", o sea sin pecado, ni siquiera el pecado original, con el que todos nacemos, siendo necesario para borrarlo el santo bautismo, que hemos recibido al principio de la vida, cuando no conocíamos aún el beneficio que Dios estaba concediéndonos, haciéndonos sus hijos, herederos del paraíso, adornados de la gracia, provistos de dones sobrenaturales.

María no tuvo necesidad de este sacramento, porque ella, desde el primer momento de su existencia, estuvo inmune de culpa: entre todos los hijos de Adán y Eva, ella es la única creatura con esta exención. Si la humanidad toda naufragó en la culpa, María fue la nave que flotó sobre las ondas del mar, sin que éstas pudieran sumergirla. ¡Cuánta razón hay para cantarle a María las más bellas alabanzas, y cómo cabe entender las palabras que le dijeron: «Bendita tú entre las mujeres»! [Lc 1,42].

Bendita entre todas las creaturas, | concebida sin pecado original. ¿Y por cuál motivo? Porque María debía ser como el sacro copón donde iba a habitar el Hijo de Dios encarnándose: *«Ut dignum Filii tui habitáculum éffici mererétur»*.[6] El Hijo de Dios no quería nacer de una madre sobre la que, aunque fuera sólo por pocos instantes, el demonio hubiera tenido algún dominio, como sobre todos cuantos nacen con la culpa original. Pr 2 p. 157

El primer obsequio a María será este: odio al pecado. El primer obsequio para celebrar bien el Año Mariano será este: honrar a la Inmaculada, conservándonos inmaculados, limpios de culpa.

Para que María pudiera recibir a Jesús en su seno, fue preservada de la culpa; y nosotros, para ser acogidos por esta Madre y bendecidos en este Año Mariano, debemos alejar la culpa. Y para ser conducidos a Jesús y bendecidos por él, debemos, de nuevo, alejar el pecado.

¡El pecado! ¿Qué es el pecado? Es una rebelión contra Dios. El pecado es una ingratitud a tan grande bienhechor; pero qui-

---

[5] «Toda hermosa eres, María, y en ti no hay mancha original»: antífona de la liturgia de la Inmaculada Concepción (cf. Cant 4,7).

[6] «Para que tu Hijo tuviera una digna morada» (cf. *oremus* después de la antífona *Salve Regina*, al final de las Horas).

zás entendamos mejor esto: el pecado es una locura, una ruina para nosotros.

Es un mal, el verdadero mal que nos puede caer en la vida. El pecado es una locura, pues ¿qué pierde quien comete el pecado? ¿Qué se merece quien cae en pecado? ¿Cuáles son las consecuencias del pecado? El pecador con su acto de necedad pierde, ante todo, a Dios, se separa de él, le vuelve la espalda, da la espalda al paraíso. Dios es el supremo bien, es la eterna felicidad, y el pecador, por una satisfacción de nada, renuncia al cielo, al paraíso que nos aguarda. ¡Qué hermoso puesto nos aguarda! | Allí los ángeles vestidos cándidamente, los mártires, los confesores, los apóstoles y los vírgenes alaban a María, cantan a Jesús. Pero el pecador con su acto insano se cierra el cielo, renuncia a él. ¡Esta es la patria a la que renuncias; esta es la felicidad que te aguarda y a la que tú has abdicado! Si dejas a Dios, sumo bien, ¿qué tendrás? Serás un pobretón, un miserable y un infeliz.

Pr 2
p. 158

El pecado, además, hace perder los méritos de la vida pasada. Dice la Escritura que, si el justo se aleja del camino de la justicia, de la santidad, y peca, todo el bien que había hecho antes no se tendrá en cuenta: «*Non recordabuntur omnes justitiæ quas fécerat*».[7] En efecto, si esa alma, al comparecer ante el tribunal de Dios, es condenada al infierno, ¿podrá allá abajo gozar de algún modo del fruto de las obras pasadas? En vuestra juventud, en los años transcurridos, habéis acumulado ya muchos méritos: oraciones rezadas, sacramentos frecuentados, deberes cumplidos, oficios de toda clase; pero aun cuando tuviéramos los méritos de un san Luis, si después pecamos, no se tendrán en cuenta.

¡Qué necedad es el pecado! Suele repetirse la palabra de aquel hermano infeliz, que por un plato de lentejas se privó de los grandes derechos de la primogenitura [cf. Gén 25,29-34]. Renunciando a ser hijo de Dios, te haces hijo de Satanás y sufrirás su propia suerte, si no piensas rehacerte como hizo el hijo pródigo y como Jesús te ofrece la ocasión por medio de la santa confesión.

El pecador se vuelve asimismo incapaz de merecer; aunque fueran muchas las obras buenas y grandes los sacrificios hechos para rezar, para cumplir los deberes de la jornada, todo ello nada merecería; incluso estando en misa, mientras hay pecado en

[7] Ez 18,24: «No se tendrá en cuenta la justicia que hizo».

el alma, no se ganan méritos. Es necesario quitarlo, recuperar la amistad de Dios. | Porque el ramo seco, separado del árbol vital, no puede ya dar frutos. Pr 2 p. 159

El pecado, en fin, hace perder la paz del alma. Con Dios se está bien; pero sin Dios, ¡cuántos pesares!

Caín es un ejemplo. Hace poco tiempo leíamos en el periódico que un hombre, en un acto de cólera, había matado a un niño, que le había hecho un desaire de nada: la ira le cegó y disparó contra el niño. No le descubrieron, pero él sentía en sí tal remordimiento y tal pena que, al cabo de algunos meses, para acabar con la desazón fue a entregarse a los policías, diciendo que si había cometido un gran delito, quería pagar la pena y poner en paz su alma.

Yendo a la cama en pecado, ¿hay paz? Una voz te grita: «¿Y si murieras así, si esta noche pasaras de la cama a la eternidad, qué eternidad te encontrarías, el paraíso o el infierno?». Cuando aquel señor de la parábola evangélica, habiendo hecho una cosecha abundante, se decía: «tengo los graneros llenos, las bodegas repletas, mucho dinero, puedo estar en paz y gozar de estos bienes», en el silencio de la noche se dejó oír una voz potente: «Insensato, esta misma noche morirás. Lo que tienes preparado, ¿para quién va a ser?» [cf. Lc 12,16-21].

El pecador es un necio, un hombre sin conciencia: se condena al infierno. Esa condena la ha firmado él, la ha querido, la ha escogido en conciencia, sabiendo lo que hacía.

Y si no se ejecuta enseguida la condena, es porque el Padre celestial usa misericordia con su hijo, espera que entre en sí mismo y reemprenda la senda que le conduce a la casa paterna. Pero entre tanto, este pecador camina sobre el borde del infierno. Basta una desgracia, una enfermedad, tal vez una muerte improvisa, ¿y qué será de él?

Cuando se está a la muerte, el pecado es como una serpiente que muerde el corazón. Hemos de pensar en ese momento, cuando pasaremos de esta vida a la otra. ¿Qué recuerdos tendremos entonces? Quien ha obrado rectamente recordará el bien cumplido; ¿pero cómo se encontrará el pecador? Él espera: «Me confesaré». Pero ¿y si no tienes tiempo? Justo esta mañana leíamos en el periódico que treinta personas perecieron en la caída de un avión. Pr 2 p. 160

Si la muerte llega improvisa, y aunque no sea así, ¿merece el pecador que el Señor le tenga misericordia, cuando él la ha rechazado tantas veces? Cierto, la misericordia de Dios nos acompaña hasta el último suspiro; pero la vida de ese tal ¿ha merecido para sí la misericordia de Dios? «Me confesaré», ¡pero se requiere el dolor! Y quien ha amado el pecado, ¿se arrepentirá entonces tan fácilmente?

El pecador bromea al borde del precipicio entre salvación y perdición eterna. Si preguntáramos a quienes ya se han perdido y están allí llorando desesperados cómo se perdieron, si al menos en esta tierra gozaron de paz y alegría, qué bienes les reportó el pecado, o si, en fin de cuentas, sufrieron más pecando que haciendo el bien, ¿qué responderían? Lo dice san Bernardo repitiendo, casi a la letra, las palabras de san Agustín: «Baja frecuentemente con el pensamiento al infierno mientras estás vivo, para no bajar después de tu muerte».

Acerquémonos a la inmaculada Madre de Dios, y decidamos dos cosas en este retiro mensual:

1) aversión del pecado, si ya lo hemos cometido;

2) propósito de pasar un año sin pecado.

Y empecemos el año vestidos cándidamente. Así es como podemos acercarnos a la inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra, María.

Pr 2
p. 161

Buen examen de conciencia, vivo dolor, firme propósito; luego comencemos el Año Mariano con buenos rosarios, con súplicas a María nuestra Madre, para que al menos este año, que debemos pasar de modo especial cerca de ella, sea blanco, sea el año de la inocencia, merecedor de especiales bendiciones sobre las vocaciones y sobre nuestra vida.

Ahora invoquemos la bendición de Dios y pidamos al Señor llegar a ser sensatos.

El pecado es el gran mal, el verdadero mal; por tanto demos de detestarlo y huirlo para siempre, evitando las ocasiones y orando. Al mismo tiempo pidamos a María que ninguno de los Hijos e Hijas de San Pablo caiga en culpa durante el año. ¡Que seamos inmaculados todo el año!

2ª Meditación

UN AÑO CON LA INMACULADA [1]

Uno de los actos más simpáticos que ha realizado el papa reinante Pío XII es el haber proclamado, con la encíclica *«Fulgens corona»,* este Año Mariano. Se ha producido un despertar de obras e iniciativas en todo el mundo. De un cabo al otro de la tierra se cantan alabanzas a María. Parece que este año, más aún que en los años ordinarios, María puede decir: «Me felicitarán todas las generaciones» [Lc 1,48]. Sí, todas las generaciones, hasta el final de los siglos. En uno de los cantos decimos: *«Tota pulchra es, María».*[2] María no fue manchada por la culpa actual y ni siquiera por la culpa original. Nosotros hemos tenido la desgracia de nacer con la culpa original: ¡al menos no vayamos, en lo sucesivo, cometiendo pecados personales voluntarios! | ¡Antes la muerte que el pecado! Y quien quiere acceder a María, purifíquese. Pr 2 p. 162

«Tota pulchra es, María»: María es toda hermosa, porque en su inmaculada concepción no sólo estuvo exenta de la culpa, sino también adornada de todas las virtudes. Éstas, aun quedando de momento escondidas, se desarrollaron gradualmente en su corazón, y su vida fue como un día siempre creciente de luz y de calor, como nota el Papa, hasta llegar a un ocaso maravilloso, fulgurante, de una luz eterna. María, asunta en cuerpo y alma al cielo, tuvo el privilegio de la triple corona recibida de la Sma. Trinidad.

La inmaculada Concepción es como el alba radiante, y la Asunción corporal de María al cielo es como el ocaso triunfal, eterno. Allá en el cielo el Hijo se sienta a la derecha del Padre y María está a la derecha del Hijo, en triunfo eterno. Su alma en el primer instante de la existencia quedó penetrada por la gracia de Dios; una gracia plena, en vista del oficio a que estaba destinada: Madre de Dios y Madre de los hombres.

Durante la existencia de María no hubo ni un instante en que el demonio haya prevalecido sobre ella. El demonio intentó acercár-

---

[1] Meditación dictada la tarde del domingo 6 de diciembre de 1953.

[2] «Eres toda hermosa, María».

sele, pero ella le aplastó la cabeza: *«Ipsa cónteret caput tuum»*.[3] Y en esto María adquirió un derecho o, si queremos decir así, una misión para preservar siempre del pecado, para aplastar siempre la cabeza a Satanás cuando éste ronda a sus devotos. «María, eres la salvación del alma mía», es el grito que debe brotar de nuestro corazón en toda tentación. «¡Haznos santos!».

El alma de María estuvo repleta de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; todas las virtudes morales adornaban su corazón. Si en Lourdes declaró: «Yo soy | la inmaculada Concepción», en Fátima precisó, casi, su definición, invitando a orar a su Corazón inmaculado. Corazón inmaculado, sin mancha; corazón humildísimo, fervorosísimo, mansísimo, ardentísimo.

Pr 2
p. 163

En el último viaje que he tenido que hacer, semanas atrás,[4] con un breve desvío fui a celebrar la misa a Lourdes, ante María santísima inmaculada; e igualmente desde Oporto a Lisboa, desviándose un poco, se llega a Fátima. Recé y dije la misa por todos vosotros, por toda la Familia Paulina. ¡Sed inmaculados este año, inmaculados siempre, pero especialmente este año!

María posee toda virtud. Pero las madres se muestran ufanas y altamente complacidas cuando ven sus propios rasgos reproducidos en el rostro de sus hijos. Pues así María se complace cuando ve en nuestra alma rasgos de su alma, es decir, cuando ve reproducidos en nuestra mente sus pensamientos altísimos, santísimos. «Santa en la mente, en la voluntad, en el corazón». Por eso el Papa dice: ¡Imitad a María!

Seamos semejantes a ella, y María mirará siempre con particular agrado a niños, jóvenes y adultos que reproducen en sí sus rasgos espirituales.

Yendo a detalles, notaremos dos puntos:

El primero nos lo ha puesto delante el Papa en la encíclica *«Fulgens corona»*.

En Caná de Galilea, a mitad del banquete, faltó el vino. Y María, siempre atenta a todo y, por razones especiales, parti-

---

[3] Gén 3,15: «Ella [él] te herirá la cabeza».

[4] Viaje en automóvil, del 31 de octubre al 18 de noviembre, con la Maestra Tecla FSP y la Madre Lucía PD.

cularmente en aquel momento, se dirigió a Jesús y le hizo una petición [cf. Jn 2,1-5]. El corazón de Jesús y el corazón de María se comprendían muy | fácilmente: *«Vinum non habent»*.[5] La respuesta fue altísima. María comprendió cómo Jesús la escuchaba, cuando se dirigió a los sirvientes y les dijo: «Cualquier cosa que os diga, hacedla». Ahora, dice el Papa, parece que María nos repite lo mismo. «Haced lo que os digan»: lo que quiere Jesús y quieren vuestros superiores. ¿Y qué quiere Jesús, y qué quieren vuestros superiores, si no vuestra santificación, es decir, que aquí en la tierra cada cual siga los ejemplos de María, y los ejemplos de Jesús, y llegar después a la patria dichosa donde todos estamos llamados? En primer lugar, lo que Jesús desea de nosotros es lo que en nombre de Dios nos enseñan los superiores, los maestros, tanto si concierne al espíritu como al estudio o al apostolado o a la buena educación o al orden; en fin, todo cuanto enseñan. Pr 2 p. 164

Tratemos pues de examinarnos sobre las consecuencias que dependen de este principio, y sobre las aplicaciones del mismo.

¿Secundamos a los superiores y a los maestros? ¿Se aceptan las cosas que enseñan, y se aceptan bien? ¿Se acepta bien lo tocante al espíritu, las virtudes, la vida religiosa? ¿Se acepta bien lo relativo al estudio? ¡Hay que avanzar en el saber y en la escuela!

¿Se sigue de buena gana lo que el maestro dice, dependiendo gustosamente de él? ¿Se acepta y se sigue de buena gana lo concerniente al apostolado? ¿E igualmente lo tocante a la buena educación, la formación natural y sobrenatural? Queda englobado todo: «Cualquier cosa que os diga, hacedla». Es el consejo de María.

Segunda aplicación: está bien que este año adornemos la estatua y los cuadros de María con flores; pero bien sabemos que a ella | le agradan particularmente las flores espirituales. Por tanto, este año vamos a entretejer esas flores que siempre pedimos: que María haga florecer en nuestras Congregaciones la rosa, el lirio, la violeta, de modo que nuestros corazones, alrededor del altar de Jesús y de María, sean como flores, y que le Pr 2 p. 165

[5] «No tienen vino».

ofrezcamos cada una de ellas todas las mañanas. ¡Que en nuestro corazón vayan juntas la azucena, la rosa y la violeta!

¡Oh!, el hermoso lirio que es María, el lirio que alegra a la Sma. Trinidad, el lirio que perfuma el paraíso, el lirio entre las espinas: cuantos se acercan a ella sienten la fragancia y quedan edificados. El lirio de la pureza, que hace noble al hombre asemejándole a los ángeles. El lirio que asegura una vida gozosa; un corazón siempre virgen y siempre enérgico. Un lirio que es el honor de la juventud y consuelo y fortaleza en la virilidad, porque crece entre las espinas.

Hay que estar vigilantes en los ojos, los compañeros, las lecturas y la fantasía, pero antes aún en los pensamientos y el corazón. Pensamientos y corazón van en primer lugar, porque las obras seguirán a los pensamientos y los sentimientos, acabando con manifestarse en los hechos.

Luego, hemos de ofrecer a María y rogarle que haga florecer rosas de caridad: amor a Dios, comuniones fervorosas, buenas visitas al Smo. Sacramento, amor al prójimo, delicadeza, espíritu de sociabilidad, corazón amplio que dé espacio a todos los hombres, un corazón modelado sobre los Corazones santísimos de Jesús y de María. Quien no ama, quien es egoísta, ¿cómo podría agradar al corazón de Jesús y al corazón de María? Pidamos que crezca siempre en nosotros la caridad.

Ofrezcamos a María la violeta que simboliza la humildad, manifestada en la dependencia y la obediencia. Pero que sea humildad interior: | «Aprended de mí que soy sencillo y humilde» [Mt 11,29].

Pr 2
p. 166

Este año, pues, entrelacemos estas tres hermosas flores agradables a María; ofrezcámoselas siempre a ella. Todas las mañanas, al entrar en la iglesia, hemos de poder presentar con sinceridad nuestros corazones a María: «Aquí los tienes, están marcados con el lirio, con la rosa, con la violeta». Supliquemos a la santísima Virgen para que cada día podamos repetir esto con sinceridad. ¡Lejos Satanás, lejos el pecado, florezca la virtud!

Ahora nos recogemos ante María haciendo el acto de consagración a ella. Sí, el acto de consagración de la mente, del corazón, de la voluntad y de la vida entera; y por medio de María nos consagramos a Jesús.

3ª Meditación

SANTIFICAR EL AÑO MARIANO [1]

Hoy es la gran vigilia en preparación al día solemne en que recordamos las grandezas de la inmaculada Concepción. Sobre nuestro altar está esculpida la imagen de María como la ideó la Sabiduría de Dios; como Reina de la creación, la creatura «hermosa».[2]

En el introito de la misa de hoy se dice: «Cuantos teméis a Dios, escuchad: voy a contar las cosas que él ha hecho por mí». Y la humanidad responde: «Aclamad al Señor, tierra entera, tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria» [cf. Sal 66/65,1-2]. Mañana leeremos en la misa: | *«Exaltabo te, Dómine, quoniam suscepisti me, nec delectasti inimicos meos super me»:* Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí [Sal 30/29,2]. Pr 2 p. 167

Los enemigos, es decir el demonio y el pecado, no pudieron obtener victoria sobre María y no pudieron alegrarse. La misa nos ofrece, luego, la epístola tomada del libro de la Sabiduría: «Como vid hermosa di frutos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza...» [Si 24,17-21].[3] Los elogios aplicados aquí a la Sabiduría se refieren a María.

Esta mañana vamos a considerar dos puntos: 1) Las gracias que hemos de pedir a María este año; 2) los obsequios que hemos de hacer a María durante el Año Mariano.

El santo padre Pío XII da una larga lista de gracias que pedir a la Virgen. El Papa quiere que se ruegue:

– En primer lugar, por la Iglesia: *«semper pro libertate et exaltatione sanctæ Matris Ecclesiæ»*,[4] como decimos en el *oremus* después de la misa. Tenemos que orar por la Iglesia, que sufre en tantas partes, y orar por cuantos sufren por el nombre santo de Dios y por su unión con la Iglesia católica: los car-

---

[1] Meditación dictada el lunes 7 de diciembre de 1953.

[2] Se alude al frontal del altar, en mármol, de la Cripta, con sus simbólicos bajorrelieves.

[3] En el original el texto bíblico se transcribe entero.

[4] «Siempre por la libertad y exaltación de la santa Madre Iglesia».

Pr 2
p. 168

denales, los obispos, | todos los sacerdotes perseguidos, para que den testimonio a Jesucristo y a su Vicario.

– Por la paz del mundo, obstaculizada de tantas maneras. ¡Hay demasiados intereses contrastantes! Los hombres no saben saborear y gustar los frutos de la paz, esos frutos y esa paz que Jesucristo, él, el *Rex pacíficus*,[5] ha traído al mundo. «Dichosos los que trabajan por la paz, porque a ésos les va a llamar Dios hijos suyos» [Mt 5,9]. ¿Y los demás? Roguemos por ellos para que sienten la cabeza y estén todos concordes en el trabajo por la paz: una paz que no nos lleve a buscar sólo el goce de los bienes terrenos, sino una paz en la cual, con tranquila conciencia, sirvamos mejor a Dios. Frecuentemente, en los largos períodos de paz, los hombres se han abandonado a desórdenes. Es una historia larga, ésta, y la historia del pueblo hebreo nos la recuerda.

– Por la conversión de los pecadores; por la juventud, para que conserve la inocencia; por los adultos, para que sean fuertes en el servicio de Dios. Por los viejos, para que se alegren y puedan hacerlo con razón en fuerza de una vida bien empleada.

– Por la unión de las Iglesias. ¡Cuántos son los cismáticos y cuántos los herejes que se han alejado de la casa paterna o, mejor, de la casa materna, la Iglesia!

– Por nuestras necesidades particulares, para que en cualquier parte donde María tiene hijos, éstos sean un jardín de lirios, de rosas y de violetas, de quienes el Maestro divino pueda siempre complacerse y de quienes la santísima Virgen sea cultivadora, como celeste jardinera.

– Por cada uno de nosotros. Por el estudio, para que florezca cada vez más. Por el trabajo interior de todos: trabajo de santificación, de corrección y de conquista de las virtudes. Por

Pr 2
p. 169

el apostolado, para que esté siempre mejor a | servicio de la Iglesia, a servicio de las almas, pues somos deudores a todo el mundo. Hay que rezar para que todos, de los más pequeños a los mayores, secunden la buena formación que se les da; para que todos comprendamos que la vida paulina consiste en vivir el cristianismo más integralmente, vivirlo como lo predicó el Maestro divino Jesucristo, vivirlo según el ejemplo de la santísima Virgen, imbuirlo del espíritu de san Pablo.

---

[5] "Rey de la paz".

¿Qué haremos para santificar el Año Mariano?

Son necesarias particularmente cuatro cosas:

1. Conocer cada vez mejor a María. En numerosos lugares ya se estudia el *Catecismo Mariano*,[6] entre los pequeños, para que durante este año se conozca mejor a la Virgen. Luego, después del *Catecismo Mariano, A la Escuela de María*,[7] y todos los otros libros sobre la santísima Virgen que estábamos acostumbrados a leer, especialmente en el mes de mayo. Una vez, cuando se iba al salón de estudio, cada cual sacaba del pupitre *Las Glorias de María*[8] y leía una página o página y media. En un año se lograba leer enteramente los dos volúmenes. ¡Y cuánto bien he visto que producía esto! Conviene instruirse siempre más sobre María, particularmente los días en que se celebra una fiesta suya. No cabría llamar Año Mariano si en la jornada no hubiera algún minuto para recurrir de modo especial a María.

2. Imitar a María. Cada uno practique sus propósitos a ejemplo de María. A ejemplo de María la humildad; a ejemplo de María la obediencia; a ejemplo de María la piedad; el propósito principal practicarlo a ejemplo de María.

Ciertamente la imitación más profunda la hacen | quienes viven la vida de unión con María. Esta es la forma más elevada y más santificante de nuestra devoción a María: vida de unión; unidos a María para vivir enteramente de Jesús. El bonito libro que se publicó hace unos años y que ahora se ha traducido en diversas lenguas, puede ser muy instructivo.[9] Pr 2 p. 170

3. Rezar a María. Nosotros disponemos de la hermosa coronita del sábado a María,[10] tenemos las oraciones «María inmaculada» y «Acto de consagración a María»;[11] en el *Libro de las*

---

[6] Librito del P. GABRIEL M. ROSCHINI, *¿Quién es María? Catecismo Mariano*, Società Apostolato Stampa, Roma 1944.

[7] Escrito por A. DAMINO, ed. Pía Sociedad de San Pablo, Alba 1941.

[8] Célebre comentario a la Salve, de S. ALFONSO DE LIGORIO, reimpreso varias veces en Ediciones Paulinas.

[9] Cf. E. NEUBERT, *Vida de unión con María*, publicado en la colección "Stella Maris" de Catania.

[10] Es la coronita a la Reina de los Apóstoles, compuesta en 1922.

[11] Además de la breve fórmula montfortiana «Yo soy todo tuyo...», en las *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo* hay dos oraciones de consagración: "Consagración del apostolado a María" y "Consagración [de sí mismo] a la Reina de los Apóstoles" («Recíbeme, madre...»).

Oraciones se han recogido los más hermosos cantos a María, basta escoger uno de ellos. Está siempre bien, en el Año Mariano, cuando toda la familia se reúne aquí y se empieza todos juntos la jornada con la oración más social de todas, la santa misa, dirigir nuestro primer saludo a María con un canto, particularmente de los que la saludan como Inmaculada o Reina de los Apóstoles.

Para rezar a María decir bien el *ángelus,* mejorar los rosarios, sentir el gozo de esta devoción el sábado, en particular el primero del mes. Y luego, penetrar en el espíritu de la Iglesia, cuando se celebran fiestas marianas, casi una veintena en el curso del año extendidas a toda la Iglesia más otra veintena *"pro alíquibus locis"*.[12] E invocar a María en nuestras jaculatorias durante el apostolado, en el tiempo de estudio, cuando nos recogemos un instante y a lo largo de toda la jornada. Hay jóvenes acostumbrados ya a santas industrias para recordar a María en el curso del día.

Pensemos en las personas que son para nosotros maestras y ejemplares en esta devoción.

Pr 2 p. 171 4. Dar a conocer a María. Es muy bueno el propósito | que hicieron en los Ejercicios las propagandistas: llevar cada día por lo menos un libro sobre la Virgen y distribuirlo, ofrecerlo. Es un obsequio precioso.

Y si en el transcurso del año tenéis que componer algún libro sobre María, pensad que cada carácter tipográfico, cada pase de la máquina, cualquier trabajo en la encuadernación o en la propaganda es un obsequio ofrecido a María: ¡haced apostolado mariano!, pues *«qui elúcidant me vitam æternam possidebunt»*.[13]

Hay que estudiar bajo la protección de María, levantando la mirada de vez en cuando a su imagen; asimismo el apostolado, repitiendo cada tanto jaculatorias a su nombre. Y ofrecer a María el trabajo de piedad y el trabajo interior: toda la jornada pase *«sub tuum præsidium confúgimus»*,[14] bajo el manto de María.

Ella, este año, se acerca más a nosotros, a nuestro modo de entender las cosas, repitiéndonos: «Yo soy tu Madre», y pre-

---

[12] "Para determinados lugares", donde se vive la devoción con particulares títulos marianos.

[13] Cf. Si 24,31 (Vulgata): «Quienes me esclarecen, tendrán la vida eterna»; dicho de la Sabiduría pero aplicado traslaticiamente a María.

[14] «Bajo tu amparo nos acogemos».

guntándonos: «Tú ¿eres mi hijo? Sé un hijo agradecido, amante, devoto; sé un hijo que piensa a menudo en mí; sé un hijo que promueve mi honor. Yo te acogeré como hijo cuando partas de esta vida a la otra».

Este año debe marcar un fortalecimiento de vida mariana; ojalá nos traiga un aumento de confianza y de gracias, consolide bien nuestra alma en María, para que todos los días de la vida estén iluminados por su luz, protegidos por su gracia y, al momento de la muerte, tengan su asistencia. ¡Que podamos *«llamar a María y luego morir»!* [15] «Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte». Hemos de estar con María en la vida, para poder estar con ella en la muerte, para gozar por siempre allá arriba, en el paraíso, con María.

Concluimos ahora con uno de esos bellos cantos a María.

[15] Último verso de un canto popular mariano.

Pr 2
p. 172

MARÍA, REINA DE TODOS LOS SANTOS [1]

En las letanías invocamos a la Virgen como Reina de todos los santos. Primero la invocamos como Reina de los profetas, porque ella dominó el pensamiento de los profetas; Reina de los patriarcas, porque su esperanza fue más viva que la de ellos. Luego la invocamos como Reina de los apóstoles, pues ella ejerció el máximo apostolado; Reina de los mártires, porque sufrió más que todos ellos; Reina de los confesores, pues ejercitó mayores virtudes que ellos; Reina de los vírgenes, porque su pureza y su azucena son las más blancas de todas. Y finalmente, con una invocación global, la invocamos: *Regina sanctorum omnium*, Reina de todos los santos, ruega por nosotros.

Esta es la petición de todas las noches a la Virgen, con la que empieza también la jornada de mañanita: «¡Haznos santos!». En esto se condensa toda la meditación, pues ¿no es esta la finalidad de la vida, hacernos santos, conquistar el paraíso? Vamos así a la raíz de toda consideración. ¿Para qué vivo?, ¿qué estoy haciendo en esta tierra?, ¿para qué he abrazado esta vocación? *«Hæc est voluntas Dei: sanctificatio vestra»*.[2]

Este es el fin de la creación y de todas las gracias que se nos han dado, desde el bautismo hasta hoy: ¡que nos santifiquemos!

Hemos de considerar que María es Reina de los santos, porque tuvo una mayor efusión de gracia. Y nosotros pidamos esta
Pr 2
p. 173
efusión, si no nos bastan las gracias ordinarias | que el Señor nos comunica cada día. María es Reina de los santos, porque practicó mejor las virtudes, y nosotros supliquemos al Señor ejercer las virtudes propias de nuestro estado: espíritu de pobreza, delicadeza de conciencia y obediencia. María es la más santa de los santos, porque ganó más méritos, sus obras fueron siempre perfectas: en la oración, en el trabajo, en el recogimiento, en la fe.

Ella es la Reina de los santos porque en el cielo tiene un trono más sublime. Fue exaltada sobre los coros de todos los ángeles y sobre todos los santos. Allá arriba, además de una gloria más grande, tiene también una potencia que supera la de los santos. Potencia de intercesión más grande porque ante Jesús

---

[1] Meditación dictada el sábado 12 de diciembre de 1953.

[2] 1Tes 4,3: «Esta es la voluntad de Dios, que seáis santos».

tiene derechos especiales, que le han sido dados por Dios, por tener una misión particular y porque Dios la ha hecho mediadora de gracia.

Así pues, la Virgen es más santa: 1) por las mayores efusiones de gracia; 2) por las mayores virtudes; 3) por los mayores méritos, habiendo correspondido a la gracia; y 4) porque en el cielo está por encima de todos los santos, y tiene, más que ellos, poder de intercesión para todas las gracias.

¡Admirable creatura!, de veras más grande que cualquier otra, pues ha entrado íntimamente en la parentela de la Sma. Trinidad, por su vocación y por su misión. Parentela con el Padre, del que fue hija predilecta; parentela con el Hijo Jesús, porque fue su madre; parentela con el Espíritu Santo, pues es la esposa.

«Et Spíritus Sanctus descendet in te, et virtus Altíssimi...»,[3] la fuerza, la potencia del Padre | intervino, y tenemos como fruto *«Verbum caro factum est»*.[4] El Verbo se hizo hombre en su regazo. ¡Hay razón para elevar de un cabo al otro del mundo una alabanza universal a María! Es bello el cántico que oí en algún lugar: *«Laudate Dóminam omnes gentes, laudate eam omnes pópuli. Quoniam confirmata est super nos misericordia eius et bónitas eius manet in æternum»*.[5] Pr 2 p. 174

Viene espontánea una reflexión. Dice san Bernardo: «La Virgen se halló en la plenitud de los santos y por encima de ellos, porque a ella no le faltó ni la pureza de los ángeles, ni la fe de los patriarcas, ni la esperanza de los profetas, ni el celo de los apóstoles, ni la constancia de los mártires, ni la sobriedad y virtud de los confesores, ni el candor de las vírgenes, ni la fecundidad de los desposados». Y añade san Alberto Magno:[6] «El mérito de María excede cualquier otro mérito».

---

[3] Lc 1,35: «El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra».

[4] Jn 1,14: «La Palabra se hizo hombre».

[5] Tal vez aluda a alguna composición polifónica del salmo 117/116: «Alabad al Señor todas las naciones, aclamadle, todos los pueblos: firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre».

[6] Alberto Magno (1200-1280), dominico bávaro, obispo y doctor de la Iglesia. Enseñó filosofía en París y Colonia, donde tuvo entre sus alumnos a Tomás de Aquino. Canonizado en 1931; es patrono de quienes estudian las Ciencias naturales.

Aplicación práctica: María es perfecta en todas sus acciones; para la santidad es preciso que santifiquemos las acciones. Tenemos, pues, que:

– santificar el levantarnos: es siempre acertado comenzar bien la jornada, con un cielo sereno en el alma, orientándonos al paraíso hacia el que estamos encaminados; pues, cuando se hace un viaje, aunque dure varios días, por la mañana recordamos enseguida dónde queremos llegar;

– santificar la misa, que ya es de por sí santa, muy santa, santísima; pero debe serlo también por parte nuestra, es decir siguiéndola bien. Para ello, hay que entrar en el espíritu de la Iglesia, acompañados de María al pie de la cruz, cuando ofrecía a su divino Hijo al Padre, para gloria del mismo y paz de los hombres. ¿Participamos bien en la misa?;

Pr 2 p. 175 – santificar la comunión con las mejores disposiciones para entrar en la intimidad de unión con Jesús, hablándole de nosotros, escuchando las dulces palabras que él insinúa en nuestro ánimo, en nuestro corazón, llegando a una acción de gracias que concluya con santos propósitos;

– santificar la meditación; que no sea una mera instrucción, sino un refuerzo de la voluntad: sentir más entrega, más generosidad, y santificar el corazón con buenos propósitos;

– santificar el estudio: la atención en clase es un gran mérito. Este año debe ser más atenta la aplicación al estudio, no perdiendo nada del precioso don del tiempo que el Señor nos da. ¿No significa esto acercarnos más a Dios? ¿No es el saber, después de la virtud, el mayor ornato del hombre?;

– santificar los recreos, pasándolos en alegría y amabilidad, no dejándose arrastrar por la animosidad en el juego, dominándonos siempre a nosotros mismos en todo, pues la razón ha de estar por encima del sentido y el espíritu por encima de la carne.

– santificar las conversaciones y hasta las bromas, para que el recreo sea reparador, sano y nos deje mejor preparados al estudio y la oración;

– santificar el alimento, recordando el fin para el que lo tomamos: «para mantenernos en tu santo servicio». Por la noche reposamos, y en la mesa nos nutrimos «para mantenernos en el santo servicio de Dios», no por el mero gusto o solamente por satisfacer una necesidad –si bien hay que hacerlo y está en

las intenciones de Dios– sino todo «para mantenernos en el santo servicio»; y después de alimentarnos, trabajar, porque, como sabemos, hemos de ganarnos | el pan –es ley natural– con el sudor de la frente. No siempre se suda materialmente, pero quien estudia, por ej., se fatiga de veras; Pr 2 p. 176

– santificar asimismo todas las otras obras de piedad: el rosario, la visita, el examen de conciencia, haciéndolas bien.

María es la creatura que cumplió perfectamente todas sus cosas. Hay muchos santos que hicieron el voto de cumplir cada vez más perfectamente sus deberes, sus acciones, escogiendo siempre lo mejor. No es aconsejable que hagáis ahora este voto, por lo menos en público; pero sí que tendáis siempre a lo mejor. Si consideramos que Domingo Savio, entrado a 12 años con Don Bosco, a los 15 era ya santo, nos preguntamos: ¿Cómo así en tres años? Sencillamente, santificó todas sus cosas, todas las acciones de la jornada.

Interroguémonos, pues: las acciones de nuestra jornada, las acciones sucesivas desde la mañana hasta la noche ¿las santificamos? ¿Santificamos el apostolado? ¿Lo hacemos con el espíritu de san Pablo, como cuando él pergeñaba sus cartas y las dictaba? Estas cartas le salían del corazón, tan amante de Jesús y de las almas. ¿Cómo es nuestro apostolado?

Dirijámonos a María, y veamos si brotan del corazón estas peticiones: «Hazme santo – Hazme santo enseguida – Hazme un gran santo» ¿De veras nos salen del corazón, del alma? ¿Y nos llevan a la práctica?

Santifiquemos hoy, en lo posible, cada una de nuestras acciones y palabras.

«Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos» *(3 veces)*.

Pidamos mayor efusión de gracia, mayores virtudes, méritos más grandes.

«Jesús Maestro, acepta el pacto, etc.».

Pr 2
p. 177

MARÍA
MEDIADORA DE TODAS LAS GRACIAS [1]

Ayer por la mañana, como fruto de la meditación, pedimos a María: «Virgen María, Madre de Jesús, haznos santos». Y luego dijimos otra jaculatoria: «Reina de todos los santos, danos santos», santos para el mundo, santos para la Congregación.

María es Reina de todos los santos también por otra razón: porque ella hace santos, es decir, distribuye las gracias a los santos, es mediadora universal de gracia. Esta fiesta se celebra el 31 de mayo. El *oremus* de la misa dice: «Tú [Cristo Jesús] eres nuestro Mediador ante el Padre y te has dignado constituir a la bienaventurada Virgen, tu Madre y Madre nuestra, como mediadora ante ti; concede propicio que quien se te acerque para obtener beneficios, por medio de ella se alegre de haberlos obtenido, oh Señor Jesucristo, que vives con Dios Padre...».

Ciertamente, mediador necesario de gracia ante Dios es Jesucristo, pero junto con él es mediadora María; mediadora en dependencia de Jesús y con Jesús, de modo que todas las gracias que llegan a los hombres vienen a través de María. ¿Quiere esto decir quizás que no podemos pedir gracias a Jesús y al Padre directamente? No, quiere decir sólo que todas las gracias que parten de Dios nos vienen a través de María. Cuando recibimos de la divina misericordia, por ejemplo, el don de la sabiduría, tres son
Pr 2 las voluntades entrelazadas para concedernos | esta gracia: el Pa-
p. 178 dre celeste, Jesucristo y María, que presta su mano, une su intercesión, acoge la gracia y la hace llegar a nosotros. La fiesta de María mediadora de gracia es relativamente reciente.

El cardenal Mercier,[2] un santo, defensor de Bélgica, hombre doctísimo, había pedido al Papa, en nombre de muchos obispos, que se instituyera la fiesta de María *Mediadora universal de gracia,* y Benedicto XV le escuchó gustosamente, auspiciando que los avatares de la primera guerra mundial concluyeran cuanto antes, en beneficio de toda la humanidad.

---

[1] Meditación dictada el domingo 13 de diciembre de 1953.

[2] Désiré Mercier (1851-1926), cardenal, teólogo y filósofo belga, promotor del neo-tomismo con su célebre *Curso de Filosofía de santo Tomás de Aquino* (1892-99).

Se formuló entonces el oficio litúrgico. En el invitatorio se dice: «*Christum Dóminum, qui totum nos habere voluit per Maríam, venite adoremus*».[3] Esto lo había ya expresado León XIII en una de las encíclicas sobre el rosario, repitiendo casi las mismas palabras de san Bernardo: «*Sic Deo volente,* porque así lo quiso Dios, nosotros lo recibimos todo de María». Y Pío X[4] en su primera encíclica sobre la Virgen,[5] cuando invitaba a celebrar el cincuentenario de la definición de la inmaculada Concepción, dice que al modo como María acompañó al Hijo en la redención del mundo, así recibió del Hijo el oficio de distribuir los frutos de la redención, o sea las gracias. Y esto consta claramente o, al menos, puede deducirse de que cuando Jesús estaba para entregar su espíritu en las manos del Padre, dijo a María: «Mujer, mira a tu hijo». E indicó al discípulo predilecto, Juan; así pues, Jesús constituyó a María madre de los hombres.

¿Y qué significa "madre de los hombres"? ¿Qué hace la madre? La madre da la vida al hijo; la madre nutre al hijo; la madre | defiende al hijo, le viste y le procura cuanto él no es todavía capaz de procurarse. Aquí tenemos el oficio de la Virgen, el oficio de nuestra Madre santísima: nos procura todo lo que no podemos procurarnos, o sea todas las gracias divinas. Pr 2 p. 179

La teología aporta tres razones:

1) Jesucristo es la fuente de las gracias, y es María quien nos ha dado esa fuente. Y bien, quien da la fuente, da también el agua a todos los arroyuelos mediante los cuales el agua llegará a regar los campos, por ejemplo. Es como si en una ciudad el agua proviniera toda de una fuente: quien da la fuente, quien excava la fuente, da el agua a todos los grifos, es decir a cada uno de los que irán a saciarse de aquella agua.

2) María en su vida desempeñó ya este oficio, y donde aparecía ella, aparecía la serenidad y la gracia. Así sucedió cuando fue a visitar a santa Isabel: ésta se llenó de Espíritu Santo, y Juan Bautista, en aquella casa, recibió la santificación; y Zacarías, lleno también él de Espíritu Santo, readquiriendo la pala-

---

[3] «Venid, adoremos a Cristo Señor, que quiso que todo lo tuviéramos por María».

[4] Pío X (José Sarto, 1835-1914), sucesor de León XIII, fue elegido papa el 4 de agosto de 1903 y guió la Iglesia hasta que murió el 20 de agosto de 1914.

[5] Encíclica. *Ad díem illum*, 2 de febrero de 1904.

bra, compuso el cántico *«Benedictus»* [cf. Lc 1,39-45]. Lo mismo acaeció en las bodas de Caná, dando principio a la predicación y a la misión pública de Jesucristo.

3) María en el cielo intercede ante Dios por nosotros. Su cometido es oír nuestras súplicas y presentarlas a Dios, tomar de Dios la gracia y distribuirla a sus hijos. ¡Oh, cuánto nos ayuda esta Madre! ¡Cuánto piensa en nosotros! Se leen cosas bellísimas en el oficio litúrgico de María mediadora de gracia. A nosotros nos basta con hacer esta oración, acompañándola con el corazón: «O Señora mía santísima y Madre de Dios, llena de gracia, mar inagotable de los misteriosos dones de Dios, dispen-
Pr 2 sadora de todo bien: tú eres, después | de la Sma. Trinidad, Rei-
p. 180 na del universo; después del Paráclito, nuestra primera consoladora; después del Mediador, la mediadora del mundo. Mira, pues, mi fe y mis peticiones divinamente inspiradas. Oh Madre de Dios, tú eres quien ha colmado a toda creatura de toda especie de bendición, eres quien ha aportado la alegría a los bienaventurados y la salvación a cuantos viven en la tierra!».

Así pues, cuando queramos gracias, dirijámonos a María. Habéis estudiado el terceto de Dante:

> «Mujer, eres tan grande y tanto vales
> que quien gracia desea y a ti acude
> ve cumplir sus deseos inmortales».[6]

Resumimos.

Agradezcamos a Jesús crucificado, imaginándonoslo allá en el Calvario, a punto de inclinar la cabeza y espirar. Justo entonces nos dio como mediadora de gracia a su madre [cf. Jn 19,25-27].

Amemos a María, porque es nuestra gran bienhechora. Miremos atrás: lo que tenemos nos ha venido por sus manos. Miremos luego adelante: todo cuanto esperamos, por medio de María lo recibiremos, de sus manos. Amemos a esta Madre, y recémosla. En el *Libro de las Oraciones* se han recogido las mejores peticiones que cada uno de nosotros debe hacer a María. Hay que decir despacio, devotamente, esas oraciones y repetirlas, pues en ellas está cuanto nos es necesario.

«Mater divinæ gratiæ, ora pro nobis» [7] *(3 veces).*

Ahora cantemos el *«Magníficat ánima mea Maríam».*

---

[6] DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, "Paraíso", XXXIII, 13-15.

[7] «Madre de la divina gracia, ruega por nosotros».

PREDICACIÓN
DEL PRIMER MAESTRO

III.

A las Familias Paulinas

(Marzo - Diciembre de 1954)

NOTA

En esta última sección se recopilan veintisiete meditaciones dictadas por el P. Alberione a las comunidades reunidas en la Cripta del Santuario *Regina Apostolorum*, entre la primavera y finales del año 1954. Fueron meses de intensa vitalidad carismática, jalonados por acontecimientos significativos para la Familia Paulina (70° cumpleaños del Fundador, 40° de fundación de la Sociedad de San Pablo, inauguración del templo superior del Santuario a María *Regina Apostolorum*) y por hechos eclesiales relevantes, como la canonización de Pío X y la celebración del Año Mariano.

Los temas tratados, como se verá, están inspirados en la liturgia y en las circunstancias celebrativas, pero siempre orientados a la "renovación del espíritu" que constituyó el apremio dominante en los años de la madurez alberioniana.

Resulta interesante la anticipación de algunos temas fuertes, que serán desarrollados, contemporánea o sucesivamente, en los opúsculos de los años 1953-1957 (cf. *Alma y cuerpo para el Evangelio*, nuevo volumen de la Ópera Omnia).

FIESTA DE SAN JOSÉ 1954 [1]

Pr 5
p. 8

Celebrando la fiesta de san José, cabeza de la sagrada Familia, debemos siempre hacer dos cosas:

1. Un examen de conciencia: el superior, sobre si cumple bien su deber, que consiste en instruir, guiar y santificar; o sea, si de veras es *maestro;* y todos los hijos e hijas, sobre si cumplen bien su parte, es decir, si se portan con los superiores como hacía Jesús respecto a san José, con deferencia y humilde docilidad. Un examen de conciencia, pues, para el Primer Maestro y un examen de conciencia para cuantos estamos aquí reunidos.

2. Un propósito auténtico, sentido, no sólo para reafirmar nuestra voluntad de cumplir los deberes respectivos, sino también de orar y sostenernos recíprocamente con la oración. ¡Hay tanta necesidad de oración! La casa de Nazaret, bajo la guía de san José, era de veras *«Domus orationis»:* casa de oración.

En la solemnidad de san José, la Iglesia nos hace leer en el oficio divino estas bellísimas palabras: *«Dilectus Deo et homínibus»:* querido de Dios y de los hombres. *«Cujus memoria in benedictione est»:* la memoria de san José en los siglos es siempre más bendita. El culto a san José, de tres o cuatro siglos acá, ha tenido un desarrollo verdaderamente consolador, como se merece el glorioso patriarca, el glorioso protector de la Iglesia universal. *«In fide et lenitate, sanctum fecit illum»*.[2] San José es el hombre de la fe, una fe profunda: en todo veía la providencia de Dios. Es el hombre de la bondad: silencioso, no se desconcierta ante las dificultades.

Por eso *«elegit eum ex omni carne»:* el Señor le escogió entre todos los hombres, para altísimos cometidos: esposo, custodio de la Virgen, padre putativo de Jesucristo, representante del propio Padre celeste en la tierra. ¡Admirable santo! Tuvo un oficio excepcional en toda la historia de la humanidad.

Pr 5
p. 9

---

[1] Meditación dictada el viernes 19 de marzo de 1954. – En el opúsculo original esta meditación está ubicada detrás de la del Jueves santo. Para conservar el orden cronológico ha parecido oportuno anticiparla aquí.

[2] Si 45,4: «Por su fidelidad y humildad lo escogió».

Dos gracias le pedimos a san José. Él alcanzó una altísima santidad, y entre los medios y favores que le concedió la divina Providencia para llegar a tal altura, están especialmente estos dos: la *intimidad con María, el convivir con Jesús.*

1. Pedimos a san José un amor intenso y filial a María, amar y venerar a la santísima Virgen como él la amaba y veneraba.

Nuestro corazón está hecho para amar. Cuando un alma, una persona se enamora de Jesús y de José y particularmente de María, se eleva. Las pasiones no callarán del todo, pero se aplacarán. ¡Ah, el amor a María! Hermosas son al respecto las palabras de san Luis Grignion de Montfort:[3] «El alma que ama a María con amor confidencial, progresa en un mes más que quienes aman poco a María, con el esfuerzo de años». Meditemos estas palabras. Con un amor intenso a María se progresa mucho en la santidad. Es un progreso que no cuesta la fatiga que costaría sin ese amor.

¿Amamos a María con el amor respetuoso, hecho de devoción y de admiración que tenía san José?

2. Pedimos a san José el amor a Jesús. Sí, amarle intensamente, con todo el corazón, por encima de todo, como él le amaba.

¡Cuánto creció el amor a Jesús en José, allá en el pesebre, donde se nos presenta siempre a san José en acto de admirar y
Pr 5 orar al Niño! | ¡Cuánto creció el amor a Jesús, cuando tuvo que
p. 10 llevarle a Egipto, y especialmente en la intimidad de la casa de Nazaret! Imaginemos los momentos de la tarde, cuando José suspendía su trabajo y se entretenía en suavísimas y celestiales conversaciones con su niñito Jesús... Y éste le limpiaba el sudor y le mostraba plena devoción y obediencia.

Suavísimos consuelos tuvo en las conversaciones con María. ¡Es de veras una cosa grande y admirable ver a Jesús, María, y José en íntima y celestial conversación, por tantos años! Pida-

---

[3] Luis María Grignion de Montfort (san): (1673-1716), francés. Capellán en un hospital de Nantes, fundó las Hijas de la Divina Sapiencia y, poco antes de morir, los Misioneros de la Compañía de María. Escribió obras de sólida doctrina espiritual y varios libros de mariología, entre ellos “El tratado de la verdadera devoción a María”, que funda teológicamente y traduce pastoralmente la relación de los cristianos con María.

mos, pues, a san José la gracia de la intimidad con Jesús y con María.

Hay quienes se contentan de breves cantos, o de poner algún cuadro o estatua en los locales. Nuestro amor a Jesús y a María debe ser un amor sentido, profundo, que genere el habitual recurso y la invocación frecuente en el curso de la jornada. No ha de ser una cosa reservada al momento de venir a la iglesia, sino que se sienta continuamente la presencia de Jesús; que se trabaje bajo la mirada de María y a ella se confíe en las penas; que se pidan luces para el estudio y la gracia de entender. Hemos de ofrecer siempre, continuamente en cuanto es posible, nuestras acciones, de modo que no nos sintamos solos, sino que percibamos a María asistiéndonos, protegiéndonos, extendiendo su mano benéfica sobre nosotros, y notemos que Jesús nos inspira y está en nuestra alma: nosotros con él, él con nosotros.

Hoy vamos a pedir intensamente amor a Jesús y amor a María. Pedimos estos dos amores por intercesión de san José.

Pr 5
p. 5

JUEVES SANTO 1954 [1]

Antes de acercarnos a la santa comunión en este gran día es útil hacer algunas reflexiones.

Nos planteamos tres preguntas: ¿Qué hemos hecho con Dios? ¿Qué han hecho los hombres con Jesucristo? ¿Qué ha hecho Jesús con nosotros?

La Iglesia nos hace ver en estos días a Jesucristo elevado sobre la cruz. ¡Esa es la obra de los hombres! Hemos crucificado a nuestro Dios, al Hijo de Dios encarnado; nosotros somos como los mandantes de la flagelación de Jesucristo, de la coronación de espinas, de la condena a muerte, de su doloroso viaje al Calvario, de la crucifixión, de la agonía, de la muerte. ¡Hemos pecado!

¿Qué ha hecho Jesucristo con nosotros? Nos lo ha dado todo: el Evangelio, la Iglesia, los sacramentos, especialmente la Eucaristía; nos ha dado el sacerdocio, el estado religioso; nos ha dado su propia vida y nos ha abierto el paraíso. Parece una competición de signo inverso, por parte de Dios y por parte del hombre: Dios a otorgarnos beneficios, y el hombre a pagar mal por bien.

¿Y qué queremos hacer de ahora en adelante? Arrepentidos, confesados, queremos resurgir con Cristo. Resurgir a una vida nueva, a una vida de verdad, de santidad, de gracia.

En este momento invoquemos a la Inmaculada, para tener una preparación a la comunión según el espíritu del Año Mariano.

María es inmaculada en la mente. Pidamos por medio suyo a
Pr 5 Jesucristo, que es la Verdad, la gracia de santificar nuestros | pen-
p. 6 samientos. ¡Hemos de tener pensamientos elevados, pensamientos puestos en Dios, pensamientos dirigidos al cumplimiento de la voluntad de Dios! ¡La santificación de la mente! Pidamos una fe viva, en los misterios divinos, en las verdades que Jesucristo predicó y la Iglesia nos enseña. Que la mente esté ocupada en cosas santas, las que Dios quiere.

La mente de María estaba siempre elevada hacia las cosas celestiales y las cosas santas. *«Conservabat omnia verba hæc cónferens in corde suo»*.[2]

---

[1] Meditación dictada el jueves 15 de abril de 1954.

[2] Lc 2,19: «Conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior».

Por medio de María inmaculada pidamos la pureza del corazón. Que el corazón esté dominado por deseos y anhelos santos y nunca se dirija al cieno ni se apegue a las cosas de la tierra, sino que de éstas sepamos hacer el uso necesario para salvarnos y para salvar. El Corazón inmaculado de María nos obtenga del Corazón sacratísimo de Jesús esta gracia.

Jesús es nuestra vida. Y por medio de la Inmaculada, Madre de Dios, pidamos una vez más la gracia de llevar una vida sin pecado. Cuando se trata de pecado, nunca se implica la Madre de Dios. Su vida comenzó con la santidad, continuó en la santidad y se completó, se cerró, en la santidad más alta. Pidamos la pureza en la vida: pureza en los ojos, en la lengua, en el tacto, en el oído. Purifíquense la memoria y la imaginación. Tengamos siempre presente cuanto concierne a los santos mandamientos, así como lo que hemos prometido a Dios en las confesiones y en los santos votos. ¡Pureza de vida!

He aquí el gran misterio de hoy: Jesús *«cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos»*,[3] amó a los suyos hasta el extremo. Y al final de su vida dio las señales más grandes de amor: «Tomad y comed» [Mt 26,26]. Esas palabras | no iban di- Pr 5
rigidas sólo a los doce; iban dirigidas a todos los hombres, de p. 7
todo tiempo y lugar; por tanto también a nosotros, como asimismo iban dirigidos a nosotros los mandamientos y los consejos.

En este día Jesús instituyó el sacerdocio, es decir, estableció a quienes debían continuar su misión y ejercer sus divinos poderes respecto a las almas.

En estos días recibimos también, ofrecida por Jesús, a la Madre. «Mira a tu madre» [Jn 19,27]. Juan la tomó consigo. Y nosotros aceptamos de Jesús a esta Madre divina, y prometemos conocerla cada vez mejor, meditando sus privilegios, gracias y virtudes. Tratemos de imitarla, de amarla y de rezarla siempre mejor. A María le agrada sobre todo que pidamos esto: no pecar más.

Hemos de ser inmaculados en la mente, inmaculados en el corazón, inmaculados en la vida.

---

[3] Jn 13,1: «Habiendo amado a los suyos que estaban en medio del mundo, les demostró su amor hasta el fin».

Ahora, para purificar nuestra conciencia de las ofensas que hemos cometido contra el Señor y para conservar el propósito de querer ser inmaculados en la mente, en el corazón y en la vida, doy la bendición papal, o sea impartida en nombre del santo Padre, con anexa indulgencia plenaria.

Recitemos con particular arrepentimiento el acto de dolor y el *Confíteor,* de modo que, al menos en este día, recibamos a Jesús con mayor limpieza, con fervor más grande y con propósitos más firmes.

VÍA CRUCIS [1]

Recemos de corazón el acto de dolor, representándonos bien la escena del Calvario: Jesús crucificado a punto de espirar y la santísima Virgen que contempla al divino Hijo y piensa en nosotros, los pecadores, y ruega por la humanidad.

«Bondadoso Jesús mío, etc.».[2]

Pidamos a san Pablo la gracia de hacer bien este vía crucis. San Pablo es el gran predicador de Jesús crucificado. Escribe en una de sus cartas: «Con vosotros decidí ignorarlo todo excepto a Jesucristo y, a éste, crucificado» (1Cor 2,2). ¡Que él nos dé sus sentimientos! E invoquemos ayuda de María, la Dolorosa, para que nos haga sentir el dolor de los pecados y sobre todo nos inspire el propósito de una vida santa.

1ª Estación: *«Jesús, siendo inocente, acepta por nuestro amor y en reparación de nuestros pecados la injusta sentencia de muerte pronunciada contra él por Pilato»*. Pensemos en lo que nos ha dicho Jesús: «El que quiera venirse conmigo que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga» (Mt 16,24). Para manifestar la voluntad de seguirle, estad de pie durante las palabras que diré, y en el anuncio de la estación, ¡decididos a seguir a Jesús! En esta estación hemos de considerar la injusta sentencia pronunciada contra Jesucristo. Pilato estaba persuadido de la inocencia de Jesús. Sabía que por envidia se lo habían presentado, pidiendo la condena; pero su debilidad le llevó a pronunciar la inicua sentencia. | La sentencia de muerte pronunciada contra nosotros es justa. Justo es el Señor y justa la sentencia que ha pronunciado sobre cada hombre. Quizás nosotros la hayamos merecido más aún por otras razones, por los pecados cometidos.

En satisfacción de nuestros pecados, aceptamos la muerte, con todas las circunstancias dolorosas que la acompañarán. Y pedimos la gracia de morir en el santo amor de Dios. Decimos,

---

[1] Meditación dictada el 16 de abril de 1954, Viernes santo.

[2] Es el Acto de contrición que abre el vía crucis. En la exposición de las estaciones, el P. Alberione sigue, con algunas variantes, el texto de las *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 173ss.

pues, devotamente todos juntos: «Amorosísimo Jesús, por tu amor, y como reparación de mis pecados, acepto la muerte con todos los dolores, sufrimientos y afanes que la acompañen. Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya. Hazme gustar el consuelo de quien cumple tu santo querer».

2ª Estación: *«Jesús carga la cruz sobre sus hombros para llevarla hasta el Calvario. Él nos dice: "El que quiera venirse conmigo , que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y entonces me siga"* [Lc 9,23]*».*

El buen ladrón crucificado junto a Jesús, iluminado por la luz divina, dijo a su compañero, el mal ladrón: «Para nosotros es justa esta pena, nos dan nuestro merecido; éste, en cambio, no ha hecho nada malo» (Lc 23,41). ¿Qué mal ha hecho Jesús? Si encontramos pecados en nuestra vida, hemos de repetir la misma cosa. Tenemos sufrimientos, cruces, disgustos, fatigas, pero es lo que nos merecemos. Hemos pecado, ¡por tanto es justa la penitencia! Y lo ofrecemos todo a Jesús en reparación. ¡Si por lo menos pudiéramos descontar el purgatorio!

Habéis hecho ya la comunión pascual, ¡borrad todo rastro de pecado y toda deuda contraída con Dios! Digamos, pues, con
Pr 5 atención: «Sí, quiero seguirte, Maestro divino, dominando | mis
p. 13 pasiones y aceptando mi cruz de cada día. Atráeme a ti, Señor, para que yo imite tus ejemplos. El camino es angosto, pero conduce al cielo. Me apoyaré en ti, que eres mi luz y mi fuerza».

3ª Estación: *«Jesús abatido por la agonía de Getsemaní, martirizado por la flagelación y coronación de espinas, agotado por el ayuno, cae por primera vez bajo el enorme peso de la cruz».*

Almas que sois aún inocentes, estad atentas a las primeras tentaciones, a las primeras caídas. El demonio es el gran envidioso de la inocencia. Ante las primeras tentaciones, recúrrase al confesor, al director espiritual, para recibir luces y fuerza. Es muy peligroso caer una vez. Es mucho más fácil no caer nunca que caer una vez sola.

Por los méritos de Jesús que cae la primera vez bajo la cruz, pidamos al Señor que sostenga a quienes caen. «Jesús cayó para sostener a los que caen. Muchas son las tentaciones del demo-

nio, del mundo y de la carne. Señor, no nos dejes caer en la tentación, y líbranos de todo mal pasado, presente y futuro».

4ª Estación: *«Jesús se encuentra con su Madre, cuya alma quedó traspasada por una espada de dolor. Unidos están en el mismo dolor el corazón de Jesús y el de María».*

¡Cuánto hemos costado a María! ¡Cuánto hemos costado a Jesús! Y no obstante hay aún corazones indiferentes. Hay almas que se conmueven por naderías y no se conmueven nunca considerando el amor de Jesús y el de María, considerando los propios pecados. Jesús reprochaba a los hebreos: «¡Sois duros de corazón!» [Mt 13,15].

Pidamos la sensibilidad espiritual, recitando | las palabras que siguen: «Estos son los corazones que tanto han amado a los hombres y nada han escatimado por ellos. Corazones de Jesús y María, concededme la gracia de conoceros, amaros e imitaros cada vez mejor. Os ofrezco mi corazón para que sea siempre vuestro». Pr 5 p. 14

5ª Estación: *«Los hebreos, con simulada compasión, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús».*

Todos estamos obligados a llevar la cruz de Jesús, es decir, a cooperar en la redención del mundo. ¿Tenemos amor a las almas? Las almas que caminan hacia la eterna condenación, que sufren en el purgatorio, ¿nos causan pena? Esos niños maleados en la inocencia, los pecadores endurecidos, obstinados, ¿nos causan pena? Sabemos comprender los sentimientos del corazón de Jesús y los del corazón de María? ¿Sabemos orar por los pecadores, por los inocentes, por los herejes, por los cismáticos, por los ateos, por los paganos, por los hebreos, por los mahometanos? Cuando decimos la coronita a la Reina de los Apóstoles, ¿comprendemos algo de esas palabras que nos comprometen a pensar no sólo en Europa, sino también en Asia, en América, en África, en Oceanía? En fin, ¿hay en nosotros una llamita de celo? ¡Ojalá la encienda Jesús esta tarde en nuestro corazón! Digamos despacio todas estas palabras: «También yo debo cooperar a la redención de los hombres, completando en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia. Acéptame, Maestro bueno, como humilde víctima. Pre-

serva del pecado a los hombres, salva del infierno a los pecadores y libra de sus penas a las almas del purgatorio».

Pr 5
p. 15

6ª Estación: *«Movida a compasión, la Verónica | enjuga el rostro de Jesús, y él la premia imprimiendo su imagen en el lienzo»*.

Jesús busca almas reparadoras: *«Non potuistis una hora vigilare mecum?»* [3] preguntaba en Getsemaní a los apóstoles que se habían dormido, mientras él sufría agonía de sangre.

Entre la gente que le acompañaba al Calvario, Jesús ha encontrado finalmente una persona que le tiene compasión: viendo su rostro cubierto de sangre, de salivazos, de sudor, se le acercó y se lo enjugó. Hay en nuestros días almas reparadoras, incluso una multitud de almas buenas, con sentimientos nobilísimos y piadosos, que se ofrecen como víctima por los pecadores. Ofrecerse como víctima no quiere decir que se deba acelerar la muerte, sino gastar todas las fuerzas por Dios, pues morir por Dios es un gran mérito, pero obrar sufriendo por las almas, trabajando en su salvación, es un mérito aún mayor, un mérito más prolongado.

Quien sienta una cierta voz interior en este momento, no se quede insensible: *«Si vocem eius audiéritis, nolite obdurare corda vestra»*.[4] Si resuena en vuestro oído una voz divina, no os hagáis el sordo.

Digamos: «Reconozco en esta discípula el modelo de las almas reparadoras. Comprendo mi deber de reparar los pecados y todas las ofensas a tu divina Majestad. Jesús, plasma en mí y en todas las personas reparadoras, las actitudes de tu corazón».

7ª Estación: *«Nuevamente flaquean las fuerzas de Jesús, y él, despreciado y evitado de los hombres... como un hombre de dolores, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado, cae por segunda vez bajo la cruz»*.

Pr 5
p. 16

Las primeras caídas frecuentemente se dan por ignorancia o por fragilidad; pero una vez levantados y | conocida ya la malicia del pecado y del demonio al tentar, hay que hacerse pru-

[3] Mt 26,40: «¿No habéis podido manteneros despiertos conmigo ni una hora?».

[4] Sal 95/94,7-8: «Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis el corazón».

dentes, porque, si no, del pecado de fragilidad e ignorancia se pasaría al pecado de malicia, es decir a cometerlo a ojos abiertos, sabiendo el mal que es y sin embargo consintiendo aun tras la reflexión y la inspiración del ángel custodio a resistir. Hay que estar atentos a no recaer, pues cada recaída agrava el mal y fácilmente introduce la costumbre. Además, si hemos experimentado la misericordia de Jesús al recibir el perdón tras el primer fallo, ¿no sentimos con mayor fuerza el deber de amar más a Jesús, de reparar, de vigilar para no volver a caer?

¡Que Jesús, por los dolores de esta recaída suya, nos ilumine y nos infunda un gran odio al pecado, junto con la prudencia para evitar las ocasiones! Vamos a leer muy despacito la oración: «Maestro bueno, así reparas nuestras recaídas en el pecado, por malicia o por habernos puesto en la ocasión, no obstante tus inspiraciones. Detesto, Señor, los pecados con que te he ofendido, que son causa de tu muerte y de mi perdición, y propongo no cometerlos más en adelante».

8ª Estación: «*Seguía a Jesús un gran gentío del pueblo, y de mujeres que lloraban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos"* [Lc 23,28]».

Un día tuve que asistir a un sacerdote moribundo, muy amigo, ex compañero de estudios, que conociendo la extrema gravedad de su enfermedad y viendo afligidos a quienes estaban alrededor de su lecho, dijo: «No lloréis por mí: ¿por qué deberíais hacerlo? Estoy yendo al paraíso. Soy yo quien llora por vosotros, que quedáis en el mundo rodeados de | tantas dificultades y sobre todo en medio a tantos pecados». Pr 5 p. 17

¡Lloro por vosotros! ¡Cuánto más debemos llorar nosotros, si esos pecados fueran cometidos por causa nuestra, por faltas de celo y por negligencia en los deberes! A estas mujeres se las invita a llorar por sí mismas y por sus hijos, o sea por los pecados de los hijos y la ruina que les aguardaba. Lloremos por los pecados de los hombres. Pero vigilemos y seamos delicadísimos para no llevar con nuestros ejemplos la tibieza entre ellos, la negligencia en los deberes; para evitar palabras o acciones que estimulen al mal, al pecado. No nos carguemos de tanta responsabilidad, y digamos de corazón al Señor:

«Pido perdón por mis muchos pecados personales y por los que otros han cometido por mis malos ejemplos, las faltas de celo y las negligencias en mis deberes. Jesús mío, te prometo impedir en lo posible el pecado con obras, ejemplos, palabra y oración. Dame un corazón puro y un espíritu recto».

9ª Estación: *«Jesús cae por tercera vez bajo la cruz, porque nuestra obstinación nos ha llevado a recaer en el pecado».*

Después del primer pecado tal vez siguieron otros, poco a poco se creó la costumbre; y a la costumbre puede seguir la obstinación. Ello sucede cuando el alma ya no siente remordimiento, cuando no escucha los avisos, cuando ha perdido la luz de la mente y la sensibilidad del corazón.

Hasta que se siente remordimiento, es que la voz de Dios resuena aún en el fondo del alma; no se ha perdido toda esperanza. ¿Pero qué acaecería si se llegara a la obstinación? Cierta
Pr 5 persona decía: «No puedo evitarlo. Si voy al infierno, | no estaré
p. 18 solo». Cuando se piensa así, ¿qué senda de salvación, más aún, qué acceso queda aún para llegar a conmover a un alma? Sólo la gracia de Dios. Y nos conforta el pensamiento de que María es el refugio de los pecadores. ¡Cuántos pecadores ha convertido ella, pecadores que parecían resistir a toda llamada de atención! Por esto la Cofradía del Corazón Inmaculado de María para la conversión de los pecadores va dilatándose cada vez más en las parroquias. Nos queda, pues, esta última tabla de salvación: ¡queda la Madre! Quizás quien se ha resistido a todo, no se resista a la Madre. Oremos:

«La obstinación oscurece la mente, endurece el corazón y pone al borde de la impenitencia final. Señor, por tu pasión, ten misericordia de mí. Concédeme la gracia de mantenerme vigilante, de ser fiel al examen de conciencia, a la oración y de celebrar frecuentemente el sacramento del perdón».

10ª Estación: *«Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota, le dieron a beber vino mezclado con hiel y se repartieron su ropa echándola a suertes* [cf. Mt 27,34-35]».

En esta estación pedimos al Señor la gracia de evitar los pecados de ambición y de gula, la gracia de saber domar el cuerpo. Hemos de santificar el cuerpo, es decir los sentidos: ojos,

oído, lengua, tacto, los sentidos internos; y evitar especialmente los pecados de ambición y de gula. Hay personas ricas de muchos dones y abundante gracia; y a las buenas dotes añaden aún la de la modestia, la humildad. ¡Qué hermosa es la humildad, la modestia en una persona rica de cualidades! ¡Y cuánto más fea es la ambición en el vestir, en el adornarse y ungirse cuando la cabeza está vacía y las dotes son pocas!

Tenemos que saber regularnos y ser dueños de nuestro | gusto, evitando la gula. Ya decía un pagano: «¿Tienes acaso el alma de un bruto, o sea de una bestia, para precipitarte sobre el alimento y comer con voracidad? ¡Piensas en hartarte antes de ir a la mesa, y mientras te encuentras en la mesa, y después de haber estado en la mesa!». Pr 5 p. 19

Hay que vivir racionalmente, es decir según la razón y según la gracia.

«Esto es lo que costaron a Jesús los pecados de ambición en el vestir y de gula en el comer. Señor, concédeme la gracia de liberarme progresivamente de toda vanidad y satisfacción mundana, y haz que te busque únicamente a ti, eterna felicidad».

11ª Estación: *«Los verdugos clavan en la cruz a Jesús, que sufre atroces dolores, bajo la mirada de su afligida Madre* [cf. Lc 23,33]*»*.

La cruz es la salvación, como hemos cantado: *«In quo est salus, vita et resurrectio nostra»*. En la cruz está la salvación, la vida y la resurrección. Nos hacemos tantos signos de cruz: en la frente, en los labios, en el pecho; doquier campea la cruz; está en los campanarios y en los sagrarios, a la vista de todos... Esto nos llama a la mortificación.

No basta hacerse el signo de la cruz, es preciso que las manos estén marcadas por la cruz. Es necesario que el tacto esté marcado por la cruz, los ojos marcados por la cruz, los oídos marcados por la cruz, los labios y la lengua marcados por la cruz, es decir por la mortificación. Cuando estemos a punto de morir y se nos acerque el sacerdote para administrarnos el óleo santo, ungirá los ojos, los oídos, las manos, los pies y dirá: «Por esta santa unción y por su piísima misericordia, el Señor perdone cuanto mal has cometido con los ojos, con el oído, con | el gusto, con la palabra, con el tacto, etc.». Pr 5 p. 20

Conservemos inocentes los sentidos, ¡mortifiquémoslos! Para pertenecer a Jesús se requiere marcarnos nosotros mismos, nuestra carne, con la cruz, sin que ello sea un mero signo exterior, quizás hasta hecho mal y sin sentimiento interno. Marquemos nuestra carne con la mortificación. No podremos llegar a imitar a aquella santa que con un hierro candente grabó una cruz en su pecho, en sus carnes, pero al menos hagamos gustosamente las mortificaciones necesarias.

Oremos: «Pertenecen a Jesucristo los que crucifican su vieja condición, renunciando a sus vicios y pasiones. Yo quiero ser de Jesucristo durante la vida, en el momento de la muerte y por toda la eternidad. No permitas, Señor, que me separe de ti».

12ª Estación: *«Durante tres horas Jesús sufre inefables dolores y muere al fin en la cruz por nuestros pecados»*.

En el Calvario, asistiendo a la muerte de Jesucristo, había tres clases de personas: los enemigos obstinados de Jesús, que intentaron el modo de hacer más penosa aún su agonía con los insultos; estaban los indiferentes, los curiosos, acudidos sólo para ver cómo se comportaba el moribundo, cómo era su agonía; y estaban las almas elegidas, las piadosas mujeres, Juan, María.

La muerte de Jesús en la cruz se renueva cada día en la santa misa. ¿Cómo la seguimos? Hay quienes en la iglesia se portan de un modo casi insultante, sin ningún respeto al lugar santo, ninguna piedad; están los curiosos e indiferentes, que aguardan sólo a que la misa termine y se cierre aquel tiempo pesado para ellos; y están quienes tienen verdadera piedad, entienden la misa y quieren seguirla con las disposiciones sugeridas por la Iglesia | en el misalito, especialmente con las disposiciones con que María asistió a Jesús en las últimas horas. ¡Acerquémonos al altar, cuando empieza la misa, con los sentimientos de María!

Pr 5
p. 21

«La muerte de Jesús se actualiza diariamente en nuestros altares cuando celebramos la Eucaristía. Jesús amorosísimo, enséñame a valorar la Eucaristía, para que la celebre con frecuencia y con las mismas actitudes que tuvo tu Madre al pie de la cruz».

13ª Estación: *«María, la madre dolorosa, recibe entre sus brazos al Hijo bajado de la cruz»*.

Por los dolores de esta Madre santísima pidamos la gracia de

ser asistidos por ella en esta vida, caminando siempre bajo su manto, y de tener su asistencia especialmente a la hora de morir.

Jesús quiso espirar así, bajo los ojos de la Madre. Todo dolor y pena que sentiremos en la muerte sea como una llamada, una invocación a María, para que venga junto a nuestro lecho y nos consuele, nos dé la victoria contra los últimos asaltos del demonio y acoja nuestro espíritu en sus brazos para llevarlo al cielo.

«María contempla en las llagas de su Hijo las horribles consecuencias de nuestros pecados y el amor infinito de Jesús por nosotros. La devoción a María es signo de salvación. Madre, acéptame como hijo, acompáñame durante la vida, asísteme constantemente y, en especial, en la hora de la muerte».

14ª Estación: *«El cuerpo de Jesús, ungido con aromas, es llevado al sepulcro, acompañado por pocos fieles* [Lc 23,50-56], *que en su inmenso dolor se sentían confortados por la esperanza de la resurrección».*

Jesús había anunciado su pasión: «Mirad, | estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del Hombre va a ser entregado... y le condenarán a muerte; y al tercer día resucitará» (Mt 20,18-19). Pr 5 p. 22

También nosotros resurgiremos. ¿Con qué resurrección: una resurrección gloriosa, semejante a la de Jesús y a la de María? ¿O con la resurrección ignominiosa de quienes se pierden?

¡Tenemos que resurgir ahora, para asegurarnos la resurrección gloriosa! Resurgir como escribía aquel joven: «Quiero resurgir de mis errores y de mis pecados y del turbión de estas pasiones, que me agitan continuamente».

Pidamos ahora resucitar espiritualmente.

«Creo firmemente, Dios mío, en la resurrección de Jesucristo, como creo en la resurrección de la carne. Quiero resucitar diariamente a la nueva vida, para poder resucitar a la gloria en el último día. Lo espero, oh Jesús, por los méritos de tu pasión y muerte».

LA CORONITA
A LA REINA DE LOS APÓSTOLES [1]

Esta meditación tiene por fin hacernos comprender y rezar mejor la coronita a la Reina de los Apóstoles.

La coronita se divide en cinco puntos. En el primer punto consideramos el instante en que María llega a ser Reina en la encarnación del Verbo.

En el segundo punto María es proclamada Reina. Desde lo alto de la cruz, Jesús la da como Reina a todos, Reina especialmente de los apóstoles.

En el tercer punto María ejercita el oficio de Reina de los apóstoles en el cenáculo y en el período en que la Iglesia da sus primeros pasos.

Pr 5
p. 23

En el cuarto punto María deja la tierra. Contemplamos la muerte de la Reina, su resurrección, su glorificación, con la Asunción al cielo.

En el quinto punto contemplamos a María en el paraíso ejerciendo su realeza. Ella es grande para ser con nosotros misericordiosa y para socorrer todas nuestras necesidades.

Cada uno de los puntos comienza con alabanzas que dirigimos a María y concluye siempre con palabras que nos inspiran confianza en ella.

1. En el primer punto la oración es un poco larga, pero las palabras esenciales son: «Yo celebro y alabo que el Señor, a quien agradaste por tu humildad, fe y virginidad, te haya concedido el privilegio único de elegirte para ser la madre del Salvador, nuestro Maestro, luz verdadera del mundo, fuente de la verdad». María llega a ser la Madre de Jesucristo, Rey de reyes, y la madre del Rey es Reina.

Además, María es Reina nuestra por una razón mucho más profunda: Engendrando a Jesucristo que es la cabeza del Cuerpo místico, engendró asimismo todos los miembros según la enseñanza de la teología. Y por tanto ella tiene dominio sobre todos: es verdadera Madre nuestra. Por eso la llamamos *«vida»* nues-

---

[1] Título original: *Fiesta de la Reina de los Apóstoles.* Meditación dictada el domingo 2 de mayo de 1954, celebración externa de la fiesta.

tra. Nos dirigimos, pues, a esta nuestra Reina y le pedimos la gracia de poseer la sabiduría celestial, que es la luz del Evangelio, y suplicamos también la gracia que todos los hombres vengan al Evangelio, conozcan el Evangelio, lo reciban de la Iglesia, sean sus discípulos, de modo que, caminando a la luz del Evangelio, alcancen la luz eterna, la visión de Dios. Y por tanto decimos: «Ilumina a los doctores, predicadores y escritores».

Ahora decimos despacio, todos juntos, el primer punto. Pr 5 p. 24

2. Las palabras esenciales del segundo punto son: «Recuerda el doloroso y solemne momento en que Jesús, desde la cruz, te entregó como hijo a Juan, y en él a todos los hombres, especialmente a todos los apóstoles».

María, ya Reina, es proclamada Reina de los Apóstoles y de todos los apostolados. Por eso en este punto pedimos que el número de los apóstoles crezca siempre más: «Aumenta el número de los apóstoles, misioneros, sacerdotes y consagrados». ¡Que sean santos, íntegros en sus costumbres, con sólida piedad, profunda humildad, firme fe y ardiente caridad! Los motivos de confianza son los títulos de Maestra de los santos y Madre del gran Sacerdote.

Al principio va esta alabanza: «Reina de los ángeles, llena de gracia, concebida sin pecado, bendita entre las criaturas, sagrario viviente de Dios, recuerda el doloroso y solemne momento en que Jesús, desde la cruz, te entregó como hijo a Juan, y en él a todos los hombres, especialmente a todos los apóstoles».

Escuchemos con devoción y gratitud a Jesús que desde la cruz dice: «Mujer, mira a tu hijo» (Jn 19,26). Y meditemos la siguiente frase: «Juan, mira a tu madre». El nombre de Juan podemos sustituirlo por el nuestro personal. Las palabras dichas a Juan no iban dirigidas a él solamente, en particular, igual que en la última Cena no iban dirigidas sólo a los doce las palabras: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo» [Mt 26,26]. Se dirigían también a nosotros. Ahora, pues, con devoción y despacio repitamos: «María, reina de los ángeles...».

3. En el tercer punto honramos a María en el ejercicio de su realeza sobre la tierra, como en el quinto punto consideraremos a María en el ejercicio de su realeza en el cielo. Pr 5 p. 25

Ahora las palabras esenciales son: «Alégrate porque fuiste maestra, fortaleza y madre de los apóstoles, reunidos en el cenáculo para invocar y recibir la plenitud del Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, renovador de los apóstoles». Así pues, pedimos espíritu apostólico, un corazón apostólico, una mentalidad apostólica, deseando que en nuestro corazón penetre el verdadero amor a las almas y el deseo de su salvación.

Las palabras de alabanza al principio son: «Virgen inmaculada, reina de los mártires, estrella de la mañana, refugio de los pecadores». Y las palabras de confianza: «Madre de misericordia, abogada nuestra, a ti suspiramos en este valle de lágrimas». Repetimos ahora bien: «María, virgen inmaculada...».

4. En el cuarto punto las palabras esenciales son: «Pienso en el momento dichoso en que dejaste esta vida para ir al encuentro definitivo con Jesús. Con amor de predilección, Dios Padre te glorificó en cuerpo y alma».

En estas palabras consideramos el paso o sea el tránsito de la reina, que tras haber cumplido el oficio de la realeza con los apóstoles, recibe el premio.

María espira en un acto de perfecto amor de Dios y, resucitada, es llevada en cuerpo y alma al paraíso. Por eso la alabamos y le pedimos la gracia de vivir santamente, para morir
Pr 5 p. 26 santamente; | pedimos una muerte serena, y que María venga a recibir nuestra alma y a llevarla al cielo.

Las palabras de alabanza son: «Entrañable madre nuestra, puerta del cielo, fuente de paz y alegría, auxilio de los cristianos, confianza de los agonizantes y esperanza incluso de los desesperados». Y éstas las palabras de consuelo: «María, realiza la obra más hermosa: trasformarme de pecador en gran santo».

Recemos bien, tratando de entender cada una de las palabras: «María, entrañable madre nuestra...».

5. En el quinto punto las palabras esenciales son: «Dichoso el día en que la santísima Trinidad te coronó reina del cielo e de la tierra, mediadora de todas las gracias, madre nuestra amabilísima». María entra en el ejercicio de su realeza en el paraíso, y lo ejercitará todos los siglos, hasta el fin del mundo. Ella es

grande para poder darnos cualquier gracia; es reina: «Reina de misericordia», *«Mater misericordiæ»;* es esperanza nuestra.

Consideramos, pues, su realeza, respecto a los ángeles, respecto al purgatorio y respecto a la Iglesia militante. Cada cual la considere así de modo especial respecto a sí mismo. «No me dejes caer, madre; no permitas que me aleje de ti» ¡Ojalá pase yo la jornada bajo tu mirada, como trabajaba Jesús allá en Nazaret!

Las palabras de alabanza son: «María, estrella del mar, bondadosa soberana, nuestra vida y reina de la paz». Y éstas las palabras de confianza: «María, reina, abogada, esperanza mía, concédeme la perseverancia».

Ahora, con corazón abierto saludamos a la Reina e invocamos su bendición. Pr 5 p. 27

ANTE LA CANONIZACIÓN DE PÍO X [1]

La epístola de la misa de hoy nos presenta las palabras tomadas de la carta de Santiago: «Hermanos, llevad a la práctica el mensaje y no os inventéis razones para escuchar y nada más: *Estote factores verbi, non auditores tantum*» (Sant 1,22). Hay que no sólo escuchar, sino conservar y hacer fructificar la palabra de Dios, que tan abundante es en nuestra Congregación. Y para que dé fruto, medítese lo que dice el Evangelio: «Pedid lo que queráis, que se realizará» (Jn 15,7). Para que la semilla de la divina palabra germine y crezca en nuestro corazón, produciendo fruto al ciento por uno o al sesenta por uno, se requiere la gracia divina, la ayuda sobrenatural, que venga a mejorar nuestra pobre humanidad, tan inclinada al mal.

En estos días tenemos un gran ejemplo que meditar, pues se acerca la canonización de Pío X,[2] que se celebrará al final de esta semana.[3] Cuando, contra las previsiones humanas, Pío X fue elegido papa, un sacerdote de gran experiencia, sensatez y sobre todo de probada virtud, decía: «Esta elección es un milagro: procede ciertamente del Espíritu Santo; preparémonos a ver en este pontificado un despertar de piedad y de espíritu cristiano». Y así fue.[4]

Pío X se presentó enseguida como la imagen del Maestro divino en medio de los hombres, por su bondad, | pero al mismo tiempo por su firmeza. En tres aspectos particulares se presentó como imagen del Maestro divino. Por la doctrina: «Yo soy la Verdad»; por la santidad: «Yo soy el Camino»; y por la piedad: «Yo soy la Vida» [cf. Jn 14,6].

Pr 5
p. 28

En aquel entonces se agitaban muchas cuestiones: algunos defendían que para gobernar la Iglesia era necesario tener una diplomacia más refinada; otros reclamaban una solución justa de las cuestiones sociales: había quien quería encontrar soluciones particularmente nuevas para la acción pastoral y para el ministerio sacerdotal. Se agitaban muchas cuestiones respecto a

---

[1] Meditación dictada el domingo 23 de mayo de 1954, V de Pascua.
[2] V. nota 4 de p. 441 y nota 5 de p. 465.
[3] La canonización fue la tarde del sábado 29 de mayo (cf. más adelante).
[4] Cf. al respecto *Abundantes divitiæ*, nn. 48-51.

los estudios, respecto a la orientación de la Iglesia y de toda su acción en medio de los hombres. ¿Cómo resolver tales cuestiones? Muchos se apercibían, interrogándose: «¿Cómo podrá un sacerdote, nacido en un pueblecito tan humilde y que ha estado tantos años de párroco, más aún de capellán,[5] cómo podrá resolver las cuestiones actuales, y a la vez dar a las almas lo que éstas aguardan?». Pío X encontró enseguida el camino: *«Instaurare omnia in Christo»*,[6] en el Maestro divino.

No hay otra solución, para todas las cuestiones que se agitan también hoy en medio de los hombres, sino esta: *«Instaurare omnia in Christo».* Vivir de Jesucristo, hacer revivir a Jesucristo en medio de los hombres. ¿No viene de ahí la salvación? Por eso Pío X, en su primera encíclica, trazó la directriz: «No necesitamos programas, basta poner en práctica los que hay en el Evangelio. ¡Ahí está todo! Sin esto, la humanidad no encontrará ni el camino de la paz, ni el de la moralidad, ni el del cielo. *Instaurare omnia in Christo,* o sea, hacer revivir a Jesucristo en todo: en todos los aspectos de la acción sacerdotal y de la acción de la Iglesia».

¿Y cómo hacer revivir a Jesucristo | en la humanidad? ¿Cómo presentarlo? ¿Cómo conducir mejor la humanidad a Jesucristo? Pr 5 p. 29

En la segunda encíclica, Pío X indica la senda: «Ir a Jesús por medio de María».[7] Con estas palabras comienza la encíclica que promulga la celebración cincuentenaria de la proclamación del dogma de la inmaculada Concepción de María.

Así que el camino es Jesús, pero a Jesús se va por María. Y el Papa aporta y desarrolla en esa encíclica seis razones.

Renovó todos los estudios sagrados, y cuando la herejía más terrible de la historia, el modernismo, amenazaba infectar todo, él intervino con mano firme.[8] Los adversarios o, mejor, los nue-

---

[5] Nacido en Riese, en la campiña de Treviso, fue sucesivamente capellán en Tómbolo (Padua), párroco en Sarzano (Treviso), director espiritual del seminario diocesano en Treviso, obispo de Mantua y cardenal de Venecia: con plazos extrañamente constantes de nueve años.

[6] Ef 1,10: «Recapitular en Cristo todas las cosas»: este fue el programa anunciado en su primera encíclica, *E Supremi apostolatus Cáthedra*, del 4 de octubre de 1903.

[7] Encíclica *Ad díem illum*, 2 de febrero de 1904.

[8] Documentos significativos al respecto: decreto *Lamentábili sane* (3 de julio de 1907) y enc. *Pascendi domínici gregis* (8 de sept. de 1907).

vos herejes habían creído encontrar un Papa débil e incapaz de comprender las nuevas doctrinas y de percibir el veneno que iba infiltrándose en el seno de la Iglesia.[9] Los doctos estaban demasiado infatuados, como lo están hoy los fautores del cientismo y de la mecánica.

Pío X fue claro. Y sus reformas se extendieron a todas las partes del saber sacro: desde la teología al arte sacro; desde la Escritura a la literatura; desde el derecho canónico a la historia eclesiástica, porque –dijo el papa Pío XII en el elogio que hizo de él– nunca se contentaba de decir sólo palabras. Antes de hablar había dispuesto ya todos los medios para que su palabra fuera actuada. Fue sobre todo un hombre práctico. Podría incluso cantársele aquella antífona que va dirigida al Maestro divino: «Maestro, a tu lado celebraremos la Pascua».

Fue en efecto el Papa de la Eucaristía, y el restaurador del culto sacro: no sólo en el breviario, sino particularmente en el canto sacro, que él reintegró a su cometido y misión en la Iglesia de Dios.[10] Supo asimismo resolver las cuestiones | discutidas
Pr 5
p. 30
desde hacía tiempo sobre la frecuencia a la comunión, la comunión de niños y enfermos, así como las disposiciones necesarias para hacerla.[11] Y estimuló a todos hacia el sagrario y la confesión. En cuanto a la piedad, para hacerla más viva, quiso que los maestros de ella, los sacerdotes, fueran santos. Y no sabemos si su «Exhortación al Clero» [12] deba insertarse en este punto o recordarla al tratar de la codificación del derecho canónico, con el que intentó encaminar rectamente a todos.[13]

Pensando en la exhortación al clero, se le puede aplicar a Pío X la tercera antífona: «Maestro, ¿que he de hacer para salvarme?» (Mc 10,17). Y lo indicó bien. En efecto fue eficacísima su obra para renovar las costumbres del pueblo cristiano, para de-

---

[9] Sobre el drama del Modernismo y la actitud del P. Alberione en ese punto, cf. "Excursus histórico-carismático" en *Jesús el Maestro ayer, hoy y siempre*, San Paolo, Roma 1997, pp. 45-63.

[10] Cf. *Motu proprio* del 22 de nov. de 1903 para la Música sacra.

[11] Decretos del 20 de dic. 1905 y 8 de agosto 1910, respectivamente sobre la comunión frecuente y la primera comunión de los niños.

[12] Exhortación apostólica *Hærent ánimo*, 29 de junio 1908, en su jubileo sacerdotal.

[13] Promulgación del nuevo *Codex Juris Canónici*, 19 de marzo 1904.

senvolver la delicadeza en los jóvenes, para hacer reflorecer la caridad en medio del pueblo, para reconducir a todos a la observancia de la pobreza, para que religiosos y sacerdotes vivieran según su misión.

Conocemos la firmeza que tuvo en sostener los derechos de la Iglesia. Resultó sorprendente el acto tan fuerte que realizó respecto a Francia.[14] No se esperaba eso de él, tan amante de considerarse un párroco de campesinos o el cardenal de la campiña. No se esperaba, pero fue altamente saludable y sirvió no sólo para inculcar a Francia una nueva vida cristiana, sino para señalar la orientación a las demás naciones.

Nos planteamos una pregunta, porque queremos sacar algo práctico para nosotros: ¿Cómo llegó Pío X a tal altura de santidad? ¿Cómo supo gobernar tan sabiamente la Iglesia? ¿Cómo fue capaz de resolver las cuestiones más difíciles de su tiempo? Tal vez la pregunta requiera una respuesta compleja, aunque cabe | simplificarla: Pío X, desde niño, hacía bien las cosas que Pr 5
debía hacer. Era un jovencito piadoso, un alumno diligente, un p. 31
clérigo estudioso y bueno, un capellán modelo, un párroco celante, un obispo que se impuso en Mantua a la masonería y al pueblo con su caridad y benevolencia. Y fue un cardenal, patriarca de Venecia, admirado por todos. Por eso hizo bien las cosas como Papa. Cuando se desempeña bien cualquier cometido, en todos los períodos de la vida, se está preparados a todos los oficios que la Providencia encargue. ¡Hay que hacerlo todo bien!

Por todas partes Pío X practicó tres virtudes: la humildad, la docilidad, la bondad. Igual que fue humilde y dócil muchacho en Riese con su párroco y en casa, así lo fue cuando, ya Papa, obraba aquellos prodigios que iban divulgándose, aunque con mucha prudencia. «¡Vaya!, me dicen –confiaba a un amigo– que me he puesto a hacer milagros. ¡Faltaría más que no debiera hacer también esto!» Y camuflaba como una broma lo que todos admiraban.

¡Qué dócil era a la corrección! Y al mismo tiempo, si se quisiera leer el modo como dirigía a los clérigos cuando fue vicario de la diócesis y director espiritual, todos los jóvenes tendrían

[14] Condena de las leyes anticatólicas (11 de febrero de 1906) y del movimiento “Action Française” (6 de enero de 1907).

mucho que aprender. Quería la obediencia a cualquier costo, y la humildad hasta aceptarlo todo.

Recordemos también su bondad; él es el santo de los trabajadores, el santo de los pobres.[15] Y en su testamento dejó escrito: «Nací pobre, he vivido pobre, y quiero morir pobre». Dios se encargó de exaltar tanta humildad y tal espíritu.

Naturalmente todo esto procedía de la piedad profunda, de su devoción a Jesús eucarístico, de su devoción a María. De otro modo no cabría explicar cómo, en un pontificado no tan largo (14 años), haya podido decidir unos tres mil "actos", firmados por él y dirigidos todos | al verdadero bien; actos que
Pr 5
p. 32
eran oportunos, dados los tiempos y las circunstancias en que entonces vivía la Iglesia, y que llevaron su acción a todos los campos.

Ahora nos toca también a nosotros recabar algún fruto, y será éste: hacer bien lo que debemos hacer. Cuando el niño hace las cosas bien, también las hace el jovencito, etc., pues el Señor le guía a cumplir cuanto estaba establecido para él en los designios divinos. Hay personas que corresponden de lleno a su vocación, porque cada año de la propia vida, en cualquier oficio y deber se aplican a desempeñarlo lo mejor que pueden. Y hay otras personas que nunca corresponderán del todo a su vocación y a los designios de Dios sobre ellas al crearlas, pues por una parte derrochan las gracias y, por otra, no corresponden a los cuidados de sus superiores: no salen a flote en ningún oficio, piensan siempre en bienes mayores mientras olvidan el que tienen entre manos. Viven de fantasías.

Hay que hacer bien lo que tenemos que hacer, en cuanto sea posible a nuestra pobre humanidad. Y Dios estará con nosotros, nos guiará, se servirá de nosotros en las obras de su gloria, en las obras que santificarán nuestra alma y que nos prepararán un gran tesoro de gloria en el cielo.

Pongámonos esta pregunta: ¿Cumplimos bien lo que debemos hacer cada día? ¿Somos diligentes en nuestro cometido, en nuestro puesto? Quiero decir: ¿hacemos bien las cosas en las

---

[15] Significativa al respecto era la Escuela Social Católica de Bérgamo, por él inaugurada el 15 de agosto de 1910. En ella si diplomaron los clérigos paulinos Desiderio Costa y Pablo Marcellino en 1919.

clases medias, en las clases superiores, en el apostolado, en la piedad, en las confesiones?

¿Rezamos siguiendo nuestro *Libro de las Oraciones*? ¿Hacemos bien el apostolado? ¿Seguimos toda la instrucción y toda la dirección dadas por los maestros que tenemos a nuestro lado? ¿Tenemos el espíritu de pobreza? ¿Somos rectos?

Hagamos bien las cosas en todo tiempo. En la vida, uno tendrá una trayectoria, otro tendrá otra; pero serán todas sendas que van hacia el cielo. Y a la hora de morir se podrá decir: *«Cursum consummavi»*.[16] Y cuando hayamos hecho lo que Dios esperaba de nosotros, en el lecho de muerte, estando ya sin fuerzas, aún podremos hacer lo que es más útil a la humanidad y a nosotros mismos: aceptar la muerte y ofrecer nuestra vida por las vocaciones, por la Congregación, por nuestros apostolados, por la salvación del mundo, como Pío X ofreció su vida por la paz del mundo. Pr 5 p. 33

[16] 2Tim 4,7: «He corrido hasta la meta».

FIESTA DE LA ASCENSIÓN [1]

La gracia principal que pedir en esta meditación es la *fe en el paraíso.* Hemos de levantar nuestros corazones considerando que Jesús, concluida su jornada terrena, asciende al cielo y se sienta a la derecha de Dios Padre omnipotente, y allí prepara un puesto a cada uno de nosotros, esperándonos.

Leamos en los Hechos de los Apóstoles el relato de la ascensión de Jesucristo al cielo [cf. He 1,1-11].[2]

Pr 5 p. 34 Jesús se presentó en el cenáculo donde estaban los apóstoles, y tuvo con ellos la última comida. Luego les invitó a salir de Jerusalén y subió al monte de los Olivos, la más alta de las colinas que circundan Jerusalén. Les dio los últimos avisos. Les encomendó la misión que debían cumplir, como leemos en el Evangelio. Después les bendijo, y comenzó a elevarse hacia el cielo. Y mientras ellos le miraban maravillados, una nube se lo ocultó a su mirada.

Pr 5 p. 35 Podemos imaginar que en aquel momento los justos del Antiguo Testamento le habrán salido al | encuentro, y él, a la cabeza de toda la multitud, haya entrado en los cielos, superando a todos los coros angélicos, para ir a sentarse a la derecha del Padre.

«Vocem jucunditatis nuntiate», [3] cantamos el pasado domingo. Dejad oír la voz del gozo, hacedla llegar hasta las extremidades de la tierra, porque Jesucristo ha liberado del pecado al pueblo. Hoy podemos añadir otra voz, otra razón de alborozo: aquel día, nuestra pobre carne entró en el cielo. La humanidad estaba unida a la divinidad del Hijo de Dios y se sentó allí a la derecha del Padre.

Esto nos recuerda lo que nos tocará a nosotros: después de la resurrección, cuerpo y alma, reunidos, subirán al cielo. ¡Subiremos al cielo! Y para que entendieran esto los apóstoles, que estaban aún maravillados mirando al cielo, los ángeles, apareciéndoseles, les recordaron que un día Jesús volvería para tomarnos a todos y llevarnos con él.

---

[1] Meditación dictada el jueves 27 de mayo de 1954.

[2] En el original el texto escriturístico se trascribe entero.

[3] Is 48,20: «Con gritos de júbilo anunciadlo y proclamadlo»: introito del V domingo de Pascua.

Quien le haya seguido en la tierra, le seguirá al cielo, ocupará el sitio que Jesús ha preparado. Jesús es el Camino completo, y la última parada de este recorrido es la anunciada en aquel gran día: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que se han llevado a lo alto de entre vosotros vendrá tal como le habéis visto marcharse al cielo».

Tenemos que recordar el cielo, en este tiempo, y pedir aumento de fe: *«Credo vitam æternam»*.[4] Subió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre.

Pero debemos recordar lo que Jesús dijo antes de elevarse de la tierra, como leemos en el Evangelio: «En aquel tiempo, se apareció Jesús a los once, estando ellos a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y su terquedad en no creer a los que le habían visto resucitado. Y añadió: "Id | por el mundo entero proclamando la buena noticia a toda la humanidad. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará. A los que crean, les acompañarán estas señales: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes en la mano y, si beben algún veneno, no les hará daño; aplicarán las manos a los enfermos y quedarán sanos". Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a proclamar el mensaje por todas partes, y el Señor cooperaba confirmándolo con las señales que les acompañaban» (Mc 16,14-20). Pr 5 p. 36

Aquí tenemos: los apóstoles parten, cumplen su misión, predican a Jesucristo, se ganan el paraíso.

Debemos cumplir bien nuestro apostolado, con el que nos ganaremos el paraíso. Es un paraíso hermoso, un paraíso doble, podríamos decir: para quien haya hecho el bien, es decir se haya hecho santo, y para quien haya santificado o sea salvado almas. El apostolado bien hecho, con espíritu apostólico, se asemeja a la predicación de Jesús. Somos cooperadores de su apostolado. Así pues, en estos días vamos a recordar y pedir con insistencia el aumento de fe en el paraíso.

Mañana empieza la novena al Espíritu Santo. Es la novena que celebraron y santificaron los apóstoles con María, quien les guiaba en la oración, les animaba, les asistía y elevaba sus

[4] «Creo en la vida eterna»: Símbolo apostólico.

mentes a la esperanza, recordándoles la promesa de Jesús de enviarles el Espíritu Santo. Esta novena fue la primera que se celebró solemnemente.

Unámonos en espíritu a cuantos en estos días harán esta novena, y pongamos | las intenciones de la Iglesia al celebrarla.

Pr 5 p. 37

León XIII escribió de propósito una encíclica, acompañada por unas disposiciones, para preparar a los cristianos a solemnizar esta novena.

Las intenciones deberían ser las de María en el Cenáculo. ¿Quién puede adivinar las aspiraciones, deseos y solicitudes que partían del corazón de María y subían al cielo?

Esta Virgen bendita, que había apresurado la bajada del Hijo de Dios a la tierra, y que había hecho sonar la hora en que el Hijo de Dios encarnado debía comenzar su misión pública, ahora solicita al Padre celestial que envíe al Dador de luz, el Espíritu Santo. Debemos unirnos íntimamente a las intenciones de María, por toda la Iglesia. Ella se sentía ya entonces madre de la Iglesia, madre de los apóstoles.

Tenemos que invocar con María, por medio de María y en María, al Espíritu Santo; pedir que descienda con los siete dones sobre nosotros y que dé a todos la inteligencia de las cosas espirituales, la sabiduría celeste, los dones del consejo, de la fortaleza, piedad y temor de Dios, como también el don de la ciencia: en fin, todos los siete dones. Reflexionemos sobre ellos, meditando y pidiéndolos por medio de María juntamente con los apóstoles.

El sábado por la tarde, será –como ya meditamos el pasado domingo [5]– la canonización de Pío X. Dijimos que de él hay que aprender sobre todo la fidelidad a los deberes diarios: cumplir bien nuestras cosas, según el estado y las condiciones en que nos encontramos.

Pero aún cabe añadir que el Señor ha querido exaltar a Pío X por su humildad. Como María, la más humilde creatura, que fue exaltada por encima de todos los coros angélicos: *Exaltata est!*

Pr 5 p. 38

¿En qué consiste la exaltación? La exaltación de un alma es la santidad, es la elevación a un puesto más alto en el cielo. El Señor se ha complacido en exaltar a Pío X, tan humilde a la

[5] V. *supra*, p. 464ss.

vista del mundo. Y la humanidad y la cristiandad se conmueven ante esta exaltación. Será la canonización más solemne que la Iglesia haya conocido.[6] ¡Aprendamos de él!

Debemos recordar, además, que en los próximos días será la clausura del mes de mayo. Si hemos santificado el mes, santifiquemos más aún los últimos días. Así el mes de mayo nos llevará al de junio, en el que se celebrará la solemnidad de san Pablo. Santificaremos también el mes de junio, en honor de nuestro Padre, tratando de comprender sus enseñanzas, seguir sus ejemplos y vivir bajo su protección paterna.

En los próximos días serán los Ejercicios espirituales de los sacerdotes, aquí en Roma, como lo fueron ya, al comienzo de mayo, en la Casa Madre [Alba]. Invoquemos todos al Espíritu Santo para que estos días sean un renovado Pentecostés.

Los Ejercicios espirituales de este año están encaminados especialmente al conocimiento, al amor, a la imitación y a la devoción a Jesús Maestro. Roguemos estos días al Espíritu Santo para que traiga una luz y una ciencia particular sobre tal devoción. Dice la Escritura: «Labios sacerdotales han de guardar el saber y en su boca se busca la doctrina» [Mal 2,7]. Es decir, de los labios del sacerdote revertirá sobre las almas la ciencia divina.

El sacerdote debe bautizar, pero debe sobre todo predicar, guiar las almas, orientarlas a la piedad.

Así pues, todos estamos interesados en rezar por el | sacerdote, y es también nuestro deber, pues hemos de restituirle de algún modo el bien que de él recibimos. Pr 5 p. 39

[6] La crónica registró el gran éxito de las celebraciones romanas (sábado 29 de mayo en Plaza San Pedro y domingo 30 en Santa María Mayor, donde se expusieron las reliquias). Celebraciones prolongadas en la amplia peregrinación de la urna, que fue transportada y venerada en todas las localidades de Italia septentrional, donde el santo había ejercitado su ministerio.

ORACIONES DE CONSAGRACIÓN A MARÍA REINA DE LOS APÓSTOLES [1]

Esta meditación consta de tres puntos: 1) la consagración del apostolado a María, Reina de los Apóstoles; 2) las oraciones para la redacción, la parte técnica y la propaganda en el apostolado; 3) la consagración de nosotros mismos a María *Regina Apostolorum*.

1. La consagración de nuestro trabajo de apostolado a María Reina de los Apóstoles.

Invocamos a María para que ella no sólo suscite apóstoles, sino que dé a todos el espíritu apostólico. Consagramos a María las plumas con que se escribe, las máquinas, los tipos con los que se componen los artículos, los muros que forman los locales del apostolado, las máquinas de imprimir, las de encuadernar; en fin, todo cuanto concierne al apostolado, que deseamos hacer con el mismo espíritu con que Jesús predicó el Evangelio. Porque la máquina es un púlpito y el local del apostolado es una iglesia.

¡Hay que elevarse y tener respeto! Los locales del apostolado no son lugares para bromear o tener conversaciones inoportunas. Se ha dado el caso de que precisamente | el apostolado ha sido ocasión de simpatías peligrosas o también de antipatías. Si se estiman los locales de apostolado, no sucederá lo que a veces puede verse en ellos: desorden, polvo, papeles por el suelo. O se tiene fe y se cree que nuestro apostolado es de veras evangelización, o bien no entramos en el espíritu de la Congregación. En cambio, si se tiene esa fe, sí se entra en el espíritu de la Congregación y se desempeña el apostolado con espíritu sobrenatural. Y si se respeta los locales, se cuidan las máquinas; y si cae un carácter, se lo recoge.[2] Y se reza para que las máquinas y los medios de producción sean cada vez más rápidos, más fe-

Pr 5
p. 40

---

[1] Meditación dictada el sábado 29 de mayo de 1954. Título original: *Fiesta litúrgica de la Reina de los Apóstoles.*

[2] Recuérdese que en aquel tiempo la composición tipográfica se hacía aún con caracteres movibles de plomo (al menos para los títulos), y éstos con facilidad podían caerse de la mano.

cundos en el bien. Y se desea que, con el fin de progresar, puedan ponerse todos los medios e inventos al servicio de Dios.

Vamos a rezar la Consagración del apostolado a la Reina de los Apóstoles.

2. Son tres las oraciones que tenemos para rezar: *Antes de la redacción; Antes del apostolado técnico,* y *Antes de la propaganda.* De hecho, el apostolado se compone de tres partes: redacción, técnica y propaganda.

Esto vale para la prensa, para el cine y para las transmisiones radiofónicas y televisivas.

La redacción es la parte más importante y más difícil, antes que todas y más necesaria que todas. Si el apostolado ha de ser evangelización, se necesita, claro está, la obra del sacerdote, a quien Jesús dijo en la persona de los apóstoles: «Id y predicad» [Mc 16,15]. Nosotros tenemos que entrar en el espíritu de Jesús: «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros» [Jn 20-21]. Jesús vino y cumplió la voluntad del Padre: «Yo he venido al mundo para dar testimonio a favor de la verdad» [Jn 18,37]. Y así os mando: «Id y haced discípulos de todas las naciones» [Mt 28,19].

Así que el trabajo de la pluma es necesario para la prensa, para preparar el guión en el cine y en las transmisiones radiofónicas o televisivas. Hay que rezar, pues, la oración *Para la redacción.* Pr 5 p. 41

Todos estamos interesados en rezar por la Oficina de Redacción, la Oficina de Ediciones. Todos deben pensar que, en la Congregación, después de la Casa general, la Casa de los Escritores y de las Escritoras es la primera y la más importante. Tiene necesidad de la asistencia y efusión del Espíritu Santo, al que invocamos de corazón, para obtener los dones intelectuales: sabiduría, ciencia, inteligencia y consejo. La redacción hay que hacerla con pureza de intención, en el espíritu de Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida.

Hay que rezar la oración *Para el apostolado técnico,* antes de la composición, de la impresión y de la encuadernación, ofreciendo nuestro apostolado con las intenciones con que Jesús trabajaba en la casita de Nazaret. Su trabajo era *expiatorio* por los pecados de los hombres. Y era *redentivo,* es decir, servía para redimir las almas del error y del pecado.

Hay que rezar de corazón, y entrar con espíritu de recogimiento en la tipografía. Pidamos estas gracias al decir la oración por el apostolado técnico.

Debemos desempeñar bien el apostolado técnico. Los discípulos, por su parte, háganse jefes en sus respectivos sectores, y en la tipografía todos escuchen a los jefes de sección, cooperando dócilmente, de corazón.

Y luego, *el trabajo de propaganda,* que hace llegar la palabra de Dios a las almas. Imprimimos para que lean, como se habla para que oigan la predicación y la pongan en práctica.

Pr 5 p. 42

Pero el oficio de propaganda tiene particulares dificultades, | pues requiere inteligencia, espíritu organizativo, vigilancia, precisión y, sobre todo recta intención. Véase lo que se ha escrito al respecto y que se conserva aún en todas nuestras librerías. Para éstas pedimos gracias especiales, y que todo el trabajo se haga con espíritu sobrenatural.

Hemos de llevar el mundo a Jesús Camino, Verdad y Vida, sin absorber el espíritu del mundo, sino dando el espíritu de Jesucristo.

Vamos a rezar la oración por la propaganda.

3. Y después de [haber] consagrado nuestro apostolado de redacción, de técnica y de propaganda, así como los locales y los medios de apostolado, consagrémonos nosotros mismos a María, para poder ser dignos apóstoles: *«Dignare me laudare te, Virgo sacrata»:* Hazme digno de alabarte, oh María; *«Munda cor meum ac labia mea, omnípotens Deus»:* Limpia mi corazón y mis labios (y mis manos), oh Señor, para que el apostolado sea santo y, con la bendición de María y de Jesús, produzca los mayores frutos. Rezamos, pues todos juntos:

«Recíbeme, María, madre, maestra y reina, entre los que amas, cuidas, santificas y formas en la escuela de Jesucristo, divino Maestro.

Tú reconoces en los planes de Dios a los hijos que él elige, y con tu oración les obtiene gracia, luz y auxilios especiales. Mi maestro, Jesucristo, se confió totalmente a ti desde la encarnación hasta la ascensión, y esto es para mí enseñanza, ejemplo y don inefable, por lo que también yo me pongo plenamente en tus manos. Consígueme la gracia de conocer, imitar y amar cada vez

más a Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida; Preséntame a él, pues soy un pecador indigno, sin más título que tu recomendación para ser admitido a su escuela. Ilumina mi mente, fortalece mi voluntad, santifica mi corazón en esta etapa | de mi trabajo espiritual, para que aproveche tu gran misericordia, y pueda al fin decir: *vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus.*[3]

Pr 5
p. 43

Apóstol san Pablo, padre mío y fidelísimo discípulo de Jesús, fortalece mi voluntad: quiero comprometerme con toda el alma hasta que se forme Jesucristo en mí».

Y ahora cantemos la antífona *«Súscipe nos»*,[4] pidiendo que María nos reciba y nos acoja. Ella es la Reina, nosotros somos sus vasallos. Ella es la Madre, nosotros somos sus hijos: *Súscipe nos!* Y luego supliquémosla: *«Roga Filium tuum»*, ruega a tu Hijo, para que mande muchos y santos obreros a su mies.[5]

---

[3] Gál 2,20: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí».

[4] «Acógenos, María».

[5] Del *"Diario"*, el 29 de mayo: «Después de la meditación a la comunidad, va a dictar otra a las Pías Discípulas de la Casa general, en Vía Portuense, 739. Argumento: El apostolado específico de la religiosa Pía Discípula. Volviendo a casa, habla con quienes le acompañan en el coche, haciendo notar cuán necesario es rezar según el espíritu paulino, el espíritu de nuestra Familia religiosa, y no según los propios gustos. "Hoy –dice– corre por ahí la diablura, y durará bastante, de considerar nuestro apostolado como industria y comercio... Nuestra astucia no ha de ser trabajar para agrandar las casas o librerías, sino para mejorar la piedad. Cuando se ruega con humildad y fervor, el Señor no deja faltar nada..."

Por la tarde [el Primer Maestro] pasó una hora y media ante el televisor para asistir a la función de la canonización del beato Pío X, que tuvo lugar en la basílica de San Pedro. Quedó muy contento y al final de la transmisión habla de este santo... narrando algunos episodios del papa canonizado y que se refieren al tiempo en que él tuvo la suerte de venir a Roma en 1913... Las Pías Discípulas han sido encargadas por primera vez de adornar el trono papal [para la función de la canonización] y el Primer Maestro ha quedado satisfecho de este servicio».

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO [1]

Durante esta semana conviene repetir varias veces al día el tercer misterio glorioso, en el que se contempla la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y sobre María santísima. Lo haremos para invocar que baje también sobre nosotros el Espíritu del Señor, el Espíritu que procede del Padre y del Hijo, con sus siete dones, la gracia septenaria. El profeta había dicho que sobre Jesucristo descendería el Espíritu Santo: *«Requiescet super eum Spíritus scientiæ et intellectus»*.[2] Nosotros hemos de vivir en Cristo, y como a él han descendido los dones del Espíritu Santo, así pedimos que
Pr 5 p. 44 desciendan para todo cristiano, | para cada uno de nosotros.

A esto nos lleva el evangelio de este domingo, tomado de san Juan: «En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga el valedor que yo voy a mandaros recibiéndolo del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio a mi favor. Pero también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Os voy a decir esto para que no os vengáis abajo: os excluirán de las sinagogas; es más, se acerca la hora en que todo el que os dé muerte se figure que ofrece culto a Dios. Y obrarán así porque no han conocido al Padre ni tampoco a mí. Sin embargo, os dejo dicho esto para que, cuando llegue la hora de ellos, os acordéis de que yo os había prevenido"» (Jn 15,26; 16,1-4).

Por eso, después que los siete dones se derramaron en Jesucristo, he aquí efundirse también sobre los apóstoles.

El Espíritu Santo es uno, pero sus efectos son múltiples. En la epístola de la misa, san Pedro dice: «Cada uno, como buen administrador de la multiforme gracia de Dios, ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido» [1Pe 4,10]. Cada cual tiene, pues, sus dotes y debe usarlas en beneficio de los demás, dispensando bien esa multiforme gracia recibida.

Ello quiere decir que, así como hay una multiforme sabiduría, hay también una multiforme gracia de Dios, una gracia que produce en nosotros muchos efectos.

---

[1] Meditación dictada el domingo 30 de mayo de 1954. Título original: *Domingo infraoctava de la Ascensión.*

[2] Is 11,2: «Sobre (el vástago de Jesé) se posará el espíritu del Señor: espíritu de sensatez e inteligencia...».

¿Qué son los dones del Espíritu Santo? Los habéis estudiado en el catecismo. Ayer tarde, entre las intenciones que tuve al ver la solemne canonización del papa Pío X, estaba esta: que todos estudiemos gustosamente el catecismo, por ahora el catecismo de Pío X. Él vive aún en la mente y en el corazón de cada uno con su catecismo. Debemos amar el catecismo.

¿Qué dice el catecismo? Dice que los siete dones del Espíritu Santo son misericordiosas dádivas del Espíritu Santo, destinadas a perfeccionar en nosotros las siete virtudes fundamentales, es decir, las tres virtudes teologales y las cuatro virtudes cardinales. Los autores suelen diferir uno de otro al hacer el catálogo, pero la sustancia es esta. Pr 5 p. 45

Así que de corazón repetiremos por siete veces: *«Emítte Spíritum tuum et creabuntur»*.[3] Y como estos dones no los pedimos solo para nosotros, sino también para el apostolado, añadamos: *«Et renovabis faciem terræ»*.[4]

Si hay apóstoles de corazón encendido en amor de Dios, de alma llena de Jesucristo y una instrucción y fe viva, entonces se renovará la faz de la tierra, de esta tierra cubierta aún de tantos errores, de tantas idolatrías y de tantos vicios. Todos juntos pidamos estos dones no sólo para nosotros sino también para cuantos, sacerdotes o laicos, se dedican al apostolado: todos ellos estén encendidos de amor a Dios y a las almas. Y al mismo tiempo pidamos que las almas sean dóciles en recibir los dones de Dios.

1. El primer don, según el libro que tengo aquí delante,[5] se define como don del *consejo*. El mismo perfecciona la virtud cardinal de la prudencia, haciéndonos juzgar pronta y seguramente, por una especie de intuición, lo que conviene hacer, especialmente en los casos difíciles. Y de estos casos se dan muchos en la vida. Hay quien queda iluminado enseguida, descubre los peligros y conoce la voluntad de Dios.

---

[3] Cf. Sal 104/103,30: «Envías tu aliento, y los creas».

[4] «Y repueblas la faz de la tierra» (*ib*).

[5] Parece tratarse del *Compendio de Teología Ascética y Mística*, de A. Tanquerey. Según este autor, "si se estudian los dones en correspondencia con las virtudes por ellos perfeccionadas" (n. 1320), se tendría la clasificación seguida aquí por el P. Alberione.

Hay, luego, personas que llegan incluso a saber aconsejar bien. Este don no lo tienen sólo para sí, sino también para los demás. Pero es necesario pedirlo.

Pr 5
p. 46

Hace pocos días, hemos leído en el breviario que a san Antonino,[6] obispo de Florencia, le llamaban Antonino de los consejos. Se lee en la vida del canónigo Allamano[7] que él no se sentía llamado ni a la enseñanza ni a la predicación ni a otros ministerios ruidosos: «Yo me siento llevado a aconsejar». En su vida ejercitó este don, recibido abundantemente del Señor. ¡Y cuántas obras brotaron de sus manos! Santa Juana de Arco[8] después de la oración decía a los soldados, y a ciertos capitanes de su ejército: «Habéis seguido vuestro consejo; yo he seguido el mío...». ¡Y era una joven! No había ciertamente estudiado lo referente al arte militar, pero sin embargo llevó el ejército a la victoria, porque poseía el don del consejo.

2. El don de la *piedad.* Este don perfecciona la virtud de la justicia, produciendo en el corazón un afecto filial al Señor y una tierna devoción a las Personas y a las cosas divinas, ayudándonos a cumplir con santo esmero los deberes religiosos. Al don de la piedad, comunicado por el Espíritu Santo, alude san Pablo cuando dice: *«Accepistis Spíritum adoptionis, in quo clamamus Abba Pater»*.[9] Vosotros habéis recibido el espíritu de adopción, ya no el temor del tiempo antiguo sino la confianza, el amor filial a Dios.

Del don de piedad viene el amor a Jesús eucarístico, a la santísima Virgen, al apóstol Pablo, a la Iglesia y a los superiores. Hay una piedad filial y una piedad fraterna. Se encuentran a

---

[6] Antonino (1389-1459), dominico, prior de San Marcos y obispo de Florencia; escribió notables obras de teología y moral, economía e historia; fue amigo del pintor Beato Angélico, cohermano suyo. Canonizado en 1523.

[7] José Allamano (1851-1926), rector del santuario de la Consolata en Turín y del convictorio eclesiástico; fundador de los Misioneros y de las Misioneras de la Consolata; fue amigo y consejero del P. Alberione. Beatificado por Juan Pablo II el 7 de octubre de 1990.

[8] Juana de Arco (1412-1431), joven campesina bretona, caudillo carismático del ejército francés contra los ocupantes ingleses.

[9] Rom 8,15: «Recibisteis un espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: "¡Abba! ¡Padre!"».

veces personas sin bondad con los hermanos, o sin reconocimiento para los superiores: pidamos el don de piedad.

3. El don de la *fortaleza.* Este don perfecciona la virtud de la fortaleza, dando a la voluntad | un impulso y energía que la capacitan para obrar y padecer alegre e intrépidamente grandes cosas, superando todos los obstáculos. Oísteis ayer tarde al santo Padre qué elogios hizo sobre la fortaleza del mansísimo Pío X. Éste, en efecto, fue suavísimo en compadecer a todos los errantes, pero fortísimo en defender a Dios y la verdad y en cumplir su deber apostólico. Pr 5 p. 47

4. El don del *temor.* Tenemos que pedir en especial el temor que inclina la voluntad al respeto filial de Dios. No debemos temer sólo el castigo, el infierno, sino sobre todo temer el desagradar al Señor con el pecado. El temor filial nos aleja del pecado, porque éste disgusta a Dios, y en cambio nos abre a esperar la poderosa ayuda divina.

Cuando nos preparamos a la confesión, pidamos este temor filial del pecado, temor que nos haga detestar el pecado cometido y proponer no volver a cometerlo.

5. El don de la *ciencia.* Por ciencia no se entiende el conocimiento filosófico y teológico de por sí, sino la ciencia de los santos. Ésta supone, claro está, en cierto grado la ciencia teológica, pero aporta un gran perfeccionamiento. La ciencia de los santos, en altísimo grado, la encontramos en san José, aunque no hubiera estudiado libros de teología y consultado a los padres. Esto era imposible; pero sabía bien leer en la Escritura.

El don de la ciencia, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, perfecciona la virtud de la fe, haciéndonos conocer las cosas creadas en su relación con Dios. Insigne, en este don, fue san Francisco de Asís, que invitaba a todas las criaturas a alabar el Señor con el célebre «Himno al sol».[10]

Este amor a las criaturas, quede claro, procede del don de la ciencia. Debemos servirnos de todo para ir a Dios, invitar a que Pr 5 p. 48

[10] Se trata, con más precisión, del *"Cántico del Hermano Sol"* (*Fonti francescane*, Ed. Francescane, Asís 1993[3], pp. 136-137).

todos y todo cante e Dios. *«Dómine, Dóminus noster, quam admirábile est nomen tuum in universa terra»*.[11]

6. El don de la *inteligencia,* bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, nos da una penetrante intuición de las verdades reveladas, aunque sin desvelarnos el misterio. Cuando al Cura de Ars le preguntaron por qué estaba al fondo de la iglesia, durante tanto tiempo, sin mover los labios, pero con la mirada fija en el sagrario, respondió: «Yo le veo a él y él me ve a mí». En su espíritu veía a Jesús y pensaba que Jesús le mirase con ojos de bondad y de misericordia.[12]

Este don debe hacernos entender mejor la devoción al Maestro divino, Camino, Verdad y Vida, o sea al Maestro *completo.*

7. Por último, el don de la *sabiduría,* un don que perfeccionando la virtud de la caridad, nos hace discernir y pensar de Dios y de las cosas divinas en sus más altos principios, gustándolas. Por eso damos altísima relevancia a este don al leer el Evangelio y las Cartas de san Juan.

En los siete días que nos separan de Pentecostés, pidamos los siete dones. Los pedimos enseguida, ahora, con corazón humilde, pensando en el momento en que el Espíritu Santo descendió en forma de fuego que, dividiéndose en llamas, fue a posarse primero en la cabeza de María, luego en la de los apóstoles. ¡Ojalá una llamita divina, llama de Espíritu Santo, descienda sobre nosotros como luz y como calor! [13]

---

[11] Sal 8,2: «¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!».

[12] Según otra tradición, esta actitud de oración contemplativa se atribuye a un campesino de Ars, interpelado por el santo Cura.

[13] *N.B.* En el opúsculo original sigue una breve meditación, fechada el 12 de septiembre de 1954, con el título *"Unión con la Primera Maestra - Devoción a la Regina Apostolorum - Santificación de la mente":* meditación dictada «a las Hijas de San Pablo en los Ejercicios», según el Diario de A. Speciale. Como se sale del contexto común de la Cripta y de las comunidades en ella reunidas, hemos estimado oportuno no incluirla en el presente volumen.

DOLOROSA [1]

Pr 5
p. 51

Dos veces al año recuerda y celebra, la Iglesia, los dolores de la santísima Virgen: la primera el viernes de pasión y la segunda hoy, 15 de septiembre.

La primera vez recuerda los dolores de María particularmente como corredentora, como aquella que unió su pasión a la de Jesucristo. Los corazones de María y de Jesús estuvieron siempre unidos en la misma misión de salvación de la humanidad y por tanto en la misma pasión. En el Calvario había dos altares: uno la cruz para Jesús, y el otro el corazón de María, cuya alma estaba siendo traspasada por una espada de dolor, mientras los clavos atravesaban manos y pies de su hijo Jesús.

Hoy la Iglesia quiere especialmente que | consideremos a María como modelo de paciencia y como *Regina Mártyrum*.

Pr 5
p. 52

Hermosísima es la multitud de los mártires que en el cielo alzan las palmas victoriosas, enrojecidas con su sangre. A veces, a la palma se une el lirio, como en santa María Goretti.

A la cabeza de esta gloriosísima muchedumbre de testimonios y de su fe está el propio rey de los dolores, Jesucristo; y luego María, *Regina Mártyrum*.

En esta jornada hemos de pedir diversas gracias; recordamos algunas.

1. Seguir bien la misa. En el Calvario había tres piadosas mujeres; estaba Juan evangelista, y algún otro de los fieles seguidores de Jesús. De María aprendamos el modo de seguir la misa. El sacrificio de la cruz fue el primer sacrificio, los demás son una actualización de él. Sigamos las santas misas en unión con María, pidiéndole sus sentimientos e intenciones.

2. Otra gracia que pedir es entender qué es la "pasión católica". Hay quienes se rebelan a la cruz y otros que la aceptan y la santifican como penitencia de sus pecados, para aumentar los méritos para la vida eterna y para ejercitar las virtudes. Jesús y María en el Calvario sufrieron una pasión "católica", es decir, padecieron para redimir al mundo, en beneficio de las almas.

---

[1] Meditación dictada el miércoles 15 de septiembre de 1954.

Nosotros debemos satisfacer por los pecados de la humanidad y pedir al Señor la gracia de que esta humanidad elija el camino que lleva al cielo, al eterno gozo, aunque sea un camino
Pr 5 p. 53 arduo, | y a veces sembrado de espinas, y por eso más difícil que el del placer.

Pero el placer y el deber dan dos resultados muy diversos. El placer se presenta con cara atractiva y lisonjera; el deber, en cambio, con rostro severo y exigiendo sacrificio. «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga» [Mt 16,24].

Podemos sentirnos unidos a toda la humanidad y entrar en los corazones de Jesús y de María que sufrieron por la humanidad. Nuestra pasión es católica, o sea "universal" en la intención, cuando sufrimos para socorrer a todos los débiles, para hacer penitencia por cuantos están en el camino equivocado e intentar obtener su conversión. Queremos que la humanidad reconozca a su Dios, y a Jesucristo como su salvador, y encuentre el camino del cielo.

3. Pidamos la gracia de *saber mortificarnos.* Toda la vida de Cristo –dice la *Imitación*– fue cruz y martirio. San Alfonso, en dos preciosas meditaciones, demuestra que el martirio de María fue el más prolongado entre el de los santos y mártires, y fue el más penoso y el más santo, por sus intenciones y por el modo con que ella supo sufrir hasta el último momento.

Dice un escritor que el corazón de María estuvo siempre bajo la prensa del dolor, desde el nacimiento de Jesús hasta el Calvario, en el temor y en la previsión de la pasión del Hijo. Ella sufrió compartiendo con Jesús los dolores de una pasión del corazón. Luego, a la muerte y separación de su Jesús, la oprimió aún la prensa del dolor.

Toda la vida de María fue un martirio.

Conviene recordar un canto que se entonaba hace tiempo.
Pr 5 Tenía siete puntos. | Vamos a evocarlos en nuestra lengua.
p. 54 1. Recuérdate, Virgen María, de la espada de dolor que clavó en tu corazón la profecía de Simeón, cuando te predijo la muerte de tu Hijo Jesús, y pon en nuestro corazón el dolor por los pecados, de modo que esta espada mate la serpiente maligna.

2. Recuérdate, Virgen María, del dolor experimentado cuando tuviste que tomar el camino de Egipto. Haz ahora que noso-

tros, desterrados hijos tuyos, volvamos de las tinieblas a la luz y después a los esplendores de la patria eterna.

3. Recuérdate, Virgen María, del dolor sufrido al buscar por tres días a Jesús, hasta encontrarle en el templo. Concédenos tener sed de Cristo, buscarle siempre y doquier, y que nuestra búsqueda se vea coronada por el éxito.

4. Recuérdate, Virgen María, del dolor que tuviste cuando Jesús fue capturado y atado por los judíos, flagelado, coronado de espinas. Escucha, María, el grito de tus hijos y rompe las cadenas de nuestros pecados.

5. Recuérdate, Virgen María, del dolor que sufriste cuando Jesús fue levantado en cruz y entre espasmos indecibles entregó su espíritu al Padre. Concédenos participar en el sacrificio de la cruz y de las sagradas llagas de Cristo.

6. Recuérdate, Virgen María, del dolor experimentado al recibir en tus brazos el sacrosanto cuerpo de Jesús, con sentimientos de profunda piedad. Estréchanos también a nosotros, oh Madre, a tu seno, para que gocemos por siempre de tu amor.

7. Recuérdate, Virgen María, del dolor sufrido cuando Jesús, envuelto en la sábana, fue colocado en el sepulcro. Lava nuestras almas con la preciosísima sangre de tu Hijo y, en la hora extrema de nuestra vida, infúndenos | sentimientos de arrepentimiento, de fe, de esperanza y de caridad; después ábrenos las puertas del cielo. Pr 5 p. 55

Pidamos de modo particular la gracia de saber sufrir algo, de soportar también nosotros las pequeñas penas que encontramos en nuestra vida y de valorar la mortificación interna.

La mortificación interna comprende varias cosas:

La mortificación de la mente. Nunca debemos abandonarnos a cualquier pensamiento, sino sólo a los buenos. De éstos debemos alimentar nuestra mente, no dejándola ir vagando por aquí o allá sin disciplina.

Hay que mortificarse en las lecturas: leer lo que nos señalan, estudiarlo cuando es necesario.

La mente tiende a escapar de la oración, y es preciso mortificarla, llamarle la atención muchas veces, si es que la divagación tendiera a prolongarse, hasta que la oración haya concluido. Una oración durante la cual el alma combate continuamente contra las

distracciones, para tener al menos algún sentimiento de fe, de humildad, de amor..., es siempre una oración bien hecha, aunque haya habido gran trabajo y hayamos sufrido en un doble frente.

Se da mortificación de la mente cuando se escuchan los avisos del confesor, o las correcciones, o las orientaciones y advertencias hechas públicamente o en privado.

La mortificación se practica, además, particularmente cuando se combate los pensamientos no buenos, contrarios a la fe, la caridad, la obediencia, o a la pobreza, la paciencia, la humildad.

Es preciso entonces llamar la atención a nuestra mente, ponerla en su sitio y contrarrestar con un acto de virtud la tentación en curso: al orgullo contraponer un acto de | humildad, a la impaciencia un acto de paciencia; o, si la tentación es contra la fe, contraponer un acto de fe, incluso recitando la fórmula que tenemos en nuestras oraciones.

Pr 5
p. 56

Mortificación de la voluntad. No todo lo que place a Dios, nos gusta a nosotros; muchas veces nuestra tendencia natural es contraria, porque siempre *«caro concupíscit adversus spíritum»:* la carne tiene deseos contrarios al espíritu [Gál 5,17]. Hay dos tendencias en nosotros: una es la tendencia celestial, que nos lleva a seguir a Jesús, a María, a san Pablo; la otra es la tendencia que nos lleva bien lejos, hacia la libertad, no la de los hijos de Dios sino la de quienes se rebelan a él y siguen las lisonjas del demonio. A ella hay que oponer un acto de obediencia: «No se realice mi designio sino el tuyo» [Lc 22,42]. ¡Cuántos méritos!

Veamos si en la observancia de los horarios, desde por la mañana hasta la noche, y en la aplicación a las ocupaciones que nos han sido asignadas, veamos si continuamente, de hecho, atestiguamos: «Cúmplase tu designio en la tierra como [hacen los ángeles] en el cielo» [cf. Mt 6,10].

¡Que las comunidades estén compuestas de ángeles, cuya ocupación en el cielo es cumplir a porfía la voluntad del Padre celeste! Cada uno de ellos desempeña su tarea, ¡pero con cuánta diligencia, con cuánto amor cumple cada cual el divino querer!

Está en el centro del padrenuestro, y siempre debemos poner el acento en esta expresión: «Hágase tu voluntad como en el cielo así en la tierra» entre nosotros.

Mortificación interna, *mortificación del corazón:* «Aprended de mí que soy sencillo y humilde» (Mt 11,29). Es preciso frenar

la ira, los rencores; aún más, es preciso excitarnos a sentimientos de piedad y de amor en la oración. Un corazón lánguido, | tibio, es un corazón que no agrada a Jesús. ¿Qué ve en nosotros Jesús cuando estamos acercándonos a la comunión? ¿Ve un corazón con abundantes sentimientos de piedad, de fe, de amor o, por el contrario, un corazón frío y lánguido, indiferente a su amor? ¿Introducimos a Jesús en un lecho frío, peor, en un lecho cubierto de espinas? Pr 5 p. 57

Tenemos que mortificar el corazón cuando tiene tendencias que no son buenas, aprendiendo a frenarlo y saber formarlo con sentimientos buenos, de fe, generosidad, piedad y humildad.

Pidamos a María que por sus dolores haga nuestro corazón semejante al suyo. Y particularmente en este momento pidamos saber practicar la mortificación interna de la mente, del corazón y de la voluntad.

Pero una mortificación constructiva es la que no sólo combate el mal, sino que busca especialmente sustituirlo con el bien. Por ejemplo: si hay envidia, poner sentimientos de caridad.

¿Sabemos mortificar, guiar, dominar nuestra mente, ocupándola en cosas santas? ¿Sabemos al menos rezar con recogimiento?

¿Mortificamos nuestra voluntad? ¿Ha entrado en nosotros el espíritu de obediencia?

¿Sabemos guiar nuestro corazón, o lo dejamos libre para seguir sendas tortuosas?

Hágase ahora el propósito y luego cántese solemnemente la *Salve Regina* para recordar los dolores de María y para obtener la gracia de la mortificación interior.

Pr 5
p. 58

SANTA MISA [1]

Pidamos al Señor la gracia de reforzar nuestras devociones esenciales: la devoción eucarística, la devoción mariana, la devoción paulina; hoy particularmente la devoción a la santísima Eucaristía. Suplicamos la gracia de conocer cada vez mejor el gran don, la gracia de corresponder al gran don, la gracia de que un día podamos ver a Jesús sin velos.

Si en tierra la fe debe suplir a los sentidos, en el paraíso nuestra alma se fijará directamente en Jesucristo.

Consideremos, por ahora, la misa. Tenemos tres figuras del Antiguo Testamento: el sacrificio de Melquisedec, que nos preanuncia el sacrificio de la misa ofrecido en pan y vino; el maná, con el que se alimentaron por tanto tiempo los hebreos en el desierto, símbolo de la comunión: *«Panem de cœlo præstitisti eis»;* [2] el tabernáculo en el templo de Jerusalén y la nube que lo cubría en determinados momentos, llenando el templo, figura de la presencia real de Jesucristo en el sagrario.

Luego, cuando Jesús predicó su Evangelio a las turbas en las veredas de Palestina, preanunció el gran misterio, especialmente con los milagros de la multiplicación de los panes y con el discurso que nos transmite san Juan: «Yo soy el pan vivo | bajado
Pr 5
p. 59
del cielo; el que come pan de éste vivirá para siempre... Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva» [Jn 6,50].

Jesús se preparó para la última Cena, y quiso que se preparasen los apóstoles. Lleno de ardor, se preparó al gran sacrificio. Por el deseo de ser bautizado en el bautismo de sangre, apresuraba el paso para su último viaje a Jerusalén [cf. Lc 9,51], pues debía finalmente dar a los hombres la extrema señal: la señal suprema de su amor por nosotros, y quiso que los apóstoles preparasen el cenáculo, grande, adornado para la última Cena. Allí cumplió el sacrificio, es decir, celebró la primera santa misa. «Tomad, comed: esto es mi cuerpo. Bebed todos de ella [la copa], pues esto es la sangre de la alianza mía, que se derrama por todos para el perdón de los pecados» (Mt 26,28).

---

[1] Meditación dictada el jueves 16 de septiembre de 1954.

[2] Sab 16,20: «Desde el cielo proporcionaste a tu pueblo pan a punto».

Hubo, pues, una preparación de siglos. Preparación a la misa, ratificada por la conducta de Jesús.

No se puede escuchar con ligereza la misa, ni recibir con ligereza la comunión. Cuando se baja de la propia habitación para ir a la iglesia, no es como para ir al desayuno o al recreo. ¡Hay que tener pensamientos santos! Jesús dice a los apóstoles: *«Parate nobis»:* id a preparar para la Cena [cf. Lc 22,8]. Debemos ir a la iglesia rezando el rosario; recogidos, concentrados en pensamientos elevados y, a la vez, humildes: elevados, por la grandeza del acto; humildes, por conocer nuestras necesidades. Nuestro corazón está hecho para Dios, por eso no tendrá nunca paz sino en Dios.

La misa se divide en tres partes.

1. Jesús predicó el Evangelio, antes de ofrecer el sacrificio de la cruz; y en la misa tenemos *la instrucción,* que va hasta el credo inclusive, para pedir | al Señor aumento de fe, la gracia de llenar nuestra mente de sabiduría celestial: *«Mens impletur gratia».*[3] Hay que entender la epístola, y el evangelio. Cada misa tiene algo que decir, y quien sigue el misalito ciertamente capta, por lo menos en cierta medida, la enseñanza de Dios, que la Iglesia quiere darnos. Pidamos aumento de fe. ¿Qué es eso de estar con indiferencia en misa, mientras habla Dios y mientras el acto de fe debe prepararnos al santo sacrificio? Pr 5 p. 60

¡Dios habla! ¡Qué lástima me causan quienes descuidan la misa! Pero también dan lástima quienes, estando en la iglesia, se muestran indiferentes a la palabra de Dios.

Santifiquemos la primera parte de la misa, pidiendo al Señor perdón de los pecados, para que en el alma pueda entrar la sabiduría de Dios.

2. Viene luego *el sacrificio,* que hemos de entenderlo bien. Nosotros, con Cristo, ofrecemos el pan y el vino: esto significa que en la consagración Jesús nos da la extrema prueba de su amor. «Nadie tiene amor más grande por los amigos que uno que entrega su vida por ellos» [Jn 15,13]. Pues bien, Jesús se inmola, y también nosotros nos ofrecemos y presentamos nuestras cosas. El amor llevado hasta el sacrificio es la virtud que

[3] «La mente se llena de gracia»: antífona *O sacrum convivium.*

resume todas las demás virtudes. *«In hoc verbo instaurátur, dílige»:* toda la ley y todas las virtudes se resumen en la palabra "ama", en la caridad (cf. Rom 13,10.19).

Jesús da la vida por nosotros, y hemos de entender que nuestra vocación y misión es poner nuestras fuerzas, nuestro ingenio, nuestra vida a servicio de las almas. Ahí está el sacrificio de la misa. El sacrificio de la cruz viene a confirmar la predicación de Jesús, y por ese sacrificio obtenemos la gracia
Pr 5 de creer | y de amar. Se puede en ese momento elevar una gran
p. 61 cruz sobre el altar. Pero es aún mejor hacer como hace la Iglesia: eleva la hostia, eleva el cáliz.

San Pío X insistía: en ese momento decid: «Señor mío y Dios mío».[4] Terminada la consagración, el sacerdote distribuye el gran fruto del Calvario. El primer fruto va a Dios, da gloria al Señor: *«Jube hæc perferri per manus sancti Ángeli tui»:* Señor, ordena que tus ángeles vengan a tomar esta sangre y esta hostia, y las lleven ante tu majestad, para tu gloria.[5]

Luego, después del paraíso, presentamos el purgatorio: *«Memento etiam, Dómine, famulorum famularumque tuarum, qui nos præcesserunt cum signo fídei et dormiunt in somno pacis».*[6]

Seguidamente presentamos la Iglesia militante: *«Nobis quoque peccatóribus»,*[7] esperando en la multitud de tus misericordias para que, viviendo bien, podamos tener *«partem áliquam»,* un puestecito en el paraíso entre los demás santos.

Así pues, la segunda parte de la misa es sacrificial.

3. Desde el *Páter noster* a la lectura del último evangelio,[8] tenemos la tercera parte de la misa: *la comunión.*

¿Nos preparamos con un acto de fe, con un acto de arrepentimiento? *«Agnus Dei».*[9] ¿Nos preparamos declarando no querer separarnos nunca del amor de Jesucristo? ¿Y suplicando: *«Pro-*

---

[4] Jn 20,28.

[5] Cf. Canon romano, ofrecimiento de las santas especies.

[6] Memento de los difuntos, en el Canon romano: «Acuérdate también, Señor, de tus hijos, que nos han precedido en el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz».

[7] «Y a nosotros, pecadores...».

[8] El prólogo de Juan, según el antiguo rito.

[9] «Cordero de Dios».

sit mihi ad tutamentum mentis et córporis», esta comunión me ayude y defienda en el alma y en el cuerpo?

En nosotros, que san Pablo parangona a un olivastro, el sacerdote introduce una joya preciosa y así quedamos injertados en Cristo. La | joya de las joyas es Jesucristo. Nos nutrimos de él y no sólo en el cuerpo –si bien favorece también al cuerpo, porque *«futuræ gloriæ nobis pignus datur»,*[10] es prenda de la resurrección final–, sino sobre todo en el espíritu, pues se alimenta el alma recibiendo aumento de fe, de gracia, de virtud y de consuelos celestiales. *«Omne delectamentum in se habentem»:*[11] este pan eucarístico encierra toda fuerza y delectación; de él se nutrían los santos muy bien, y lo recibían tras prolongada preparación, consistente especialmente en la purificación de la conciencia, en el deseo y en el acto de amor. Pr 5 p. 62

Luego sigue el agradecimiento, que en la misa está constituido por las palabras dichas para la purificación del cáliz, en la *communio,* la *postcommunio,*[12] y en el [último] evangelio.

Injertados en Cristo, ya no produciremos los frutos escasos y desagradables del olivo bravío: *«Oliváster cum esses tu, insertus es in bonam olivam»,*[13] sino los frutos de Jesús. Éste, a quien hace bien la comunión, le trae al corazón vitalidad y efervescencia de actividad espiritual. Es la santidad, es la virtud de alta tensión: no esa tensión baja, como la de una bombilla, sino la alta que viene de la vida de Jesucristo en nosotros cuando comulgamos bien.

Entonces daremos frutos de caridad, de celo, de diligencia en el estudio, de devoción, de respeto a los hermanos, a los superiores, a los inferiores; daremos frutos de vida comunitaria, espíritu de pobreza, castidad, obediencia, humildad, paciencia. *«Fructus autem Spíritus»*.[14] San Pablo enumera doce, número

---

[10] «Se nos da la prenda de la gloria futura»: antífona *O sacrum convivium.*

[11] «Encierra en sí toda delicia» (cf. Sab 16,20).

[12] Respectivamente: antífona a la comunión y oración después de la comunión.

[13] Rom 11,24: «Te cortaron de tu acebuche nativo... y te injertaron en el olivo».

[14] Gál 5,22: «El fruto del Espíritu...». Nótese que para san Pablo *el* fruto (en singular) del Espíritu es uno, el amor; las manifestaciones enumeradas después (alegría, paz, tolerancia, etc.) las ve como efecto del

más bien ejemplificativo pues no agota ciertamente toda la cantidad de frutos que la comunión viene a traernos.

Pr 5
p. 63

Las tres *avemarías*, la *salve*, los dos *oremus*, el *«Cor Jesu Sacratíssimum...»* repetido tres veces, el *«Bendito sea Dios...»* [15] son oraciones con las que tratamos de resumir los frutos de la misa, pidiendo la gracia de conservarlos. A saber: el aumento de fe, que viene de la primera parte de la misa; el crecimiento de la caridad, que viene de la segunda parte de la misa; el incremento de la vitalidad, efervescencia, calor y alta tensión espiritual, que nos vienen de la comunión.

Nuestra vida es una misa. Instrucción, fe, amor a las almas, amor a Dios, sacrificio que cumpliremos en el lecho de muerte, y luego la visión eterna de Dios, y la asistencia a la misa eterna, donde celebra el gran pontífice Jesucristo, asistido por toda la corte celestial. La vida es un gran misa que se prolonga en la eternidad.

Preguntémonos: ¿Tratamos de entender mejor la misa? En ella ¿tenemos una devoción como la de san Luis? ¿Y la comunión? De la misa y de la comunión ¿sacamos frutos de vida espiritual? ¿Pensamos que la vida es una misa y que la misa es eterna en el cielo?

A veces es tan escasa la estima de la misa, que se acaba diciendo: «Misa más o menos...» ¡Somos tan ignorantes en las cosas espirituales! De este gran tesoro que es la misa, ¡hay tanta ignorancia en el pueblo cristiano! ¡Cuántos la pierden incluso los domingos! ¡Cuántos asisten a ella raramente! Al menos nosotros reparemos la indiferencia de tantos; y sobre todo participemos en la misa como oferentes. Idéntica es la víctima que se ofrece e idéntico es el oferente principal, Jesucristo; son idénticos los frutos que Jesucristo conquistó en el Calvario.

Unámonos al apóstol Juan y a María, y ofrezcamos con Jesucristo el gran sacrificio.

---

amor. El P. Alberione, como todos los autores de su tiempo, habla de *frutos* (en plural) del Espíritu, y enumera doce (cf. *Donec formetur*, nn. 102-104; ed. 2001, pp. 256-258).

[15] Fórmulas suplementarias que cerraban las celebraciones eucarísticas cotidianas.

LOS APOSTOLADOS DE MARÍA [1]

Dedicamos el mes de octubre a meditar, glorificar y rezar a María. Pero no debe ser una devoción incolora, sino con el color *"Regina Apostolorum"*. Por eso consideraremos el título *Regina Apostolorum:* cuáles son las razones de este título y cuál la imitación que debemos tener para honrar a María *Regina Apostolorum*. Las oraciones, los cantos, los obsequios irán, pues, dirigidos a la *Regina Apostolorum*. Vamos a honrarla en particular con la práctica inteligente y generosa del apostolado y con el compromiso en la preparación al apostolado.

Si el Papa mismo, como se ha anunciado, promulgará solemnemente en la Plaza de San Pedro la misa a María Reina,[2] nosotros, que tenemos esta devoción, debemos sentirla más que el común de los fieles; y más aún porque estamos en la iglesia *Regina Apostolorum*.

Es útil que todos y en cada casa tengan el libro *Reina de los Apóstoles:* el escrito por el P. Giaccardo,[3] o el publicado más recientemente.[4] Uno y otro contienen, en sustancia, lo que se meditó en la Casa Madre; primero durante todo un mes (mayo) y sucesivamente en muchos sábados y en las fiestas celebradas en honor de María *Regina Apostolorum*. A nadie del Instituto debería faltarle este libro. «¡Conoce a tu Madre!», y conócela bajo el particular título que debes invocar, honrar, seguir e imitar.

---

[1] Meditación dictada el domingo 19 de septiembre de 1954. Título original: *Preparación al mes de octubre.* – Puede sorprender tanta insistencia en la preparación al tradicional mes del rosario. La razón es que aquel octubre de 1954 tenía para la Familia Paulina una gran carga de oportunidades. Se perfilaban históricos plazos: clausura del Año Mariano, compleción e inauguración del Santuario R.A., comienzo del Instituto Regina Apostolorum para las Vocaciones, comienzo de la S.A.I.E. en Turín, nuevas producciones cinematográficas, etc.

[2] Tal promulgación se dio el 11 de octubre de 1954, con la encíclica *Ad Cœli Reginam*, que establecía la fiesta de María Reina del Mundo.

[3] TIMOTEO GIACCARDO SSP, *La Reina de los Apóstoles*, Roma 1928, pp. 339; 2ª ed., Roma 1934, pp. 393. (En 1961 saldrá una 3ª edición de pp. 362).

[4] SAC. S. ALBERIONE SSP, *María Reina de los Apóstoles*, Alba-Roma-Catania 1948; 2ª ed., Albano 1954, pp. 295.

Pr 5 p. 65 En el índice del último libro encontramos estos títulos: | María es "el apóstol": principios. – La vocación de María al apostolado. – Cristianización del mundo por María (resumen de la encíclica de Pío X[5]). – Los apostolados de María: "apóstol" de la vida interior, "apóstol" de la oración, "apóstol" del ejemplo, "apóstol" del sufrimiento, "apóstol" de la acción: en primer lugar, de la beneficencia; luego en cuanto preparó la víctima de la redención, después en cuanto participó en la inmolación de la víctima; y en cuanto al fruto de tal inmolación, María es la corredentora. Vienen a continuación las condiciones para cumplir bien el apostolado: una gran fe (es la base), y luego un gran corazón, amante de Dios y de las almas.

El apostolado, además, hay que considerarlo según sus dos fines: gloria a Dios y paz a los hombres, y ello ocupa dos meditaciones. El apostolado concierne ante todo al honor de Dios, y después a la salvación de las almas. Se pasa por tanto a los apostolados particulares: para la familia, para la Iglesia, apostolado de la enseñanza, apostolado apologético (la defensa de la Iglesia); apostolado para la salvación de los pecadores (María refugio de los pecadores); apostolado de la perfección o sea del progreso de las almas (María santificadora); los apostolados modernos: prensa, radio, cine, televisión; apostolado respecto a la mujer, apostolado para las vocaciones (María Reina de los religiosos: dos meditaciones). Después, centrándonos en nosotros, ¿qué disposiciones llevar al apostolado? ¿Qué devoción en particular cultivar para formarnos al apostolado? ¿Cuál debe ser el corazón del apóstol paulino? Apostolado universal, amor a
Pr 5 p. 66 todos los hombres: escribir, | dar la verdad, diversamente no somos paulinos.

María, que obtiene el Espíritu Santo a la Iglesia y a los apóstoles, debe formarnos a nosotros. María "apóstol" de la civilización cristiana: lo cual impone pensar en los grandes problemas de hoy, los problemas de la paz y de la sociología cristiana. ¡Oh, si san Pablo viviera ahora, de qué problemas nuevos se agitaría su corazón! ¡Y cómo se lanzaría para socorrer a la humanidad, para encaminarla por el sendero de la verdad, ahora cuando, en gran parte, el mundo está lleno de mentiras y enga-

[5] Encíclica *Ad díem illum*, 2 de febrero de 1904.

ños, y falsísimas ideologías atribulan a la humanidad y minan el cristianismo en su base!

Llega, en fin, la conclusión, es decir la consagración de nosotros mismos y de nuestro apostolado a María, que deseamos hacer con su mismo espíritu y generosidad. Se dan varios ejemplos.

Si hojeáis el libro *La Reina de los Apóstoles* escrito por el P. Giaccardo, hallaréis mucha utilidad en los "ejemplos". El primero es de san Bernardino de Siena, apóstol del Renacimiento; luego, san José Benito Cottolengo, apóstol de los pobres; el apóstol del Chiablese y de la verdadera piedad, san Francisco de Sales; el apóstol escritor, predicador, maestro y doctor de la ciencia moral, san Alfonso de Ligorio; a continuación, san Pío V, el apóstol del pueblo cristiano, gran defensor de la Iglesia; después está el apóstol del rosario y, puede decirse también, de la civilización cristiana, santo Domingo; el apóstol predilecto de Jesús y de María, san Juan evangelista; el primer apóstol de España, Santiago Mayor; hay luego tres apóstoles de la juventud, que dejaron particulares ejemplos para la santificación de los años juveniles: san Estanislao Kostka, san Juan Berchmans y san Luis Gonzaga. | Fue providencial lo acaecido entre María y santa Catalina Labouré, a la que se puede llamar "apóstol" de la potencia de María, como san Juan lo fue de la verdadera y perfecta devoción a María. En fin, se habla de la sede del apostolado mariano en Roma: Santa María Mayor.

Pr 5
p. 67

Se trata luego del apostolado en los diversos sectores sociales: en la piedad, san Pío X; en la vida evangélica y en la caridad fraterna, san Francisco de Asís. Después el apóstol precursor que dio el tono a la Acción Católica, Pío Brunone Lanteri. Y otros apóstoles, como san Bernardo, san Juan Vianney, san Andrés Corsini, san Fidel de Sigmaringa, concluyendo con el ejemplo del papa Pío XI; hoy habría que añadir el ejemplo de la piedad mariana de Pío XII. Y también habría que recordar a san Gabriel de la Dolorosa, santa Bernardita Soubirous, el beato Juan Eymard,[6] apóstol de la Eucaristía, santa Bartolomea Capitanio, santa Teresa del Niño Jesús y san Luis María Grignion de Montfort.

[6] Se trata de san Pedro Juliano Eymard.

Convendría también que en el próximo octubre, y luego en la novena de la Inmaculada, recordásemos a nuestros difuntos, especialmente a quienes han dejado entre nosotros un suave y edificante perfume de virtud, sean sacerdotes, discípulos, o Hijas de San Pablo, o Pías Discípulas, o Pastorcitas difuntas. Recordemos a los nuestros, mirando a los mejores.

La Providencia ha puesto en medio de nosotros ejemplos admirables qua imitar. Puede decirse que ya no es el caso de recurrir a demasiados hechos y referencias de fuera, pues los hemos tenido entre nosotros, delante de los ojos, y estamos persuadidos de que estas almas, habiendo pasado muy silenciosamente, están ya en posesión de la gloria y se interesan de nosotros. Percibimos | estar con ellas y las sentimos estar con nosotros, dándose un intercambio de afecto y de influjo místico entre quienes han pasado al eterno descanso y quienes viven actualmente.

Pr 5
p. 68

De modo especial léase la vida de Maggiorino Vigolungo y la vida del P. Giaccardo.

¡Despertar! ¡Considerar lo dicho en la introducción al libro *María Reina de los Apóstoles:* «Procurad apóstoles, y dadles por guía a María, el "apóstol" y la Reina»! [7] Ella es la Madre, la capitana de los apóstoles y de todo apostolado moderno, que ella misma inspira y protege.

Hay que concretarse, pues, en una devoción coloreada, con el color "*Regina Apostolorum*".

[7] Cf. SAC. S. ALBERIONE SSP, *María Reina de los Apóstoles*, cit., 2ª ed., p. 5.

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN [1]

Primer día de octubre: comenzamos el mes consagrado a María, la Virgen del Rosario; este año, en modo especial, consagrado a la Realeza de María. En estos primeros tres días consideraremos los tres apostolados de María: apostolado de la oración, del buen ejemplo y del sufrimiento. Entramos así en el verdadero espíritu de la devoción a la *Regina Apostolorum*.

No es solo un título dado a María, sino un reconocimiento de la gran misión que ella tuvo: así como Jesús es redentor y María es corredentora, así Jesús es el apóstol y María también | apóstol o coapóstol en unión a Jesucristo y en dependencia de él. Pr 5 p. 69

Entre los apostolados, el más simple y fácil es el de la oración, y lo recordamos el primero porque en nuestra jornada varias veces repetimos la oración del apostolado, o sea el «Corazón divino de Jesús... te ofrezco, por medio de María...», etc. Y puesto que estamos comenzando el día, repitámosla bien, con mucha atención y fijándonos en el sentido.

Para comprender enseguida la belleza del apostolado de la oración, recordemos que, por medio de este apostolado, nos unimos al mismo apostolado de Jesucristo en el sagrario, donde él continuamente ora y suplica por la humanidad; nos unimos particularmente a las intenciones que Jesús tiene en la parte central de la misa, la consagración. Las palabras «en comunión con el sacrificio eucarístico», significan que cada acto de la jornada, cada oración, cada sufrimiento, todo el apostolado, todo el estudio, los mismos recreos y hasta el descanso, todo el trabajo espiritual y toda la atención puesta en la formación, todo puede ser apostolado, todo puede redimir las almas.

Quiere esto decir que mientras atendemos a nuestras cosas con sencillez y recta intención, actuamos lejos, muy lejos; actuamos en todo el mundo, uniendo nuestras obras e intenciones a las del propio Jesucristo. ¡Gran elevación: todo el trabajo se

---

[1] Meditación dictada el viernes 1° de octubre de 1954.

hace redención! [2] Por eso rezamos a menudo esta oración, con la fórmula que recitáis ahora o incluso con otra más breve.

Este apostolado se lo propusieron los clérigos de un seminario. Se reunieron y, habiendo considerado en una conferencia
Pr 5 hecha entre todos, las grandes | necesidades de la Iglesia, de las
p. 70 almas, de los pecadores, de los paganos, de los herejes, etc., concluyeron: "Hagamos una cruzada de oraciones". Y de aquel germen nació la gran institución, que hoy comprende casi 50 millones de inscritos, un ejército de orantes: el Apostolado de la Oración.

Para comprenderlo, conviene recordar el texto de Santiago y el de san Pablo. Dice Santiago: *«Orate pro ínvicem ut salvémini. Multum enim valet deprecatio iusti assidua»:* Rezad unos por otros para que os curéis; mucho puede la oración intensa del justo [Sant 5,16]. Dice el apóstol: *"ad ínvicem"* orad. Y esto puede hacerse entre dos personas que se unen y dicen: recemos recíprocamente. Y puede ampliarse a muchas personas, a todo el mundo. Este apostolado adquiere un vigor especial, porque es ejercicio de caridad. La primera caridad es la de la verdad, la segunda caridad es la de la oración: *"ut salvémini":* para salvarse/curarse. Así pues, si amamos, no nos perdamos en vanos sentimientos o alegatos: recemos.

San Pablo por su parte escribe: «Lo primero que recomiendo es que se tengan súplicas y oraciones, peticiones y acciones de gracias por la humanidad entera» [1Tim 2,1]. Pablo tenía en su corazón los mismos deseos de Jesús: por todos los hombres. *«Venite ad me omnes»* [3] decía Jesús. Y luego añade Pablo: *«Pro régibus, et ómnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus»*.[4] Rezad por el Papa y por los obispos, para que lleguen a cumplir su misión en pro de la sociedad, y ésta se desarrolle en la paz, la verdad y la justicia.

Si de las noticias que recibimos diariamente no sacáramos esta consecuencia, debería decirse que no entendemos nuestra

---

[2] En el opúsculo original se lee "redacción", pero seguramente se trata de un error de trascripción.

[3] Mt 11,28: «Acercaos a mí todos».

[4] 1Tim 2,2: «Por los reyes y todos los que ocupan altos cargos, para que llevemos una vida tranquila y sosegada, con un máximo de piedad y decencia».

misión: llevar | la paz. El Señor bendice a quienes llevan la paz, Pr 5
la verdad, la gracia, la justicia: «Bienvenidos los que traen bue- p. 71
nas noticias» [cf. Rom 10,15]. ¡Qué hermosa es la propaganda del Evangelio, del catecismo, de todos los libros que directa o indirectamente nos llevan a arrodillarnos ante Jesucristo Verdad! *«Sermo tuus véritas est»:* tu mensaje es verdad (Jn 17,17). Y san Pablo añade aún: *«Hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui omnes hómines vult salvos fíeri et ad agnitionem veritatis venire»:* esto [rezar por todos] «es cosa buena y agrada a Dios nuestro salvador, pues él quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad [del Evangelio]» (1Tim 2,4). Nosotros tenemos que considerar los pensamientos y deseos de Jesús, y vivir en él.

María es modelo en este apostolado. Se necesitaría dar una larga explicación, pero cabe decirlo también en breve: María oró más y mejor que todos, su oración se elevó por todos, y esto durante su vida terrena y ahora en el cielo. Igual que Jesús ora en el sagrario día y noche, así María en el cielo se dirige a la Sma. Trinidad y suplica por todos los hombres, por nosotros, por cada uno.

María (este pensamiento vale especialmente para quienes han estudiado más profundamente las cosas) vivió en el Antiguo Testamento, y vivió en Jesús y vive en la Iglesia. Ella estuvo en el centro del gran acontecimiento: cerrado el Antiguo Testamento, abierto el Nuevo por Jesucristo, ella pertenece al Cuerpo místico como el miembro más santo, más perfecto después de Jesucristo.

Sus oraciones, antes que viniera Jesucristo, o sea antes de que el Hijo de Dios se encarnara, aceleraron la encarnación, pues la obtuvieron justo los gemidos y las oraciones de aquella tierna niña, de aquella joven | santísima, que comprendió la necesidad Pr 5
de que llegara pronto la hora de la redención. Eran demasiados p. 72
los errores, demasiados los vicios y demasiada la idolatría; y María, más que todos los patriarcas, solicitó del cielo la encarnación y la salvación del género humano. *«Veni, Dómine, et noli tardare»*.[5] Y el Redentor vino por medio de ella.

Cuando después nació Jesús, ella desde el pesebre a la cruz, en el Calvario y hasta el sepulcro, estuvo continuamente unida a

[5] Sal 70/69,6: «Ven, Señor, no tardes».

él. En el pesebre sus adoraciones fueron mejores que cuantas hacemos nosotros, por muy recogidos que estemos. Y en toda la vida, ella vivía como nosotros junto a Jesús: nosotros le tenemos en el sagrario, María le veía directamente con sus ojos, y nutría por él sentimientos de amor, de adoración, de propiciación, de súplica, incluso desde su posición de madre.

La Virgen no era solamente un alma de devoción eucarística: era un alma inmensamente adorante, pues iba a ser la Reina de todos. Y si todos debemos hacer apostolado de la oración, ella iba a ser ejemplo en ello, más que todos los serafines y querubines juntos.

Cuando Jesús subió al cielo, fue el miembros más santo del Cuerpo místico, de la Iglesia, el alma más selecta, puesta en el corazón mismo de la Iglesia, la que continuaba las súplicas por la Iglesia naciente y por toda la humanidad, para que el Evangelio, como dice san Pablo, «corriera» [2Tes 3,1], es decir, se extendiese, acogido y seguido por todos los hombres.

Ahora, en el cielo, María continúa sus oraciones, y nosotros continuamente la suplicamos: «ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte».

¿Hacemos el apostolado de la oración? ¿Lo hemos entendido? Por medio del apostolado de la oración, ¿qué damos al Señor? Le damos | el valor impetratorio de todas nuestras oraciones, súplicas, acciones y penas: oraciones hechas a lo largo de la jornada, acciones, todo el trabajo del día, tanto interior como exterior; y sufrimientos, que nunca faltan y acompañarán la vida hasta el final, pues moriremos por un padecimiento. Todo es ofrecido a Jesús, en unión del corazón de María, justo en el momento en que Jesús se inmola en los altares por los intereses de la humanidad.

Pr 5
p. 73

Al considerar que más de mil millones de hombres aún no conocen nada de la redención, pensemos cuánta necesidad hay de rogar a Jesús, que *«vult omnes hómines salvos fíeri et ad agnitionem veritatis venire»*.[6]

Aquí está nuestro valor impetratorio ofrecido a Jesús. Esta oferta no impide que le confiemos intenciones particulares; pero

[6] 1Tim 2,4: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a reconocer la verdad».

dejamos a su disposición todo el valor impetratorio de cada oración, acción o pena, para que él, según los intereses de la gloria de Dios y los de las almas, lo aplique a las personas o naciones que tengan mayor necesidad.

Es hermoso esto, pues no ponemos por delante nuestras pobres intenciones, que a veces pueden ser un poco egoístas, sino que nos uniformamos al corazón de Jesús; por ello nuestras obras, sufrimientos y oraciones adquieren un valor particular, al unirse a sus méritos, a su sacrificio renovado en la misa.

Así nos elevamos y sentimos tener un corazón abierto a todas las necesidades. Percibimos que el corazón de Jesús late, palpita por todos los hombres, por toda la humanidad, para que venga su reino, y nos percatamos de cumplir en todo un apostolado.

Ahora algunas preguntas: Pr 5

1. ¿Estáis todos subscritos al Apostolado de la Oración? De hecho, la inscripción no es ni siquiera tan necesaria, pero nos asegura todo el fruto de las indulgencias concedidas a esta gran familia orante: la Unión del Apostolado de la Oración. p. 74

2. ¿Estudiamos y comprendemos bien la oración «Corazón divino de Jesús...»?

3. Recitándola, ¿nos unimos al Corazón inmaculado de María y al de Jesús, haciendo nuestras sus intenciones o, mejor, dando a Jesús el valor impetratorio de cada oración, acción y sufrimiento para que lo use por la gloria de Dios y la paz de los hombres? ¿Creemos que aun encerrados en una habitación, incluso en silencio o en el sufrimiento, podemos ejercitar un apostolado amplísimo?

Con la prensa no se llega a todas partes, ni tampoco con la radio, pero por medio de Jesús sí podemos llegar a cada alma. ¡Son tantas las almas necesitadas!. Repitamos, pues, nuestro ofrecimiento: «Corazón divino de Jesús...».

APOSTOLADO DEL BUEN EJEMPLO [1]

(Retiro mensual)

Esta tarde vamos a pedir a la *Regina Apostolorum* cumplir en nuestra vida el apostolado que es obligatorio para todos los cristianos, sin exclusión: el apostolado del buen ejemplo.

El sacramento de la confirmación es el sacramento del apostolado | para todos los fieles, que deben llegar por lo menos a edificar al prójimo con la propia conducta: *«Vídeant ópera vestra bona et glorífícent Patrem vestrum qui in cœlis est»*.[2] ¡Que cuantos se nos acercan, en casa o fuera, incluso los adversarios, vean nuestro buen comportamiento, perciban nuestro buen modo de hablar, consideren nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre celestial, que nos ha dado esta gracia, y queden edificados!

Pr 5
p. 75

San Pablo es el gran doctor de las gentes. Se podría meditar durante toda la vida sobre sus Cartas y su vida misma, sin agotar el argumento. Y él dice: «Procuremos cada uno dar satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo. Tampoco Cristo buscó su propia satisfacción...» (Rom 15,2-3). Vivimos en sociedad, somos miembros de una sociedad civil, de una sociedad religiosa y de una Congregación. Viviendo en sociedad, tenemos obligaciones especiales con los demás miembros, pues estamos en contacto continuo; además de pertenecer a un cuerpo, estamos en relación continua con los otros miembros, en quienes ejercemos siempre un influjo benéfico o maléfico.

Nadie puede decir: yo no daré muy buen ejemplo, pero al menos no seré de escándalo. Eso no es posible: nuestra conducta causa impresión a los demás. Incluso el no hacer nada es ya escándalo, pues debemos obrar el bien; ser tibios es también escándalo, pues debemos causar buena impresión, no inducir a los demás a la tibieza. No podemos decir: yo pienso en mí mis-

---

[1] Meditación dictada la tarde del sábado 2 de octubre de 1954. Por la mañana había tenido otra, como resulta en el *"Diario":* «Terminada la misa [en la capilla generalicia de las Pías Discípulas], se dirige a la Cripta para dictar, a las 6, otra meditación a todas las comunidades, sobre el argumento: "María Sma. con su gracia le obtuvo al mundo la vida"».

[2] Mt 5,16: «Que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo».

mo. ¡Si fuera verdad que cada cual piensa en sí mismo! San Bernardo decía al papa Eugenio III:[3] *«Sis tibi primus, sis tibi últimus»:*[4] es decir, los primeros pensamientos, las primeras preocupaciones sean para tu alma y los últimos pensamientos | sean de nuevo para tu alma; toda preocupación empiece por ti. Pero, a pesar de esto, siempre causamos una impresión en los demás; siempre, en bien o en el mal, por mucho que digamos: yo pienso en mí mismo. ¡Si de veras pensáramos siempre bien en nosotros mismos, seríamos también de buen ejemplo! Pr 5 p. 76

El apostolado del buen ejemplo no hay que ponerlo en la cumbre de nuestras intenciones, sino hacerlo sin pensarlo; o sea, obrando bien: ¡las obras buenas se verán! Estemos atentos a portarnos bien doquier, y entonces el pueblo quedará edificado, y los compañeros también, aunque no nos lo propongamos ni tengamos la ambición de dar buen ejemplo. San Pablo dice: *«In ómnibus teipsum præbe exemplum bonorum óperum»,* en todo sé ejemplo de obras buenas [cf. Tit 2,7]. Desde la mañanita, nuestra conducta empieza a dar impresión a los demás, a partir del levantarse; y luego en todo el curso de la jornada, sea que estemos en la iglesia o por la calle, o a la mesa o en el apostolado, o en recreo. Cuando uno estudia bien, da buen ejemplo al otro; y si uno lee por encima y gasta el tiempo, es de mal ejemplo: *«Exemplum esto fidelium»*. Y especifica san Pablo: *«In verbo, in conversatione, in caritate, in castitate»*.[5] Quiere decir: ejemplo en el hablar moderado, en un hablar que salga de un corazón bueno: conversaciones alegres y santas. Después dice: *«in caritate»*, el ejemplo de caridad, de benignidad, de compasión con todos. Luego, *«in castitate»:* la delicadeza, que se demuestra en cada cosa. La persona delicada en punto a castidad, para quien está un poco hecho a considerar las cosas espirituales, se descubre a distancia y enseguida, sin que haga cosas extraordinarias.

Hay que dar buen ejemplo en toda la vida: | lo debe dar el niño, el joven, el adulto, todos, sin excepción. San Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, tiene una frase que a primera vista Pr 5 p. 77

---

[3] Eugenio III (Bernardo Paganelli de Pisa), papa de 1145 a 1153; fue novicio de san Bernardo en la abadía de Tre Fontane en Roma.

[4] «Sé para ti el primero [de los pensamientos], sé el último».

[5] 1Tim 4,12: «Sé tú un modelo para los fieles, en el hablar y en la conducta, en el amor, la fe y la decencia».

parecería una audacia: *«Quæ vidistis in me, hæc ágite»:* [6] haced como habéis visto que hacía yo entre vosotros; comportaos como me comporto yo. Podemos preguntarnos: si todos hicieran como yo, ¿irían bien las cosas? ¡Cuántas veces habría advertencias que hacer en clase, en el apostolado, en la piedad, en el trato recíproco!

Es necesario recordar la narración que encontramos en el libro titulado *Fabiola*,[7] donde se deja ver que el cristianismo se difundió con el ejemplo de una vida santa, de paciencia, de caridad, de atención a los hermanos, mostrándose una religión social incluso antes que religión de la verdad. «Ved cómo se aman»: esta es la tesis del libro.

Hay que predicar con el ejemplo, como hizo Jesús: treinta años de virtud doméstica y luego tres de predicación. ¿Deberemos repetir que la predicación del ejemplo vale diez veces más que la de la palabra? Vendrían ganas de escuchar lo que dice santa Teresa [de Ávila], que ha escrito: «Un hombre santo, perfecto, virtuoso hace más bien a las almas que muchos instruidos y activos pero de menor espíritu». Nosotros apreciamos la actividad y estimamos el saber, pero vemos que un hombre de veras santo, perfecto, virtuoso, hace mayor bien a las almas que muchos hombres activos e instruidos.

Contemplemos la vida de María: es un apostolado del ejemplo. No volverá a haber en la tierra una persona que dé y deje ejemplos tan santos en todas las virtudes. Las diferentes virtudes de los santos están ya todas reunidas en ella.

Pr 5 p. 78 La cristiandad ha crecido por el ejemplo de la Madre celeste. Los vírgenes siguieron el ejemplo de la Reina de los vírgenes; los mártires contemplaron a la Reina de los dolores y fueron fuertes, viéndose ayudados en su debilidad, por la intercesión de María; los confesores, estos hombres de oración, estos hombres que han ejercitado toda clase de virtud y de buenas obras, fueron guiados en tantas iniciativas de celo por la Reina de los confesores; los apóstoles, cuando desapareció de su vista el Maestro divino, se volvieron hacia la Virgen, la nueva Madre que

---

[6] Flp 4,9: «Lo que visteis en mí, eso llevadlo a la práctica».

[7] Es la conocida novela histórica de N. Patrick Wiseman (1802-1865), arzobispo de Westminster y cardenal.

habían recibido, y vieron su constancia, su firmeza. Durante la pasión habían recibido una humillante lección, pero con la gracia del Espíritu Santo aprendieron a ser valientes, a amar de veras a Jesús, a buscar su gloria, a salir al encuentro del peligro.

Hay un autor que enumera los ejemplos virtuosos de María. El ejemplo de su fe: «Dichosa tú por haber creído» (Lc 1,45). El ejemplo de caridad: va a servir a santa Isabel. El ejemplo de sus virtudes cotidianas: el recogimiento, la laboriosidad, la humildad, el espíritu de oración. El ejemplo de paciencia en todas las angustias.

Sobre todo tenemos un espejo en ella para corresponder a la vocación. Nunca titubeó después de haber inclinado la cabeza a la voluntad de Dios: «Aquí está la sierva del Señor» (Lc 1,38). Por treinta años acompañó a Jesús; | por tres años le escuchó en la evangelización, y no le dejó en el tiempo de la prueba y del dolor. Sucesivamente cumplió su oficio de verdadera Madre de los apóstoles, todo el tiempo que el Señor se la dejó como ejemplo, consoladora y ayuda, por su piedad, sus oraciones, hasta que ellos alcanzaron, podríamos decir, la mayor edad, no de la vida sino del apostolado.

Pr 5
p. 79

¿Somos de buen ejemplo? Esto habría que tomarlo muy a pecho. Es preciso examinar cómo va nuestro comportamiento y la piedad.

¿Acudimos pronto a la iglesia? ¿Estamos en ella el tiempo necesario? ¿Mantenemos una actitud de recogimiento y devoción? ¿Cómo hacemos la visita? ¿Y los exámenes de conciencia?

¿Cómo estamos en la iglesia? Se ven hasta signos de cruz que no parecen tales; y a jóvenes que hacen la genuflexión como si fueran ya viejos. ¡Aguardad a tener setenta años!

Y al estudio ¿se llega a tiempo? ¿Se estudia? He visto que los ojos, a veces, sirven más que el oído para distraerse, pues se ojean periódicos, revistas y libros que no casan con nosotros. Unamos las fuerzas en nuestros estudios, las fuerzas de la inteligencia para lo que se debe aprender.

¿Y en el apostolado? ¿Se emplea de veras la inteligencia para hacerlo bien? ¿Se tiene cuidado de las cosas, no sólo del tiempo sino también de los instrumentos, que son sacros por estar consagrados al apostolado? ¿Y de lo que se usa, por ejemplo, el papel?

¿Y en el recreo? ¿Damos ejemplos de bondad? ¿Hay altura y nobleza de conversaciones, incluso en las bromas? La tontería, la necedad en el hablar rebaja, por lo general, el nivel moral, mientras que el lenguaje digno, decoroso, para uno que se llama cristiano y | paulino, eleva y hace bien a todos, dejando el ánimo bien dispuesto a cumplir sucesivamente las tareas del deber, de estudio, de piedad y de apostolado. Las bromas groseras, las cosas necias, los modos ineducados, ¡hay que dejarlos fuera, no deben darse en nuestras casas!

Pr 5
p. 80

¿Nos respetamos recíprocamente, hablamos bien de todos, excusamos los fallos? Hay quienes critican a los demás y no ven que caen ellos en los mismos defectos. Dice el apóstol san Pablo: «Por eso tú, amigo, el que seas, que te eriges en juez, no tienes disculpa; al dar sentencia contra el otro te estás condenando a ti mismo, porque tú, el juez, te portas igual. Pero sabemos que Dios condena con razón a los que obran de ese modo» (Rom 2,1-2).

Ante María, "apóstol" del buen ejemplo, hagamos nuestros propósitos, renovando asimismo nuestro propósito principal.

«*Sub tuum præsidium...*».[8]

Ofrezcamos a María la jornada, para que sea hermosa, blanca y de veras ejemplar.

Recitamos ahora la breve consagración: «Yo soy todo tuyo, y cuanto poseo te lo ofrezco...», etc.

[8] «Bajo tu amparo...»: antífona mariana.

APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO: LA MORTIFICACIÓN [1]

En primer lugar pidamos la buena voluntad de escuchar la palabra divina, pues es la palabra que salva. Esta es la primera condición para recibir el | fruto de la predicación, y particularmente del retiro mensual. Pr 5 p. 81

El retiro mensual implica entrar en las profundidades de nuestra conciencia y ponernos ante Dios, invocando la luz que tendremos al momento de morir, es decir cuando comprenderemos por qué nos ha creado Dios y nos ha mandado a esta tierra.

Hemos sido creados para ser felices eternamente, con Dios. Pero este paraíso hay que ganárselo mediante una vida buena y santa. ¿Tenemos buena voluntad? Dice el Evangelio que cuando Jesús predicaba, *«...turbæ irruerunt in Jesum ut verbum eius audirent»*,[2] la multitud se agolpaba alrededor de él, es decir, se acercaban con un deseo y una sed viva de la palabra de Dios.

Oremos a Jesús, que habla a nuestro corazón y dispongámonos a recibir su palabra.

Vamos a hablar del apostolado del sufrimiento. El sufrimiento puede considerarse en tres aspectos: 1) como mortificación para no pecar; 2) como santificación para hacer el bien, especialmente con el apostolado, y 3) como medio y súplica para obtener que el apostolado tenga valor y eficacia, produzca fruto, en sustancia.

1. Cualquiera que haya meditado sobre el pecado, habrá llegado a esta conclusión: *«Tamquam a facie cólubri fuge peccata»*,[3] hay que huir del pecado como se huye de la serpiente venenosa.

La primera parte concierne a nuestra santificación y salvación: *«ábstine!»*, *abstente*, deja lo que agrada al sentido. A Adán y

---

[1] Meditación dictada la mañana del domingo 3 de octubre de 1954, como segunda reflexión del retiro. – En el original consta la fecha del 2 de octubre, pero la tarde de ese día el P. Alberione tuvo la precedente meditación (v. p. 502ss) y al final de la presente dice: «Esta mañana id a la comunión para pedir a Jesús la gracia de entender el "*Ábstine*"».

[2] Lc 5,1: «La multitud se agolpaba alrededor de él para escuchar el mensaje de Dios».

[3] Si 21,2: «Huye del pecado como de la culebra».

Eva, nuestros progenitores, el Señor les pidió una mortificación, y no supieron hacerla. Les había dicho: «Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol de conocer el bien y el mal
Pr 5 no comas; porque el | día en que comas de él, tendrás que mo-
p. 82 rir» (Gén 2,17). El Señor pedía, pues, un sacrificio, una mortificación, y no supieron hacerla.

El Señor nos ha puesto en la tierra con muchos bienes. Podemos decir que, con el progreso de hoy, hay a disposición del hombre todo lo suficiente para hacer su vida cada vez más elevada. Nosotros tenemos tantas gracias en el Instituto, donde no solo hay pan material, sino el pan del espíritu; hay instrucción por parte de personas y maestros que se desgastan para nuestra salvación y santificación. ¡Cuánta abundancia de gracia del cielo y de medios para santificarnos! Pero el Señor nos pide también la mortificación: ¡usa todos los medios!

Hay cosas prohibidas, y otras contrarias a los deberes derivados de la profesión [religiosa], de los santos votos, de la obligación de la vida comunitaria.

Hay cosas no prohibidas, pero sí peligrosas o inútiles. Ahí está la primera mortificación: negarnos a alguna cosa. Es el primer paso para ir a Jesús, para salvarse. «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo» (Mt 16,24; Lc 9,23). Hay que negar algo a la lengua, algo al ojo, algo al oído, algo a la fantasía, algo al corazón, algo a la mente, a la inteligencia: mortificación en los pensamientos.

Es necesario, en sustancia, que consideremos la vida cristiana como una vida que nos eleva hacia el cielo. Pero para elevarnos al cielo, se requiere despegarse de la tierra, o sea que amemos a Dios y le sacrifiquemos lo que nos ha prohibido.

Está prohibida la pereza, la gula, la lujuria, la ira, la venganza, la envidia, la soberbia, el orgullo, el apego a las cosas de la tierra.

Pr 5 Se requiere que alguna vez digamos | a la lengua: no hables
p. 83 ahora; o bien: puedes hablar, pero no digas ciertas cosas. Eso es: *«Ábstine!»; «ábneget semetipsum»*.[4] Es el primer paso en la mortificación.

[4] Mt 16,24: «Reniegue de sí mismo».

2. El segundo paso es: *«Tollat crucem suam»*,[5] que sería la correspondencia a la voluntad de Dios. No sólo no hablar en el estudio, sino estudiar; no condescender con la curiosidad, sino aplicarse a lo que debes aprender; por ejemplo: estar atentos a la plática, a los avisos del confesor, a las conferencias, a observar la buena educación, a aprender las tareas de apostolado.

«Et sústine».[6] El bien requiere siempre una mortificación: la oración en la que te esfuerzas y te sacudes, y el estudio para aplicarte al apostolado. El espíritu de pobreza y la formación exigen correspondencia.

¡Elevarse! Los cuerpos sufren la ley de la gravedad. Nuestra naturaleza, tras el pecado original, sufre una ley de tendencia a la baja. Por tanto hemos de hacer fuerza para estar elevados. Para alzarnos a las cosas bellas, buenas, santas; para corresponder a la vocación, para caminar hacia el cielo, se requiere esfuerzo. ¿Veis cómo despega un avión? Vence la ley de gravedad con las propias fuerzas de la gravedad.

Así pues, debemos elevarnos, es decir servirnos de estas mortificaciones que hacemos para rezar bien, para examinarnos bien y ganar méritos. La mortificación, de suyo, ya nos eleva hacia el cielo. Un día nos encontraremos allá arriba, pero mientras se requiere que constantemente haya la aspiración: *«Sursum corda!»*,[7] tener la frente alta, mirar al cielo, que se conquista con la ley de la mortificación.

Por la mañana debemos partir para el curso de la | jornada, Pr 5
persuadidos de que he de abstenerme de algunas cosas y en p. 84
cambio he de hacer otras. *Ábstine et sústine.* En ambos aspectos encontraré la mortificación. ¡Cuántas veces cuesta incluso el recreo, el jugar, moverse sin hacer corrillo, charlar de cosas que a veces no alivian al espíritu. El mismo juego requiere mortificación. Otras veces, hay que hurtarse al juego para ir a estudiar.

Es una ley dura, pero ley. Para ser cristianos y seguir nuestro camino y llegar al cielo, rige esta ley: deja lo que te place, o sea

---

[5] Mt 16,24: «Cargue con su cruz».

[6] «Aguanta»: según el imperativo de la moral estoica: *«Ábstine et sústine»*.

[7] «Arriba los corazones».

lo que agrada a la naturaleza, y haz lo que te cuesta: reniégate a ti mismo y carga con la cruz.

3. En tercer lugar, puede considerarse la mortificación en orden a la salvación de las almas, es decir, como apostolado. ¿Cómo ha salvado el mundo Jesucristo? Adán lo arruinó satisfaciendo sus sentidos y su curiosidad; Jesucristo lo salvó predicando la verdad y muriendo en la cruz. El primer Adán en oposición al segundo. Y como por la desobediencia de un hombre la humanidad se condenó, así el mundo se salva por la obediencia de otro hombre, el Hijo de Dios [cf. Rom 5,15-19].

Se trata del apostolado que hemos abrazado: salvar a la humanidad mediante la palabra de Dios. La palabra es la semilla: «*Semen est verbum Dei*» (Lc 8,11). Pero la semilla no da frutos sin ciertas condiciones. Se necesita ponerla en la tierra, regarla y que luego se desarrolle. Nosotros podemos imprimir óptimos libros, podría incluso llenarse el mundo de buen papel que lleva escritas cosas santas, quizás la Biblia, el Evangelio; pero ¿y si falta el agua de la gracia? Tal vez la semilla ha sido esparcida en el terreno, pero por falta de humedad no ha dado fruto. Ni siquiera ha nacido en esas almas, porque | el terreno era pe- Pr 5 p. 85 dregoso, demasiado seco, árido. Hay incluso quien se opone a la gracia, a la palabra de Dios, y por tanto la semilla no puede germinar.

Jesús, tras haber predicado, confirma y da vida a la palabra mediante su pasión y muerte. Cerrada la predicación, Jesús va al Getsemaní y allí acepta la cruz: «Padre, que no se realice mi designio sino el tuyo» [cf. Lc 22,42]. Le vemos atado, prisionero; le vemos ante los tribunales; le vemos bajo los flagelos, coronado de espinas, condenado a muerte, clavado a la cruz, agonizante durante tres horas. ¡Así ha dado vida a su palabra! Ha dado *vida*, y sus palabras salvan.

San Agustín dice que los sufrimientos de Jesús eran suficientes «*in cápite*»,[8] mas para que resulten suficientes en nosotros, se necesita que añadamos nuestra mortificación, o sea que cooperemos a la redención de las almas mediante el sufrimiento [cf. Col 1,24].

---

[8] «En la cabeza», o sea en él como cabeza del Cuerpo místico.

Preguntémonos: ¿Comprendo que mi vida debe ser una abstinencia, es decir, una mortificación, una privación de ciertas cosas exigidas por los sentidos? Hay quienes no llegan nunca al *a-b-c* de la santidad: no entienden que es preciso mortificarse. Vienen tal vez de padres que criaron a los hijos, dándoles siempre la razón; concediéndoles siempre lo que querían sus caprichos; así salieron niños mimados, que acababan por mandar ellos al padre y a la madre. Muchas veces, nuestros muchachos fueron educados así. Esto no es educar: es pervertir.

¿Hemos comprendido que es necesario abstenerse de ciertas cosas y mortificarse en otras prohibidas por la ley de Dios? ¿Hemos comprendido que para hacer el bien es preciso mortificarnos, levantarnos de la tierra hacia el cielo con la misma mortificación, o sea llevando | la cruz? Pr 5 p. 86

¿Entendemos que para hacer el bien a los demás no basta imprimir o difundir, sino que se requiere mortificarse? Un párroco preguntó al Cura de Ars: «¿Cómo puedo salvar estas almas en mi parroquia? ¡He trabajado tanto, he realizado obras, he predicado, he empleado tantos medios y la población se aleja cada vez más de la Iglesia!». El Cura de Ars le respondió: «Dime, ¿cuántas veces has ayunado? ¿Cuántas veces has reducido tu descanso a lo estrictamente necesario? Vete, haz esto, y tu parroquia cambiará de aspecto».

Nuestra palabra se vuelve vida si se la riega con la sangre de Jesucristo, unida a nuestro sacrificio: sacrificio de Jesús y sacrificio nuestro. Esta mañana id a la comunión para pedir a Jesús la gracia de entender el *«ábstine»*.

LA VOCACIÓN [1]

Esta mañana pedimos a María la gracia de estimar y corresponder generosamente a la vocación. Invocamos a María *Mater boni consilii, Regina apostolorum, Regina virginum*.

La vocación es la llamada dirigida por Dios a las almas predilectas, que él quiere a su especial servicio. Estas almas pueden estar llamadas sólo a una santidad particular o también a que a esa santidad se asocie el apostolado.

Pr 5
p. 87

La vocación, en todo caso, es una gracia: la mayor después del bautismo.

Jesús es "el llamado": el Padre le mandó a la tierra para cumplir una misión: *«Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigénitum daret»:* el Padre amó a los hombres al punto de enviarles su propio Hijo (Jn 3,15); *«ut omnis qui credit in illum non péreat sed hábeat vitam æternam»:* [2] para que los hombres creyeran a su palabra y, así, no se perdieran, no se condenaran, sino que tuvieran vida definitiva, el cielo.

Jesucristo es "el apóstol", y María después de él, fue llamada al apostolado más grande, a la misma misión. Todos los demás son apóstoles por participación a ese apostolado de Jesucristo y de María. Hablando de Jesús, el apóstol Pablo escribe a los Romanos: *«Per quem accépimus gratiam et apostolatum ad obœdiendum fídei in ómnibus géntibus»*.[3] Por Jesucristo hemos recibido la gracia y el apostolado; para obedecerle, debemos cumplir el apostolado, *«ómnibus géntibus»,* con todas las na-

---

[1] Meditación dictada el lunes 4 de octubre de 1954. – Nota de crónica del *"Diario":* «Meditación a la comunidad a las 6. Argumento: "María, modelo de toda vocación santa". Terminada la meditación en la Cripta, va a dictar la tercera meditación del retiro a los de "San Pablo Film" en vía Portuense. Luego, sin desayunarse, manda al conductor partir enseguida. Y en efecto parte para Bari, guiando el P. Alberto Barbieri (en el asiento posterior iba también el aquí firmante)... Durante el viaje Roma-Bari, que duró siete horas, rezamos juntos el rosario entero. No hubo paradas; comimos sólo una tableta de chocolate».

[2] Jn 3,16: «Para que todo el que le presta su adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca».

[3] Rom 1,5: «A través de él hemos recibido el don de ser apóstol, para que en todos los pueblos haya una respuesta de fe».

ciones. Por eso san Pablo, aunque no hubiera podido llegar aún a Roma, ya enviaba su carta *«in ómnibus géntibus»*.

María está llamada al apostolado.

Los fieles creen que María fue destinada a traer al mundo el salvador Jesús; el Señor quería dar por medio de ella la Verdad, el Camino y la Vida que es Jesucristo. Por tanto su vocación viene a ser como la que había ya en el paraíso terrestre: «Pongo hostilidad entre ti [serpiente] y la mujer» [cf. Gén 3,15].

Ahí está la vocación de María. Entonces fue anunciada por Dios; luego se la describió cada vez mejor en las figuras del Antiguo Testamento y en los patriarcas. Como ella apareció al mundo | niña, ya en la cuna los ángeles rodean a esta su Reina y comprenden que la salud del mundo está cercana. La salvación debía venir de la raíz de Jesé, brotando una flor. Esta flor es Jesús, el tallo es María, que trae esa flor bendita. Pr 5 p. 88

María cumple su misión correspondiendo a la vocación. Apenas conocerla, ella inclinó la cabeza diciendo al ángel: «Aquí está la sierva del Señor; cúmplase en mí lo que has dicho» [Lc 1,38], es decir, según el divino querer, según el anuncio que me has dado.

Y María da al mundo a Jesús. En el portal ella lo coloca en el pesebre, se arrodilla para adorarle, mientras los ángeles alrededor del establo cantan el himno: «Gloria a Dios y paz a los hombres». Lo presenta a los pastores que acuden, según el aviso del ángel: «Id a Belén; encontraréis un niño con la madre» [Lc 2,12]. Y encontraron al Niño en brazos de la Madre.

Lo presenta a los Magos, que tras el signo de una estrella llegan de lejos buscando al recién nacido rey, a quien no ha sido hecho rey por los hombres, éstos ni siquiera le conocen, sino que ha nacido rey por su naturaleza. Y María presenta a los representantes de la gentilidad a su Niño, para que le conozcan y le adoren. Ellos comprenden, adoran y, en señal de pleitesía, de amor y de sumisión, le ofrecen los tres dones simbólicos.

Y como Jesús debía ser el sacerdote y la víctima, María lo ofrece en el templo, donde Simeón pronunció sobre él las palabras que conocemos: «Ahora, mi Dueño, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto la salvación» (cf. Lc 2,30).

María lo presenta aún a los mismos apóstoles, dándole a conocer por lo que era. En las bodas de Caná, por el signo que Jesús

Pr 5
p. 89

realizó | mediante la intercesión de María, los apóstoles creyeron en él [cf. Jn 2,1-11]. Y este fue el comienzo de las señales que Jesús habría obrado seguidamente en su ministerio público. En este acto María presenta al mundo a Jesús Maestro. Sucesivamente lo presentará al Padre, como sacerdote y víctima en el Calvario, asistiendo a su agonía, participando en su sacrificio, y ofreciendo al Padre el sacrificio del Hijo por la salvación de todo el mundo. Así cumplió María su misión, su vocación respecto a Jesús.

Luego, Jesús mismo le asignará otra vocación, que no es diversa sino la continuación de la primera: la hace Madre de la Iglesia naciente, con las palabras: «Mujer, mira a tu hijo» [Jn 19,26], indicando a Juan, que representaba entonces a los demás apóstoles.

Igual que María, cuando el anuncio del ángel, llegó a ser la Madre de Jesús, así en el Cenáculo [en Pentecostés], cuando nació la Iglesia, llegó a ser Madre del Cuerpo místico de Jesucristo, de todos los fieles. Nosotros somos sus hijos.

María asiste como Madre a la Iglesia por algunos años aquí en la tierra, luego va a cumplir este ministerio en el paraíso. Por eso el papa Pío X dice: «La misma Sma. Madre de todos los miembros de Cristo, es decir nuestra Madre, que ahora está en el cielo y reina con el Hijo, resplandece en cuerpo y alma». ¿Qué hace? Se emplea con insistencia para obtener de Jesús que bajen ininterrumpidamente sobre todos los miembros del Cuerpo místico ríos de abundantísimas gracias. Ella misma con su patrocinio siempre presente, como en el pasado así hoy, protege a la Iglesia y para ésta y toda la familia humana impetra de Dios una era de mayor tranquilidad. Así su misión continúa en el cielo y durará hasta que se complete el número de los elegidos.

Puestos en esta luz, miremos a María.

Pr 5
p. 90

¿Cuáles son los designios del Señor sobre nosotros? Que la Madre del buen consejo nos ilumine. El Señor nos ha mandado a la tierra a cumplir una misión, y según nuestra fidelidad tendremos el premio.

¿Y quien no corresponde? Debe reflexionar, pensar en la suerte que le aguarda.

La vocación es un signo de la predilección de Dios. El Señor, en una parroquia, en un pueblecito, en una ciudad, fija el ojo en algún joven y hace sentir al párroco, al maestro, a los padres o a otra buena persona palabras semejantes a las que el Espíritu

Santo dejó oír en Antioquía, a la Iglesia congregada: *«Segregate mihi Saulum et Bárnabam in opus ad quod assumpsi eos»:* Poned a parte a Saulo y Bernabé, pues están destinados a una misión. *In opus ad quod assumpsi eos:* a cumplir la evangelización de los gentiles para la que están destinados (cf. He 13,2).

Cuando el Señor, en su bondad, hizo llegar a nuestro oído y a nuestro corazón palabras semejantes, nos dio no sólo una gracia, sino que puso sobre nuestros hombros una responsabilidad. Nos ha dotado de los talentos necesarios, y de ellos deberemos responderle.

Las tentaciones contra la vocación pueden ser varias: algunas vienen de los padres; otras vienen de parientes y amigos o conocidos; otras, y son las más, dependen de nosotros mismos. La incorrespondencia a la vocación puede llegar también de diversas maneras: o con el abandono de la senda a la que nos llama el Señor; o bien quedándonos en ella inútilmente, sin caminar, o sea no haciendo las obras de la propia vocación; o con la indiferencia: personas sin celo por su alma, por ellas mismas, e incapaces de ser encendidas en el celo por las almas de los demás.

La caridad | empieza siempre por nosotros mismos: si no amamos nuestra alma, ¿podremos amar la de los hermanos? Y si no queremos con todo el empeño alcanzar la santidad para nosotros, ¿podremos lograr o aspirar a hacer alcanzar la santidad a los demás? Pr 5 p. 91

Examinémonos. ¿Estimamos la gracia de la vocación? ¿Rezamos cada día para corresponder a la vocación? Ésta es un tesoro de inmenso valor, pero los enemigos de nuestra alma tratan de robárnoslo. ¿Nos esforzamos, además, cada día en corresponder?

La correspondencia se fragua con el estudio, en las diferentes formas, sea en las materias que deben aprenderse en clase, sea en el modo de cumplir el apostolado.

¿Nos esforzamos por hacernos dignos de la vocación? La vocación exige la santidad interior, exige generosidad: ¿tenemos generosidad en gastarnos y desgastarnos? Hay talentos que se sepultan y talentos que se multiplican.

Nuestros talentos ¿los usamos, los empleamos? ¿Nos dejamos persuadir por excusas que pueden tener una semblanza de realidad, pero que no cuentan ante Dios?

Recemos ahora el “Pacto” para que se multipliquen en nosotros las gracias y correspondamos a la divina llamada.

Pr 5
p. 92

REZO DEL ROSARIO [1]

Mañana el breviario comenzará con las palabras: *«Maternitatem beatæ Mariæ Vírginis celebremus, Christum eius filium adoremus Dóminum»:* Celebremos la maternidad de la Virgen María y adoremos a su Hijo Jesucristo nuestro Señor.[2] Este invitatorio corresponde a la definición del concilio de Éfeso: «A la Virgen santísima se la llama, y es, verdadera madre de Dios» y, de consecuencia, es madre nuestra.

Así que mañana es día de gozo para los hijos de María. En efecto la antífona que acabáis de cantar dice: *«Cum jucunditate Maternitatem Maríæ Vírginis celebremus»:* Celebremos con gozo la fiesta de la maternidad de María. Prodigio único, prodigio de la omnipotencia de Dios.

¿Cómo celebrarla? En el mes de octubre, el obsequio es el indicado por León XIII: él quiso que se dedicara el mes a la devoción del rosario. Tenemos que rezar bien el rosario; rezarlo lo más posible: una tercera parte, dos partes, entero. Sobre todo: *«Sacratíssimo beatæ Mariæ Virginis misteria rosario recolentes»*, meditando los misterios, *«et imitémur quod cóntinent»*, imitando lo que enseñan, *«et quod promittunt assequámur»*, para conseguir lo que los misterios nos prometen: la gracia en la vida presente y la felicidad en la otra vida.[3]

Una pequeña maña para rezar bien las tres partes del rosario consiste en servirse de los ángeles. Los misterios son quince, divididos en tres series: gozosos, dolorosos, gloriosos.

Pr 5
p. 93

La serie de los gozosos empieza con la anunciación del ángel a María.

La segunda serie, los dolorosos, recuerda al ángel que se le apareció a Jesús para confortarle en el huerto de Getsemaní.

La tercera serie, los gloriosos, comienza con el anuncio de los ángeles a las piadosas mujeres: «¡Ha resucitado, no está aquí!».

El primer misterio gozoso nos hace, pues, considerar el episodio con que comienza la redención de la humanidad [Lc 1,26ss]: *«Missus est Ángelus Gabriel»*. Fue enviado el ángel

---

[1] Meditación dictada el domingo 10 de octubre de 1954, en vísperas.
[2] Invitatorio del oficio de la Maternidad divina de la B.V. María.
[3] Cf. oración colecta de la fiesta del santo Rosario.

Gabriel a María a un pueblo pequeño, Nazaret, y el nombre de la Virgen ya lo conocemos. Queriendo, podemos considerar lo que pasó entre el ángel y María. El ángel llega a la casita de Nazaret, encuentra a María en oración, se coloca respetuosamente ante ella y la saluda con reverencia: *«Ave gratia plena, Dóminus tecum, benedicta tu in muliéribus»*. María queda maravillada al oír este saludo y reflexiona. Entonces el ángel le dice el motivo de la aparición. «Dios te ha concedido su favor». La gracia había sido perdida por Eva, María la ha reencontrado.

Y ahí está, elegida para ser la Madre del Hijo de Dios. María pide explicación y, serenada por el ángel, pronuncia las palabras que determinan la encarnación: «Aquí está la sierva del Señor; cúmplase en mí lo que has dicho». Y enseguida *«Verbum caro factum est et habitávit in nobis»:* la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros (Jn 1,14).

San Bernardo comenta este «entre nosotros» y dice: «La Palabra habita en nosotros, cuando creemos a la verdad».

Una vez enunciado el misterio, ¿qué hacer durante el *Páter* y las diez *Ave María*? Nos haremos acompañar | del ángel, invocando sobre todo a nuestro ángel custodio y recitando con él el padrenuestro y las diez avemarías. Así meditaremos mejor el misterio. Seguirán luego el segundo, tercero, cuarto, y quinto. Pr 5 p. 94

¿Qué significa meditar los cinco misterios gozosos en unión de nuestro ángel? Significa pedir sus luces; presentar por medio suyo nuestros obsequios a María; invocar la gracia de María por intercesión de nuestro ángel custodio.

Cuando se empieza el rosario, miremos en cierto modo a nuestro alrededor: junto a nosotros, haciéndonos compañía, está el ángel que ruega a María, la Reina de los ángeles, la Reina de los apóstoles, la Reina del mundo entero. No estamos solos, sino en la compañía de los ángeles.

La segunda serie nos presenta los misterios dolorosos. Jesús, después de la última Cena, se retira a orar en el huerto llamado Getsemaní. Separándose de los apóstoles y alejándose un poco, entra en oración profunda. Considera sus sufrimientos; considera la gravedad de los pecados de los hombres, por los cuales él debe satisfacer a la divina justicia, y considera que, no obstante sus padecimientos, muchos se perderán.

Su corazón está tan oprimido que se manifiesta en todo su cuerpo un sudor de sangre. «Padre, si quieres, aparta de mí este

trago; sin embargo, que no se realice mi designio, sino el tuyo». Y el Evangelio nota: *«Et appáruit ei Ángelus confortans eum»*.[4] ¡Confortar a Jesús: no lo habían hecho los apóstoles, pero el Padre celeste le manda un ángel! Queremos unirnos a este ángel para confortar a Jesús en su agonía y en la reparación de los pecados de los hombres.

Pr 5 p. 95 Y así, con el ángel custodio rezamos devotamente el misterio, y ofrecemos al eterno Padre nuestro rosario por la salvación de la humanidad. El cáliz que el ángel presenta a Jesús es el de la pasión. Nosotros ese cáliz lo ofrecemos al eterno Padre: he aquí la sangre de tu Hijo, *«réspice in faciem Christi tui»;*[5] ten misericordia del mundo, de los errores, vicios y perversión de tantos hombres; ilumínales con tu luz, atráelos al camino del cielo; sálvanos también a nosotros.

Invoquemos al ángel custodio para que esté a nuestro lado en los cinco misterios dolorosos, y llamemos también al ángel que confortó a Jesús aquella noche allí en Getsemaní. Él desempeña ahora su oficio, ya no el de confortar a Jesús, sino de aplicar su sangre por la salvación de la humanidad. Él puede hacerlo intercediendo ante Dios con su oración.

En la tercera serie meditamos los cinco misterios gloriosos.

El primer día después del sábado, las piadosas mujeres van al sepulcro de Jesús, llevando aromas para terminar el embalsamamiento. Pero al llegar se encuentran con una escena muy diversa de la que pensaban. Delante del sepulcro hay dos ángeles, que dan ánimos a las mujeres: «No os desconcertéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron» (cf. Mc 16,6). Y se apartó la piedra, y el sepulcro apareció vacío.

Nos alegramos, pues, con los ángeles de la resurrección de Jesucristo y con ellos dos, más el custodio nuestro, rezamos los misterios gloriosos, que siendo gloriosos para Jesús, son alegría para María: *«Regina cœli lætare, Alleluia»*.[6]

Pr 5 p. 96 Pidamos la gracia de resucitar espiritualmente de nuestros pecados y defectos, la gracia de elevarnos a pensamientos celestia-

---

[4] Lc 22,41-43: «Se le apareció un ángel del cielo, que le animaba».
[5] Sal 84/83,10: «Mira el rostro de tu ungido».
[6] «Reina del cielo alégrate, Aleluya»: antífona pascual.

les. Consideremos lo que nos aguarda después de esta vida. ¡Cómo cambiará la escena cuando hayamos pasado de este mundo visible al otro invisible! Tenemos que pedir la gracia de que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros para fortalecernos; e invocar a María asunta al cielo en cuerpo y alma, para que asista a la Iglesia, al Papa, a los sacerdotes y a cuantos se dedican al apostolado, y que nos ampare para estar defendidos del pecado y poder caminar en la senda recta que conduce al paraíso.

Estos pensamientos de eternidad, que son en sustancia los "novísimos", dominen nuestro espíritu, nuestra alma; estos pensamientos nos eleven a esperar en nuestra Madre celeste.

Hacernos acompañar por los ángeles, especialmente por el ángel custodio, en el rezo de los quince misterios, es una santa industria, para que nuestro rosario sea más recogido, más grato a María y las gracias del rosario sean más abundantes.[7]

---

[7] En el opúsculo original, sigue una meditación fechada el 7 de noviembre de 1954, titulada "Vida social", de la que no hay huella en el *"Diario"* del P. Speciale en ese día. La misma remite al opúsculo *"Para una conciencia social"* (cf. *San Paolo* de noviembre de 1953 y paralela Circular interna FSP). Del contenido de la meditación se deduce que iba dirigida sólo a las Hijas de San Pablo.

Pr 5
p. 106

LA IGLESIA
A MARÍA REGINA APOSTOLORUM [1]

En el *oremus* que se reza durante la octava y en el mismo día de la octava de la Dedicación de una iglesia, se dice al Señor que escuche las súplicas y plegarias de su pueblo, para que cuantos entran en la iglesia a pedir gracia salgan consolados por haberla obtenido. Es muy apropiado este *oremus.*

La iglesia es la casa de Dios.

La iglesia es la puerta del cielo.

La iglesia es el lugar de oración.

Pr 5
p. 107

A estos tres títulos corresponden nuestros tres deberes con la iglesia: debemos amarla, respetarla y socorrerla.

1. *La iglesia es casa de Dios.*

El *oremus* que se lee el día de la Dedicación dice que el Señor habita en todas partes, sin ser contenido en ninguna casa [cf. 1Re 8,27]. Pero él se digna morar más visiblemente en algunos lugares, es decir en los templos, en las iglesias a él dedicadas. Aquí habita Dios. Podemos pensar en muchos monumentos, palacios, aposentos ricos; pero en ningún palacio, en ningún aposento rico habita un señor tan grande como es Dios, infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente santo. Él es el Padre y establece aquí su morada para recibir a sus hijos, hablar con ellos y distribuir sus gracias.

«Hic domus Dei est»,[2] aquí está la presencia real de Dios, la presencia eucarística de Jesucristo. Jesús santificó el pesebre morando en él, lo hizo el templo más grande habido en la humanidad. Lo que hace preciosa la iglesia no son los mármoles o el oro, sino la presencia de Dios. Aquí de veras él habita con los

---

[1] Meditación dictada el lunes 29 de noviembre de 1954. Título original: *Qué es la Iglesia* (expresión ambigua, que recuerda una meditación precedente sobre la Iglesia Cuerpo místico). – Del *"Diario":* «El Primer Maestro celebra pronto como de costumbre; luego va a la Cripta llevando el programa para la inauguración de la iglesia superior "Regina Apostolorum". Asiste a la misa de la comunidad a las 6 y luego dicta la meditación sobre la Consagración de la iglesia».

[2] Gén 28,17: «Realmente está el Señor en este lugar».

hombres: *«Cum homínibus conversatus est»*.[3] Es aquí donde se prolonga su presencia a través de los siglos.

En el evangelio de la Dedicación de la iglesia se narra el episodio de Zaqueo. Jesús se encontraba en Jericó y estaba rodeado de una gran multitud. Un príncipe del pueblo llamado Zaqueo, que era bajo de estatura, quería ver a Jesús. No pudiendo acercársele y quizás creyéndose indigno, se adelantó a la gente, se subió a un árbol y desde allí, entre los ramos, podía observar a su | gusto al Salvador que pasaba. Jesús levantó los ojos, miró a Zaqueo y le dijo: «Baja enseguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa». Y Zaqueo, bajándose, acogió al Maestro en su casa. Mientras él le acogía, Jesús penetraba en su alma con la luz y la gracia. La demostración externa de lo acontecido en su interior fueron las palabras que Zaqueo dijo: «La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien he extorsionado dinero, se lo restituiré cuatro veces» [cf. Lc 19,1-8].

Pr 5
p. 108

Jesús, en aquella casa, no sólo convertía a un pecador, sino que le infundía un gran deseo de perfección. El camino de la perfección arranca siempre del desapego a nosotros mismos, a las posesiones, a las cosas de la tierra. La presencia de Jesús la sentimos cuando nos acercamos a la comunión, cuando seguimos la misa, cuando venimos a visitarle. La sentimos más entonces, pero él está siempre aquí, honrando al Padre y orando por los hombres.

«Hic domus Dei est»; hay, pues, que respetar la iglesia. *«Pavete ad sanctuarium meum»*,[4] entrad con respeto en la iglesia. Respetar la iglesia significa entrar en ella con recogimiento, pensando que se viene no a la habitación de un gran personaje, sino a la presencia de Dios. Nuestra alma debe estar impregnada de gran amor y, ante todo, de gran respeto. Por tanto, nunca se entre en la iglesia con el pecado; y si alguna vez nuestra alma estuviera manchada, entrar arrepentidos. El publicano entró en el templo con el pecado, pero se puso allá en el fondo, sin atreverse a levantar los ojos al altar, considerándose indigno, y rezaba golpeándose el pecho: «Dios mío, ten piedad de este pecador» [cf. Lc 18,9-14].

---

[3] Bar 3,38: «Vivió entre los hombres».
[4] Lev 26,2: «Respetad mi santuario».

Pr 5 p. 109 Hemos de lavar el alma antes de entrar a la | presencia de Dios. En el momento en que se entra, ha de haber un verdadero arrepentimiento y, siempre, humildad de corazón. *«Dómine, non sum dignus ut intres...»*.[5] Se dice siempre: «No soy digno de que entres en mi alma»; pero es que no somos dignos ni siquiera de ponernos en su presencia, es decir, de entrar donde él habita, en su santuario, donde incluso los ángeles están con respeto y adoran a Jesús con veneración y profunda humildad.

Luego, al entrar en la iglesia, hágase bien la señal de la cruz. Y no se imite a quienes charlan hasta la misma puerta o, tal vez, ya dentro. En la iglesia, obsérvese gran silencio, pues debemos hablar sólo con Dios y escucharle lo que nos dice... La genuflexión debe hacerse bien: el porte exterior refleje el respeto y la devoción interior.

2. *La iglesia es además puerta del cielo.*

¿Por qué es puerta del cielo?

La iglesia donde habita Dios es una imagen de la Ciudad excelsa, es decir de la casa paterna de Dios, de nuestro Padre celestial; allí donde tiene su corte con los apóstoles, los patriarcas, los profetas, los mártires, los confesores, los vírgenes y todos los santos. La iglesia es la imagen de aquella santa ciudad, *«cœlestis urbs Jerúsalem, beata pacis visio»*.[6] La iglesia es la puerta del cielo porque aquí se recibe la comunión; aquí se hace la confesión de los pecados; en la iglesia fuimos bautizados; a la iglesia se viene para escuchar la palabra de Dios; aquí nos traerán después de morir, y entonces el sacerdote pedirá que los ángeles bajen a recoger nuestra alma y llevarla con ellos al paraíso.

Lugar sagrado, puerta del cielo.

Pr 5 p. 110 Hemos de amar, pues, la iglesia. Amarla | porque en ella se reciben los máximos beneficios. Es sagrado el lugar del apostolado; sagrado es el lugar donde escuchamos al maestro en clase; pero más sagrada es la iglesia.

¿Cómo se demuestra este amor? Viniendo gustosamente a la iglesia. Llegar con retraso, salir lo antes posible, estar en ella

---

[5] Mt 8,8: «Señor, yo no soy quién para que entres bajo mi techo».

[6] «Jerusalén, ciudad celeste, feliz visión de paz»: himno de vísperas en la Dedicación.

como sintiéndose a disgusto, significa no amar la iglesia. Quien la ama piensa a menudo en ella; quien la ama viene a ella cada vez que puede; quien la ama está en ella de buena gana y no encuentra dura la conversación con Dios. «Su trato no desazona – dice la Escritura– su intimidad no deprime» [Sab 8,16]. Quien ama la iglesia no está distraído y no apresura la salida.

Sí, la iglesia hay que amarla porque, cuando estemos a punto de morir, para consolarnos no recordaremos el tiempo pasado en diversiones, o visitando monumentos más o menos sagrados; no querremos recordar los lugares donde hemos encontrado peligros para el alma. A la hora de la muerte, para consolarnos, querremos pensar en aquel sitio donde hemos rezado, en aquel ángulo donde hemos obtenido el perdón de los pecados, en aquella balaustra donde hemos recibido la comunión.

El más hermoso ornamento de una iglesia es que en ella haya personas santas, personas que están en ella con gran amor, mostrándolo en las oraciones y cantos sagrados.

3. *La iglesia es asimismo casa de oración.*

Todos los lugares de la tierra son adecuados para rezar. Podemos orar en la calle, podemos rezar en la habitación donde descansamos; pero el lugar de oración por excelencia es la iglesia. Ir a la iglesia constituye ya un acto de fe, pues se cree que | allí está Dios que nos escucha; ir a la iglesia es ya un ejercicio de esperanza, pues se va para obtener las gracias; ir a la iglesia es un acto de amor a Dios, pues quien le ama le busca. ¿Y dónde le busca? En la iglesia. Entrar en ella es, por tanto, ejercicio de fe, de esperanza, de caridad: una profesión de fe, de esperanza y de caridad delante de todos. Pr 5 p. 111

Es allí donde debemos pedir las gracias: *«In ea omnis qui petit áccipit et pulsanti aperítur»*,[7] dice la liturgia en la octava de la Dedicación de una iglesia. – Reflexionemos, pues, sobre nosotros mismos acerca de las mayores necesidades del alma. Habrá quien tenga necesidad de pureza y quien necesite más la humildad; quien tenga más necesidad de crecer en la fe y quien en cambio necesite ser fuerte en la vocación. ¡Venid a la iglesia, rogad y recibiréis!

---

[7] Antífona de comunión: «[En ella] todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren» (cf. Mt 7,8).

Y tenemos aún un tercer deber: socorrer a la iglesia. Jesús tiene a su disposición todo el oro, toda la plata y todo el mármol, pues todo es suyo. Pero quiere limosnear, y aguarda de nosotros las ofertas. Él limosnea en la iglesia como mendigó el alimento y la posada cuando ejercitaba el ministerio público durante los años de predicación.

¡Qué orgullosos somos y qué poco entendemos el espíritu de Jesús, tan bueno él! Es el dueño de todo, pero acepta de nosotros cualquier limosna. Generalmente quienes dan limosna en la iglesia, buscan en el monedero la moneda más pequeña. ¿Vamos a ser avaros con Jesús? Sería como restringir su mano. En cambio, queremos que su mano se amplíe al distribuirnos las gracias. Lo que se da, se recibe multiplicado. Si se da una pequeña cosa de la tierra, se reciben tesoros para la eternidad. Esa
Pr 5 moneda chica se cambiará | en piedras preciosas, en gozo eterno
p. 112 en el paraíso. ¡Qué suerte dar algo a Jesús, y qué dignación la suya al aceptarlo de nosotros! Hay que dar para la iglesia.[8]

Es muy útil pensar ya en los ornamentos y en la limpieza. Muchos no pueden dar dinero, porque entre otras cosas está el voto de pobreza. Pero, en general, ¡qué generosos han sido con la iglesia en construcción! Quien no puede dar dinero, al menos piense en la limpieza de la iglesia; piense en hacer más solemnes las funciones con el canto. Alegremos a Jesús con nuestros pequeños obsequios.

Pensad con qué devoción María fajaba al Niño en aquellos pobres pañales y le ponía en la cuna. Pensad con qué devoción aquellos dos discípulos compraron la sábana, y juntamente con María envolvieron el cuerpo de Jesús, llevándolo al sepulcro después de haber muerto en la cruz. Pensad con qué devoción Marta y María hospedaban a Jesús.

---

[8] El *"Diario"* del P. A. Speciale atestigua respecto a las humildes e insistentes peticiones de ayuda, por parte del Fundador, para afrontar los enormes gastos del Santuario. Invitaciones a las comunidades de la Familia Paulina; cartas y peticiones dirigidas a personas adineradas, solicitudes de créditos, etc., siempre sostenidas por esta motivación: quien contribuye a «cavar un pozo de gracias» podrá recabar para sí y para todas las personas queridas. Es notorio que muchos bienhechores, los propios empresarios y artistas que colaboraron en la empresa, se sintieron a menudo deudores al P. Alberione, más que acreedores.

Socorrer a Jesús, darle algo, no deberíamos considerarlo un sacrificio, sino más bien agradecer que él se digne aceptarlo. En fin de cuentas ¿qué damos? *«De tuis donis ac datis»*.[9] Damos a Jesús un poco de lo que de él hemos recibido.

Esta tarde, comenzando la función de la consagración,[10] es útil recordar qué reliquias se pondrán en el altar. Ante todo una reliquia de Santiago el Mayor, apóstol, como representante del colegio apostólico. Luego, tres mártires: san Ignacio de Antioquía, santa Tecla, san Timoteo, discípulo de san Pablo. Tenemos, pues, una virgen, un escritor y el discípulo predilecto de san Pablo. Además, como nuestra institución comenzó justamente el día en que san Pío X pasaba del trabajo al premio y al descanso eterno, hay también | una reliquia de san Pío X. Pr 5 p. 113

Invoquemos, pues, a estos santos al recitar las oraciones y en la procesión, para que intercedan por nosotros. *«Hic domus Dei est, porta cœli, domus orationis»*.

Estas reliquias nos amonestan: «amad la iglesia, respetad la iglesia, socorred a la iglesia».

---

[9] «De lo que tú nos has dado...»: oración del ofertorio en el Canon romano.

[10] La función solemne comenzó a últimas horas de la tarde el lunes 29 de noviembre, primer día de la novena a la Inmaculada, y la ofició monseñor Héctor Cunial, Vicegerente de Roma. No fue posible celebrarla el 8 de diciembre, como se quería, porque en esa fecha todos los obispos presentes en Roma estaban convocados en la basílica de Santa María Mayor, para la conclusión del Año Mariano 1954.

NOVENA PARA LA DEDICACIÓN DEL SANTUARIO «REGINA APOSTOLORUM»

HORA DE ADORACIÓN [1]

Canto: «Magníficat ánima mea Dóminum».[2]

Con la Dedicación hoy del Santuario «a Dios óptimo y máximo y a María Reina de los Apóstoles» realizamos dos actos:

1. Cerramos un período de ansias, por los peligros de la Familia Paulina pasados durante la última larga y tremenda guerra; y el cumplimiento de nuestro amoroso reconocimiento a la *Regina Apostolorum.*

2. Abrimos otro período, que se ilumina de la luz nostálgica y materna de María.

Se trata siempre de la misma misión que ella lleva a cabo a través de los siglos; misión que le confió Jesús moribundo en el Calvario en la persona de Juan: «Mujer, mira a tu hijo» [Jn 19,26].

Pr 5
p. 114

Con el corazón lleno de conmoción, hoy pensamos que en aquel momento la mente de Jesús se dirigía también a | cada uno de nosotros; y gustosamente, en la palabra del Maestro divino, sentimos casi sustituir el nombre de Juan con el nuestro... «Mira a tu madre» [Jn 19,7].

Canto: «Salve, Máter misericordiæ».

I. Dice la Escritura: «Haced votos al Señor y cumplidlos» [Sal 76/75,12].

Hace unos 15 años que se desencadenó la segunda guerra mundial,[3] causante de tantísimas víctimas no sólo entre los combatientes sino también entre los civiles, en las poblaciones inermes. La Familia Paulina estaba ya esparcida en diversas naciones, compuesta por muchos miembros, muchos de los cuales

---

[1] Hora de adoración celebrada en el Santuario, la tarde del martes 30 de noviembre de 1954. Texto publicado en el *San Paolo* de noviembre-diciembre de 1954 (cf. *Carissimi in San Paolo*, pp. 595-600).

[2] Lc 1,46: «Proclama mi alma la grandeza del Señor».

[3] Segunda guerra mundial: 1940-1945.

pasaban día y noche temiendo una muerte trágica. Las penas y temores de cada uno se sumaban en el corazón del Primer Maestro, quien aconsejado confiadamente por las muchas experiencias en la bondad de María, justo en lo más agudo del peligro, interpretando el pensamiento de todos, se asumió este empeño: «Oh María, Madre y Reina de los Apóstoles, si salvas todas las vidas de los nuestros y las nuestras, construiremos aquí la iglesia a tu nombre». El lugar de la promesa fue más o menos el centro de la iglesia construida; y está dentro del círculo marcado en el pavimento y rodeado por estas palabras lapidarias: «ANNO MARIANO CONFECTO – DIRO BELLO INCÓLUMES – FILII MATRI VOTO P. – DIE VIII DEC. MCMLIV». Es decir: «Al término del Año Mariano – salidos incólumes de la tremenda guerra – los Hijos ofrecen a la Madre en cumplimiento de su voto – Día 8 de diciembre de 1954».

Para mayor precisión [recordamos lo siguiente].

Un día, hacia las dos de la tarde, las sirenas dieron la alarma: una escuadra de aviones bombarderos venía de Ostia hacia Roma y se acercaba | a estas casas paulinas. Todos, entonces, se Pr 5
dirigieron a la gruta-refugio!,[4] como estaba mandado; todos los p. 115
jóvenes profesos corrieron hacia ella.

El Primer Maestro quiso ver también cómo estaban las Hijas de San Pablo; y fue hacia la casa de ellas, pasando por el sendero habitual. Hacia mitad camino cayó una bomba a pocos metros, y alguna esquirla le pasó junto a la cabeza.

La mayor pena la sintió por alguna Hija que, indispuesta, llegaba la última al refugio, sosteniéndola con dificultad las hermanas; y por alguna otra que, estando enferma, tuvo que quedarse en la cama, si bien asistida por una religiosa de gran caridad.

Pasado el peligro, se tomó el referido empeño, fijando incluso el sitio y el modo de la futura construcción: locales debajo de la iglesia, y ésta que dominara las casas, quedando María en el centro, en medio de sus hijos e hijas.

Apenas concluida la guerra (5 de mayo de 1945), sabiendo

[4] La gruta estaba excavada en el tufo de la Colina Volpi (lado oeste del Santuario), después terraplenada para la construcción de la nueva casa de las FSP y el patio del vocacionario masculino.

bien los sacrificios que iba a costar esta iglesia, decidí la construcción como penitencia y reparación.

¡Tú, María, nos has salvado, con una protección que sabe a prodigio, desde Japón hasta Francia!

Aquí nos tienes a cumplir el voto. Te ofrecemos este modesto santuario, sede de tu trono, como a nuestra Reina. Cada ladrillo representa los sacrificios de tus hijos y de muchos Cooperadores, cuyo nombre (aunque desconocido para los hombres) está escrito en los registros puestos a tus pies, casi como una súplica y testimonio de fe. Recuérdalos a todos, oh María. – Y lo que más importa es que su nombre está escrito en el cielo [cf. Flp 4,3].

Todos, hoy, tus Hijos e Hijas, son felices, ya que después de la iglesia a san Pablo y al divino Maestro, [5] todos insistían por una iglesia en tu | honor. Te ofrecemos cosas que son ya tuyas: *«de tuis donis ac datis»*, pues has movido nuestros corazones y abierto las manos; por ti misma te has construido esta casa. Has iluminado a los artistas, has guiado a los trabajadores, has suscitado fervor en todos, crecientemente, a medida que se acercaba este hermoso día.

Pr 5
p. 116

¡Bendita seas, Madre, Maestra y Reina! Tú has dado la inspiración, el querer y el poder.

Canto: «Magníficat ánima mea Maríam».[6]

II. Dirigiéndonos ahora, oh María, a tu hermoso trono y pensando en el presente y el futuro, te decimos: «Reina, fija en nosotros tus ojos misericordiosos, pues has encontrado gracia ante el Rey como Ester. Tu universal solicitud por ser la *Máter humanitatis*,[7] y tu oficio de mediadora de la gracia, nos infunde confianza al presentarte las súplicas, por nuestras necesidades y las más actuales de la Iglesia y de la humanidad».

A la entrada de la iglesia están grabadas en la piedra estas palabras: *«Súscipe nos, Mater, Magistra, Regina nostra: roga Filium tuum ut míttat operarios in messem suam»*. Acógenos, Madre, Maestra y Reina nuestra; ruega a tu Hijo que mande

---

[5] Entrambas construidas en Alba entre 1925 y 1935. Sucesivamente al divino Maestro se le erigió el templo de Vía Portuense, Roma.

[6] «Mi alma glorifica a María».

[7] «Madre de la humanidad».

obreros a su mies. – Vocaciones para todos los apostolados, vocaciones para todos los institutos religiosos, vocaciones para todos los seminarios, vocaciones para todas las naciones: y entre ellas, especialmente, las vocaciones para los apostolados más urgentes, más modernos, más eficaces.

Canto: «Salve, Madre bendita».

Y a estos obreros evangélicos obtenles el Espíritu Santo, que es el espíritu de Jesús. Renuévese en ellos Pentecostés. El primer Pentecostés está recordado | en la leyenda de la cornisa de la iglesia: *«Petrus, et Joannes, Jacobus, et Andreas, Philippus, et Thomas, Bartholomæus, et Matthæus, Jacobus Alphæi, et Simon Zelotes, et Judas Jacobi: hi omnes erant perseverantes unanímiter in oratione cum muliéribus, et María Matre Jesu, et frátribus eius... Et repleti sunt omnes Spíritu Sancto, et cœperunt loqui variis linguis, prout Spíritus Sanctus dabat eloqui illis»:* Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago Alfeo, Simón Zelota, Judas de Santiago: todos éstos perseveraban concordes en la oración, junto con las mujeres y con María, Madre de Jesús y sus parientes... Y todos se llenaron de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse (He 1,13-14; 2,4). A esos nombres sustituye los nuestros; danos el don de la palabra, oral, escrita, fotografiada, transmitida, según el querer de Dios. Pr 5 p. 117

Canto: «Apostolorum contio».[8]

Y asiste, acompaña, allana los pasos y asegura abundantes frutos a estos obreros evangélicos.

En la puertecita del sagrario está escrito: *«Venite, filii, comédite fructum meum»*, venid, hijos, comed mi fruto;[9] es el fruto bendito del seno de María, Jesucristo. Con este alimento el apóstol se sostiene en su difícil camino.

Tú, Madre, has ya provisto a quien está cansado y débil: *«Si dimísero eos ieiunos in domum suam deficient in via»*, si les despido en ayunas, se desmayarán por el camino [Mt 15,32].

La Madre celestial ha preparado con su sangre | un pan que da la vida, que es el cuerpo mismo de Jesucristo: luz, fuerza, Pr 5 p. 118

[8] Himno *Los apóstoles unidos en oración*.

[9] Cf. Prov 9,5: «Venid a comer de mis manjares».

consuelo de los apóstoles que aguardan la cosecha. *«Benedicta Filia tu a Domino, quia per te fructum vitæ communicávimus»*.[10]

Canto: «O Regina Apostolorum».[11]

En esta iglesia nunca faltará la oración; y por eso, Madre y Reina, no faltarán tus gracias sobre el Papa, el sacerdocio, la vida religiosa, las casas de la Familia Paulina, en todas las naciones donde está establecida.

Continúa, oh María, desde el cielo tu apostolado de dar al mundo a Jesús Camino, Verdad y Vida. Muchas naciones son pobres porque carecen de Jesucristo. Nuevas generaciones se asoman a la vida. El mundo se salvará sólo si acoge a Jesús tal como es: toda su doctrina, toda su liturgia.

Tenemos que dar un Evangelio lleno de catecismo y liturgia; un catecismo lleno de Evangelio y liturgia; una liturgia (por ejemplo el misalito) llena de Evangelio y catecismo.

Los editores poseen la palabra, la multiplican, la difunden vestida de papel, caracteres, tinta. Tienen, en el plan humano, la misión que en el plan divino tuvo María, que fue Madre del Verbo divino; ella captó al Dios invisible y le hizo visible y accesible a los hombres, presentándolo en humana carne.

Haz, Madre, que los hombres secunden la invitación del Padre celestial: «Este es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor. Escuchadle» [Mt 17,5].

Canto: «De todo apóstol Reina».

Pr 5 p. 119 *«Exaudi preces pópuli tui, o Regina: et præsta, | ut quisquis hoc templum beneficia petiturus ingréditur, cuncta se impetrasse lætetur»*. Escucha las súplicas de tu pueblo, oh Reina; y concede que quien entre en este templo para pedirte gracias, salga de él alegre por haber sido escuchado.[12]

---

[10] «Bendita eres del Señor tú, Hija: por ti hemos participado del fruto de la vida» (Antífona 4ª de las segundas vísperas de la Asunción y de la divina Maternidad de la B.V.M.).

[11] «Oh Reina de los Apóstoles», himno (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, 1952, p. 230).

[12] Variación mariana de la colecta para la Dedicación de una iglesia.

El pecador obtenga el perdón, el dudoso la luz, el afligido la consolación, el enfermo la salud, el débil la fuerza, el trabajador su pan cotidiano; el tibio el fervor. Y tu misericordia se extienda de generación en generación a cuantos temen y aman al Señor.

Canto: «María, lux Apóstolis».[13]

Mirad en la primera cúpula[14] representados dos grupos de orantes, formados por los representantes de la humanidad: desde el humilde obrero al sumo Pontífice.

Tú, María, tienes una misión social:

Primero, santificaste una casa, domicilio de las virtudes domésticas: ¡guarda la primera sociedad, que es la familia!

Segundo, diste principio a la vida religiosa con el voto de virginidad y la observancia de una perfecta obediencia y pobreza: ¡guarda la sociedad religiosa!

Tercero, llevaste en brazos a la Iglesia naciente, sociedad sobrenatural instituida por tu Hijo Jesús: ¡guarda a la Iglesia!

Cuarto, te fue confiada la humanidad, de la que eres madre espiritual y que debe hermanarse en una sociedad supranacional: ¡únanse por ti los hombres en la verdad, caridad, justicia; guarda la Sociedad de las Naciones!

Quinto, en Jesucristo eres la Madre de la civilización surgida del Evangelio y desarrollada por obra de la Iglesia: ¡guarda la verdadera civilización!

Así ruega la Iglesia: *«Augusta cœlorum Dómina | et apostolorum Regina, júgiter exora, ut omnes gentes agnoscant quia Dóminus est Deus et non est alius præter eum».*[15] Pr 5 p. 120

---

[13] «María, luz para los Apóstoles»: himno (cf. *Oraciones de la Familia Paulina*, pp. 344-345).

[14] Es la gran cúpula inferior, sobre la cual va, pintada al fresco, la imponente figura de la Reina que extiende el manto sobre dos grupos de orantes, y todo alrededor están los episodios evangélicos de la vida de María con Jesús y José.

[15] «Augusta Señora del cielo y Reina de los Apóstoles, ruega incesantemente para que todos los pueblos reconozcan que el Señor es Dios, y no hay otro fuera de él» (Oficio propio de la Reina de los Apóstoles, antífona al Magníficat en las primeras vísperas).

Canto: «Regina jure díceris».[16]

«Un día a verla iré - al cielo patria mía, - allí veré a María - oh, sí, yo la veré».[17]

Nuestra mirada se detiene gustosamente a considerar los episodios de vida y santidad de Jesús y de María, que nos indican por qué caminos se pasa para llegar allá arriba, donde estás aguardándonos, el cielo, en el que compartes el reino con tu Hijo, ensalzada por una inmensa multitud de ángeles, coronada por la Sma. Trinidad con la triple corona de la sabiduría, la potencia y el amor.

Canto: «Desde tu trono, Reina de los cielos».[18]

---

[16] «Los apóstoles te aclaman concordes / por Reina y Madre suya, oh María», himno a la Reina de los Apóstoles (cf. *Oraciones de la Familia Paulina*, pp. 346-347).

[17] Canto a la Sma. Virgen (cf. *Oraciones de la Pía Sociedad de San Pablo*, pp. 253-254).

[18] Canto a la Reina de los Apóstoles (cf. *Oraciones de la Familia Paulina*, p. 349).

PARTICULARIDADES DE NUESTRA IGLESIA [1]

Recordemos las particularidades de nuestra iglesia dedicada a la Reina de los Apóstoles.

Ante todo esta iglesia está construida para imitar a Dios, que exaltó a María sobre todas las criaturas. A la Familia Paulina no debía faltarle esta exaltación. Queremos imitar a Dios *«sicut filii caríssimi»*,[2] como dice la Escritura, y exaltar a María, siguiendo a Dios, siguiendo a Jesucristo: esta es la senda que nos lleva a la salvación; es la senda en la que encontraremos el gozo y todas las gracias en la tierra.

Pr 5
p. 121

La humanidad siempre, desde el principio hasta el fin del mundo, miró y mirará a María. Apenas nuestros progenitores se mancharon con la culpa, el Señor les hizo brillar una esperanza: María. *«Inimicitias ponam inter te et mulíerem»*.[3] Esta Reina precederá a toda la humanidad salvada después del juicio universal y, siguiendo a Jesús, entrará en el cielo a la cabeza de los bienaventurados, entonando el *«Magníficat ánima mea Dóminum»*.[4]

Queremos imitar a Jesucristo, que es el Camino y quiso elegir por madre a la santísima Virgen María. Y los hijos ¿no deberían venerar a esta Madre? ¿No vamos a seguir el ejemplo de Jesús, haciéndonos hijos de esta Madre celeste? No podemos trazarnos una senda mejor que seguir a Jesús, que también en esto nos indica el camino a recorrer. Y para que nosotros comprendiéramos su intención y deseo, cuando estaba a punto de concluir su vida terrena, nos dio a María por madre, para que todos fuéramos a ella y a través suyo obtuviéramos todo género de gracia. *«Qui totum nos habere voluit per Maríam»*.[5] Todo quiere el Señor que lo tengamos por María.

La Familia Paulina no debía privarse de esta poderosa intermediaria ante Jesucristo. Por eso, enseguida después de la erección de

---

[1] Meditación dictada en la Cripta la mañana del martes 30 de noviembre de 1954.

[2] 1Cor 4,17: «Como hijos queridos».

[3] Gén 3,15: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer».

[4] Lc 1,46: «Proclama mi alma la grandeza del Señor».

[5] «El ha querido que lo tengamos todo por María» (cf. S. Bernardo: «*Sic est voluntas eius [Dei], qui totum nos habere vóluit per Maríam*», citado por León XIII, enc. *Augustíssimæ Vírginis*).

la iglesia a san Pablo y al divino Maestro en Alba, recibimos de los hijos más ancianos y más responsables de la Congregación [esta petición]: «Ahora es el tiempo de pensar en glorificar a la *Regina Apostolorum*». Y se ha procurado cumplir ese deseo.

¿Qué es, pues, esta iglesia respecto a la Familia Paulina?

Es el centro vital, porque de María espera toda la Familia; a María se dirige toda la Familia; y desde cada casa, rezando a
Pr 5 María, se piensa en el | santuario *Regina Apostolorum*. Por me-
p. 122 dio de María esperamos las vocaciones, y esperamos que las vocaciones correspondan al querer de Dios. Confiamos en que los llamados, una vez llegados al campo de trabajo, con la asistencia de María, recojan para sí muchos méritos y sean luz para tantas almas; sean sal de la tierra y sean como la ciudad puesta en el monte, que debe indicar a los hombres la senda de Dios, la senda por la que se llega a la salvación.

Hay que decir además que esta iglesia tiene algo importante con respecto a la humanidad. En la iglesia se constituirá la adoración continua, es decir, presentaremos a Jesús, por medio de María, las súplicas por las vocaciones; y no sólo por las vocaciones paulinas. Hoy la Iglesia [universal] tiene que resolver el problema de los problemas: el de las vocaciones. Las pediremos para toda la tierra, para todas las instituciones, para todas las diócesis, para todos los apostolados. Nuestro corazón debe ser amplio, estar abierto. Abierto a las necesidades de todos, amplio para incluir a todas las almas. Debe estar formado según el corazón de Jesús. *«Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos»*.[6]

Centro vocacional será el santuario *Regina Apostolorum*.

Pero tenemos que mirar a nuestro alrededor.

La Familia Paulina, en las oraciones que se harán en esta iglesia, ha de tener dos intenciones: el Papa y los bienhechores.

El Papa, de modo que él, viendo desde su alto sitial, desde su elevado observatorio, las necesidades de la humanidad, pueda contar con las oraciones y adoraciones que se harán en esta iglesia. Incluimos ya desde ahora todas las intenciones del Papa, que son las del Vicario del mismo Jesucristo.

---

[6] Mt 11,28: «Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro».

Queremos recoger también en nuestro corazón las intenciones de los Cooperadores, que de veras han cooperado con la Familia Paulina. En estos últimos tiempos han cooperado especialmente con ofertas para la erección del templo. Aunque no están presentes, en su mayoría, se dirigen aquí con el pensamiento y ofrecen juntamente con nosotros su don a María, este obsequio conclusivo del Año Mariano: la dedicación del templo a la *Regina Apostolorum.* Pr 5 p. 123

Ahora vamos a particularizar algunas de nuestras necesidades. Debemos formarnos en Jesucristo; y la verdadera formación en Cristo es vivir de él, vivir como él es: Camino, Verdad y Vida. ¿Y por medio de quién? Encontraremos siempre a Jesús en los brazos de María. Como al comienzo de la cristiandad, los primeros enviados a Jesús, o sea los pastores y los Magos, encontraron a Jesús en los brazos de María, así nosotros, por intercesión de María, podremos formar en nosotros a Jesucristo. Hemos de insistir siempre, en los rosarios y en las demás plegarias, especialmente las que tenemos en nuestro *Libro de las Oraciones*, insistir ante María para que nos dé a su Hijo. Esta es su misión. En efecto la imagen de la *Regina Apostolorum* nos representa a María en el acto de ofrecernos a Jesús, a quien hemos de acoger en la comunión, en su doctrina, en su gracia.

Así que nuestros estudios, nuestras obras de piedad, nuestro apostolado, todo, en fin, esté bajo la protección de María *Regina Apostolorum.*

Si queremos mirar de modo particular al apostolado, éste consta de tres partes: redacción, técnica y propaganda. La redacción hay que ponerla bajo la protección de María. ¿No es María quien nos dio el Verbo de Dios? ¿Y no es el Verbo de Dios lo que debemos dar a la humanidad? Dice un santo Padre que María dio a leer | el Verbo de Dios.[7] El apostolado de la redacción debe partir de este principio. Pr 5 p. 124

Bajo la protección de María ha de estar el apostolado técnico. En la iglesia superior, junto a otros episodios, está representada María ocupada en el trabajo. El trabajo técnico va dirigido a Dios según las intenciones que tuvo María en Nazaret.

[7] Cf. S. Epifanio: «Ave María, libro sellado, que has dado a leer al mundo el Verbo, Hijo del Padre».

Su trabajo fue un trabajo redentivo, es decir, ofrecido por la redención del mundo.

Y también ha de estar bajo la protección de María el apostolado de la propaganda, pues la propaganda implica necesidades particulares. ¿No fue María la primera en llevar el Verbo de Dios encarnado en la visita a santa Isabel? ¿Y no fue María quien presentó a Jesús en el templo? ¿Y no fue María quien lo presentó en Caná cuando, mediante el milagro, obtuvo que Jesús se manifestara a los discípulos?

Todo el apostolado, pues, debe estar bajo la protección de María. De consecuencia, la formación y cuanto tenemos que hacer por las almas sea de María, por María, con María y en María. Podemos decir *«sine María nihil»*, nada sin María, todo con María.

Por eso ahora concluimos con el canto *Súscipe nos* y el *Magníficat ánima mea Dóminum.*

NUESTROS DIFUNTOS [1]

Después de la alegría por la Dedicación de la iglesia *Regina Apostolorum,* nuestro pensamiento se dirige a nuestros hermanos y hermanas | que ya pasaron a la eternidad. Nos gusta considerarlos espiritualmente allá arriba entre los ángeles. Pr 5 p. 125

El pensamiento del paraíso debe ser dominante, pues es el pensamiento que orienta la vida: somos peregrinos en esta tierra, encaminados hacia el cielo. Por eso, tratándose del pensamiento dominante de la vida para cuantos realmente quieren santificarse, se decidió que en las dos cúpulas[2] estuviera representado el gozo de quienes ya han pasado a la eternidad, y el gozo de los ángeles, al que deberemos un día incorporarnos. Los nueve coros angélicos representan también las nueve virtudes,[3] cuya práctica nos hace dignos de ser admitidos un día en el paraíso con ellos.

Cada vez que levantamos la mirada a lo alto, no es sólo para admirar una obra de arte;[4] y para elevar el pensamiento y pre-

---

[1] Meditación dictada el miércoles 1° de diciembre de 1954. – Del *"Diario":* «El Primer Maestro se levanta pronto y se prepara, con la oración y la meditación, a la misa que celebrará a las 6 en la nueva iglesia. En la circunstancia de esta primera misa celebrada por el Primer Maestro en el Santuario "Regina Apostolorum", no faltan alrededor del altar las cámaras de cine y las máquinas fotográficas, para legar a los venideros este acontecimiento».

[2] Ya hemos aludido a la gran cúpula inferior, afrescada con escenas evangélicas en torno a la Reina. Por encima se enarca la cúpula superior, iluminada por los ventanales laterales. Ambas cúpulas sobrepuestas están pobladas por multitudes de ángeles, indicando el paraíso.

[3] "Nueve virtudes": no es fácil saber a qué clasificación de virtudes se refiera aquí el P. Alberione. Podría quizás servir de explicación un paso del volumen *María en el dogma católico*, de E. CAMPANA, texto muy apreciado por el P. Alberione. En la *conclusión*, el autor, subrayando la necesidad del clima de escondimiento, escribe: «Tal es la condición requerida para el desarrollo de las virtudes que constituyen la perfección cristiana, consistente esencialmente en la humildad, el desapego del mundo, la sencillez, la moderación de los deseos, el sufrimiento tranquilo de las actuales miserias, la adaptación benévola y atenta a quienes son de condición inferior, la laboriosidad, el amor de los últimos puestos, el abandono total y ciego de sí mismos a la divina voluntad, incluso cuando no se conoce».

[4] Es ciertamente artístico el gran fresco de las cúpulas y de los penachos de apoyo: obra de arte de un artista experimentado como era A. José Santágata (Génova 1888 - 1985).

venir, de alguna manera, el gozo que probaremos un día, cuando entremos en el paraíso. Es un acto de fe: *«Credo vitam æternam»*.[5] Es una orientación: quiero caminar resueltamente por el sendero de la santidad, del paraíso. Es un acto de deseo: «un día a verla iré»; *«cupio dissolvi et esse cum Christo»*.[6] Y es juntamente un estímulo: "quiero" y quiero "firmemente"; no como personas que están siempre indecisas, que quieren en el momento de la comunión y ya no quieren después del desayuno. Vamos decididos hacia el cielo, con cada palabra, cada acción, en cada momento. Tendemos al paraíso.

Y entre nuestros deseos está este: que también quienes ya han dejado y cerrado la peregrinación terrestre sean admitidos cuanto antes a la visión, a la paz de los justos, al eterno descanso.

Debemos, con todo, notar que la Iglesia ahora está como di-
Pr 5 vidida en tres partes: la Iglesia militante, la Iglesia | purgante, la
p. 126 Iglesia triunfante. La última llegada es a la Iglesia triunfante; pero en la tierra somos militantes y se requiere que militemos bien. *«Non coronátur nisi qui legítime certáverit»:* no será coronado sino quien haya combatido rectamente [cf. 2Tim 2,5], valientemente, pues el reino de Dios se adquiere con el esfuerzo, o sea con determinación. ¡Hay que ser personas decididas! *«Regnum Dei vim pátitur, violenti rápiunt illud»*[7] (Mt 11,12).

Apresurémonos en dos cosas: 1) socorrer a quienes ya han pasado a la eternidad, por si tuvieran necesidad de sufragios, y 2) pensar en nosotros mismos.

La Congregación, pequeña parte de la Iglesia, puede tener como ésta personas que militan aún en la tierra, por ejemplo nosotros; y puede tener personas en estado de purificación, para la última preparación a la entrada en el cielo; y tenemos la persuasión de que algunos hermanos y hermanas están ya en la contemplación beatífica, ante la Sma. Trinidad junto a María y a san Pablo.

No obstante la buena voluntad, mientras estamos en la tierra tenemos muchos defectos e imperfecciones. Para entrar en el paraíso es preciso que el alma esté totalmente limpia, es decir que haya satisfecho la pena por los pecados cometidos; que esté to-

---

[5] «Creo en la vida eterna», del símbolo apostólico.
[6] Cf. Flp 1,23: «Deseo morirme y estar con Cristo».
[7] «El reino de Dios sufre violencia y los violentos lo arrebatan».

talmente despegada de las cosas de la tierra y viva con fervor y una pureza tal que merezca ser admitida entre los candidísimos ángeles, los mártires y los apóstoles, los confesores, los vírgenes.

Pero es preciso decir que no siempre se sale de la tierra tan manchados como para merecer el infierno, ni tan puros como para ser admitidos inmediatamente en el cielo. Por eso la misericordia de Dios ha establecido un lugar, un estado donde el alma pueda purificarse. Tiene seguro el cielo, la salvación, pero se ve atormentada | por ese mismo deseo, por el amor que tiene a Dios, Pr 5
a quien quisiera unirse y contemplarle y verle. A estas almas que p. 127
se hallan allí sufriendo, lanzadas hacia Dios, sintiéndose por una parte empujadas al cielo y, por otra, frenadas con mano fuerte por la justicia de Dios, nosotros podemos aplicarles las palabras de Job: *«Miserémini mei, miserémini mei, saltem vos amici mei»*.[8]

A los hermanos, hermanas y cooperadores pasados a la eternidad, los acogemos todos nosotros en nuestro corazón y el sacerdote que celebrará la misa por ellos les pondrá a todos en el cáliz. ¡Demos sufragios a los difuntos!

La Congregación, mientras vivimos en la tierra, constituye una ayuda recíproca para la santificación; y cuando alguien pasa a la eternidad, le asegura los sufragios. La unión no se rompe, más bien se perfecciona. ¡Amémonos, amemos! Amemos de modo especial a quienes no pueden ya ayudarse por sí mismos: precisamente las almas del purgatorio, las cuales, mientras ruegan por los que han quedado en la tierra combatiendo, asistiéndoles en la lucha, aguardan de nosotros el socorro que nos es posible enviar. Si el Señor, en justicia, ha debido detener a esas almas en la cárcel del purgatorio, por su misericordia nos ha dado, digámoslo así, las llaves de esa cárcel. Quien tenga buen corazón, ciertamente no hará oídos sordos a los gemidos e invocaciones que desde allí nos llegan.

Mientras, empecemos por pensar en los hermanos que partieron de esta tierra y están sepultados en diversos lugares. Quiero recordar sólo a dos sacerdotes, uno sepultado en China y otro en Chile.[9] Partieron, pero nos han dejado buenos ejemplos.

---

[8] Job 19,21: «Piedad, piedad de mí, amigos míos».

[9] Son, respectivamente, el P. Victorio Bonelli (Benevello CN 1917 - Nanking 1948) y el P. José Costa (Castellinaldo CN 1919 - Santiago 1949).

Muchas veces pienso que leemos a menudo vidas de santos y
Pr 5 admiramos sus ejemplos, dignísimos de imitar. | Está bien, ¡pe-
p. 128 ro no menoscabemos a nosotros mismos y a nuestra familia religiosa! Sacerdotes, discípulos, hermanas han pasado a la eternidad, tras habernos dado ejemplos que a veces no sabemos valorar suficientemente: ejemplos de piedad, de apostolado, de vida religiosa bien vivida en pobreza, castidad y obediencia.

La Congregación es un flujo activo. Quienes la miran desde fuera, la confunden con una actividad casi industrial o comercial. ¡Pero es fuego lo que hay en el corazón de nuestra Congregación! Y cuando el fuego se ha encendido bien, cuando el motor es fuerte, se explica la actividad, la acción desde la oración. [10] No hemos entendido aún del todo, o tal vez meditamos poco, el cúmulo de méritos especialísimos que, en la vida religiosa paulina, puede hacerse quien corresponde a su vocación. Correspondiendo a su vocación santamente, está seguro de su salvación; no sólo, está seguro de alcanzar un alto grado de gloria en el paraíso.

No es el caso de hacer parangones o de insistir en ciertos puntos: son más bien cosas que conviene meditar cuando la Familia Paulina está recogida y a solas. El cúmulo de méritos que va adquiriendo, los tesoros de cielo que va ganando quien en la Familia Paulina corresponde bien, con perseverancia, a su vocación, es tal que sólo en el momento de entrar al cielo podremos apreciar adecuadamente. Entonces nos admiraremos, como diciendo «¡no creíamos, no pensábamos!...».

Tenemos, pues, ejemplos de los hermanos y de las hermanas que nos han dejado y que allá arriba, por la comunión de los santos, siguen ayudándonos. Es hermoso el dogma de la comunión de los santos en general, pero lo es también recordar-
Pr 5 lo | pensando en el flujo de vida, de méritos y de ayudas que la
p. 129 Familia Paulina, considerada globalmente, puede darse. Se trata de una circulación de sobrenaturalidad. Pero es necesario que estén unidas las mentes, los corazones y las voluntades.

¿Cuál era la preocupación del Maestro divino, cuando iba a dejar la tierra, o sea a cerrar su jornada terrena? *«Ut sint unum»*, que sean una cosa sola [Jn 17,11]. Cuatro veces lo repite antes de comenzar su agonía en Getsemaní, en la oración que noso-

[10] En el original: «La acción da la oración», evidente error de trascripción.

tros llamamos *"oratio Christi"*. Esta unión que es caridad, esta unión de miras, de pensamientos, que se verifica juntamente en la obediencia y en caridad, ¡cuánto nos eleva, y cuánto enriquece nuestra alma!

Quizás sea preciso insistir más sobre ese punto de las Constituciones: santificarse, atender a la perfección mediante los votos de pureza, de obediencia y de pobreza. Pero también se dice «en la vida común», elemento que uniforma nuestra vida según las Constituciones. Son nuestros méritos propios, por los que hemos dejado otros caminos, hemos dejado el mundo; nuestros méritos especiales, porque era posible vivir religiosamente también en el mundo, pero no era posible adquirir los méritos propios de la vida religiosa, y los otros que son propios de la vida paulina: dar la doctrina de Jesucristo con los medios que el progreso nos procura.

También hemos de recordar cuántas almas estarán en el purgatorio a causa de la prensa, o del cine, o de la radio, o de la televisión: redactores, técnicos, oyentes, lectores. ¿Quién podrá contarlas, cuando se sabe que, por ejemplo, esta noche millones y millones de hojas, de periódicos, han salido de las potentes rotativas y que justo ahora, en estos momentos, son adquiridos y leídos con avidez? Y en ellos hay cosas buenas, | cosas menos buenas, cosas menos malas y cosas malas. Socorramos todos a quienes se encuentran en el purgatorio por estas razones. Pr 5 p. 130

Consideremos luego nuestro apostolado como una reparación de los pecados cometidos. El estudio, el trabajo espiritual interno, el apostolado, la práctica de la pobreza y de la vida religiosa, diariamente borrarán el purgatorio para esas almas.

Aquí, en la vida religiosa y en la vida paulina, tenemos toda clase de medios. Es verdad que la Congregación provee a los sufragios por cada uno después de la muerte, pero es mejor no ir al purgatorio, que esperar a ser liberados; no conviene caer en el pozo con la esperanza de que alguien venga a sacarnos. Seamos sensatos para nosotros mismos, al paso que nos mostramos piadosos y caritativos con los hermanos y hermanas.

Pidámosles su ayuda [a cambio de la nuestra], que nos obtengan la gracia de ser verdaderamente religiosos observantes.

Cantemos ahora el *De profundis* [11] con gran piedad.

---

[11] Sal 130/129: «Desde lo hondo (a ti grito, Señor)».

LA REDACCIÓN [1]

Ofrecemos la presente jornada a María Reina para obtener las gracias necesarias en la parte principal del apostolado: la redacción.

Redacción es un término que comprende muchas cosas. En general nuestra redacción es la predicación de la doctrina de Jesucristo; doctrina completa, que concierne a los dogmas, las verdades, la moral, la ascética, la liturgia, los sacramentos, la misa. | La predicación puede hacerse o a voz o por escrito, y puede ser transmitida de varias maneras, por ejemplo con la televisión o la radio. Estamos siempre en redacción, ya se trate de prensa o de cine o de radio o de televisión, pues el objeto es igual: la palabra de Jesucristo, la palabra de la Iglesia.

Pr 5
p. 131

Por tanto, hemos de considerar como sagrado el apostolado de la Familia Paulina. Al mismo tiempo podemos añadir lo que hace pocos días decía el Papa a los Editores católicos.[2] No es necesario que hablen siempre de religión. Todo lo que es bueno, es católico. Y esto incluye todas las ciencias, el modo de enseñarlas y de divulgarlas. Cuando el Señor, creando, concluía su jornada, según el modo bíblico de expresarse, *«vidit quod esset bonum»:* vio que cuanto había hecho era bueno (cf. Gén 1,4). Nosotros somos, pues, como los altavoces que repiten lo que había en el designio creador de Dios, cuando damos la ciencia humana; más altavoces somos aún cuando damos la ciencia divina, la que predicó Jesucristo y nos ha transmitido la Iglesia, con la Tradición, para difundirla en todas partes y que se conozca la multiforme sabiduría de Dios [cf. Ef 3,10].

Notemos además que redactor es quien comunica su pensamiento. Los pensamientos que él formula deben entrar a iluminar la mente de los lectores, de los radioescuchas, de los espec-

---

[1] Meditación dictada en el Santuario, el jueves 2 de diciembre de 1954. – Del *"Diario":* «Continúa la actuación del programa para la inauguración de la iglesia. Hoy el tema es el apostolado y, en particular, la redacción. El Primer Maestro ha celebrado la santa misa en la capilla de la Generalicia muy pronto... A las 6 está ya en el Santuario para asistir a la misa de la comunidad celebrada por el P. Juan Robaldo. Después de la misa dicta la meditación».

[2] Cf. Alocución a los Editores católicos de Italia, 7 nov. 1954 (*AAS* 1954/II, pp. 712-714).

tadores del cine y de la televisión. El redactor ha de ser ante todo una persona llena de fe, y a la vez ser una persona instruida; debe ser una persona llena de esperanza, que mira al cielo, tanto en el propio trabajo hecho por Dios y por su gloria, cuanto respecto al lector, a quien quiere llevar al paraíso; debe ser una persona llena de caridad, es | decir que realmente ame al Señor Pr 5
y realmente ame a las almas. Estén, pues, las tres virtudes teo- p. 132
logales arraigadas en el alma del escritor. Inspírese en las disposiciones y el modo con que san Pablo dictaba sus Cartas.

El redactor ha de considerarse [viviendo y obrando] en Cristo, *«qui propter nos hómines et propter nostram salutem descéndit de cœlis»:* por la salvación de los hombres bajó del cielo. *«Et incarnatus est de Spíritu Sancto ex María Vírgine»:* y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María.[3] El redactor ha de hacerse hombre entre los hombres. Por eso, como Jesús, primero debe dirigirse a las masas, a la gran cantidad de almas, a las multitudes que componen preponderantemente la sociedad; luego a todos, según Jesús, que *«cum homínibus conversatus est»*,[4] dice la Escritura, y *«nos salvos fecit verbo veritatis»:* nos salvó mediante la palabra de la verdad [cf. Ef 1,13].

¿Y los lectores? También ellos deben estar guiados por la fe, o por lo menos tener las disposiciones para acoger la verdad. Hay siempre quien recibe la verdad y hay quien es sordo. *«Sui eum non receperunt; quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem fílios Dei fíeri»*.[5] Se necesita docilidad en quien lee, en quien escucha, en quien ve.

¿Cómo podemos dirigirnos a María respecto a la redacción? Hay un principio general: a través de María ha pasado toda la gracia. Y bien, la gracia comprende en primer lugar la verdad. El hombre debe unirse a Dios ante todo con la mente. La gracia comprende la vida eterna; comprende la santidad interior y exterior. Todo ha pasado a través de María, por tanto también la verdad. Si el modelo divino ha enseñado, todo ha pasado a través de María.

Además, hay ciertos dichos de algunos Padres, | que hablan Pr 5
más en particular del oficio de enseñanza de María. p. 133

---

[3] Del Símbolo niceno-constantinopolitano de la liturgia romana.

[4] Bar 3,38: «Vivió entre los hombres».

[5] Jn 1,11-12: «Los suyos no la acogieron [la Palabra]. En cambio, a cuantos la han aceptado les ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios».

Dice un escritor: «Sin duda María instruyó a san Lucas sobre los hechos de la infancia de Jesús, sobre la encarnación, el nacimiento, la huida a Egipto. Nadie conocía estos hechos mejor que ella».[6]

En Vicenza, en la sacristía, se ve un bonito cuadro,[7] en el que María parece dar clase a los cuatro evangelistas y de modo especial se dirige a san Lucas.

San Ildefonso[8] escribe respecto al apostolado docente de María, de su ciencia divina y del influjo que ejercitó en los evangelistas: «Puesto que María fue parte y testimonio directo de muchos acontecimientos en la vida de Jesucristo, pudo referirlos con seguridad y precisión a los apóstoles, quienes, instruidos por ella, no habiendo estado ellos presentes, pudieron repetirlos con más detalle al pueblo y, en el momento oportuno, ponerlos por escrito de modo claro, permanente, y exponerlos a todos los hombres».

San Beda el Venerable[9] escribe: «María conservaba todas las palabras oídas, meditándolas en su corazón. La Virgen Madre conocía bien todo lo que dijo e hizo el Salvador, todo lo recordaba y meditaba en su corazón, con el fin de poder referírselo a los apóstoles y a los fieles, cuando la interrogasen a tiempo debido, para que todo fuera predicado y todo fuera escrito para el mundo entero».

Santo Tomás de Aquino, comentando la epístola de la Asunción, con precisión teológica escribe: *«María hábuit méritum Apostolorum et Evangelistarum, docendo»*.[10] María adquirió,

---

[6] Cf. EMILIO CAMPANA, *María en el Dogma católico*, Marietti, Turín 1936, pp. 1133-1135. – La sección V del cap. IX de este voluminoso tratado, siempre sobre la mesa del P. Alberione, se titula en efecto «María maestra de los evangelistas y de los apóstoles».

[7] Es "María y los evangelistas", pintado en tela por Alejandro Maganza (1556-1630), expuesto en el salón llamado "Refectorio", dentro del santuario mariano de Monte Bérico. Dicho salón, conocido por el gran cuadro de Veronese "Convite de Gregorio", se usaba como sacristía en las celebraciones solemnes.

[8] Ildefonso de Toledo (607-667), discípulo de san Isidoro de Sevilla (560-636), monje y después arzobispo de la ciudad. Fue insigne liturgista y mariólogo.

[9] Beda el Venerable (673-735), monje benedictino inglés de Wearmouth; doctor de la Iglesia. Son célebres su *Historia eclesiástica de los Anglos* y los comentarios bíblicos.

[10] «María tuvo los méritos de los apóstoles y de los evangelistas, enseñando» (Sto. Tomás, *Catena áurea in Matth.*, c. X).

por medio de su enseñanza, los méritos de los apóstoles y de los evangelistas, porque muchas cosas no las habrían podido predicar ni escribir ellos, sin una especial | revelación, como la anunciación, la encarnación, la visita a santa Isabel. Pr 5 p. 134

San Ambrosio [11] observa: «No me extraña que san Juan, más que los otros apóstoles, nos haya revelado los divinos misterios de la caridad, porque él estaba con María, quien mejor conocía los designios de Dios».

En el oficio litúrgico de la Reina de los Apóstoles leemos entre otras cosas: «No es difícil adivinar cuánto hizo María después de irse Jesús. Su vida mortal debía parecerle larga y dura, pero al mismo tiempo se sentía confortada pensando que tal era la voluntad de Dios y que la Iglesia naciente tenía necesidad de la instrucción y del consuelo que ella daba a los fieles para iluminarlos y fortificarlos».

Por lo demás, María fue la más sabia de todas las criaturas, pues poseía la sabiduría de Dios, la sabiduría celestial. Hay muchos hombres que conocen tantas cosas; hay personas instruidas en diversas ciencias, ¡pero cuántas veces carecen de sabiduría! Como hay también tantos hombres que hacen muchas cosas, pero no la única necesaria: salvar la propia alma. Los santos son todos sabios. María Reina de los santos es reina de toda sabiduría, de toda ciencia.

Es útil recordar, para concluir, una cosa que debe mantener la unidad: la redacción profundamente unida con la técnica, y la redacción con la propaganda. No escribamos por escribir.

Nosotros no necesitamos muchos métodos, porque disponemos del método divino, el usado por Jesucristo. Lo que debemos hacer es esto: considerar las necesidades de la humanidad; luego ir a Jesús, considerar la ciencia sagrada, hacer una buena visita al Smo. Sacramento y, luego, tomar de Jesús la ciencia de la que el mundo tiene necesidad, y desmenuzársela a los | pequeños. ¿Habría que decir siempre: *«Et non erat qui frángeret eis»*? [12] La humanidad tiene necesidad de pan, pan del que habla Pr 5 p. 135

[11] Ambrosio (339-397), nativo de Tréveris en Alemania, gobernador en el 370 de Emilia-Liguria, con sede en Milán, proclamado obispo en el 374. Padre espiritual de san Agustín, escritor fecundísimo y formador de comunidades consagradas, es uno de los padres de la Iglesia.

[12] Lam 4,4: «[Los niños piden pan] y nadie se lo da».

Jesucristo: *«Non de solo pane vivit homo, sed de omni verbo quod procedit ex ore Dei»*.[13]

Así pues, dos cosas: 1. Considerar las necesidades de los hombres, y luego considerar los hombres a quienes debemos dirigirnos: ver si son niños, científicos, paganos. 2. Aprehender la verdad de quien es la Verdad misma, por tanto la sabiduría misma, y desmenuzársela a los hombres que necesitan de este pan. A veces la necesidad es tan grande que ni siquiera se siente el hambre, como cuando uno está extremadamente débil.

Además hemos de pedir a María las disposiciones para la redacción.

He aludido a las tres virtudes teologales que forman el pedestal, los tres pies en que debe sostenerse la redacción: fe, esperanza y caridad. Pero se requiere además la prudencia, amor a la verdad, sentir el corazón lleno de las verdades que se aprenden y se estudian; sentir en el alma un fuego santo: el deseo de que estas almas se salven, que lleguen al cielo.

María es Reina en la redacción; por eso, no ponerse nunca a escribir sin haber invocado su ayuda.

Y luego depender siempre de los superiores, porque al servicio de la Congregación y de la Iglesia deben estar la linotipia[14] y la rotativa, pero especialmente la pluma. Con todo, recordemos que en primer lugar somos religiosos y después escritores. Así que dependencia, pues en esta dependencia están aseguradas las bendiciones divinas.

Invoquemos a nuestra Madre y Reina, para que asista a
Pr 5 quienes tienen el cometido de la | redacción, y para que todos
p. 136 los demás, técnicos y propagandistas, los secunden: tanto en interpretar mejor el modo de presentar tipográficamente la verdad, como en el modo de difundir las sucesivas ediciones.

Quitemos esa cosa,[15] verdaderamente muy fea, pues revela una deficiencia de mentalidad y sensibilidad paulina, a saber: porque una cosa está hecha en la Congregación, ya no es bonita, no es buena, hay que aparcarla. ¿Es que no nos amamos a nosotros mismos? ¿Qué enseña la sensatez?

---

[13] Mt 4,4: «No sólo de pan vive el hombre, sino también de todo lo que Dios vaya diciendo».

[14] Linotipia era la componedora mecánica de las líneas en plomo, antes de llegar la fotocomposición.

[15] "Cosa" está aquí por idea, prejuicio o persuasión errónea.

TÉCNICA Y PROPAGANDA [1]

Nuestra elevación consiste siempre en la imitación de Dios, en vivir la vida de Jesucristo. Imitación de Dios también en cuanto Autor y como Editor. El autor tiene un gran modelo en el libro divino, la Biblia, y asimismo el editor tiene un gran modelo en la producción, en la multiplicación de la Biblia, que no sólo se ha conservado, sino que ha sido traducida en todas las lenguas, podemos decir, y va multiplicándose de continuo. Dios autor, Dios editor; Dios modelo de los autores, Dios modelo de los editores. María es Reina en la redacción.

Por eso, de la propaganda, en el artículo 244 [de nuestras Constituciones], se dice: «Toda edición trate expresamente de las cosas de fe, moral y | de culto, o en ellas se inspire; o al menos contenga algo útil a la salud espiritual».[2] Pr 5 p. 137

Así pues, ante todo las cosas concernientes a la doctrina, la moral, el culto, y luego las demás cosas que dispongan a recibir las verdades de la fe o al menos eleven el tenor de la vida del hombre: las cosas científicas, por ejemplo.

Dios, creando el mundo, se ha hecho el autor de toda ciencia. El saber no es sino estudiar a Dios. Cualquier ciencia nueva es un capítulo que nos explica la obra de Dios, el cual luego enseñó por medio de su palabra, por medio de sus profetas; *«novíssime vero in Filio suo»:* últimamente habló por medio de su Hijo, Jesucristo (Heb 1,1-2).

Con el nombre de "edición" no entendemos sólo un libro, sino otras cosas. La palabra edición tiene muchas aplicaciones: edición del periódico, edición de quien prepara el guión para la película, de quien prepara el programa para la televisión, de quien prepara las cosas que comunicar por medio de la radio. *«Édidit nobis Salvatorem»,* dice la liturgia.[3] La Virgen Sma. nos dio al Salvador. Usa el verbo *"édidit"*. La edición comprende el

---

[1] Meditación dictada el viernes 3 de diciembre de 1954.

[2] El el original: *«Omnis editio vel sit expresse de rebus fídei, morum et cultus, vel ad illas dispónat, vel saltem áliqua contíneat ad salutem utilia»* (*Constituciones SSP*, ed. 1949; cf. art. 249, ed. 1966).

[3] «Ha dado a la luz para nosotros al Salvador» (Canon romano, memento de los vivos [*communicantes*] en la octava de Navidad).

concepto artístico, el estudio para producir un objeto que a la vez sea litúrgico y artístico. Incluye también el trabajo de las religiosas que se preparan a dar el catecismo a los niños y luego realmente, en caridad, lo explican.

Además de la redacción está la técnica y la propaganda. Ya hemos considerado que debe darse una estrecha unidad entre una cosa y la otra, entre una parte y la otra. Cuando sale un buen libro, no se habla tanto del autor, o del impresor, o del propagandista; se dice: la Familia Paulina ha publicado tal libro. Este modo de expresarse indica que la Familia está unida y
Pr 5 forma una cosa sola. Están | profundamente unidos el autor, el
p. 138 técnico, el propagandista. Sólo en esta unión obtenemos el bien para las almas: comunicamos el pensamiento, decimos algo a la humanidad. El escritor prepara; el técnico debe ser instruido para entender por lo menos el concepto general del autor y disponerlo todo convenientemente; el propagandista, por su parte, ha de saber en resumen el contenido del libro, para poder presentarlo. Si piden un libro para la juventud o para quienes se encuentran en particulares circunstancias de la vida, no les dará un libro que hable de otro argumento diferente. Tanto en la técnica como en la propaganda, se requiere mucha instrucción.

Hablando de la técnica, tenemos cuatro cosas que recordar, contenidas en las Constituciones.

1. Los medios técnicos, las máquinas, los caracteres, todo el equipaje cinematográfico y el radiofónico etc., son objetos sacros por el fin al que sirven. Por eso la máquina se hace púlpito; el local de la composición, de las máquinas y de la propaganda pasan a ser iglesia, donde hay que estar con mayor respeto que cuando se está en clase. Si la clase es un templo, ¡cuánto más lo son los locales de nuestro apostolado!

2. Búsquense los mejores medios para la producción del libro, del periódico, de la película, etc. El progreso en este campo es rápido. En 1934 podían considerarse viejas las máquinas de 1914; en 1954 son ya viejas las de 1934. En 1974 dirán: «¡Vaya armatostes que usaban aquellos!». Hemos de vivir con el progreso, pero un progreso sano, no malsano.

3. El trabajo hay que hacerlo en el espíritu con el que Jesús niño, Jesús muchacho trabajaba en la casa de Nazaret. Pense-

mos con qué intenciones y con qué diligencia atendía a un trabajo humilde | como era el de carpintero. Si comprendemos el sentido del trabajo y hacemos nuestras las intenciones de Jesús trabajador, ¡cuántos méritos ganaremos y qué ennoblecidos nos sentiremos, aun con las manos sucias de tinta! Pr 5 p. 139

4. Tenemos que entendernos unos a otros. El propagandista diga qué necesita, y el autor trate de secundarle; el técnico oiga el juicio del propagandista y al mismo tiempo déjese dirigir por el autor, de manera que por la unión de todos juntos podamos dar lo que es de veras útil a las almas, en la forma adecuada, en la más conveniente para una mayor divulgación.

Respecto a la divulgación, las Constituciones dicen asimismo algunas cosas: hay que llevar a Jesucristo al mundo, pero sin asumir el espíritu del mundo. Pueden darse peligros. Cada cual, en la meditación y en la oración, prepárese a hacer el bien sin encajar el mal.

Además: «...la palabra de Dios pueda llegar a las almas en conveniente cantidad y frecuencia».[4] Ahí está la importancia de la propaganda: en llegar a las almas. Máxima difusión, pues. Es preciso que tengamos libros escogidos, producción selecta, pero que se multiplique indefinidamente. Un libro, aunque sea óptimo, si se queda en el almacén o se difunde en pocos ejemplares, ¿qué bien hará? La estabilidad económica del Instituto requiere también tirajes más amplios. ¿Qué medios usar?

Hoy debe de cuidarse particularmente la propaganda colectiva, que nos permite llegar a más personas y ahorrar el tiempo que emplear en otras cosas necesarias. El apostolado tiene que rendir al máximo, para la gloria de Dios y para la salvación de las almas.

Pasamos a una reflexión sobre nuestra Madre y Reina.

El primer pensamiento es este: cabe distinguir tres devociones a María. La primera devoción a María fue la de Jesús, que la llamaba madre y la obedecía. No es una devoción para nosotros, pues a María no podemos llamarla madre natural, sino madre espiritual. La segunda devoción, la más antigua en la Igle- Pr 5 p. 140

[4] En el original latino: «*Convenienti copia et frequentia pervenire possit*» (*Constituciones SSP*, art. 247, ed. 1966).

sia, fue la de los apóstoles. El título *«Regina Apostolorum»* está a la cabeza de todos los títulos, después del de la divina maternidad. Es más, puede decirse una cosa que conviene meditar con atención, para no caer en una especie de error: todo lo que tuvo María, fue para ser "apóstol". La misma maternidad la tuvo para darnos a Jesús: ¡es su apostolado! Para darnos a Jesús, no sólo como cuando ella lo presentó a los pastores y a los Magos, sino para seguir dándolo a todos los hombres, pues el Hijo de Dios encarnado la ha constituido mediadora y distribuidora de la gracia, y por tanto de la salvación.

Cuando decimos "devoción a la Reina de los Apóstoles", no somos gente que inventa una devoción, sino que volvemos a los orígenes del cristianismo; igualmente que, cuando divulgamos el Evangelio, no instituimos una novedad, pues ese ha sido el oficio de los apóstoles.

Además, María es *Regina Apostolorum* en cuanto suscita todas las vocaciones; en cuanto prepara los ánimos, las personas para todo apostolado; en cuanto interviene con su gracia en todas las obras de apostolado.

Cuando se habla de propaganda, recordemos siempre el segundo misterio gozoso: la visita de María a santa Isabel. Es la primera propaganda de Jesús. María lo llevó en el seno para salud, salvación y santificación de aquella familia. Propaganda hecha a pie con muchos kilómetros de camino. La visita a esa familia debe servir de | modelo en la propaganda, en la visita a las familias.

Pr 5
p. 141

Es de recomendar particularmente la propaganda de los periódicos (revistas). El libro es la palabra de Dios que entra una vez en la familia; en cambio, el periódico llega cada semana, cada mes. Cuidaremos, pues, de modo especial la propaganda de los periódicos hecha en forma colectiva.

Para concluir recordemos tres pensamientos.

El primero es de Bossuet.[5] Dice él que el Señor quiso dárnoslo todo por María y que no cambiará estilo; continuará con su método: por tanto, quien quiere gracia debe recurrir a María.

---

[5] Benigno Bossuet (1627-1704), obispo de Meaux, célebre orador y escritor, intérprete del "siglo de oro" de la cultura francesa. Entre sus conocidas obras : los *Sermones* y el *Discurso sobre la historia universal*.

El segundo es de san Dionisio,[6] que dice: «Entre las cosas divinas, la divinísima es atender a la salud de las almas». Consideremos a la Familia Paulina como un conjunto de almas apostólicas, que se dan y emplean todas las fuerzas por los hombres. ¡Ah, si pudiéramos decir al final de la vida: nada he ahorrado por ellos: ni tiempo, ni salud, ni ingenio, ni comodidades; nada he ahorrado por las almas, nada! Se impone un gran examen. ¡Cuántas fuerzas aún que no se acumulan alrededor de la misión, de la vocación, de la voluntad de Dios! ¡Hay que recoger las fuerzas en lo que debemos hacer!

El tercer pensamiento es de san Agustín: Todos los predestinados al paraíso están en el seno de María, que a todos nutre y guarda, hasta que les engendre en la gloria eterna del cielo.

Así pues, nos consagramos, y también nuestro apostolado, a María. La oración «Recíbeme» es nuestra consagración; luego viene la consagración de nuestro apostolado.

De modo especial vamos a releer en el *Libro de las* | *Oraciones* la dedicada para antes del apostolado técnico y para antes de la propaganda. Pr 5 p. 142

Ya he recordado que en estos días tenemos que rezar por el Papa y también que esta iglesia debe ser el lugar sacro donde hagamos nuestras las intenciones del Papa. Vuelvo a recordarlo ahora con insistencia y, para concluir, cantemos: *«Dóminus conservet eum»*.[7]

---

[6] Dionisio, uno de los 25 santos homónimos, probablemente hay que identificarlo con el pseudo-Areopagita, escritor neoplatónico del V siglo, autor de la *Celeste Jerarquía*.

[7] «El Señor lo conserve...»: verso del responsorio *Pro Summo Pontífice*.

VIDA RELIGIOSA PAULINA [1]

El altar de la iglesia *Regina Apostolorum* es diario privilegiado,[2] y asimismo el altar central de la cripta. Está concedida indulgencia plenaria, en vista de la dedicación de la iglesia, todos los primeros sábados del mes, en todas las fiestas de María, en las fiestas de la Iglesia universal, en las fiestas de nuestro Señor Jesucristo, de los cuatro evangelistas y de los apóstoles, a quien haga al menos un piadoso ejercicio de media hora rezando por las vocaciones, o sea según las finalidades de esta iglesia. Recemos por todas las vocaciones: sacerdotales y, en especial, las religiosas, para todos los apostolados.

Hoy es el día adecuado para hablar de la vida religiosa.

A María se la llama también Reina de los religiosos. Todos sabemos qué significa la vida religiosa; sin embargo conviene que ahondemos un poco sea en la respectiva doctrina, sea en la
Pr 5 práctica y en | la piedad religiosa. También ésta ha de ser diver-
p. 143 sa o superior a la piedad de los cristianos.

1. ¿Qué es la vida religiosa? Es la voluntad del Señor respecto a nosotros: Dios llama a algunas almas a que le estén más cercanas en el cielo y, de consecuencia, las quiere más cercanas a sí en la tierra. La vida religiosa es por tanto un don de Dios, un privilegio. Resulta claramente del Evangelio, cuando el Señor llama a algunos a su seguimiento especial [cf. Mc 3,13-15]. Pero hay siempre quien no corresponde a la gracia y quien, correspondiendo, recibe mayores gracias para alcanzar la perfección, en cuanto es posible en esta tierra.

La vida religiosa es fruto de una fe más viva, de una esperanza más firme y de una caridad más ardiente. No podemos encontrar otra senda para invitar a las almas a la vida religiosa y para formarlas, otra senda más segura que esta: predicarles las verdades de la fe, hacer brillar ante ellas el pensamiento, la visión del paraíso y llevarlas a la santa comunión, a la intimidad

---

[1] Meditación dictada el sábado 4 de diciembre de 1954.

[2] "Diario privilegiado": expresión canónica para indicar que quien celebra en ese altar, puede lucrar la indulgencia plenaria cada día.

con Dios. Es decir, infundir, por la gracia del Señor, fe más viva, esperanza más firme y caridad más ardiente. Entonces estas almas no se sentirán sólo inclinadas a la vida cristiana, sino propensas a escoger lo mejor. *«Óptimam partem elegit sibi María»*.[3] ¡Qué sensato es esto!

Pero la vida religiosa es como una planta que requiere un ambiente particular, necesita un clima cálido, tanto para nacer, cuanto para crecer, como para fructificar. Generalmente las vocaciones nacen en las parroquias donde la vida cristiana se vive bien, en las familias que se han merecido la gracia de dar un hijo o una hija al Señor; lo han merecido con la práctica de los mandamientos, con la práctica del | culto. La vida religiosa Pr 5
brota cuando el joven o la joven da con un maestro bueno o una p. 144
maestra que siente la nobleza de su misión; cuando tienen un confesor que sabe hablarles íntimamente; cuando están rodeados de compañeros buenos; cuando los padres les cuidan como a lirios y tesoros, que no deben sentir el hálito del mundo para no quedar corrompidos. Es entonces una flor defendida por un seto, plantada en buen terreno, y por tanto se abre, crece, a su tiempo da frutos.

Dolorosamente el mundo en que vivimos está circundado, más aún, minado de peligros. Por eso los cuidados de los sacerdotes y del Instituto han de ser mucho más circunspectos. De muchos peligros, hace cincuenta años, ni se hablaba; pero hoy ahí están, y son bien insidiosos. Es preciso, pues, que las vocaciones sean confiadas a María.

Recordemos lo que dice Pío XII en la exhortación apostólica *«Sacra Virgínitas»*.[4] Es una palabra que nunca habíamos oído en esa forma. Dice que infundir la devoción a María en un joven o en una joven significa hacerle tomar, adoptar, usar los medios para vivir delicadamente. En efecto, tal devoción resume en sí estos medios: implica y aplica un gran temor al pecado, un gran amor de Dios, un deseo de quedarse fuera de tantos peligros. Sitúa a los jóvenes en un ambiente cálido, donde se respira aire puro, aire sobrenatural.

---

[3] Lc 10,42: «María ha escogido la parte mejor».

[4] Más exactamente, no se trata de una Exhortación apostólica sino de una Carta encíclica, publicada por Pío XII el 25 de marzo de 1954.

María es la madre de los religiosos. Se la puede considerar de veras digna de este título, pues ella inició en el mundo la vida religiosa con el voto de pureza, con el amor a la pobreza, con el amor a la obediencia, con el amor y la santificación de la vida doméstica, que es vida común. La vida religiosa tiene como
Pr 5 modelo la vida de Nazaret. Allí se dio la | primera forma de vida
p. 145 religiosa, la primera forma de la perfección cristiana.

Jesús se hizo el doctor y el modelo de la vida religiosa; se hizo la gracia del religioso. Y esta doctrina fue vivida antes por María, por el propio Jesús, por san José en la casita de Nazaret. Tres azucenas delicadísimas. Amor al trabajo, a la pobreza; constante docilidad al querer de Dios; paciencia, piedad, caridad, que son el ornato de la vida religiosa bien vivida. María en Nazaret era como la madre de la vida religiosa.

Luego, durante el ministerio público de Jesús, ella fue quien escuchó mejor, entendió más y practicó exactamente cuanto Jesús enseñaba. Jesús invitaba a la vida religiosa. ¿Cómo podía faltarle este mérito a María, la criatura que reúne las gracias y los méritos de todas las demás criaturas, superándolas? No podía faltarle a ella el mérito grande, especialísimo de la vida religiosa, pues en el cielo estaba destinada a ser elevada por encima de todos los coros angélicos y santos del paraíso.

Tenemos que pensar también en las ventajas de la vida religiosa. Ante todo, aleja de muchos peligros; luego procura muchos más medios para nuestra santificación y salvación. Por ello, en la vida religiosa se cae más raramente y, si se cae, es más fácil levantarse. Las jornadas se llenan de méritos, porque practicamos la obediencia continua, el amor perfecto en la castidad perfecta, la pobreza perfecta, y tenemos la posibilidad de cumplir abundantes prácticas de piedad.

Y nosotros, Paulinos, en el apostolado de las ediciones, ¡qué aumento! Doble paraíso. ¡Qué nobleza tienen todos los Paulinos en dedicarse a un apostolado de cristianización y de civilización cristiana, constituidos como en altavoces de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia!

Pr 5 Una muerte más serena aguarda a los religiosos; una espe-
p. 146 ranza y confianza más cierta del paraíso y un juicio que, ya en el lecho de muerte, se preanuncia favorable. Esta alma ha buscado siempre a Jesús y finalmente le encuentra, le ve: «Pasa a la fiesta de tu Señor» [Mt 25,21].

2. Es útil decir ahora algo sobre la práctica de la vida religiosa.

¿Somos de veras religiosos, según las Constituciones, según la doctrina del Evangelio concerniente a la vida religiosa, según el derecho canónico? Se requiere fe viva en los principios evangélicos que rigen la vida religiosa. Luego se requiere una piedad particular, más alta, más cálida, más sensata que la de los simples cristianos. Después es necesaria una voluntad más generosa, más pronta en el servicio de Dios. La vida del religioso ha de estar basada en el ejemplo de Jesús y de María.

Además es preciso que tengamos celo por las vocaciones. Quien tiene celo por las vocaciones, salva y santifica la propia. Por otra parte, el amor a la propia, aumenta el celo por la vocación ajena. No todos corresponden a la llamada divina. Incluso en el Evangelio vemos ejemplos de jóvenes llamados que no correspondieron. Un cierto escritor, usando expresiones poco respetuosas, dice: "El Señor fue un empresario infeliz, porque creó tantos ángeles en el paraíso y una buena parte se rebelaron, convirtiéndose en tizones del infierno; creó a Adán y Eva como progenitores de la humanidad, y se rebelaron y pecaron; da tantas vocaciones, y muchos no corresponden. ¡Empresario infeliz!".

El Señor ha hecho al hombre libre. La vocación es un acto de amor de Dios, por eso requiere un acto voluntario de amor para seguirla, corresponderla. Hay que modelarse sobre el Hijo de Dios: | «Padre, si quieres, mándame. *Ecce venio*» [5] [cf. Is 6,8; Heb 10,7]. Él, que es el sacerdote y el apóstol: *«Habemus pontíficem et apóstolum nostrum Christum Iesum... Ecce venio»*.[6] Pr 5 p. 147

Y hay que modelarse sobre el ejemplo de María. Apenas oyó su vocación, enseguida: *«Ecce ancilla Dómini, fiat mihi secundum verbum tuum»*.[7] Sí, el sí generoso, cotidiano. La vocación a veces no es correspondida cuando se oye la voz de Dios, y a veces no es correspondida después, cuando ya se había dicho el sí.

---

[5] «Aquí estoy yo».

[6] Cf. Heb 3,1: «Considerad al enviado y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús».

[7] Lc 1,38: «Aquí está la sierva del Señor; cúmplase en mí lo que has dicho».

3. Si se abandona la piedad, ¿qué sucede? La vocación es una gracia especial, y como nace, así vive, se mantiene y fructifica. Nace de una fe más viva, de una esperanza más ferviente, de caridad más ardiente, de piedad sentida. Por eso siempre requiere aumento de fe, de esperanza y de caridad.

El llamado a la vida religiosa es quien mejor desarrolla su personalidad humana, haciéndolo de modo excelente, tanto en aspecto humano como en el sobrenatural; este último mantiene al primero en el recto camino.

¿Somos de veras fieles a toda la piedad? Si ésta llega a faltar, falta el alimento. Debe ser una piedad no incolora, sino de color paulino, o sea orientada al Maestro divino, a la Reina de los Apóstoles, a san Pablo. ¡Es nuestra piedad, la que no sólo mantiene al Paulino o Paulina, sino que aportará gozo a la vida religiosa! Sí, dará gozo y llevará a la santificación, a un apostolado amplio y profundo que llegará a convertir las almas.

Ahora vamos a cantar las Letanías de los Escritores.

Dedíquese toda esta jornada a pedir vocaciones y la gracia de corresponder a la nuestra.

ORDENACIÓN DE LOS SACERDOTES [1]

Pr 5
p. 148

Siempre hemos de renovar el "Pacto" con nuestro Señor. Viéndonos tan escasos en todo: ciencia, espíritu, apostolado, pobreza, nos comprometemos a usar cualquier medio para la gloria de Dios y el bien, la paz de los hombres, renovando a la vez nuestra confianza en Dios. «Todo lo que pidáis en la oración con esa fe lo recibiréis» [cf. Mt 21,22]. Este "Pacto" hay que repetirlo especialmente hoy, día de la ordenación de los sacerdotes, por dos motivos: primero, porque aun habiendo puesto empeño en la preparación al sagrado ministerio sacerdotal, dicha preparación resulta siempre muy escasa respecto a los grandes cometidos, a los deberes del sacerdote en su vida; segundo, porque la vida sacerdotal presenta tales y tan frecuentes dificultades, que sin una especial gracia, una asistencia continua, no se podrá ser sacerdotes buenos y activos en la Iglesia de Dios. Por eso se requiere hoy máxima humildad y confianza extrema, total, en Quien nos ha llamado. Habiéndonos llamado, proporciona las gracias a nuestras necesidades, a los oficios que nos ha confiado.

Las dificultades se perciben enseguida si se considera quién es el sacerdote y qué debe hacer. No hace falta perderse en altas especulaciones. Basta mirar al Maestro divino: él es el sacerdote eterno, nosotros participamos en su sacerdocio. ¡Sí, hay que mirar a Jesucristo, y a cuanto ha hecho! Él enseñó, dejó los más santos ejemplos de virtud; muriendo en la cruz, obtuvo la gracia, la vida sobrenatural que nosotros debemos infundir | en las almas. ¡Miremos a Jesucristo!

Pr 5
p. 149

Su sacerdocio estuvo preparado con muchos años de trabajo, de oración, de escondimiento, de humillaciones, allá en la casita de Nazaret. La preparación inmediata fue así: antes de manifestarse, antepuso numerosos días de ayuno; luego se mezcló con los publicanos y pecadores para recibir el bautismo de penitencia. Él, la santidad, recibe el bautismo de penitencia de un hombre.

---

[1] Meditación dictada el domingo 5 de diciembre de 1954, II de Adviento. – Del *"Diario":* «Hoy el tema de los festejos para la inauguración del Santuario es *el Sacerdocio*. De hecho, en el programa está escrito, a las 8,30: "Sagradas ordenaciones"». En aquella celebración fueron ordenados quince sacerdotes paulinos.

Su profunda humildad obtuvo que el Padre celeste interviniera y lo diese a conocer, indicándolo a los presentes: «Este es mi Hijo, el amado, en quien he puesto mi favor» [Mt 3,17]. Jesús predicó la verdad, porque vino a traerla desde el cielo para la salvación de todos. A tal fin nos anunció su Evangelio.

En el de la misa de hoy [Mt 11,2-10] leemos precisamente el episodio en que Juan Bautista desde la cárcel manda a unos discípulos donde Jesús, que estaba predicando, a preguntarle: «¿Quién eres?» – Preguntemos a Jesús quién es el sacerdote.

Jesús dio dos respuestas: por una parte describió cuáles eran sus obras. Así se conoce al sacerdote, por su vida ejemplar. Esto es lo que esperan los fieles. El sacerdote anuncia la palabra de Dios: *«Et páuperes evangelizantur»*.[2] Ahí tenemos: Jesús evangeliza a los pobres. Imaginémonos a Jesús en aquellos tres años de vida pública, mientras va de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de casa en casa, por los caminos y los senderos de las montañas, por la orilla del mar, en la barca: predicaba y enseñaba.

Hoy no basta el púlpito: se necesitan todos los medios. Realmente en pocos años se ha transformado el mundo y nosotros, para caminar con él, debemos actualizarnos. El cine, la radio, la prensa, la televisión..., cuanto sirve | para comunicar el
Pr 5
p. 150
pensamiento está todo en movimiento. Y realmente el cine, también en la Sociedad de San Pablo, ha dado pasos importantísimos, más difíciles, porque con el paso de los tiempos los nuevos medios son más costosos y requieren asimismo mayor capacidad para usarlos.

Ahí está el sacerdote, que predica no sólo desde el púlpito o en el confesionario, sino con la película y con la prensa. *«Ego sum lux mundi – Vos estis lux mundi»*.[3] El sacerdote es Jesús predicador.

Los protestantes han intentado reducir al sacerdote solamente a predicador. No: es también la persona que comunica la vida; persona que se conoce por las obras, por los ejemplos, por su vida delicada, mortificada, pobre, laboriosa, generosa, activa.

---

[2] Mt 11,5: «Los pobres reciben la buena noticia».

[3] Jn 8,12: «Yo soy la luz del mundo». Mt 5,14: «Vosotros sois la luz del mundo». – Observemos que estas palabras fueron grabadas, por voluntad del Fundador, en el frontal del altar mayor del Santuario, a los lados del sagrario.

Además Jesucristo es nuestro ejemplo, y el sacerdote también debe serlo: *«Exemplum præbe te ipsum»*,[4] dice san Pablo al sacerdote [Tito] su discípulo: sé ejemplo. Jesús edificó de modo particular con sus ejemplos. ¡Qué humildad, qué sumisión al Padre, qué bondad con todos, qué espíritu de caridad, qué espíritu de oración! El sacerdote debe ser ejemplar. Cuando nos preguntan: ¿Tú quién eres?, no hemos de responder sólo con palabras, sino decir también: "mirad las obras, mirad mi modo de vivir".

Cuando, tras el año 1861, llegaron a Japón los nuevos misioneros porque también en aquel país se había abierto la puerta a la inmigración, hasta entonces prohibida, los fieles que desde hacía tres siglos no habían oído a ningún predicador ni visto a ningún sacerdote, oyéndoles ahora hablar de Jesucristo, comenzaron a esperar o, al menos, a dudar que aquellos fueran auténticos sacerdotes católicos. Y entonces les plantearon unas preguntas por medio de una | comisión: "¿Quiénes sois? ¿Os ha Pr 5
mandado el obispo de Roma? Segundo: ¿Entre vosotros se reza p. 151
a la Virgen? Tercero: ¿Vivís en castidad"?

El sacerdote es «sal de la tierra» [Mt 5,13]. La sal tiene que penetrar doquier, en todas las partículas del alimento. El sacerdote no es una bonita estatua que se expone a la vista de todos. Es un hombre que vive al modo corriente: come y bebe como los demás, tiene las tentaciones que sufren los demás, las luchas interiores que experimentan los demás. Pero debe ser ejemplar en vencerse, en negarse: tal es el sacerdote.

El sacerdote es un orante. Siempre tiene que remover el cielo, suplicar a la Virgen, a todos los santos, suplicar al Maestro divino glorioso, suplicar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en favor del pueblo. *«Ecce multum orat pro pópulo et civitate sancta Dei»*, se dice del gran sacerdote en la Escritura: «Este es el hombre que intercede continuamente por el pueblo y la santa ciudad, o sea Jerusalén».[5] El sacerdote debe tratar con Dios las causas de los hombres, y tratar con los hombres la causa de Dios. Es un intermediario, como Jesucristo.

---

[4] Tit 2,7: «Preséntate en todo como un modelo».

[5] Cf. 2Mac 15,14. En el texto bíblico, estas palabras del sumo sacerdote Onías se refieren explícitamente al profeta Jeremías.

Por otra parte, está llamado al sufrimiento, que va aumentando en la vida a medida que se adelanta y se cumplen o se deben cumplir los cometidos característicos en el sacerdocio. «Los pequeños, pequeños sufrimientos; los grandes, grandes sufrimientos».[6] Esto para que realmente el sacerdote reproduzca en sí a Jesucristo. No acaban las fatigas y los sacrificios con la ordenación; al contrario, comienza lo que propiamente se puede llamar penas y sacrificios. Hay que obtener, pues, del Señor la gracia de que su palabra produzca fruto y que los fieles imiten valientemente a Jesucristo, observen los preceptos y sean muchos quienes se consagren a Dios mediante los santos | votos.

Pr 5
p. 152

El sacerdote comunica esta vida divina especialmente en los sacramentos: bautismo, comunión; pero hay otros modos, pues los caminos de la gracia son tantos para llegar a las almas.

Hemos de invocar las gracias para los nuevos sacerdotes. El breviario de hoy, en las primeras lecciones de la Escritura recuerda las palabras proféticas respecto a Jesús y a todo sacerdote, que es otro Jesús viviente: *«Requiéscet super illum spíritus sapientiæ et intellectus, scientiæ et consilii»*, etc.[7] Queremos, pues, pedir que el espíritu de sensatez, de ciencia, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de piedad y de temor de Dios se desborde sobre estos sacerdotes. Ellos no deberán ya juzgar las cosas como se presentan al modo humano, ni detenerse a escuchar todos los juicios de los hombres, sino juzgar según los principios divinos. Tienen la luz de Dios y, en base a esta luz, lo ven y consideran todo.

Es de notar particularmente una cosa para nosotros: el sacerdote debe formar la mentalidad cristiana, pero la que es conforme al Evangelio.[8] En la sociedad, en el mundo, ya no representa un partido sino una escuela social: la del Maestro Jesús, la que Jesús enseñó con su vida y con sus palabras. ¡Escuela divina, incluso para lo concerniente a la familia y al individuo! El sacerdote, en fin, es el predicador de las cosas espirituales, de

---

[6] Proverbio popular. [“Según es el esquilón, así es el son”].

[7] Is 11,2: «Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y de prudencia».

[8] Este tema es ampliamente desarrollado por el Autor en el opúsculo *“Amarás al Señor con toda la mente”* (cf. *Alma y cuerpo para el Evangelio*, colección Opera Omnia, San Paolo 2005).

los bienes espirituales. Es quien hace el *"anuncio"* continuo del paraíso, para que todos se enamoren y quieran ir a él cueste lo que cueste; y a la vez, el sacerdote enseña la senda y ofrece los medios para recorrerla.

Consideremos también la gran necesidad de sacerdotes. Cuando en 1870 fue tomada Roma y se hizo la unidad de Italia, ésta no llegaba a los 30 millones | de habitantes y contaba con 120.000 sacerdotes. Ahora alcanzó los 48 millones y los sacerdotes son unos 47.000. Esta disminución no se ha dado sólo en Italia, sino más o menos en todo el mundo. Por entonces la población mundial estaba muy por debajo de los dos mil millones; ahora supera los dos mil quinientos millones, y los sacerdotes disminuyen.[9] Se va en sentido inverso.

Pr 5
p. 153

«Orate ergo Dóminum messis ut mittat operarios in messem suam».[10]

Propósitos. ¿Estimo suficientemente al sacerdote? ¿Lo venero por sus oficios? ¿Me acerco a él para ser iluminado y santificado? ¿Rezo por las vocaciones?

Digamos, pues, a María: *«Roga Filium tuum ut míttat operarios in messem suam»*.[11]

---

[9] Tales cifras estadísticas de 1954 hay que actualizarlas obviamente. Hoy (2005) la población italiana es de unos 58 millones, con 52.268 sacerdotes (entre diocesanos y religiosos). La población mundial llega a unos seis mil trescientos millones, con 405.450 sacerdotes.

[10] Mt 9,38: «Rogad al dueño que mande braceros a su mies».

[11] «Ruega a tu Hijo para que envíe obreros a su mies»: antífona «Súscipe nos» al Magníficat, en las segundas vísperas de la Reina de los Apóstoles.

LOS COOPERADORES [1]

La celebración de esta novena tenía un primer fin: la Dedicación de la iglesia y el agradecimiento; y un segundo fin: llevarnos a unos propósitos y sacar abundantes frutos espirituales. El día de la Inmaculada será el día de los propósitos, y en este triduo [debemos] prepararlos. Si los días pasados han sido un poco desasosegados para el espíritu, ahora [se impone] más recogimiento, más oración, más reflexión. Un Año Mariano no
Pr 5 p. 154 puede cerrarse sin habernos traído una más profunda | devoción a María, que dure por toda la vida, más aún, que aumente, siempre con la mira y el pensamiento de amar a esta Madre, de rezarla, de estudiarla, de darla a conocer. Así nos preparamos a ir al cielo a cantar sus alabanzas, y con ella cantar a la augusta Trinidad, a Dios óptimo y máximo. Entonces habremos alcanzado nuestro fin.

La celebración no consiste principalmente en las cosas externas, sino que está especialmente en las visitas, adoraciones y, más particularmente aún, en los momentos culminantes de la piedad: misa, comunión, predicación, confesión. La confesión semanal, para quien aún no haya proveído, convendría hacerla antes de la fiesta de la Inmaculada. La confesión nos lleva a reflexionar sobre nosotros y a pensar qué debemos hacer aún para servir mejor al Señor y para merecernos más abundantes gracias de María.

Si esta novena excitara de veras un fervor vivo de amor a María, no habría necesidad de recomendar ni la castidad, ni la pobreza, ni la obediencia, ni la vida comunitaria, ni el apostolado. En María lo encontraríamos todo, porque todo bien pasa por sus manos. Quien busca gracia y no se dirige a María, sería como un pájaro que quisiera volar sin alas: [2] no lo lograría.

En toda alma penetre profundamente el sentimiento de amor a María. Preguntémonos estos días en cada examen de

---

[1] Meditación dictada el lunes 6 de diciembre de 1954.

[2] Referencia evidente a un célebre terceto de la oración de san Bernardo en el poema de Dante: «Mujer, eres tan grande y tanto alcanzas, / que quien gracia desea y no te busca / igual es que intentar volar sin alas» (DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, "Paraíso", XXXIII, 15-17).

conciencia: ¿Amo a María? ¿Conozco bien a esta Madre? ¿La imito en sus virtudes? ¿Tengo el deseo vivo y eficaz de darla a conocer?

La encíclica de Pío X, «La cristianización del mundo por medio de María»,[3] será de actualidad hasta el fin del mundo: éste debe volver a Jesucristo por medio de María. El mundo necesita | dirigirse a la Iglesia romana, a Jesucristo, a su Vicario por medio de María. Pr 5 p. 155

Cuando en un alma se enraíza profundamente la devoción a María, y cuando en el mundo se injerta la devoción a María, se produce una transformación en las almas: transformación espiritual, intelectual, transformación vital. En la sociedad se verá al mundo dirigirse al Evangelio y a la civilización cristiana extenderse y aportar sus frutos en cada una de las naciones.

No se es Paulinos si no se tiene el corazón amplio, la mente amplia para pensar en todos los hombres, y tampoco se tendría el espíritu de Jesucristo, que vino a dar su vida por todos. *«Deus vult omnes hómines salvos fíeri et ad agnitionem veritatis venire»*.[4] ¡Ojalá se multipliquen las vocaciones; en las naciones surjan santuarios dedicados a María; los estados se pueblen de conventos, y los conventos de almas fervorosas!

En esta obra necesitamos la ayuda de los Cooperadores.

La jornada presente es para pedir al Señor esta ayuda. Es decir, contar con personas que, aun permaneciendo en su vida ordinaria, pero viviendo como buenos cristianos, aporten a la Congregación, a la Familia Paulina, un subsidio de oraciones, de obras y de ofertas de modo que el bien se amplíe.

¿Quiénes son, entonces, los Cooperadores?

Son personas que tienen el sentido de Cristo.

Los Cooperadores son personas que tienen una instrucción cristiana más grande, una fe más viva.

Los Cooperadores son quienes llevan una vida mejor; son quienes tienen celo y piensan en la salud de las almas; quienes ven en la Familia Paulina una iniciativa, una organización religiosa que, mientras atiende a perfeccionarse, quiere dar a Jesu-

---

[3] Encíclica *Ad díem illum*, 2 de febrero de 1904, ya citada.

[4] 1Tim 2,4: «[Dios] quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad».

Pr 5 p. 156 cristo al | mundo, su doctrina con los medios modernos: prensa, cine, radio, televisión.

Los Cooperadores comprenden la doble finalidad de la Familia Paulina; entienden en sustancia los dos primeros artículos de las Constituciones [5] en el modo en que pueden comprenderlos; y entienden a la vez el estado de la sociedad actual, las necesidades de la sociedad actual, la eficacia que tienen estos medios puestos por el progreso al servicio del hombre y al servicio del apóstol. No son personas comunes; no son de quienes sencillamente mandan la oferta para la misa o simplemente se adhieren para tener el beneficio de las 2400 misas anuales, sino personas que tienen dos intenciones:

1. Dedicarse a una vida mejor, imitando, como les es posible, la vida religiosa paulina. Es una elevación de la vida simplemente cristiana a una vida que imita la vida religiosa, en cuanto es posible a quienes viven en familia. Cuando mandaron una persona a dirigir a los Terciarios dominicos,[6] se preguntó: ¿Qué deberá hacer? – Hacerlos mejores cristianos; más instrucción religiosa, más vida prácticamente cristiana, más piedad y, si podéis, llevarles al celo, a esmerarse en el bien, a desvivirse entre el pueblo, entre las almas para que éstas se acerquen más a Jesucristo. – Pues bien, más o menos eso. Pero la primera condición para el Cooperador paulino es querer mejorar la vida. No será algo improviso, se adelanta por grados, pero ahí está el principal intento.

2. Pensar en las almas de los demás, no viviendo cerrados en nuestro egoísmo, no una piedad que se restringe y tal vez se transforma en meras obras y prácticas de piedad, hechas más o menos bien. El Cooperador paulino considera la actividad, el Pr 5 p. 157 celo del apóstol Pablo; lee gustosamente la vida, las | Cartas y, pensando en las grandes fatigas del Apóstol en dar por Cristo su misma vida, sale un poco de sí, mira alrededor y, si tiene inteli-

---

[5] Los dos primeros artículos de las Constituciones precisan la doble finalidad de la institución: búsqueda de la perfección evangélica de los miembros, y apostolado para la evangelización del mundo, con los medios específicos de la comunicación social.

[6] Referencia autobiográfica: el P. Alberione fue Terciario dominico y, por encargo del obispo, director de los Terciarios en Alba (cf. *Abundantes divitæ*, nn. 121 e 204.6).

gencia, se siente empujado muy adelante, hacia todas las naciones. «Recomiendo que se tengan súplicas por la humanidad entera», se dice en la Escritura [1Tim 2,1]. El Cooperador no sólo orará sino que actuará conforme a sus convicciones. Si es padre, o madre, educará mejor a los hijos para conducirlos a la salvación; pedirá al Señor la gracia de una vocación en su familia o parentela; si es un empleado, o maestro, o profesional, o trabajador en una fábrica, verá qué puede hacerse en el entorno por las almas, y especialmente mirará a usar o favorecer el uso de los medios de apostolado paulino.

La Familia Paulina ha tenido al principio un gran número de Cooperadores. Oigo que a veces se dicen cosas que no corresponden a los hechos, a la historia. ¡Cuántas almas han circundado el nacimiento, la cuna de la Familia Paulina![7] Ante todo, sacerdotes y, quizás aún antes, clérigos, después tantos fieles que habían conocido las finalidades de la Congregación.

Especialmente es digna de ser recordada una familia, en la que se dio de veras el modelo, el campeón de la cooperación paulina.[8] Nada se dejaba fuera, llegando hasta los votos religiosos temporales, observados en casa, como es posible en una familia. Toda la piedad iba dirigida a la Familia Paulina.

Hubo personas que ofrecieron la vida; personas que dieron cuanto poseían; personas que se hicieron propagandistas de toda nuestra prensa; personas que venían a pedir noticias, no sólo, sino que querían tener parte en los progresos, los deseos, las necesidades. Personas que han sido visiblemente | bendecidas por Dios. Sí, el Señor se dignó aceptar incluso el ofrecimiento de algunas vidas. Recuerdo especialmente a algunos clérigos. Alguno cerró su vida durante la primera guerra mundial y alguno enseguida después del sacerdocio. Pr 5 p. 158

Las familias religiosas, especialmente las de mayor vida activa deben, por una parte, ser progresistas y, por otra, para caminar, necesitan ayuda, y ésta es triple:

---

[7] Cf. de nuevo *Abundantes divitiæ*, nn. 121-123.

[8] Se refiere probablemente a la familia Vigolungo de Benevello, compuesta por los padres Francisco y Secundina y cinco hijos, entre ellos Maggiorino, que llegó a ser el «pequeño apóstol de la Buena Prensa».

a) Ayuda de oración: buenas misas, santas comuniones, vida de piedad vivida que parte de la meditación y del examen de conciencia, de la adoración y del confesionario.

b) Ayuda de obras: los propagandistas de las ediciones, en especial con la propaganda colectiva. Mucha ayuda nos puede venir de los fieles, de los propagandistas. Algunos, en efecto, formaron sus bibliotecas, otros pensaron en la difusión de los periódicos. Otros, escritores y corresponsales de los periódicos, escriben libros, ofrecen guiones para el cine; y otros aún, de lejos, hablan por la radio en nombre nuestro, y preparan incluso algunas transmisiones de televisión, y ayudan de todos modos en estos medios de apostolado.

c) Están luego las ofertas, en particular para las nuevas obras, por ejemplo las iglesias de la Familia Paulina, o los nuevos medios de producción, o las nuevas vocaciones, o las nuevas casas que van estableciéndose por aquí y por allá... porque solemos mandar [apóstoles paulinos] a las naciones como Jesús mandó a los apóstoles. Y de veras quienes han ido a las varias naciones, han practicado la invitación de Jesús: Id sin nada [cf. Lc 22,35]. Luego, regresando, al preguntarles: «Fuisteis sin nada, ¿os ha faltado algo?». «No», respondieron.

Pr 5
p. 159

Pensemos en el día cuando se dio aquella | pesca milagrosa en el lago de Genesaret. Pedro, por obediencia, había lanzado las redes para la pesca, aunque antes objetó que durante toda la noche no había logrado capturar un sólo pez. Pero *«in verbo autem tuo laxabo rete»*,[9] y las redes se llenaron. Y entonces, dice el Evangelio, *«annuerunt sociis»*,[10] llamaron a los compañeros para retirar las redes llenas de peces, sacarlos a la playa y luego separar los buenos de los malos.

En 1908 oí esta invitación de mi director espiritual: «Recuerda siempre: *Annuerunt sociis:* es preciso buscar ayuda de las personas». Se empezó enseguida a cuidar a los Cooperadores.

Aludo apenas a algo que se debería explicar ampliamente:

1) Reclutarlos. Cuanto más inteligentes sean, mejor.

2) Formarlos con la instrucción, con el boletín.

---

[9] Lc 5,5: «Fiado en tu palabra echaré las redes».

[10] Lc 5,7: «Hicieron señas a los socios de la otra barca».

3) Organizarlos.

4) Procurar llevarlos a mayor santidad, a mejorar su vida cristiana.

5) Dirigir sus fuerzas a las finalidades de la Familia Paulina, o sea a la difusión de la doctrina cristiana con los medios más modernos.

Me surgió también una duda: algunos Cooperadores ¿pueden llamarse tales? Y la duda ha ido adelante, acerca de un punto que no es prudente ahora tratarlo. Pero aun sin aludirlo, hay que concluir así: el Cooperador es un alma que se nos une, a la que debemos amar, ayudarla a salvarse, y que luego debe darnos la mano para que el nombre de Jesús sea llevado a todas partes y el Evangelio, como dice san Paolo, *«currat et clarificetur»:* [11] se expanda y sea acogido.

[11] 2Tes 3,1: «[El mensaje del Señor] se propague rápidamente y sea acogido con honor».

Pr 5
p. 160

LA FAMILIA PAULINA EN LAS NACIONES [1]

Esta es la jornada más paulina entre todas las de la novena. San Pablo, el apóstol de las naciones, de las gentes, escribía a los Romanos, hablando de Jesucristo: *«Per quem accépimus gratiam et apostolatum ad obœdiendum fídei in ómnibus géntibus»:* de Jesucristo ha venido la gracia y la vocación al apostolado, para ir a las diversas naciones, a predicar la fe, la salvación de las almas [cf. Rom 1,5]. Y cae muy bien lo que se dice en la misma Carta: *«Fides vestra annuntiatur in universo mundo»;* en el mundo entero se pondera vuestra fe [Rom 1,8]. Desde Roma la fe; centro de luz, el Pontificado romano. Esta luz debe difundirse en el mundo entero. No hay civilización sin la verdad; no hay civilización sin la moralidad, y no hay civilización sin la justicia, que ante todo concierne a nuestra posición ante Dios: darle el debido culto, considerándole nuestro creador y último fin, de quien venimos y hacia quien vamos.

Tres pensamientos para esta jornada:

1. Pensar en nuestros hermanos esparcidos por las varias partes del mundo, como se ha indicado con las banderitas traídas al altar. Cada banderita llama nuestra atención y pide nuestras oraciones por los hermanos que se encuentran en esas naciones. Verdaderamente nuestra bandera es el Papa, la bandera del Papa; sin embargo, el mundo se divide en varias naciones y cada una tiene una enseña: la propia bandera.

2. Rezar por los hermanos. Hay dificultades en cada una de
Pr 5
p. 161 las naciones, muchas dificultades. Por eso es | necesaria la gracia del Espíritu Santo; la gracia que sea luz, la gracia que sea consuelo, la gracia que dé frutos de santidad y de apostolado.

3. Adquirir un corazón amplio, apostólico, el corazón de san Pablo. ¡A cuántas naciones llegó él! Y donde no llegó con la presencia física, llegó con el corazón, con la oración, con la palabra. Ésta ilumina aun hoy toda la teología, la moral y la ascética, ilu-

---

[1] Título original: *Las Familias Paulinas*. Meditación dictada el martes 7 de diciembre de 1954. – Del *"Diario":* «Continúa el programa para la inauguración del Santuario. Tema de hoy: "La Familia Paulina en las naciones"».

mina a toda la Iglesia. La organización de la Iglesia refleja todavía su organización de las Iglesias en las varias naciones.

Las condiciones para que el Evangelio se difunda en las varias naciones y para que las diversas casas en las naciones prosperen, son especialmente tres.

1. En cada nación repetir lo que se ha visto, y decir lo que se ha oído.[2] Se comprende bien que hay particularidades en cada nación, pero sustancialmente las dificultades, las necesidades y los medios son siempre iguales por doquier. Dificultades o particularidades en cada nación: por ejemplo la lengua, el grado de cultura, el estado de la literatura, las ideologías del país, el grado de moralidad, la práctica del culto. Hay particularidades, pero todas pueden dirigirse al bien para quienes aman a Jesucristo [cf. Rom 8,28] y para quienes quieren repetir en las demás naciones lo que ya han visto, repetir lo que se ha hecho en Italia.

Repitiéndolo, se tendrán las mismas gracias, y cada nación llegará a ser un foco de apóstoles y un foco de santos. Sí, ante todo de santos. Demasiadas naciones carecen aún de santos, y cuando no hay santos, el pueblo no sabe vivir el cristianismo, porque los cristianos leen el Evangelio más en la vida de los santos que en el libro divino. Con sólo leerlo, el Evangelio de Jesucristo no siempre ha dado todo el fruto; | dará, sí, algún fruto, pero no todo. Cuando Pr 5
hay santos, éstos comentan con la vida los versículos del Evange- p. 162
lio. Igual que los primeros seguidores de Jesús, cuando él predicaba, miraban a María, es decir cómo acogía ella el Evangelio, cómo lo practicaba y lo vivía, así los hombres de cada nación tienen necesidad de ver en los santos cómo se practica el Evangelio.

Hay que repetir, pues, lo que se ha visto en Italia, a partir de 1914. El libro *«Me lanzo adelante»* [3] no se ha impreso para po-

---

[2] Como explicitó en otros lugares y en varias ocasiones, el P. Alberione insistía para que en todas las nuevas fundaciones se aprovechasen las experiencias hechas en la fundación de la Casa Madre, y de las directrices impartidas a las primeras generaciones de Paulinos/nas.

[3] El título original italiano es *Mi protendo in avanti*, libro escrito por varias personas (historia y testimonios de vida manifestados por los representantes de los diversos Institutos de la Familia Paulina), publicado con motivo de los 40 años de fundación y los 70 de vida del Fundador. En él se utilizaron los primeros apuntes autobiográficos del P. Alberione, publicados luego con el título de *Abundantes divitiæ gratiæ suæ*.

nerlo en muestra, sino más bien para hacernos meditar la bondad de Dios y recordar los principios en que se funda cada familia. Nos hace recordar los principios, a saber:

a) la piedad;

b) la confianza en Dios;

c) una laboriosidad que se aprende leyendo la vida de san Pablo.

En cualquier empresa es siempre necesario partir de la humildad. Cuando uno comienza su vida o religiosa o sacerdotal, cuando uno empieza una casa, cuando va de misión, tiene que poner de base la humildad. «Por mí nada puedo». Se tiene entonces verdaderamente razón para esperar en Dios. ¿Cómo se conoce quien piensa: «por mí nada puedo»? Se conoce si reza. El espíritu de piedad nace de la humildad: nada puedo, luego me dirijo a Dios. Y Dios lo puede todo [cf. Mt 19,26]. La humildad, que nos hace desconfiar de nosotros, nos hace prudentes, obedientes, nos pone en la condición de querer imitar y aprender. La humildad le va muy bien al alumno, como asimismo al hombre adulto. La humildad se vuelve más fácil a medida que se va adelante en los años, pues se llega a conocer cada vez mejor la propia nulidad, nuestra impotencia e incapacidad, nuestra | insuficiencia. Fácilmente el joven es más orgulloso, confía más en sí mismo.

Pr 5
p. 163

2. Fe en Dios. Se parte, pero se parte con Jesús. Primera cosa, un sagrario; y éste se encuentra en todas partes y, si no lo hay, se construye. ¡Oh, los sagrarios! Hay que establecerlos en todas las ciudades y en todos los pueblecitos. Se parte, pero no se parte solos. Se le dice a María: «Si vienes conmigo, voy; si no vienes conmigo, no me atrevo». Y entonces se toma a María con nosotros. Se parte con san Pablo; con el espíritu con que él, comenzando sus misiones, fue a Chipre, Antioquía de Pisidia,[4] Atenas, Filipos, Listra, Roma.

Siempre hemos de considerar que Italia tiene una vocación misionera, en el sentido más amplio. Somos todos misioneros, bajo cierto aspecto. Misioneros todos, porque *«sicut misit me Páter et ego mitto vos»*.[5] *«Misit»:* por tanto Jesús es misionero;

---

[4] En el original “Antioquía de Siria”: error de trascripción. Pablo había partido de esta ciudad siria.

[5] Jn 20,21: «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros».

y *«mitto»:* por tanto todos somos misioneros. Y sin embargo la Familia Paulina no tiene una vocación misionera en el sentido común del término, como la del misionero que va a catequizar a los paganos en varios lugares, en las diversas casas.

Hay que partir con el espíritu de san Pablo, leyendo para ello asiduamente el Evangelio, el libro *Regina Apostolorum*[6] y la vida de san Pablo, llenándose así el corazón y siendo capaces, en las distintas naciones, de modelar la propia vida sobre la de san Pablo, sobre los ejemplos y bajo la protección de María, llevando a Jesús con nosotros, teniendo viva fe en todas las frases del Evangelio. Llevar a Jesús en el corazón significa amarle grandemente, de modo que nos haga superar todos los sacrificios, las separaciones, las desilusiones. Así las cosas, aun si uno cae por tierra, puede levantarse mejor que antes, con más prudencia, más humildad y una fe más pura en Aquel que nos ha enviado. La obediencia obra milagros. Cuando Dios nos | manda, permanezcamos firmes en este pensamiento: Dios no sólo me manda, sino que me acompaña con su gracia. Pr 5 p. 164

Hay pues necesidad de tener un corazón apostólico. Es preciso salir un poco de nuestro yo, del egoísmo. Nosotros no tenemos vida de clausura en sentido estricto; hemos de llegar a la gente, pues tal es nuestro deber, tal es nuestra vocación. Tenemos que llevar allá donde vayamos el uso de los medios más rápidos y fecundos para diseminar la doctrina de Jesucristo. Es necesario también que las naciones a las que se va, ya hayan alcanzado cierto grado de civilización. No leerían si no tuvieran escuelas. Sin embargo allí podría emplearse algún otro medio; por ejemplo, todos saben leer las figuras. Un buen catecismo de dibujos presenta la ocasión de hablar de Jesucristo, más aún, habla ya por sí mismo. Por otra parte, están también la radio y el cine, medios que de algún modo pueden emplearse doquier.

¡Corazón amplio, pues; el corazón de san Pablo, el corazón de Jesucristo!

3. Rezar por los hermanos, particularmente por las vocaciones. Es necesario que en cada nación se formen las vocaciones.

---

[6] Se refiere a uno de los dos libros *María Reina de los Apóstoles*, escritos respectivamente por T. Giaccardo y S. Alberione (ya citados). El título *Regina Apostolorum* es en cambio propio de un volumen de E. Neubert, publicado sucesivamente (Ed. Paulinas, Catania 1958).

La primera obra de quien va a una nación es esta: acercarse a los jóvenes, buscar vocaciones. Y luego empezar enseguida el apostolado, que aporta medios de vida y medios para formar al paulino. Las naciones, poco a poco, deben proveerse de vocaciones, aunque sirva siempre un intercambio de personal entre los países, y aunque todo deba partir del centro, así como desde el centro se predica la fe y viene el gobierno de la Iglesia. Así pues, hay que rezar por las vocaciones de las varias naciones.

También hay que rezar para que en todas partes se practiquen las obras de piedad. Una vez que nos separamos un poco de Dios, nos hacemos los hombres más infelices, pues por una
Pr 5 parte no podemos | confiar en nosotros y, por otra, no podemos
p. 165 confiar en Dios porque no tenemos las disposiciones y no vemos ni el modo ni los medios. Entonces somos como quien quiere caminar sobre las olas.

En esta jornada, además, vamos a pensar en cada una de las casas. No nos limitemos sólo a ver cómo son las banderas de cada nación: pensemos en las almas que viven allí. Hoy no se puede estudiar una geografía como 50 ó 100 años atrás, cuando todo se reducía a decir cuál era la capital, los montes, los ríos, etc. La geografía hoy tiene que estudiarse mucho mejor: considerar las costumbres, las ideologías, el nivel cultural, los cultos del país.

Y nosotros debemos dar un paso más: ¿quién salvará aquellas almas? En nuestro corazón hemos de llevar, al comulgar, todas las almas, todos los hombres. «Ir al fin del mundo –decía aquel misionero–, trabajar, predicar, salvar un alma y luego ya morir». Esto indica que hay corazones que entienden y se enternecen al pensar en tantas almas que caminan en el falso sendero, a veces incluso en el sendero de la perdición.

Luego dirijamos la mirada hacia nosotros mismos. ¿Me llamará Dios? Y si la respuesta que nos llega fuera positiva, no endurezcamos nuestro corazón.

Bajo el aspecto paulino las naciones van bien cuando no sólo procuran el personal religioso paulino para ellas, sino también para otras naciones. Entonces se ha alcanzado un estado suficientemente desarrollado. Recemos pues por todas las naciones, para que en cada una de ellas surjan almas generosas y nuestros hermanos se vean sostenidos en todas sus fatigas diarias. He-
Pr 5 mos de tener siempre | en nosotros el pensamiento de Dios, de
p. 166 Jesucristo, la protección de María y el ejemplo de san Pablo.

PROPÓSITOS AL FINAL DEL AÑO MARIANO [1]

Hoy es el día de los propósitos, es decir, debemos recoger los frutos del Año Mariano y de la novena celebrada en honor de María inmaculada. Bajo la luz de María inmaculada y de María *Regina Apostolorum*, formularemos unos buenos propósitos que conciernan a toda nuestra vida, de modo especial nuestra devoción a María.

Volvamos atrás con el pensamiento. El Año Mariano tenía como finalidad conocer mejor a María, amarla más vivamente, imitarla más devotamente y rezarla con mayor confianza e insistencia. ¿Se ha dado este provecho, este progreso en la devoción a María?

Pasan los años y hay estudiantes que sacan provecho y concluyen con una buena promoción al curso sucesivo; y hay otros que no sacan provecho y concluyen con una desilusión, con un llanto roto. Por parte nuestra, pensamos que cada cual, este año, haya progresado en la devoción a María. San Buenaventura [2] dice que «*scire et cognóscere Maríam est vía immortalitatis, et narrare virtutes eius est vita salutis æternæ*».[3] Si hemos hecho este progreso, nutrimos | una dulce confianza, una serena certeza de que la Virgen Sma. nos acompañará en los días de nuestra vida, nos asistirá en la muerte como asistió a su divino Hijo y nos recibirá en el paraíso cerca de ella. Pr 5 p. 167

Ahora bien, cuando se ha aprendido una ciencia o arte, dos cosas deben deducirse: se aprende una ciencia para usarla, y se aprende un arte para ejercerla. Cuando aprendéis a componer en

---

[1] Meditación dictada el miércoles 8 de diciembre de 1954. – Del *"Diario":* «Hoy, clausura del Año Mariano y del programa de los festejos para la inauguración del Santuario "Regina Apostolorum", el tema es: "Jornada de las vocaciones y de los propósitos"».

[2] Buenaventura de Bagnoregio (san): (1217-1274). Fue sabio teólogo, ministro general en tiempos no fáciles para la Orden franciscana. A él se debe la redacción de la más importante y auténtica Vida de Francisco de Asís. Se le considera el segundo fundador de la Orden de los Frailes Menores. En 1273 fue nombrado cardenal y obispo de Albano. Canonizado en 1482, proclamado doctor de la Iglesia en 1588 junto con Tomás de Aquino. Entre las obras principales: *Itinerarium mentis in Deum* y *Lignum vitae.*

[3] «Conocer a María es camino de inmortalidad, y narrar sus virtudes es vida de salvación eterna», cita tomada de san Alfonso de Ligorio, *Las Glorias de María,* I (Explicación de la Salve), cap. VIII.

la caja,[4] aprendéis para enseguida componer; y cuando aprendéis a hacer los ejercicios en clase, es para continuar haciéndolos; y, una vez terminado el estudio, es para usarlo en la vida, para nosotros y para los demás. Igualmente, al concluir el Año Mariano, si de veras hemos sacado provecho de esta gran gracia, no debe cesar la devoción a María. La hemos meditado y aprendido mejor para practicarla, para vivirla. Lo que se ha aprendido, ha de servir para la vida. Nunca cabe pensar: ¡ahora ya soy grande! De adultos, somos siempre niños en el espíritu; somos siempre los hijitos de María. Más aún, quienes reflexionan, con el paso de los años, se vuelven más pequeños y más devotos de María.

Un día, el célebre Federico Ozanam[5] entró en una iglesia para confortar su espíritu y poner en paz su corazón. Se sentía muy cansado de luchar contra sí mismo y contra los errores del tiempo. La iglesia estaba desierta. Echando una mirada alrededor, vio sólo a un hombre profundamente recogido, con el rosario en la mano. Ozanam se arrodilló a parte, pero cuando aquel hombre se levantó para salir de la iglesia, trató de abordarlo: «¿Quién sois». Era el célebre físico e inventor Ampère,[6] el cual confesó sinceramente: «Mi ciencia y la perseverancia dependen especialmente de la corona del rosario». | El propio Ozanam dice que esta lección le sirvió por toda la vida, y ya nunca dejó el rosario. Bien sabemos qué apologista fue de la religión, más con las obras de caridad que con la doctrina o la palabra.

Pr 5
p. 168

Queremos recabar frutos del Año Mariano, y nos proponemos ser por toda la vida hijos de María. Hay que progresar en esta devoción, como quienes aman la música se las ingenian para encontrar espacios de tiempo dedicados a tocar o a cantar. Tenemos que progresar siempre más en esta devoción, conocer cada vez mejor a María, amarla siempre más, siempre más darla a conocer con nuestro apostolado. Entonces las gracias de María descenderán cada vez más abundantes sobre nosotros.

Una gracia debemos pedir hoy particularmente a María. La

---

[4] Componer en la caja significaba componer un texto con cada uno de los caracteres de plomo, tomándolos de los respectivos cajetines de la caja tipográfica.

[5] Antonio Federico Ozanam (1813-1853), literato francés de origen italiano (¿israelita?), estudioso de Dante y del monaquismo medieval, animador de los grupos caritativos que se llamaron después "Conferencias de San Vicente".

[6] André-Marie Ampère (1775-1836), físico y matemático francés, descubridor de las leyes electrodinámicas y electromagnéticas. Su nombre indica la unidad de medida de la intensidad de corriente eléctrica.

Inmaculada no es sólo la fiesta de los "inmaculaditos",[7] sino la de todos. Habría que decir: inmaculados para toda la vida.

León XIII, en una encíclica sobre el rosario, dice: "En esto se conoce el gran amor de Jesús para con nosotros: en que estando en la cruz nos dio una madre. Lo había dado ya todo, Jesús; concluía su vida y nos había dejado la Iglesia, los sacramentos, el Evangelio, la Eucaristía, a sí mismo. Le quedaba este gran regalo que entregarnos, y quiso hacérnoslo justo en los últimos instantes de su vida, porque los recuerdos que se dan en esa circunstancia, a la hora de la muerte, permanecen más grabados en el alma, pues los moribundos sienten como la necesidad de perpetuar su memoria en los corazones y en las mentes de aquellos a quienes han amado y están a punto de dejar".

Mirad, esta Madre nos quiere por hijos, y desea formarnos semejantes a Jesús; ella quisiera | encontrar en nosotros unos hijos buenos, dóciles, amantes de Dios, celantes como su Jesús. Pr 5 p. 169

Y entonces, nos preguntamos: ¿Cómo era Jesús? ¿Cuáles son las condiciones para ser verdaderos hijos de María?

Odio al pecado, huida constante del pecado; ser inmaculados ante María. Y si alguna vez, por la noche, antes de conciliar el sueño, mirando la imagen de María, sentimos casi salir de esos labios un reproche, ¡arrepentirse enseguida, al momento detestar el pecado y restablecer la plena amistad con Jesús! María quiere almas que no crucifiquen de nuevo a su Hijo ni le claven espinas en el corazón con los pecados veniales. Demasiado a menudo se oyen expresiones que deberían humillar a quien las pronuncia: «En fin, es sólo un pecado venial!». No se percibe el daño que se nos sigue, y qué pena es para esta Madre y para Jesús.

María quiere asimismo formar en nosotros unos apóstoles, almas dedicadas a salvar otras almas.

¿Cómo fue su Jesús? Fue Salvador. Hemos de ser salvadores: esta es la misión. ¿Sabemos qué será de tantas almas como hay en el mundo, cuál será su suerte eterna? Hoy viven dos mil quinientos millones de hombres. Dentro de cien años la faz de la tierra verá otras personas; sobre la superficie de la tierra caminarán otros hombres, ¿y dónde estarán los pasados ya a la eternidad? ¿Dónde nos encontraremos nosotros? Si empleamos todos los medios para nuestra santificación y para la salvación

[7] "Inmaculaditos" era el título distintivo de los aspirantes más jóvenes a la vida paulina, los preadolescentes, alumnos de los primeros cursos.

de las almas, estaremos ciertamente en el cielo, y el día del juicio universal encontraremos personas que saldrán a nuestro encuentro diciendo: «Mi salvación me vino de ti».

Pr 5 p. 170 Aquí está el fruto de esta jornada: perseverar | en la devoción a María, más aún, progresar cada día. ¿Puede haber un hijo que olvide a la madre? Difícilmente sucede esto. Se trataría de un hijo ingrato, que no entiende el beneficio recibido de la madre: la vida.

Así pues, hoy las oraciones sean para obtener esta gracia: progresar en la devoción a María. Y el progreso ha de ser semejante a los medios usados durante el Año Mariano: conocer más a María, leyendo de ella los mejores autores y oyendo gustosamente hablar de María; rezar a María, con nuestras hermosas oraciones a la Reina de los Apóstoles. Esta misma iglesia nos recordará que nuestra particular piedad mariana ha de tener el color de María *Regina Apostolorum.* Los propósitos de los Ejercicios, de los retiros mensuales y de la confesión semanal, [pongámoslos] en manos de María. «Tú eres mi luz, tú eres mi guía».

Uno de los más grandes devotos de María fue san Bernardo. ¡Cuánto y cómo escribió de María! Dice un biógrafo suyo que era como si María misma le hubiera prestado la pluma. Verdaderamente las palabras le salían no sólo de la mente, sino más aún del corazón. Mandado como delegado del Papa a Alemania para la pacificación de aquella gente, cuando llegó a Spira fue recibido con gran entusiasmo y solemnidad. El propio emperador le salió al encuentro y procesionalmente le acompañó a la catedral. Allí los fieles conocían la antífona que más le gustaba a san Bernardo, la "Salve", y la entonaron solemnemente, haciendo una pausa a cada versículo. San Bernardo se conmovió hasta el fondo del corazón y, cuando la Salve terminó con la expresión «después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre», levantando su

Pr 5 p. 171 voz en el silencio general, añadió | esas palabras que quedaron como conclusivas: «*O clemens, o pía, o dulcis Virgo María!*».[8]

Esté siempre en nuestros labios el nombre de la Madre. Hoy solemnemente, pero no con una solemnidad exterior sino interior, elegimos a María por nuestra madre y prometemos caminar como verdaderos hijos y devotos.

No es una profecía predecir que seremos consolados en la hora de la muerte y que nos encontraremos todos en el cielo, a cantar el eterno *Magníficat* con María.

---

[8] «Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen, María».

ÍNDICES

ÍNDICE DE LAS CITAS BÍBLICAS

Gén 1,4 542
Gén 1,26 395
Gén 1,27 122
Gén 2,16-17 508
Gén 3 333
Gén 3,1-7 35
Gén 3,15 165; 427; 513; 533
Gén 3,19 86; 144; 159
Gén 4,8 330
Gén 4,9 150
Gén 14,21 341; 401
Gén 25,29-34 202; 424
Gén 27,34 232
Gén 28,17 520
Gén 41,55 75

Ex 16,16 164
Ex 23,20-22 254

Lev 26,2 521

Núm 11,5 32; 164
Núm 23,10 161

1Sam 3,10 28; 241
1Sam 16,7 152

1Re 8,23-29 182
1Re 8,27 520
1Re 8,30-40 182

Tob 4,13 58

Jdt 13 328
Jdt 13,18 165
Jdt 13,22-25 165
Jdt 15,10 165

2Mac 15,14 559

Job 2,8 369
Job 7,1 326
Job 17,1 397
Job 19,21 276; 539

Sal 2,7 307
Sal 8,2 394; 481
Sal 22/21,17-18 359
Sal 24/23,3 173
Sal 24/23,3-4 242
Sal 24/23,4 242
Sal 25/24,7 32
Sal 30/29,2 431
Sal 33/32 288; 398
Sal 37/36,30 223
Sal 42/41,2 20
Sal 43/42 69
Sal 51/50 68
Sal 55/54,18 22
Sal 66/65,1-2 431
Sal 70/69,6 499
Sal 75/74,3 409
Sal 76/75,12 526
Sal 84/83,10 518
Sal 86/85,1-3 414
Sal 89/88,2 145
Sal 90/89,5-6 311
Sal 91/90 361
Sal 91/90,1 362
Sal 91/90,11-12 254
Sal 93/92,1 311
Sal 95/94,8 454
Sal 96/95,11 309
Sal 96/95,11-13 305
Sal 97/96,1 165
Sal 104/103,30 393; 479
Sal 110/109,1 112
Sal 113/112,1 138
Sal 117/116 437
Sal 117/116,1 90; 136; 404
Sal 119/118,165 214
Sal 130/129 32; 68; 133; 275s; 362; 541
Sal 140/139,12 229
Sal 141/140,3 223

Prov 3,21 383; 385
Prov 8,22-35 211
Prov 9,5 529
Prov 16,4 395

Cant 4,7 423

Sab 2,21 216
Sab 3,2 216
Sab 5,4 124
Sab 5,6 217
Sab 8,16 523
Sab 16,20 488; 491

Si 7,40 86
Si 14,2 392
Si 19,1 377
Si 21,2 507
Si 24,17-21 431
Si 24,31 434
Si 29,27 58
Si 45,4 445

Is 1,3 315; 394
Is 6,8 555
Is 9,1-5 310
Is 11,2 393; 478; 560
Is 45,8 302
Is 48,20 470
Is 52 144
Is 52,7 145
Is 53,7 286
Is 57,21 214
Is 58,1-9 69
Is 66,24 411

Jer 2,20 78

Lam 3,22 203
Lam 4,4 545

Bar 3,38 306; 521; 543

Ez 18,24 202; 424
Ez 33,11 207
Ez 33,13 202
Ez 37 144
Ez 47,12 386

Dan 9,24 206

Jl 2,12 68
Jl 2,17 68; 80; 191; 378

Abd 3,9 229

Zac 9,9 310
Zac 12,1 218

Mal 2,7 473

Mt 1,19 355
Mt 1,23 307
Mt 2,1-12 338
Mt 3,10 351
Mt 3,13-17 122
Mt 3,17 344; 558
Mt 4,1-11 35; 359
Mt 4,4 546
Mt 4,10 404
Mt 5,1-12 85; 162; 289
Mt 5,3 175; 273
Mt 5,5 176
Mt 5,6 177
Mt 5,7 178
Mt 5,8 178
Mt 5,9 179; 432
Mt 5,10 179; 256
Mt 5,13 559
Mt 5,14 242; 379; 558
Mt 5,16 217; 502
Mt 5,19 106
Mt 5,22 201
Mt 5,24 187
Mt 5,29-30 331
Mt 5,37 79
Mt 5,42-45 113
Mt 5,43-48 69
Mt 5,45 114
Mt 5,48 113
Mt 6,1-4 69
Mt 6,9 111

Mt 6,9-10 177
Mt 6,9-13 133
Mt 6,10 486
Mt 6,12 187
Mt 6,13 359
Mt 6,16-21 67
Mt 6,18 114
Mt 6,20 173
Mt 6,24-33 201
Mt 6,26 61; 114
Mt 6,32 114
Mt 7,7 134
Mt 7,8 523
Mt 7,14 41
Mt 7,16 38; 335
Mt 7,20 196
Mt 8,1-13 350
Mt 8,8 522
Mt 8,25 128
Mt 8,26 128
Mt 9,1-8 268
Mt 9,38 188; 346; 561
Mt 10,29 114
Mt 10,32 124
Mt 11,2-10 558
Mt 11,5 558
Mt 11,12 538
Mt 11,25 114
Mt 11,28 26; 149; 400; 498; 534
Mt 11,29 177; 322; 430; 486
Mt 12,46-50 127
Mt 13,15 453
Mt 13,18-23 317
Mt 13,31-35 292
Mt 13,44 127
Mt 13,45 94
Mt 13,45-46 162
Mt 13,47-50 128
Mt 13,55 238
Mt 15,19 227
Mt 15,32 20; 529
Mt 15,34 20
Mt 16,16 399
Mt 16,18 345
Mt 16,19 155
Mt 16,21 451
Mt 16,24 20; 116; 198; 307; 484; 508; 509
Mt 17,1-8 104
Mt 17,1-13 86
Mt 17,5 92; 124; 195; 296; 530
Mt 18,1-3 320
Mt 18,33-34 287
Mt 18,6 228
Mt 18,7 99
Mt 19,16 197
Mt 19,17-21 197
Mt 19,20 188
Mt 19,21 50
Mt 19,26 570
Mt 19,28 126
Mt 19,29 126; 162; 298
Mt 20,1-16 38
Mt 20,6 38
Mt 20,18-19 459
Mt 21,22 557
Mt 22,1-14 281
Mt 22,16 195; 229; 399
Mt 22,18-19 399
Mt 22,39 132
Mt 24,13 257
Mt 25,1-13 86; 163
Mt 25,20-22 87
Mt 25,21 112; 124; 160; 233; 411; 419; 554
Mt 25,23 87; 175
Mt 25,24 162
Mt 25,26 87
Mt 25,34 37; 112; 302; 336
Mt 25,34-36 130; 178
Mt 25,34-40 183
Mt 25,34.41 285; 411
Mt 25,34-41 87
Mt 25,41 37; 336
Mt 26,18 198
Mt 26,24 33; 329
Mt 26,26 449; 461

Mt 26,28 488
Mt 26,39 178; 198
Mt 26,40 209; 454
Mt 26,41 204; 234; 360; 389; 406
Mt 26,64 115
Mt 27,3-5 203
Mt 27,18-26 83
Mt 27,25 70
Mt 27,29 259
Mt 27,34-35 456
Mt 27,62-66 216
Mt 28,1-10 143; 257
Mt 28,16-20 122
Mt 28,19-20 475
Mt 28,20 42

Mc 3,13-15 552
Mc 3,14 43; 188
Mc 7,37 260
Mc 8,2 401
Mc 8,34 307
Mc 8,36 40
Mc 9,43 126
Mc 10,17 466
Mc 10,21 188
Mc 10,29 29
Mc 10,39 116
Mc 12,31 150
Mc 13,35 24
Mc 14,36 111
Mc 15,10 227
Mc 16,6 518
Mc 16,14-20 471
Mc 16,15 44; 274; 475
Mc 16,17 98

Lc 1,15 119
Lc 1,26-38 255
Lc 1,26ss 516
Lc 1,28 119; 171
Lc 1,35 119; 153; 245; 255; 437
Lc 1,38 160; 505; 513; 555
Lc 1,39 51
Lc 1,39-45 245; 441
Lc 1,41-50 166
Lc 1,42 423
Lc 1,45 45; 168; 505
Lc 1,46 145; 526; 533
Lc 1,46s 247
Lc 1,46-55 194
Lc 1,48 266; 427
Lc 1,68ss 206
Lc 2,1-7 250
Lc 2,1-14 305
Lc 2,7 250
Lc 2,12 320; 513
Lc 2,14 111; 305; 320; 345
Lc 2,15-20 311
Lc 2,19 311; 448
Lc 2,20 312
Lc 2,21 334
Lc 2,30 513
Lc 2,32 28
Lc 2,33 319
Lc 2,34 28
Lc 2,35 251
Lc 2,41-50 252
Lc 2,47-50 319
Lc 2,51 172; 174; 387
Lc 4,18 29; 90; 292
Lc 5,1 507
Lc 5,5 566
Lc 5,7 566
Lc 6,12 188
Lc 6,12-13 42
Lc 6,21 177
Lc 7,5 120
Lc 7,6 353
Lc 7,11-16 413
Lc 7,11-17 231
Lc 7,44-47 177
Lc 7,47 205
Lc 8,4-18 52
Lc 8,8 52
Lc 8,11 510
Lc 9,23 328; 365; 452; 508
Lc 9,51 488

Lc 9,62 127
Lc 10,1 42
Lc 10,3 43
Lc 10,16 343
Lc 10,17 98
Lc 10,18 98
Lc 10,21 160
Lc 10,23-37 184
Lc 10,27 272
Lc 10,30-37 129
Lc 10,37 132
Lc 10,42 125; 553
Lc 11,1 133; 136
Lc 11,1-2 133
Lc 11,10 135
Lc 11,12-13 135
Lc 11,14-28 103
Lc 11,20 98
Lc 11,27-28 166
Lc 12,16-21 425
Lc 12,19 215
Lc 12,22-34 112
Lc 12,36-37.40 126
Lc 12,50 261
Lc 13,3 363
Lc 13,5 68
Lc 13,7 351
Lc 14,1-11 417
Lc 14,8.10 418
Lc 14,10 320
Lc 14,11 154; 337
Lc 15,7 137
Lc 15,11-32 137
Lc 15,17 204
Lc 15,18 23; 139; 204; 216
Lc 15,21 204
Lc 16,19-31 58; 87
Lc 16,29 58
Lc 17,11-19 192
Lc 18,1 133
Lc 18,9-14 135; 151; 521
Lc 18,13 133
Lc 18,14 154
Lc 18,18-23 126
Lc 18,22 273
Lc 18,31-43 63
Lc 18,33 143
Lc 19,1-8 521
Lc 19,1-9 207
Lc 19,10 137
Lc 20,21 115
Lc 21,39-44 256
Lc 22,8 489
Lc 22,11-12 198
Lc 22,26 321
Lc 22,35 566
Lc 22,37 180
Lc 22,39-46 71; 208
Lc 22,41-43 518
Lc 22,42 252; 386; 486; 510
Lc 22,48 213
Lc 22,62 234
Lc 23,28 455
Lc 23,33 457
Lc 23,34 144; 286
Lc 23,41 452
Lc 23,42 117; 144
Lc 23,43 40; 116
Lc 23,46 111
Lc 23,50-56 459
Lc 24,17 226
Lc 24,26 147
Lc 24,36 214

Jn 1,1 26
Jn 1,1ss 69
Jn 1,1-17 314
Jn 1,9 306
Jn 1,11 93
Jn 1,11-12 543
Jn 1,12 93; 232; 398; 419
Jn 1,14 437; 517
Jn 1,29 304
Jn 1,38-39 27
Jn 1,50 51
Jn 2,1ss 156
Jn 2,1-5 428
Jn 2,1-11 514
Jn 2,11 156

Jn 3,5 231
Jn 3,16-21 380
Jn 3,15 512
Jn 3,16 107; 512
Jn 3,23 123
Jn 4,6 146
Jn 4,23 114
Jn 4,32 283
Jn 4,34 283
Jn 4,46-53 278
Jn 5,22 114
Jn 5,26 114
Jn 6,32 114
Jn 6,40 114
Jn 6,50 488
Jn 6,51 316
Jn 6,67 26
Jn 6,68 399
Jn 8,12 242; 379; 558
Jn 8,29 198
Jn 9,38 280
Jn 10,10 293; 345
Jn 10,16 281; 345
Jn 10,38 419
Jn 11,1-35 34
Jn 11,23 144; 146
Jn 11,25-28 143
Jn 12,1ss 205
Jn 12,5-6 333
Jn 12,6 91
Jn 13,1 449
Jn 13,1-20 74
Jn 13,4-10 211
Jn 13,13 75
Jn 13,15 198; 307
Jn 13,17-26 74
Jn 13,34 130
Jn 14,2 111
Jn 14,6 302s; 335; 464
Jn 14,9 113
Jn 14,15-17 119
Jn 14,23 123
Jn 14,27 179; 313
Jn 15,5 59; 151; 232; 345
Jn 15,7 464
Jn 15,9 475
Jn 15,13 130; 307; 489
Jn 15,14 234
Jn 15,16 134; 346
Jn 15,26 478
Jn 16,1-4 478
Jn 16,14-15 404
Jn 17,1-5 148
Jn 17,1-26 113
Jn 17,3 124; 294
Jn 17,4 150
Jn 17,4-5 147
Jn 17,11 121; 541
Jn 17,14 98
Jn 17,17 499
Jn 18,11 77
Jn 18,37 115; 475
Jn 19,7 526
Jn 19,17-23 116
Jn 19,25 265
Jn 19,25-27 209; 442
Jn 19,26 265; 308; 461; 514; 526
Jn 19,27 144; 246; 449
Jn 19,28 116; 178
Jn 19,30 116; 144; 159; 256
Jn 19,34 117
Jn 20,21 570
Jn 20,22-23 269
Jn 20,23 137
Jn 20,28 490
Jn 21,15-16 155
Jn 21,20 344
Jn 21,25 92

He 1,1 197
He 1,1-11 470
He 1,4-11 147
He 1,13-14 529
He 2,1-4 120
He 2,1-5 120
He 2,1-17 155
He 2,1-24 390
He 2,4 153; 529
He 4,8-12 335

He 5,29 180
He 5o,41 120
He 7,51 120
He 9,20-30 385
He 10,38 260
He 10,42-43 380
He 10,47 380
He 12,7-14 284
He 13,1-2 43
He 13,2 385; 515
He 18,6 377
He 20,18-38 391

Rom 1,5 512; 568
Rom 1,8 568
Rom 2,1-2 506
Rom 5,12-21 117
Rom 5,15-19 510
Rom 8,15 480
Rom 8,17 117; 175
Rom 8,18 411
Rom 8,28 304; 569
Rom 8,31 332
Rom 10,13 499
Rom 11,24 491
Rom 13,10.19 490
Rom 13,11 44
Rom 13,14 97
Rom 15,2-3 502
Rom 15,3 389

1Cor 1,7 307
1Cor 2,1-3 114
1Cor 2,2 451
1Cor 2,9 145; 175; 217
1Cor 3,17 215
1Cor 4,1 190
1Cor 4,2 160
1Cor 4,17 533
1Cor 7,7 272
1Cor 8,6 193
1Cor 9,23 29
1Cor 9,24 40; 371
1Cor 9,24-25 40
1Cor 9,24-27 39; 58
1Cor 10,12 233
1Cor 11,28 212
1Cor 11,29 212
1Cor 12,2-11 153
1Cor 12,31 229
1Cor 13,1ss 68
1Cor 13,1-13 130
1Cor 13,12 123
1Cor 15,10 274; 347
1Cor 15,33 220
1Cor 15,41-44 166

2Cor 1,3 114
2Cor 2,4 217
2Cor 4,7 232
2Cor 5,14 30; 102; 243; 274
2Cor 5,20 138
2Cor 7,4 180
2Cor 11,19-33 53
2Cor 12,1-9 53

Gál 2,20 107; 185; 346; 350; 477
Gál 4,6 113
Gál 5,17 486
Gál 5,22 491
Gál 5,25-26 414
Gál 6,1-10 414
Gál 6,2 123
Gál 6,8 414
Gál 6,9 244
Gál 6,9-10 414

Ef 1,3 113
Ef 1,4 54; 113
Ef 1,5 113
Ef 1,10 465
Ef 1,13 543
Ef 3,10 542
Ef 3,15 114
Ef 4,6 114
Ef 4,15 131
Ef 4,27 215
Ef 4,30 120
Ef 5,1 162
Ef 5,25 157

Ef 5,26-27 158
Ef 6,12 35
Ef 6,18 284

Flp 1,21 350
Flp 1,23 41; 538
Flp 2,8 79
Flp 2,8-9 418
Flp 2,8-11 148
Flp 2,9 79
Flp 2,10 334
Flp 3,14 46
Flp 4,3 528
Flp 4,9 504

Col 1,12 114
Col 1,13 113
Col 1,24 510

1Tes 4,1-3 88
1Tes 4,3 436

2Tes 2,15 92; 114
2Tes 2,16 114
2Tes 3,1 500; 567
2Tes 3,8 30

1Tim 1,17 308
1Tim 2,1 498; 565
1Tim 2,2 498
1Tim 2,4 29; 499; 500; 563
1Tim 4,12 503
1Tim 4,16 58
1Tim 6,11 17

2Tim 2,5 538
2Tim 3,16 89
2Tim 4,3-4 196
2Tim 4,7 17; 31; 160; 330; 469
2Tim 4,8 164

Tit 2,7 503; 559
Tit 2,11-13 305
Tit 2,12 305
Tit 3,3-7 311

Heb 1,1 91
Heb 1,1-2 547
Heb 1,1-3 316
Heb 1,2 306
Heb 3,1 555
Heb 4,13 409
Heb 10,7 555
Heb 12,2 170
Heb 13,15 219

Sant 1,17a 114
Sant 1,17b 114
Sant 1,22 464
Sant 3,1-9 200; 222
Sant 3,2 200
Sant 3,3 364
Sant 3,19 221
Sant 5,16 498

1Pe 1,1-3 114
1Pe 1,3 114
1Pe 4,10 478
1Pe 4,11 230
1Pe 5,8 35; 323

2Pe 1,16 196

1Jn 2,1 174
1Jn 3,1 113; 232
1Jn 3,2 145; 307
1Jn 4,8 185
1Jn 4,9 113
1Jn 4,20 185

3Jn 8 379

Ap 3,1 414
Ap 7,4 288
Ap 7,9 125
Ap 7,9-12 288
Ap 12,1 165; 255
Ap 12,7-12 35
Ap 14,13 162
Ap 21,4 125

ÍNDICE ANALÍTICO

adoración/es. *v. también* **visita eucarística**
– ante el sagrario: 310-313
Adviento
– el espíritu del – requiere la humildad: 304
– tiempo de espera y penitencia: 301-302
almas
– amor a las –: 148
– nuestra oración debe mirar a la salud de las –: 72
– rezar por las – del purgatorio: 275-277
altar
– consagración del – en la Cripta de la iglesia *Regina Apostolorum:* 181
amor del prójimo
– amar al prójimo porque es imagen de Dios: 129
– cuatro manifestaciones (pensar, desear, hablar, hacer bien a todos): 186-187
– entre nosotros es más difícil: 130
– Jesucristo modelo del –: 185
– no de palabra, sino con hechos: 186
– prueba del amor de Dios: 185
– varias expresiones (en los pensamientos, sentimientos, palabras y acciones): 130-131
ángel/es
– el Señor se sirve de sus – para los momentos más graves: 254
– en los misterios del rosario: 254-258
– escuchar sus inspiraciones: 257
– nos ha desvelado las grandezas de María: 255
– para rezar bien el rosario servirse de los –: 516-519
– siempre podemos dirigirnos a los –: 256
ángel custodio
– coronita al –: 35
– sus ayudas: 35-37
– y confesión: 78; 79
apóstol/es
– Maggiorino Vigolungo, modelo de – paulino: 243
– qué significa y cuándo se es –: 346
apostolado
– con el – se repara el pecado: 207
– cuando hay piedad, el trabajo de la tipografía es –: 400
– dar a Jesús al mundo: 246
– de la oración (origen y teología): 497-501
  – ejército de orantes: 498
– del buen ejemplo: 502-506
– del sufrimiento: la mortificación: 507-511
– de María: 493-496
– el ejercicio del – es un don concedido por el Señor: 355
– Jesús encarga a los apóstoles predicar el Evangelio en todo el mundo: 147
– la mortificación es una forma de –: 510
– la vocación incluye el –: 512
– santidad y –: 43
– santificación y –: 148
– su finalidad: llevar a las almas a Cristo: 117
– sus fines (gloria a Dios y paz a los hombres): 494
– también María está llamada al –: 513
– todo acto puede ser –: 497
– uno se prepara también adquiriendo las virtudes: 43; 355
apostolado paulino
– a través del – se realiza la vocación: 241
– amplio significado del término "edición": 547

– apreciar lo que se hace en la Congregación: 546
– brota de la vida interior: 42
– cómo se lo santifica: 238
– condiciones para hacerlo bien (recta intención, obediencia, oración): 242-243
– con él nos ganaremos el paraíso: 471
– consagración del – a María, Reina de los Apóstoles: 474
– considerar las necesidades de la humanidad y la ciencia sacra: 545
– cualidades requeridas (formación espiritual, intelectual, práctica, económica): 30
– cuidar la difusión colectiva: 549
– cúmplase con el espíritu de Jesús: 548
– de la colaboración viene la eficacia: 549
– Dios da las gracias para cumplirlo bien: 241
– dirigirse primero a las masas: 543
– dispone de medios eficaces y modernos: 347
– el apostolado técnico es imitación de Jesús en Nazaret: 236
– el ejercicio de la técnica es verdadero –: 236
– es semejante a la predicación de Jesús: 471
– esencial creer que es verdadera evangelización: 474
– fuente de méritos: 238; 242
– gran respeto a los locales de –: 474
– hay que considerarlo como sagrado: 542
– importancia de la difusión: 549
– la redacción es la parte más importante: 475
– la sagrada Escritura es Verdad, Camino y Vida para el –: 100-102
– los Libros sagrados son el modelo, objeto y fuerza del –: 100-102
– los medios técnicos son sacros: 548
– naturaleza del – técnico: 235
– no es un menester, sino verdadero apostolado: 237
– objeto principal (fe, moral y culto): 547
– objeto secundario (cuanto dispone a la fe): 547
– qué significa: 240
– rezar por la santificación del –: 259
– se compone de tres partes (redacción, técnica y propaganda): 475; 535
– se comprende a la luz de la fe: 237
– se usen los mejores medios: 548
– semejante al de María: 530
– sólo de la unidad viene la eficacia: 548
– su actualidad: 29
– su objeto, el Evangelio: 30
– tiene por objeto todo lo que es bueno: 542
– todo bajo la protección de María: 536
– unidad entre los varios sectores: 545; 548

arrepentimiento
– es don de Dios: 405

Ascensión
– con Jesús la humanidad entró en el cielo: 470
– fiesta de la –: 470-473

Asunción
– fiesta de la – de María: 165-169

Biblia. *v.* **sagrada Escritura**

bienaventuranzas
– *1.* dichosos los pobres en espíritu: 175-176; 289
– *2.* dichosos los sufridos: 176-177; 289
– *3.* dichosos los que lloran: 177; 289
– *4.* dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia: 177-178; 289
– *5.* dichosos los misericordiosos: 178; 290

– *6.* dichosos los limpios de corazón: 178; 290
– *7.* dichosos los pacíficos: 179; 290
– *8.* dichosos los que sufren persecución por amor de la justicia: 179-180; 290
– anticipación de la felicidad que se gozará en el cielo: 175
– comprender las –: 120
– son los peldaños de la perfección cristiana: 273
buen ejemplo
– apostolado del –: 502-506
– apostolado muy eficaz: 504
– el sacerdote debe ser de –: 559
– empeño de toda la vida: 503
– es la gran caridad: 131
– María es apostolado de –: 504
– o se da – o se da escándalo: 502
– obligatorio para todos: 502
– se da también sin pensar: 503
Camino, Verdad y Vida. *v.* **Jesucristo**
caridad. *v. también* **amor del prójimo**
– recíproco (en nuestras familias religiosas): 184-187
catecismo
– lleno de Evangelio y liturgia: 530
celo
– cualidad del apóstol: 149
– dar a conocer a María: 169; 434
ciencia
– don del Espíritu Santo: 393-397; 481
– necesaria al apóstol: 149
– pedir el amor a la – y a la virtud: 81
civilización
– no hay – sin la verdad, sin la moralidad y sin la justicia (culto a Dios): 568
comunión eucarística. *v. también* **Eucaristía** *y* **misa**
– centro de la jornada: 198
– de la – bien hecha frutos de santidad: 491
– esencial el estado de gracia: 211-212
– los efectos de la –: 316-318
– nunca profanar la –: 211-213
– por la – el corazón y la voluntad quedan fortificados: 317-318
– relación entre – y pesebre: 316
conciencia. *v.* **examen de conciencia**
confesión: 268-270
– condiciones y modalidades para una buena –: 78-80; 269
– importancia en el trabajo espiritual: 39
– los frutos de la –: 269
– nunca profanar la –: 211-213
– primera condición, la humildad: 78-79
– requiere humildad y claridad: 352
confianza
– con la humildad es el pilar en que se apoya la oración: 419
consagración
– del altar en la Cripta de la iglesia *Regina Apostolorum*: 181
– del apostolado a María, Reina de los Apóstoles: 474
– de nosotros mismos a María, para ser dignos apóstoles: 476
consejo
– cuando se tiene el don del – se es amplios en aconsejar y fáciles en pedir consejos: 229
– don del Espíritu Santo: 229; 383-387; 479-480
Constituciones
– uniformar la vida a las –: 541
conversión
– del defecto predominante: 350-353
Cooperadores
– entienden la doble finalidad de la Familia Paulina (santificación y apostolado con los m.c.s.): 564
– imitan la vida paulina: 564
– la Familia Paulina tuvo al principio gran número de –: 565

– nuestros compromisos con los – : 567
– ofrecen una triple ayuda (de oración, de obras, de ofertas): 566
– piensan y obran por el bien de las almas: 564
– quiénes son: 563
corazón. *v. también* **mente** *y* **voluntad**
– a la S. Escritura debemos un culto de –: 89
– amar la S. Escritura: 94
– cuando se es fervorosos, el – es más comprensivo: 375-376
– el Evangelio ocupe el puesto de honor en nuestro –: 95
– en la oración ofrecer a Dios nuestro –: 123
– mortificación del –: 83
– ofrenda de nuestro – a Dios (obediencia): 59
– por la comunión, – y voluntad quedan fortificados: 317-318
– someter del todo a Jesucristo nuestro –: 338
– tender a Dios con todo nuestro ser: intelecto, voluntad, –: 338
– virginidad del –: 272
coronita
– a Jesús Maestro: 343-346
– a la Reina de los Apóstoles: 460-463 (comentario)
– al ángel custodio: 35
– a san José (compendio): 357
– a san Pablo: 271-274
cuaresma
– algunas penitencias para –: 68s
cuatrimotor
– viajar en un –, o sea: Eucaristía, María, Vida religiosa, Apostolado: 57
devoción/es. *v. también* **piedad** *y* **oración**
– a María *Regina Apostolorum*
  – importancia: 550
  – no es una novedad: 550
– la – a María transforma las almas: 563
– la – mariana tenga el color "*Regina Apostolorum*": 493
difuntos
– muchos hermanos – son dignos de imitación: 540
– recordar a nuestros – e imitar sus ejemplos: 496
– socorrer a los hermanos –: 538-541
difusión
– cuidar la – colectiva: 549
– importancia de la –: 549
Dios
– cómo usar bien la lengua con –: 219
– tender a – con todo nuestro ser: intelecto, voluntad, corazón: 338
dolor de los pecados
– es un don de Dios: 405
dones del Espíritu Santo
– contraponer a los siete vicios capitales los siete –: 230
– en nosotros y en todo cristiano: 478-482
– perfeccionan en nosotros las virtudes teologales y las virtudes cardinales: 479
edición
– amplio significado del término: 547
escándalo
– no hacer nada es ya –: 502
– o se da buen ejemplo o se da –: 502
Espíritu Santo
– la vocación es obra del –: 119
– naturaleza y cometido de los dones del –: 393
– produce en el alma bienes inestimables: 233
– su acción
  – en cada alma: 119-120
  – en la Iglesia: 120-121
– y don de la ciencia: 393-397
– y don de la fortaleza: 388-392
– y don de la piedad: 398-402
– y don del consejo: 383-387
– y don del intelecto: 379-382

– y don del temor de Dios: 403-406
– y sus dones en nosotros y en todo cristiano: 478-482
– y sus siete dones: 379
estima
– estimar más nuestras cosas: 56
estudio
– empeño de estudiar a Jesús: 334
– estudiar a María: 167-169; 433-434; 562; 576
– estudiar la ciencia sacra, las lenguas y la literatura: 66
– reparación en el –: 63
– santo Tomás: modelo de –: 81-82
Eucaristía. *v. también* **comunión eucarística** *y* **misa**
– devoción esencial para el paulino: 488
– el alimento que sostiene al apóstol: 529
– tres figuras del A.T.: 488
Evangelio. *v.también* **Biblia**
– debe ocupar el puesto de honor en nuestro corazón, penetrar en la mente, en la voluntad: 95
– frutos de la meditación del – (virtud, gracia, paraíso): 294
– lleno de catecismo y liturgia: 530
exaltación
– humildad y –: 417-421
examen de conciencia
– cómo hacer un buen –: 76
– debe llevarnos a descubrir la causa del mal: 228
– importancia en el trabajo espiritual: 39
– su naturaleza y finalidad: 76
Familia Paulina
– la – en las naciones: 568-572
– ofrece muchas posibilidades de méritos: 540
– posee abundantes medios de santificación: 347
– un conjunto de almas apostólicas: 551
fe
– es el principio de la santidad: 45
– los benéficos efectos de la –: 279
– los frutos de la –: 45
– nos muestra el significado de la vida: 279
– raíz del celo: 29
– secreto de eficacia apostólica: 29
– vivir según la –: 415
fervor
– cuando se es fervorosos, la mente será más iluminada, la voluntad será más fuerte, el corazón será más comprensivo: 375-376
fines
– de la misa: 262
fortaleza
– don del Espíritu Santo: 388-392; 480-481
– en san Pablo: 390-391
frutos
– de la misa: 262
fundaciones
– algunos principios fundamentales (piedad, fe en Dios, laboriosidad en el espíritu de san Pablo): 570-571
– cultivar un espíritu apostólico: 571
– disponibilidad a las misiones: 572
– formar vocaciones: 571
– partir con el espíritu de san Pablo: 571
– seguir la línea de los orígenes: 569
– solidaridad de oración: 572
Giaccardo
– circunspecto y atento administrador: 349
– conmemoración del P. –: 347-349
– cumplió con fidelidad sus cometidos: 348
– en él la gracia de Dios no fue vana: 347

– leer la vida del P. –: 496
– libro "Reina de los Apóstoles": 493; 495
gracia
– cuatro condiciones para transcurrir bien la jornada: – de Dios, obediencia, recta intención, prontitud: 59
– en el P. Giaccardo la – de Dios no fue vana: 347
– el alma en estado de – tiene paz
– con el prójimo: 216
– con el Señor: 214
– los frutos de la meditación del Evangelio (virtud, –, paraíso): 294
– muerte y vida sobrenatural (pecado y –): 413-416
– obediencia: signo de docilidad a la –: 272
– para la comunión eucarística esencial el estado de –: 211-212
– san Pablo: ejemplo de docilidad a la –: 385
gracias
– qué – pedir a María: 173
humildad
– con la confianza es el pilar en que se apoya la oración: 419
– cuidada por los santos: 151
– los frutos de la –: 418-420
– más hermosa aún en personas muy dotadas: 457
– prerogativas del alma humilde: 154
– primera enseñanza de Jesús: 319
– raíz de toda virtud: 84
– signo de la santidad: 320
– signo del verdadero amor a sí mismos: 417
– sin – no se construye nada: 319
– y exaltación: 417-421
Iglesia
– amar a la – a ejemplo de María: 155
– amarla y seguirla: 283
– Cuerpo místico de Jesucristo: 345
– empezó en la humildad: 292
– misión de san Pablo en la –: 271
– nace con la encarnación: 282
– no todos los miembros son santos: 283
– nuestro amor por la –: 158
– promulgada en Pentecostés: 155
– rezar por la –: 281-284
– siempre seguir sus indicaciones: 196
– una semilla que crece: 292-295
– vía ordinaria de salvación: 155
iglesia ***Regina Apostolorum*****.** *v.* ***Regina Apostolorum*** **(santuario)**
independencia
– está difundiéndose el espíritu de –: 383
indiferencia
– estado de ánimo penoso y peligroso, al que puede seguir cualquier mal: 381
infierno. *v.* **novísimos**
Instituto
– la iglesia *Regina Apostolorum* corazón de todo el –: 17
intelecto
– don del Espíritu Santo: 379-382; 481-482
inteligencia. *v. también* **mente**
– a la S. Escritura debemos un culto de –: 89
– gran don de Dios: 395
Jesucristo
– con nuestro apostolado llevar las almas a –: 117
– dador de vida: 345
– devoción a – Maestro Camino, Verdad y Vida: 195-200
– en él la solución de todos los problemas: 465
– en el sagrario apóstol de la oración: 497
– en los misterios dolorosos del rosario: 259-262

– flagelado nos enseña la mortificación: 85
– *instaurare omnia in Christo*: 465
– la Iglesia es su Cuerpo místico: 345
– lo que hizo por nosotros: 448
– maestro de perdón: 286
– María es camino a –: 465
– modelo
  – del amor del prójimo: 185
  – del sacerdote: 557
  – de oración: 71-72
  – de perfección y santidad: 344
  – de toda virtud: 197
– murió por la verdad: 115
– nos reveló a Dios-Padre: 111
– nos salvó de la muerte: 117
– nuestro modelo: 116
– reparación en – y con –: 205-209
– reparó todos los pecados: 259
– Sabiduría eterna, Verdad: 344
– san Pablo es el gran predicador de Jesús crucificado: 451
– someter a – toda nuestra mente, voluntad, corazón: 338
– su nombre nos recuerda cuatro empeños (estudiar, vivir, imitar, dar a conocer a –): 334
– tentaciones de – (concupiscencia de la carne, de los ojos y orgullo): 359
– unidos a – todo sale mejor: 199

Jesús Maestro
– coronita a –: 343-346

jornada
– cómo concluirla: 22-23
– cómo transcurrirla: 25
– cuatro condiciones para transcurrirla bien (gracia de Dios, obediencia, recta intención, prontitud): 59
– importancia de un buen inicio: 19
– misionera: 278-280

juicio de Dios. *v. también* **novísimos**
– se examinará el mal y el bien cumplidos: 409
– será según verdad: 407

lengua. *v. también* **palabras**
– cómo usarla bien
  – con Dios: 219
  – con el prójimo: 220
– comprender la obligación de santificar la –: 221
– de la – derivan infinitos bienes a la humanidad: 218
– de la – derivan también muchos males: 218
– evitar el hablar siempre de sí: 224
– quien frena la – está en la senda de la perfección: 222
– quien habla, fotografía ante los demás su alma: 227
– reflexionar, antes de hablar: 229
– revela lo que se lleva en el corazón: 226
– santificar la –: 218-230
– usar bien la –: 199-200

liturgia
– cuidado del canto y de las ceremonias: 303
– llena de Evangelio y catecismo: 530
– seguirla y amarla: 303

María
– acto de consagración a –: 430
– adquirió los méritos de los apóstoles y evangelistas: 544-545
– algunos momentos del apostolado de –: 245-246
– amar a la Iglesia a ejemplo de –: 155
– amar a –: 357; 442; 446; 449; 562; 573; 574
– conocer a –: 167; 433; 562; 576
– consagración del apostolado a María, Reina de los Apóstoles: 474
– consagración de nosotros mismos a –, para ser dignos apóstoles: 476
– continúa el oficio de madre de la Iglesia: 156

– cumplir todo apostolado en el espíritu de –: 245
– desarrollar la devoción a –: 574
– desde el cielo continúa siendo "apóstol": 247
– desde siempre en la mente de Dios: 210
– Dolorosa: 483-487
– ejercitó toda virtud: 171
– el apostolado paulino es semejante al de –: 530
– en el Calvario sufrió con Jesús a favor de toda la humanidad: 483
– es el camino a Jesús: 465
– es la madre de los religiosos: 554
– fiesta de la natividad de –: 210-213
– fiesta de la purificación: 28
– finalidad del Año Mariano: 573-576
– haga florecer en nuestras Congregaciones la rosa, la azucena, la violeta: 429-430
– imitar a –: 168; 433
– infundir la devoción a – en los jóvenes para que vivan delicadamente: 553
– la devoción a – transforma las almas: 563
– las ascensiones de –: 265
– la vida de – fue un continuo martirio: 264
– lleva en brazos la Iglesia naciente: 156
– llevó la vida más santa: 170
– los apostolados de –: 493-496
– madre de cada alma: 157
– Madre de Dios: 263
– mediadora de todas las gracias: 263; 440-442
– modelo
  – de toda virtud: 263
  – del apostolado de la oración: 499
  – del redactor: 543
– nada sin –, todo con –: 536
– nos quiere verdaderos hijos suyos: 575
– nuestros deberes hacia – (conocerla, imitarla, rezarla, predicarla): 167-169; 433-434; 562; 576
– pedir a – las disposiciones para la redacción: 546
– practicó todos los consejos del Evangelio: 172
– predicar a –: 169; 434; 562
– qué gracias pedirle: 173
– quiere formar en nosotros apóstoles: 575
– *Regina Apostolorum*
  – interviene en todas las obras de apostolado: 550
  – la devoción a la – no es una novedad: 550
  – suscita todas las vocaciones: 550
– reina de la misericordia: 170
– reina de todos los apostolados: 494
– reina de todos los santos: 436-439
– rezar a –: 168; 433; 562; 576
– santificar el Año Mariano: 431-435
– se complace de los hijos que se le parecen: 428
– su apostolado integral del ejemplo: 504
– su llamada al apostolado: 513
– tiene la misión de preservar del pecado: 428
– toda su vida fue apostolado: 247
– un año con la Inmaculada: 427-430

meditación
– cómo debe ser (luz, consuelo y oración): 52

mente. *v. también* **inteligencia**, **corazón** *y* **voluntad**
– creer en la S. Escritura: 94
– cuando se es fervorosos, la – será más iluminada: 375-376
– cultivar pensamientos rectos y santos: 339
– el Evangelio debe penetrar en nuestra –: 95

– en la oración ofrecer a Dios nuestra –: 123
– formar ideas fuertes: 340
– mortificación de la –: 83
– oferta de nuestra – a Dios: 59
– santificación de la –: 338-342
– someter a Jesucristo toda nuestra –: 338
– tender a Dios con todo nuestro ser: –, voluntad, corazón: 338
– virginidad de la –: 272
mentira
– es peligrosísima: 224
misa. *v. también* **comunión eucarística** *y* **Eucaristía**
– fines: 262
– frutos: 262
– nuestra vida es una –: 492
– se divide en tres partes (instrucción, sacrificio y comunión): 70; 489-492
– unirse a las disposiciones de María y de san Juan: 69; 492
misión paulina
– de ella se nos pedirá cuenta: 149-150
– se extiende a todo y todos: 274
mortificación/es
– abstenerse de las cosas peligrosas o inútiles: 508
– abstenerse de las cosas prohibidas: 508
– algunas aconsejadas, otras necesarias: 364
– de la mente, de la voluntad y del corazón: 83; 485-487
– el bien requiere siempre –: 509
– en qué consiste: 363
– es una forma de apostolado: 510
– indispensable para la santificación: 507
– Jesús flagelado enseña la –: 85
– las preferidas: 367
– necesaria si se quiere corresponder a la vocación: 366
– necesarias incluso en el plano natural: 364-365
– para hacer el bien no basta imprimir, hace falta mortificarse: 511
– y apostolado del sufrimiento: 507-511
muerte. *v. también* **novísimos**
– aceptar la – y ofrecer la vida por las vocaciones, por la Congregación: 469
– rezar por una santa –: 34
– tres elementos la hacen serena (vida buena, confianza en un juicio favorable, certeza del paraíso): 159
– una buena – se prepara con una buena vida: 33
– vivir santamente para morir santamente: 159-164
– y vida sobrenatural: 413-416
naturaleza
– habla de Dios: 394
Navidad
– motivos del gozo navideño: 306-308
– nos preparamos con la templanza, la justicia y la piedad: 305; 309
– nuestro pesebre es el altar: 306
novena
– celebrar la de Pentecostés con las intenciones de María en el Cenáculo: 472
novísimos
– de su meditación viene la verdadera sensatez: 86
– el paraíso será proporcionado al mérito: 163
– importancia de su meditación: 18
– iremos al juicio con nuestras obras: 162
– juicio particular y universal: 87
– ordenar la vida al paraíso: 57
– tenerlos siempre presentes: 87-88
obediencia
– oferta de nuestra mente, voluntad, corazón a Dios: 59

– signo de docilidad a la gracia: 272
– toda la observancia de la ley y de los consejos para nosotros es –: 251
obras buenas
– cuándo pueden llamarse tales: 152
– no infravalorar nuestro empeño: 152-153
oración. *v. también* **devoción** *y* **piedad**
– apostolado de la – (origen y teología): 497-501
  – ejército de orantes: 498
– creer en el valor de la – y en obtener toda gracia: 134
– cuatro cualidades de la – (perseverancia, humildad, fe y espíritu sobrenatural): 135
– debe mirar a la salud de las almas: 72
– debe tener un color paulino, siempre y doquier: 298
– en la – ofrecer a Dios nuestra mente, voluntad, corazón: 123
– es el apostolado más simple: 497
– Jesucristo en el sagrario apóstol de la –: 497
– lleva a la virtud y al amor de Dios: 297
– Maestro, enséñanos a orar: 133
– María modelo del apostolado de la –: 499
– orar por la Iglesia: 281-284
– por las almas del purgatorio: 275
– se apoya es la humildad y en la confianza: 419
– utilizar fórmulas comunes: 298
oraciones
– *Acuérdate, Virgen María* (canto en siete puntos): 484-485
– *Al ángel custodio* (coronita): 35
– *Al Maestro divino* (coronita): 343-346
– *A María Reina de los Apóstoles* (comentario a la coronita): 460-463
– Antes del apostolado técnico: 475
– Antes de la propaganda: 476
– Antes de la redacción: 475
– *A san José* (compendio de la coronita): 357
– *A san Pablo* (coronita): 271ss
– A ti, José: 249
– *avemarías* (las tres –): 25; 61; 69; 492
– Elevación al eterno Padre: 113
– *Recíbeme, oh Madre* (consagración de sí mismo a María): 476s
– *rosario*. v. rosario
– Salve Reina: 24
  – cualquiera puede dirigirse a María: 263
  – para pedir todas las gracias: 213
– *Secreto del éxito* (o *Pacto*) *v.* Secreto del éxito (o Pacto)
Oraciones de la Familia Paulina
– a veces es más necesario leer la introducción que la propia oración: 269
orgullo
– origen de muchos pecados: 31
– priva de la luz de Dios: 419
– raíz de todo pecado: 78
paciencia
– importancia de la –: 261
Pacto. *v.* **Secreto del éxito**
Padre
– conocer, adorar, imitar y rezar a Dios-Padre: 111-114
– glorificar al –: fin de Jesús y de los apóstoles: 147
– Jesucristo nos reveló a Dios-Padre: 111
– providencia del – celeste: 111-112
Palabra de Dios. *v. también* **sacra Escritura**
– debe acarrear fruto: 52-53
– en la Congregación es abundante: 52; 464
– escuchar con reverencia, tener hambre y sed y practicar la –: 93

palabras. *v. también* **lengua**
– las – excesivas son un gran mal en la comunidad: 199-200
– las – malas pueden nacer de la ira, envidia, lujuria, pereza: 227-228
paraíso. *v. también* **novísimos**
– el pensamiento dominante: 537
– la gloria es proporcionada a los méritos: 170
– su pensamiento infunde ánimo: 40
pasión predominante: 323-328
– cómo se reconoce: 325
– cómo vencerla (conocerla, combatirla, cambiarla en bien y rezar): 331-333
– efectos negativos: 327
– ligada a tres vicios capitales (soberbia, avaricia, lujuria): 324
– necesidad de combatirla: 327
– su naturaleza: 324
pasiones
– hay que extirparlas hasta la raíz: 351
paulinos
– deben tener corazón y mente amplios: 563
paz
– el alma en estado de gracia tiene –
  – con el prójimo: 216
  – con el Señor: 214
– el justo goza siempre de la –: 217
– el justo tiene – consigo: 216
– la verdadera – viene de Dios: 214
pecado
– es rebelión e ingratitud a Dios, locura y ruina para nosotros: 424
– es una locura: 201; 204
– fuente de todos los males: 205
– impide la perfección: 206
– la necedad del –: 422-426
– quita el poder de merecer: 202
– quita la paz del alma: 202
– quita la vida sobrenatural: 201
– quita méritos adquiridos: 202
– separa de Dios, hace perder los méritos de la vida pasada, incapacita para merecer y quita la paz del alma: 424
– y gracia: 413-416
pecado venial
– acarrea muchos daños: 369
– dispone al pecado mortal: 376
– es causa del purgatorio: 371
– es causa de muchas penas: 370
– es como una enfermedad: 369
– es motivo de escándalo: 377
– impide el fervor de la caridad: 374
– lucha al –: 31
– ofende a Dios: 374
– para no caer en el pecado grave, odiar el –: 372
– reduce la sensibilidad espiritual: 375
– tiene el efecto de una mancha de aceite: se expande: 377
penitencia/as
– para la cuaresma: 68-69
– sacramento de la –: 137-140
– y misterios gloriosos: 139-140
Pentecostés
– la novena de – fue la primera que se celebró: 472
perdón
– de las ofensas: 285-287
– es la primera obra de caridad: 285
– nos interesa perdonar: 287
– razón por que debemos perdonar: 286
pesebre
– el sagrario y el –: 314-318
– sagrario, verdadero –: 310
piedad. *v. también* **devoción** *y* **oración**
– cuando hay –, el trabajo de tipografía es apostolado: 400
– de color paulino: 556
– don del Espíritu Santo: 230; 398-402; 480
– enciende el celo: 401

– hacer bien las prácticas de piedad: confesión y examen de conciencia: 91
– la – en común: 296-298
– las prácticas de – van siempre unidas al trabajo espiritual: 297
– necesaria para la santidad y el apostolado: 61
– quien tiene – habla de manera que edifica: 230
– todo lo transforma: 399
– y devoción a la Virgen: 61
Pío X
– el papa de la Eucaristía: 466
– hombre de profunda piedad eucarística y mariana: 468
– humilde, dócil, bueno: 467
– secreto de su santidad: hacer siempre el propio deber: 467
– verdadera imagen del Maestro divino: 464
pobreza
– primer peldaño del espíritu religioso: 274
– se manifiesta también en el amor al apostolado: 274
predicación
– puede ser oral o escrita: 542
programa
– importancia de un – de vida espiritual: 77
– tener en mente un –: 341
prójimo. *v. también* **amor del prójimo**
– cómo usar bien la lengua con el –: 220
púlpito
– hoy no basta el –, se necesitan todos los medios: 558
purgatorio. *v. también* **novísimos**
– obremos en la vida en modo de evitarlo: 541
– rezar por las almas del –: 275-277
– sufragar a quienes purgan por los m.c.s.: 541
recogimiento
– conservar y cultivar el –: 199
– fuente de sensatez: 223
– san José amaba el –: 75
reconocimiento
– cómo se demuestra: 193
– el mejor – a Dios es utilizar bien los dones divinos: 396
– en qué consiste: 193
– todos están obligados al –: 192
redacción
– debe estar al servicio de la Iglesia: 546
– el redactor debe tener las disposiciones de san Pablo: 543
– es la parte más importante del apostolado paulino: 475
– estudiar la ciencia sacra, las lenguas y la literatura: 66
– invoquemos a dos santas escritoras: Teresa de Ávila y Catalina de Siena: 66
– María modelo del redactor: 543
– pedir a María las disposiciones para la –: 546
– rezar por quienes se ocupan de la –: 65-66
redención
– formas de cooperar a la –: 354
– san José fue cooperador en la –: 354
***Regina Apostolorum* (santuario)**
– algo importante para la humanidad: 534
– centro de oración por el apostolado: 530
– centro de oración por las vocaciones de todos los apostolados: 528-529
– centro vital de la Familia Paulina: 534
– centro vocacional: 534
– circunstancias del voto: 527-528
– consagración del altar en la Cripta: 181
– corazón de todo el Instituto: 17
– dedicación de la iglesia –: 520ss
– disposición de la Cripta: 19
– finalidad (exaltar a María e implorar su intercesión): 533

– la primera cúpula ilustra la misión de María: 531
– novena para la dedicación de la iglesia: 526-532
– realización de un voto: 526-527
Reina de los Apóstoles. *v. también* **María**
– coronita (comentario a la): 460ss
– libro del P. Giaccardo: 493; 495
religioso/os
– debe tener un paraíso más hermoso: 41
– María, madre de los –: 554
remordimiento
– es la voz de Dios en el hondón del alma: 456
renovación del espíritu
– en qué consiste: 17
reparación: 63-64
– cómo reparar (en el apostolado, piedad, estudio): 63
– con el apostolado: 207
– en Cristo y con Cristo: 205-209
– es un deber nuestro: 484
– haciendo bien la hora de adoración: 209
– ofrezcamos nuestra vida en – de los pecados: 208
– sobre todo de los pecados con los m.c.s.: 63
resurrección
– no es igual para todos: 144
– la de Jesucristo y la nuestra: 143
rosario: 47; 48; 61-62; 71-72; 516-519
– devoción fácil, eficaz, para todos, doquier y siempre: 61
– es importante meditar los misterios: 71
– llenar con el – los tiempos libres: 62
– los ángeles en los misterios del –: 254-258
– María en el –: 263-267
– misterios dolorosos: 36; 259-262; 264; 308; 516; 517-518
  – *1°:* 71; 72; 132; 136; 254; 264; 516
  – *2°:* 83-85; 132; 264
  – *3°:* 132; 259; 264
  – *4°:* 132; 259; 260; 264
  – *5°:* 132; 240; 245; 246; 261; 265; 277
– misterios gloriosos: 36; 265; 308; 516; 518
  – *1°:* 139-140; 143-146; 254; 256; 265; 516
  – *2°:* 140; 147-150; 265
  – *3°:* 140; 155-158; 240; 245; 246; 266; 478
  – *4°:* 140; 159; 240; 246; 266
  – *5°:* 140; 240; 245; 247; 266
– misterios gozosos: 36; 319; 516; 249-253; 517
  – *1°:* 136; 240; 254; 263; 420; 516; 517
  – *2°:* 136; 240; 245; 263; 550
  – *3°:* 136; 240; 245; 249; 263; 322
  – *4°:* 136; 249; 250s; 263; 319
  – *5°:* 136; 249; 252; 264
– para rezar bien el – servirse de los ángeles: 516-519
– presencia de san José en el –: 249
sabiduría/sensatez
– don del Espíritu Santo: 482
– el silencio y el recogimiento son fuentes de –: 223
sacerdote/es
– afronta muchas dificultades: 557
– comunica la vida divina: 560
– debe ser de buen ejemplo: 559
– día de la ordenación: 557
– es Jesús predicando: 558
– está llamado al sufrimiento: 560
– estadísticas: 561
– es un hombre de oración: 559
– hoy no basta el púlpito, se necesitan todos los medios: 558
– Jesús modelo del –: 557
sacra Escritura (Biblia)
– aporta muchos beneficios (salud, protección, refugio y consuelo): 97-99
– cómo leerla: 103-106
  – con fe simple y fuerte: 90

– creer, obedecer, amar la –: 94
– debe ocupar el puesto de honor en los locales y corazones: 95
– de la lectura de la – nos vienen muchos beneficios (fe, esperanza, caridad): 107
– el culto que se le debe: 94
– gran libro de la humanidad: 89
– la – es Verdad, Camino y Vida para el apostolado paulino: 100-102
– le debemos un culto de inteligencia, voluntad y corazón: 89
– modelo, objeto, fuerza de nuestro apostolado: 100
– presentarla a los fieles en modo que dé todo el Cristo: 92
– tenerla en el debido honor: 89
– tiene a Dios por autor principal: 89
– tiene fuerza intrínseca: 196
sagrario
– adoraciones ante el –: 310ss
– el – y el pesebre: 314-318
– verdadero pesebre: 310
salvación eterna
– la única cosa necesaria: 125
– medios para asegurarla: 127-128
– pensar siempre en ella: 126
– siempre en peligro: 125
san José
– amaba el recogimiento: 75
– compendio de la coronita a –: 357
– cooperador en la redención: 354
– ejercitó todas las virtudes: 355
– elegido para una misión excepcional: 445
– fiesta de –: 445-447
– hombre de fe y de bondad: 445
– modelo de obediencia: 250
– pedir a – el amor a Jesús y a María: 446-447
– prefería "hacer", no hablar: 75
– presencia de – en el rosario: 249
– protector de la Iglesia universal: 249
– siete gracias que pedir a –: 357
san Pablo
– coronita a – (tres intenciones al rezarla): 271
– ejemplo de docilidad a la gracia: 385
– gran predicador de Jesús crucificado: 451
– modelo de fortaleza: 390-391
– su misión en la Iglesia: 271
santificación/santidad
– debe crecer con la edad: 174
– de la mente, del corazón, de la vida: 448-450
– don de Dios: 49; 151
– el signo de la – será siempre la humildad: 320
– es necesario que santifiquemos las acciones: 438
– la mortificación es indispensable para la –: 507
– nuestra – es el fin de la creación y de todas las gracias que se nos han dado: 436
– nuestro primer trabajo: 49; 148
– posible para todos: 153
– primera condición para ser apóstoles: 149
– uno se hace santo también con los pequeños sufrimientos: 290
– y apostolado: 43; 148
– y bienaventuranzas: 289-290
santísima Trinidad
– confesar nuestra fe en la –: 124
– conocer a la –: 122
– creer en la –: 122
– el ser humano modelado en la –: 122
– en su nombre se administran todos los sacramentos: 123
santo Tomás
– modelo de inocencia y estudio: 81-82
santos
– fiesta de todos los –: 288-291
santuario *Regina Apostolorum.* ***v.*** ***Regina Apostolorum*** **(santuario)**

Secreto del éxito (o **Pacto**)
– abundancia de gracias para el espíritu, estudio, apostolado y pobreza: 77
– de su espíritu grandes frutos: 51
– expresión de fe: 45
– renovar siempre el "Pacto" con nuestro Señor: 557
– rezarlo cada día: 46
– vivir su espíritu: 46
semilla
– la Iglesia es una – en germen: 292ss
silencio
– fuente de sensatez: 223
sufrimiento
– apostolado del –: la mortificación: 507-511
superiores
– Jesús quiere que se les escuche: 429
temor de Dios
– aleja el pecado e inclina a seguir la voluntad de Dios: 403
– debe alejarnos del pecado en el porvenir: 405
– debe infundirnos el arrepentimiento, el dolor de los pecados: 405
– don del Espíritu Santo: 403-406; 481
– nos hace vigilar: 370
tentación/es
– cómo superarlas (oración y vigilancia): 360-362
– de Jesús: concupiscencia de la carne, de los ojos y orgullo: 359
– es una prueba: 359
– su origen: 360
– toda la vida es una –: 359
trabajo espiritual
– cómo reconocerlo: 38
– importancia de las confesiones: 39
– importancia del examen de conciencia: 39
– y examen de conciencia: 75-76
vía crucis
– consideremos lo que Jesús ha sufrido: 261
– exposición de las estaciones: 451ss
– hagámoslo con la ayuda de María Dolorosa y de san Pablo: 451
– meditar las estaciones del –: 144
vicios capitales
– contraponer a los siete – los siete dones del Espíritu Santo: 230
vida
– aceptar la muerte y ofrecer la – por las vocaciones, por la Congregación: 469
– empleada por Dios y por las almas, es hermosa: 55
– es para el paraíso: 55
– gran don de Dios: 54
– orientada a la eternidad: 20
– saber vivir: *age quod agis*, mira bien lo que haces, *attende tibi*: 58
– santificarla: 54
– vivir santamente para morir santamente: 159-164
vida común
– puntualidad a los horarios: 33
vida religiosa
– es un don de Dios: 552
– florece en las virtudes teologales: 552
– sus exigencias: 555
– sus ventajas: 554
– tiene el modelo en la casa de Nazaret: 554
vida sobrenatural
– infusa en el bautismo: 231
– muerte y –: 413-416
– nos hace hijos de Dios: 232
– nuestro mayor bien: 232
Vigolungo Maggiorino
– leer la vida de –: 496
– modelo de apóstol paulino: 243
virginidad
– de la mente, de la voluntad, del corazón: 272
virtud
– Jesucristo modelo de toda –: 197
visita eucarística
– con la intención de reparar los pecados: 209

– debe aportar tres frutos (santificación de la mente, voluntad y corazón): 73-74
– distribuida en tres momentos (Camino, Verdad y Vida): 26
– garantía de jornada santa: 25
– garantía de salvación: 25
– hora más bella del día: 26
– los frutos (fe, celo por el apostolado, profunda piedad): 312
– María en el pesebre es modelo de –: 311
– preludio de paraíso: 26
– quien la hace bien, hace bien todo lo demás: 48
– seguir el método: 48
– siempre fidelidad a la –: 209
– su fin es la vida eterna: 311
– su naturaleza: 73

vocación/es
– elementos para corresponder (fe, docilidad, oración): 189
– es obra del Espíritu Santo: 119
– es una gran gracia: 512
– gran responsabilidad para quien es llamado por Dios: 189
– implica una responsabilidad: 515
– incluye el apostolado: 512
– naturaleza y origen: es Dios quien llama: 188-191
– presupone la inocencia o una verdadera penitencia: 188
– se corresponde con el compromiso a los propios deberes: 515
– también María está llamada al apostolado: 513
– tener celo por las –: 555
– tentaciones contra la –: 515

vocación paulina
– es búsqueda de santidad y apostolado: 50
– gran nobleza por causa del apostolado: 554
– santidad y apostolado: 43
– signos que la manifiestan (amor a la verdad, imitación de Jesús y amor a la piedad): 65

vocación religiosa
– brota en un ambiente de fe vivida: 553
– desarrolla mejor la personalidad humana: 556
– después del bautismo, la mayor gracia: 50
– nace y se desarrolla con las virtudes teologales: 556
– su naturaleza: 50

voluntad. *v. también* **mente** *y* **corazón**
– a la S. Escritura se debe un culto de –: 89
– crear ideas fuertes, potentes, que influyan en la –: 340
– cuando se es fervorosos, la – será más fuerte: 375-376
– el Evangelio dede penetrar en nuestra –: 95
– en la oración ofrecer a Dios nuestra –: 123
– mortificación de la –: 83; 485ss
– obedecer a la S. Escritura: 94
– ofrenda de nuestra – a Dios (obediencia): 59
– por la comunión el corazón y la – quedan fortificados: 317-318
– someter a Jesucristo toda nuestra –: 338
– tender a Dios con todo nuestro ser: intelecto, –, corazón: 338
– virginidad de la –: 272

votos religiosos
– y votos bautismales: 32

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
ADVERTENCIAS 13

PARA UNA RENOVACIÓN ESPIRITUAL
Meditaciones dictadas en la Cripta
del 29 de enero al 15 de marzo de 1952

Renovación de espíritu 17
Comenzar bien la jornada 19
Cómo terminar la jornada 22
Cómo pasar la jornada 25
Fiesta de la purificación de María santísima 28
El apostolado 29
El pecado venial 31
La buena muerte 33
Los ángeles custodios 35
El trabajo espiritual 38
El paraíso 40
El apostolado 42
El espíritu de fe 45
La visita al santísimo Sacramento 48
Nuestra vocación 50
La palabra de Dios 52
Santificar la vida 54
El infierno 57
Pasar bien la jornada 59
El santo rosario 61
La reparación 63
La redacción en el apostolado 65
Las penitencias más oportunas en Cuaresma 67
La santa misa 69
La meditación de los misterios del rosario 71
La visita al Smo. Sacramento 73
El trabajo espiritual 75
La confesión 78
Santo Tomás de Aquino 81

La meditación de los misterios 83
Los novísimos 86
La sagrada Escritura
Qué es – qué culto le debemos – cómo leerla 89
La sagrada Escritura
Fuente de revelación 91
La sagrada Escritura
El culto que se le debe 94
La sagrada Escritura
Es para nosotros protección y salud 97
La Escritura Camino, Verdad y Vida
para el Apostolado de las Ediciones 100
Qué orden seguir al leer la sagrada Escritura 103
Beneficios que se recaban de leer la sagrada Escritura 107

HORAS DE ADORACIÓN 109
Al Padre celestial 111
A Jesús crucificado 115
Al Espíritu Santo 119
A la santísima Trinidad 122
Sobre el «unum necessarium» 125
Sobre la caridad 129
Sobre la oración 133
Sobre el sacramento de la penitencia 137

PREDICACIÓN DEL PRIMER MAESTRO
I.
A las Familias Paulinas
(Agosto – Noviembre de 1952)

Primer misterio glorioso 143
Segundo misterio glorioso 147
El fariseo y el publicano 151
Tercer misterio glorioso 155
La buena muerte 159
La liturgia de la fiesta de la Asunción 165
Imitar a María santísima 170
Las bienaventuranzas 175
Después de la consagración del altar 181

La caridad recíproca 184
Hora de adoración – La vocación 188
El agradecimiento 192
Devoción a Jesús Maestro 195
Efectos del pecado 201
Hora de adoración – La reparación 205
Natividad de la Virgen María 210
La paz del justo 214
Santificar la lengua - I 218
Santificar la lengua - II 222
Santificar la lengua - III 226
La vida sobrenatural 231
El apostolado técnico 235
Nuestro apostolado 240
María Reina de los Apóstoles 245
Misterios gozosos 249
Ángeles custodios 254
Misterios dolorosos: Jesús en el rosario 259
María en el rosario 263
La confesión 268
La coronita a san Pablo 271
Rezar por las almas del purgatorio 275
La jornada misionera 278
La Iglesia: banquete del rey 281
El perdón de las ofensas 285
Fiesta de todos los santos 288
La Iglesia: semilla en crecimiento 292
La piedad común 296

PREDICACIÓN DEL PRIMER MAESTRO
II.
A las Familias Paulinas
(Noviembre de 1952 – Diciembre de 1953)

La sagrada liturgia: tiempo de Adviento 301
Preparación a Navidad: *«sobrie ac juste ac pie vivamus...»* 305
Las adoraciones ante el sagrario, verdadero pesebre 310
El sagrario y el pesebre 314
La humildad 319

Retiro mensual de fin de año
I. La pasión predominante 323
II. Cómo vencer la pasión predominante 329
Fiesta del Smo. Nombre de Jesús 334
Santificación de la mente 338
La coronita a Jesús Maestro 343
Conmemoración del P. Giaccardo 347
Conversión del defecto predominante 350
San José 354
Las tentaciones de Jesús y las nuestras 359
Retiro mensual
La mortificación 363
«Ab omni peccato...» 369
El pecado venial 374
El don de la inteligencia 379
El don del consejo 383
El don de la fortaleza 388
El don de la ciencia 393
El don de la piedad 398
El don del temor de Dios 403
Retiro espiritual
El juicio particular 407
Muerte y vida sobrenatural 413
Humildad y exaltación 417
Retiro mensual
La Inmaculada 422
1ª meditación: La necedad del pecado 422
2ª meditación: Un año con la Inmaculada 427
3ª meditación: Santificar el Año Mariano 431
María, Reina de todos los santos 436
María mediadora de todas las gracias 440

PREDICACIÓN DEL PRIMER MAESTRO
III.
A las Familias Paulinas
(Marzo – Diciembre de 1954)

Fiesta de san José 1954 445
Jueves santo 1954 448

Vía crucis 451
La coronita a la Reina de los Apóstoles 460
Ante la canonización de Pío X 464
Fiesta de la Ascensión 470
Oraciones de consagración a María Reina de los Apóstoles ... 474
Los dones del Espíritu Santo 478
Dolorosa 483
Santa misa 488
Los apostolados de María 493
Apostolado de la oración 497
Apostolado del buen ejemplo *(Retiro mensual)* 502
Apostolado del sufrimiento: la mortificación 507
La vocación 512
Rezo del rosario 516
La iglesia a María *Regina Apostolorum* 520
Novena para la dedicación del santuario
«Regina Apostolorum» - Hora de adoración 526
Particularidades de nuestra iglesia 533
Nuestros difuntos 537
La redacción 542
Técnica y propaganda 547
Vida religiosa paulina 552
Ordenación de los sacerdotes 557
Los Cooperadores 562
La Familia Paulina en las naciones 568
Propósitos al final del Año Mariano 573

ÍNDICES

ÍNDICE DE LAS CITAS BÍBLICAS 579
ÍNDICE ANALÍTICO 587
ÍNDICE GENERAL 603

Stampa: 2006
Società San Paolo - Alba (Cúneo)
Printed in Italy